

**Un piano para los
masáis (Histórica)
(Spanish Edition)**

Miguel Angel Moreno

MIGUEL ÁNGEL MORENO

Un

PIANO

para los

MASÁIS



Un piano para los masáis

Miguel Ángel Moreno



Rocaeditorial

UN PIANO PARA LOS MASÁIS

Miguel Ángel Moreno

Tanganica, 1905. Los hermanos Kast regentan una casa colonial en una plantación de algodón. Uno de ellos, Bertran, es un hombre irascible a quien todo el mundo teme. De él se dice que lleva un tigre en las entrañas, y que la única manera que tiene de calmar su alma es escuchar cómo Jocelyn, su esposa, toca el piano.

La única preocupación de Bertran es mantener a su familia a salvo, a cualquier precio. Esta decisión de vida o muerte agrandará su leyenda de hombre malvado.

Mientras Bertran perpetra una serie de actuaciones terribles, Jocelyn, aparentemente una mujer frágil a la sombra de su marido, se convertirá en la heroína de esta historia y en amiga y protectora de los masáis.

ACERCA DEL AUTOR

Miguel Ángel Moreno es escritor, actor, guionista y dramaturgo. Es licenciado en Filología Hispánica por la Universidad Complutense de Madrid. En 2007 publicó su primera novela, *Peones ciegos*, a la que siguió *La vidriera carmesí* (2009), *La zarza de tres espinas* y la trilogía *Praemortis*, en 2011, todas ellas publicadas en editoriales norteamericanas. Ha impartido clases de escritura creativa y dramaturgia en seminarios y talleres de diferentes partes del mundo, como Estados Unidos, España o Perú. Su trabajo como guionista se ha centrado en series de televisión, además de colaboraciones para MTV España. En la actualidad, trabaja como redactor, actor y profesor para la compañía Calambur Teatro.

ACERCA DE LA OBRA

Una inolvidable historia de redención y de lucha contra un destino inevitable, con el África colonial como telón de fondo.

Índice

1. PRIMERA PARTE

1. 1
2. 2
3. 3
4. 4
5. 5
6. 6
7. 7
8. 8
9. 9
10. 10
11. 11
12. 12
13. 13
14. 14
15. 15
16. 16
17. 17
18. 18
19. 19
20. 20
21. 21
22. 22
23. 23
24. 24
25. 25
26. 26
27. 27

2. SEGUNDA PARTE

1. [28](#)
2. [29](#)
3. [30](#)
4. [31](#)
5. [32](#)
6. [33](#)
7. [34](#)
8. [35](#)
9. [36](#)
10. [37](#)
11. [38](#)
12. [39](#)
13. [40](#)
14. [41](#)
15. [42](#)
16. [43](#)
17. [44](#)
18. [45](#)
19. [46](#)
20. [47](#)

3. [TERCERA PARTE](#)

1. [48](#)
2. [49](#)
3. [50](#)
4. [51](#)
5. [52](#)
6. [53](#)
7. [54](#)
8. [55](#)
9. [56](#)
10. [57](#)
11. [58](#)
12. [59](#)
13. [60](#)
14. [61](#)
15. [62](#)
16. [63](#)
17. [64](#)

- 18. [65](#)
- 19. [66](#)
- 20. [67](#)
- 4. [Epílogo](#)
- 5. [Nota del autor](#)

Dedicado a la verdadera Jocelyn

«Ellos se alzaron en una gran rebelión [...] en respuesta a una llamada natural, una llamada del espíritu [...] para rebelarse contra la dominación extranjera.»

Julius NYERERE,
primer presidente de Tanzania,
acerca de la rebelión maji-maji.

PRIMERA PARTE

Casi todos los que llegaron a conocer a Bertram Kast habían fallecido. El simple paso del tiempo había terminado llevándoselos de este mundo. No obstante, y para mi fortuna, aún pude hallar a un reducido grupo de ancianos que lo recordaban. Me sorprendió comprobar que Bertram volvía a su memoria como un hombre de la peor naturaleza. Lo describían indomable, sentencioso e impulsivo. Evocaban una mirada encendida y ceñuda, igual a la de una fiera a punto de rugir, y finalizaban su reminiscencia con una conclusión unánime: Bertram Kast llevaba un tigre en las entrañas.

Aquellos ancianos se quedaron impresionados cuando les dije que Bertram continuaba vivo. Lo habían dado por muerto décadas atrás, fallecido en la soledad de una vejez deprimente. Incluso yo, que alguna vez había escuchado su nombre de labios de mi madre, me lo imaginaba como la figura de un pasado remoto.

Pero en marzo de 1961 llegó a mi correo una carta procedente de Kilwa Kivinje, una ciudad de Tanganica, escrita y firmada por el propio Bertram Kast. Mi tío aún vivía, pero no entendí cómo aquel hombre, poco más que un ente abstracto en los relatos de mi niñez, conocía no solo mi existencia sino también dónde vivía.

En la carta me contaba que deseaba vivir sus últimos días en una casa que acababa de adquirir en Bonn, por entonces la capital de Alemania Occidental. El viaje desde Dar es-Salam prometía ser largo y pesado, y necesitaba a alguien que lo acompañara. Como su criado Hamed se negaba a abandonar la región, y dado que yo era el único familiar cercano y *confiable*, quería que me trasladara hasta su casa en Matumbi, a unos kilómetros al noroeste de Kilwa Kivinje, lo ayudara a preparar las maletas y viajáramos juntos de regreso hasta Bonn. A cambio, se ofrecía a pagarme el transporte y todo cuanto pudiera necesitar.

Tras mi sorpresa inicial, decidí que lo mejor era informarme para hacerme una idea lo más realista posible sobre mi tío. Pero las reacciones de quienes lo conocieron no me aportaron ninguna imagen favorable. Incluso hubo quien

pareció asustarse de que Bertram regresara a Alemania. Tal fue el caso de un viejo amigo de la familia, Herold Millman.

—No vayas —me aconsejó entre toses broncas, ocasionadas por años de adicción al tabaco.

—¿Por qué no?

—Tu tío Bertram pertenece a otro tiempo del que los demás nos deshicimos hace mucho. Verlo podría resultarte muy doloroso.

Millman era una persona sociable y risueña. Pocas veces le había oído declarar algo con semejante rotundidad, pero desde que escuchó el nombre de Bertram, mudó por completo su rostro y adoptó un gesto severo. Casi sentí miedo.

—Deshazte de esa carta —me dijo justo antes de que me fuera—. Solo te traerá desgracias.

Es curioso cómo las advertencias, cuanto más en firme se pronuncian, más capaces son de avivar nuestra curiosidad. De modo que no solo no destruí la carta, sino que la releí durante varios días seguidos; mi vida invitaba a esa actitud, para ser sincero.

Prejubilado, a mis cincuenta y seis años había comprobado que cada semana se transformaba en una batalla que ganar al aburrimiento, y siempre perdía. Me pasaba las tardes escuchando discos, dando largos paseos y releyendo periódicos atrasados. Nunca llegué a casarme, ni siquiera he sido un hombre muy sociable, y mi precariedad en las amistades había terminado por pasarme factura. La soledad y la monotonía me asfixiaban; es por eso que la llegada de aquella carta resultó más que una invitación. Se trataba de un salvavidas, una promesa de aventuras, un reto que aceptar. La relectura de aquellas líneas me reconfortaba. Así que, a pesar de que las palabras de Millman llegaron a calarme, resolví desobedecer.

Una tarde de mayo de 1961, mientras la ciudad de Bonn disfrutaba de una primavera apacible, me senté en mi escritorio, tomé la pluma y comencé con pulso dubitativo la respuesta a mi tío: aceptaba su invitación y cuando él dispusiera yo saldría con destino a Tanganica.

Por mucho que me hubiera detenido a meditar, nunca habría podido esperar las consecuencias que aquella carta y mi viaje iban a depararme. El punto y final en mi respuesta marcó el inicio de una serie de sucesos que cambiarían mi concepción sobre ciertos principios vitales. Estaba a punto de entrar al terreno de un pasado agitado por traiciones, guerras, injusticias y pasiones, pero sobre todas estas cosas, iba a comprobar que Bertram Kast era exactamente como lo describían.

No existían vuelos directos desde Bonn hasta Dar es-Salam. Tuve que desplazarme a Londres, dado que Gran Bretaña mantenía su presencia en Tanganica. Desde allí conseguí billetes para tres aviones, que me llevarían primero hasta El Cairo, y luego a Dar es-Salam pasando por Mombasa, en Kenia. Tal y como Bertram había previsto, me esperaba un viaje de varios días, lento y pesado.

Cuando al fin pisé la capital de Tanganica, fui recibido por un calor que nunca antes había experimentado. Era húmedo y se pegaba al cuerpo de tal modo que parecía adquirir peso. Cada movimiento me resultaba más costoso de lo normal, pero era evidente que aquella incomodidad solo invadía a los extranjeros, pues la ciudad se agitaba con un trasiego de automóviles destartalados, bicicletas, *rickshaws*, carros y gente, mucha gente. Logré tomar un taxi —o un automóvil que se hacía pasar como tal— y en inglés le indiqué al conductor que deseaba ir al puerto. Aquella zona se encontraba aún más atestada. Con los marineros mantuve confusas conversaciones en un improvisado lenguaje de signos para averiguar cuál de todos los barcos era el que debía conducirme a Kilwa Kivinje. La travesía por mar resultó menos relajante que los trayectos en avión, y las condiciones de mi camarote desastrosas. Pero logré alcanzar sano y salvo mi destino.

Una vez en Kilwa, no sabía cómo llegar a la casa de Bertram, en la región de Matumbi. Mi tío no me había dado más señas y yo tampoco quise insistirle, pues supuse que su criado me estaría esperando. Pero en el puerto no vi que nadie se fijara en mí, de modo que me senté sobre mis maletas y esperé.

Tras un buen rato, en el que ningún hombre se me aproximó, decidí preguntar por la casa de mi tío, por si alguien lo conocía. Desde mi posición divisé una fonda, en cuyo porche descansaban tres hombres. Tomé mis maletas, me planté frente a ellos y quitándome el sombrero chapurreé en inglés que buscaba la casa de Bertram Kast.

A juzgar por sus reacciones, aquellos jornaleros no habían entendido nada...

salvo el nombre. Me observaron de arriba abajo y murmuraron entre ellos algo en un idioma que ni siquiera logré identificar, pero no me respondieron, de modo que volví a insistir, pronunciando nada más que el nombre de mi tío:

—¿Bertram Kast?

—¿Quién es usted? —me preguntaron en inglés.

—Soy su sobrino. Yo, sobrino —dije señalándome al pecho.

Al instante, aquellos tres jornaleros dejaron sus asientos y sus bebidas, y se alejaron cada uno por un lado. Aunque los llamé, se limitaron a mirar hacia atrás y apretar el paso. Desconcertado, me quedé de pie y con cara de idiota, y solo reaccioné cuando alguien tiró de mi brazo. Me volví para ver que se trataba de una anciana. Su cabello blanco contrastaba con una piel muy negra surcada de arrugas. Levantó la vista para encararme y sentenció:

—Mal hombre. Mal hombre.

Lo había dicho en alemán. Un alemán aprendido hacía muchos años que pronunciaba con dificultad, pero tan claro que me paralizó. Aquella mujer había reconocido mi nacionalidad con solo verme, y tras comprobar el efecto de sus palabras, dio media vuelta y se alejó renqueando. La seguí mientras me preguntaba hasta qué punto la idea de mi viaje había sido adecuada, y si no habría resultado mejor atender al aviso de Millman, cuando alguien me llamó por mi nombre.

—¿Leopold?

Un hombre de mediana edad, tez morena y grueso bigote se dirigía hacia mí con gesto inquisitivo. Vestía un fez con borla, túnica hasta los tobillos y babuchas.

—Sí, soy Leopold Kast.

—Por favor —pidió con una sonrisa inquieta—. No mencione su apellido. Me llamo Hamed. Su tío le espera. —Con un gesto de la mano indicó la puerta de un automóvil—. Cuando quiera.

Accedí, al tiempo que me percataba de las miradas inquisitivas que me dirigían algunos de los hombres y mujeres a mi alrededor. Estaba claro que todo el mundo conocía a Bertram Kast, pero descubrir que ni siquiera me era posible decir su nombre me había inquietado. Hamed puso en marcha el automóvil y salimos de allí traqueteando.

De los tres medios de transporte que había utilizado, el coche habría resultado, con mucho, el más fastidioso, de no ser porque las vistas contribuyeron a apaciguar la incomodidad de los asientos y el golpe con que los amortiguadores recibían cada pequeño bache. La carretera de tierra nos condujo fuera de Kilwa Kivinje para adentrarnos entre colinas tupidas de verde e iluminadas por un sol deslumbrante. Bandadas de pájaros que jamás había visto salían huyendo a

nuestro paso para cambiarse de unas acacias a otras. Al poco, detecté por el rabillo del ojo una mancha parduzca: se trataba de una manada de impalas. Como si quisieran retornos, varios centenares corrían paralelos a nosotros, a no más de un kilómetro de distancia.

Aquella visión de la naturaleza en un estado tan primordial, tan vivo, logró conmoverme. Mientras planeé el viaje tuve siempre en mente a mi tío, hasta el punto de que había olvidado por completo que iba a pisar el continente africano. Y en aquel instante, sentado en la parte de atrás del viejo automóvil, tuve conciencia de las maravillas de África. Quedé atónito, perdido en la inmensidad del paisaje, de la fauna y la flora. Rendido.

El trayecto pasó veloz, o al menos así me lo pareció, porque África me había encandilado de tal forma que no fui capaz de calcular los minutos ni la distancia. Llegué a comprender que un hombre decidiera no volver a respirar otro aire que el de aquella tierra, incluso a costa de no pisar su hogar en lo que le restaba de vida, porque tal belleza bien merecía dejar atrás los placeres de la vieja Europa. Todo mi cansancio se esfumó de golpe; las horas transcurridas en avión y en barco me parecieron una nimiedad; y así, abrí los ojos cuanto pude e inhalé hasta llenar mis pulmones, pues necesitaba recoger aquel instante, ser completado por él y dar gracias a un destino que, en una época en la que ya sentía mis días teñidos por la monotonía, me había reservado una última sorpresa.

El coche se detuvo y yo parpadeé para volver de aquella sugestión. Me encontraba frente a una casa de estilo colonial, ubicada en un claro rodeado por frondosas colinas. Tenía la fachada pintada de blanco, cruzada por listones de madera en vertical y horizontal, y tejado a dos aguas. Toda ella evidenciaba un descuido prolongado: con la pintura descascarillada, allí donde se veía la madera, eran notorios también los estragos de la carcoma; el porche estaba cubierto por una más que notable capa de polvo, y de cada rincón emergían pequeños tallos de plantas silvestres.

Hamed abandonó su puesto de conductor y corrió a abrirme la puerta.

—Bienvenido, señor Kast. Su tío le espera dentro —dijo como si lo hubiera ensayado.

Bajé del automóvil, ascendí los tres escalones del amplio porche y llamé.

—Pase —me invitó Hamed justo a mi espalda—. Ya le he dicho que le espera.

Empujé la puerta, que se abrió con un chirrido melancólico. El interior se hallaba en una penumbra que mis pupilas agradecieron, tan poco acostumbradas a una intensidad de luz como la del exterior. También noté un cambio de temperatura, quizás porque todas las ventanas estaban cerradas. En el techo, un ventilador se encargaba de remover un aire templado. Di un paso adentro; los listones de madera que formaban el piso crujieron.

—¿Hola? —llamé.

De un primer vistazo me pareció que había entrado en una tienda de antigüedades, o tal vez en un refugio para piezas de mobiliario que huían de la quema. El salón, si es que aquel era el uso del cuarto en el que me hallaba, había sido recargado con aparadores, mesas, sillones, relojes, librerías y armarios; todos dispuestos sin más ordenación que la de ocupar un hueco libre donde no molestar el tránsito. Ninguno de aquellos muebles parecía servir para una utilidad concreta; ni siquiera para la que fueron contruidos; hallé libros sobre las mesas, ropa en las sillas y todo tipo de cosas en los estantes de las librerías: un collar de cuentas, galones de sargento, una aguja para tejer redes, casquillos de bala, una espuela..., objetos que me parecieron inútiles en sí mismos, aunque agrupados se me antojó que tal vez sirvieran como vehículo para la evocación de un instante muy lejano.

—Sobrino —sonó una voz.

Me volví intentando dar con su procedencia y hallé una figura en el umbral de una puerta. Al principio, el contraluz me impidió ver su rostro, de forma que solo pude adivinar un cuerpo algo encorvado, pero que todavía conservaba una postura orgullosa. Esa figura se acercó con paso lento pero decidido, hasta que pude reconocer unos ojos castaños, que fijaban una mirada intensa y encendida, y un ceño fruncido de cejas alzadas.

—Tío Bertram —saludé.

Había pensado muchas veces en aquel instante, en cómo comportarme cuando me hallara frente a Bertram Kast. En mi cabeza tenía ensayados el saludo y los temas a tratar, pero cuando enfrenté aquella mirada tan enérgica, aquellos ojos fieros, todos mis planes quedaron velados. En su lugar reaparecieron las advertencias que había escuchado, y en especial la de aquella anciana que me había abordado en el puerto. No hice ni dije nada.

Bertram se aproximó sin apartar su mirada de la mía. Creí que me estudiaba, que podía leer mis temores. Cuando nos separaba poco más de un metro se detuvo. Percibí que respiraba lenta y pausadamente.

—Hamed —dijo con voz calmada—. Dispón la mesa y un par de sillas. Mi sobrino estará cansado. Querrá comer algo. Quieres comer algo, ¿verdad?

—Sí, claro. Vengo cansado y hambriento.

Resultaba increíble que un hombre de mi edad se comportara igual que un crío asustado, pero así era como me sentí en aquel instante. Bertram imponía un respeto que no esperaba. Parecía que toda su figura resultara más grande de lo que era, a pesar de tratarse de un anciano que, si las cuentas no me fallaban, contaba más de ochenta años.

Nos sentamos a la mesa. Hamed nos sirvió pescado.

—De modo que... —empezó al tiempo que masticaba—, según me escribías en tu carta, no llegaste a contraer matrimonio.

—No. Conocí mujeres muy buenas, pero al final no pude mantener a ninguna a mi lado.

—Ya veo... —dijo sin expresar ninguna emoción—. Traigo el pescado de Dar es-Salam —comentó al instante señalando mi plato—. No hay mejor que este.

—Está muy rico —afirmé tras introducirme un pedazo en la boca.

—Has estado en Dar es-Salam, ¿cierto?

—Sí.

—Se oyen muchos rumores, ¿verdad?

—Lo siento, no tuve tiempo de atender a nada. Tomé un taxi desde el aeropuerto y luego un barco hasta Kilwa.

—Muchos rumores... —repitió Bertram como si no le hubiera llegado mi respuesta—. El país entero está despertando. Ese profesor, Nyerere, tiene las ideas claras. Sabe que ha llegado la hora de que Tanganica se independice. Se escuchan voces que piden a Inglaterra que ceda la tierra a sus legítimos dueños. Pronto sucederá el cambio. Todo cambiará, sí.

Quise responder, remarcar que no había notado nada durante mi breve paso por Dar es-Salam, pero me detuvo una sensación extraña, como si cierta tensión flotara entre nosotros.

Comimos en silencio durante al menos cinco minutos. Advertí que a mi tío no parecía importarle la ausencia de conversación, pero yo empecé a sentirme cada vez más incómodo, de modo que abrí la boca con la primera idea que me vino a la cabeza:

—Te gustará Bonn. Es una ciudad preciosa.

Bertram, que se había concentrado en su plato, alzó la mirada y la paseó por cada rasgo de mis facciones. Luego depositó lentamente el tenedor sobre el mantel y dijo:

—Dime, sobrino, ¿qué te han dicho de mí?

—¿Quién?

—No me mientas —declaró con absoluta tranquilidad, aunque yo lo percibí como una amenaza.

—¿La familia?

—La familia, los amigos. Cualquiera que me hubiera conocido y que no se esté pudriendo en una tumba. Les hablaste de mi carta, supongo. Tú y yo jamás nos hemos visto, pero es evidente que me conoces... o crees conocerme.

—Hablé con algunos antes de aceptar tu propuesta.

—¿Con quiénes?

—Poca gente, la verdad. La mujer de tu primo, Frida.

—Frida —repitió Bertram, o más bien escupió—. Esa gorda borracha.

—Erhard List.

—¡Ah, Erhard! Pusilánime, imbécil de nacimiento. Me sorprende que no se haya muerto ya, tropezándose mientras caminaba o tragándose su propia lengua durante la noche.

Continué dando nombres, y a cada uno, Bertram soltaba una lista de defectos, improperios o maldiciones, hasta llegar al último.

—Millman...

—¡Millman! —saltó mi tío—. ¿Continúa vivo?

—Sí, aunque respira con dificultad.

Bertram esbozó una sonrisa de medio lado.

—El tabaco, ¿no es cierto?

Asentí.

—Sabía que si continuaba fumando le pasaría factura. Millman... —Apartó la vista de mí y la dejó caer sobre el mantel—. Todavía recuerdo que no paraba de reír. Era un bromista. Sí, siempre bromeando. Herold Millman...

Me pareció que por un instante se abstraía. Advertí que su mano, la que sostenía el tenedor, descansaba ahora sobre la mesa; y solo en aquel instante, cuando una parte de Bertram ya no se hallaba presente en la conversación, comenzó a agitarse con un temblor leve: el verdadero pulso de un anciano, revelado justo cuando este bajaba la guardia. Pero a los pocos segundos Bertram regresó, y la mano detuvo aquella evidencia de vejez.

—¿Qué te dijo? —quiso saber.

—Que no debía visitarte.

Bertram apretó los labios. Su mirada me taladró de tal forma que pensé que de un momento a otro me atacaría. Pero no hizo nada.

—Millman dijo eso, ¿eh?

—Sí.

—Hacía mucho tiempo que no sabía nada de él; desde 1918, para ser exactos. Tu padre y yo lo conocimos muchos años antes, en Ingolstadt, donde vivíamos antes de mudarnos aquí. Acabábamos de heredar de tu abuelo toda la fortuna que había hecho con los ferrocarriles. Yo fui designado para cuidar de su dinero y deseaba invertirlo de la forma más sabia posible. Fue entonces cuando Millman y tu padre, Franz, me trajeron.

—¿Te trajeron?

—Sí, ellos me trajeron a África, sobre todo tu padre.

Sentí que el estómago se me cerraba. De mi padre conocía algunas historias contadas por la familia, pero nunca llegué a conocerlo en persona. Lo describían

como un hombre afable, de buen ánimo. Mi madre quiso hablarme de él en numerosas ocasiones, pero cada vez que lo intentaba los ojos se le llenaban de lágrimas y no tardaba en perder la voz. Para ella, Franz Kast pervivía en un recuerdo doloroso de ilustrar mediante palabras; y yo tampoco deseé hacerle pasar por aquel trance. Sabía poco sobre mi padre; entonces presentí que mi tío Bertram estaba a punto de revelarme información nueva sobre él, una parte de su vida que nadie me había relatado. Aparté mi plato de pescado y me incliné sobre la mesa:

—¿Él deseaba venir?

—Más que nada. La idea de vivir en África le entusiasmaba hasta arrebatarse el sueño. Tal era la fuerza de su decisión que me arrastró consigo. Cuando pisó por primera vez esta tierra, vi en sus ojos que se quedaría para siempre.

—¿Así que llegaste aquí convencido por mi padre?

—¿Convencido? No..., jamás me convencí. Sería más correcto decir que no tuve opción.

—Pero ¿por qué lo seguiste?, ¿qué te motivó a involucrarte en una idea que no deseabas llevar a cabo?

—¿Que qué me motivó? —Bertram hablaba con suavidad, pero en su tono distinguí una trémula chispa de emoción—. Franz era mi hermano.

Ingolstadt, Baviera. 14 de noviembre de 1904

—El señor List ha sido muy amable invitándome a su fiesta —saludó Frida al mayordomo.

—Bienvenida, señora.

—Por cierto, ¿dónde está? Me encantaría agradecerse en persona.

—En este momento se encuentra en la sala de fumar, pero le diré que desea verle.

La joven apretó sus labios en forma de capullo de rosa; luego entregó su paraguas al mayordomo y, tan rápido como se lo permitió el corsé de su vestido, puso rumbo al centro del salón. Allí, colocadas de forma estratégica, había otras dos mujeres. Una era más joven que Frida, casi una adolescente. Llevaba un vestido-túnica plisado de dos piezas. Su acompañante era una anciana de mirada ladina, sin apenas cabello para hacerse un recogido, y que adornaba su sobrio vestido negro con un broche dorado.

—¡Frida, querida! —saludó la más joven tomando a la recién llegada de las manos.

—¡Grete! Un placer verte, como siempre. Erhard List es tan atento al habernos invitado a esta fiesta, ¡y tiene tan buen gusto para decorar su casa! ¿Qué celebra esta vez?

Se sacó un abanico de la manga y comenzó a agitarlo frente a su rostro como si estuviera a punto de desmayarse.

—¡Ay! —prosiguió—. Admito que en las últimas semanas me invitan a tantas reuniones, actos sociales y festejos que ya no sé en cuál estoy. Toda esta gente me confunde, me provoca sofocos. Casi preferiría quedarme fuera, aunque nieve. ¿Sabe usted la razón de esta fiesta, señora Koch?

La anciana respondió con un gruñido. Ni siquiera había mirado a Frida. Sus ojos no perdían detalle de lo que sucedía a unos metros. Hasta tal punto se hallaba absorta que cuando alguien se cruzaba por su lado meneaba la cabeza para esquivar el bulto.

—¿Qué... qué sucede? —dijo Frida intentado dar con el asunto que reclamaba toda la atención de la señora Koch.

—Ahí, míralos. —Señaló la anciana con un disimulado gesto de cabeza—. Es ese joven, Franz Kast. Anda tonteando con la hija del señor Haider, ¿cómo se llama?

—Gerlinde —aclaró Grete—. Gerlinde Haider.

—Es idiota —sentenció la anciana.

—¡Señora Koch! Gerlinde es una buena muchacha —defendió Frida, quien había cruzado más de una palabra con la aludida y, en su fuero interno, reconocía cierta amistad.

—Idiota os digo, y ese Franz es todavía peor. Acabará preñándola, seguro. Y ella, como es idiota, se dejará preñar.

—Franz es un joven bien educado, señora Koch —continuó defendiendo Frida.

—Eso lo dices porque te gusta —adivinó la anciana, a quien no se le había escapado el leve rubor en las mejillas de Frida.

—¡Pero ¿qué dice?! Eso es falso.

Grete ocultaba una sonrisa con la mano. Frida, cada vez más azorada, miró alternativamente a las dos.

—Nunca he considerado a Franz Kast en esos términos.

—Entonces haces bien —la señora Koch asintió con energía—. Dicen que es un joven alocado, impulsivo y poco listo. Consumirá los ahorros que heredó de su padre si nadie lo impide; y desde luego que no será Gerlinde Haider quien le aporte algo de cordura. Es idiota.

—Pero yo he oído que su hermano mayor es quien ha quedado a cargo de la herencia —intervino Grete.

—¡Aún peor! —la señora Koch abrió sus diminutos ojos todo cuanto le fue posible—. Bertram, ¡ah! Ese hombre es un demonio. Un demonio os digo. Tiene el alma envenenada. No hay mujer en este mundo que pueda sobrellevarle.

—Pero señora Koch —dijo Frida al tiempo que aceleraba el movimiento de su abanico—, ¿acaso no se ha enterado? ¡Bertram contrajo nupcias!

La anciana abrió una boca tan oscura como la entrada a una caverna. Grete, por su parte, se llevó las manos al pecho, igual que si acabaran de herirla. Luego dijo:

—¡¿Quién?!

—Se casó hará un mes con Jocelyn Schönherr.

—¡Esa! —la señora Koch alcanzaba con cada dato un estado más elevado de sorpresa.

—¿Cómo es posible? —terció Grete conmovida.

—Todo el mundo se pregunta lo mismo.

Frida cerró su abanico y tomó a su joven amiga de las manos.

—Grete, sé que Bertram te rompió el corazón. Discúlpame, debí contarte esta noticia con anterioridad.

—No es necesario que te disculpes. Él... él nunca dio muestras de interesarse en mí. Ni me convino.

—No te conviene ni a ti ni a nadie —declaró la señora Koch—. Siempre lo he dicho. Desdichada la mujer que llegue a casarse con Bertram Kast. Pero Jocelyn... ¡quién lo diría!, ¡es de fisonomía tan débil! Esa mujer está más cerca que yo de la tumba.

—¡Señora Koch! —recriminó Frida de nuevo.

—¡Es cierto! ¿Acaso miento, Grete? No, no miento. Nació con un cuerpo lánguido. Siempre está enfermando. No me extrañaría si un día nos enteramos de que ha...

—¡Ahí está! —señaló Grete como si contemplara una epifanía.

El mayordomo acababa de abrir la puerta a Bertram. Este saludó con un leve movimiento de cabeza y pasó al interior, dirigiendo una breve mirada a quienes se cruzaban en su camino. Bertram era alto y de espaldas anchas. Vestía traje, bastón y chistera, aunque había entregado al mayordomo estos últimos. Lucía patillas largas y cuadradas hasta la mejilla, y un pelo pulcramente arreglado, corto, pero no tanto como para evitar que sus mechones delataran la incipiente curva de los rizos. Se afeitaba barba y bigote, aunque su sombra era demasiado dura para no notarse. Había en su altura, en la firmeza de su cuello, la delineación de sus brazos y la curva de su espalda un atractivo primigenio. Pero lo que más llamaba la atención eran sus ojos. Su mirada parecía la entrada a un espíritu iracundo; pese a todo, Bertram caminaba por el salón con tranquilidad, saludando con voz mesurada. Las tres mujeres advirtieron que acudía en busca de su hermano, de modo que Frida, rauda, tomó a Grete del brazo y buscó la forma de cruzarse en su camino. La señora Koch las siguió a su paso.

—¡Bertram! —dijo en cuanto se lo encontró.

—Señoras... —saludó el otro, y besó la mano de Frida.

—Nos han dicho que se ha casado —indicó esta— con Jocelyn Schönherr, si no me equivoco.

—En efecto, así es.

—¡Quién lo diría!

—Y por cierto —intervino la señora Koch, que acababa de llegar—, ¿no viene acompañado de su esposa?

—Tendrán que disculparla. No se encontraba bien.

—¡Oh! Lo lamento. —La anciana fingió un gesto apesadumbrado.

—Dígame —saltó Grete, quien pareció haber vencido alguna especie de barrera—, ¿qué hizo Jocelyn para conquistarle, señor Kast?

—¡Eso! —apoyó Frida—. Revélenos su secreto.

Bertram esbozó una media sonrisa.

—Me temo que no puedo confesárselo.

Las tres mujeres reaccionaron de forma diferente: Frida hizo una mueca graciosa, Grete ahogó un suspiro y la señora Koch decidió que observar los coqueteos de Franz con Gerlinde volvía a ser más interesante que atender a su hermano mayor. Aquel ya había reparado en Bertram y reclamó su atención con un rápido movimiento de mano.

—Si me disculpan... —se despidió el aludido.

Las tres mujeres lo siguieron un rato con la mirada, hasta que un susurro rasposo de la señora Koch rompió el silencio.

—No me importan sus buenas palabras. Dios sabe en cuántas peleas se habrá involucrado, cuántas veces habrá bebido más de la cuenta, o a cuántas mujeres habrá tratado de forma poco honesta. Es un salvaje, aunque intente aparentar caballerosidad. Los ojos de un hombre no mienten.

—¿Es cierto lo que dicen sobre Harman? —Frida cedió a los chismorreos.

—Cierto del todo —admitió la anciana—. Harman le contestó en malos términos, y Bertram se lanzó a él como una bestia. Hicieron falta cinco hombres para separarlo.

—Pobre Harman —dijo Frida—. ¿No crees, Grete?

Pero la aludida aún continuaba pendiente de Bertram. Lo había seguido con gesto melancólico por todo el salón, hasta ver que se encontraba con su hermano.

—¡Grete! —reclamó Frida.

La otra se volvió con brusquedad. En sus ojos titilaban sendas lágrimas.

—¡Oh, Grete! —Frida acarició el brazo de la joven—. Un hombre como él jamás te habría aportado felicidad. No sabe lo que es el cariño.

—Llevas razón —dijo la otra—, y a pesar de ello, ¿por qué parece no importarme?

—¡Hermano! —saludó Franz.

—¿Con quién estabas? —dijo Bertram al llegar a su altura.

—Es Gerlinde Haider. ¡Estoy tan enamorado de ella! Deberías conocerla. Bertram arqueó una ceja.

—¿Para eso me has hecho venir a esta fiesta?

—¿Qué? ¡No! Claro que no. Tengo un proyecto..., ¡un proyecto fabuloso, hermano! Tienes que hablar con Millman. Está acompañando a List en la sala de

fumar. Ven, debes escucharle.

Bertram arrugó el ceño, pero decidió seguir a Franz. Ambos se llevaban seis años de diferencia, pero Franz, con sus veintiuno recién cumplidos, todavía daba la impresión de ser un muchacho. Era algo más bajo que Bertram y de constitución delgada; una herencia de la familia materna, como también lo era su cabello caoba y lacio, que peinaba con cierta despreocupación. Ni siquiera compartía con su hermano la mirada. Sus ojos eran azules, y aunque vivaces, no llegaban a calar como los de Bertram. A decir verdad, los dos hermanos se parecían en muy pocos rasgos.

Cruzaron una puerta en la pared occidental hasta la pequeña habitación para fumadores, que se hallaba invadida por el humo y un fuerte olor a tabaco. Tres hombres disfrutaban allí de unos puros: el anfitrión de la fiesta, Erhard List, se carcajeaba apoyado contra una pared; el doctor Gerhard Felleman también reía, aunque estaba sentado, y justo entre los dos, los hermanos Kast descubrieron al autor de aquella hilaridad, Herold Millman, un muchacho larguirucho y desgarrado que peinaba su cabellera hacia atrás. Millman acumulaba en su cenicero los restos de dos puros y ya encendía el tercero.

—¡Bertram! —saludó al verlo aparecer. Se puso en pie de un salto y corrió a estrechar la mano de los recién llegados—. ¡Me marchó, amigo mío!

—¿Se marcha?

—No se lo va a creer, ¡voy a África! El negocio de los ferrocarriles me llama al gran continente de tierras inexploradas, y pienso aceptar su llamada.

—¿África? —remarcó Bertram incrédulo.

—Es el futuro —intervino List, quien acercó sendos puros a los hermanos—. El futuro del Reich. Ha llegado la hora de expandirse, estimado colega. La hora de obedecer. No podemos quedarnos atrás en la carrera. Desde el África Oriental están ofreciendo la participación en todo tipo de negocios: ferrocarriles, plantaciones...

Bertram tomó su puro como si en él existiera implícito un contrato de aceptación. Ni siquiera se lo encendió, sino que prefirió dejárselo en la mano.

—¡Vamos, Millman! —dijo—. ¿Habla en serio? ¿De verdad se marcha a África?

—Así es, amigo. —Herold dio una larga calada a su puro y añadió—: El África Oriental Alemana será mi próximo hogar. Voy a invertir en el ferrocarril que sale desde Tanga y que avanzará hacia el norte, directo a las faldas del Kilimanjaro. Al menos, esa es la idea. Las expectativas son fabulosas. Se espera alcanzar Mombo para el año que viene.

—¡Karl Peters! —mencionó List elevando su puro—. Ese hombre era un visionario, además de un fabuloso explorador. Es ahora cuando debemos

perseguir la estela de su ánimo expansionista. Alemania se unió tarde a la colonización, pero hoy día, gracias a Peters y a quienes siguieron después, podemos garantizar que estamos a la altura de las otras potencias. El África Oriental nos pertenece. Es nuestro deber consolidar los territorios que un día adquirimos.

—¿Por adquirir se refiere a firmar dudosos pactos con los nativos, señor List? —intervino el doctor Felleman, quien había permanecido en un silencio cauteloso.

—¡Vamos, doctor! Esos pactos existen. Peters los firmó con los jefes tribales de la región de Saadani. Está comprobado.

—Me pregunto si alguno de ellos supo lo que firmaba —agregó Felleman.

—Es nuestro deber —dijo Millman dejando claro de parte de quién estaba—. Nuestro deber como alemanes.

—¡Claro que lo es! —se unió List—. Francia, Inglaterra, Bélgica, Italia..., todas las potencias europeas lo están haciendo. ¿Vamos a quedarnos atrás? Un verdadero alemán jamás consentiría algo semejante. Bertram, no puede oponerse a la expansión del Reich. ¿Es que no tiene ganas de contribuir?

El aludido arrugó el entrecejo.

—Caballeros, no puedo creer lo que escucho en esta habitación. ¿De verdad va a trasladarse, Millman? Las colonias suponen una pérdida de dinero para Alemania. Ningún hombre prudente invertiría en ellas. Hace años vimos cómo la Compañía del Este Africano fracasaba de manera estrepitosa. No hay beneficios en las tierras de África Oriental. Tuvo que ser el propio Gobierno quien acudiera en ayuda de las Compañías de Carta, y desde entonces se ha hecho cargo. No creo que resulte un negocio en el que deba invertirse.

—Bismarck lo hizo —señaló List.

—¿De verdad alguno de los presentes cree que Bismarck apoyó el avance colonial por gusto? —rebatió el doctor Felleman—. No tenía ningún empeño en expandirse.

—Bismarck apoyó la creación de las colonias para que Alemania adquiriera la categoría de imperio —dijo Millman.

—Un esfuerzo que tuvo que asimilar para que algunos quedaran contentos —añadió Bertram—. Estoy seguro de que ahora el canciller Bülow sostiene las colonias como sostendría un trago amargo en su garganta.

—¡Lo hace por el Imperio! —defendió List con energía—. ¡Por nuestro avance! ¿Alemania sin colonias? ¿En qué puesto nos dejaría eso frente a los demás países de la vieja Europa? Y no somos como los demás, Bertram. Eso no podrá negármelo. ¿O acaso nos compararía con los franceses?

Bertram dejó el puro sobre la mesa.

—¿Y por un ideal tan descabellado están dispuestos a trasladarse y sacrificar su fortuna? —habló sin elevar la voz, pero la rotundidad de su comentario se hizo más que evidente en los demás hombres—. Es una idea que no puedo compartir.

—Por fortuna, su hermano no piensa igual. —List desvió la mirada al joven Franz.

Este, que había permanecido tras las espaldas de Bertram, se adelantó.

—Yo...

—Mi hermano no decide sobre el dinero que nos legó nuestro padre —señaló el otro, todavía encarando a List.

—Yo sí siento que sea nuestro deber, hermano. Hay que invertir en África.

—No voy a discutir sobre eso, Franz. Esta conversación es absurda.

—¡Absurda! —reaccionó List.

A estas alturas de la discusión, tanto Millman como el doctor Felleman habían preferido callarse, pero List acababa de sentirse herido en su orgullo patrio, y no pensaba darse por vencido.

—¡Absurda, dice! Ese comentario casi podría tacharse de traición.

Bertram apretó los labios.

—Es posible que para usted, List, y quizás para Millman, no resulte un problema perder una pequeña fortuna alimentando su orgullo. Pero yo no puedo permitirme esos lujos. Mi padre fue un hombre trabajador, pero no llegó a hacerse tan rico como sus progenitores. Es por ello que no estoy en disposición de aceptar caprichos nacionalistas, ni de dar lo poco que tengo por una idea que sostiene unos cuantos idiotas, entre los cuales incluyo a mi propio hermano, al que sin duda han convencido sus promesas y sueños. Pero a mí, caballeros, no van a lograr convencerme.

—¡Me llama idiota en mi propia casa! —acusó List y avanzó hacia Bertram.

Este no se movió, pero el doctor y Millman salieron al encuentro del otro y lo frenaron antes de que alcanzara su objetivo.

—¡Me ha insultado! —gritaba List intentando zafarse.

Bertram lo observaba con absoluta parsimonia; incluso se concedió un par de segundos para ver cómo se revolvía. Después se dio la vuelta, esquivó a su hermano y abandonó la sala de fumar.

Cuando alcanzó el salón, pudo comprobar que los gritos de List habían atravesado las paredes, porque los presentes se le quedaron mirando, enmudecidos. Bertram los observó sin inmutarse y se dirigió a paso vivo hacia la salida. Al poco apareció Franz.

—¿Por qué no eres capaz de apoyarme?! —gritó.

Bertram se volvió despacio.

—Trasladarnos a las colonias sería nuestra ruina, ¿lo comprendes? No hay negocio que se sostenga allí. ¿Es lo que quieres?, ¿arruinarnos? ¿Dilapidar el esfuerzo con el que nuestro padre ahorró hasta sus últimos días?

—¡Solo quiero tomar mis decisiones!

—¿Decisiones?... Decisiones. No, no puedes tomarlas, Franz.

Había negado con la cabeza mientras formulaba aquella afirmación. Permanecía de pie en mitad del salón, rodeado de miradas curiosas; pero la suya se mantenía clavada en su hermano, quien luchaba por que la voz no se le rompiera. Pero aunque lograra evitar el llanto, Franz había sido dañado en su orgullo. Contraatacó, valiéndose del golpe más bajo que le vino a la cabeza:

—Por eso te has casado, ¿verdad? Para ser tú quien administre el dinero de la herencia. Esa fue la condición de nuestro padre, y tú la cumpliste sin pensártelo dos veces, antes de que el descerebrado de tu hermano gastara el dinero en cualquier tontería.

Bertram se sintió rodeado por una nube de murmullos. Los asistentes no tuvieron pudor en manifestar sus opiniones ante aquel comentario; en especial tres mujeres, que se situaban cerca de él: Frida, Grete y la señora Koch, a quienes aquella revelación iba a facilitarles tema para muchos días. Lo observaron fascinadas, incrédulas y escandalizadas; todo al mismo tiempo, en una amalgama de gestos que Bertram se encargó de responder con una expresión de asco. Y no solo la dirigió a ellas, sino a todos los presentes; los retó con su mirada y luego salió sin despedirse de nadie.

Franz, que acto seguido pasó a convertirse en el nuevo foco de atención, decidió marcharse por otra puerta. A pocos metros, Gerlinde Haider no perdió detalle de su ruta.

Bertram caminaba sin que pareciera importarle la nevada. Sus zapatos se hundían en una espesa capa de blanco inmaculado que llevaba días arrojando las calles de Ingolstadt. Una nube de vaho se arremolinaba en su cabeza con cada exhalación; pero él no sentía frío, estaba demasiado furioso como para notar las bajas temperaturas.

Atravesó el Danubio. Bajo el puente flotaban anchos pedazos de hielo que navegaban a la deriva. Al otro lado, no demasiado lejos, podían divisarse las torres cuadradas de la catedral de Nuestra Señora. Puso rumbo hacia ellas, pero a mitad de camino dobló a la derecha y se encaminó por una calle ancha, solitaria a aquellas horas. Acababa de anochecer, y casi todo el mundo se había retirado a sus casas. A Bertram solo lo acompañaba el crujido de sus pasos sobre la nieve, sus jadeos y el revoloteo de una ira que no parecía menguar. Muy al contrario, tomaba forma en el centro de su pecho y se deslizaba hasta sus manos,

ramificándose por cada dedo. Por eso Bertram apretaba los puños con fuerza.

Pero entonces algo lo detuvo en seco. El viento arrastraba una melodía muy débil, casi perdida a causa de la distancia, pero aún perceptible. Eran unas notas de piano, tocadas a ritmo lento y armonioso. Bertram inhaló una larga bocanada de aire congelado. Permaneció unos segundos quieto, escuchando, y luego reanudó la marcha, directo al lugar del que procedía la música.

Se detuvo delante de una fachada pintada de blanco, de borde superior escalonado, que ocultaba un tejado a dos aguas cubierto de nieve. Introdujo una mano en el bolsillo y extrajo una llave con la que abrió la puerta. El interior se hallaba a oscuras. Solo podía distinguir los muebles gracias a la poca luz que se filtraba a través de las cortinas. Las notas del piano continuaban flotando en el aire, descendiendo con suavidad el tramo de escaleras. Bertram subió esforzándose por no hacer ruido. Era como si cualquier crujido de la madera, cualquier roce de sus dedos sobre el pasamanos, resultara un pecado imperdonable contra aquella melodía.

El piso de arriba también se hallaba a oscuras, pero frente a él, en una pieza vacía, y como si poseyera cierta iluminación propia, una esbelta mujer acariciaba las teclas de un piano de cola negro, sobre cuyo lomo brillaba un nombre en letras de nácar: Frieden. La mujer tocaba a Brahms. Jocelyn siempre tocaba a Brahms.

Bertram se sintió incapaz de hablar. Aquella forma de tocar, aquellas caricias transformadas en la cadencia de una ópera lograban apaciguar su espíritu. Ejercían un efecto balsámico, de tal forma que toda su ira y todo su odio se consumían. Aún llevaba los puños apretados, pero poco a poco fue relajando la presión de los dedos, hasta que sus manos quedaron sueltas; respiró tranquilo, igual que si estuviera a punto de quedarse dormido; desaparecieron las arrugas de su ceño y hasta su mirada quedó apaciguada. Justo en ese instante, Jocelyn dio la nota final y se volvió.

—No he querido molestarte —dijo Bertram en un susurro, como si aún se negara a salir de aquel trance—. Veo que te encuentras recuperada.

Jocelyn mostró una sonrisa dulce. Era una mujer alta y delgada. De piel pálida, cabello dorado en bucles y ojos azul claro. Tenía la nariz algo respingona y unos labios bien proporcionados, bien ubicados sobre una mandíbula afilada. Toda su figura parecía de una extrema fragilidad. Ni siquiera se levantó de su asiento, sino que fue Bertram quien se aproximó.

—Sabía que escuchabas. Siempre deseas escuchar hasta el final —dijo ella con un hilo de voz.

Bertram besó su frente.

—Lo necesitaba —admitió.

No hizo falta que diera más explicaciones. Ella tomó su rostro con ambas manos, lo acercó al suyo y depositó un beso en sus labios.

—¿Cómo lo haces? —intervino él al cabo de unos instantes—. ¿Cómo logras calmarme?

—Es Brahms —respondió Jocelyn.

—No. No es la melodía, ni el compositor. Eres tú. Es la delicadeza que viertes en cada una de las notas. O tal vez se trate de algo aún más profundo, inexplicable. Como si fuera... magia.

—Por eso te casaste conmigo.

Bertram guardó silencio un instante; luego dijo:

—Sí, así es. Por eso me casé contigo.

A pesar de que, como siempre ocurría, Jocelyn hubiera logrado calmar sus ánimos por medio de la música, Bertram no consiguió descansar aquella noche. Su espíritu creó un sueño extraño y sobrecogedor. Se vio a sí mismo de pie en mitad de una hendidura gigantesca. A su alrededor crecía una flora exuberante y salvaje, casi amenazadora; el cielo se hallaba invadido por la oscuridad, salvo por explosiones de fulgor momentáneo que lo iluminaban de chispas. Al observar con más atención, comprendía que aquella ancha hendidura en la que se encontraba no era sino el antiguo curso de un río.

De repente la tierra comenzaba a temblar, agitada por un estruendo cada vez más próximo, hasta que frente a Bertram aparecía un gigantesco torrente de agua. Corría hacia él con una fuerza incontestable. Bertram intentaba correr, mas pronto comprendía que era imposible escapar. El agua terminaría alcanzándolo, de modo que, asumiendo su destino, afrontaba el aluvión. Pero justo cuando estaba a punto de ser arrollado, la furiosa espuma tomaba forma; aparecían los huecos de unas cuencas oscuras, la protuberancia de un morro y el enorme agujero de unas fauces abiertas. Así, la vanguardia del torrente se convertía en la cabeza de un enorme tigre blanco.

Cuando los dientes de aquel tigre ya se cerraban en torno a él, Bertram despertó de un salto.

Había creído escuchar una voz familiar. Miró a su lado, Jocelyn no estaba; aunque no tardó en aparecer por la puerta.

—Cariño, ¿estás despierto?

—Me ha parecido escuchar una voz.

—Vístete cuanto antes. Se trata de tu hermano.

Entonces volvió a oír que lo llamaban desde la calle. Franz debía llevar mucha prisa, porque ni siquiera esperó a llegar frente a la puerta. Bertram se levantó de un salto y corrió a la ventana. Una ráfaga helada lo saludó en cuanto abrió las hojas. Al asomarse, comprobó que su hermano venía caminando desde un extremo de la calle.

—¡Bertram, ábreme!

—¿Se puede saber qué sucede? —respondió contrariado ante la falta de modales.

—¡Me caso!

El hermano mayor de los Kast sintió el impulso de saltar por la ventana y agarrar a Franz por el cuello, pero aquel instinto no salió; de hecho, no dejó ver ninguna reacción, salvo una más que patente sorpresa. Franz llegó hasta la fachada con una sonrisa tan ancha que le desconcertó aún más. ¿Había dicho que se casaba? Se puso los pantalones, se ajustó los tirantes y, sin buscar más prendas de ropa, descendió de tres en tres los escalones hasta el recibidor. Jocelyn ya había abierto a su cuñado, quien entró saludándola con un abrazo.

—¡Me ha dicho que sí, Jocelyn! ¡Voy a casarme!

—¡Qué maravilla! —respondió ella.

—¿Quién te ha dicho que sí? —preguntó Bertram apareciendo en escena.

—Gerlinde Haider. Nos casaremos en dos días.

—¡Dos días! —repitió el hermano mayor.

—¡La amo! Es una muchacha cariñosa y comprensiva. Y no siente ningún miedo de mis proyectos.

—¿Cuándo la has pedido en matrimonio? —Bertram aún dudaba de que la información fuera cierta.

—Anoche mismo.

—¿Anoche, en la fiesta?

—Tras la fiesta, mejor dicho. Después de que te fueras yo también salí, aunque por otra puerta. Entonces, cuando más bajo de ánimo me hallaba, el destino quiso que me topara con ella. Gerlinde se encargó de darme ánimos, de reconfortarme y de apoyar mis ideas. ¡Ella cree que llevo razón, Bertram! Siempre me pareció hermosa, pero anoche..., anoche creí estar contemplando a la misma Divinidad. ¡Fue tan comprensiva! Y en aquel momento, como si me hubiera movido una fuerza invisible, noté que nuestros labios se tocaban. Al terminar de besarnos comprendí lo que tenía que hacer. Le pedí que se casara conmigo, con mis palabras transportadas en una especie de sueño; y sumida en ese mismo trance, ella aceptó. Me caso, hermano... ¡Me caso con Gerlinde Haider!

Había gritado esto último volviéndose hacia la calle. Algunos vecinos se asomaron a las ventanas.

—Enhorabuena, Franz. —Jocelyn abrazó al muchacho—. Seréis muy felices.

Bertram, en cambio, no era capaz de adoptar la postura conciliadora de su mujer. Comprendía las intenciones de su hermano, y casi podía adivinar todos y cada uno de los pasos que lo habían conducido a una decisión tan repentina. No

obstante, tampoco se sintió capaz de recriminarle. Su sobrecogedora experiencia nocturna había condicionado su ánimo de algún modo. Aún le parecía estar a punto de ser arrastrado por el torrente, devorado por el tigre formado en la espuma. Un extraño temor se había adueñado de su espíritu; una especie de suspicacia que mantuvo a raya sus ánimos. Quizás Franz esperaba una fuerte reprimenda, porque tras abrazar a Jocelyn se le quedó mirando a la espera, en guardia.

—Te marchas al África Oriental —fue lo único que dijo Bertram, sin apenas despegar los labios.

Franz dejó salir un breve suspiro.

—Sí, así es. Partiré lo antes posible. Puede que dos o tres días después de la boda. Mi nuevo hogar se establecerá en Kilwa Kivinje, una región de la zona. Cerca hay una gran plantación de algodón que mantiene el comandante Willem von Faulkert. Es el plan que iba a proponerte, hermano, aunque ya conozco tu opinión al respecto. El comandante Von Faulkert es un hombre del que he recibido excelentes recomendaciones. Todo el mundo lo describe como un héroe, un auténtico patriota. Cuando averigüé que buscaba inversores, me decidí a acompañarlo. Hoy le he mandado un telegrama urgente, y en cuanto me responda iniciaré el viaje. De modo que... en fin, quizás en una semana tengamos que despedirnos.

Franz mostraba un gesto conciliador, al que Bertram respondía sin alterar ninguna de sus facciones. Su hermano se había casado para disponer de los ahorros de su padre y se marchaba al África Oriental Alemana en unos pocos días. Había desobedecido cada una de sus peticiones, y sin embargo se sintió temeroso de despertar, dar rienda suelta a la fiera, liberar el torrente. Algo en sus entrañas le aconsejaba silencio, y más que eso: lo conminaba a dejar fluir el curso de los acontecimientos, como si una fuerza superior impidiera un cambio de rumbo en el destino. No deseaba gritar a Franz, lanzarse contra él y obligarlo a cancelar la boda. En realidad, sentía todo lo contrario. Sus pensamientos eran presa de una honda preocupación. No quería perderlo de vista.

—Enhorabuena.

Por un momento, Franz solo pudo esbozar una sonrisa incrédula. Luego reaccionó. Dio un paso hacia su hermano con intención de abrazarlo, pero lo detuvo una contención inexplicable. Miró a Jocelyn y volvió a sonreír.

—Os pondré al tanto sobre la fecha de mi boda. Gracias..., gracias a los dos.

Y se alejó a la carrera. Jocelyn se asomó al umbral y lo siguió con la mirada unos metros, pero Bertram no se movió del sitio.

—¿No es impresionante? —dijo ella volviéndose hacia su marido—. Al final, tu hermano viajará a África.

La habitación del piano siempre estaba poco iluminada porque Jocelyn lo quería así. Le gustaba tocar casi a oscuras para que nada la molestara. Deseaba sentir la melodía flotando en el ambiente y creía que incluso la luz entraba en conflicto con las notas.

Aquella era una de las habitaciones menos apropiadas para mantener una entrevista, y menos con el doctor Felleman, pero Bertram se hallaba tan concentrado en sus pensamientos que no se dio cuenta de adónde se dirigía, y ni siquiera ofreció a su invitado un cigarro, o algo con lo que mojarse los labios. Lo hizo pasar alzando la voz, y cuando Felleman subió al primer piso y se encontró frente a él, Bertram le pidió que tomara asiento en la banqueta que utilizaba Jocelyn para tocar; él se mantuvo en pie. Nada más verlo, el doctor presintió que le sucedía algo malo.

—Bertram, ¿qué le ocurre?

—Mi hermano Franz se casa.

—Lo sé. Me lo dijo la señora Koch. A esas mujeres no se les escapa nada.

—Lleva dos días preparando la boda, entretanto aguarda un telegrama que le confirme una casa en Kilwa Kivinje, una región del África Oriental.

—También lo sé. Millman y List intentaron convencerme de que su hermano había tomado la mejor de las decisiones.

Bertram exhaló despacio.

—En ese caso, debo pedirle su palabra de médico y de caballero. Júreme que no compartirá con nadie lo que hablemos aquí.

El doctor lo miró extrañado.

—Bertram, ¿es grave lo que va a declararme?

—Necesito su palabra.

—Está bien. La tiene. No diré a nadie lo que hablemos a partir de este momento.

—Yo también estoy pensando en acompañarlo, Felleman.

El doctor hizo amago de abandonar su asiento.

—¿Y su esposa?

—Llevaré a Jocelyn conmigo. No puedo dejarla en Baviera.

—¡Por el amor de Dios! —Esta vez Felleman sí se puso en pie—. Bertram, ¿qué está diciendo? Su esposa nació con un corazón muy débil, ¿no es conveniente que realice ningún viaje! Además, ¿ha pensado qué tratamiento recibirá en Kilwa? ¿Habrán allí algún doctor especializado? ¿Y las medicinas? ¡Cielos! Debo rogarle que reconsidere su idea.

—No puedo abandonar a mi hermano.

Bertram dio la espalda al doctor y fijó su atención en la estrecha franja entre

las cortinas. A través de ellas se divisaba la calle cubierta de nieve. A unos metros, un hombre a caballo encendía las farolas.

—¿Y a cambio está dispuesto a poner en peligro la vida de su esposa? —El doctor se acercó a Bertram y tiró de su hombro para encararlo; el otro le clavó la mirada—. Bertram. Me niego a creer que sea tan inconsciente. Su esposa morirá en África si la lleva consigo, ¿comprende lo que le digo? No soportará el estilo de vida. Se lo suplico, deje partir a su hermano. Es muy posible que, al cabo de un tiempo, se canse de la soledad en un país extranjero y regrese a Baviera.

—No lo hará. Necesita servir al Reich. Está decidido a continuar hasta el final.

—¿Hasta el final?

Felleman, desconcertado, aguardó una respuesta de su interlocutor, pero al no recibirla, su cabeza elaboró un siniestro presentimiento:

—Bertram..., no me diga que hace todo esto por preservar el dinero que les legó su padre.

El anfitrión se volvió de nuevo hacia las cortinas. El doctor, tras observar su espalda durante un instante, se alejó caminando hacia atrás, aterrado.

—Me niego. No puedo creer que le mueva una ambición tan inmoral. ¡Todo por el dinero!

—Tengo que acompañar a mi hermano. Eso es todo.

Pero Bertram lo había dicho en un hilo de voz. El doctor no le creyó.

—Es un monstruo. ¡Matará a su esposa! Al menos, tenga la decencia de abandonarla. Escríbale una carta de rechazo y déjela en Baviera. La gente le odiará, pero eso a usted nunca le ha importado. No sea capaz de llevarla hasta África para no sentirse solo.

—¡No puedo abandonar a Jocelyn! —rugió Bertram.

El doctor creyó que se le echaría encima. Alzó los brazos como para detener un golpe que, sin embargo, nunca llegó.

—¡No puedo abandonarla! —repitió—. ¡Y no pienso aceptar que mi hermano se marche solo! ¡No dejaré a ninguno de los dos!, ¿entiende?

—Cálmese...

—¿Cómo cree que llegaría a reaccionar si un día supiera que mi hermano ha fallecido en África?! ¿Ha pensado por un instante en lo culpable que me sentiría durante el resto de mi existencia? No puedo dejarlo, ¡no puedo, doctor! ¡Maldita sea!

Dio una patada a la banqueta del piano, que salió despedida unos metros.

—¡Pues abandone a Jocelyn! En Baviera logrará sobrellevar su enfermedad mucho mejor. Puede que hasta alcance la vejez. Olvídela, Bertram, y márchese sin ella.

Bertram respiraba agitadamente. Entonces, aquel sueño que había tenido dos

noches atrás volvió a su recuerdo. La hendedura, el espesor de los árboles, el cielo nublado y, sobre todas esas cosas, el torrente. Una lengua de agua espumosa con cabeza de tigre.

El tigre. El tigre que llevaba dentro lo devoraba.

Fijó la vista en el piano, en su nombre, Frieden, como si buscara percibir la paz, o tal vez una nota sugerida a través del recuerdo. Pero no llegó nada. Su mujer no estaba en casa, y sin ella nadie podía calmar a la fiera. Sin Jocelyn, Bertram se habría transformado en un ser odioso. Deseó hacer caso al doctor, confirmarle que su esposa se quedaría en Baviera, porque era incapaz de abandonar a su hermano a un destino caprichoso; pero no pudo.

—Jocelyn vendrá conmigo —sentenció con firmeza—. Nos iremos todos después de la boda.

Felleman, como si un enorme peso acabara de caerle sobre los hombros, se encorvó. Su expresión se contrajo en un gesto de dolor. Luego se llevó la mano a la boca, y a través de la palma, en un susurro, sentenció:

—Jamás volveré a considerarle mi amigo.

—Dígame solo qué precauciones debo tomar para el viaje, y guarde silencio sobre sus advertencias. Le conmino a su juramento.

—No, no me ha hecho venir solo para que le dé una lista de recomendaciones. Deseaba que alguien ejerciera de su conciencia, porque usted es incapaz de discernir lo bueno de lo malo. Pero al fin ha tomado la decisión que le ha parecido más conveniente. Exuda el mal, está destinado a causar dolor a cuantos le rodean. En lo que a mí respecta, ha conseguido destrozarme. Y si no le hubiera dado mi palabra al inicio de la conversación, correría para advertir a Jocelyn de que la dirige usted hacia su final.

—Indíqueme qué precauciones tomar, doctor —reiteró Bertram con frialdad.

—Les prescribiré un tratamiento preventivo de quinina para evadir la malaria. Pero ordenaré a mi enfermera que se la administre. Yo no deseo volver a esta casa.

La boda se celebró siguiendo los dictados del padre de Gerlinde, el señor Haider, quien, para sorpresa de todos, era uno de los más conformes con la idea del matrimonio. Conocía a la familia Kast y suponía que Franz debía haber recibido una generosa herencia, de modo que no solo no se opuso, sino que hizo todo lo posible para acelerar el proyecto, dado que se escuchaban rumores de que Bertram se hallaba disconforme.

La ceremonia fue rápida y sin demasiadas florituras. Los novios eligieron una celebración abreviada pues todo el empeño de Franz se hallaba en el viaje que los aguardaba. Ya había recibido el telegrama de Von Faulkert aprobando su viaje, y aunque el comandante no sabía nada de la reciente inclusión de Bertram y Jocelyn, Franz confiaba en que no hubiera mayor inconveniente. Tras la boda envió un telegrama con las novedades y dispuso todo para la partida. Dos días después, amigos y vecinos se despedían de ambas parejas en la Estación Central.

—Nos veremos allí muy pronto —presagió Millman estrechando la mano de Franz—. Todavía me faltan unas cosas por atar en Ingolstadt, pero en cuanto las tenga listas marcharé al continente africano. ¡Nos encontraremos entre los leones y las jirafas!

—Habéis hecho muy bien —intervino List dando un fuerte abrazo a Franz—. Me siento orgulloso de vosotros. Alemania entera se ha conmovido con vuestra decisión. Que se entere toda Europa.

Por su parte, Jocelyn se despedía de un pequeño grupo de mujeres, que lloraban a lágrima viva y le deseaban buen viaje entre hipos.

—Te marchas a una tierra maravillosa —opinó una.

—Eres muy valiente, Jocelyn —dijo otra.

—Estoy muerta de miedo —reconoció ella—. Pero Bertram quiere viajar con su hermano...

—Te lo pasarás bien allí. Descubrirás nuevas tierras —declaró una tercera.

—Sí, supongo que sí.

En el último minuto, entre el grupo de mujeres se coló Gerhard Felleman.

Jocelyn lo encontró pálido y sin afeitarse. El doctor la tomó de las manos y se las besó.

—Querida niña... —Quiso continuar, pero de reojo detectó que Bertram lo observaba. Y aquella mirada intensa tuvo el poder de hacerle temblar—. Cuidese, señora —murmuró volviendo a besar sus manos.

—Doctor... —respondió Jocelyn con voz ahogada.

—No olvide escribirme.

—Se lo prometo.

—Me contará cada alteración de salud que le sobrevenga, ¿verdad? Perderé el sueño si llego a enterarme de que ha empeorado. Por favor, escríbame. No lo olvide.

—Doctor Felleman, no se preocupe. Me encontraré perfectamente. No haré esfuerzos. Bertram se ocupará de mí.

La locomotora pitó su primer aviso. Los pasajeros subieron al tren y buscaron sus compartimentos. Franz estaba pletórico, no soltaba a Gerlinde en ningún momento; incluso cuando transitaban por los estrechos pasillos del vagón, se colocó detrás de ella, la sujetó por las caderas y ambos caminaron coordinando sus pasos. Cuando encontraron su compartimento pudieron comprobar que quienes habían ido a despedirlos aún permanecían en el andén. List se despidió de Franz imitando un saludo militar.

—Creo que le caigo bien —dijo el muchacho—. Sobre todo después de ver cómo me marchó a África y él, en cambio, debe quedarse en Baviera.

—Su mujer está embarazada —señaló Jocelyn—. En el África Oriental una embarazada corre un alto riesgo de contraer la malaria.

—¡Que se aguante! —saltó Gerlinde.

Con el ajeteo de los últimos días, ni Bertram ni Jocelyn habían tenido tiempo de conversar con ella. Bertram ni siquiera había reparado en su presencia, pues otros pensamientos lo carcomían. Pero cuando la joven de apenas diecisiete años dejó salir sus impresiones, todos en el compartimento le prestaron atención. Gerlinde dedujo que resultaba una absoluta desconocida, extendió la mano a Jocelyn y dijo:

—¡Hola! En la boda no tuvimos tiempo de hablar y conocernos. ¡Ha sucedido todo tan rápido!

Su voz era aguda y apresurada, y cada vez que decía algo, acompañaba sus palabras con graciosos movimientos de cabeza, de forma que los rizos de su larga cabellera pelirroja se bamboleaban arriba y abajo.

—Es cierto, Gerlinde. Hemos estado desbordados estos últimos días —respondió Jocelyn, quien apenas le sacaba dos años de edad, pero que daba una impresión más madura. Su voz, tranquila y aterciopelada, era la completa

antítesis de la de su cuñada.

—¡Oh! No me llames Gerlinde. Nadie lo hace. Bueno, sí lo hacen, pero solo quienes no me caen bien. Tú puedes llamarme Gerdi. Me gusta más.

—Está bien, Gerdi.

—¡Ya verás, vamos a ser muy amigas!

Antes de que Jocelyn respondiera, se dirigió a los demás:

—¿Sabéis la ruta que tomaremos? Franz me la detalló justo ayer, antes de que me fuera a la cama. ¡Es impresionante! Un viaje en barco de dos meses y medio. ¡Tendremos mucho tiempo de conocernos!

Bertram giró la cabeza hacia la ventana. El tren acababa de pitar por última vez. Dio un fuerte acelerón, las ruedas chirriaron sobre los raíles, salió un humo blanco de la chimenea y al fin, poco a poco, se puso en marcha. Los amigos se despidieron por última vez, pero Bertram no se fijó en ellos. Entre aquel grupo destacaba Gerhard Felleman. Negaba con la cabeza, mientras que con los ojos parecía gritar auxilio.

La ruta recorría buena parte de Alemania en tren, desde Baviera al puerto de Hamburgo. Allí los cuatro viajeros tomaron un barco que los llevaría directamente hasta Kilwa Kivinje después de atravesar más de media Europa. Surcaron el mar del Norte, pasaron por el canal de la Mancha y bordearon Francia, España y Portugal hasta cruzar el estrecho de Gibraltar. Hacia diciembre se hallaban navegando aguas del Mediterráneo. El día 29 el barco atracó en El Cairo. El capitán anunció que allí darían la bienvenida al año de 1905, y que en enero cruzarían el canal de Suez.

En El Cairo subieron nuevos pasajeros, ingleses en su mayor parte. Entre todos no tardó en destacar un teniente que viajaba al África Oriental Inglesa, el señor Elliot Lane Buttercup. Un joven educado, de aspecto agradable. Se peinaba con la raya a un lado un pelo muy negro y dejaba que le creciera un discreto bigote que recortaba en perfecta línea horizontal. El teniente Buttercup supo ganarse el respeto de toda la tripulación y la admiración de buena parte de las damas solteras, pues era un excelente conversador y hacía gala de tal sorprendente habilidad perceptiva que, solo tras un día desde su embarque, ya había quien le otorgaba el don de la clarividencia.

La noche de Fin de Año, cuando tripulación y pasajeros celebraban una fiesta en cubierta con la esplendorosa ciudad de El Cairo como telón de fondo, Buttercup se aproximó a Bertram. El mayor de los Kast bebía solo, apoyado en la baranda de estribor.

—Usted viaja con otras tres personas, ¿cierto? —lo saludó en un fluido alemán.

Bertram le devolvió una mirada curiosa. El teniente vestía uniforme militar, llevaba la gorra bajo el mismo brazo con el que sujetaba una copa. Cuando se sintió estudiado, Buttercup extendió su mano libre.

—Elliot Buttercup.

—Bertram Kast. Embarcó usted hace dos días, ¿correcto?

—Veo que no se le escapa nada.

—No resulta complicado. Ha llamado la atención de muchos.

—Viaja al África Oriental Alemana, supongo. ¿A qué ciudad?

—Kilwa Kivinje.

—¡Oh! Habría apostado que iría a Dar es-Salam, a la capital. O quizás a Tanga. Mantenía la esperanza de que fuera esta última. Así tendría alguien con quien conversar cuando pisara suelo africano.

—¿Adónde se dirige usted?

—Al África Oriental Inglesa, por supuesto. Mi destino se halla cerca del Kilimanjaro. Estoy deseando admirar sus cumbres, y si tengo oportunidad, escalarlas. Los alemanes son grandes montañeros, lo admito; pero los ingleses somos aguerridos por naturaleza. En toda alma británica subyace el ánimo por explorar y alcanzar nuevas cotas. Nosotros descubrimos las fuentes del Nilo y cartografiamos el lago Victoria. De modo que, aunque no sepa dónde poner el pie, espero alcanzar la cumbre de ese fabuloso monte. Pero no ha respondido usted a mi pregunta. Viaja acompañado, ¿verdad?

—Mi esposa ha decidido irse pronto a dormir. Las fiestas la agotan.

—Y la otra pareja...

—Son mi hermano y su mujer. Están recién casados.

Buttercup alzó las cejas.

—¡Oh! Comprendo. De modo que se encuentra usted solo.

Bertram observó a su interlocutor con más atención. Vestía su uniforme con la pulcritud arquetípica de un inglés y en su rostro todas las facciones se conjuntaban en una armonía gratificante. Daba la sensación de que Buttercup era un hombre en quien podía confiar. Alzó su copa y dijo:

—Bueno, ahora disfruto con su compañía.

El teniente acercó la suya y ambos brindaron.

—África... —suspiró Buttercup—. Dicen que quien ha pisado el continente una vez siempre desea volver. Es como si en esa tierra existiera algo primigenio, esencial, que tuviera la fuerza de reclamar nuestro espíritu. Sin embargo, y en lo que a mí respecta, no creo que sea así.

—¿Qué hará en el continente?

—Proteger a las Compañías de Carta. Las revueltas de la población nativa continúan acosándolas. Haré lo que pueda por evitarlo, claro. Aunque pienso que

los nativos llevan razón.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que los nativos están en su derecho de rebelarse. Mírenos: los conquistadores europeos; las manos del imperialismo. Nos apropiamos de tierras que ya tenían dueño solo porque jamás habían pertenecido al hombre blanco. Ya habrá escuchado que es nuestro deber civilizar a esas personas, como países avanzados que somos. Conducirlas desde su estado salvaje hasta el que disfrutamos nosotros. Pero lo cierto es, querido amigo alemán, que continuamos siendo tan primarios como ellos puedan parecernos. Los civilizamos mediante la crueldad: castigos físicos, trabajos forzosos, impuestos y apropiación de los pocos bienes que poseen. ¿Esa es nuestra demostración de civismo?

»Fíjese. Nos hallamos en El Cairo, bebiendo y festejando el nuevo año como dos caballeros, entablando una conversación amistosa; pero nuestras naciones se observan por el rabillo del ojo y compiten por la supremacía. Hasta la llegada de Karl Peters, en los territorios que usted no tardará en pisar ondeaba la bandera de la Union Jack. Fue gracias a un acuerdo pacífico como se establecieron las fronteras entre el África Oriental Inglesa y el África Oriental Alemana, pero le garantizo que no siempre será así. Muy pronto las potencias se darán cuenta de que ya no quedan terrenos por colonizar. Cuando lo hagan, y el ansia de los imperios se vuelva irresistible, ¿qué piensa que sucederá?

Bertram enarcó una ceja.

—Estimado amigo inglés, sé adónde quiere llegar, pero...

—La guerra, Bertram. El conflicto que en el fondo todos anhelan tener. Hoy brindamos, pero mañana quizás debamos apuntarnos con un fusil.

—Encuentro que va demasiado lejos con sus predicciones.

—Fíjese en su país. Sus políticas de expansión son evidentes. Alemania desea controlar toda Europa, demostrar que es superior a sus convecinos. El orgullo alemán se encuentra en cada uno de ustedes, y no desaparecerá jamás, ni siquiera aunque sufran la derrota. Quizás sea mejor que viva usted en una región tan al sur de la frontera como Kilwa Kivinje. Si alguna vez me ordenan invadir su zona, odiaría tener que encontrarme con usted.

—Dudo que sus predicciones se cumplan, pero si así fuera y entramos en conflicto, espero que me trate con la misma cortesía que demuestra hoy.

—Descuide, los ingleses mantienen las formas incluso en batalla —aseguró Buttercup.

Los dos caballeros brindaron de nuevo.

Gerlinde se aseguró de que Franz dormía antes de abandonar su camarote. Puso rumbo a la habitación de Jocelyn porque sabía que se encontraba sola. El

bamboleo del buque inquietaba a Bertram y necesitaba acostarse de madrugada para que no le atosigara la idea de que bajo sus pies no había más que agua.

Cuando llamó a la puerta y Jocelyn abrió, la joven Gerlinde la tomó de la mano.

—¡Hola, Jocelyn! Tú y yo apenas hemos hablado desde el inicio del viaje. ¡Deberíamos compartir estos momentos de relax! Paseemos por la cubierta. ¡Vamos!

—Verás, Gerlind..., quiero decir, Gerdi. Lo cierto es que estaba pensando en acostarme y...

—¡Es la noche de Fin de Año! No puedes pasarla así, como otro día cualquiera.

—No tengo ganas de festejar nada. No me encuentro bien.

—Eso es porque no has salido todo lo que debieras. ¡Venga, no te resistas más!

Y tirando de ella, la arrastró fuera del camarote, recorrieron a toda prisa los corredores de primera clase y alcanzaron la cubierta, donde las recibió una noche despejada y menos fría de lo que Jocelyn esperaba.

—¿No es maravilloso? —señaló Gerlinde—. Ni una pizca de nieve. ¡Fíjate! El mar parece un espejo.

—Sí, es cierto —dijo Jocelyn todavía con cierta desgana.

—¡Oh, vamos, Jocelyn! No me digas que no te impresiona. ¿Es que no deseas alcanzar África? Dime la verdad.

—Yo...

—¿Crees que no me he dado cuenta de lo poco que disfrutas? Lo veo todo. —Guiñó un ojo—. Pero guardaré el secreto, palabra. ¿Qué opinas del viaje?

—Lo cierto es que fue Bertram quien lo propuso. Soy su esposa, y es mi deber acompañarlo.

—Vale vale. —Su cuñada movió la mano como si pretendiera espantar algún bicho molesto—. Es tu deber como esposa, claro. Pero no te pregunto eso, sino qué opinas tú del viaje.

Jocelyn parpadeó varias veces. La pregunta la molestaba y sorprendía a partes iguales.

—¿Yo...? Bueno. Supongo que me alegro de seguir junto a Bertram. No me importa dónde me conduzca el futuro mientras esté a su lado.

La mirada condescendiente de Gerlinde casi la irritó más que todas sus inoportunas pesquisas.

—¡Ay, Jocelyn! De modo que no deseas estar aquí. Lo leo en tus ojos.

—¿Acaso tú lo quieres? —explotó la otra—. Nos han distanciado de amigos y familia. Quizás no volvamos a verlos nunca. ¿Eso no te entristece, Gerdi?

—Un poco..., ¡pero míranos! Estamos embarcadas en una aventura por la que seremos envidiadas. Las mujeres de Ingolstadt no dejarán de hablar de nosotras en meses. —Tomó de las manos a Jocelyn y buscó su mirada—. ¿Eres feliz?

—Claro, estoy con Bertram. Eso me basta.

—¿Es tu respuesta sincera, Jocelyn?

—Sí, soy feliz aunque todo lo demás me asuste. Tú lo eres, ¿verdad?

Gerlinde sonrió con cierta picardía.

—¿Puedo confiarte un secreto?

—Adelante.

—Cuando Franz me dijo que pretendía viajar al África Oriental Alemana, sentí en mi interior la necesidad de acompañarlo. El día que discutió con Bertram acudí en su busca. Fui yo quien lo alentó a que nos casáramos. ¡Deseaba tanto poder acompañarlo! No, no estoy entristecida por abandonar mi hogar. Sé que nos dirigimos a una tierra maravillosa. ¡Ya lo verás, Jocelyn! Te encantará África. Si es tal y como la describen los libros, jamás querremos marcharnos de allí. No estés triste.

—No, en el fondo creo que sí tengo cierto interés por ver el lugar donde vamos a vivir.

—¡Claro que sí! No todo va a ser perseguir a tu marido allá donde él vaya. Organizaremos excursiones por la selva.

Jocelyn dejó ver una tímida sonrisa, pero lo cierto era que la conversación la incomodaba. Apenas conocía a Gerlinde, y esta se empeñaba en indagar sobre asuntos demasiado personales. Aquella muchacha le parecía muy poco prudente. No se parecía a ella en nada; y por muy bien que Gerlinde pintara su nuevo hogar, Jocelyn esperaba con cautela cada nuevo acontecimiento y se limitaba a confiar en las decisiones de Bertram. Si él decidía que acompañar a Franz era lo mejor, ¿qué otro remedio quedaba?

—Me marchó a dormir, Gerdi. Estoy algo cansada.

—Está bien —suspiró su cuñada—. No te molesto más. Ya tendremos tiempo de hablar cuando estemos instaladas.

Jocelyn se dirigió hacia su camarote.

—¡Jocelyn! —escuchó que decía Gerlinde a su espalda—. ¡Feliz 1905!

El 2 de enero el barco abandonó El Cairo y se adentró por el canal de Suez, rumbo al mar Rojo, y de ahí directo al océano Índico, bordeando las costas africanas. Tras varios días de travesía, Bertram no encontró una nueva ocasión para hablar con el teniente Buttercup. Hasta que alcanzaron las costas del África Oriental Inglesa y vio que desembarcaba. El teniente agitó su gorra a modo de saludo, y Bertram le respondió alzando la mano.

A mediados de enero llegaron a Kilwa Kivinje. Ante sus ojos se ofreció una línea blanca formada por casas bajas construidas en adobe que de vez en cuando rompían su horizontalidad con la aparición de algún minarete o el campanario de una iglesia cristiana. A medida que fueron aproximándose, se hicieron evidentes las copas de los cocoteros, que salpicaban la ciudad con toques de verde. Entrando al puerto, el cielo se llenó con la presencia de aves de especies diferentes, desde milanos a marabúes. Estos últimos se atrevían a aterrizar en cubierta, sin temor a los miembros de un pasaje anonadado, al que miraban con su faz manchada, su cabeza desplumada y su pico grande en exceso.

—¡Hemos llegado! —dijo Franz asomándose a la baranda.

El barco pareció confirmar sus palabras haciendo rugir la sirena.

—¡Fijaos! —añadió Gerlinde señalando la cubierta.

Ahí estaba la razón por la cual se aproximaban las aves. Los pasajeros lanzaban comida al aire que los milanos recogían al vuelo; o la dejaban caer sobre la cubierta para que los marabúes se hicieran con ella. Algunos, apoyados en la baranda, arrojaban trozos de pan al mar, y enseguida la zona se llenaba con una violenta nube de espuma.

Jocelyn, agarrada al brazo de Bertram, no paraba de abanicarse.

—No sabía que en enero fuera a hacer tanto calor.

—Aquí siempre hace calor —expresó Franz lleno de júbilo.

—¿A qué huele? —preguntó Gerdi arrugando la nariz.

Los cuatro aspiraron. Desde el puerto, que ya no debía encontrarse a más de doscientos metros, llegaba una amalgama de aromas distintos: olía a salitre, pero

también a pescado ahumado y a una mezcla de especias.

África los saludaba con una demostración de placer a los sentidos.

Tras atracar, recogieron su equipaje y bajaron al puerto. Una legión de porteadores, vendedores ambulantes y niños desarraigados les salió al paso. El grupo no supo cómo reaccionar: permanecieron unos instantes en el sitio, intentando dar excusas a todas aquellas personas, y al final eligieron una dirección al azar que los sacara de allí. Lograron caminar unos metros hasta que Bertram detectó que les hacían señas con la mano. Aquella indicación los condujo a una pequeña plaza donde había un bazar. En los puestos más cercanos se vendía carne y pescado cocinados. Los aromas se mezclaban con cada voluta de humo que salía de los tenderetes y se acomodaban en la atmósfera gracias a un viento inexistente.

En el centro de la plaza aguardaba un hombre a caballo, europeo. Estaba rodeado por una docena de porteadores que, con unas cuantas palabras y aspavientos, lograron espantar a quienes acosaban a los recién llegados. El jinete, de unos cuarenta años, vestía botas de media caña con espuelas, pantalones oscuros y camisa, sin un mínimo rastro de pulcritud. Las botas estaban llenas de polvo, y la camisa medio abierta y remangada hasta los codos. No lucía ninguna gorra, ni casco, ni tampoco nada que delatara su identidad, y pese a ello, los cuatro viajeros adivinaron que se trataba del comandante Willem von Faulkert, pues su porte desprendía carisma y autoridad. Lucía un pelo entre rubio y cano, un rostro severo dotado de una mirada de párpados entrecerrados y una perilla aún más canosa. Era fácil distinguir en aquel rostro la marca de la veteranía, las huellas de una notable experiencia, forjada por acontecimientos singulares que el tiempo reserva a ciertos hombres y que se traslucía en la comisura de los labios, la dureza de la mandíbula o en unos ojos carentes ya del brillo inocente de la juventud.

—¡Bienvenidos a territorio alemán! —saludó abriendo los brazos y con una sonrisa amplia—. Soy el comandante Willem von Faulkert. Por favor, dejen que mis hombres lleven su equipaje. Estarán cansados.

Descabalgó, se aproximó a Bertram y le estrechó la mano.

—Usted debe ser Bertram Kast. Debo decir que es un auténtico placer que haya venido acompañando a su hermano. Recibí el segundo telegrama, en el que se anunciaba que también se uniría a nosotros. Lo he dispuesto todo, pierda cuidado.

—Es muy amable, comandante.

—¡Por favor! Llámenme solo Willem. Desde ahora vamos a estar muy en contacto y lo último que necesito es un trato poco amigable.

—Así lo haré. Le presento a mi esposa, Jocelyn.

Ella extendió su mano libre, pues con la otra continuaba abanicándose. Willem la tomó con delicadeza y la besó.

—Señora, desde que ha pisado el puerto sería correcto decir que esta ciudad rebosa hermosura.

—Muy amable —saludó Jocelyn.

—Sin descuidar, por supuesto, a esta otra dama.

Se acercó a Gerlinde, quien le tendió la mano con una risita nerviosa.

—Y usted debe ser Franz Kast. El responsable de toda esta aventura.

—Es un placer —saludó.

—El placer es todo mío —respondió el comandante elevando el mentón—. ¡No nos demoremos más! Tengo todo preparado para que descansen. Acompañenme, si son tan amables. He preparado dos casas aquí, cerca del puerto, muy próximas una a la otra para que las señoras no se sientan tan agobiadas por la soledad mientras sus maridos se ocupan de los negocios. Disculpen que no les aloje en la casa de Matumbi, junto a los campos. En la plantación no hay tanto que ver. Es todo mucho más aburrido.

Los condujo a través de una calle ancha, flanqueada por casas de dos plantas pintadas de blanco que ofrecían la cobertura de una línea de toldos; luego doblaron a la derecha, atravesaron una plaza rodeada de palmeras y alcanzaron una zona de edificios en cuya fachada había sido construida una línea de soportales, y una balconada en el primer piso que, a su vez, quedaba resguardada de los rayos solares gracias a un tejado a dos aguas poco inclinado. Tanto los soportales como la balconada se hallaban decorados por arcos de medio punto.

—Bertram, Jocelyn: ustedes se instalarán aquí —señaló el comandante—. Franz y Gerlinde lo harán dos casas más a la izquierda. Pero pasemos al interior, quiero enseñárselo.

Una vez dentro, Jocelyn dejó escapar un suspiro de alivio. Las temperaturas descendían como por arte de magia y se volvían tolerables. Pasaron a un recibidor bien iluminado. A la derecha, un biombo cubría la entrada a un amplio salón, con capacidad para más de veinte personas; a la izquierda, una puerta daba paso a la cocina, en la que dos sirvientas nativas besaron las manos de las damas y se inclinaron ante los caballeros. En la pared norte había un tramo de escaleras a la primera planta, y bajo este, una portezuela daba paso a una planta inferior, en la que había una pequeña habitación.

En la primera planta, el comandante les mostró el baño privado, dos habitaciones para invitados y la reservada para el matrimonio: una amplia alcoba en la que, además de la cama, un tocador y un escritorio, había una mesa y varias butacas de mimbre. El sol se colaba a través de dos balcones que miraban al puerto. Sobre la mesa había dispuesta una cesta con alimentos que ninguno de

los cuatro viajeros había visto antes: cocos, papayas y mangos. Gerlinde fue la primera en descubrirlos. Agarró un coco, y con los ojos muy abiertos, sin perder detalle, rozó su textura con la yema de los dedos.

—¿Qué es?

—Es un coco, señora —respondió el comandante—. Y aunque no se lo parezca, es comestible. Les diré a mis hombres que les partan unos cuantos. Sabía que ninguno había visto nada semejante y quería darles una sorpresa.

—Es... como una manzana —señaló Franz sujetando un mango.

—Mucho mejor que una manzana —dijo Willem—. ¡Pruébela! ¡Coman todos! En la despensa hay pescado fresco. Las sirvientas se lo prepararán si lo desean. No duden en pedirles cualquier cosa; entienden bien el alemán. Descansen y disfruten lo que queda de día. Mañana traeré sus caballos y me llevaré a los hombres para que conozcan la plantación, pero hoy...

Lo interrumpieron tres golpes en la puerta. Uno de los porteadores bajó a abrir. Al poco volvió acompañando a un hombre árabe que tendría más de sesenta años. Vestía túnica larga y sandalias, y lucía pelo y bigotes totalmente canos. Al verlo, el comandante puso los brazos en jarras, se aproximó y, en un idioma extraño, soltó lo que pareció una reprimenda. El otro respondió agitando la mano y emitiendo una serie de murmullos ininteligibles. Willem soltó un bufido y regresó con sus cuatro invitados:

—Disculpen que haya cambiado de lengua. Solo entiende el suajili y el árabe, no sabe ni una palabra de alemán.

—¿En cuál de las dos le ha hablado? —inquirió Gerlinde, que parecía a punto de explotar por la emoción que le provocaban tantos descubrimientos juntos.

—En suajili. Es la lengua que habla la mayoría de los negros. Enseñamos alemán a los jefes de tribu, pero solo aprenden lo básico. Tampoco parece que sientan interés por ello.

Volvió a intercambiar unas palabras con el recién llegado y señaló a Jocelyn. El hombre asintió cansadamente y caminó hacia ella.

—¿Qué sucede? —quiso saber la aludida.

—¡Oh! Tendrá que disculparme, señora —comenzó Willem—. Quizás haya sido una falta de modales por mi parte, pero en el segundo telegrama, cuando Franz me avisó de que usted y su marido se unirían a nosotros, también me habló de su dolencia. Este es el mejor médico que he podido encontrar; viene de la isla de Zanzíbar. Lo he traído expresamente para que se ocupe de usted.

Jocelyn parpadeó a toda velocidad, sin saber qué decir. Tampoco Bertram, Franz o Gerdi encontraron palabras, todos estaban muy sorprendidos.

—No tiene que preocuparse por los gastos, claro —dijo Willem llenando el silencio—. Corren de mi cuenta.

—Gracias, comandante —respondió Jocelyn al fin—. Es usted todo un caballero. No sabe cuánto le agradezco su atención.

Se aproximó a él, y guardándose el abanico, lo estrechó en un cariñoso abrazo. Bertram también se había acercado.

—Tiene usted todo mi respeto, comandante. —Volvía a estrechar su mano, pero ahora con más firmeza—. No olvidaré las molestias que se ha tomado.

—¡Vamos! —respondió Willem entre risas—. Harán que me ruborice. No ha sido ninguna molestia. Ustedes cuatro han tomado la decisión de cambiar de vida y poner rumbo a un país muy diferente de nuestra amada Alemania. Solo por ello ya se han hecho merecedores de mis esfuerzos. Por favor, no sigan agradeciéndomelo. Después de todo, han comprendido el deber por civilizar a estas personas. Hemos disfrutado de una sociedad evolucionada, y ahora ha llegado la hora de transmitir lo aprendido a quienes no han corrido la misma fortuna.

—Así es, comandante —intervino Franz.

Bertram sonreía, pero de forma inconsciente aflojó el saludo. Había recordado la conversación que mantuvo con el teniente Buttercup en la noche de Fin de Año. Soltó la mano del comandante con suavidad, algo dubitativo, aunque todavía contento.

—En fin —dijo Willem—. Jocelyn, deje que le presente a Mufid. Es un buen médico, pero como ya les he dicho, no entiende alemán. ¡Tendrá usted que enseñárselo!

Todos rieron. Mufid los observó con gesto contrariado, sabedor de que habían pronunciado su nombre.

—Quizás sea yo quien deba aprender suajili —señaló ella.

—Tal vez. Entretanto, confío que podrán hacerse entender mediante señas. He ordenado a Mufid que se instale en la habitación del sótano, y que la atienda en todo lo que pueda necesitar.

Tomó un mango de la cesta y se lo llevó a la nariz.

—Me retiro ya. Caballeros, nos veremos mañana. Estén listos a las seis. Señoras...

Se inclinó en una sutil reverencia, giró sobre sus talones con un leve aire marcial y desapareció junto a sus porteadores.

Había pasado una semana desde mi llegada a la casa de Bertram. Durante el primer día estuvo explicándome a grandes rasgos cómo él y mi padre viajaron al África Oriental Alemana y se instalaron en Kilwa Kivinje. Pero aquellas pinceladas no hicieron sino avivar mi curiosidad, pues existían en su historia bastantes datos que me resultaron extraños. Tras ese primer día, Bertram no volvió a dirigirse a mí más que para lo necesario. Se quedaba durmiendo hasta tarde, y durante las noches permanecía despierto, caminando por la casa y parándose para observar la colección de objetos que la llenaba. Aquella práctica me hizo sentir que mi tío necesitaba hablar, pero que por alguna razón no se sentía capaz. Mis sospechas se vieron confirmadas cuando una mañana, antes de que despertara, abrí con cuidado la puerta de su habitación y miré el interior de los armarios. Comprobé que Hamed no había metido ni una sola prenda de ropa en las maletas, que se encontraban abiertas en un rincón de la alcoba. ¿A qué esperaba? ¿Por qué razón demoraba su partida a Bonn?

Sentía deseos de interrogarle, pero antes se me ocurrió hablar con los vecinos de Kilwa. Estaba claro que muchos conocían el apellido Kast, y no pensaba marcharme de África sin averiguar qué oscura lacra arrastraba el nombre de mi familia. De modo que al amanecer del quinto día tomé prestado el automóvil de mi tío y puse rumbo a la ciudad. Una vez allí tomé la dirección del puerto con la esperanza de encontrar a alguien a quien preguntar. Enseguida descubrí que realizar aquel trayecto a primera hora de la mañana constituía un verdadero suplicio. Las calles se encontraban llenas con una amalgama caótica de transeúntes y vehículos, entre los cuales destacaban pequeños autobuses, cargados de viajeros y bultos, que los nativos llamaban matatus (según averigüé después).

No tardé en comprender que iría más veloz a pie, así que estacioné donde pude y atajé a través de calles estrechas, flanqueadas por casas bajas de adobe que parecían propiedad de las gallinas, porque se las veía picoteando aquí y allá y correteando por donde les placía.

Después de callejear un rato alcancé la tasca en la que me detuve a esperar el día de mi llegada. Había allí más tranquilidad; casi una total quietud. Hallé a los mismos hombres sentados en el porche, cada uno en el mismo asiento. Al ver que me aproximaba, ellos se incorporaron como si una aguja les hubiera punzado las costillas. Por el rabillo del ojo detecté un pelo blanco y lacio que me resultó familiar. Era la anciana del primer día. Recordé que sabía alemán, de modo que fui directo hacia ella. Daba de comer a las gallinas de un pequeño corral —estas debían ser las únicas cautivas en toda la ciudad—, pero no tardó en darse cuenta de mi presencia. Dejó el pequeño saquito de trigo y me encaró como si se preparara para un combate.

—Solo... solo quiero hablar sobre Bertram Kast.

—¡Mal hombre! —dijo en aquel alemán básico pero de pronunciación exquisita.

Agitaba los brazos como intentando espantarme.

—¿Por qué es mal hombre? Quiero saberlo. Ayúdeme, por favor.

—¡No! ¡No! Mal hombre. Él matar.

Se me heló la sangre. Había entendido bien, sin duda. Aquella mujer no se comía ni una letra.

—¿A quién mató?

Debió ver mi mezcla de asombro y miedo porque detuvo sus aspavientos. Me observó de arriba abajo, mascullando algo que no comprendí, hasta que abrió la puertecita del corral para entrar en su hogar. Cuando pasó por mi lado me hizo una señal para que la siguiera.

—¡Binti! —gritó entrando en casa—. ¡Binti!

No sabía si se estaba refiriendo a mí, pero no tardé en comprobar que llamaba a una tercera persona porque enseguida apareció una joven de unos veinte años que me observó como si acabara de recibir la visita de un fantasma. La anciana y ella intercambiaron unas palabras; Binti me alargó la mano.

—Encantada, señor —me dijo en inglés, lengua que parecía dominar a la perfección.

Mis clases del idioma anglosajón nunca fueron muy especializadas; no obstante, me las sabía apañar para hacerme entender. Imaginé que la anciana no hablaba tan bien el alemán como yo creía, y que había preferido la presencia de una intérprete.

—Hola. Me llamo Leopold Kast —dije—. Quería preguntarle a...

—Es mi abuela —se adelantó Binti.

—Sí, claro. Quería preguntarle a tu abuela sobre mi tío, Bertram Kast.

Binti continuaba indiferente. En ella mi apellido no surtía ningún efecto, cosa que agradecí. Tradujo mis palabras a su abuela.

—Dígale que lo necesito. Por favor —añadí.

La anciana me clavó otra de aquellas miradas aterradoras, tomó del brazo a su nieta y la guio hasta una pequeña sala de estar, donde tomó asiento en un taburete.

—Tendrá que disculparla, *mzungu* —me dijo la muchacha.

Se refería a mí utilizando un término suajili que significa ‘hombre blanco’, y que, según averigüé después, solía emplearse con todos los extranjeros.

—Es muy anciana —prosiguió—. Quizás no se acuerde. ¿De dónde viene usted?

—Soy alemán.

—¿Viene por negocios?

—No. He venido a recoger a mi tío Bertram. Se mudó aquí en 1905.

—¡Ah! Era uno de los colonos. Los alemanes estuvieron aquí poco tiempo; cuando perdieron la Primera Guerra Mundial, el territorio pasó a manos de los ingleses, pero ellos también se van a ir. Pronto el país volverá a ser nuestro. Nos independizaremos, gracias al profesor Nyerere.

Lo había dicho con la emoción de quien aguarda un espectáculo de fuegos artificiales. Ahí estaba lo que me advirtió Bertram el día que llegué. El país transitaba hacia su independencia, después de que las potencias alemana y británica se adjudicaran las tierras. Casi un siglo de dominación y, al fin, la esperada autodeterminación.

—No puedo imaginar cómo debéis sentirlos —acerté a decir buscando las palabras adecuadas en inglés.

—Este solo es el comienzo, *mzungu*. Todavía debemos salir adelante y solucionar la pobreza del país. Pero Nyerere será un buen presidente. Es honrado, no cederá ante las presiones de los países capitalistas. Sacará adelante a nuestro pueblo repartiendo la riqueza, como debe ser.

La anciana nos interrumpió, hablando rápida y entrecortadamente. Ahora empleaba el suajili.

—Uzuri, ¿qué dices? —preguntó la chica, y de inmediato comenzó a traducirme—. Está... está contando una historia. Dice que vivía con unos misioneros cuando conoció a Bertram. Llegaron misioneros desde Alemania, algunos pertenecían a la Iglesia católica; otros a la protestante. Dice que ella fue adoptada por una familia protestante cuando se quedó sin padres, y que se convirtió gracias a ellos.

—Entiendo.

Uzuri continuaba hablando.

—Dice que estuvo cuando...

Binti se detuvo. Uzuri repetía las mismas palabras una y otra vez:

—*Homa-homa!*

—*Homa-homa?* —corroboró la joven.

La anciana repitió lo mismo con un movimiento seco. Creí ver que representaba el acto de empuñar un cuchillo y que lo clavaba una y otra vez en el aire.

—¿Qué es *homa-homa*?

—Es como algunos se refirieron a los maji-maji: hombres de toda la región que se rebelaron contra el poder y los abusos de los colonos alemanes. Miles de ellos murieron, pero demostraron que nuestro pueblo no estaba dispuesto a someterse a la presión de un poder extranjero.

La anciana volvió a soltar una frase en suajili.

—Dice que Bertram Kast mató a muchos..., a muchos hombres que luchaban por su libertad.

—¿Eran esclavos de los alemanes?

—No... y sí. Para su Gobierno no eran esclavos, pero les daban un trato muy parecido. Los obligaban a trabajar, y si se quejaban, los golpeaban y torturaban. Por eso se alzaron los maji-maji.

Uzuri me señaló mientras continuaba hablando.

—Dice que Bertram Kast mató a muchos hombres, y que no sintió remordimientos por ello, porque su..., porque su espíritu era malvado. Un pozo de veneno. Pero luego..., luego los espíritus de los muertos acudieron a buscarlo..., a pervertir su alma. Lo obligaron a que también matara a...

—¿A quién? —pregunté cada vez más nervioso.

La anciana continuaba señalándome. Binti se volvió hacia mí, y con voz solemne me dijo:

—A su propio hermano.

Aún recuerdo el picor en mis ojos por no parpadear, el dolor punzante en el centro del pecho y el rostro desencajado por el espanto. Mi madre me había contado en numerosas ocasiones que mi padre había muerto en África, pero siempre me aseguró que lo hizo en su cama, rodeado por sus familiares y por ella misma. Ahora comprendía que quizás me había ocultado una verdad aterradora, el oscuro secreto que rodeaba a los Kast, y que África me había reservado hasta aquel preciso instante.

—Por Dios —respondí a Binti con voz temblorosa—, pregúntele a su abuela si eso es verdad.

Cuando lo hizo, Uzuri asintió y volvió a señalarme. Su índice parecía indicarme que por mis venas corría una maldición fratricida, un pecado imperdonable. Me puse en pie, y sin formular ninguna despedida abandoné la casa y me interné en las callejuelas hasta dar con mi automóvil.

Conduje a toda velocidad de regreso al hogar de mi tío. El paisaje africano, que en mi primer día me resultó un paraíso viviente, se mostraba desolador y de una crudeza descarnada. Necesitaba saber la verdad, averiguar si aquello que no dejaba dormir a Bertram por las noches no era sino el recuerdo de haber acabado con su hermano, aquel por quien viajó a las colonias. Debía conocer toda la historia a cualquier coste.

Aparqué el automóvil cerca del porche. Aún era temprano para que Bertram despertase, pero él no era mi primer objetivo. Me adentré en la casa como un vendaval y busqué a Hamed, hasta que lo hallé en la cocina, preparando el almuerzo. Sin mediar palabra, e incluso antes de que me saludara, lo agarré de la ropa y lo estrellé contra la pared.

—¿Por qué me ha hecho venir mi tío? ¡Habla!

—Él... se marcha..., regresa a...

—¡Mentira! Llevo aquí cinco días y no has metido ni un solo objeto en las maletas. ¿Qué se propone?

—¡No lo sé!

—¡No me mientas! ¿Por qué estoy aquí?

El criado levantó las manos y me enseñó las palmas, igual que si lo estuviera encañonando con una pistola.

—No lo sé, se lo juro. —Había miedo en su voz—. No me ha dicho nada. Necesitaba que usted viniera. Va a suceder algo, pero no puedo decirle qué será, porque el señor no me ha confiado nada. Últimamente habla poco, cada vez menos.

—Entonces, ¿no va a mudarse a Alemania?

—No puede salir. Hay algo que lo mantiene en esta tierra. Pudo hacerlo muchos años antes, cuando acabó la guerra, pero quiso permanecer aquí. El señor jamás se marchará de África. Es lo único que sé con seguridad.

Lo solté despacio. Bertram me había engañado. Necesitaba decirme algo, y tras hablar con Uzuri deduje que se trataba de una confesión de asesinato. Tenía razones para quedarme, pero debía ser cauto. Mi tío no podía saber que yo sospechaba nada. Solo así me aseguraría de que, llegado el momento, me relataría la verdad con todo detalle.

—No le digas nada a Bertram sobre lo que ha pasado aquí, ¿entendido?

Hamed asintió. Dejé que volviera a ocuparse de la comida, pasé al salón y aguardé paciente a que mi tío despertara. Salió de su habitación una hora después y, como siempre hacía, me saludó con un movimiento de cabeza.

—Tío —dije—, me gustaría saber cómo sigue la historia que empezaste a contarme hace unos días. ¿Qué sucedió con mi padre cuando llegó a los campos de algodón?

Bertram me fulminó con la mirada. Pensé que había adivinado algo en mis intenciones. Caminó hacia mí y cuando estuvo muy cerca, me gruñó:

—Hoy no estoy de humor. Quizás mañana.

—Mañana tal vez regresemos a Alemania. Para eso he venido, ¿verdad?

No fui capaz de ocultar mi indignación, y él se había dado cuenta de que me sucedía algo. En aquel momento apareció Hamed con el desayuno: té y bollos. Al colocar las tazas sobre la mesa, su pulso lo delató. Bertram siguió cada movimiento de su criado hasta que este desapareció en la cocina. Luego tomó asiento y bebió un sorbo sin decir ni una palabra, pero sin apartar sus ojos de mí.

—De modo que quieres escuchar cómo sigue la historia.

—Eso es.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Dio otro sorbo a su té y dejó la taza sobre la mesa. Creí que comenzaría de inmediato, pero desvió la mirada hacia su izquierda, al espacio que ocupaba una de aquellas estanterías que en lugar de contener libros estaban llenas de objetos variados. Advertí que prestaba atención a lo que tardé en reconocer como las teclas sueltas de un piano; cinco o seis, blancas y negras, amontonadas y cubiertas por una fina capa de polvo.

—Está bien. Continuaré la historia.

A la mañana siguiente de la llegada de los dos matrimonios alemanes a Kilwa, Willem apareció escoltado por sus *askaris*, que era como se llamaba a los nativos que se habían unido como milicia y que formaban la principal línea de defensa alemana contra las rebeliones locales. Tal y como prometió, traía sendos caballos para los hermanos Kast: uno tordo, que entregó a Bertram, y otro roano para Franz.

—¡Espero que hayan descansado! —dijo cuando se hubieron reunido los tres—. Nos aguarda una jornada intensa. En la plantación no hay donde resguardarse del sol, pero descuiden, están invitados a mi casa.

El grupo puso rumbo noroeste, directo hacia el interior, donde se abrieron paso entre las colinas de Matumbi. Fuera de la ciudad el sol parecía lucir con mayor intensidad, o así se lo pareció a Franz, a quien fascinaba la extensión de la tierra africana y las manifestaciones de vida que se sucedían a lo largo de ella.

Cuando llevaban una hora de marcha, doblaron hacia el norte, donde las colinas eran más accesibles. Al coronar una de sus cimas, los hermanos Kast descubrieron un gigantesco manto blanco que se extendía cientos de metros hasta dar con otra línea de terreno escarpado.

—Caballeros —dijo Willem—, bienvenidos a su plantación.

Descendieron por la suave pendiente y alcanzaron los campos. En aquel instante Bertram creyó que vadeaban un lago de algodón. La mayoría de las plantas llegaban hasta los muslos de un hombre y ocupaban cada centímetro de tierra, salvo los estrechos senderos que servían para cruzar la plantación a caballo sin que las pezuñas estropearan nada. Si uno miraba hacia el horizonte, dejaba de percibir el color pardo de la tierra y todo se transformaba en un blanco immaculado, igual a una de las copiosas nevadas que solían cubrir los inviernos de Baviera; solo que allí la sensación de calor, el cielo escaso en nubes y la vista de la sabana ofrecían un contraste sorprendente y bello.

Sobre los campos destacaban varias decenas de puntos negros: los trabajadores africanos que recolectaban el algodón. Casi todas las mujeres

usaban el *kanga*: un vestido tradicional cuyo estampado mezclaba los negros, verdes, amarillos y rojos. Algunas también se cubrían con un hiyabal estilo musulmán. Otras, en cambio, llevaban poco más que una falda tostada y otra prenda con la que cubrirse los pechos. Muchas lucían tobilleras y pendientes. Los hombres, por su parte, trabajaban con poco más que unos pantalones raídos y una camisa. Unos pocos se cubrían con una falda corta o un taparrabos. El único detalle que todos los trabajadores tenían en común era el gran saco que llevaban a la cintura, donde guardaban las cápsulas de algodón. Trabajaban encorvados, con la atención puesta en su labor. Algunos cantaban una melodía que ayudaba a mantener un ritmo constante. Y todos dejaban su tarea para erguirse y saludar al paso de Willem. El comandante respondía con un leve movimiento de cabeza, aunque en ningún caso establecía contacto visual directo.

—¡Hermano! —exclamó Franz—. ¡Esto es impresionante! —Y luego, dirigiéndose al comandante, preguntó—: ¿Cuánta gente trabaja aquí?

—Mucha —respondió Von Faulkher—. Alrededor de ochenta personas, que se ocupan de unos cuarenta acres. Las colinas de Matumbi son ideales para el algodón: están a una altura idónea, y entre ellas forman un canal que, en época de lluvias, permite que el agua pase sin estropear la cosecha. En este campo lo aprovechamos todo. Incluso las semillas son utilizadas para elaborar aceites y alimento para animales. En época de recogida, enviamos toneladas de algodón a Alemania, directas a la industria textil. Nosotros, caballeros, vestimos a los hombres y las mujeres de nuestra amada tierra.

Bertram fue a decir algo, pero le llamó la atención un detalle a su izquierda. Uno de aquellos hombres se había levantado para encararlo. Era un africano grande y fornido, de pelo rapado y leve sombra de barba. Vestía una camiseta blanca manchada, de manufactura claramente occidental. Aunque, sin duda, el detalle más relevante era la pipa que chupaba. De su cazoleta salían varias hebras de humo que ensombrecían una mirada ya de por sí torva. Ambos se observaron durante unos segundos, hasta que Bertram captó otro movimiento frente a él. Uno de los trabajadores acababa de interceptar a Willem, la comitiva quedó detenida a mitad de camino.

—*Bwana*, los he encontrado —dijo el africano en un alemán entrecortado al tiempo que asentía repetidas veces.

—Membe, ¿a todos?

—A todos, *bwana*. Se los he traído a usted.

—Excelente, Membe. Sabía que no me fallarías.

Se inclinó sobre el caballo, buscó en una de las alforjas y extrajo una botella que contenía un líquido ambarino. Se la extendió a aquel hombre, que fue a tomarla con avidez, pero Willem quiso jugar con él, retirándola de su alcance

antes de dejarla definitivamente en sus manos. Después, Membe se marchó corriendo.

El grupo reanudó la marcha hasta alcanzar una enorme casa de dos pisos, cuyo porche presidía la plantación como un embarcadero. Los *askaris* ataron a los caballos, Willem les ordenó que se dispersaran y, acompañado por los hermanos Kast, pasó al interior.

La casa del comandante Von Faulkert parecía haber sido decorada por una dama de exquisito gusto, a pesar de que Willem era viudo desde hacía años. Cada mueble parecía colocado en el lugar en el que debía estar. Las sillas miraban hacia las ventanas, para que quien las utilizara pudiera disfrutar del paisaje. A lo largo de las paredes había telares de colores vivos: verdes, naranjas, amarillos y rojos; todos armonizados de tal forma que alegraban el corazón de quien depositaba en ellos la vista; en el suelo, justo bajo tres sillones en torno a una mesa de cristal y marfil, el suave contacto de una piel de león invitaba a descalzarse.

El comandante entró primero y se dirigió hacia un mueble bar.

—Permítanme —dijo mientras extraía tres copas y una botella—. Es vino del Rin. Lo guardaba para una oportunidad que mereciera catarlo con gusto. Por favor, siéntense.

—¿Qué le ha dado a ese hombre? —preguntó Bertram ocupando uno de los cómodos sillones de piel.

—¿A quién?... ¡Oh! ¿Se refiere a Membe?

—¿Ha sido una botella de ron?

—No se preocupe, Bertram. Era de muy mala calidad —bromeó el comandante.

—¿Por qué lo ha hecho?

Antes de contestar, Willem se aproximó a ellos, depositó los tres vasos sobre la mesa y los llenó con una cantidad razonable de vino.

—Membe es un líder de tribu, amigo mío. Con los líderes mantenemos cierto... trato de favor. Ellos no solo nos consiguen trabajadores, sino que ayudan a evitar las deserciones. Su trabajo es muy valioso. De otro modo tendríamos que andar recorriendo esta tierra a diario en busca de la mano de obra que decide no volver a los campos. Justo eso es lo que Membe ha hecho por mí. Buscó y trajo de vuelta a cuatro trabajadores; dos hombres y dos mujeres que decidieron abandonar mi plantación. Me gusta agradecer su trabajo con una compensación extra. Ya saben, quiero mantenerlo contento.

—Debe resultar muy complicado llevar una plantación tan grande —señaló Franz, quien solo ocupó su sillón un par de segundos, antes de levantarse para mirar a través de la ventana.

—¡Por eso valoro tanto su llegada! Así es. En mi plantación hay un sinfín de tribus diferentes, ¡y que me cuelguen si no se han propuesto conducirme a la locura! Nyamwezi, vidunda, sangu, undonde, hehe..., creo que la tribu ngindo es la más numerosa, aunque no puedo afirmarlo con rotundidad. La mayoría de los negros hablan el suajili, lengua que les recomiendo a ustedes aprender cuanto antes. Unos pocos se comunican en árabe. Por desgracia, los hay que no hablan más que su propia lengua tribal, del todo incomprensible para los demás. Por eso también necesitamos a los jefes. Les enseñamos un poco de alemán y facilitamos la transmisión de órdenes. Pese a todo, resulta complicado...

—¡Más complicado es evangelizarlos! —intervino una voz desde las sombras.

—¡Pastor! —saludó Willem levantándose de su sillón y abriendo los brazos antes de que apareciera nadie.

De las escaleras al primer piso bajó un hombre rollizo, de tez sonrosada y brillante, y cabeza adornada por una pequeña mata de bucles rubios como los de un querubín. Era tan grueso que se bamboleaba al caminar y respiraba con dificultad. Se abanicaba con unas gafas de montura gruesa, probablemente el primer objeto que tuvo a mano con el que mover algo de aire y detener los sofocos. Willem y el recién llegado se estrecharon en un caluroso abrazo. Después el comandante se dirigió a los hermanos Kast:

—Es un placer para mí presentarles al pastor Rudolf Berger, de la Iglesia bautista de Bremen. Pastor, estos son Bertram y Franz Kast. El pastor es nuestro cuidador de almas aquí, en la plantación. Se ocupa de que los nativos alcancen al Señor.

—Me preocupa más que usted no se aleje de Él, Willem.

Ambos rieron a carcajadas.

—¿Convierte usted a los nativos, señor Berger? —preguntó Bertram.

Con un suspiro, el pastor lanzó una veloz mirada a su espalda buscando un sitio en el que dejarse caer.

—¡Si fuera tan sencillo! El comandante se ha quejado de la diversidad cultural que trabaja para nosotros, pero no ha dicho nada de la infinita variedad religiosa. Hay algunos que se han hecho cristianos, sí, pero la mayoría continúa bajo la ignorancia de religiones paganas. Adoran a los animales, al sol, a espíritus de nombres rimbombantes o a los antepasados. Sin embargo, tal vez sean peores los que se han convertido al islam. Los árabes estuvieron aquí antes que cualquier nación europea, comerciando con esclavos e instalándose cerca de la costa, y trajeron su herética religión con ellos. Aún los tenemos cerca, en la isla de Zanzíbar, ¿no es cierto, comandante?

—En realidad, la isla de Zanzíbar está muy lejos, pastor. Concéntrese en los seguidores de Mahoma que recolectan mi algodón.

Von Faulkherth soltó una nueva risotada, a la que Franz se unió con todo su ánimo y luego, aunque con cierta timidez, también el pastor.

—En fin —dijo este—. No pierdo los ánimos. Al fin y al cabo, es nuestra labor aquí. Los misioneros fuimos los primeros en pisar esta tierra. El Señor mandó hacer discípulos por todas las naciones para que todos llegaran a conocer su palabra y obtener la salvación, y esa debe ser mi meta..., nuestra meta. Civilizar a estas personas para que dejen sus salvajes costumbres.

—No parece que estén interesados en realizar ese cambio —señaló Bertram.

—Porque están ciegos —respondió animadamente el pastor—. ¿Conoce el mito de la caverna de Platón, señor Kast?

—Por favor, ilústreme.

—Si un hombre se pasa toda la vida observando el mundo a través de las sombras proyectadas en el muro de una caverna, creerá que esa es la única realidad que existe, y de inmediato la identificará como la mejor de las posibilidades. Pero nosotros, las potencias europeas, vivimos fuera de la caverna. Hemos visto el exterior, y ahora es nuestro deber alcanzar a todas estas personas para sacarlas de sus cuevas. Es posible que se resistan, y no debería extrañarnos que sucediera, porque tienen miedo. Lo desconocido nos aterra al principio, hasta que comprobamos que es mejor. Es entonces cuando, poco a poco, uno camina fuera de las penumbras en las que se hallaba y alcanza la luz del cristianismo. ¿No le parece que tenemos en nuestras manos uno de los propósitos más enaltecidos que existen?

—¿No se le ha ocurrido a usted que quizás nosotros también nos hallamos en otra caverna?

Rudolf Berger parpadeó como si le costara asimilar la imagen.

—¿Qué pretende decir?

—¡Vamos, Bertram! —intervino Willem, quien sí había entendido el mensaje—. No somos esclavistas. Esta gente trabaja a cambio de un sueldo. Les pagamos por el sudor de su frente, igual que el obrero alemán recibe un salario de su jefe. Debe entender que estos campos que observa no son más que otra pieza más de la maquinaria de nuestro país.

—Me pregunto si esa pieza será necesaria.

—Hermano, por favor —terció Franz apenas en un susurro.

—¿Quiere decir que no aprueba nuestra presencia en estas tierras? —inquirió Willem alzando las cejas—. En ese caso, no comprendo cuál es su papel aquí. ¿Es que no cree que Alemania merece expandirse, tal y como hacen las otras potencias?

—Sí lo creemos, comandante —dijo Franz—. Por esa razón hemos venido.

Willem miró alternativamente a los dos hermanos, al tiempo que humedecía

sus labios con el ápice de la lengua. Justo entonces cruzó la habitación una mujer de unos veinte años, que llevaba un fardo de ropa sobre la cabeza. No miró a ninguno de los presentes, pero todos callaron de inmediato. Su piel era de un color más tostado que negro, pero de una suavidad que evidenciaba una escasa exposición al sol. El pelo, largo y muy negro, le caía en suaves ondulaciones por una espalda arqueada, en la que la hendidura de la columna se perdía bajo los pliegues del *kanga*. Su rostro era de una belleza sobrecogedora: labios carnosos, rojos y anchos; una mandíbula bien resaltada pero femenina, y unos ojos que, aunque no se desviaron del suelo, ofrecían una mirada que brillaba con misticismo y sensualidad; una mirada que los cuatro hombres buscaron de forma inconsciente, sin ser capaces de evitarlo, como si necesitaran de ella un parpadeo, una breve pero significativa dilatación de las pupilas. Un gesto que ninguno de ellos obtuvo. La mujer pasó de largo y desapareció por una de las puertas.

—¿Quién es? —preguntó Franz; tenía la boca entreabierta.

Al comprobar su expresión, el comandante esbozó una sonrisa pícara.

—Se llama Langi.

—¿Es...? —insistió Franz, pero el comandante se adelantó.

—Demasiado hermosa para trabajar en los campos. Se ocupa de las labores de la casa. Toda la decoración que ven ha sido ordenada por ella.

—Está claro que usted no posee tan buen gusto —bromeó el pastor.

—Muy cierto —reconoció Willem—. Cuando me la trajeron me apenó que una mujer tan delicada fuera a echarse a perder con las inclemencias del trabajo. Era apenas una chiquilla, pero tan hermosa que robaba el aliento. Me la trajo uno de los jefes de tribu, Kimbele. Es posible que se hayan fijado en él: un hombre alto, inseparable de su pipa...

—Sí —recordó Bertram—, lo vi cuando recorrimos los campos. De modo que es un jefe de tribu.

—¡El más rebelde que he visto! —dijo el comandante dándose una palmada en la pierna—. No es como los demás. No acepta alcohol como soborno, solo dinero. Y pese a todo, es uno de los trabajadores más eficientes que tengo. ¡Ojalá todos fueran como él! Una pena que resulte tan reservado. Ni siquiera sé si entiende el alemán. Creo que me odia; a todos los blancos, quiero decir.

—¿Y para qué puede querer el dinero? —quiso saber Franz.

—Tal vez pretenda comprarse una casa más grande —aventuró el pastor encogiéndose de hombros.

—Quizás —dijo el comandante con una sonrisa.

A las diez de la mañana de su segundo día en Kilwa, Jocelyn comprendió que no tenía ocupaciones en las que empeñar su tiempo. Se despertó temprano, junto a su marido. Quería despedirse de él antes de que partiera hacia la plantación, pero además le resultaba imposible conciliar el sueño en soledad. Desde que estaban casados, se había acostumbrado tanto y tan rápido a su compañía que la ausencia del calor de su cuerpo la inquietaba.

Se desperezó, arregló y exploró la casa, ya que por culpa del cansancio no había tenido tiempo de recorrerla el día anterior. En la primera planta descubrió otras dos alcobas además de la suya, conectadas por un pasillo amplio y bien iluminado. Luego bajó las escaleras hasta el recibidor.

En la cocina se sorprendió al ver que las dos criadas ya se encontraban afeitadas en sus labores. Su primera reacción fue la de pedir disculpas por la intromisión, pero recordó que la casa era de su propiedad y quiso averiguar más sobre ellas. Las mujeres respondieron a sus preguntas con una amplia sonrisa y varios asentimientos, lo cual le indicó que no estaban muy dispuestas a conversar, de modo que las dejó.

Desde las escaleras que descendían al sótano le llegaron los murmullos de Mufid. Su médico personal hablaba consigo mismo de la misma forma en que se dirigía a los demás, algo que a Jocelyn le pareció extraño y gracioso a partes iguales, por eso no pudo evitar reír cuando le oyó rumiar algo en suajili, igual que si mantuviera una conversación con Willem.

Pasado el salón, encontró una pequeña estancia en la esquina suroriental. Estaba aislada de la casa a conciencia, quizás destinada a la ubicación de un despacho, una biblioteca o cualquier otro lugar de recogimiento. Jocelyn pensó en si Bertram lo necesitaría para ocuparse de los asuntos laborales, pero su imaginación le concedió un pensamiento más egoísta. Aquel pequeño escondite era ideal para la colocación de un piano, un espacio para ella y su música; su refugio. Cuando tuviera un piano lo llevaría allí.

Música... Jocelyn necesitaba tocar algo. Sin duda habría evaporado el sopor

que, una vez descubierto cada rincón de su nuevo hogar, había empezado a adueñarse de sus párpados. A las diez en punto, sin nada mejor en lo que ocuparse, regresó a su alcoba, se sentó en una de las sillas de mimbre y fijó la vista en el recuadro de ciudad que se veía a través del balcón. De forma inconsciente, sus dedos se agitaron en el aire, reproduciendo a Brahms una y otra vez, en una melodía que solo llegó a escuchar en sus recuerdos. Y así, poco a poco, sus ojos fueron cerrándose.

Pero antes de quedarse dormida la alertó un ruido extraño. Se frotó los ojos y descubrió que entre las macetas de la baranda se había posado uno de aquellos enormes y feos marabúes. Como si estuviera realizando una demostración de habilidad, el ave quedó en equilibrio sobre una de sus patas. Luego encogió su cuello y se quedó mirando a Jocelyn. A esta le cruzó por la cabeza una ocurrencia alocada: ¿y si fuera capaz de atraparlo? Se trataba de un animal muy grande, quizás hasta violento, un solo ataque de aquel pico grande y afilado podía ocasionar una grave herida, y sin embargo...

Se puso en pie muy despacio, caminó hasta la cama sin perder de vista a su presa y tomó la sábana. La dobló con cuidado un par de veces y fue acercándose al marabú. Este la observaba con total parsimonia, primero con un ojo y luego, girando su cabeza pelona, con el otro. No sucedió nada hasta que Jocelyn se encontró apenas a dos metros de distancia. Entonces levantó la sábana y saltó hacia él. Pero el marabú fue más rápido; levantó el vuelo antes de que la mujer se le echara encima, planeó unos metros y se posó con parsimonia en el tejado de enfrente. Jocelyn cayó sobre la baranda y soltó la sábana, de modo que esta se coló por entre los barrotes y fue descendiendo hasta la calle, agitada por una breve ráfaga de aire.

—¡No! —exclamó al ver que la sábana se alejaba de su alcance.

Pero abajo alguien corría ya en su busca. Se trataba de Gerlinde. Con un salto, la muchacha agarró la sábana antes de que tocara el suelo y la agitó frente a Jocelyn con gesto victorioso. Esta le devolvió una sonrisa.

—¡La tengo, Jocelyn! —gritó encaminándose hacia la puerta de la casa.

Allí estaba; la inevitable visita de su cuñada. Jocelyn tenía la sensación de que la joven esposa de Franz Kast era una niña alocada y sin cultura, incapaz de ofrecer una conversación interesante. Agradeció que durante el viaje apenas cruzaran palabra, salvo la noche de Fin de Año. Incluso cuando la soledad la amenazaba con horas de insoportable aburrimiento, casi prefería quedarse adormilada antes que sufrir un dolor de cabeza por culpa de la voz aguda de Gerlinde. Por desgracia, la joven ya tocaba su puerta. No le quedaba otra opción que abrir.

—¡Hola! —Pasó al recibidor como una exhalación, mirándolo todo.

—No puedes ni imaginarte la casa que tenemos Franz y yo. ¡Es fantástica! A decir verdad, se parece mucho a esta. Algo más pequeña quizás. ¿Tienes criadas?

—Hola, Gerdi. Sí, tengo a dos mujeres en la cocina.

—¡Yo también! El comandante lo ha tenido todo en cuenta, ¿no te parece? Pero ahora, sin mucho trabajo que hacer, quizás nos aburramos. Yo no podía quedarme ni un segundo más en mi alcoba. Allí sola, observando la ciudad por la ventana. Estamos en un lugar tan interesante y ni siquiera lo conocemos, ¡vayamos a explorar!

—No sé, Gerdi. Lo cierto es que todavía me encuentro algo cansada del viaje. Además...

—¡Nada de eso! ¿Piensas quedarte todos los días encerrada hasta que regresen nuestros maridos? ¿Y qué harás?

—Había pensado en coser.

—¿Vas a coser todos los días? Si coses ahora, ¿en qué te ocuparás cuando seas una pobre viejecita arrugada? ¡Venga, vamos fuera! Te sentará mucho mejor algo de aire fresco.

—De verdad, Gerdi. Quizás en otro momento.

—¡Oh, por favor, Jocelyn! —dijo su cuñada adoptando la mayor de las expresiones de pena—. Si estoy en casa desocupada me da por comer, y si como, me voy a poner enorme. Así que el favor me lo haces tú a mí. ¡Vayamos al bazar! Seguro que es un lugar impresionante.

Jocelyn quiso disculparse de nuevo, pero Gerlinde tiró de su brazo con fuerza y la sacó al umbral. En cuanto el sol de la mañana bañó sus mejillas, sintió que, en efecto, todo su cuerpo cobraba fuerzas. Tomó una amplia bocanada de un aire cargado con aroma especiado, y la negativa murió en sus labios.

—Está bien, pero solo un rato —concedió.

Y agarradas del brazo, las dos mujeres se pusieron a caminar tomando direcciones al azar en cada cruce, en busca de la plaza del bazar.

—¡Me encanta, Jocelyn! Nosotras dos, descubriendo esta ciudad extraña. ¿Qué sorpresa habrá tras la próxima esquina?

—¿Y si es peligroso?

—¿Peligroso? —A Gerlinde le brillaban los ojos—. ¡Pues mucho mejor! Viviremos una aventura y tendremos que apañárnoslas para escapar de los villanos.

A Jocelyn se le escapó una carcajada.

—¡Qué cosas dices, Gerdi! ¿Qué haríamos nosotras, dos mujeres indefensas, frente a cualquier peligro?

—¡Quién sabe! ¡Seguro que nos sorprenderíamos a nosotras mismas!

Al cabo de un rato se toparon con el puerto. A aquella hora los muelles

hervían de marineros. Más allá, el cielo se hallaba copado con las vergas de los faluchos que procedían desde Dar es-Salam, Bagamoyo, Tanga y Zanzíbar. No demasiado lejos había una lonja de pescado, y a continuación un pequeño bazar, en cuyas tiendas se exponía una breve muestra de los productos que llegaban cruzando el Índico, o desde el interior del continente: había carne y fruta, también marfil, alcohol, herramientas, tabaco y ropa. Los mercaderes eran árabes en su mayor parte, pero distinguieron también a algunos indios y a unos pocos europeos: alemanes propietarios de algún barco, portugueses que llegaban desde las colonias del sur e ingleses que cruzaban las colonias del norte en busca de mejor suerte.

En el mercado el olor especiado llegaba con más fuerza. Gerlinde arrugó la nariz.

—¡Vamos allí! —dijo tirando de su compañera.

Entonces cruzaron frente a ellas media docena de *askaris*. A retaguardia, montado a caballo, iba un oficial alemán. Este se detuvo frente a ellas.

—¡Esto sí que no me lo esperaba! Dos hermosas señoritas alemanas en pleno puerto de Kilwa —dijo a modo de saludo quitándose la gorra.

Era un hombre apuesto, de pelo castaño y liso, y unos ojos gris claro con una chispa de inocua picardía. Iba pulcramente afeitado, dejando ver una barbilla cuadrada y ancha. Era complicado advertir la sombra de barba o bigote, y no porque fuera joven, pues debía contar algo más de treinta años, sino porque era de esa clase de hombres a los que apenas les crecía el vello facial. Todo su rostro parecía exento de arrugas e imperfecciones, sin marca alguna salvo un lunar en la sien derecha, no lejos del ojo.

—No somos señoritas, sino señoras —se apresuró a responder Gerlinde.

—De igual modo es toda una sorpresa. Soy el capitán Johan Volkmer. ¿Cómo es que no las he visto por aquí antes?

—Llegamos ayer desde Baviera. Me llamo Jocelyn, y esta es Gerlinde. Vivimos cerca del puerto. Nuestros maridos trabajan en la plantación del comandante Von Faulkert.

El capitán miró a otra parte con gesto distraído.

—Ya comprendo...

—Puede llamarme Gerdi —intervino la joven—. Todas mis amistades me llaman así.

—Desde luego, aunque solo consentiré llamarla de ese modo si me permiten visitarles en algún momento. Siempre es un placer disfrutar de caras alemanas por esta zona. No muchos se atreven a viajar hasta las colonias.

—Será un placer recibirle en nuestra casa —invitó Jocelyn.

—En ese caso, hasta que nos volvamos a ver, señoras.

Saludó a ambas mujeres con un rápido asentimiento de cabeza, se colocó la gorra, espoleó a su caballo y reanudó la marcha con su tropa.

—¿Lo ves? —dijo Gerlinde una vez el capitán hubo desaparecido entre la gente del puerto—. Te dije que nos sucedería algo peculiar. Ya tenemos a alguien con quien charlar si nos aburrimos. ¡Parece un hombre tan educado!

—El capitán también se encontrará ocupado en sus propios asuntos, Gerdi. No creo que podamos disponer de su compañía a nuestro antojo.

—Parecía bastante ocioso. Seguro que aquí tiene tan poco que hacer como nosotras. Creo que en esta ciudad nunca sucede nada.

Justo entonces las sobresaltaron los gritos de un hombre. Llegaban desde el puerto, a no más de veinte metros. Descubrieron que algunas personas se arremolinaban allí. Gerlinde tiró de Jocelyn, pero esta vez la otra reaccionó con miedo.

—¡Vamos! Veamos qué sucede.

—No, Gerdi. Podría ocurrirnos algo.

—¡Bah! —bufó la otra, y se acercó sola.

Cada vez se reunía más gente y los gritos no cesaban. Solo algunos transeúntes pasaban de largo. A Jocelyn la sorprendió que nadie prestara su ayuda a quienquiera que gritara de semejante manera. Sin darse cuenta se dirigió hacia el tumulto. Había avanzado unos metros cuando escuchó que aquellos gritos de dolor iban acompañados por otros de rabia. Estos le parecieron familiares, procedían de una voz que maldecía en alemán.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Robarme a mí! ¡Voy a enseñarte a no comer de mi mercancía!

Una persona abandonó el grupo de curiosos ofreciendo un estrecho hueco por el que Jocelyn vio lo que sucedía. Un hombre negro yacía en el suelo, en posición fetal. Su cara se contraía de dolor, mostrando una hilera de dientes blanquísimos. Frente a él había un alemán, que literalmente le estaba pateando las costillas. Jocelyn se llevó las manos a la boca.

—Vas a ver..., ahora vas a ver —dijo el alemán con los dientes muy apretados.

Se quitó el cinturón, lo dobló y lo sujetó de modo que la hebilla quedara colgando. Tras subirse los pantalones, comenzó a fustigar al que yacía en el suelo. Se escuchó un aullido desgarrador cuando la hebilla cruzó su espalda una primera vez, dejando una línea roja sobre aquella piel brillante y negra. Pero al segundo golpe la víctima no emitió sonido alguno. El metal había impactado sobre su cabeza. El hombre negro perdió de golpe toda la rigidez de sus músculos; sus brazos cayeron inertes. El alemán no se detuvo.

—Pare..., pare, por favor —dijo Jocelyn, pero con tan poca fuerza que las

palabras apenas emergieron de sus labios.

El alemán continuaba azotando una y otra vez, y con cada chasquido del cuero y el hierro contra la carne, Jocelyn respiraba con más fuerza. Vio que Gerlinde se volvía hacia ella con lágrimas en los ojos. Extendió la mano para reclamar su atención, para rogarle que hiciera detener aquel castigo, pero esta vez ni siquiera llegó a emitir palabra; en su lugar la asaltó un fuerte dolor en el pecho, luego todo se nubló y, finalmente, cayó al suelo.

—Ha sido una suerte que me hallara cerca —escuchó Jocelyn una voz de hombre que le resultaba familiar.

—No sabe cuánto se lo agradezco. Ha sido muy amable —ahora era su marido quien hablaba.

—¡Bertram! —lo llamó ella.

Quiso incorporarse en la cama, pero una mano se lo impidió. Abrió los ojos. El primer rostro que encontró fue el de Mufid. Su médico había impedido que se levantara mientras le medía el pulso en la muñeca. Dijo algo en suajili.

—Dice que se encuentra bien —tradujo aquella voz familiar.

Jocelyn miró a su izquierda: Bertram conversaba con Johan Volkmer. Seguramente el capitán la había trasladado a su alcoba y tumbado sobre su cama. Gerlinde y Franz también se encontraban allí. El médico habló de nuevo, y Johan tradujo de nuevo:

—Dice que no ha sido nada grave. La alteró la visión de la paliza, y como su corazón es débil, no le llegó suficiente sangre a la cabeza.

—¡Oh, Bertram! —reaccionó Jocelyn; en sus ojos aparecieron las lágrimas—. Ha sido tan horrible, tan brutal. Ese hombre, ese pobre negro... Le golpeaban sin parar. No pude hacer nada, absolutamente nada, Bertram.

—Está bien —la calmó su marido—. Ya ha pasado todo.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Señores —dijo Bertram a los demás—, Jocelyn debe descansar. Franz, regresa a la plantación y dile al comandante que no ha sido nada grave. Permaneceré aquí lo que queda de día, pero mañana estaré allí a primera hora. Capitán, permítame que le reitere mi más sincero agradecimiento. Es una suerte que se hallara usted en los alrededores. Déjeme invitarle en otra ocasión más adecuada.

—Será un placer aceptar su compañía, señor Kast.

—Me gustaría quedarme —señaló Gerlinde; aún se encontraba pálida.

—No, Gerdi —respondió Bertram—. Dejemos que hoy se ocupe de ella el médico. Mañana puedes venir a visitarla.

Los acompañó hasta la puerta de la calle y los volvió a despedir allí. Después

regresó a la primera planta, entró en la habitación mirando al suelo y cerró la puerta con suavidad. Se quedó frente a esta unos instantes, mientras escuchaba cómo Mufid continuaba su examen.

—No debiste salir —le recriminó a su mujer en tono contundente pero tranquilo.

—¿No puedo salir? —respondió Jocelyn ofuscada—. ¿Nunca, Bertram? ¿Para eso me has traído aquí?

—Jamás me habría perdonado verte empeorar. Por fortuna ya estás a salvo, en casa.

—¿En casa, dices? No, Bertram. No estoy en casa. Este lugar no se parece en nada a mi hogar, a Baviera. ¿Por qué vinimos? ¿Por qué te empeñaste en viajar a un lugar tan alejado, tan distinto en las costumbres y en todo?

—Ya lo sabes. Lo hablamos en su momento. Mi deber era acompañar a mi hermano para cuidarlo.

—¡Tu hermano ya es un hombre! ¿No lo ves? Sabe tomar sus decisiones solo. Déjale, Bertram, y regresemos a casa los dos. No me gusta esto. Aquí..., aquí somos todos distintos, peores.

—Estás exagerando.

Su voz se había alzado un poco, lo justo para sonar determinante, pues Bertram buscaba por todos los medios contener algo que ya se revolvía en su interior. Apretó los puños.

—¿Cómo eres capaz de decirme tal cosa? No viste lo que vi yo. Ese alemán azotaba a un negro sin una pizca de misericordia. ¡Ni siquiera sé si llegó a matarlo! Pero lo peor, lo más descabellado, Bertram, es que nadie de entre los cientos de personas que estaban allí se esforzó por detener aquella tortura. Y no me cabe duda de que fue porque estaban acostumbrados a ver algo semejante. ¿Comprendes lo que te digo?

Se incorporó hasta quedar sentada y apartó de un manotazo a Mufid, que se retiró a una esquina sin emitir una sola queja. Sus bucles dorados le cayeron a ambos lados de la cabeza, y sobre las mejillas creció un leve rubor que brillaba al paso de las lágrimas.

—Bertram, regresemos a Alemania, te lo suplico. Creo que este lugar no me hará ningún bien.

—¡Por dios, Jocelyn! —estalló su marido—. ¿Que no te hace ningún bien? ¡Llevas aquí dos días! ¡¿Es que no eres capaz de adoptar una visión diferente a la de una chiquilla?! ¡Basta de llantos, de ruegos y de ideas absurdas!

Avanzó a grandes zancadas hasta el centro de la habitación, y desde allí, abriendo los brazos como si aceptara un combate, volvió a gritar:

—¡No puedo estar pendiente de tus antojos! ¡Ahora vivimos aquí! ¡Este es

nuestro hogar, te guste o no!, ¡y a menos que mi hermano decida recuperar nuestro dinero, jamás regresaré a Alemania! ¡Jamás!

Jocelyn recibió aquellas palabras como si la hubieran golpeado en el pecho. Bajo las sábanas, sus dedos se movieron buscando las teclas, la melodía de Brahms capaz de calmar a la fiera.

—Vuestro dinero... —murmuró cuando su marido dejó de chillar—. De modo que es eso, ¿verdad? No buscas cuidar de tu hermano, ni de mí. Pues dime, Bertram; sostén mi mirada con esos ojos tan llenos de ira y confiéame si alguna vez has estado enamorado de mí. Si alguna vez has sido capaz de amar a alguien en toda tu vida. Confírmame aquí, en esta habitación, y no volveré a quejarme de tus decisiones.

Bertram se mantuvo en su sitio apretando los dientes, mientras el aire entraba y salía entre ellos con fuerza, hasta que sin decir ni una palabra dio media vuelta y se marchó dando un portazo. Jocelyn oyó que bajaba las escaleras a gran velocidad, como si necesitara huir. Cuando escuchó el fuerte golpe de la puerta de la calle y cómo su marido fustigaba al caballo y escapaba a galope, rompió a llorar.

Bertram azotaba a su montura sin ninguna piedad. Quería marcharse todo lo lejos posible hasta reventar al caballo si fuera preciso. Atravesó las calles a toda velocidad, obligando a que los transeúntes se echaran a un lado, y salió de Kilwa. Enfiló por la carretera del norte, hacia Samanga, y continuó por aquella ruta hasta que notó que el sol del atardecer le daba en la mejilla. Su caballo jadeaba, pero Bertram no le permitió recuperar un soplo de aire. Enfiló hacia el oeste dejando la carretera y se internó de lleno en la sabana. Galopó sorteando piedras, árboles y arbustos, salvando un accidente natural tras otro sin miedo a perderse, sin que le preocupara cómo iba a regresar a casa.

Pero al fin se detuvo, algo había llamado su atención. A su izquierda detectó unas casas. El caballo bufaba de cansancio y movía la cabeza como si deseara indicar que le molestaba el jinete. Bertram aguzó los sentidos. Le llegaban gritos. Tiró de las riendas y varió el rumbo hacia aquel lugar. Se trataba de un pequeño poblado: cinco chozas montadas alrededor de una hoguera que permanecía encendida. En el centro había cuatro *askaris* a caballo, otros dos más salían de una de las chozas, arrastrando de los pies a un nativo que gritaba, se revolvía y daba patadas.

—¿Qué sucede aquí? —dijo Bertram al llegar.

—*Bwana*, este hombre se ha escapado de sus labores —dijo uno de los *askaris*—. Venimos a buscarlo para que regrese a los campos.

—¿Qué campos?

—Los de *bwana* comandante.

—¿Los campos de Von Faulkert?

—Ese mismo. Este hombre no quiere trabajar allí. Se ha escapado.

El aludido luchaba con todas sus fuerzas. Uno de los hombres que lo sujetaban se descolgó el fusil y le dio un culatazo en las costillas.

—¡Basta! —lo detuvo Bertram antes de que el soldado repitiera su acción—. ¿No es esta su casa?

—Sí lo es, *bwana*, pero el comandante ha dicho que ninguno de los trabajadores debía regresar en unos días. Tienen que atender el trabajo en los campos.

En el hueco que servía como entrada a la choza apareció un crío famélico. Tenía las mejillas surcadas de lágrimas y se mordía el pulgar mientras sollozaba. Iba desnudo. Bertram comprobó que nadie más se asomaba desde las otras chozas. El poblado estaba desierto.

—¿Y los demás habitantes?

—Están en los campos. Todos trabajan allí.

Los soldados ataron de pies y manos a su prisionero, y luego, como si fuera un fardo, lo echaron sobre la grupa del caballo. El hombre todavía intentaba escapar, pero cuando pasaron unas cinchas alrededor de su cuerpo fue incapaz de moverse.

Tras las casas, Bertram descubrió que había un pequeño huerto. Unas cuantas plantas raquíticas habían logrado emerger de la tierra, pero la mayoría se había secado. Los *askaris* espolearon sus monturas, y tocándose su fez se alejaron de allí. En la aldea solo quedó el pobre niño, que aún lloraba sin apartar la vista de la polvareda dejada por los caballos. Al cabo de un rato, y como si por primera vez detectara su presencia, se fijó en Bertram.

Aquella noche Bertram no regresó a casa. Pasó la madrugada en el poblado deshabitado, cuidando de que la hoguera no se apagase, con la única compañía de su caballo y de aquel pobre crío, que, asustado, no salió de su choza en ningún momento; se refugió tras las sombras, donde Bertram no lo viese, y allí se mantuvo despierto hasta el amanecer, vigilando cada movimiento del extraño hombre blanco.

Cuando los primeros rayos despuntaron en el este, Bertram entró en la choza, tomó al niño en brazos y, a pesar de sus pataleos y sus chillidos desesperados, lo subió en el caballo y se lo llevó a la plantación.

Apenas hubo pasado las colinas de Matumbi y bajado a los campos blancos, los gritos del niño llamaron la atención de varios recolectores. Entre ellos se escucharon algunos murmullos más altos de lo normal; no obstante, nadie se movió de su sitio. Los *askaris* que vigilaban los alrededores tampoco hicieron o dijeron nada; ni siquiera aquellos con quienes Bertram se había encontrado la noche anterior. Continuaron encorvados, con las cápsulas de algodón en sus manos, la cabeza girada hacia el crío y en silencio. Bertram descabalgó, agarró al niño y lo puso en el suelo. Al momento este echó a correr sin respetar los senderos, gritando, llorando y con los brazos extendidos. Pero los recolectores continuaron sin reaccionar.

—¿Qué es lo que pasa? —se dijo a sí mismo Bertram mientras sus ojos buscaban algún gesto entre los presentes.

¿Es que nadie conocía a ese niño? ¿No estaban sus padres allí? ¿Ni siquiera un vecino de su poblado? ¿Por qué nadie hacía nada?

Cuando la criatura ya había corrido unos cien metros, se oyó el lamento de una mujer. Bertram comprobó que, a lo lejos, alguien se ponía de pie y salía a su encuentro. Los *askaris* que se hallaban cerca dieron un respingo. Miraron a Bertram, luego al niño y a su madre, y de nuevo a Bertram, pero no hicieron nada. Madre e hijo se abrazaron llorando de emoción y cayeron al suelo. Quienes los rodeaban continuaron con el trabajo; los *askaris* se habían quedado

paralizados. No perdían detalle de la escena, pero tampoco de Bertram, que la observaba con los párpados entrecerrados.

—¡Bertram! —saludó el comandante desde el porche de la casa, que quedaba a poco más de trescientos metros.

El mayor de los Kast tomó a su caballo de las riendas y se encaminó hacia allí. En los campos todo pareció regresar a la normalidad. La madre, echándose su hijo auestas, regresó a su puesto y continuó el trabajo. Los *askaris* se relajaron.

—Nos tenía preocupados —dijo Willem cuando Bertram llegó a su altura—. Jocelyn nos dijo que no pasó usted la noche en casa. Intenté tranquilizarla, haciéndole saber que algunos de mis hombres le vieron en uno de los poblados, y que probablemente lo habrían entretenido asuntos importantes. Por cierto, celebro que su esposa se encuentre mejor. Franz nos transmitió las buenas noticias.

—¿Qué es lo que sucede con toda esta gente, comandante?

—Discúlpeme, no comprendo la pregunta.

Bertram descabalgó, ató al caballo y subió los escalones del porche. Quedó a escasos centímetros de su interlocutor.

—He cuidado de un crío hambriento toda la noche. Era hijo de uno de sus trabajadores. Sus soldados fueron a buscarlo en la tarde de ayer y lo trajeron a los campos por medio de la fuerza.

—Ya le dije que algunos hombres abandonan su puesto. Hay que buscarlos para hacerlos regresar.

—¡Esa gente pasa hambre, comandante! Vi sus huertos. No les permiten cuidar de la tierra. ¿Cuántas horas y cuántos días los están obligando a trabajar?

—Les pagamos un sueldo que...

—¡No intente engañarme, Willem! ¿Les pagan un sueldo? He visto cómo golpeaban a uno de ellos para obligarlo a regresar. El poblado se halla abandonado, sin nadie que se ocupe de él. De no ser por mí, Dios sabe qué le hubiera pasado a ese crío. Usted me dijo que los trabajadores de esta plantación no se diferenciaban de un obrero alemán, pero está muy claro que no es así. No se le ocurra engañarme más, y dígame en qué condiciones trabajan los negros de este campo.

La mirada de Willem se ensombreció.

—Como quiera. Acompañeme al interior —dijo en un tono que Bertram no había escuchado hasta entonces. Mucho más grave y autoritario, pero ausente de ánimo.

En el interior Bertram descubrió a su hermano tomando vino en uno de los sillones. Franz se puso en pie para recibirlo. El comandante, que llegó detrás, volvió de golpe a su tono jovial:

—Su hermano es un excelente capitalista, Bertram. Llevamos toda la mañana hablando de negocios y sobre qué nuevos proyectos abordar para la ampliación de nuestros ahorros. Me siento reticente a dar mi visto bueno, pero quizás los portugueses de las colonias del sur se sientan interesados en comerciar con nosotros. Franz me tenía casi convencido cuando usted ha llegado.

—Lleva toda la mañana esquivando mis propuestas —intervino el joven.

Caminó hasta su hermano mayor y lo estrechó en un abrazo.

—Jocelyn está muy preocupada —le dijo al oído—. Gerdi ha estado con ella toda la noche. Deberías regresar a casa cuanto antes y calmarla. No se encuentra bien.

Bertram no dijo nada. Estaba hierático.

—¡Lo admito, soy culpable! —dijo Willem—. Sé lo que le agrada, Franz, y lo he utilizado en mi favor para que no llegue a embelesarme con sus propuestas comerciales.

—El comandante nos ha invitado a una cacería —dijo Franz—. Dice saber dónde se encuentran los mejores leones de toda África.

—Semejantes al que decora mi suelo —señaló Willem—. Además, iremos en mi automóvil. ¿Ha conducido alguna vez un automóvil, Franz?

—Nunca.

—Pues tendrá oportunidad de hacerlo. Y usted también, si nos acompaña, Bertram. Iremos en mi automóvil y nos cobraremos algunas piezas. ¿Qué les parece?

—¿Has oído, Bertram? —Franz estaba entusiasmado—. ¡Conducir! No puedo esperar a que llegue ese momento.

—Puede comenzar conformándose con esto. —El comandante se acercó a un buró y de uno de los cajones extrajo un par de guantes—. Son para conducir. Tenga, Franz, quédese los. Los estrenará el día de la cacería.

—¡Es...! Es muy amable, comandante —respondió el joven.

Quiso probárselos, pero Willem lo detuvo.

—¡Ah! Ya le he dicho que los estrene el día de la cacería.

—¡Claro! El día de la cacería. Los guardaré hasta entonces.

Se los metió en un bolsillo de los pantalones y volviéndose hacia su hermano insistió:

—Tienes que venir, Bertram. Te encantará. Incluso dejaré que lleves mis guantes para conducir el automóvil, si quieres. ¿Qué dices?

Pero Bertram no le prestó atención. Miraba con fijeza al comandante, que sonreía apoyado en su buró.

—Franz... —dijo Von Faulkhardt carraspeando—, su hermano ha venido para hablar conmigo sobre algo importante y personal. No quiero incomodarle, pero

si fuera tan amable de disculparnos unos minutos, se lo agradecería.

El menor de los Kast pareció desorientado.

—No te preocupes, Franz —dijo Bertram—. Déjanos. No pasa nada.

—Está bien. Iré..., iré a dar una vuelta por los campos.

Bertram y Von Faulkert guardaron silencio hasta que abandonó la casa. Después el comandante se volvió hacia el mueble bar, se sirvió una copa de vino y se dirigió hacia el umbral del porche. Fuera las temperaturas ascendían deprisa. Las canciones de los negros sonaban lejanas pues no había nada a su alrededor en donde pudiera reproducirse el eco.

—Me acosan, Bertram —comenzó a decir tras beber un sorbo—. Desde Berlín quieren más resultados, más producción. Debe comprenderme, me encuentro con las manos atadas. He tenido que multiplicar las horas de trabajo.

—Esclaviza a sus trabajadores.

—¡Esclavizar! —Se volvió de golpe, el vino a punto estuvo de derramarse—. ¡Berlín me pide resultados! ¿Cómo no voy a dárselos? El Gobierno se gasta en esta colonia más de lo que producimos, ¿y sabe cuál es la razón? ¡Esa gente, Bertram! Los negros a quienes pagamos un sueldo. Se niegan a trabajar duro, no comprenden el sentido del esfuerzo. Desconocen que solo así una nación puede llegar a ser poderosa: esforzándose, trabajando duro. ¡Ni siquiera les importa! Una y otra vez se escapan de los campos y vuelven a sus casas, a ocuparse de sus tierras, a cuidar sus animales y sus plantas. Y si trabajan en sus poblados, no lo hacen aquí. No comprenden que ahora son ciudadanos alemanes, que todo cuanto los rodea pertenece al Imperio, un imperio que vela por su seguridad. ¿Qué sucedería si no estuviéramos nosotros aquí? Regresarían los ingleses, o aún peor, volverían los sultanes de Zanzíbar y los esclavizarían, los atarían con cadenas y se los llevarían a quién sabe qué tierras lejanas, donde quedarían consumidos por el hambre y las enfermedades. Están mucho mejor con nosotros, pero no existe el patriotismo en su cultura, no comprenden lo que significa pertenecer a una nación, dar la vida por ella. Alemania no puede quedarse atrás. Sé que nunca entenderán esto, por eso tengo que dar ejemplo con quienes se rebelan. Sí, todo el ejemplo posible, incluso sembrando el miedo si es necesario, para que me respeten y no dejen de trabajar.

Bertram entendió entonces por qué ninguna de aquellas personas se permitió reaccionar a la llegada del niño. Era el pánico lo que los había retenido en sus sitios, encorvados, paralizados, con el algodón entre los dedos.

—¿Qué le ha hecho a esta gente, Willem?

—¿Hacerles? ¿Yo? —El comandante negó con la cabeza—. Bertram Kast, es usted un ignorante. Los negros de estas tierras no conocen otro lenguaje que el de la violencia. Los castigos que yo pueda haber aplicado a modo ejemplarizante

no son nada comparado con lo que estas tribus se hacían entre ellas antes de nuestra llegada, o con la forma en que trataron a los primeros exploradores ingleses, antes de que nuestro Imperio reclamara estas tierras. La disciplina es necesaria en un pueblo tan poco civilizado como este, y le puedo garantizar que de no ser por mis métodos, no habría un solo hombre o mujer recogiendo algodón.

—¿Qué es lo que les ha hecho? —repitió Bertram consciente de que su anfitrión había esquivado la pregunta.

De un trago, Willem apuró su copa.

—Les he enseñado, señor Kast.

Regresó al salón, dejó la copa en el buró y, sin mediar palabra, echó a andar a grandes zancadas entre la plantación. Los hombres y mujeres con los que se cruzaba le dedicaron una reverencia que ignoró.

Bertram permaneció en la casa. Debía pensar, tal vez refrescándose la garganta con un trago de vino. Necesitaba tomar conciencia de la empresa en la que había invertido el capital de su padre. Llegó hasta el mueble bar y buscó la botella de vino del Rin, pero percibió que alguien entraba.

Era aquella sirvienta, Langi. Iba con un fardo de uniformes, que llevaba en equilibrio sobre la cabeza. Ignorando a Bertram, llegó hasta el centro del salón, dejó un par de camisas sobre un sillón y pasó por delante de él. Solo entonces levantó la vista y lo miró. No fue una mirada que intentara sugerir nada; de hecho, a Bertram le resultó bastante neutral, y sin embargo, dejó de buscar el vino y fue tras ella, como si algo en su interior le hubiera dictado que debía hacerlo.

La siguiente habitación era un vestidor. Langi dejó allí el fardo y cruzó otra puerta, tras la que había unas escaleras al sótano. Antes de bajar, giró suavemente el cuello, como si deseara percatarse de que la seguía. Bertram, en efecto, se hallaba unos metros más atrás. La mujer dejó entornada la puerta. Cuando él la abrió, pudo ver que el esbelto cuerpo de la mujer desaparecía en la penumbra. El sótano se hallaba casi a oscuras, salvo por un cabo de vela en uno de los escalones. Entonces le pareció escuchar algo: unas palabras en suajili, pero no las había dicho Langi, sino una voz masculina, algo rasposa y débil, como de un enfermo. Descendió con cautela. A la voz de hombre no tardó en responder la mujer. Hablaba despacio, con suavidad. Ambos mantenían una conversación.

El sótano era un espacio abierto con suelo de tierra en el que solo había algunos aparejos de campo colgados de los pilares de la casa. La escasa luz entraba a través de las rendijas entre los listones de las paredes. Bertram no tuvo tiempo de acostumbrarse a las sombras, la voz masculina lo sorprendió por la

espalda. Se volvió raudo y distinguió a un anciano que se le aproximaba con los brazos extendidos. Parecía cantar algo, una serie de palabras ininteligibles, pero adormecedoras. En una de sus manos sujetaba una ramita de mijo. Llegó hasta él, le tomó una mano y depositó la ramita en ella sin dejar de cantar aquella melodía que parecía impedirle a Bertram cualquier reacción, justo igual que la música de Jocelyn. Después el anciano se retiró andando hacia atrás. Antes de desaparecer en la oscuridad, se despidió con una sonrisa desdentada. Bertram observó la ramita de mijo en su mano y, como si una fuerza sobrenatural lo impeliera, salió a toda prisa de allí.

—**T**iene que hacer algo por mí, pastor.

Willem hablaba de pie en mitad de su salón, con las manos tras la espalda. Ni siquiera había saludado a Rudolf Berger cuando entró, y este aún llevaba la mano extendida con intención de estrechársela al comandante. Tras la urgencia de aquella petición bajó el brazo y se detuvo cerca del asiento más cercano. Notó en el aire cierta electricidad, algo que le pinchaba en mitad del pecho. El día agonizaba, pero Willem no se había molestado en encender las luces. Solo un quinqué, ubicado en la mesa de cristal y marfil. Bajo los párpados del comandante se formaban unas sombras que le impedían distinguir sus ojos, pero Berger sabía que lo miraba.

—Willem, me asusta usted. ¿Es grave?

—Depende de cómo quiera tomárselo. —Su voz volvió a ese tono austero y firme en el que cada palabra resonaba con gravedad contra las paredes y resultaba imposible de ignorar—. ¿Valora usted su estancia aquí?

—Más que nada. —Rudolf abrió los ojos de par en par—. ¿Es que usted no está contento? Le aseguro que hago todo lo posible por cristianizar...

—No hay nada reprochable en su trabajo. Realiza usted una labor pastoral exquisita, y confío en que, si Alemania no nos retira, salvará a muchos negros.

—¿Alemania pretende retirarnos? ¡Eso es horrible!

—Todavía no, pero lo hará. Me presionan para que envíe más algodón, pero no me es posible si los alemanes de la colonia desconfían de mi gobierno.

—¿Quién hace tal cosa? Espero que no se refiera a mí, comandante. Le garantizo que valoro sus extraordinarios esfuerzos. Jamás me atrevería a decir o hacer nada que le perjudicara.

Su tez de querubín había enrojecido. Comenzó a respirar con dificultad. En un escrutinio veloz, sus ojos buscaron algo con lo que abanicarse. Pero no halló nada, de modo que se quitó las gafas y, de nuevo, se valió de ellas.

—No hablo de usted, Rudolf. Sé que me aprecia.

—Desde luego. Lleva esta plantación con sabiduría y...

—Hablo de los hermanos Kast —cortó Willem—. Franz es un muchacho inteligente y entusiasta. Ha sabido comprender que Alemania necesita verdaderos patriotas. Pero Bertram es obstinado. Tiene un modo de pensar demasiado particular y, por desgracia, muy distinto al mío. Temo que se vuelva en mi contra, y teniendo en cuenta todo el dinero que han invertido en la plantación, eso podría perjudicarnos.

—¿Qué quiere que haga yo? ¿Desea que hable con Bertram?

—No, con Bertram no.

—¿Con quién entonces?

—Necesito que viaje a Kilwa con la mayor frecuencia que le sea posible y visite a Jocelyn, su esposa. Quiero saber todo de ese matrimonio. Todo.

Rudolf dejó de abanicarse.

—Comandante, creo no entender lo que me está pidiendo.

—Lo entiende muy bien, pastor.

—Pero ¿qué planea?

—Lo que sea necesario. Deseo que esto le quede muy claro, por eso voy a repetirlo. Haré lo que sea necesario para garantizar que nadie se interponga en la producción de estos campos. Va a ayudarme, ¿verdad?

—Yo...

—También le concierne a usted. Visite a Jocelyn, hable con ella y cuénteme lo que averigüe. No le pido más.

—De acuerdo, comandante. Lo haré.

—Es usted un buen hombre, Rudolf. Ha venido a verme cuando se lo he pedido, y ahora toma la decisión más sabia. Se lo recompensaré como es debido.

—No, yo... no necesito recompensas.

—Vamos, pastor. No me venga con remilgos ahora. Usted tiene sus necesidades, como las tengo yo, o cualquier hombre. Avergonzarse no le llevará a ningún lado.

—Por favor, no es necesario. Haré lo que me ha pedido sin necesidad de nada a cambio. No quiero una recompensa.

Bajo la pobre iluminación del quinqué, Rudolf vio la sonrisa de Von Faukhert.

—Como quiera. Acuda cuanto antes a casa de Jocelyn, y no olvide contarme aquello que crea importante.

—Sí, comandante. Así lo haré.

El puerto de Kilwa Kivinje nunca dormía ni descansaba. Los faluchos entraban y salían a todas horas descargando marinos, pasajeros y mercancía. El bazar y la lonja, muy próximos uno del otro, bullían con el trasiego de potenciales compradores que se sumergían bajo los toldos paseando sus sentidos entre aromas a clavo y canela. Los mercaderes exponían los pescados del Índico entre una gran variedad de carnes: desde la ternera al perro; así como frutas, de formas y colores que un europeo jamás había visto y que deleitaban con solo fijarse en su textura. En cada puesto ofrecían una muestra de sus productos como si fueran los mejores de toda el África Oriental, incluidos los téis que traían desde el Lejano Oriente. Estos los servían en tazas de latón, sí, pero con tantos adornos como la plata bruñida. Más abajo, las tiendas daban paso a la ropa, los abalorios, las herramientas y los objetos manufacturados en cuero, marfil, hierro y bronce. En cada una de ellas Gerlinde deseaba comprar algo.

—¡Qué telas tan hermosas! —decía pasando su mano por un surtido de pañuelos de algodón—. Si pudiera, ¡las compraría todas! ¿Tú no, Jocelyn?

La otra paseaba mucho más relajada y con las manos sobre el regazo.

—Son muy bellas, es cierto.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó Gerlinde a un árabe de Zanzíbar.

—*Ein Rupie* —dijo el vendedor frotándose las manos.

—¿Una rupia? —confirmó Jocelyn.

El vendedor asintió.

—¿No es muy caro? —Gerlinde resopló—. No consigo recordar cuántas rupias hacen un marco alemán.

Con gesto cansino, se volvió a los dos hombres que las seguían a corta distancia: Bertram y el capitán Johan Volkmer.

—¿Por qué todos los precios están en rupias?

—Es una moneda de uso frecuente en ciertos países orientales —aclaró el capitán—. Recuerde que los árabes dominaban estas costas, y que los ingleses lo hicieron después de ellos. Inglaterra ya convivía con la rupia en la India, así que

era una moneda conocida. Nosotros apenas llevamos aquí veinte años. Resultaría demasiado peliagudo cambiar el sistema monetario de la región, por muy incómodo que le resultase a usted, Gerdi.

—Eso no me aclara si debería o no comprarlo.

—Cómprelo. Yo lo pagaré —dijo el capitán ofreciendo al vendedor una moneda con la efigie del káiser. Este la recibió con una reverencia.

Pasaron junto a un puesto de té, y el vendedor tendió un pequeño vasito para que lo probaran. Gerlinde la aceptó, sorbió todo el contenido de una vez, lo dejó reposar en la boca unos segundos y tragó.

—¡Delicioso! —De nuevo se dirigió a los dos hombres—: Tienen que probar este té.

—Lo traen desde el Lejano Oriente —ilustró el capitán—. Lleva hojas de hierbabuena, que le dan ese sabor tan peculiar, señora Kast.

—Cómo se nota que conoce usted bien esta tierra, capitán Volkmer —dijo Gerlinde y, alcanzando la mano de Jocelyn, añadió—: ¡Ven, Pruébalo! Estoy segura de que tu paladar jamás ha probado algo tan interesante.

La otra alzó una ceja.

—¿Acaso asumes que mi vida ha resultado anodina, Gerdi?

—Es posible. —La joven esposa de Franz guiñó un ojo—. Sobre todo, antes de conocerme a mí.

Jocelyn negó con la cabeza, pero sonreía.

—¡Ya sé lo que haré! Jocelyn, voy a comprarte una tetera y una buena cantidad de este té árabe. Así, cuando lo tomes, recordarás este momento.

—Gerdi, ni siquiera lo he probado. ¿Y si no me gusta?

—¡Te encantará! Y además te regalaré uno de esos pañuelos que hemos visto. El que más te guste.

—¿Franz deja que te gastes tanto dinero?

Gerlinde puso los ojos en blanco y dejó caer los hombros en un claro gesto de hastío.

—¡Oh, Franz! Se pasa el día en la plantación. Hoy se ha marchado incluso más temprano que de costumbre. Dice que el comandante lo ha invitado a una cacería, y que me traerá una piel de león cuando vuelva. ¿Y para qué quiero yo una piel de león?

Jocelyn volvió a sonreír. Gerlinde alzó los brazos y crispó los dedos, simulando tener garras.

—Me disfrazaré con ella —dijo haciendo una mueca—. Rodearé mi cuerpo con la piel de león y me pasaré el día rugiendo, comiendo y roncando. Quizás así mi marido me preste algo más de atención.

Ahora Jocelyn reía abiertamente.

—Creo que lo haré una noche de estas. A ver si le doy un buen susto.

—Procura que no tenga un arma a mano —advirtió Jocelyn todavía riendo.

Gerlinde dejó salir un suspiro.

—¡No sabes cuánto te envidio! Bertram está aquí, paseando contigo. Desde que llegamos, Franz se pasa los días en la plantación. Regresa de madrugada, y tan cansado que ni siquiera desea que lo abrace. Debería aprender de su hermano mayor, y hacer compañía a su esposa en días tan hermosos como este.

Jocelyn sintió la necesidad de mirar a su espalda. Bertram continuaba conversando con el capitán Volkmer. Su rostro expresaba melancolía; el dolor aún reciente por su última discusión. Después de que pasara aquella noche fuera, Bertram volvió a casa, pero desde entonces lo encontraba distante, meditabundo. Jocelyn sabía que había tenido un encontronazo con el comandante y que su deseo por regresar a Baviera aún golpeaba contra los pensamientos de su marido.

Quizás ella sí había actuado mal. Había sufrido durante los primeros días; todavía se estaba acostumbrando a su nuevo hogar, pero poco a poco iba acomodándose al paisaje que la rodeaba. Tal vez había sido dura con Bertram, demasiado dura. Él no lo merecía.

Dejó que sus labios se distendieran en una sonrisa dulce; Bertram correspondió con otra.

—Entiendo que no quiera volver a la plantación —dijo el capitán Volkmer—. Lo entiendo a la perfección, créame.

Bertram, que continuaba distraído mirando a su esposa, se demoró un instante antes de responder a su interlocutor:

—Capitán, conoce a Willem von Faulkert, ¿verdad?

—Por desgracia, así es. Por eso deseaba mantener una charla con ustedes. Quería comprobar qué tipo de hombres eran. Ahora compruebo que usted no es como el comandante.

—Pero mi hermano Franz... cada día pasa más horas junto a Willem. Creo que lo admira.

—Y no resultaría extraño. Escuche. —Miró a su alrededor y señaló una mesita con dos sillas cerca del puesto de té—. Venga, sentémonos. Se lo contaré todo.

La mesa estaba algo retirada del ajetreo. Mientras Jocelyn y Gerlinde seguían mirando puestos, el capitán Volkmer dio comienzo a su relato:

—El comandante Von Faulkert es un hombre de un carisma excepcional. Sabe obtener seguidores, porque es un líder valiente, pero es cruel, más de lo que yo pudiera llegar a ilustrarle. Su patriotismo se sujeta en la férrea convicción de que el hombre blanco, y en concreto el alemán, ha sido destinado a gobernar todos los pueblos de la humanidad. Ni siquiera aquellos peligros que amenacen

su vida podrán hacerle cambiar de opinión. Su frialdad es tan descarnada que trasciende los límites de la moralidad. Yo he sido testigo de ello.

—¿Cuándo lo conoció por primera vez?

—Mientras comandó a algunos oficiales alemanes y una tropa de *askaris* durante la campaña para someter al pueblo hehe, que se rebeló contra los primeros intentos de colonización, hace aproximadamente quince años. Por aquella época yo era un sargento bajo el mando directo de Von Faulkert, que a su vez obedecía órdenes del mismísimo Karl Peters. Nos ordenaron disolver focos de rebelión al norte del río Rufiji, cerca de Dodoma.

»Los *askaris*, por orden del comandante, mataban a todo el que rindiera sus armas; en su mayor parte, escudos y lanzas. Quemamos cada pequeño poblado a nuestro paso, acabamos con toda la vida animal, vegetal y humana que encontramos. Von Faulkert no tuvo piedad ni siquiera con los niños. Los degollaba en presencia de sus progenitores; luego mataba al padre y soltaba a la mujer, a la que enviaba con un mensaje de lo que los alemanes hacían con quienes se atrevían a enfrentárseles.

»Al fin tomamos Iringa, el centro de poder de los hehe. Rodeamos la ciudad y la sometimos por medio de una crueldad que no me atrevo a detallar; pero Mkwawa, el líder de los rebeldes, logró salvar el cerco y escapar. El comandante montó en cólera. No estaba dispuesto a dejar pasar un error semejante; como si no fuera capaz de permitirselo. Nos condujo sin descanso detrás de su pista, recorrimos la zona durante cuatro largos años y acabamos con los escasos focos de fieles a Mkwawa que aún quedaban.

»En una ocasión acorralamos a unos pocos rebeldes en la orilla del Rufiji. Disparamos una y otra vez nuestros fusiles, incluso a quienes gritaban con las manos en alto. Los pocos hehe a quienes no abatimos se lanzaron al agua; Von Faulkert ordenó que los matáramos antes de que alcanzaran la otra orilla. No quería prisioneros, no hubo misericordia con aquellos pobres nativos que apenas sabían nadar. Acabamos con todos.

»Al cuarto año de su persecución, Mkwawa prefirió el suicidio antes que entregarse. El comandante se lo tomó como una derrota, un fallo que no volvería a cometer en el futuro. En cuanto a mí, supe que de seguir bajo sus órdenes terminaría enloqueciendo. Pedí el traslado cuando tuve oportunidad. Nunca he llegado a perdonarme lo que hice.

—Los negros de la plantación lo temen. Lo presenté la última vez que estuve allí.

—Y no les faltará razón. Para él no son más que un medio de obtener lo que se le ha ordenado. Los reventará de cansancio si tiene que hacerlo. Los golpeará, amenazará o torturará. Hará con sus vidas cualquier cosa que se le ocurra, si

piensa que puede ser efectiva.

—Pero, y en Alemania, ¿se conoce su forma de actuar?

—Debe comprender, Bertram, que para algunos alemanes Willem von Faukhert es el prototipo perfecto de soldado. Acata las órdenes sin cuestionarse los medios. Obedece y punto. Sin embargo, ¿dónde se halla el honor en sus acciones? Sí, tiene algunos detractores, incluso en política. Pero es un hombre influyente y muchos lo admiran. No es fácil enfrentarse a él en ninguno de los campos imaginables. Espero que no esté pensando en hacerlo.

—No. Lo cierto es que solo me importa mi hermano. Me preocupa que pase tanto tiempo a su lado.

—Intente recuperarlo, pero sea astuto. Willem sabe que mientras Franz lo apoye, su dinero continuará invertido en la plantación. No perderá esa amistad.

—Ya he comprobado que busca ganarse su aprecio.

—La cacería de hoy es buena prueba de ello. Quizás debió acompañarlos.

Bertram se llevó la mano al mentón. Rememoraba las caras de los recolectores, atentos al niño que les había traído, pero sin valor para mover un solo músculo. Cientos de hombres y mujeres paralizados en sus sitios.

—¿Cree que sería posible una nueva rebelión como la de los hehe? —inquirió mirando de reojo al capitán.

—Más que posible, diría yo. Los alemanes estamos empeñados en que nuestros métodos son los adecuados. Imponemos nuestra forma de pensar, sometemos, obligamos... e invadimos. ¿Qué cree que sucederá? Se puede oprimir a un pueblo con trabajo duro, un salario mísero e impuestos abusivos, y quizás ese pueblo lo aguante durante mucho tiempo. Pero las condiciones empeoran cuando hay hambre; y cuando el estómago ruge y no queda nada que llevarse a la boca, todo ser humano, sea del pueblo que sea, se alza contra quienes pretenden dominarlo.

—Willem no deja que los nativos se ocupen de sus tierras.

—Ahí tiene su respuesta.

Bertram sintió que se le encogía el estómago. Justo cuando Jocelyn y Gerlinde regresaron al puesto de té.

—Bertram, mira qué bonito —dijo su esposa sujetando una tela con un estampado en naranja, amarillo y fucsia—. ¿No te lo parece?

Se lo pasó por el rostro intentando emular a una princesa árabe. Bertram se fijó en sus ojos azul claro, que por encima del pañuelo, lo miraban con picardía.

Entretanto, esa misma mañana, cuando el sol apenas había asomado grande y rojo por la línea del horizonte, Franz apareció en la plantación de algodón. Willem y el pastor Rudolf se encontraban en la puerta de la casa moviendo pertrechos a la parte trasera de un automóvil. Cuando Franz vio aquella máquina apretó el paso de su caballo, sin importarle que se saliera de los estrechos senderos y pisoteara algunas plantas de algodón.

—¡Franz! —saludó el comandante abriendo los brazos como solía hacer cuando recibía a alguien.

Iba, como siempre, poco uniformado; las botas sucias y la camisa remangada, medio abierta y perlada con manchas de sudor.

—¡Fíjese! ¿Qué le parece?

Von Faulkhardt pasó la mano por la carrocería de un Mercedes-Benz de dos plazas fabricado en 1901. El vehículo había sido limpiado a conciencia; ni siquiera en las ruedas había rastro de polvo. Uno de los criados aún pasaba con insistencia un trapo por el capó.

—Es increíble, ¡qué belleza! —respondió Franz.

—Es un coche alemán —intervino el pastor.

La mañana era fresca y todavía no necesitaba abanicarse con nada, pero su cara ya empezaba a enrojecer, como si sintiera envidia de aquella enorme bola de fuego.

—Exacto —corroboró Willem—. Está fabricado en Alemania. Es el primer modelo en llamarse Mercedes, un nombre de mujer. Eso hace que le tome mayor aprecio. —Acarició uno de los guardabarros delanteros que, ancho y afilado, hacía una curva alrededor de la rueda—. Supera los cincuenta kilómetros por hora, ¿sabe? No hay animal que pueda escaparse a este automóvil. Hoy, querido amigo, conducirá esta maravilla. Ha traído los guantes, supongo.

—Así es —afirmó Franz emocionado, y extrajo el par de guantes de conducir que guardaba en un bolsillo de la camisa.

Se preparó para ponérselos, pero Willem se los arrebató con un movimiento

veloz.

—¡Ah! No tan rápido. ¿Alguna vez ha disparado un arma?

—No, nunca.

—Tendré que enseñarle a sujetar un rifle de caza. Son muy potentes. Pero no se preocupe, aprenderá rápido, y con un poco de suerte hoy se cobrará su primera pieza. En esta zona abundan toda clase de animales, pero nosotros vamos a por el más honorable de todos: el león. Cuando sepa disparar, se podrá hacer un colgante con uno de sus colmillos.

—Va a aprender a conducir y a disparar, todo en el mismo día —señaló Rudolf Berger.

—Sí. —Franz se llevó la mano a la nuca—. Tal vez resulten demasiadas lecciones al mismo tiempo.

—¡Bobadas! —dijo Willem con un aspaviento—. Pastor, precisamente usted debería tener un poco de fe. Franz es un muchacho capaz y muy inteligente. No nos amargue la mañana.

—Muy cierto —reconoció Rudolf con un asentimiento—. Mis disculpas, señor Kast. Conducirá usted de maravilla, y si se deja enseñar por el comandante, hoy llevará un león a casa.

—Eso está mejor. —Willem se acercó al joven y le pasó una mano por encima del hombro—. Deje sus cosas aquí, Franz. Nos adelantaremos a los porteadores a caballo y dispararemos a algún árbol. Pastor, alcáncenos en el automóvil después. ¿De acuerdo?

—Sin problema.

Willem y Franz montaron en sus caballos y pusieron rumbo oeste, hacia la sabana. El día despuntaba, y el cielo, que había amanecido sonrosado, ofrecía ya un azul diáfano, en el que unas pocas nubes solitarias se resistían a desaparecer con el calor.

Las zonas despejadas, en las que la tierra apenas dejaba crecer unos pocos matorrales, ofrecían de cuando en cuando bosques de casuarinas y fabáceas, donde la temperatura inclemente descendía hasta volverse agradable, y donde el viento dejaba de arrastrar polvo para ofrecer cierto frescor. Aquellos remansos rebosaban de vida. Miríadas de pájaros piaban, cada uno compitiendo con un trino particular, mientras que al nivel de tierra era posible vislumbrar los ojos relucientes de algún roedor o escuchar el gruñido de un facóquero. Willem pasó de largo estos oasis y se adentró aún más al oeste, hasta encontrar un espacio despejado en el que crecía una antigua y solitaria acacia. Allí se instaló para enseñar a Franz a sujetar un rifle.

—Pegue la mejilla a la culata —le indicaba a unos metros de él—. Avance el pie izquierdo e inclínese un poco hacia delante, pero no demasiado. Ahora

deslice el índice sobre el gatillo. No dispare sin más, apriételo poco a poco. Lo ideal es que el disparo le sorprenda. Mientras, no pierda de vista su objetivo.

El primer disparo se extendió por el aire en un eco que tardó en desaparecer. El retroceso sorprendió a Franz, que no esperaba un movimiento tan brusco, pero a pesar de todo la bala dio de lleno en el tronco.

—¡Excelente! —lo felicitó el comandante—. Cuando dispare contra un objetivo móvil, manténgase tranquilo. Siga sus pasos, pero no se adelante demasiado a ellos. Tenga en cuenta que si se halla a mucha distancia, la bala perderá fuerza, de modo que intente apuntar un poco más alto, solo un poco.

Agotaron un peine disparando contra la acacia, hasta que de lejos les llegó el quejido de un motor. El pastor se aproximaba en el automóvil transportando a varios porteadores. Tuvo que hacer un esfuerzo para apearse, porque era demasiado gordo y su enorme cuerpo quedaba encajado en el respaldo de madera. Solo tuvo que caminar cinco o seis pasos hasta quedar frente a los dos hombres, pero jadeaba cuando llegó.

—¿Ya ha cazado algo, Franz?

—Solo una acacia —bromeó este.

—Pero dispara de maravilla —intervino el comandante—. Nos pondremos en marcha de inmediato. Franz, haga los honores.

Señaló el asiento del conductor. Franz dejó ver una amplia sonrisa y los ojos le brillaron de ilusión. Se colgó el rifle al hombro y corrió en dirección al automóvil, pero se detuvo a medio camino.

—¡Caramba! Casi se me olvidaba. Llevaba esperando tanto tiempo este instante... y justo cuando al fin llega mi oportunidad, no soy capaz de recordar mis guantes.

Se echó mano al bolsillo, pero estaba vacío. Entonces recordó que Willem se los había quitado.

—Comandante, guardó usted mis guantes de conducir, ¿cierto? Quiero estrenarlos.

—¿Sí? ¡Oh, espere! —Willem se rebuscó en los bolsillos—. Sí, ahora recuerdo que se los quité, ¿verdad? No quería que sintiera la tentación de ponérselos, pero... no, no los tengo por ninguna parte. Pastor, ¿no se los di a usted?

—Pues yo... no sé.

—Pastor, le dije que cuidara de nuestras cosas y le di los guantes de Franz.

El muchacho dejó caer los hombros, presentía lo que había sucedido. Los dos hombres lo miraron con una disculpa pintada en el rostro.

—Lo siento, Franz. Me los dejé en la plantación —dijo el pastor—. Sí, ahora lo recuerdo. Entré un momento en la casa y los dejé sobre el mueble bar.

—Vaya —dejó salir el joven, apesadumbrado.

—¡Vamos, amigo! —animó el comandante—. Tampoco deje que un descuido como este arruine nuestros planes. Conduzca sin guantes, ya tendrá tiempo de estrenarlos en otra ocasión. Pienso prestarle mi automóvil cuando me lo pida.

Aquello logró consolar a Franz y con un suspiro ocupó el asiento del conductor del Mercedes-Benz. Willem se colocó a su lado y, del mismo modo que había hecho con las lecciones de tiro, le enseñó a poner en marcha el vehículo, a manejar el volante y el uso de la palanca de cambios y del freno. En su primer intento por acelerar, Franz lanzó el Mercedes a la carrera, y a punto estuvo de llevarse a uno de los porteadores por delante, pero poco a poco fue desenvolviéndose con la máquina hasta conseguir manejarla campo a través y sortear árboles, arbustos y piedras.

La partida de caza continuó avanzando hacia el este siguiendo el rastro de una manada de antílopes. El comandante había comprobado que junto a ella viajaban algunos leones, y esperaba darles caza, con un poco de suerte, después de que hubieran devorado alguna presa y no dispusieran de toda su agilidad para correr.

Y en efecto así fue. A mediodía, cuando la calima mostraba en la distancia tintes rojizos, y se percibían ondas de calor surgiendo desde la tierra, el grupo divisó cuatro leones que descansaban tras darse un festín con un pudú, al abrigo de los árboles. Franz, levantándose en su asiento, fue el primero en abrir fuego. Su primer disparo, sin embargo, dio en la tierra y espantó a las fieras. Fue necesario que Willem se pusiera a los mandos del Mercedes para ir tras ellas, y aunque el pastor, que acompañaba a los porteadores, les pidió que aguardaran, el comandante no quiso esperarlos. Los leones se habían dispersado y no estaba dispuesto a regresar sin uno de aquellos animales. Una vez solos, sin nadie capaz de seguir al Mercedes, alentó a Franz y le indicó que su próximo disparo tendría que ser con el automóvil en marcha, algo que resultaría mucho más difícil; no obstante, dijo, sabía que lo lograría. El joven, alentado por el comandante, tiró del cerrojo de su fusil, enfiló a una de las fieras, que corría paralela al automóvil, a unos cincuenta metros, y logró alcanzarla. La bala penetró justo en el costado izquierdo. El león perdió las fuerzas de golpe y cayó. Quiso levantarse, pero Franz y el comandante llegaron hasta él.

—¡Ya es suyo, remátelo! —dijo Willem—. ¡Su primer trofeo, Franz!

El joven estaba pletórico. Volvió a tirar del cerrojo y apuntó a su presa. Pero el león aún no se dio por vencido. Lanzó un rugido espantoso y encaró a su cazador, desafiante. Franz observó unos ojos amarillos, bestiales, y se sintió incapaz de abrir fuego. Había encontrado cierta familiaridad en ellos. Un rasgo afín a sí mismo, contra el que de repente no pudo combatir.

—¡Dispare! —gritó el comandante.

Pero Franz lo ignoró. Continuaba absorto con el león, que rugía y se enfrentaba tendido en el suelo. Como si lo hubiera planeado con extremo cuidado, la fiera se levantó y, aprovechando la guardia baja de Franz, corrió hacia él con fuerzas renovadas. El cazador novato quiso reaccionar, pero la visión del león abalanzándose lo había paralizado de terror. El dedo sobre el gatillo no le respondía. Solo le quedaba mirar, mirar cómo la muerte se le aproximaba.

Escuchó un disparo junto a su oreja, tan próximo que le provocó un pitido. El león cayó como a plomo. Willem tiró del cerrojo de su propio rifle, y durante unos segundos continuó dirigiendo su cañón humeante a la bestia. Pero esta no se movió más. Había muerto.

—Lo siento —se disculpó Franz parpadeando como si despertara de un sueño—. Me ha invadido el temor. No he sabido reaccionar.

—No se preocupe. Es normal que eso suceda la primera vez. Pero la pieza es suya, Franz. Usted la debilitó, y gracias a ello hemos conseguido ganarla. Llévesela a su casa.

—En realidad, le pertenece a usted, comandante. Es quien ha conseguido rematarla.

La verdad era que no tenía deseos de llevarse el león a su casa. Le incomodaba la presencia de aquel animal incluso allí, tumbado en mitad de la sabana.

—No le haga ascos a su primer trofeo. —Willem palmeaba la espalda del joven—. Es suyo. Me encargaré de que se lo preparen y se lo enviaré a casa. No, no me mire de ese modo, no aceptaré más excusas. ¿Qué le sucede? ¿Es que no ha disfrutado?

—Sí.

—¿A qué viene entonces esa cara? ¡Vamos, Franz! Aproveche las oportunidades de este día. Ha logrado cazar y manejar mi automóvil. Se lleva a casa un envidiable ejemplar de león. Debería sentirse como un conquistador. Dígame que es así, que se ha divertido.

—Claro.

Willem permaneció unos segundos callado. Franz notó que lo examinaba.

—De acuerdo —dijo al fin—. Esperemos a los porteadores y pongamos rumbo a mi casa. Vamos, le invito a una copa de vino. Se me está agotando la botella del Rin. Quiero terminarla con usted, antes de que el pastor Berger dé buena cuenta de ella.

Lanzó una risotada y volvió a palmear la espalda de Franz.

Permanecieron sentados en el vehículo hasta que aparecieron los porteadores y el pastor. Rudolf manifestó su sorpresa al ver el tamaño del león, y Franz no

dijo nada cuando Willem le atribuyó todo el mérito. Regresaron con la pieza y alcanzaron la plantación al atardecer. Dejaron aparcado el automóvil en la entrada, y a un chasquido del comandante, aparecieron seis hombres preparados para quitarle todo rastro de polvo. Al entrar, la estancia los acogió con un frescor agradable. Willem invitó a Franz y a Rudolf a tomar asiento y les acercó la botella de vino.

—Esto es todo lo que me queda de un producto tan fabuloso —señaló viendo que apenas faltaba un cuarto para terminarla—. Tendré que comprar más si viajo a Dar es-Salam.

Le sirvió una copa a Franz, y aproximó la suya para brindar.

—Por un día excelente.

El joven respondió al brindis.

—Por cierto —añadió Willem tras dar un sorbo—, pastor, ¿dónde puso los guantes de conducir?

—¡Es verdad! —Franz, que había estado meditabundo todo el trayecto de vuelta, pareció despertar.

—Los dejé sobre el mueble bar, comandante —dijo Berger—. ¿No los ha visto?

—Pues no.

Willem se puso en pie y regresó al mueble.

—Aquí no hay nada. ¿Está seguro de que los dejó aquí?

—Absolutamente.

Willem torció el gesto; se había puesto muy serio.

—¿Sucede algo? —quiso saber Franz.

—Pastor, ¿está completamente seguro de que los dejó aquí?

—Sí, comandante. Ahí los dejé.

—Willem —insistió Franz—. ¿Hay algún problema?

—Aguarden un momento. Puede que tarde un poco en regresar.

A través de la ventana más próxima a su asiento, Franz pudo ver que caminaba a grandes zancadas hasta encarar a uno de los *askaris* y después desapareció de su vista.

—Pastor —dijo volviéndose a su acompañante—. ¿Por qué han desaparecido los guantes?

Rudolf dejó entrever una sonrisa esquiva, pero no dijo nada. Bebió el contenido de su vaso, se inclinó hacia la botella, se sirvió lo que quedaba de vino y lo ingirió de un trago haciendo un ruido repulsivo con la garganta.

—Pastor, ¿está nervioso?

—Todo saldrá bien, Franz. No se preocupe. Willem aclarará el problema.

Franz quiso volver a preguntar, pero Rudolf evitó su mirada y encaró la

puerta. No se dijeron nada durante al menos quince minutos, hasta que Willem entró acompañado por dos *askaris* que llevaban sujeto a uno de los recolectores. Se trataba de Kimbele. El comandante llevaba su pipa. Al verlos, el pastor Berger se puso en pie con una agilidad impensable en un hombre de su peso.

—Esto es inaudito, ¡inaudito! —venía diciendo Willem azorado.

—Comandante —preguntó Franz—, ¿por qué traen a este hombre?

—Franz, amigo. Siento decirle que ha ocurrido un problema. Mientras nos hallábamos de cacería, Kimbele ha entrado en la casa y se ha llevado sus guantes. No me puedo creer que en mis campos sea posible un acto de rebeldía como este, pero no existe ninguna duda. Varios recolectores han confesado que lo vieron salir de aquí y que los llevaba en la mano. Le he preguntado, pero dice no tenerlos. A estas alturas los habrá escondido, puede que incluso se los haya trocado a otro de los negros de la plantación, quién sabe. No hay forma de recuperarlos. Franz, me siento avergonzado. He querido traer al culpable ante usted. Aquí lo tiene. Es un vulgar ladrón, debe recibir su castigo.

Franz se puso en pie muy despacio.

—¿Él los robó?

—Sí, así es. Es una clara falta de respeto hacia sus superiores. Los negros son así. Siempre se están rebelando, no se dejan educar, ¿no es cierto, pastor?

—Muy cierto —respondió Rudolf con voz temblorosa—. No obedecen, son... son obstinados. Nada les importa que los civilicemos.

—Peor aún, Franz —dijo Willem—. Son gente mezquina, baja e inferior. Se encuentran muy alejados de cualquier hombre blanco, y más todavía de los alemanes. No hay forma de hacerles ver que todo esto lo hacemos por su bien. El único medio para educarlos pasa por el ejemplo y la disciplina. Tiene que castigar a este negro, o le perderá el respeto.

—¿Ahora? —El muchacho se mostraba dubitativo.

—Ahora mismo.

—Pero... ¿cómo?

Apretando los labios con fuerza, Willem se colocó frente al joven de un salto, y agarrándolo de un brazo, le dijo en un susurro:

—¡No dude frente a este negro, Franz! Si le ven dudar se abalanzarán contra usted. Son iguales a las bestias, semejantes al león. Pero usted es capaz de sobreponerse a eso, ¡lo sé! Puede tomar la decisión adecuada, aunque resulte severa. Debe hacerlo, o jamás logrará gobernar estas tierras. Es así como los imperios se abren camino. ¡Vamos!

Se hizo a un lado para que Franz quedara frente a Kimbele. El jefe de tribu lo observaba impávido, erguido como una estatua de basalto. Y aunque los dos *askaris* lo sujetaban, daba la sensación de que pudiera deshacerse de ellos

cuando se le antojara. Pero no movía ni un músculo, solo aguardaba.

Franz observó de reojo al pastor Berger. Parecía apenado. Cuando buscó en sus ojos una respuesta, le dio la espalda e hizo como que miraba a través de la ventana.

—¡Franz! —susurró Willem.

Acuciado, el joven se aproximó al nativo y le propinó una sonora bofetada. Kimbele ni siquiera movió la cabeza.

—¡¿Qué ha sido eso?! —recriminó en voz alta el comandante—. ¿Una bofetada? ¿Acaso es usted una mujer, Franz?

—No.

—¿Cómo dice? —Su voz sonaba autoritaria.

—No soy una mujer.

—Pues pega como una mujer. Fíjese, ni siquiera se ha inmutado. —Alzaba cada vez más la voz, parecía estar dictando órdenes—. ¿Cree que va a temerle si es débil?

—No.

—No le teme, Franz. ¡Mírele a los ojos, vamos! ¿Ve temor en ellos?

—No.

—¿Qué ha dicho?

—¡No!

—¡Por supuesto que no! ¡Demuéstrele que es un caballero alemán!, ¡que somos los conquistadores de esta tierra!, ¡que no tenemos parangón en toda Europa! ¡Hágalo!

Franz le dio un puñetazo a Kimbele en el estómago. Este se dobló de dolor.

—¡Más, Franz, más! —gritó Willem—. ¡Es su dueño!

Lanzó el puño izquierdo en un gancho contra la mandíbula. Sonó un fuerte chasquido, y el jefe de tribu gimió, pero esta vez Franz no necesitó que Willem continuara animándolo para volver a golpear. De nuevo lanzó su puño derecho, esta vez contra la mejilla. El impacto fue tan violento que Kimbele se desprendió de los *askaris* y cayó bocarriba. Franz los empujó, y colocándose a un lado, comenzó a patearle las costillas; primero con una pierna y luego con otra; dos, tres, cuatro, cinco veces. Kimbele gemía al principio, pero cuando la bota se estrelló contra su cara dejó de emitir sonido alguno. Su cuerpo quedó tendido como un bulto de carne, expuesto a los golpes que le caían. Franz se hallaba fuera de sí, embriagado por la violencia, embrutecido por aquella sensación de poder. Apretó los dientes y disfrutó del momento, mientras pisoteaba las costillas de aquel hombre.

Al fin, jadeante de cansancio, se detuvo. Kimbele no se movía. Los tacones de las botas habían dejado marcas amoratadas a lo largo de su torso y le habían

abierto numerosas brechas por todo el cuerpo.

El joven Kast miró a su espalda, mientras se limpiaba un rastro de baba en la comisura de sus labios.

Willem von Faukhert asentía.

Gritos a medianoche. Bertram se levantó de un salto, casi al mismo tiempo que Jocelyn. Ambos se miraron, turbados, haciéndose la misma pregunta sin emitir palabra. Nuevos gritos, ahora más desesperados, junto al trasiego de las sirvientas en la planta de abajo. Escucharon pasos, puertas que se cerraban de golpe y voces en suajili. Más gritos y golpes; llamaban a la puerta. De repente, Jocelyn reconoció quién era.

—¡Es Gerdi!

El rostro de Bertram mudó de color. Empalideció presintiendo una tragedia. Su garganta articuló el nombre de su hermano, pero no encontró el aliento suficiente para emitir ningún sonido. Se puso los pantalones y, sin calzarse ni buscar la camisa, bajó saltando los escalones de tres en tres.

Las sirvientas acababan de abrir a Gerlinde y la joven se derrumbó frente a ellas llorando de puro terror.

—¡Bertram! —llamó cuando vio que este bajaba a todo correr—. ¡Es Franz, mi querido Franz! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Estaba tan fuera de sí que ni siquiera era capaz de explicarse. Consiguió ponerse de rodillas y abrazó a su cuñado a la altura de la cintura mientras gritaba y lloraba.

—¡Gerdi, contrólate! ¿Qué sucede?

—¡Ha enloquecido! ¡Tu hermano ha enloquecido! —gritó ella con la voz desgarrada.

El pelo desordenado, los ojos enrojecidos y el rostro empañado en lágrimas hacían ver que se hallaba presa de la desesperación. Se había aferrado a Bertram como una tenaza; este, empleando toda su fuerza, la arrojó a un lado y se lanzó a la calle, directo a la casa de su hermano. Algunos vecinos europeos se habían asomado para averiguar lo que sucedía.

A medio camino Bertram encontró a dos sirvientas. Habían salido detrás de Gerlinde y parecían tan aterrorizadas como su cuñada. La puerta de la casa de su hermano estaba abierta. A través de ella salía un ruido espantoso: alaridos de un

demente que luchaba por mantener el último rastro de cordura. Bertram sintió que el vello se le erizaba. Miró a su espalda. Mufid, Gerlinde y Jocelyn lo seguían. Pero no los esperó; su hermano lo llamaba igual que si se hallara perdido en el mismo Pandemonium. Reanudó la carrera, entró por la puerta y subió a la habitación en pocos segundos.

Franz se encontraba en la cama, cubierto de sudor, retorciéndose entre las sábanas. Sus dedos se crispaban buscando aferrar algo que había en el aire.

—¡Bertram! —gritó—. ¡Yo no quería hacerlo!

Su voz apenas era reconocible; parecía la de otra persona, o la de un animal que aullara en un tono parecido al humano. Bertram se echó contra él, lo sujetó por los brazos e impidió que arqueara la espalda.

—¡Franz, hermano! —lo llamó buscando que sus ojos se encontraran.

Pero Franz no estaba allí. Solo su cuerpo, que se convulsionaba, mientras una espuma blanca emergía de entre sus labios. Sus rasgos faciales estaban grotescamente alterados. Ofrecían la versión de un Franz desalmado, un Franz que volvió a gritar el nombre de su hermano con tanta fuerza que en el piso de abajo respondió otro grito, provocado por el pánico de las mujeres.

—¡Ayudadme! —rogó Bertram, pero no se lo decía a nadie en concreto.

Su petición había sido lanzada al aire, a los cielos.

Mufid alcanzó la habitación, caminó hasta una silla y puso su maletín sobre ella.

—¿Qué le sucede? —inquirió Bertram empleándose a fondo por sujetar al enfermo.

Pero el doctor no dijo nada; probablemente ni siquiera había entendido la pregunta. Extrajo del maletín una mascarilla y un frasco. Lo desenroscó, vertió algo de su contenido en la mascarilla y, haciéndose sitio en la cama, tapó la nariz de Franz.

—¿Qué es?

—Éter —declaró Mufid en un idioma entre el alemán y el suajili.

Franz comenzó a respirar el líquido de la mascarilla y su cuerpo fue relajándose, hasta que se quedó dormido. Bertram se apartó. Permaneció observando cómo descansaba hasta que Gerlinde, Jocelyn y algunas sirvientas llegaron a la habitación. La primera corrió a abrazar a su marido y permaneció sollozando con la cara pegada a su pecho.

—Gerdi, ¿qué le ha sucedido? —quiso saber Bertram, que aún jadeaba.

—No lo sé. Se despertó hace unos minutos en el estado que habéis visto. No dejaba de repetir que «lo había matado» y luego comenzó a llamarte.

—Hoy ha estado en la cacería, con Willem —recordó Bertram.

—Sí, eso es. Vino muy raro de allí; muy serio.

Bertram apretó los puños, ¿qué era lo que el comandante había hecho con su hermano? ¿Qué había sucedido? Se arrepintió de no haberlos acompañado, pero pronto volvió a centrarse en el estado de salud de Franz.

—¿Se recuperará? —preguntó al doctor.

Mufid, que ya recogía sus cosas con la acostumbrada parsimonia, asintió. Luego hizo un gesto para que salieran.

Ya en la planta baja, Bertram notó que Jocelyn tomaba su brazo y se apretaba contra él. Parecía necesitar aferrarse de aquel modo, como si en lugar de transitar el breve camino de vuelta hasta su cama, hicieran equilibrios al borde de un acantilado.

Cerraron la puerta de su domicilio, calmaron a las criadas y subieron al dormitorio. Bertram se sentó a los pies del lecho. Sabía que el amanecer en Kilwa lo hallaría con los ojos abiertos. Jocelyn ocupó el lateral derecho de la cama.—Ojalá pudiéramos regresar, Bertram —le dijo de espaldas.

Él no se sintió capaz de contestar. A través de la ventana, y atravesando la mosquitera, un millar de grillos comenzaba su sinfonía nocturna cuando la ciudad ya había regresado al silencio.

—Voy a morir en este lugar —dijo Jocelyn con suavidad—. Sé que ocurrirá tarde o temprano. Solo quería que lo supieras. Noto que mi salud se agota.

—Por favor, calla —pidió Bertram con voz ronca—. Estás bien. Eso no sucederá.

—¿Te lo dijo el doctor Felleman? Le consultaste antes de venir aquí, ¿cierto, Bertram? Dime que le consultaste sobre mi salud, eso me tranquilizará.

Bertram se puso en pie, anduvo hasta la puerta y desapareció.

Los campos de algodón dormían bajo el arrullo de los grillos. En la casa de Willem von Faukhert no se sentía más que la respiración larga y pausada de quienes dormían al abrigo de sus muros. De cuando en cuando, un *askari* recorría el exterior en su ronda, armado con una linterna y el fusil a la espalda. En el interior de un garaje y arropado con una lona gruesa, el Mercedes-Benz también dormía, reluciente y dispuesto para la próxima jornada.

Pero tras la casa, los bosques de acacias escondían decenas de ojos negados al sueño. Hombres y mujeres ocultos en la espesura, a la suficiente distancia de cualquier oído, que danzaban al son de una algarabía de bongos. Diferentes voces entonaban un antiguo ritual en torno a una pequeña hoguera, y cerca de esta, arrodillado frente a las llamas, un hechicero vestido con plumas de avestruz susurraba salmodias ancestrales para curar las heridas.

Tendido en el suelo había un cuerpo: el pecho de Kimbele se agitaba con el leve palpito de un corazón que luchaba por la supervivencia. Las mujeres a su alrededor lloraban y se echaban ceniza sobre la cabeza, mientras los hombres, algo más atrás, gritaban enfervorecidos, como si pretendieran llamar a su espíritu. Algunos sostenían lanzas; otros, unos largos cuchillos llamados *pangas*, y todos alzaban sus armas al aire mientras gritaban juramentos de venganza.

Cuando las canciones alcanzaron un frenesí incontrolado, el hechicero se levantó, rodeó la hoguera y dejó caer varias semillas de mijo sobre el cuerpo herido de Kimbele. Luego se sacó de la boca una pasta que había estado mascando y comenzó a untarla en las heridas, para terminar imponiendo las manos mientras entonaba una súplica a los espíritus. El proceso le llevó unos minutos, porque Kimbele tenía diferentes heridas abiertas y numerosos cardenales por todo el cuerpo. Entre los cánticos y la música, levantó la vista y miró más allá del grupo de hombres. Retirada y apenas iluminada por el fuego, se encontraba Langi. La hermosa mujer estaba de pie y no participaba en la ceremonia. El hechicero asintió, dando a entender que la recuperación de Kimbele ya no dependía de él. Langi le devolvió el mismo gesto de cabeza;

después la alzó hacia las estrellas y se quedó mirándolas un rato. Al fin se dio media vuelta y se internó en la oscuridad.

—En los días siguientes todo cambió, Leopold —me dijo el anciano Bertram Kast, mientras su mirada de fuego recorría aquella multitud de objetos diseminados por la casa.

Mi tío me había estado contando sus recuerdos durante cinco tardes. Siempre a la misma hora y sin que hubiéramos cruzado palabra desde el amanecer ni la volviéramos a cruzar después de sus relatos. Me convocaba a la mesa del salón, en la que, con una precisión milimétrica, retomaba la historia en el punto exacto en el que la había dejado la víspera. Yo lo escuchaba silencioso, los dedos entrelazados y la mirada fija en un punto aleatorio. Quería aparentar tranquilidad, aunque me carcomía la inquietud por llegar al punto en el que Bertram confesara su crimen. Así había permanecido yo en cada una de nuestras sesiones, hasta la tarde en que me contó este episodio:

—Pasaron semanas enteras, durante las cuales vi cómo la personalidad de tu padre se agriaba; su carácter, alegre y melancólico al mismo tiempo, se transformó en una sequedad de espíritu como jamás le había observado. Se volvió esquivo, áspero en el trato y cruel con su esposa. Gerdi comenzó a quejarse a Jocelyn, a quien visitaba cada vez más, de que Franz apenas le dirigía la palabra. Por las tardes se encerraba en su despacho, en completo y absoluto silencio. Gerdi sabía que pasaba las horas sin hacer nada; ni siquiera leyendo o preparando documentos, pues había logrado espiarlo a través de la cerradura. Franz ya no era el mismo, y yo no pude hacer nada por evitarlo.

»Me preocupaba mi hermano, pero también mi esposa. Jocelyn estaba preocupada. Ni los paseos al bazar del puerto, ni el descubrimiento de los sobrecogedores paisajes africanos, ni las visitas de su cuñada lograban animarla. Yo sabía que le faltaba la música. Ya había detectado sus dedos moviéndose en el aire en más de una ocasión, anhelando acariciar las teclas.

»Los problemas me rodeaban, pero ¿cómo solucionarlos cuando yo mismo era diferente? Mis modales regresaron a como habían sido durante mi etapa de soltería. Me volví antipático, huraño y fácil de soliviantar; y cuando dormía, mis

sueños conformaban una y otra vez la misma imagen: un torrente con cabeza de...

Se detuvo. Le costaba recordar aquellas experiencias oníricas. Y si bien ya me había explicado que aquella tromba de agua tenía cabeza de tigre, en aquella ocasión quizás pensaba en un tipo de sueño semejante en la forma, pero mucho más violento en intensidad, pues no finalizó la frase.

—Por esa razón preparé un viaje al norte, a Tanga. La ciudad se hallaba cerca de la frontera con el territorio de la Corona inglesa. Allí esperaba apalabrar la adquisición de un piano de cola, que sería transportado por barco hasta Kilwa. Sabía que ese viaje me haría ausentarme durante mucho tiempo, y en cierta medida lo necesitaba, porque no quería regresar a la plantación. También me separaba de Franz, y de mis intentos por recuperarlo. Lo sabía, pero opté por hacer caso al capitán Volkmer y ser prudente. En aquella ocasión, tal vez hubiera sido mejor apresurarme. Quién sabe.

—¿Qué sucedió con mi padre cuando volviste de Tanga?

—¿Por qué tanta prisa? ¿Es que no tienes un recuerdo agradable de Franz?

—Sí lo tengo, pero me gustaría conocer la verdad.

De reojo advertí que, por debajo de la mesa, mi tío apretaba los puños.

—La verdad es, en ocasiones, muy complicada de asimilar. Queda trastocada por los acontecimientos, pervertida, y adquiere un matiz diferente.

Me asaltó el miedo. ¿Cuánto había adivinado Bertram sobre mis sospechas? A juzgar por su siguiente pregunta, mucho:

—¿Qué te han dicho de mí en Kilwa? Has estado allí hace poco.

—¿Cómo sabes eso?

—No siempre duermo cuando me encierro en mi habitación. De hecho, hace muchos años que no descanso una noche completa. Sí, puedo suponer lo que te han contado. Me lo gritan tus ojos. —Me atravesaba con la mirada; incluso sus cejas parecían dos ascuas negras.

—Me han contado lo que hiciste en la rebelión maji-maji.

La expresión de Bertram era de completa sequedad. Temí que estuviera a punto de abofetearme, o incluso algo peor. De hecho valoré que, si llegaba a producirse algún episodio violento, no tendría forma alguna de defenderme. Mi tío me superaba en fuerza y energías, a pesar de su avanzada edad, y no tendría problemas en vencerme. Sin embargo, todas aquellas suposiciones se derrumbaron cuando vi que, de nuevo, una de sus manos temblaba bajo el dominio del párkinson.

—Te han dicho que maté a muchas personas durante la rebelión. —Su voz emergió apagada, exenta de la autoridad a la que me tenía acostumbrado—. A muchas personas...

—¿Por qué lo hiciste? ¿No podías negarte?

De repente saltó de su silla como un animal y dio un golpe a la mesa, que tembló a punto de descuartizarse.

—¡Negarme! ¿Crees que maté a todas aquellas personas? ¿Ya lo das por sentado? No tienes idea de lo que he tenido que presenciar, de los episodios trágicos con los que la vida me ha castigado. He visto el horror en los ojos de hombres que parecían enteros; un miedo tan profundo, tan manifiesto, que emergía desde su misma alma para afianzarse en los nervios; menguaba su cordura con las pesadillas de un instante trágico, un momento en el que presenciaron cómo sus enemigos morían a miles sobre un campo impregnado de carmesí. ¡¿Crees que fui como ellos?!

Quise enfrentarme a él y sonsacarle de una vez por todas si había acabado con la vida de mi padre, pero me detuvo un presentimiento: Bertram, pese a su aparente rechazo, parecía necesitar contarme la historia completa.

—¿Qué sucedió durante la rebelión maji-maji, tío?

Respiraba con fuerza, el temblor de su mano más acusado. Me observó de soslayo, desconfiado.

—Si voy a contártelo, debes prometerme que no regresarás a Kilwa. No hasta que hayas oído toda la historia. Si deseas saber lo que sucedió, vivirás en esta casa y acatarás todas las consecuencias de mi relato.

Me estremecí. ¿Qué me esperaba? ¿Qué iba a escuchar? Tuve miedo, pero no me quedaba más opción si de verdad deseaba que Bertram confesara.

—Adelante —dije buscando que mi voz sonara sólida.

—En ese caso continuaremos mañana, a la misma hora de siempre. Que pases buena noche, Leopold.

Marzo de 1905 llegó con lluvias en Kilwa Kivinge. El primer día del mes el cielo se copó de nubes oscuras y la atmósfera adquirió un tono amarillento, eléctrico. De la tierra emergió un aroma a humedad que anunciaba la proximidad de una tormenta, y esta llegó sin hacerse esperar. Descargó primero un chaparrón sobre Kilwa que duró unos pocos minutos, pero que no tardó en anegar las calles; luego el cielo actuó con mesura, y las lluvias se hicieron más tolerables. Algunos días, el sol asomaba por entre aquel muro algodonoso e iluminaba las calles, aunque continuara lloviendo. Aquellos instantes eran los que más sorprendían a Jocelyn. Pareciera que el clima no terminaba de ponerse de acuerdo, o que deseara bromear con los humanos de modo que cuando la sombra de sus paraguas se dejaba ver en el suelo, imaginaban que había cesado la tormenta y los retiraban, para comprobar, con desconcierto, que aún llovía con la misma intensidad.

Jocelyn se entretenía pensando estos y otros supuestos, mientras la estación de lluvias dejaba sobre África lo que prometía: agua con la que saciar los campos, las plantas y a los animales. En Kilwa, sin embargo, las tormentas no impedían el natural ajetreo. Cuando arreciaba, las calzadas quedaban desiertas, pero la gente seguía caminando bajo los soportales. Y a lo lejos, en el puerto, los faluchos entraban y salían con mercancía como si nada, pues la mar nunca estaba demasiado picada.

Por desgracia, ella tenía prohibido ver de cerca lo que sucedía más allá de su balcón. Y no por boca de Bertram, quien llevaba semanas de viaje y había relajado su celo por mantener a Jocelyn protegida entre los muros del hogar. Esta vez se trataba de un mandato venido de su doctor, Mufid.

Desde que se conocían, había surgido entre doctor y paciente una competición por ver quién era más cabezota. Jocelyn se esforzaba por enseñarle palabras en alemán, ingeniándose las para que Mufid no se diera cuenta. Y él procuraba hacerle aprender el suajili de forma directa, repitiendo palabras y mostrando su significado mediante gestos. Mas aquella táctica no le sirvió: la astuta Jocelyn la

transformó en una herramienta. Así, cada vez que el doctor intentaba explicarle un término en suajili mediante gestos, ella aparentaba no comprender por mucho que se esforzara, y Mufid no tenía más remedio que decírselo en alemán. De este modo la paciente acabó ganando la batalla, y el doctor se rindió al aprendizaje de la lengua germana. En ella le advirtió que no podía salir de casa, a menos que fuera en compañía.

—Debe descansar —le dijo con tono de reproche.

Y Jocelyn obedeció. Permanecería en el hogar hasta que Bertram regresara. Quiso convencerse a sí misma de que podría soportar la espera. Pero lo cierto era que vivir encerrada la entristecía, más cuando ni siquiera podía tocar el piano.

Así, la primera semana de marzo se transformó en una monotonía de truenos, lluvias de intensidad variada y lecturas junto al balcón. Pero al fin, una mañana en la que, como muchas otras veces, Mufid la auscultaba, Jocelyn vio que en la barandilla volvía a posarse el marabú. Ya comenzaban a caer las primeras gotas de una nueva tormenta y de un salto, el ave bajó al balcón y comenzó a estudiar las macetas. Ella se incorporó en la cama, entusiasmada por la visita. Esta vez no vino a su cabeza la idea de cazarlo, pero deseaba aproximarse, tal vez ofrecerle algo de comer, igual que haría con cualquier invitado.

—Quieta —ordenó el médico, que ahora le tomaba el pulso con dos dedos.

—¡Mire! —señaló Jocelyn—. Viene de visita.

—Solo es marabú —declaró Mufid con desdén.

—Ha venido otras veces a mi casa.

—No es mismo. Es otro. Todos se parecen.

—¡De eso nada! —refutó ofendida.

Mufid suspiró.

—Tengo que trabajar. Así no puedo. Relájese.

—Basta de trabajar —ordenó Jocelyn apartándolo.

Bajó de la cama, se calzó las zapatillas y se dirigió muy despacio hacia el marabú. Su visitante entreabrió el pico y extendió las alas, pero no se movió. La tormenta empeoró dejando caer una auténtica tromba. Y al mismo tiempo que el repiqueteo de las gotas se transformaba en un estruendo, llegó un gritito que Jocelyn reconoció al instante.

—¡Gerdi! —dijo con entusiasmo.

Luego devolvió su atención al marabú. ¿Era casualidad, o aquella ave solía preceder a una visita de su cuñada? De cualquier modo, la voz aguda de la joven lo asustó. De otro salto abandonó el balcón, atravesó la calle planeando y desapareció detrás de un tejado. Jocelyn torció el gesto, pero no tardó en mudar su expresión. Gerlinde llamaba a la puerta y bajó a abrirla.

La mujer de Franz entró con prisas, tropezándose en el umbral. Iba seguida

por una de sus criadas, que le sostenía un paraguas.

—¡Qué forma de llover! —dijo entre carcajadas—. No esperaba que en África cayera tanta agua.

—Es la época de lluvias. Es normal.

—Eso dice Franz.

Gerlinde se detuvo en mitad del recibidor y miró a Jocelyn de arriba abajo.

—Tenía unas ganas enormes de verte —reconoció.

Esta vez no lo dijo con aquel timbre de voz en la frontera entre el ánimo exagerado y la histeria; sino con una calma inusitada. Jocelyn sintió que lo había dicho con total sinceridad.

—Yo también deseaba verte —respondió con una sonrisa.

—¡Pues ya está! ¡Al fin juntas!

Se acercó a Jocelyn de un salto, la tomó de las manos y tiró de ella escaleras arriba.

—Hace días que deseaba venir —dijo mientras ascendían—, pero he estado indispuesta.

—¿Estabas enferma?

—Algo así. —Gerlinde guiñó un ojo—. ¡Tengo que anunciarte algo!

—Gerdi, ¿de qué se trata?

—Aún no. Quiero que te sientes primero.

—Me estás asustando...

La otra soltó una risita.

Alcanzaron la habitación de Jocelyn, donde todavía esperaba Mufid. El doctor saludó a Gerlinde a la manera árabe, tocándose el corazón, los labios y la frente; ella respondió con una grácil reverencia, cogiéndose la falda.

—Hoy no cuidarás más de Jocelyn, Mufid. Tengo que contarle algo muy importante.

El doctor respondió con un ronroneo. Se encogió de hombros y salió arrastrando los pies. Gerlinde condujo a Jocelyn hasta la cama y la empujó para hacerla caer sobre el colchón; después ella se tumbó a su lado. Jocelyn reía.

—Gerdi, ¿qué te sucede? Pareces muy contenta.

—¡Lo estoy! Y cuando escuches lo que he venido a contarte, tú también lo estarás. Aunque existan ciertas gotas de amargura.

—Confieso que no sé de qué me hablas. ¿Por qué no me lo cuentas de una vez?

—Me gusta hacerte sufrir, mi querida Jocelyn. —Gerlinde había elevado el mentón adoptando una postura de magnificencia—. Seguro que te has pasado los días mirando por la ventana, aburrida, pensando en lo bien que te lo pasas cuando te visita la alocada Gerdi. ¿Es así? ¡Vamos, admítelo! Si lo admites, te

contaré todo.

Entre carcajadas, Jocelyn confesó:

—Sí. He pensado en ti, y he deseado que me visitaras.

—Mucho mejor. —Se puso de rodillas sobre la cama y aproximó su rostro al de Jocelyn—. Pero no debes contárselo a nadie, ni siquiera a Mufid. Ahora que tu médico sabe alemán, podría irse de la lengua.

—Te lo juro, no se lo contaré a nadie.

Entonces llamaron a la puerta.

—¡No! —se quejó Gerlinde—. ¿Quién podrá ser?

—No espero a nadie, la verdad.

Bajaron las dos a ver. El servicio acababa de abrir al pastor Rudolf Berger, que entró sacudiendo el agua de su sombrero. Ni Jocelyn ni Gerlinde lo habían visto antes, aunque la primera dedujo de quién se trataba al recordar la descripción que Bertram le había hecho sobre su aspecto de rechoncho querubín.—El pastor Berger, ¿cierto?

—Correcto —respondió él.

Se acercó a las dos mujeres y se inclinó para besar sus manos.

—Queridas señoras, es un placer conocerlas al fin. Espero no importunarlas con mi visita, aunque admito que, desde su llegada, deseaba conocer a las esposas de los hermanos Kast. Me alegra haberme topado con ambas.

—Es un placer conocerle —dijo Jocelyn—. ¿A qué debemos su visita?

—Verá, hace unos días Willem me contó que Bertram se había marchado de viaje y, dado que sé lo muy aburrida que puede resultar la ciudad, me decidí a venir hasta su casa. Para conversar siempre tengo tiempo, y creo que lo agradecerá.

—Claro, siempre será bien recibido —concedió Jocelyn—. Pasemos al salón.

Ordenó té a las criadas y tomaron asiento. Gerlinde miraba a su cuñada de reojo mordiéndose los labios. Deseaba contarle su secreto, pero con Berger delante era imposible. Cuando les sirvieron, el pastor rompió el silencio:

—Jocelyn, en realidad deseaba visitarla no solo por conocerla. Willem celebrará una fiesta el mes que viene, y me ha encomendado la tarea de invitar a ciertas personas. Ustedes y sus maridos están en esa lista. Franz ha aceptado esta misma mañana. Espero que le comunique la noticia a Bertram cuando regrese, y que este acepte venir..., por cierto, ¿adónde ha viajado su marido?

—Ha ido a Tanga.

—¿Por negocios?

—Eso me ha dicho, aunque creo que miente. —Sonrió y se entretuvo dando vueltas al té con la cucharilla.

Gerlinde alzó las cejas.

—¿Qué presentes, Jocelyn?

—Creo que ha ido a buscarme un piano.

—¡Un piano! —intervino el pastor—. ¿Sabe usted tocar?

—Sí. Tocaba en Baviera. Aquí aún no me ha sido posible, por eso creo que Bertram ha ido a encargarse uno. Tal vez lo traigan de Alemania, o de Inglaterra. Esto último justificaría que viajara a Tanga, tan cerca de la frontera con territorio inglés. Tengo la esperanza de que vuelva con él, o con la noticia de que pronto podré tenerlo en mi salón. Eso me alegraría. Ambos lo necesitamos.

—¿Es que Bertram también toca? —inquirió Berger.

—No, él no toca. Pero necesita escucharme tocar.

—¿Y eso por qué?

Jocelyn continuaba dando vueltas a su té. Aquellos movimientos no pasaron desapercibidos para Berger.

—¿Tan necesario es? —insistió.

Gerlinde observaba la escena mirando a ambos.

—Así es —dijo Jocelyn al fin—. Verá, pastor, ya sabe cómo es Bertram. Tiene un carácter enérgico, incluso difícil de controlar. Mi música le calma, logra contener toda la fuerza que lleva en su interior. En ocasiones pienso que fue por eso que decidió casarse conmigo. Yo le hago parecer otra persona, alguien que desearía ser. Bertram es perfecto cuando me oye tocar.

—¡Caramba! —Rio Berger—. Habla de su música como si tuviera propiedades mágicas.

—No las tiene, pero con Bertram..., con él funciona. Por esa razón ha ido a buscarme un piano. Lo sé. Con un piano, las dificultades por las que está pasando le resultarán más fáciles de sobrellevar.

—¿A qué dificultades se refiere?

—Supongo que ya lo sabe. Franz tuvo pesadillas muy fuertes hace unas semanas. Mi doctor, Mufid, logró calmarlo, pero no ha sido el mismo desde entonces, ¿verdad, Gerdi?

—Está más serio —respondió la aludida—. Ya no parece tan entusiasmado con África, con su nueva vida en este lugar. Es como... como si hubiera vivido un hecho realmente trágico. Pero cuando le insisto sobre ello, no me dice nada. Hace mucho que no hablamos como solíamos, que no reímos juntos. Estoy preocupada, aunque tengo una noticia con la que tal vez pueda recuperarlo.

Berger se echó más té.

—Me parece —dijo mientras la tetera derramaba un hilo dorado sobre su taza— que he venido en el instante más apropiado para transformarme en su confesor, señoras. Veo que tienen cosas muy interesantes de las que hablar.

—¡No hay confesores en la fe protestante! —Rio Gerdi—. ¿Ya no sabe a qué

religión pertenece?

—Me temo, querida muchacha, que en África uno se ve obligado a establecer ciertas variaciones a la ortodoxia. ¿Cómo cree que bautizan mis compañeros del interior a los negros que se convierten? ¿De verdad cree que algunas tribus pueden permitirse malgastar agua de esa manera? No es posible, ni sería apropiado. En su lugar, la ceremonia del bautismo se celebra de modo muy distinto: el negro entra y sale de una cueva, lo que viene a simbolizar el abandono de su vida pecaminosa y la aceptación de Cristo en su vida. Yo mismo he tenido que introducir algunos cambios en las prácticas aprendidas en Alemania para convencer a los dubitativos. Así que si esta tarde debo transformarme en su confesor, puede estar segura de que lo haré. —Tomó sus gafas del bolsillo de su camisa, se las colocó y entrelazó los dedos—. Adelante, cuéntenos de qué noticia se trata.

Gerlinde se lo pensó unos segundos, pero fue incapaz de guardar su secreto por más tiempo.

—¡Estoy embarazada! —gritó con tanto entusiasmo que parte de su té se le derramó sobre el vestido.

—¡Oh, cielos! ¡Gerdi, eso es maravilloso! —reaccionó Jocelyn.

—Felicidades, señora —asintió el pastor.

Gerlinde dejó su taza de té y tomó de las manos a Jocelyn.

—Es por eso que no he podido visitarte antes, amiga. He pasado algunos días con malestar y vómitos. No deseaba acudir a verte en esas circunstancias, porque es mi misión animarte, impedir que te aburras o estés triste. Por eso mi embarazo, aunque es una noticia que me emociona, posee un lado entristecedor. Sé que Franz temerá por mi salud si tengo al bebé aquí. Las embarazadas se exponen a contraer la malaria en este país, además de muchos otros peligros. Temo que me haga volver a Baviera, que me separe de tu lado.

—No temas por eso, Gerdi —dijo Jocelyn—. Debes contárselo a Franz cuanto antes. Además, es posible que no quiera que te marches. Aquí está Mufid. Es un buen médico, doy fe de ello. Él puede ocuparse de tus cuidados. No creo que Franz desee quedarse solo.

—¡Ojalá llevaras razón!, pero hace tiempo que Franz no me hace caso. Se halla concentrado en el algodón, y cada vez pasa más tiempo fuera de casa. Ya no es como antes, Jocelyn. Quizás no tenga problemas en enviarme lejos, y entonces, ¿qué será de nosotros?

Berger había estado bebiendo su té lenta y comedidamente mientras escuchaba la conversación y anotando cuanto decían ambas en su memoria. Con las últimas palabras de Gerlinde, decidió intervenir:

—Debe contárselo a Franz sin más demora.

—¿De verdad lo cree, pastor?

—Por supuesto. No le mienta a su marido, Gerlinde. La noticia de un embarazo le sentará bien, sobre todo si ha estado distante los últimos días. Además, Jocelyn tiene razón: Willem se encargó de buscar un buen médico. Con Mufid aquí no hay nada que temer.

—Sí... —meditó Gerlinde—, es posible que lleve razón... ¡sí! Se lo diré a Franz en el momento apropiado. Pero, señor Berger, llámeme Gerdi. Todos mis amigos lo hacen, y usted, después de esta tarde, ha pasado a ser una de mis mejores amistades.

—Me alegra escuchar eso, Gerdi.

En Tanga también llovía, pero con mucha menor intensidad: no caían más que unas pocas gotas, que casi flotaban en el aire más que precipitarse. Para algunos resultaba agradable recibir su contacto, de modo que prescindían del paraguas o de la capota en los *rickshaws* y paseaban a cabeza descubierta, dejándose mojar. Así caminaba Bertram, a ratos bajo los soportales, y cuando podía, por mitad de la calle. Tanga era una ciudad de palmeras y edificios coloniales en la que destacaba uno de los puertos más concurridos del África Oriental Alemana. Desde allí, además, partía la línea de ferrocarril en dirección a las tierras del Kilimanjaro. Aquella vía en la que su amigo de Baviera, Herold Millman, había decidido invertir y que por el momento llegaba hasta la ciudad de Mombo, pero que ya apuntaba sus raíles hacia su siguiente destino: Shambala. La vía discurría a lo largo de una de las avenidas de la ciudad, y por ella viajaban en su mayor parte vagonetas cargadas de mercancía, empujadas por la fuerza que dos negros imprimían a las palancas. No lejos de allí, en una esquina, Bertram descubrió a la persona que andaba buscando: el capitán Volkmer.

—Al fin le encuentro —dijo estrechando su mano—. ¿Lo ha conseguido?

—En efecto, amigo mío —saludó el capitán—. Un piano de fabricación inglesa, venido desde Mombasa. Espero que no sea tan germanófilo como para rechazarlo.

—Me basta con que se pueda tocar a Brahms en él.

—Jamás podrá escucharse una ópera de Brahms en mejor instrumento que en este piano —intervino una tercera voz.

Bertram se volvió convencido de que aquel tono le resultaba familiar. Su sorpresa se hizo evidente al descubrir que quien había hablado no era otro que el teniente Elliot Lane Buttercup, el clarividente soldado inglés con el que compartió travesía desde El Cairo.

Ambos se abrazaron.

—No sabía que tuviera dotes musicales, amigo —dijo Elliot.

—En realidad, es para mi mujer —aclaró Bertram—. Tocaba en Alemania. Yo

solo lo echo de menos, lo necesito.

—¡Ah! Por lo que veo, el amor tiene una curiosa manera de actuar en usted, estimado compañero de viajes.

—¿De qué se conocían? —preguntó Bertram a los dos militares.

—Mis negocios en Tanga, en ocasiones, me permiten cruzarme con los ingleses al otro lado de la frontera —aclaró Volkmer—. No intercambio muchas palabras con ellos, pero cuando conocí al teniente Buttercup me sorprendió su dominio del alemán y, poco después, su personalidad. No he conocido a un hombre que disfrute de semejante éxito con las mujeres. ¿Cómo no dirigirme a él? Todavía aguardo que me confiese cómo es capaz de desenvolverse tan bien con ellas.

—Y yo sentí lástima por él —dijo Buttercup—. Joven y apuesto, pero desvalido... Cuando un alemán reconoce necesitar los consejos de un inglés para encontrar esposa, se hace patente por qué nosotros vamos a la cabeza de Europa. —Guiñó un ojo al capitán, que soltó un resoplido.

—Dios nos libre de una conversación sobre las potencias de Europa. —Volkmer alzó la mirada a un cielo nublado—. Admitámoslo, Buttercup: a ambos nos importa muy poco lo que suceda allí, y estoy seguro de que a Bertram aún menos. Él solo desea llevarse su piano.

—Y lo tendrá. —El teniente puso una mano en el hombro del aludido—. Todo estará dispuesto en unos días. No sabía que iba a ser usted el beneficiario. Es un instrumento al que le tengo mucho cariño; incluso le puse nombre: Orfeo. Pero debido a nuestra amistad, tendré que hacerle una rebaja en el precio. Por el transporte no se preocupe. Lo enviaré directo a Kilwa y su esposa estará tocando a Brahms en una semana. Tiene mi palabra de soldado.

Bertram asintió; luego dijo:

—Entonces..., en Europa continúa todo igual.

—¡Es la carrera por el poder! —dijo Buttercup y palmeó el brazo del capitán Volkmer—: ¿Lo ve? Sí está interesado por saber lo que ocurre más allá de África. A todo el mundo le interesa. Debo decirle, Bertram, que todo continúa adelante. El doloroso trayecto hacia el conflicto entre los imperios, aquel que pondrá al hombre contra el hombre. Es irreversible.

—Afirmar algo así es alarmista —intervino Volkmer—. Por otro lado, sabe tan bien como yo que los conflictos de Europa no tienen por qué ser los nuestros.

Buttercup entrecerró los ojos. Bertram observó que su mirada brillaba con una chispa traviesa. Sin duda, le entretenía aquella conversación, y más aún averiguar la estrategia en el lance de su interlocutor.

—Imagino que debe estar refiriéndose al Tratado del Congo —recordó el teniente—, que tanto ingleses como alemanes firmaron en 1885.

—Exacto. Aquí, en África, no alzaremos las armas en caso de un conflicto armado entre ambas naciones. Tal y como algunos, incluido usted, Buttercup, creen que sucederá.

—Desde luego que sucederá, amigo, muy a nuestro pesar. Alemanes, ingleses y franceses lo saben, entre otros. ¿Qué piensa que significa la Entente Cordiale firmada entre ingleses y franceses el año pasado?

—La Entente regula la expansión colonial, igual que el Tratado del Congo. Insisto, no nos atacaremos en caso de una guerra europea.

—Me temo que mi confianza en los tratados no es tan firme como la suya, capitán Volkmer. Pero si me lo permite, confiaría más en la palabra de dos caballeros alemanes, en un día como este, otorgadas en una esquina cualquiera de la ciudad de Tanga.

—Está demasiado convencido de que habrá guerra —terció Bertram.

—Espero equivocarme.

—Nunca lo hace, por lo que he escuchado —dijo Volkmer.

—Entonces jurémonos que, aunque estalle una guerra y los tratados se rompan, nosotros no nos atacaremos.

—Es probable que en ese supuesto nos veamos obligados a cometer actos poco honrosos, y nada acordes a nuestra personalidad y nuestro honor. —Volkmer se había puesto serio de repente.

—Por eso deseo que mantengamos este juramento por encima de cualquier otro. La guerra es un acto descarnado que transforma a los hombres, pero tal vez, si nos juramos una lealtad personal, logremos conservar nuestra integridad. Creo que este sí es un acto honroso, ¿qué les parece?

Bertram alargó la mano.

—Tiene mi palabra, teniente. Si nos tenemos que enfrentar, no alzaré mi fusil contra usted.

—Y la mía —dijo Volkmer—. Además, si no le mato, estoy seguro de que las damas de medio mundo me lo agradecerán.

—Puede que sea su única oportunidad para reconciliarse con el sexo femenino, capitán —bromeó Buttercup.

Estrechó la mano de los dos alemanes. Tras ello se produjo un silencio. Bertram sabía que, como él, sus acompañantes pensaban en la posibilidad de que aconteciera una guerra; y si, tal y como había supuesto el capitán, pondrían a prueba la salud de su espíritu, obligándolos a ejecutar actos deleznable para sobrevivir. Pero él además pensó en su mujer, en Franz y en Gerlinde, y en qué haría con ellos si el conflicto estallaba. Sintió deseos de regresar a Kilwa, de volver con Jocelyn y escuchar cómo Brahms flotaba alrededor de su vaporosa figura. Necesitaba la paz que le daban a su espíritu las melodías, al menos una

última vez, porque, lo presintió, se aproximaba un futuro poco esperanzador.

Bertram regresó a Kilwa una semana después, en un día en el que las lluvias habían decidido dar una tregua pero el ambiente aún mantenía cierto frescor. Cuando desembarcó, los marineros se afanaban con alegría, agradecidos por aquel amanecer sin calor ni humedad excesivos. Cantaban con más entusiasmo mientras estibaban la mercancía de los faluchos. Entretanto, los pocos alemanes de Kilwa aprovechaban para dar un paseo; las mujeres sin parasol y los hombres con el sombrero en la mano. Hasta los animales parecían agradecer un día como aquel: llegaba el chillido lejano de los milanos, que volaban en círculos en busca de algún alimento que robar a los incautos. Bertram atravesó corriendo la multitud del puerto y se internó en las calles. El campanario de la iglesia católica tocaba las doce del mediodía, y poco después, como si se tratara de algún duelo espiritual, siguieron los repiqueteos desde la iglesia protestante y los rezos en el minarete.

Una tropa de *askaris* cruzaba su calle. El redoble de un tambor marcaba el paso de cincuenta hombres, dirigidos por un oficial alemán que lo saludó con un rápido asentimiento. Los vecinos se asomaban a los balcones y a las puertas de las casas para verlos pasar, y entre ellos Bertram reconoció a Jocelyn. Estaba apoyada en la baranda del balcón con gesto melancólico. Pero cuando Bertram reparó en ella se sintió observada y desvió su atención de las tropas; cuando sus ojos hallaron los de su marido, se activó como por una descarga eléctrica: sus mejillas adquirieron color y en su rostro se perfiló la más amplia de las sonrisas. Enseguida dio media vuelta y desapareció. Bertram, por su parte, no dejó que los soldados le impidieran el paso, esquivó el desfile por un flanco y corrió bajo los soportales, fintando a comerciantes, criados y curiosos, hasta alcanzar el portal de su casa.

Jocelyn lo esperaba allí, de pie en el umbral, con las manos entrelazadas sobre el pecho. En Bertram algo se había transformado, podía verlo. Ahora sí estaba segura de que el motivo de su viaje no había sido otro que conseguir un piano, y por su expresión sabía que lo había logrado. Él permaneció frente a ella,

jadeando por la carrera y sonriente, y enseguida, asaltado por una necesidad incontenible, se lanzó directo a sus labios. Los envolvió el sonido de las botas caminando a un mismo ritmo, las risas de los niños al paso de los *askaris* y los rezos en la lejanía. Y estuvieron así, disfrutando de aquel beso, hasta que la tropa se alejó; entonces abrieron los ojos despacio, como quien no desea despertar de un sueño agradable.

—Estará aquí muy pronto —anunció Bertram.

Jocelyn apoyó la cara contra su pecho.

—Te he echado de menos —aseguró él.

—Yo también.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor. Mucho mejor, Bertram.

—¿Cómo ha estado mi hermano estas semanas? ¿Ha mejorado?

—No sé si ha mejorado. Ya no tiene pesadillas, pero no es el mismo. Tienes que averiguar qué le sucede.

—Lo haré —dijo él, y por instinto desvió la vista hacia el noreste, a las colinas.

Las voces de los cánticos despertaron a Franz. Llegaban desde la plantación; la sonata rítmica de los negros, que hacía más llevadero su trabajo. Se terminaba la recogida, y los fardos de algodón eran cargados en carros tirados por bueyes de enormes cuernos llamados *watusi*.

Franz se había quedado dormido en el salón de la casa de Von Faukhert, sometido a los vapores de las bebidas espirituosas. Al caer la tarde, Willem y el pastor Berger le pidieron que se quedara, que cenara, fumara y bebiera con ellos, mientras hablaban de su niñez en Europa, de política, de religión y de mujeres. En algún momento sintió que el sueño y la embriaguez se apoderaban de él.

En aquella mañana, mientras los cánticos llegaban a sus oídos como el sonido de fondo de su resaca, necesitó algunos segundos para ubicarse. Cuando comprobó que todavía se hallaba en casa de Willem pensó en Gerlinde. ¿Estaría preocupada por él? Nunca había faltado al hogar sin avisar antes, pero lo cierto era que no le interesaba demasiado saber si alguien se preocupaba por él. Había pasado una noche fabulosa, acompañado por un hombre al que admiraba. Poco espacio quedaba en su corazón para saber si Gerlinde le había esperado a la puerta o había logrado descansar en paz.

—Buenos días —saludó la grave voz del comandante a su espalda; bajaba por las escaleras—. Me habría gustado proporcionarle una habitación, pero confieso que mi estado no aconsejaba que le trasladara en brazos hasta una cama. Tendrá que disculparme.

—Oh, no. —Franz se apretaba las sienes—. Discúlpeme usted a mí. Ayer no supe controlar mi tolerancia al alcohol. Debí dejarlo cuando sentí los primeros mareos.

—No se culpe por ello. —Willem reía mientras hablaba—. Me ocupé de traer las mejores bebidas. Ayer el aguardiente fue el responsable de nuestro descontrol. Incluso el pastor Berger, un hombre mesurado, salió de aquí dando tumbos por los campos. Creo que su corpachón ha destrozado más plantas de algodón que las últimas lluvias.

Solo de imaginárselo, los labios de Franz se distendieron en una sonrisa.

—En fin —dijo levantándose despacio—. Debería marcharme. Gerdi estará preocupada...

—¡Claro! Su caballo está en las cuadras. Me pareció oportuno no dejarlo toda la noche frente al porche.

Franz le agradeció el detalle. Se ajustó los tirantes, recogió su chaqueta y salió con paso dubitativo. Fuera, el sol acarició su piel con una calidez vivificadora. El día era más fresco en los campos; justo lo que Franz necesitaba para alejar las últimas náuseas. Cuando estaba a punto de poner un pie en el porche, lo detuvo la voz del comandante.

—Por cierto... No he querido preguntarle antes porque quería estar seguro, pero imagino que ya se encuentra mucho mejor de... su episodio nocturno.

—Sí, estoy recuperado. No tiene que preocuparse.

—Agradezco que me lo contara. Valoro esa clase de sinceridad entre mis amigos, y celebro que esté bien. Hizo lo correcto, créame.

Franz asintió con timidez.

—Claro —le dio la razón al comandante—. Había que castigar la falta de aquel hombre y así lo hice.

—Eso es.

—¿Ya ha vuelto a trabajar?

—¿Cómo dice?

—Pregunto si Kimbele ha regresado a los campos. Quizás fui demasiado duro con mi castigo, y lamentaría pensar que le he hecho perder una mano de obra tan valiosa durante tanto tiempo.

Cruzándose de brazos, Willem dejó salir un suspiro.

—Cielos, ¿es que nadie se lo ha dicho?

—¿A qué se refiere?

—Pensaba que Berger lo habría hecho. Él tiene el tacto apropiado para...

—Comandante, ¿de qué está hablando?

—Kimbele no logró sobreponerse a sus heridas. —Willem hablaba reposando en cada palabra—. Las patadas que le propinó en el torso le partieron las

entrañas. Murió a los pocos días.

Franz sintió que le fallaban las piernas. Su mano voló hasta el quicio, donde se sujetó para no caer.

—¿Está seguro de eso? —inquirió con voz temblorosa.

—Absolutamente.

Su cabeza volvía sin remisión hasta el momento en el que, inundado de una rabia placentera, se sintió con la potestad del mismo Dios y lanzó sus botas contra el pecho de Kimbele. Aquellas patadas eran las que le habían ocasionado la muerte, y las recordaba con tanta viveza que sus piernas se vieron recorridas por una sensación ardiente.

Salió de aquel recuerdo cuando escuchó que Willem lo reclamaba.

—Franz, no se culpe por ello. —El comandante se aproximó a él y lo tomó de los hombros—. Kimbele era culpable. No podía quedarse sin hacer nada ante una evidencia de robo. ¿Se imagina qué habría sucedido si lo hubiera dejado marchar sin más? Habría corrido la noticia entre los demás negros, y le habrían perdido el respeto para siempre. Fíjese en mis trabajadores, son hombres que pertenecen a tribus, algunas de ellas muy guerreras, ¿no lo sabía? Incluso hay entre los negros algunos masáis, que me llegaron desde el norte, cerca del Kilimanjaro. No hay tribu más guerrera que esa. Son cazadores de leones, a los que matan con lanzas. Pero usted también cazó un león, Franz. El día que regresamos de la cacería dejé que todos vieran la pieza en mi automóvil para que le respetaran como un gran guerrero. Es el único lenguaje que entienden.

Pero el corazón de Franz aún latía bajo la presión de la culpa. Willem continuaba hablando:

—Deje de castigarse. Tendrá que responder con semejante fuerza en otras ocasiones. ¿Lo entiende? El episodio que le tocó vivir no fue sino la primera de muchas demostraciones de poder. Tendrá que enseñar a los negros quién es el jefe, o se olvidarán, y cuando menos lo espere tendrá un cuchillo clavado en la garganta. Nos odian, Franz. Aborrecen que estemos aquí porque aún piensan que la tierra les pertenece. Si nos descuidamos, se alzarán contra nosotros. Por eso cada alemán debe semejar la fuerza de un ejército, de nuestro glorioso Imperio. Usted cree en el Imperio, lo sé.

—Sí.

—Pues no se deje amedrentar por una muerte. No ha sido más que un sacrificio en pos de la causa. Ahora ningún negro se atreverá a mirarle a los ojos, y si se atreve a hacerlo, demuéstrole que incluso para eso es necesario pedir permiso. Dígame que lo hará.

—Lo haré.

—Repítalo.

—Lo haré.

—¿Puedo confiar en ello? ¿Me demostrará su valor?

—Sí.

—¿En cualquier circunstancia?

—Sí.

—Entonces, hágalo.

Willem había desviado la mirada. Franz la siguió hasta descubrir que Langi los estaba observando desde la habitación contigua. No llevaba nada sobre la cabeza y los miraba con descaro, con un deje de orgullo que se transmitía desde sus ojos a lo largo de su esbelto cuello y su busto erguido. Sus labios se entreabrieron con una sensualidad que habría hecho perder la razón a cualquier hombre, pero la criada lo hizo para dejar que se le vieran los dientes, y cómo los apretaba. Franz se quedó mirándola. Primero se sintió turbado, pero enseguida se reafirmó en su reciente promesa y las palabras del comandante lo empujaron a aplicar un nuevo correctivo. Se aproximó a ella a grandes zancadas, tomó impulso con el brazo y descargó una potente bofetada. Langi a punto estuvo de caer al suelo.

—No me mires —ordenó Franz entre dientes.

Ella continuaba enfrentando sus ojos, pero cuando Franz hizo el amago de volver a pegar, agachó la cabeza.

Se reinició la época de siembra y las lluvias continuaron regando la tierra del África Oriental Alemana. Pero el piano que Buttercup había prometido a Bertram no llegaba, y con cada nueva semana en ausencia de noticias, su relación con Jocelyn, que esta creía ya restaurada, volvió a enfriarse. Bertram perdía la paciencia con la espera, y dado que tampoco acudía a los campos por no cruzarse con Willem, comenzó a sentirse aprisionado. Solo la necesidad de recuperar a su hermano lo mantuvo en casa calculando la circunstancia más apropiada para arrebatárselo al comandante. Había escuchado de Jocelyn que Franz había faltado una noche de casa sin avisar de antemano, y que Gerlinde se temió lo peor. Cuando Franz llegó, no se esforzó en elaborar ninguna excusa: se había emborrachado y quedado dormido en uno de los sillones del comandante, y Gerlinde no tenía nada que reprocharle.

Estaba claro que al menor de los Kast le daba lo mismo lo que opinara su mujer. Bertram decidió acudir a la fiesta del comandante, y hallar la forma de hablar con él para arreglar las cosas.

El primer día de abril, fecha establecida para la fiesta, los cuatro encargaron un carruaje y pusieron rumbo a la plantación. Para Gerlinde aquel plan suponía toda una odisea. Las mujeres aún no habían visto los campos y ella estaba ilusionada.

No obstante, cuando el carruaje ascendió la colina y aparecieron los campos, la joven reaccionó con poca efusividad. Se asomó por la ventanilla, echó un rápido vistazo a la tierra vacía, embarrada por las últimas lluvias, y soltó un breve suspiro.

—¿Qué esperabas hallar, Gerdi? —señaló Franz con una sonrisa—. Te avisaré cuando germine la nueva cosecha. Entonces sí quedarás sorprendida.

—Sí, será mejor que venga entonces. Ahora el paisaje no impresiona en absoluto.

Había elegido un vestido-túnica en color crema, con cintas y volantes que la hacían parecer una tarta con piernas. Había engordado, y su cara brillaba con un

rubor alegre, lo cual, lejos de afearla, hacia juego con sus bucles pelirrojos. En cuanto a Jocelyn, había optado por un vestido encorsetado y tocado de plumas. Gerlinde la observaba entre envidiosa y apenada. Ella también habría preferido llevar corsé, pero su estado, aún secreto para casi todo el mundo, no recomendaba el uso de esa prenda.

Ya próximos a la casa de Von Faulkert, les llegó el sonido de las voces, las risas y la música en el gramófono. La fiesta parecía haber convocado ya a muchos invitados.

Alcanzaron el porche y un criado ayudó a las damas. Tras atravesar el umbral, descubrieron un panorama sorprendente: el salón había quedado liberado de muebles, salvo el destinado al bar, y las paredes, en las que solían estar las telas de colores, tenían ahora pieles de cebra. Entre ellas conversaban unas doce personas, cuyas copas se cuidaban de rellenar varias criadas. En una esquina, el gramófono extendía a Bach y a Beethoven más allá de aquella estancia. Los hombres iban con frac, las damas lucían vestidos parecidos al de Jocelyn. Había allí representantes de lo más selecto de toda el África alemana. Algunos habían llegado del norte, de fortines apostados junto a las orillas del lago Victoria, donde nacían las fuentes del Nilo. Otros venían desde más lejos, de los territorios alemanes en África Occidental. En el centro, Willem estaba rodeado de embajadores, terratenientes y militares de diferente graduación, mientras que sus esposas, cansadas de escuchar siempre las mismas conversaciones, se habían retirado a una esquina para quejarse de sus maridos, de cómo la mosca tse-tse mataba a sus caballos o de los esporádicos ataques de las tribus que no deseaban ser civilizadas.

—¡Al fin! —saludó Willem cuando advirtió la llegada de los hermanos Kast. Se deshizo en excusas ante sus invitados y reclamó la atención de todos dando palmadas—. Damas y caballeros —anunció colocándose entre Bertram y Franz—, les presento a los hermanos Kast, de los que tanto les he hablado. Mi plantación de algodón no sería nada de no ser por su ayuda. Y estas son sus esposas, Jocelyn y Gerlinde. Ellos aparecieron cuando peor me iban los negocios e insuflaron nuevas energías a mi gastado espíritu.

—Eso es imposible —respondió una voz—, tú no tienes espíritu, Willem.

El salón se cubrió de carcajadas, a las que el propio comandante se unió.

—Me temo que no anda muy desencaminado, Von Blumenthal —dijo identificando al causante de la broma—. De cualquier modo, ellos me han ayudado mucho hasta hoy.

Algunos de los presentes alzaron sus copas antes de regresar a sus asuntos.

—Bienvenidos —dijo Willem mirando alternativamente a Franz y Bertram—. Permítanme que les presente a ciertos caballeros. Señoras, ustedes quedan libres

a partir de este momento. Por cierto, el mejor vino lo sirve Langi, esa joven de ahí.

Señaló a la mujer, que caminaba con la cabeza gacha y una bandeja de copas.

—Mi consejo es que no se separen de ella.

El anfitrión empujó a los dos hermanos hasta donde cuatro caballeros bebían, se abrió hueco entre ellos y los introdujo.

—Bertram, Franz, les presento al teniente Harald von Blumenthal y al capitán Naumann, ambos son hombres de gran importancia en el establecimiento de Alemania en tierra africana. También nos acompañan el señor Erick Tarbuch, cazador profesional, y el joven Hopfer, un muchacho avisado que se ha propuesto hacerme la competencia, instalándose como dueño de una plantación algodonera cerca de aquí.

—El *akida* Sefu bin Amri es nuestro verdadero oponente, Willem. Tiene las mejores tierras de cultivo —se defendió Hopfer mientras estrechaba la mano a los recién llegados.

—Muy cierto —reconoció el comandante.

—¿Un *akida*? —le preguntó Franz.

—Así llaman a los terratenientes árabes. Cuando nos hicimos con el control del África Oriental, algunos disfrutaban de propiedades, sobre todo en la costa. Echamos a muchos, pero con otros firmamos algunos acuerdos. Sefu bin Amri tiene tierras cerca de aquí. No son tan extensas como las mías, pero sí más productivas. Su algodón es de mejor calidad. Algún día conseguiré averiguar su secreto.

—Los árabes saben cultivar estas tierras, y nosotros no —intervino Blumenthal—. Ellos llevan más tiempo que nosotros; además, los alemanes no saben lidiar con terrenos tan inclementes como estos.

El teniente alemán era un hombre de gran altura, aunque no corpulento, y prácticamente calvo. Vestía un uniforme perlado de condecoraciones, y observaba a los demás con los ojos entrecerrados, como si le molestara la escasa luz de un atardecer que ya tocaba a su fin. En cuanto a Naumann, un hombre de nariz afilada y ojillos de rata, se encontraba tan borracho que se esforzaba por mantenerse en pie. De los cuatro fue Tarbuch quien pareció estrechar la mano de Bertram con mayor interés. Vestía ajeno a las formas, sin frac, con una camisa, pantalones de caza y un pañuelo sucio alrededor del cuello. Su pelo, peinado a un lado, era de un dorado casi refulgente.

—Me han dicho que aún no ha cazado nada, Bertram.

—No soy aficionado a matar por placer, señor Tarbuch.

—Pues es para lo que vienen muchos europeos a África. Parece ser lo único provechoso en estas tierras. El verdadero empleo del futuro será la caza. Puede

estar seguro.

—¡Bobadas! —sentenció Blumenthal—. La tierra es la tierra. Nuestro problema reside en que no somos capaces de civilizar a los negros. Si me permiten el vaticinio, creo que jamás lo haremos. ¿Qué opina, Willem?

—No soy yo quien debería hablar del tema.

—Usted peleó en la rebelión de los hehe, ¿no es verdad?

—Pero usted y el capitán Naumann domeñaron las tierras de Usambara. De no ser por su arrojo, el ferrocarril de Tanga jamás habría podido trazar su ruta.

—¿Es cierto? —terció Hopfer—. ¿Ustedes dos conquistaron Usambara?

—Bueno, no solo nosotros...

—¡Disparadlos! —dijo Naumann más alto de lo adecuado—. ¡Que los disparen y...!

Concluyó su frase con una palabra ininteligible, alzó la copa y se la bebió de un trago. Algunos invitados se volvieron para mirarlo. Una de las criadas hizo el amago de aproximarse para rellenarle la bebida, pero Willem la despidió con un gesto sutil.

—Estoy cansado. No hay en nosotros una... —Esta vez tampoco se le llegó a entender del todo.

—Como decía, no solo fuimos nosotros —continuó Blumenthal.

—¡Oh, por favor, cuéntenos cómo lo consiguieron! —pidió Hopfer.

—No creo que estos caballeros quieran...

—Ilústrenos, teniente —dijo Franz.

—Sí, ilústrenos —se unió Willem.

—En fin —comenzó Blumenthal—. Imagino que algunos de ustedes ya conocen la región de Usambara. Es una zona ciertamente escarpada. El tránsito por ella resulta algo dificultoso, pero cuando iniciamos el reconocimiento de la tierra ni mucho menos esperábamos encontrar algo semejante a...

Soltó una carcajada. El mismo recuerdo de su narración lo iba animando.

—¡Por Dios Santo! Aquel lugar se hallaba perlado de tribus rivales: masái, chaga, arusa... Las tierras eran tan fértiles que aquellos negros ya se mataban entre sí cuando nosotros llegamos. Se odiaban unos a otros desde quién sabe qué tiempo remoto, de forma que cada maldito poblado había levantado una empalizada de espinos y sisal. Se pueden imaginar la dificultad de nuestro avance en esas condiciones: para apropiarnos una porción de terreno debíamos acometer el asedio contra un poblado lleno de guerreros experimentados. Sí, cierto que no llevaban más que lanzas y escudos, pero protegían sus pequeños dominios con una fiereza inusitada. Había que empeñar muchas energías para echarlos.

—¿Y qué hicieron? —preguntó Hopfer.

—Bueno, las tribus se odiaban desde hacía mucho. Sin embargo, unas fueron más inteligentes que otras. Comprendieron que si pactaban con nosotros conseguirían echar de allí a sus enemigos jurados. A nosotros también nos convenía, porque nos permitía apropiarnos de la tierra y aprovecharla lo antes posible. Así que acordamos una alianza con Marealle y Kinyasi, dos jefes de la tribu kilindi. Gracias a ello acabamos el trabajo en menos tiempo.

—Brillante —señaló Hopper.

—Pero con los nativos no se pueden mantener las mismas formas que con el hombre blanco —añadió el teniente Blumenthal—. Uno no puede esperar que los tratos perduren o la confianza se mantenga. No, con los negros es imposible. Es más que probable que terminen olvidando sus juramentos en el momento que les convenga.

—La cruda realidad —suspiró Willem— es que las colonias hacen perder dinero al Reich. Por eso tenemos que obviar la falta de compromiso de los trabajadores y obligarlos a empeñar más horas en los campos. Si no los forzamos a trabajar más, terminaremos abandonando estas tierras, y entonces los ingleses se nos echarán encima.

—O los portugueses —recordó Blumenthal—. Recuerde que los tenemos al sur.

—Los portugueses no son un problema para Alemania —intervino Franz—. Toda la península Ibérica, a decir verdad. España ni siquiera se ha molestado en conseguir territorios.

—Suficiente tiene con haber perdido las colonias americanas —dijo Willem.

—Jamás se logrará hacer de esta tierra algo rentable —opinó Tarbuch—. Y cuando Alemania termine de comprenderlo, ¿qué piensan que sucederá? Pues que nosotros, los cazadores, nos enriqueceremos. Porque aún habrá quien desee llevar una buena cabeza de búfalo a casa, o decorar su salón con los colmillos de un elefante que él mismo mató. En el África Oriental Inglesa los británicos ya han comprendido que esto puede resultar un negocio muy lucrativo.

A Bertram no le interesaba la caza, ni cuánto costaba civilizar la tierra africana. Ni siquiera prestaba atención a las pérdidas del negocio, información que ya conocía desde hacía tiempo. Se distrajo buscando a su esposa entre los invitados. La halló riendo con otras mujeres, probablemente por algo que Gerlinde hubiera dicho. Se tapaba la boca con objeto de no enseñar los dientes; y descubrir la gracilidad de aquel gesto le agradó. Justo entonces otra figura femenina apareció entre la gente. Bertram desvió la mirada hacia Langi. No había vuelto a verla desde que la siguió al sótano en aquel extraño encuentro con el anciano. Advirtió una marca, apenas perceptible, en su mejilla izquierda. Langi se aproximó con la bandeja de copas, pasando entre los invitados como si

perteneciera a un mundo distinto. Los hombres desviaban los ojos de sus respectivos interlocutores para quedar perdidos entre los dibujos de su *kanga*. Y Langi los ignoraba a todos, para ella eran volutas de humo. Nada.

—¡Bertram! —llamó el comandante. A juzgar por el tono, debía haberle reclamado varias veces.

—¿Sí?

—Decía... —retomó el comandante, y Bertram advirtió que su mirada se separaba durante una fracción de segundo de él, para volar hacia Langi, y que luego regresaba—. Comentaba con los demás caballeros que el pastor Berger visita a Jocelyn de vez en cuando. Parece que entre ambos ha surgido cierta amistad.

—Así es. Últimamente Jocelyn ha estado muy sola. Gerdi llevaba mucho tiempo sin acudir a casa. El pastor lo ha hecho un par de veces.

—Bien... bien —comentó Willem con desgana.

Sus ojos no paraban. Se movían buscando algo en Bertram que parecían no encontrar. Escudriñaba sus manos, los movimientos del cuerpo y cada expresión de su rostro.

—Si me disculpan —reaccionó de pronto, y antes de que nadie respondiera, abandonó el grupo.

—¡Vaya! —dijo Tarbuch—. ¿Qué estaba bebiendo el comandante para excusarse así? Que no me sirvan uno de esos.

—Yo quiero.... —intervino Naumann—, yo... qui...

—Ya es suficiente para usted —recomendó Franz acercándose al capitán y tomándole de las manos para que no alzara un dedo pidiendo otra copa.

Al oír un tintineo, los presentes se volvieron hacia Gerlinde, que daba toquecitos a su copa con una cuchara.

—Hola —comenzó algo tímida—, hola a todos. Me encantaría anunciar un importante acontecimiento, y no encuentro un instante mejor que este. Franz...

Extendió un brazo hacia su marido. Los invitados se abrieron formando un pasillo entre los dos.

—Franz, quería decirte que estoy embarazada. Vas a ser padre.

Los asistentes elevaron un murmullo de alegría. Algunos aplaudieron, pero Franz solo dejó ver una comedida sonrisa. Bertram observó que su hermano, en otro tiempo un joven vivaz, se mostraba demasiado parco en sus reacciones. Era como si no le hubiera sorprendido la noticia. Como si ya supiera...

—¿Qué te parece, cariño? —preguntó Gerlinde.

De no ser porque lo desaconsejaban las formas, se habría arrojado a los brazos de su marido. Apenas era capaz de contener el impulso y daba pequeños saltitos sin moverse de sitio.

—Es una noticia maravillosa —respondió Franz, rodeado de un bisbiseo de felicitaciones—. En cuanto me sea posible, ordenaré tu regreso a Baviera. Allí tendrás a nuestro hijo.

Gerlinde no dijo nada pero su rostro, encendido por los arreboles, empalideció hasta tornarse enfermizo. Jocelyn, que se hallaba cerca, la tomó de la mano. El resto de invitados percibió aquella reacción, porque callaron las enhorabuenas de los hombres y los murmullos de las mujeres. En cuanto a Bertram, creía observar a un extraño entre las facciones de su hermano pequeño. Sintió ira por el comandante. Había pervertido a Franz de un modo aborrecible.

—De acuerdo —susurró Gerlinde—. Como quieras, cariño.

—Eso es —afirmó Franz y dio la espalda a su esposa con intención de reanudar la conversación anterior.

Los demás lo imitaron, pero Bertram, tras ver cómo Jocelyn se llevaba a Gerlinde como si acarreará a una enferma, notó que le faltaba el aire. Necesitaba salir de allí y gritar. Apuñaló a Franz con sus ojos castaños cuando este intentó dirigirle la palabra, y tras ver cómo su hermano se amedrentaba, dio media vuelta y se alejó sin importarle chocar con los invitados. Alcanzó el porche, miró a izquierda y derecha, y luego aguzó la vista hacia los campos. Allí descubrió dos sombras, cerca de las colinas, en una zona arbolada. Se aproximó pisoteando las plantas. Las dos sombras se separaron; una de ellas desapareció entre la espesura; Bertram se dio media vuelta cuando escuchó su nombre.

—¿Qué está haciendo con mi hermano, comandante? —dijo con los dientes apretados.

Se detuvo a tan corta distancia que Willem fue capaz de percibir su aliento.

—No comprendo a qué se refiere —el comandante intentaba resolver el conflicto; con voz armoniosa, pero a la vez grave.

—Franz ya no piensa ni habla de la misma manera. Deseaba ponerlo de su parte, valiéndose del respeto que le tiene. Pero le ha convertido en un monstruo, igual que usted.

—Cuide sus afirmaciones, Bertram. Estoy haciendo mi trabajo en esta tierra. Cuido de que la plantación salga adelante, que el algodón llegue a Alemania y que mis superiores estén contentos.

—Y para ello es capaz de cualquier cosa. He oído rumores sobre sus métodos.

—No me amenace.

Willem parecía más alto. El tono de su voz sonaba a ultimátum, pese a no transmitir ni un atisbo de tensión.

—¿Cree que le temo? —dijo Bertram.

—¿Cree que le temo yo a usted?

Callaron los dos, dejándose tiempo para estudiarse. Se medían interiormente.

Bertram respiraba agitado. Su espíritu le gritaba que dejara escapar al tigre, allí, en mitad de los campos, al abrigo de las sombras. Por alguna razón presentía que no había otro modo de salvar a su hermano. Solo una pizca de sentido común lo retuvo, quizás el recuerdo de las advertencias de Volkmer. Entonces oyó a Jocelyn. Lo llamaba desde el porche.

—Enseguida voy —respondió desviando un poco la cabeza.

—¿Ya se marchan? —parecía calmado, pero Willem continuaba en guardia.

—Eso parece.

—Que descansen.

Bertram se alejó. En el porche, Jocelyn, Gerlinde y Franz esperaban a que apareciera su coche. Su cuñada daba muestras de hallarse abatida.

Gerlinde se marchó un día nublado. Las olas rompían contra los pilares de los embarcaderos y dejaban nubes de espuma amarillenta. La muchacha salió de su casa seguida por nativos que cargaban sus maletas. Con ella iban Jocelyn y Bertram, mientras que Franz cerraba la marcha y transitaba ausente, como si fuera de paseo a ninguna parte.

Cuando llegaron al puerto, Gerlinde caminó decidida hasta el barco que había de conducirla a Dar es-Salam, y de allí a Alemania. A dos metros de la rampa, se volvió de golpe y comenzó a jadear. Parpadeaba nerviosa, como si pretendiera reprimir las lágrimas, pero al reparar en Jocelyn no pudo contenerse. Dejó caer el pequeño bolso que llevaba y corrió a los brazos de esta, pasando por entre los porteadores.

—Voy a estar bien, no te preocupes —dijo entre lágrimas antes de que Jocelyn manifestara nada—. Sé que lo pasarás mal en mi ausencia, y hasta sentirás deseos de hacer las maletas y regresar. Pero has de ser fuerte. Te prometo que te escribiré cada semana, y cuando dé a luz, regresaré para verte.

Jocelyn quiso responder, pero se lo impidió un enorme nudo en la garganta. Recordó el día de su viaje en tren, cuando daba comienzo la aventura de vivir en un país extranjero, y sonrió. Jamás lo habría previsto, pero sentía amor por la pequeña Gerlinde. Sí, iba a echarla mucho de menos.

—Además —añadió la esposa de Franz—, voy a revelarte un secreto. Úsalo cuando estés triste, cuando pienses que nada será capaz de aliviar tu día. Entonces reirás.

—Me hace falta ahora.

—Pues en ese caso, no tienes más que imaginarme disfrazada con la piel de un león, justo como te dije que haría. Piensa en mí correteando por la casa para animar a Franz, rugiendo y saltando de un mueble a otro.

Ambas rieron.

—Gerdi, no te marches. Te necesito.

—Regresaré antes de que te hayas dado cuenta, y volveremos a pasear entre

los aromas del bazar; probando té e imaginando que somos princesas árabes. Tienes mi palabra.

Se soltaron. Ambas lloraban; Gerlinde advirtió que un metro detrás de Jocelyn Bertram la observaba de un modo que jamás había visto. Su intensa mirada se había transformado, o quizás había menguado hasta desaparecer, porque en ella no había sino amargura. Su cuñado parecía rogarle que desobedeciera, se rebelara, soltara sus maletas y se quedara donde prefiriera vivir: junto a Franz o al lado de Jocelyn, lo mismo daba, pero que ante todo fuera decisión suya. Gerlinde percibió todo eso, o creyó percibirlo, y buscó a Franz. Su marido aguardaba impasible. No demostraba alegría, pero tampoco pena por su marcha. No lo había hecho desde la noche de la fiesta, y ahora tampoco parecía dispuesto a manifestar nada. Entonces Gerlinde comprendió que Franz no la amaba. Tal vez sí sintió algo en el pasado, cuando las nieves de Baviera arrojaban sus sentimientos. Pero ahora, concentrado en la plantación y en los dictámenes de Willem von Faulkert, había desaparecido de él todo rastro de afecto. Ya no tenía sentido quedarse por él. Habría permanecido por Jocelyn, eso seguro, pero el rechazo en el rostro inexpresivo de Franz tenía la fuerza suficiente como para alejarla de África. Por eso Gerlinde suspiró hondo, se concentró una última vez en su cuñada y, esforzándose en mostrar una sonrisa sincera, se despidió con un adiós subido de tono, tan exageradamente animado como era frecuente en su voz. Luego dio media vuelta, ascendió la rampa y, sin mirar atrás, desapareció.

Jocelyn fue la primera en entrar en casa. Por alguna extraña razón, y aunque Gerdi nunca había vivido en ella, le pareció que se hallaba solitaria, desprovista de algo esencial. Bertram esperó para despedirse de Franz.

—Vuelvo a la plantación, hermano —dijo este sin demostrar la más mínima afición.

—No esperaba que Willem te necesitara hoy.

—Siempre me necesita. Hemos perdido dinero con la última recolección. Hay que buscar alternativas. Pensaremos en ellas.

—¿Ni siquiera vas a concederte unos instantes para lamentar la partida de tu esposa?

Las cejas de Franz temblaron. El muchacho dudaba, Bertram lo sabía.

—Hermano, ¿qué te sucede? —quiso saber adelantándose un paso y procurando no resultar enérgico—. ¿Por qué el comandante ha conseguido hasta semejante punto tu admiración? No te dejes influir por él.

—Crees que es una mala persona, Bertram, pero te equivocas. Willem solo se preocupa por su deber, que es sacar algo de provecho de la tierra. Vela por la salud de nuestro país. Tú deberías hacer lo mismo.

—¿Y cómo trata a los nativos? Vi cómo sus *askaris* sacaban a un hombre de su casa a rastras y lo obligaban a regresar a los campos.

—¿Acaso hay voces en nuestro Gobierno que critiquen sus actuaciones? El comandante es admirado en todos los sectores. De no ser por él, los negros no irían a trabajar.

—Solo te advierto, Franz, para que tengas cuidado. Has cambiado desde que llegaste aquí. Ya... ya no eres el mismo.

—Procuro ser responsable. Algo que tú parece haber olvidado. ¿Cuándo decidiste ignorar tus compromisos con la plantación?

—¿Qué importa? ¿Acaso no hemos perdido ya todo nuestro dinero?

Esta vez el tono de Bertram había sonado tajante. Franz apretó los labios.

—Si es así, tal vez consideres adecuado regresar a Baviera.

Franz no aguardó la respuesta de su hermano. Se alejó a paso vivo, cruzando una calle sobre la que comenzaban a caer las primeras gotas de la próxima tormenta. Bertram observó cómo desaparecía tras una esquina. Cerró la puerta despacio, y antes de escuchar el chasquido del pestillo algo lo detuvo. Habían llamado. Cuando volvió a abrir, no esperaba encontrar a la persona que aguardaba en la calle.

Langi saludó extendiendo una nota que Bertram leyó. Estaba lacrada con el sello personal del comandante.

Bertram:

No sabe cuánto lamento nuestra discusión durante la noche de la fiesta. En lo que a mí se refiere, creo que bebí más de lo recomendable y afloró cierto aspecto de una personalidad que desearía no presentar, pero que en aquel instante no me fue posible mantener oculta. Ruego que acepte mis más sinceras disculpas.

Es mi deseo prestarle los servicios de Langi por unos días, al menos hasta que Jocelyn se acostumbre a la vida sin Gerdi. Es tan buena o quizás mejor que cualquier otra criada, pero a diferencia de estas, Langi habla un alemán exquisito. Creo que sabrá dar a su esposa la conversación que tanto echará de menos. Acéptela como mi más preciado regalo, no me desharía de ella si no creyera que es necesario para nuestra amistad.

Afectuosamente,

WILLEM VON FAUKHERT

Dobló el papel y lo guardó en el interior de su camisa.

—¿Hablas alemán?

—Así es —Langi respondió con un hilo de voz suave, algo ronca, y con un acento casi perfecto.

—¿Cómo lo has aprendido tan bien?

—Me enseñaron desde pequeña... y soy inteligente.

Hizo aquella afirmación elevando el rostro para encarar a Bertram. Este sintió

una punzada en el centro del pecho. ¿Qué pretendía Willem enviándosela? ¿Espiarlo? ¿Seducirlo? La punzada llevaba un mensaje implícito, una advertencia: debía rechazar aquel favor, escribir otra nota y mandar a Langi de vuelta a los campos. Pero se debatió con otra idea: Jocelyn, cuyo piano no había llegado aún, y la partida de Gerlinde podría resultar perjudicial para su delicado estado de salud. Quizás sí había algo de cierto en la nota de Willem, y era que Langi podría contrarrestar la soledad de su esposa; al menos hasta que tuviera el piano.

—¿Por qué te envía Willem? —quiso saber, aún receloso.

—Para ayudar en la casa y hablar con su esposa.

—¿Nada más?

—Nada más.

Bertram contuvo el aliento. No quería aceptarla; podía detectar en todo ello una malévola estrategia, y a pesar de ello...

—Está bien. Pasa.

Jocelyn reposó la carta de Gerlinde contra su pecho. Era la primera que recibía. Su cuñada se la había mandado desde El Cairo para contarle lo mucho que la echaba de menos y las ganas que tenía de regresar al cálido hogar de Kilwa. Admitía que África, de alguna manera, había llegado a engatusarla con su belleza. El puerto a media tarde, el graznido de los milanos, la visión de las colinas, doradas antes de la época de lluvias, y de un verde sobrecogedor después..., esos recuerdos le causaban una añoranza difícil de soportar. Por ello, Gerlinde explicaba que todas las tardes paseaba a lo largo de la baranda de babor contemplando la costa del continente e imaginando qué tierras maravillosas escondía, aquellas que habían inspirado a tantos exploradores en su búsqueda por descubrir un paraíso que, en gran medida, aún continuaba libre de toda influencia civilizadora.

Las letras de la misiva de Gerlinde desfilaban aún por la cabeza de Jocelyn; y cuando las recordaba, no podía evitar que la risa de la muchacha se colara en sus recuerdos. Se sentó frente al buró de su alcoba, tomó la pluma, la mojó en el tintero y se dispuso a responder:

Querida Gerdi:

Tu carta ha animado un día anodino. Hoy me ha llegado correo diverso: junto a la tuya, he recibido una nota de Bertram, que otra vez se ha marchado de viaje. También guardo una misiva enviada desde Baviera. ¿Me perdonarás si te confieso que he decidido abrir primero las noticias de mi marido?

Bertram me cuenta que continúa en Dar es-Salam. Marchó a la capital hace más de una semana, buscando invertir parte de nuestro dinero en un negocio distinto al algodón. Cree que todo lo que le legó su padre está dilapidándose con la mala gestión del comandante, y pretende salvar cuanto pueda antes de que quedemos arruinados. ¡Oh, Gerdi! Pensé que habría viajado para ir en busca de mi piano, pero esta vez sé que no es así. Bertram pretende alejarse de mí, como si su amor, si es que alguna vez llegó a sentir algo parecido a ese sentimiento, hubiera terminado de extinguirse. Ahora sé que lo he perdido, lo mismo que tú sientes sobre Franz. ¿Qué nos ha sucedido, Gerdi? Quizás esta tierra, que con tanta añoranza describes, ha robado el corazón de nuestros esposos. Siento que no puedo hacer nada por recuperar a Bertram, no sin el piano, y cada día que paso sin tocar mi marido se aleja. Llegará un punto en el que tal vez reciba una carta de despedida firmada de su puño y letra, y así se marche para no regresar jamás. ¿Alguna vez sintió algo por mí? Desearía conocer la verdad, y al mismo tiempo me horroriza saberla, porque yo sí lo amo, Gerdi. Lo amo con todas mis fuerzas, ya

lo sabes. Creo que no soportaría experimentar su rechazo.

Disculpa que me desahogue de esta forma. Los días aquí se vuelven cada vez más carentes de emoción. Pasó la temporada de lluvias, y de nuevo la tierra vuelve a secarse bajo un sol inclemente, de un fulgor que apenas permite abrir los ojos.

El pastor Rudolf Berger no ha vuelto tras sus dos primeras visitas. Me envió una nota con sus disculpas, alegando que tenía «asuntos graves de los que ocuparse». Desde entonces no he sabido nada más de él.

Willem nos envió a una de sus criadas, Langi. Habla muy bien el alemán, pero se muestra fría y distante. Sé que nos odia; no solo a Bertram y a mí, sino a todos los alemanes. He intentado mantener una conversación con ella, pero responde con brevedad y sin ánimo. ¡Cuánto echo de menos tus locuras! Ojalá puedas volver pronto.

De Franz sé poco. Apenas regresa a la casa de Kilwa. Pasa las noches en la plantación con el comandante y el pastor. Presiento que Bertram intentará una acción desesperada para recuperarlo. Temo ese instante, porque conozco su carácter y sé de lo que es capaz. Sin la música aflora en él lo más oscuro de su personalidad, un impulso bajo el que no le importará cometer una locura. Espero de todo corazón estar equivocada.

¡Te echo tanto de menos! Incluso he pensado en viajar; sí: hacer las maletas y tomar un barco a Alemania. Durante las noches me ilusiono con esta idea, y me veo acompañándote durante el embarazo y viendo cómo nace tu hijo. Nada me haría más ilusión que eso, Gerdi. Pero me retiene el amor, el mismo sentimiento que me impulsó a venir aquí sin interponer excusas. No me quejé cuando me propuso abandonar nuestro país, y no deseo quejarme ahora, porque me duele hacerlo. Mantengo la esperanza de que él sienta lo mismo por mí, aunque sea incapaz de manifestarlo de la misma manera. Así lo creo, pues cuando tocaba y Bertram estaba cerca, entonces, querida Gerdi, veía que en realidad mi marido era un buen hombre.

Espero impaciente tu próxima carta. Imagino que será ya desde Baviera. Háblame de todos y descríbeme la ciudad.

Con todo el amor de mi corazón,

JOCELYN
28 de junio de 1905

Introdujo la carta en un sobre y la guardó en uno de los cajoncitos del buró. Luego se ocupó del correo que llegaba de Baviera. Antes no se había fijado en el remitente y la sorprendió ver que se trataba de su médico, el doctor Gerhard Felleman. Jocelyn le había enviado dos cartas para mantenerle informado acerca de su salud. Se había mostrado tranquilizadora y hasta entonces no había recibido respuesta. Tomó el abrecartas y rasgó el sobre. El interior era una pequeña nota escrita con letra temblorosa. Había manchas de tinta y otros descuidos, lo que dejaba claro cuán de prisa se había redactado.

Queridísima Jocelyn:

Siento que con estas letras fallo a la palabra de un caballero, pero también sé que libero mi alma para toda la eternidad. Durante mucho tiempo he estado guardándome un secreto que me ha destrozado. Pero al final mis desvelos me han llevado a hacer lo correcto. Lo sé.

Debo confesarle que, días antes de su partida, advertí encarecidamente a Bertram para que no se la llevara consigo. Le dije que el viaje y la estancia en África podrían resultar muy perjudiciales para su salud. Pese a todo, él decidió continuar.

Es egoísta, Jocelyn, hasta un punto difícil de asimilar. Deseaba no partir solo, aun a riesgo de su vida, con el único objeto de dormir acompañado mientras su verdadero interés se centraba en

proteger el dinero de su herencia. Usted no le importa.

Sé el efecto que estas palabras pueden tener, pero no me es posible confesarlas con delicadeza. Le suplico que abandone África cuando le sea posible, que se separe de un hombre tan codicioso y malvado, y que regrese a su hogar en Alemania. No se preocupe por los gastos ni por la estancia. Yo me ocuparé de que no le falte nada. Es lo menos que puedo hacer para enmendar tantos meses de silencio.

Su amigo,

GERHARD

La carta cayó de sus manos. Jocelyn sintió que respiraba con dificultad. Rompió a llorar, pero se detuvo cuando el pecho comenzó a dolerle con intensidad. Miró hacia la puerta. Debía levantarse, caminar hasta ella y conseguir abrirla para que Mufid pudiera escuchar su voz de auxilio, pero las fuerzas la abandonaban. Apretó los dientes, se aferró al buró y logró ponerse en pie. Paso a paso, fue acortando distancias. La vista se le nublabá, y tampoco era capaz ya de escuchar los sonidos que se colaban a través del balcón. Estaba a punto de perder el conocimiento.

Se tropezó y cayó de bruces. Notó un dolor lacerante en el rostro, y luego una sensación cálida. Sangre. Sangraba por la nariz, o tal vez por la boca. Alargó los brazos y comenzó a arrastrarse. Una miriada de puntos argénteos llenó su campo de visión, y la puerta, que tenía a poco más de un metro, fue marchitándose hasta desaparecer. Sin embargo, sus manos y sus brazos aún le respondían, y pese a que el corazón le dolía con cada pálpito, logró aferrar el pomo, girarlo y entreabrir la hoja.

Las criadas escucharon los gritos de socorro y avisaron al médico. Jocelyn percibió una sombra ascendiendo por las escaleras. Musitó un ruego, pero la sombra no respondió. Se quedó parada a escasos centímetros y luego se acuclilló. Entonces Jocelyn vio que no se trataba de Mufid, sino de Langi. La criada observó su agonía con aquel rostro distante, insensible. Después todo se volvió negro.

El sanatorio de Kilwa era uno de los pocos edificios que pasaban de las dos plantas. A diferencia de los demás, no tenía una fachada con soportal, ni balconadas en los pisos superiores. Cada habitación disponía de una amplia ventana para ventilarse, y en el interior los enfermos podían pasear por un claustro ajardinado, en cuyos muros crecían las buganvillas, y las plantas de sisal delimitaban los caminos de tierra. Solo enfermos europeos podían recibir atenciones médicas en él, y quizás por esa razón no había demasiados pacientes, ni demasiados médicos: uno para todos los ingresados, al que ayudaban algunos misioneros protestantes y monjas católicas, pues dentro de aquel edificio las diferencias religiosas no tenían lugar.

—Se recuperará, pero se halla muy débil —le dijo el doctor a Bertram; era un hombre anciano, pero que parecía más que capaz de realizar su trabajo.

Bertram aún jadeaba, por lo que no fue capaz de responder de inmediato. Un telegrama urgente le avisó en Dar es-Salam de que su esposa había caído enferma. Lo había enviado Mufid, que ya controlaba el suficiente alemán como para comunicarse por escrito. De inmediato, Bertram se subió a un barco rumbo al sur. La travesía le llevó varios días, en los que no pudo dormir. Al desembarcar en Kilwa, ni siquiera se tomó tiempo para llamar un *rickshaw*; se lanzó a la carrera, a pesar de que el sanatorio quedaba lejos del puerto. Cruzó calles y plazas y entró en el edificio como un perturbado, llamando a su esposa a gritos. Por fortuna, el médico supo calmarlo.

—Podrá regresar a su casa en unos días.

—Tenemos nuestro propio médico —informó Bertram pasándose una mano por la frente.

—Eso me ha dicho, pero me gustaría tenerla aquí unos días más para observar su evolución. Por cierto, señor Kast... —Observó a su interlocutor unos segundos. Bertram supo que buscaba medir sus palabras—. ¿Es usted consciente del estado de salud de su mujer?

—Sí.

—¿Tiene idea de lo alarmante que me resulta escuchar eso? ¿Cómo se ha atrevido a hacer un viaje tan...?

—Quiero ver a mi mujer, ¿en qué habitación se encuentra?

—En la número cuatro.

De unas pocas zancadas Bertram alcanzó la habitación, pero no se atrevió a pasar. Una fuerza se lo impidió, una especie de muro invisible, alzado en el mismo instante en el que vio a Jocelyn sobre la cama. Parecía más frágil que nunca. Había perdido peso y color en las mejillas; las sábanas dejaban ver un cuerpo castigado, no solo por el dolor, sino por una pena que se hacía visible a través de sus ojos. Cuando ella advirtió la presencia de su marido, se echó a llorar.

—Jocelyn... —susurró este, incapaz aún de acercarse.

—¿Por qué me has mentado? —preguntó con una hebra de voz casi inaudible—. Sabías que este viaje acabaría con mi vida.

—Jocelyn, yo...

—¿Qué has antepuesto a mi salud, Bertram? ¿El dinero de tu padre? ¿Cuidar de tu hermano?

—Te necesitaba conmigo.

—¿Cuán egoísta ha sido tu alma, que no te ha importado sacrificar mi vida para satisfacer la tuya?

—Jamás te haría daño.

—¡¿Cómo creerte?! —chilló Jocelyn mientras su índice señalaba la carta del doctor Felleman, que descansaba a los pies de la cama, en una mesita—. No, ya no confío en ti. Aguardaba esperanzada el instante en el cual tu alma se deshiciera de la coraza que la aprisiona, para que de una vez me mostraras tu humanidad. Aunque no estuvieras dispuesto a compartirla con nadie, creí que al menos yo conseguiría verla mediante mi cariño y todo aquello que no he podido negarte; pero ahora entiendo que es imposible. No hay un rastro de bondad que hallar; ni siquiera la música puede sacártelo. Márchate, te lo ordeno. No vuelvas a esta habitación jamás.

—No, por favor, Jocelyn.

—¡Márchate! ¡Márchate! ¡Márchate!

Continuó gritando hasta que acudieron las monjas. Dos de ellas se encargaron de echar a Bertram.

—Tiene que irse —le dijo una religiosa de rostro severo—. Su presencia no la ayuda a recuperarse.

Y aquella sentencia penetró como una aguja en el centro de su pecho; un dolor agudo y constante. Apretó los dientes, cerró los puños y bajó al claustro corriendo, sin importarle a quién empujaba para que se apartara de su camino.

Llegó a la calle y miró a todas partes, fuera de sus cabales, buscando algún medio para mitigar al tigre.

No lo consiguió.

Bertram deambuló toda la tarde; primero a la carrera, y luego, ya cansado, más despacio. Se dejó arrastrar por los callejones, donde dio salida a unos alaridos vesánicos y golpeó puertas y muros hasta que le sangraron los nudillos. Al caer la tarde, puso rumbo al puerto y entró en las peores fondas. Bebió hasta hartarse y se peleó con el primer hombre que se cruzó en su camino. De madrugada, apestando a vómito, sudor y aguardiente, con la camisa rasgada y fuera de los pantalones, se tambaleó hasta casa y abrió la puerta de una patada. El pestillo saltó con un crujido.

—¡Maldita sea mi alma ruin! ¡La aborrezco! —vociferó a las sombras.

Le respondieron los gritos de alarma de las criadas, que se asomaron desde la planta baja.

—¡Fuera! —les gritó.

Y como estaban paralizadas de miedo, Bertram caminó hasta el salón, tomó una de las sillas y la estrelló contra una ventana. Entonces las criadas reaccionaron, escapando a todo correr.

—¡Todos fuera de mi casa!

Tomaba cuanta pieza de mobiliario hallaba su mirada enrojecida y la arrojaba por los aires, o la destrozaba a golpes. Lanzó las sillas contra las paredes o las ventanas, pateó la mesa una y otra vez hasta despiezarla, rajó los cuadros y machacó los espejos.

Mufid se asomó desde el recibidor.

—*Bwana*, cálmese...

Pero Bertram lo enfrentó con una mirada en la que ardía una cólera insaciable, y tan poderosa que Mufid sintió que su vida corría peligro, así que también se marchó. Aun desde la calle, el anciano doctor árabe pudo escuchar los rugidos de aquel hombre y cómo seguía destrozándolo todo. Las criadas también se habían parado allí. Se llevaban las manos a la cabeza y se tambaleaban adelante y atrás, demasiado asustadas para hacer otra cosa. Algunos vecinos se asomaron a las contraventanas, pero ninguno reunió el valor suficiente para salir, y mucho menos para intentar detener al causante de semejante alboroto.

Media hora después, Bertram se calmó. A su alrededor todo había quedado destruido; y no solo en el salón. Había dado salida a su ira en el recibidor, y después pasó a la cocina; en esta lo detuvieron las botellas de vino. Creyendo que aún no estaba lo bastante ebrio, volvió al salón, se dejó caer contra una de las paredes y continuó bebiendo rodeado de astillas, cristales, trozos de cerámica

y telas rasgadas; y también restos de su propia sangre, pues se había provocado sin querer varias heridas que ahora comenzaban a escocerle y que teñían sus ropas destrozadas y sucias.

Solo entonces escuchó que alguien descendía de la primera planta. Caminaba despacio, como si no pretendiera hacer ruido.

—¡Fuera! —gritó.

Y entonces apareció Langi. Se quedó parada frente a él, observándolo con la altivez de una diosa. Su pelo negro caía ondulado sobre los hombros y escondía la turgencia de los pechos; pero el *kanga* permitía adivinar la curvatura de las caderas y el perfil de los muslos hasta que, más abajo, se mostraban los pies descalzos, decorados con pulseras.

—Quiero estar solo —dijo Bertram haciendo un aspaviento.

Langi no se movió. Él se sintió incapaz de apartar su mirada de aquella figura mística a la par que tentadora. Aquella mujer provocaba una atracción sobrenatural, y Bertram se supo embriagado por ella. Por eso la había dejado vivir en su casa: un deseo prohibido se lo había sugerido; la intención de verla, de tenerla cerca. No había planeado nada, pero sus instintos lo habían conducido a tomar esa decisión. Frente a ella sentía un palpito dulce, cada vez más deleitoso, que le impedía echarla de su casa. Y, de algún modo, Langi también conocía aquel sentimiento.

—¿Por qué aceptaste venir? —dijo él.

—Willem me lo ordenó. Obedecí.

El terciopelo de su voz causó en Bertram un escalofrío. Se puso en pie.

—Pero tú...

—Sé lo que quiere.

El aire entraba en los pulmones de Bertram ocasionándole una corriente eléctrica. Avanzó unos pasos.

—El comandante tiene un plan para todo esto, ¿verdad?

—No importa lo que el comandante quiera. ¿Qué desea usted?

—¿Yo...?

Fue hasta Langi y sin pensárselo dos veces la tomó de los hombros. Su piel era tersa; invitaba a las caricias y los besos, a dejarse llevar por sus encantos. Aproximó el rostro; la mujer le dedicó su mirada fría y morbosa, y entreabrió sus labios, mostrando dos hileras de dientes perfectos y el ápice rosado de la lengua. Bertram percibía su olor. Willem le había tendido una trampa y él se había dejado tentar. Pero lo más horrible era que no le importaba. Langi era capaz de hipnotizarlo de tal modo que todas las consecuencias se esfumaban. Entreabrió los labios, dispuesto a besarla.

Pero se detuvo.

Y no fue porque entrara en razón y comprendiera que el comandante buscaba dominarlo a cualquier coste. Revivió su intento por mitigar su culpa con el alcohol, las peleas en los muelles y el destrozo de toda su casa. Aquel instante, frente a Langi, era la culminación de sus peores faltas; pero la imagen de Jocelyn le impidió continuar. La vio de nuevo tendida en la cama del sanatorio, con el espíritu aniquilado por la pena. Se sintió tan sucio y tan cruel que, parpadeando como si hubiera quedado libre de algún hechizo, apartó a Langi.

—Jamás lo haría.

Langi lo miró desconcertada. Estaba claro que no esperaba aquel desenlace.

—Abandona esta casa. Puedes coger mi caballo, si sabes montar. Regresa a los campos.

Contrariada, la criada permaneció unos instantes sin moverse, después lanzó a Bertram una de sus miradas de hielo y salió. Él oyó cómo escapaba a galope. La siguió con la vista desde la puerta, donde advirtió que Mufid y las dos criadas aún esperaban. Langi cabalgaba en dirección noreste hacia la ruta que conducía a la plantación. Había llegado el momento de arreglar las cosas, de recuperar a Franz a cualquier coste, sin tener en cuenta estrategias ni actuaciones con cautela.

Era noche cerrada en la plantación de Matumbi. Hacía rato que en la casa de Willem von Faukhert había cesado la música. El disco giraba en el gramófono, emitiendo un ruido sordo, muy por debajo de las voces de los tres hombres que reían, fumaban y tomaban vino rodeados por varias criadas, que les servían a un chasquido de dedos.

—Puede decir lo que quiera, comandante —reía el pastor, que se abanicaba con una especie de paipái, mucho más efectivo que sus gafas—, pero yo me atrevería a iniciar la escalada del Kilimanjaro si con eso obtuviera su respeto.

—¡Por favor, Berger! —Willem soltó una carcajada y se palmeó las rodillas—. Usted no sería capaz de ascender ni doscientos metros antes de caer rodando por la ladera.

Franz, que se sentaba a su lado, también se unió a las risas.

—Lo haría si me lo propusiera. Estoy convencido de que no es tan complicado. Se lo demostraría a los dos.

—Los masáis lo cazarían como a uno de esos facóqueros. —Willem se secaba las lágrimas—. Todavía andan por esas tierras. Ensartarían su cuerpo y lo guisarían, lo mismo que hacen con los pobres blancos en una de esas historias sobre Allan Quatermain. ¿No es eso lo que sucede en esos libros, Franz?

Volvieron a estallar en risotadas. Berger estaba ofendido.

—¡Por favor, comandante!

—Disculpe —dijo Willem esforzándose por recuperar el aliento—. Lo siento, pastor. No pretendía ofenderle. Estoy seguro de que su ánimo le permitiría llegar muy alto, puede que incluso pisara la nieve. Pero de ahí a hacer cumbre hay una diferencia.

Berger hizo una mueca de conformismo y añadió dirigiéndose a Franz:

—Joven, ¿sabe quiénes descubrieron el Kilimanjaro? Fueron misioneros alemanes: Johannes Rebmann y Ludwig Krapf. Al comandante le duele admitirlo, pero siempre, antes de que lleguen los colonos y los soldados, son los misioneros quienes se abren paso en las nuevas tierras. La evangelización es el

mayor impulso que puede albergar el corazón de un hombre. El deseo por que sus semejantes conozcan a Cristo, tal y como Él mismo indicó a los apóstoles.

—¡Falso! —saltó Willem—. No quiero importunarle, pastor. Sé que su amor por Dios es tan fuerte que le permitiría escalar montañas, pero el mayor impulso que mueve a un hombre es el odio.

—¡Qué barbaridad! —se escandalizó Berger.

—¿El odio dice? —intervino Franz vocalizando con el esfuerzo patente de quien comienza a sentirse ebrio.

—El odio es el impulso más fuerte —reiteró Willem—. Puede llevar a un hombre a perder todo rasgo que lo caracteriza. Lo convierte en un monstruo insaciable, carente de sentimientos; hasta tales cotas llega que la muerte y la vida nada significan. Son lo mismo para él, de tal modo que es capaz de hundir un cuchillo en su mejor amigo, o incluso en un familiar. El odio mueve las guerras, y no hablo de los intereses de cada país, sino el que se siembra en el corazón de sus soldados, para que en el momento de hallarse frente al enemigo no duden. Ese es el verdadero impulso humano, querido Franz. Si maneja el odio, puede conseguir todo lo que se proponga.

—¿Y usted es capaz de manejarlo? —dijo el joven con los ojos muy abiertos, admirado.

—Llega un instante en que, cuando te acostumbras a él, el odio forma parte de tu vida. Entonces te alimentas de odio sin percibirlo, porque te enfurece la existencia misma. Y así uno llega a comprender cómo todo carece de importancia real. ¿Qué significan nuestras decisiones? ¿O nuestras vidas? Son un vacío, granos de arena en mitad de un universo plagado de odio. Fíjese en los negros. ¿Acaso no nos odian? Puedo garantizárselo. Desean nuestra muerte cada vez que son forzados a obedecer una orden. Pero no hay nada que más me agrade que sentirlo, porque cuando les prohibimos trabajar sus tierras, cuando ignoramos a los débiles y los enfermos o cuando los castigamos, crece su odio, comen y beben de él, y así es como continúan vivos. El odio otorga la vida.

—Increíble... —susurró Franz.

—Vamos, comandante —intervino Berger—. ¿Y qué hay del amor? ¿No es una fuerza tan poderosa como el odio?

—¿El amor? —respondió Willem con actitud burlona—. El amor en un hombre no debe existir; lo hace débil. No, en nosotros el amor debe eliminarse.

Llamaron a la puerta, una de las sirvientas fue a abrir. Al poco, Langi se presentó ante ellos.

—¿Qué haces tú aquí? —inquirió el comandante.

—Bertram me ha echado de su casa.

—Eso sí que no me lo esperaba. —La estudió de arriba abajo durante unos

segundos, y añadió volviéndose a Franz—: ¿Ve? He aquí la prueba de lo que le digo. Langi es mi mejor criada. Ayuda en todo lo que le ordeno y jamás he visto en ella una actitud desaprobatoria. No importa lo que se le pida, ni cuánto la castigue. Eso es porque Langi ha eliminado todo el amor de su cuerpo. Fíjese en ella, ahora solo es odio, y el odio la vuelve aún más hermosa. —Entrecerró los ojos, concentrándose en la mirada valiente de la mujer—. Acabaría con nosotros en este salón si le fuera posible. Lo desea, lo desea con todas sus fuerzas. ¿Lo ve, Franz? Sobre todo le quiere a usted. Usted acabó con Kimbele, lo mató a patadas.

—Así es —respondió. Quiso encarar a Langi, pero solo detectarla por el rabillo del ojo lo obligó a desistir, de modo que desvió su atención al pastor.

Berger había mudado su rostro, ahora contemplaba la escena con expresión compungida. Había dejado de abanicarse.

—Observe, Franz —insistió el comandante.

Este no tuvo más remedio que obedecer. Langi lo contemplaba recostado en su asiento, desde una altura que parecía mucho mayor que la real.

—Es poderosa gracias a su odio. Fuerte y bella al mismo tiempo, porque la impulsa la mayor de todas las potencias. Dígame, Franz, ¿no la desea? Responda con sinceridad.

—Sí.

—Su cuerpo es como un santuario; casi pareciera que ninguno somos dignos de tocarla. Pero podemos. ¿Querría hacerlo, Franz?

Este desvió la mirada, dudoso, pero el comandante le clavaba unos ojos penetrantes.

—Responda.

—Sí.

—Es suya. Puede tomarla si lo desea. Es su amo. Hará todo lo que le pida. ¿Quiere una prueba? —Se volvió hacia la criada—. Langi, desnúdate.

Lentamente, ella obedeció. Se deshizo primero de la parte superior, y después del *kanga* que cubría su cintura. Su cuerpo quedó al descubierto, dejando ver una belleza agresiva, exultante. Parecía invitar a la pérdida de la razón, a dejarse llevar por el deseo más salvaje. El comandante alargó la mano, tomó el *kanga* y se lo acercó a Franz.

—Mire estos dibujos, ¿ve? Hay algo escrito debajo de ellos. Es una canción suajili. Habla de una muchacha que lleva su nombre: Langi. Todos en la fiesta quieren bailar con ella, porque es muy hermosa. Pero ahora solo estamos nosotros en la fiesta, Franz. Vamos, disfrútela.

El joven se puso en pie, se aproximó a Langi y rozó la curvatura de sus pechos con la yema de los dedos. Respiraba con agitación mientras ella lo observaba sin

inmutarse.

—Hay una habitación donde pueden pasar la noche —dijo Willem—. Langi, ya sabes dónde es. Trátalo bien.

Tomó a Franz del brazo y se lo llevó de allí. El comandante aprovechó para que otra criada le sirviera más vino.

—Le toca, pastor.

—No, Willem. Le dije que yo no necesito su amabilidad...

—Ya nos conocemos, Berger —cortó negando con el índice—. ¿Es que le hace falta más vino para decidirse? Por favor. Tómeselo como un pago por sus servicios. Averiguó lo necesario en casa de Bertram, me ha ayudado mucho. Solo por esta vez, permítase disfrutar del momento.

—Comandante, de verdad, no es necesario.

Pero el otro ya chasqueaba los dedos. Otra de las sirvientas se aproximó, tomó asiento sobre las rodillas de Berger y le condujo la mano entre sus piernas. El pastor intentó reprimirse al principio, pero no tardó en dejarse guiar.

Bertram consiguió un caballo en el servicio de postas de Kilwa. Un amanecer ocre asomaba por entre las olas del Índico cuando dejó la ciudad, rumbo a la casa del comandante; pero cuando pasó la primera de las colinas de Matumbi, todo a su alrededor volvió a oscurecerse. Así, arropado por aquellas tinieblas que se refugiaban tras el terreno escarpado, alcanzó la plantación. Encontró un silencio incómodo. El aire no se movía, ni escuchaba los gritos de ningún animal. El caballo se detuvo sin que Bertram lo ordenara, y continuó renqueante, moviendo las orejas en todas las direcciones.

Había muy poca luz en casa de Willem. Apenas un quinqué abandonado en el salón, a punto de consumir su llama; Bertram distinguió una figura sentada en las escaleras del porche. Por su forma comprendió que se trataba de Rudolf Berger. Cuando este advirtió que se aproximaba un jinete levantó el rostro, que tenía oculto entre las manos, y al reconocer a Bertram comenzó a llorar como un muchacho.

—Era usted quien faltaba —dijo en voz baja—. Es usted el enviado para arreglar las cosas.

Bertram se aproximó en silencio, descabalgó y ató el caballo a un poste. Estudiaba al pastor, pero de reojo no perdía detalle de cualquier movimiento que le revelara una presencia en el interior de la casa, aunque esta se hallara envuelta en la negrura.

—¿Qué pasa aquí?

—Me he resistido, ¿sabe? —El pastor perfiló su cara redonda con una amplia sonrisa—. He logrado vencer al pecado. Willem puso la tentación delante de mis ojos, al alcance de mis manos, pero he logrado evadirla. Ahora me siento mucho mejor. Me he liberado.

—Por amor de Dios, Berger, ¿qué está sucediendo ahí dentro? ¿Dónde se encuentra mi hermano?

—Su hermano... —El pastor no dejaba de sonreír; alternaba sus palabras con un llanto sordo—. Franz no ha tenido tanta fortaleza de espíritu, me temo. Pero

no le culpe. Willem es demasiado astuto, y posee la autoridad de un líder nato. Yo fui convencido, hace tiempo; cedí a los ofrecimientos del comandante y caí en el pecado de la carne, no pude evitarlo. Sin embargo, esta noche he roto las cadenas. Todo ha cambiado para mí. ¡Tengo tanto que hacer para redimirme! Pero lo lograré, sí, al precio que sea.

Bertram tomó al pastor de los hombros, y haciendo gala de una notable fortaleza, lo puso en pie.

—¿Dónde está? ¡Hable!

Conturbado, el pastor mudó el rostro.

—Está dentro. Desde... desde el salón, tome la puerta de la izquierda. Accederá a un pasillo, crúcelo y entre por la última puerta. Langi lo habrá llevado allí.

—¡Langi! —Un doloroso presentimiento le anudó la boca del estómago.

—¡Sálvelo, Bertram! —El pastor lloraba ya sin contención—. ¡Su hermano es muy joven, y tan inocente! ¡Sáquelo de este lugar! Pero por lo que más quiera en este mundo, no se le ocurra enfrentarse al comandante. ¡Huyan! ¡Huyan de aquí y no vuelvan!

Todavía con Berger sujeto por los hombros, Bertram comprobó que la puerta principal se encontraba abierta, pero no pudo ver nada del interior; le pareció que, de poner un pie allí dentro, entraría a un lugar que nunca volvería a dejarle salir del todo.

Soltó a Berger, que se dejó caer de nuevo sobre los escalones, subió al porche de un salto y con una segunda zancada se internó en la casa. Al principio no logró percibir nada más que aquel moribundo quinqué en un extremo del salón. Centró sus pupilas en la diminuta llama, y poco a poco sus ojos comenzaron a percibir los bultos del mobiliario y las paredes. Halló la puerta que Berger le había indicado, giró el pomo y la cruzó. Las paredes del pasillo se hallaban muy próximas entre sí, de modo que dos hombres no podrían cruzarlo uno junto al otro. Había cinco puertas; dos a cada lado, y una al fondo. Vio esta última entreabierta, y a través de su rendija, el parpadeo de otro agonizante quinqué. Cuando le faltaba un paso para cruzar el umbral lo detuvieron unos jadeos que llegaban con claridad desde el otro lado. Procedían de una mujer; lentos, suaves y sensuales.

—Franz..., no —dijo para sí.

Abrió la puerta de golpe. Franz y Langi se hallaban en el suelo, tumbados sobre una extensa tela que servía, además, para tapar bultos de varios tamaños. Langi estaba de rodillas, pero con el torso estirado. Franz la embestía por detrás, mientras sus manos se aferraban a los senos con fuerza. Su hermano saltó a un lado cuando se vio sorprendido, pero Langi, muy despacio, puso las manos en el

suelo y se quedó mirando a Bertram con una media sonrisa.

—¡Hermano! ¿Qué estás haciendo aquí?

Franz intentó taparse con lo primero que halló. Tomó la tela, tiró de ella y descubrió uno de los bultos que tapaba. Un piano.

Bertram se llevó una mano a la boca. Allí estaba. Los contornos de aquel noble instrumento relucían a la luz del quinqué, mientras que en la parte frontal, sobre la fila de teclas blancas y negras, podía leerse a la perfección un nombre en letras doradas: Orfeo. Era el piano de Buttercup.

Un aluvión de ideas asaltó su cabeza. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿En qué momento del viaje lo habían interceptado? ¿Cuándo había llegado a saber Willem lo mucho que aquel instrumento significaba para él? Todas esas cuestiones quedaron nubladas por un torrente de furia.

—¡Willem! —gritó a pleno pulmón.

Giró sobre sus talones y se marchó a toda prisa por el corredor, descolgando los cuadros que hallaba a su paso.

—¡Willem! —repitió alargando la última vocal hasta quedarse sin aire en los pulmones.

Franz, entretanto, comenzó a vestirse a toda prisa. Él también gritaba, llamando a su hermano, pero Bertram no lo oyó.

—¡Willeem!

De un puñetazo abrió la puerta que daba al salón y avanzó hasta el centro de la estancia. El quinqué refulgía. El comandante lo había rellenado y lo esperaba junto a él, cerca del mueble bar. Erguido, con las manos pegadas a los costados, igual que cualquier militar en posición de firmes, pero sin que llegara a adivinarse tensión en ninguno de sus músculos.

—Estoy aquí, Bertram.

En sus ojos también danzaba una llama, pero mantenían una expresión sobria. No era sino la disposición a enfrentarse a cualquier peligro que se adivina en todo soldado veterano.

—Salga de mi casa —dijo pausadamente.

—Pérfido hijo de puta —lo insultó Bertram con los dientes muy apretados.

—Salga de mi casa. No volveré a repetirlo.

Ignorando su orden, Bertram se acercó a él y tomando impulso le asestó un fuerte puñetazo en la mejilla. Willem giró la cabeza por la fuerza del golpe y se tambaleó, pero no llegó a caer. Volvió a su posición, erguido, y al instante respondió con otro puñetazo igual de fuerte. El impacto hizo que Bertram retrocediera unos pasos. Ambos se quedaron mirándose.

—Voy a matarle —declaró el hermano mayor de los Kast.

Su expresión era la de un completo perturbado: los ojos centelleantes, muy

abiertos, y las pupilas dilatadas; la boca estirada, dejando ver ambas filas de dientes, y la mandíbula trémula por la excitación. Bertram se dispuso a atacar, pero lo detuvieron unos gritos en el porche. Era Berger. El pastor no habría llamado su atención de no ser porque su voz delataba un auténtico pánico.

—¡Una rebelión! ¡Hay una rebelión de los nativos!

A través de la ventana, desde el norte, distinguieron el nacimiento de un crepúsculo artificial al que acompañaba una humareda densa y negra.

—Los nativos incendian los campos —dedujo el comandante.

—¡Se han rebelado todos! ¡Todos! —gritó Berger—. ¡También lo han hecho en Kilwa, me lo acaba de decir uno de los *askaris*!

—¡Kilwa! —repitió Bertram.

Miró a su espalda. Franz esperaba unos metros detrás de él. Había logrado vestirse las suficientes prendas como para mostrarse adecentado. Luego observó al pastor, Berger respiraba con dificultad y sudaba. Por último encaró a Willem. Este no se había inmutado. Kilwa... Jocelyn.

Escucharon varios disparos de fusil. Al momento, una antorcha atravesó la ventana y cayó sobre la piel de león. La siguieron otras tantas, una por cada ventana. La casa comenzó a arder. Willem se concentró en el fuego más próximo, el de la alfombra, y empezó a pisotearla. Berger, aterrado, corrió a las escaleras y subió a trompicones hacia la primera planta. Bertram se dio media vuelta.—Sal de aquí. Ven conmigo, Franz —dijo extendiendo la mano.

—No.

Se colaron más antorchas, acompañadas de gritos en suajili y nuevos disparos.

—¡Maldita sea, Franz!

—No.

Bertram soltó un bufido. Pasó corriendo junto a su hermano y alcanzó el porche. En los campos, una docena de *askaris* libraba un combate contra un grupo de nativos que les cuadruplicaba en número y que se lanzaban a ellos portando escudos, lanzas y *pangas*. Algunos habían rodeado la casa y lanzaban más antorchas a través de las ventanas de la primera planta. Dos de ellos se fijaron en Bertram y se lanzaron a por él. El primero atacó con su lanza, pero Bertram logró eludir el golpe, la tomó por el mango y tiró hacia sí con fuerza. Cuando su atacante se acercó, le propinó una patada en la boca del estómago. El segundo asaltante intentó entrar por un lado con su *panga*, pero Bertram también había advertido su presencia. Logró esquivar uno, dos, tres tajos, al cuarto contraatacó por el flanco. Ambos cayeron al suelo y comenzaron a forcejear, pero el nativo era más fuerte. Consiguió ponerse encima de Bertram e inmovilizarlo de brazos y piernas. Entonces alzó su cuchillo y, levantando su cabeza a un cielo que ya se llenaba con virutas incandescentes, lanzó un aullido

estremecedor. Se oyó un disparo, el atacante quedó paralizado unos segundos. Luego el *panga* resbaló de sus dedos, y finalmente su cuerpo cayó a plomo. Bertram miró hacia la entrada. Berger estaba allí, de pie frente a una casa cada vez más devorada por las llamas. Empuñaba una Luger humeante. El pastor descendió las escaleras del porche y ayudó a Bertram a incorporarse.

—Presenciamos el efecto de nuestro pecado. Dios es justicia. Hoy sufrimos el día de nuestro juicio.

Miró el cadáver y luego su pistola. Solo entonces pareció darse cuenta de que acababa de matar a un hombre.—Que Dios me perdone. No me tengas en cuenta esto, Señor...

Bertram lo encaró.

—¿Está seguro de que los nativos se han rebelado en Kilwa?

—Me lo ha dicho uno de los *askaris* —aclaró Berger volviendo a la realidad—. Venía de allí para darnos la voz de alarma. Se están produciendo levantamientos en varias localizaciones.

Bertram corrió a su caballo. Al mismo tiempo, y perdida toda esperanza por apagar el fuego, Franz y Willem saltaban al exterior desde una ventana, armados con sendos rifles. Sus intenciones eran unirse a los *askaris*, pero ambos se detuvieron para fijarse en Bertram, aunque con expresiones muy diferentes. Este, a su vez, tampoco los observó de la misma manera: sobre su hermano aún sentía una última esperanza de que se colocara de su lado; al comandante le envió un juramento que el otro pareció comprender a la perfección. Volverían a encontrarse, y darían fin a lo comenzado.

—Va a Kilwa, ¿verdad? —intervino Berger.

—Así es. —Bertram ya montaba en el caballo de la posta.

—Lléveme con usted. No me deje aquí.

—Me ralentizaría, Berger. Tengo que encontrar a mi esposa y ver si está a salvo. No se preocupe, Willem y los *askaris* contendrán a los rebeldes.

—No me preocupa mi seguridad, señor Kast, pero me repugna permanecer junto al comandante. Además, si su esposa se encuentra en problemas, va a necesitar esto. —Alzó su Luger—. Estoy convencido de que tiro mejor que usted.

Bertram miró la pistola; luego estudió el rostro enrojecido del pastor.

—Déjeme ayudarlo —insistió este—. Forma parte de mi redención.

—Está bien. Suba.

Bertram espoleó al caballo sin permitir que descansara. El animal salvó una colina tras otra entre bufidos de cansancio. A pocos metros de la ciudad, se detuvo en seco, dejó salir un chillido y cayó reventado.

—Lo ha matado —dijo el pastor al ver cómo, tumbado de lado, expulsaba sangre por la boca.

—¡Vamos! —apremió Bertram concentrado en llegar hasta el sanatorio.

Apenas había nadie en las calles de Kilwa. Los ciudadanos estaban escondidos en sus casas, con las contraventanas cerradas, y no escucharon otra cosa que unas voces lejanas. El amanecer ya se hacía notar en todo su esplendor, bañando la ciudad fantasma con sus primeras luces, y con unas temperaturas más amables que las que la castigarían a mediodía.

Los dos hombres corrieron en silencio hasta que, al doblar una esquina, se toparon con una barricada de *askaris* que cortaba la calle. El capitán Johan Volkmer los comandaba.

—¡Bertram! ¿Qué hace aquí? —saludó al verlo.

Pero este miraba más allá de la barricada. El sanatorio estaba a no más de cien metros.

—Tengo que pasar, Volkmer —respondió avanzando hacia la línea de soldados.

—Imposible, es peligroso. Los rebeldes se han alzado de forma desorganizada. Hemos conseguido aplacar diferentes focos, pero en esta zona han conseguido hacerse fuertes.

—¿Y el sanatorio?

—No sabemos nada..., ¡cielos! ¿No estará insinuando que Jocelyn...?

—Así es.

Volkmer se mojó los labios.

—Deme algo de tiempo. Los rebeldes están mal armados y no cuentan con un liderazgo claro. Estabilizaremos la ciudad en breve.

—Sabe que no me quedará aquí esperando. Voy a pasar al otro lado, con su

permiso o sin él.

De un resoplido, Volkmer dejó salir todo el aire de sus pulmones.

—Lo sé. —Se volvió hacia un sargento alemán y le ordenó—: Pase lo que pase, que no atraviesen estas calles. Ojo a las ventanas y a las esquinas, pero no rompan la formación por muy duro que sea el ataque. ¿Comprendido?

—Sí, señor.

—¡Que alguien me acerque un fusil!

Uno de los *askaris* le lanzó un máuser con la bayoneta calada.

—¿Qué está haciendo? —inquirió Bertram.

—Voy con usted..., ustedes.

—Rudolf Berger. Soy pastor.

Volkmer entregó el máuser a Bertram.

—Espero que sepa disparar.

—No he practicado mucho —respondió sopesando el arma.

—Pues recuerde sus lecciones, por pocas que hayan sido. Tiene cinco disparos, ¿entendido?

Bertram asintió.

—Bien. ¡Sígueme!

Desenfundó una Luger idéntica a la de Berger y echó a correr atravesando la línea defensiva. Llegaron al extremo de la calle y se pegaron contra la pared. Volkmer miró por la esquina con cuidado. Al otro lado de una pequeña plaza identificó el edificio del sanatorio. No había ningún rebelde en los alrededores, ni parecía que nadie los vigilara desde las ventanas.

—Está despejado —anunció a sus dos compañeros—. Pero no debemos confiarnos. Correremos pegados a la pared y atravesaremos la plaza todo lo rápido que podamos. Yo iré delante. Bertram, cierre la marcha.

Doblaron la esquina y avanzaron agazapados hasta la plaza. Allí Volkmer se acuclilló, observó una vez más las ventanas y calles a su alrededor, y les hizo una señal para que continuaran. La plaza estaba vacía salvo por el cadáver de un indio, tendido bocabajo sobre un charco de sangre reseca. Volkmer lo pasó de largo y continuó derecho a su objetivo, pero entonces las puertas del sanatorio se abrieron. Aparecieron dos rebeldes al otro lado; a juzgar por su reacción, no esperaban encontrarse a nadie en la calle. Echaron mano a sus *pangas*, pero Volkmer tuvo tiempo de abrir fuego contra uno de ellos. La bala penetró en el centro del pecho, y el nativo se derrumbó con un gorgoteo espantoso. El otro llegó al cuerpo a cuerpo con el capitán, que casi no tuvo tiempo de echarse a un lado antes de que el enorme cuchillo le sajara la carne. Berger fue quien respondió entonces, acertando de lleno en la cabeza del enemigo. Al instante comenzaron a llegar voces desde diferentes puntos de la calle.

—¡Nos han detectado! —interpretó Volkmer—. Estarán aquí en unos segundos. Bertram, entre en el sanatorio. El pastor y yo le cubriremos.

Bertram obedeció mientras, rodilla en tierra, Volkmer y Berger recargaban sus armas y se preparaban para la defensa.

En el claustro ajardinado, las buganvillas y las plantas de sisal estaban perladas con pequeñas gotas de sangre. A lo largo de los senderos yacían los cuerpos desmembrados del doctor, las monjas y los misioneros protestantes. Los rebeldes les habían cortado los brazos y la cabeza, o habían desparramado sus entrañas por entre las plantas. Olía a muerte. De las escaleras al primer piso llegaban gritos de horror y el estrépito de cristales rotos. Bertram las subió de tres en tres hasta que alcanzó la balconada justo cuando, desde una de las habitaciones, dos rebeldes cargaban el cadáver de un anciano alemán para arrojarlo por la barandilla. Bertram levantó el fusil, tiró del cerrojo, apuntó y abrió fuego. Alcanzó a uno en una pierna, y este perdió las fuerzas y cayó al suelo. El otro soltó al anciano y empuñó una lanza que llevaba a la espalda. Bertram volvió a cargar, pero el rebelde arrojó su arma. La lanza cruzó el aire y le dio de lleno en el hombro izquierdo; se quedó colgando de este un segundo y luego cayó por su propio peso. El impacto hizo que Bertram soltara el fusil, que resbaló escaleras abajo hasta el descansillo. Se volvió para intentar recuperarlo, pero su enemigo ya cargaba contra él. Raudos, tomó la lanza del suelo, la empuñó con ambas manos y se volvió contra su atacante, que no esperaba aquella respuesta. Le hundió su propia arma en el estómago hasta que la punta asomó por la espalda. Ni siquiera esperó a ver cómo agonizaba, y mucho menos llegó a entender que aquella era la primera vez que mataba a un hombre. Su único empeño era recuperar a Jocelyn, de modo que dejó a su enemigo mientras caía de rodillas y vomitaba un coágulo de sangre. Así, totalmente desarmado, corrió hacia la habitación de su esposa. A los pocos pasos escuchó sus chillidos. Jocelyn estaba arrinconada en una esquina de la habitación; un hombre la tenía cogida por los brazos e intentaba arrastrarla afuera. Bertram lo abrazó por detrás, consiguió apartarlo de Jocelyn y lo lanzó contra una pared. El rebelde logró volverse, y Bertram le asestó dos puñetazos muy seguidos que lo atontaron; luego abrazó su cabeza, lo arrastró hasta un armario cercano y lo estrelló contra él repetidas veces, hasta partir la madera. Solo tras comprobar que le había destrozado la cara lo soltó. Se dio media vuelta hacia Jocelyn, jadeante y con las manos y la ropa cubiertas de sangre; pero lejos de parecer consolada, su esposa lo observó como si recibiera la visita del mismo diablo. Su rostro se desencajó de terror, exhaló un suspiro y cayó sin conocimiento.

—¡No, Jocelyn! —la llamó mientras la recogía del suelo.

Tocó su rostro, dejando la marca de unas huellas carmesíes sobre una mejilla

nívea, pero Jocelyn no despertó. Después palpó su pecho y aproximó su rostro a los labios. Todavía respiraba.

Pese a la herida en su hombro, Bertram la tomó en brazos y abandonó la habitación de prisa. Escuchó disparos procedentes de la plaza. Con toda seguridad Volkmer y el pastor debían estar defendiendo la entrada; pero cuando alcanzó el claustro advirtió que los dos hombres retrocedían al interior. Habían atrancado la puerta principal.

—¡Son demasiados! —gritó el capitán mientras introducía más balas en el cargador de su Luger—. Es imposible salir por aquí.

—¿Por dónde entonces? —dijo Bertram.

—Hay otra salida por la parte de atrás —informó Berger—. Solo la usan los médicos y las enfermeras. Es posible que se encuentre cerrada, pero no tenemos otra opción.

El griterío de una docena de voces se coló bajo las puertas del claustro. Los rebeldes las empujaron. La madera crujió.

—¡Aprisa! —ordenó Volkmer—. Pastor, ¿por dónde es?

—Por allí, atravesando el claustro, todo recto.

Los tres se dirigieron en esa dirección salvando media docena de cuerpos por el camino. En efecto, al otro lado del claustro había una robusta puerta de madera tachonada. Volkmer hizo de ariete contra ella, pero no se movió una pizca.

—Pastor, ayúdeme.

Ambos intentaron echarla abajo, pero la puerta continuó en sus goznes. Al otro lado, los portones de la entrada principal sí comenzaban a ceder. El tablón que hacía de cerrojo se astilló.

—La entrada no aguantará —avisó Volkmer apuntando su pistola hacia allí—. ¿No hay más salidas?

—No, lo siento. —Berger también apuntaba con su Luger—. No puede terminar de este modo. Estábamos tan cerca. Así no.

—Solo me quedan cinco balas.

—Un momento —terció Bertram—. Pastor, ha dicho que esta puerta la utiliza el personal del sanatorio. Sus cuerpos están aquí, a nuestro alrededor.

—¡Cierto! —corroboró Volkmer reconociendo los cadáveres—. Tal vez alguno conserve las llaves. ¡Berger, no perdamos tiempo!

Se pusieron a buscar entre los cuerpos. Los rebeldes continuaban empujando los portones. Los chasquidos de la madera sonaban con una claridad estremecedora.

—Bertram... —Le sorprendió una voz suave, melodiosa y muy debilitada.

—¡Jocelyn! Voy a ponerte a salvo, cariño. Te sacaré de este lugar, lo juro.

—¿Por qué has tenido que venir a buscarme, Bertram? ¿Por qué tú?

La última pregunta murió en sus labios antes de que perdiera el conocimiento de nuevo. Bertram palideció y, por primera vez, sintió que las fuerzas lo abandonaban.

—¡Las tengo! —anunció Berger. Se hallaba frente al cuerpo del doctor; el más próximo a las puertas de entrada.

Entonces estas cedieron dando paso a una tromba de más de veinte hombres armados. Berger y el capitán abrieron fuego con la última munición, pero ni siquiera lograron contener la marea. Bertram entendió que tendría que luchar, luchar con todos para salvar a Jocelyn. No lo conseguiría. Acabarían con él, pero al menos no moriría lejos de su mujer. Se disponía a dejarla en el suelo cuando advirtió que Berger miraba hacia las escaleras. Había divisado algo allí.

—¡Capitán, tome! —dijo lanzándole las llaves—. ¡Salgan, yo les cubriré!

—¡Berger!

Pero este ya corría hacia las escaleras. Volkmer fue hasta la puerta e introdujo las llaves en la cerradura. Bertram, para quien un segundo transcurría en un dilatado trance, vio cómo Berger cruzaba el claustro y subía las escaleras hasta desaparecer de su vista. Al poco escuchó un disparo que le resultó familiar y comprendió qué era lo que había llamado la atención del pastor: su fusil Mauser en el descansillo. Con él abría fuego contra los rebeldes, y gracias a ello logró desviar la atención de algunos, pero no de todos. Tres mantuvieron su rumbo saltando los cuerpos que había en su camino.

Un chasquido. La puerta trasera se abrió.

—¡Vámonos! —indicó Volkmer.

—¡Pastor! —gritó Bertram.

Pero Berger gritó algo inesperado, al tiempo que los rebeldes ganaban las escaleras:

—¡Padre nuestro, que estás en los cielos! ¡Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino!

Bertram comprendió la cruda realidad. El capitán tiró de él y ambos salieron a la calle justo cuando ya los alcanzaban los tres rebeldes.

—¡Soy un hombre libre! ¡Acepto mi penitencia, Señor! ¡Hágase tu voluntad!
—oyó Bertram antes de que Volkmer cerrara aquella puerta.

Y, a continuación, cómo los rebeldes se estrellaban contra la madera. Por fortuna, las calles se encontraban libres de enemigos.

—Pastor... —dijo Bertram.

—Tenemos que seguir. Todavía no estamos a salvo.

Dieron un rodeo por calles estrechas hasta que lograron alcanzar la línea defensiva de *askaris*.

—¡Sargento! —ordenó Volkmer—. Disponga quince hombres y acudan de inmediato al sanatorio. Los rebeldes se han hecho fuertes allí. Rodeen el edificio y sorpréndanlos por la puerta de atrás. Aquí tiene las llaves. Prepárese para el cuerpo a cuerpo.

Volkmer guardó su pistola en la funda y concentró su atención en Bertram.

—Creí que no lo conseguiríamos —dijo con un resoplido—. ¿Jocelyn se encuentra bien?

—Está desmayada.

—Su casa está intacta; los disturbios no afectan a esa parte de la ciudad. Vamos, llevémosla allí. Seguro que Mufid sabrá cuidarla mejor que nosotros.

—No, no puedo.

—¿Cómo?

—Cuide de ella, Volkmer. Haga lo posible para que se recupere.

—Pero ¿adónde va?

—Tengo que buscar a mi hermano, capitán. Se quedó con Willem en la plantación, enfrentándose a los rebeldes. No sé qué habrá sido de él, y necesito saberlo.

—¡Bertram, su mujer!

—Mufid cuidará de ella, estoy seguro. Llévela a casa. Yo tengo que marcharme. Prométame que la visitará de vez en cuando, hasta que yo vuelva. No la deje sola, por favor.

—Claro, no la abandonaré. Pero Bertram...

—Gracias.

Entregó a su mujer a Volkmer, quien, todavía desconcertado, la tomó en brazos.

—Se lo agradezco, capitán.

—¿Cuándo volverá?

—No tardaré, se lo prometo. Willem y Franz no pueden andar lejos. Continuarán en las colinas. Hallaré a mi hermano y regresaremos juntos.

—Que Dios le acompañe, Bertram.

—Dios no existe, capitán.

Mi tío se había concentrado en un punto del vacío. Mientras iba contándome la historia, hallaba nuevos e imprevistos recuerdos.

—Dejé al capitán con mi esposa, justo tras la línea de *askaris*, en lugar seguro, y me marché sin mirar atrás, concentrado en recuperar a Franz. Estaba tan preocupado por mi hermano..., a tanto había llegado mi obsesión por él y su relación con Willem que ni siquiera caí en despedirme de Jocelyn con un beso o una última mirada. No le dediqué ni una sola muestra de cariño.

—¿Y conseguiste encontrar a mi padre?

Ya me había acostumbrado a que Bertram no respondiera de inmediato a mis preguntas más acuciantes, así que no me impacienté cuando siguió a su ritmo:

—La primera reacción de las autoridades alemanas fue que nos hallábamos frente a otra rebelión localizada en la zona meridional de la colonia. ¡Ilusos! Incluso Gustav von Götzen, el gobernador, no se lo tomó demasiado en serio. Anunció al Parlamento colonial que no había peligro cuando, en realidad, aquellos últimos días de julio de 1905 marcarían el inicio de una de las rebeliones coloniales más importantes de la historia. Pronto la mitad del África Oriental Alemana se vería envuelta en un caos de alzamientos por parte de miles de nativos pertenecientes a diferentes tribus. Un ataque coordinado, de mano de aquellos a los que habíamos maltratado durante décadas. Estábamos ante la rebelión de los maji-maji.

—Escuché hablar de ellos en Kilwa.

—A los maji-maji los movía un profundo deseo de recuperar su libertad, de expulsar a quienes los sometían a abusos constantes para enriquecer un país ubicado a miles de kilómetros, o con objeto de satisfacer un absurdo ideal nacionalista. Estaban hartos de nosotros y apuntaron sus armas en nuestra dirección. Pero además los movía una certeza religiosa: creían que beber un líquido hecho a base de agua, aceite de ricino y semillas de mijo podía hacerles invulnerables a las balas. Aquella idea había sido difundida por un chamán al que llamaban Bokero, quien a su vez la habría recibido de un espíritu llamado

Kolelo. Bokero vivía en Ngarambi, cerca del río Rufiji. Durante mucho tiempo algunos jefes acudieron a pedirle consejo, y de este modo nació la idea de una rebelión bajo la salvaguarda del líquido *maji*. No sirvió de nada que Bokero fuera ahorcado poco después de iniciarse los levantamientos. La idea ya estaba muy extendida, y los nativos confiaban en resultar inmunes a nuestros disparos. Para cuando el Gobierno quiso darse cuenta del alcance de la rebelión, esta ya había sobrepasado todas las expectativas de un pequeño alzamiento. Los nativos atacaban a cualquiera que estuviera de parte de los opresores: alemanes, *akidas*, indios..., todos eran enemigos, incluso aquellos miembros de otras tribus que prefirieron no apoyarlos. Cuando el gobernador Von Götzen comprendió que la situación se le escapaba de las manos y que un puñado de inexpertos oficiales alemanes y varios cientos de *askaris* no serían suficientes para contener a los rebeldes, pidió apoyo a Berlín. Mil hombres fueron movilizados y trasladados desde Alemania para aplacar a los maji-maji. Desde julio de 1905 nos esperaba un conflicto que se extendería hasta 1907, y que mudaría radicalmente la visión colonial de nuestro país.

El relato de Bertram contenía un poderoso sentimiento de culpa. Yo me había quedado inmerso en sus palabras, intentando imaginar los hechos en los que se había visto involucrado; no obstante, recordé que todavía no había dado respuesta a mi primera cuestión.

—Entonces, ¿encontraste a Franz? ¿Lograste traerlo de vuelta?

A estas alturas, veía a mi padre como un fiel seguidor del comandante, que había trastocado su personalidad por completo. Y comenzaba a intuir cuál habría podido ser el punto de enfrentamiento entre Franz y Bertram. Estaba convencido de que el escenario de la rebelión podría haber resultado ideal para un asesinato fratricida, y ahora más que nunca deseaba que mi tío continuara.

—Sí, llegué a encontrarme con tu padre, Leopold.

Ordenó a Hamed que trajera más té, y cuando este rellenó su taza, disfrutó del líquido unos segundos antes de proseguir con la historia, justo en el punto en el que la había dejado: el inicio de la rebelión de los maji-maji.

SEGUNDA PARTE

Lo primero que vio Jocelyn al abrir los ojos fue el balcón de su alcoba. Las puertas estaban abiertas de par en par y la mosquitera retirada, para que la escasa brisa de la tarde refrescara el interior. De la calle llegaban sonidos que le resultaban familiares: el traqueteo de una carreta, dos mujeres que reían y la campana de la iglesia católica, que anunciaba la media hora de algún momento de la mañana. Todo parecía normal mientras ella recordaba con claridad el espantoso ataque al sanatorio. Uno de aquellos nativos había degollado a un misionero delante de sus ojos, y luego había lanzado el cadáver al claustro. Ella solo encontró fuerzas para bajarse de la cama y buscar un escondite, pero no halló ninguno en su pequeña habitación. Aquel hombre volvió al poco. Entonces solo fue capaz de acurrucarse contra un rincón y chillar. Hasta que Bertram...

—Bertram —se escuchó decir.

Él la había rescatado; después no recordaba nada más. ¿Fue él quien también la condujo hasta casa?

—¡Bertram! —repitió.

La puerta se abrió despacio, Volkmer asomó la cabeza antes de atreverse a pasar.

—Jocelyn, veo que ha despertado. ¿Cómo se encuentra?

—¿Dónde está Bertram?

El capitán pasó, cerró la puerta a su espalda y permaneció apoyado contra ella como si algo le impidiera aproximarse a la mujer.

—Su esposo fue muy valiente. Vino a buscarla desde la plantación, lo acompañaba el pastor Berger. Yo mismo me ofrecí a guiarlos hasta el sanatorio. Entre los tres conseguimos rescatarla y traerla a casa. Por desgracia, el pastor Berger no lo logró.

Jocelyn emitió un suspiro de terror. Valoraba los encuentros del pastor, aunque hubieran sido escasos. Volkmer leyó su pesadumbre.

—Murió con honor, defendiéndola y salvando nuestra huida. Dios lo acogerá en su seno. Puede estar segura de ello.

—¿Y Bertram? ¿Está bien?

—Cargó con usted todo el tiempo, hasta encontrarnos fuera de peligro. Después tuvo que marcharse. Su hermano se encontraba en la plantación del comandante; los campos fueron atacados por los rebeldes. Bertram temía por su seguridad, así que acudió en su busca.

—¿Cuánto hace de eso? ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Ha dormido todo un día. Mufid ha estado cuidando de usted, y yo también.

—Capitán, ¿ha pasado todo este tiempo en mi casa? ¿Es que todavía hay peligro de un nuevo ataque?

—¡Oh, no! —Volkmer dejó ver una breve sonrisa—. Por favor, no se alarme. La ciudad ha regresado a la normalidad. En Kilwa los focos de rebelión han resultado escasos y poco organizados. Hemos logrado contenerlos con facilidad. He redoblado la guardia para asegurarme de que no se produce un segundo alzamiento. No tiene que preocuparse por su seguridad. Verá, le prometí a Bertram que cuidaría de usted hasta su regreso, de modo que, con su permiso, estaré al tanto de los progresos en su salud... siempre y cuando me lo permitan mis obligaciones.

—Es muy amable, pero creo que ya me encuentro recuperada. Mufid cuidará de mí, y el servicio se ocupará de subirme cuanto sea necesario.

—Señora, ¿busca hacerme cambiar de opinión? No pienso faltar a mi promesa.

Jocelyn distendió los labios.

—Como desee, capitán. Aunque le advierto que en esta casa suceden pocas cosas. No tendremos mucho de lo que conversar cuando me visite.

—¿Dice que suceden pocas cosas? No lo creo.

—¿Qué insinúa?

—Sería oportuno que echara un vistazo a la planta baja.

Ante el gesto de confusión de Jocelyn, Volkmer ofreció su brazo para ayudarla. De este modo bajaron despacio las escaleras, y a cada escalón fue mostrándose aquel caos de cuadros estrellados, muebles despedazados, cristales rotos, tapices rasgados y paredes manchadas. Parecía que un terremoto hubiera agitado solo el piso inferior de la casa.

—¿Qué ha...? —acertó a decir Jocelyn sin poder creerse semejante destrozo—. ¿Han sido los rebeldes?

—No se han registrado focos de rebelión en esta zona. Además, las criadas y el médico tienen una versión diferente.

Justo en aquel instante las dos criadas llegaron desde la cocina. Tomaron a Jocelyn de las manos y comenzaron a besarlas, mientras soltaban una retahíla de palabras en suajili.

—Agradecen a Dios que se encuentre mejor —tradujo el capitán—. Dicen que Bertram las echó de casa, y que pasaron la noche al raso.

—¿Bertram las echó?

—En efecto. También despidió a Langi. No han vuelto a saber nada de ella.

—Él hizo esto —intervino una tercera voz.

Era Mufid. El anciano doctor subió con cierto esfuerzo las escaleras desde el sótano. Al llegar al recibidor aceleró el paso e hizo el amago de extender los brazos para rodear a Jocelyn; pero recuperó su compostura impasible y tomó a Jocelyn de la muñeca para tomarle el pulso.

—Está bien. Mejora. ¿Se encuentra animada?

—Sí, Mufid.

El doctor permaneció concentrado en su muñeca unos segundos. Jocelyn advirtió que respiraba con agitación. Cuando levantó la cabeza, pudo ver que sus ojos se hallaban algo vidriosos.

—Alá ha sido bueno. La ha traído de vuelta. Todo está bien. Está mejor.

Jocelyn lo estrechó en un fuerte abrazo. Mufid se quedó rígido como un poste.

—Gracias por cuidar de mí.

—Bueno bueno.

Poco a poco, el anciano fue retirándose del abrazo. Una vez libre, carraspeó, se sorbió la nariz y alisó su túnica.

—¿Bertram destrozó la casa?

El médico asintió con solemnidad.

—Estaba... —Tardó unos instantes, hasta encontrar la palabra más apropiada—. Estaba poseído. Rompió todo. Todo. Nos echó de la casa con amenazas. También echó a Langi. Después él se marchó también.

Jocelyn contempló la devastación. A medida que fue detectando nuevos destrozos, sintió que aumentaba la pena por su marido. Bertram la había rescatado, sí, pero luego se había marchado en busca de Franz. ¿Estaría justificado en esa circunstancia? En el salón los estragos eran todavía peores. Bertram no había dejado un solo mueble en pie; ni un elemento decorativo a salvo. Todo el empeño que Jocelyn había puesto en hacer de aquella casa su hogar había quedado destruido. Entonces sintió que odiaba a su marido. Lo odiaba por haber vuelto a dejarla sola, por machacar sus ilusiones tras arrastrarla consigo tan lejos de casa. Echó de menos a Gerlinde; su cuñada habría sabido cómo afrontar una situación tan dura: en soledad y con una casa arrasada por una ira intolerante. Caminó hasta el centro de aquel pandemonio. ¿Cómo iba a recibirlo con amor la próxima vez que lo viera? No podría tolerar un solo gesto de cariño por su parte; y sin embargo, aún deseaba tenerlo en casa, aunque fuera para gritarle un millar de reproches.

—¿Qué voy a hacer ahora? —preguntó abatida dirigiéndose a los demás.

Las criadas se acercaron a ella. Cada una se colocó a un lado y la abrazaron. Mufid bajó la mirada al suelo y no dijo nada. Volkmer, que la observaba con fijeza, quiso acercarse, pero igual que le había sucedido en la habitación, volvió a detenerse antes de llegar junto a ella y dijo:

—Anímese, Jocelyn. Solo son muebles. Podrá volver a decorar la casa a su gusto. No permita que algo así la hunda.

—No sé si hallaré las fuerzas.

—En ese caso, me presto voluntario para ayudarla en todo lo que necesite. Utilíceme para elegir las mesas y sillas; los tapices y los cuadros. Yo regatearé por usted y le serviré de traductor con los vendedores que no sepan alemán. Úseme como mozo de carga si se le antoja. Pero por favor, no decaiga otra vez.

—¿Como mozo de carga? No creo que se atreva a llevar su juramento tan lejos.

—Deje que sea yo quien ponga los límites a mi palabra de caballero. Cuando Bertram regrese, quiero que la encuentre en perfecto estado de salud, y si eso pasa por cargar muebles, que así sea.

—Veo que no podré convencerle de lo contrario.

—No lo siga intentando —advirtió Volkmer—. Venga, regrese a su habitación, nosotros nos encargaremos de recoger todo esto. Vuelva a dormirse. Seguro que cuando despierte, Bertram y Franz habrán regresado.

Las criadas acompañaron a Jocelyn y la ayudaron a subir los escalones. Ella dirigió una última mirada de agradecimiento al capitán. Cada una de sus palabras iba destinada a reconfortarla y devolverle los ánimos, pero todavía no estaba segura de si soportaría encontrarse con Bertram.

La pequeña aldea de Anaganye estaba en la ruta que iba desde Kilwa a Liwale. La componían quince chozas, lideradas por un pequeño fortín fabricado en madera, salvo la torre del homenaje, que era de piedra, restaurada a partir de una antigua fortificación árabe. Al norte, apenas a dos kilómetros, quedaba el río Matandu, que discurría con pereza, arrastrando por su cauce unas aguas siempre turbias por las que navegaban ramas desprendidas. Anaganye no solía registrar actividad alguna, pero en agosto de 1905 el fortín alemán acogió a las tropas reunidas para contener uno de los focos maji-maji que se habían alzado por los alrededores. Hasta allí llegaron Willem y Franz después de escapar de su propia plantación, acompañados por cuatro *askaris* supervivientes. En la aldea aguardaban más de un centenar de *askaris* al mando de cuatro oficiales alemanes. Antes de que los hermanos Kast llegaran a sus puertas, el teniente Harald von Blumenthal, avisado de su llegada, fue a recibir a Willem von Faulkbert desfilando a la cabeza de doce hombres al ritmo de un tambor. Frente a los invitados, ordenó a su tropa que formara y presentara armas.

—Comandante —dijo totalmente erguido—. Es un honor recibirle. No le esperábamos. ¿Se unirá a nosotros?

Willem, tan poco uniformado como siempre, se echó a reír.

—Teniente Blumenthal, ¿a qué vienen estas formalidades? ¿Es que esperaban a Bismarck y se han encontrado conmigo?

—Sé a quién recibo, y reitero que es un placer tenerle entre nosotros. Esperaba mandar estas tropas, pero me sentiré honrado de servir bajo sus órdenes.

—Está bien, está bien. Descansen y rompan filas. Que los soldados regresen a sus ocupaciones. Teniente, acompáñenos.

—¡Rompan filas! —ordenó Blumenthal; luego se permitió dar un abrazo al comandante—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—A pie. Franz, algunos de mis hombres y yo hemos recorrido estas colinas durante cuatro días. Mi plantación fue atacada por los rebeldes y no pudimos

salvar más que nuestros rifles, algo de agua y la ropa que llevábamos puesta. Incendiaron mi casa y los campos vecinos. Apenas hemos logrado descansar, por temor a que nos estuvieran siguiendo la pista. Por suerte no ha sido así. ¿Qué tal están las cosas, teniente?

—Más complejas de lo que esperábamos. Pero por favor, pasen al fortín. Tenemos comida y camas libres.

Willem se volvió a sus cuatro *askaris* y les indicó que descansaran junto al resto de la tropa.

—A partir de ahora quedáis integrados en la compañía del teniente.

Después, los tres alemanes entraron en el fortín.

En la plaza de armas y junto a la empalizada se preparaban cincuenta *askaris*. Parecían estar a punto de entrar en batalla.

—Como le decía —continuó Blumenthal—, la rebelión nos ha sorprendido en diferentes focos. Al norte, los rebeldes han atacado Matumba. Al sur se han registrado alzamientos entre Liwale y Kilosa. Nos sorprende la aparente coordinación de estos alzamientos y no descartamos que más nativos se unan en otros lugares.

—¿Qué dice el gobernador de las colonias?

—Von Götzen mantiene la calma. No parece que la situación vaya a ponerse peor.

—Excelente.

—Algunos de los ngindo se han rebelado a unos cincuenta kilómetros al sur de nuestra posición. Han atacado Kinege y matado a los nativos que se han negado a unirse. También han degollado a dos misioneros metodistas. Nos disponemos a cortarles el paso; al menos, ese era nuestro plan. Pero ahora, con usted aquí...

—Me lee el pensamiento, teniente. Estoy deseando dirigir un contraataque contra esos malditos rebeldes. Han destruido mis campos y matado a mis trabajadores, no pienso darles cuartel. Franz es testigo de su crueldad.

—Creí que moría allí —reconoció el joven.

—Franz, vendrá usted con nosotros, imagino.

—No le abandonaré en un momento como este, comandante.

Habían paseado hasta la mitad de la plaza de armas. Willem se detuvo allí y encaró al joven.

—Se lo agradezco. No esperaba menos de usted. Bien, queda oficialmente agregado al Ejército alemán. Enhorabuena. Le nombro sargento. Que el teniente le dé un uniforme y una pistola.

—¿Sargento?! ¡Pero si no sé mandar unas tropas!

—No pretenderá formar junto a los *askaris*, ¿no? ¡Vamos, no se amedrente!

Ya ha peleado contra los rebeldes; además, yo mismo le enseñé a disparar. Solo tendrá que transmitir mis órdenes o las de Blumenthal a las tropas, nada más. Podrá con ello.

—Sí..., imagino que sí.

—¡Perfecto! Además, no tiene que preocuparse. Por lo que oigo, los focos de rebelión son escasos y desorganizados. Los contendremos en poco tiempo. Teniente, déjeme ver un mapa de la zona.

Pasaron a la torre. Allí esperaban los demás suboficiales alemanes. Franz comprobó que se cuadraban como si les hubiera afectado una repentina parálisis, y que, debido a los nervios, no acertaban a saludar de la forma correcta. Había en sus posturas un miedo reverencial, y cualquier movimiento, por leve e involuntario que fuera, era considerado con el temor de ofender a un héroe militar como Willem von Faukhert. Solo cuando este ya había pasado frente a ellos se permitían relajarse; entonces repetían su nombre en un murmullo, o se felicitaban porque se habían cruzado con el hombre que venció a los hehe.

Fueron hasta una pequeña habitación con una estantería repleta de documentos y una mesa donde, sujeto con un secante, había un mapa de la zona. Von Faukhert y Blumenthal se aproximaron a él.

—Bien —dijo el comandante tras estudiarlo un rato—. Dice que los rebeldes han sido encontrados cerca del río, cincuenta kilómetros abajo, ¿cierto?

—Así es, aunque han virado en dirección norte, siguiendo este afluente.

—Perfecto. Ya no hay colinas en esa zona, pero el terreno es muy arbolado, si no me equivoco.

—En las orillas del río, mucho.

—La situación favorece una emboscada. Los atacaremos desde el norte y el sur a la vez. Tendrán el río al oeste, de modo que solo podrán huir por el este. Si lo hacen, se encontrarán en un pasillo entre dos fuegos. No tendrán escapatoria.

—Brillante, Willem.

—Contendremos esta rebelión muy pronto, teniente. Puede apostar por ello.

—No me arriesgaría en una apuesta contra sus predicciones.

—¿Y usted, Franz? ¿Se atreve a apostar en mi contra?

—Ni loco —rio el nuevo sargento.

—Está a punto de vivir una batalla, joven amigo. Ojalá yo disfrutara de su edad para poder ser testigo de más momentos tan dignos de memoria como este. Ahora, vaya a la plaza de armas y ejecute la primera de mis órdenes: que formen los *askaris*; vamos a salir de inmediato. No quiero que esos rebeldes se nos escapen.

Fue necesario que Bertram pagara al dueño de la posta por el caballo que había reventado. Por supuesto, este no permitió que se llevara otro de alquiler, sino que tuvo que comprarlo con el poco dinero que llevaba encima. A lomos de su nueva montura, partió de regreso a la plantación de Matumbi. A diez kilómetros eran visibles hasta seis columnas de humo que evidenciaban los estragos de los maji-maji en las tierras de sus amos.

No había nada que salvar: la casa de Von Faukhert había quedado reducida a escombros carbonizados, y la plantación sabotada. Los rebeldes también habían quemado las casas de los trabajadores y los establos. No quedaba un alma allí; no obstante, Bertram decidió explorar los alrededores a fondo. Le sorprendió hallar a algunos nativos despiezando el querido automóvil del comandante. Los hombres dejaron caer los trozos de hierro y alzaron las manos cuando lo vieron aparecer, aunque Bertram no tenía ningún arma con la que apuntarles. Estaban asustados, temerosos de algún castigo. No eran rebeldes, estaba claro.

Gracias a ellos, y haciéndose entender entre lo poco que sabían del alemán y las escasas palabras que Bertram había aprendido del suajili, consiguió averiguar que Willem, Franz y algunos *askaris* habían escapado hacia el suroeste, en busca de la carretera que llevaba hasta Liwale.

Sin más provisiones que una cantimplora, puso rumbo hacia allí. Desconocía si el comandante habría cambiado de ruta, y Bertram no sabía seguir rastros, de modo que solo esperaba que la suerte le sonriera.

A los dos días alcanzó Anaganye. No le hizo falta insistir mucho con los nativos para que le confirmaran que Willem y Franz habían estado allí, y que se habían unido a las tropas que pretendían encontrarse con los rebeldes río arriba. A Bertram le costó asimilar que su hermano se hubiera convertido en un soldado, pero aquella razón provocó que espoleara su caballo con más intensidad. De este modo, a la mañana siguiente dio con la retaguardia de la compañía. Calculó que debían ser unos ciento veinte *askaris*, mandados por un puñado de alemanes. Dedujo que a la cabeza marcharía el comandante, pero encontrarse con él en

aquella situación era muy poco propicio; con toda seguridad sus tropas lo defenderían. Desmontó, tomó a su caballo de las riendas y fue siguiéndolos a una distancia prudencial.

Hacia el mediodía el sol comenzó a quemar. Cerca del río refrescaba, pero cualquiera que se hallara a cincuenta metros de su orilla era incapaz de percibir este cambio. En el uniforme de los alemanes se formaban extensas manchas de sudor, mientras intentaban mitigar su asfixia bebiendo toda el agua posible. Incluso los *askaris*, acostumbrados al clima de su tierra natal, encontraban fatigoso caminar bajo un calor semejante. Con todo, el comandante no dio el alto, no dispuso ningún descanso ni permitió que sus hombres redujeran la marcha; de hecho, solo les indicó que apretaran el paso y que, sin detenerse, calaran las bayonetas. Bertram comprendió que se aproximaban a su destino. Entonces le vino a la cabeza una idea: si ocurría un combate cuerpo a cuerpo, le resultaría sencillo infiltrarse entre el tumulto y atacar al comandante.

Sí, aquel era su objetivo. Había asimilado que solo acabando con Willem podría llevarse a Franz de vuelta; era como si el comandante hubiera embrujado a su hermano, y su muerte fuera el único medio capaz de deshacer el hechizo. Pero además deseaba vengarse. Ver aquel piano escondido bajo la tela aún lo hacía arder por dentro. Quería dar fin a lo que Willem y él iniciaron noches atrás.

Dejó su caballo atado a un árbol y, agazapado, se acercó a las tropas escondido entre la espesura. De pronto vio que se separaban. La mitad de los *askaris* doblaba hacia el sur. Los mandaba Harald von Blumenthal, el teniente lleno de condecoraciones que le habían presentado durante la fiesta de Willem. La otra mitad viró hacia el norte. Entre los hombres a caballo reconoció a Willem, ataviado por primera vez con uniforme completo: gorra, chaqueta, ceñidor y sable; junto a él iba Franz, vestido también de militar, pero con galones de sargento. Siguió a este último grupo, que redujo su marcha hasta convertirla casi en un paseo.

Llegados a un punto, advirtió que Willem se adelantaba, descabalgaba y ascendía un promontorio para observar las orillas del río. Al poco regresó a su caballo, desenvainó el sable y se dirigió a su tropa:

—Los rebeldes se encuentran al otro lado de esta elevación, junto al río. Los cogeremos por sorpresa. ¡Cargad a mi orden y no os detengáis hasta que lo ordene! ¡Seré implacable con los cobardes! ¡Por Alemania y por el káiser Guillermo! ¡Adelante!

Los hombres respondieron con un grito unánime. Willem, tirando de las riendas de su caballo, le hizo un gesto a Franz para que lo siguiera y se lanzó al galope en dirección al río, descendiendo el promontorio que les había servido de cobertura. Bertram también abandonó su escondite. Había llegado la hora de

adelantarse a los *askaris* y encontrarse con Willem a cualquier precio.

Aquellos sesenta y cinco soldados bajaron como una jauría unificada, con los máuser listos para ensartar a sus enemigos. Tras salvar el promontorio, los rebeldes se hicieron claramente visibles: quinientos hombres de la tribu ngindo, seiscientos tal vez, que caminaban a unos doscientos metros de la orilla, ajenos a un posible ataque por sorpresa. Solo unos pocos reaccionaron: se lanzaron contra las tropas del comandante empuñando sus armas; los demás no tardaron en seguirlos. Los superaban en número, pero Von Faukhert no se detuvo. Su sable apuntaba hacia ellos y su caballo cabalgaba al límite de sus fuerzas. Los rebeldes les arrojaron sus lanzas. El comandante se agachó para esquivar la primera y se dobló a un lado para que la segunda no consiguiera alcanzarlo; después describió un arco con su sable, que en el aire encontró el cuerpo de uno de los líderes. El rebelde dejó escapar un grito de dolor mientras un reguero de sangre salía despedido de la herida. Von Faukhert aminoró la marcha. Ahora dirigía el sable a izquierda y derecha, abatiendo a cuantos enemigos se cruzaran en su camino. Franz llegó a su altura, también atacaba con el sable, pero en una estocada el arma quedó encajada en la clavícula de su enemigo y no pudo sacarla. La abandonó, empuñó la pistola y se puso a disparar. A la suya respondieron otras descargas; los *askaris* abrían fuego contra sus enemigos a quemarropa, a la vez que los ensartaban con las bayonetas.

Bertram, entretanto, había corrido con todas sus fuerzas y rebasado la retaguardia. Frente a él tenía el epicentro de la batalla, donde sin duda encontraría al comandante. Pronto dejó de estar acompañado de aliados y se encontró con los primeros rebeldes. Uno de ellos acertó con su lanza en el muslo del *askari* que lo antecedía; antes de caer, sus pantalones y el suelo ya se habían empapado de sangre.

—*Bwana!* —llamó el pobre infeliz dirigiéndose a Bertram.

Este intentó socorrerlo, pero el rebelde ya iba en su busca, armado con un pequeño puñal. Raudos, Bertram se arrodilló, levantó el máuser del herido y ensartó a su atacante con la bayoneta. Después intentó ocuparse del *askari*, pero el hombre ya había muerto desangrado. Se puso en pie y buscó a su alrededor. Aliados y enemigos se confundían, distinguidos poco más que por el uniforme que llevaban unos, y los escudos y lanzas de los otros.

De lejos llegó un nuevo grito de batalla, desde el norte: las tropas de Blumenthal atacaban a los rebeldes por la espalda. Los ngindo quedaron desconcertados, pero para sorpresa de Von Faukhert, que ahora luchaba a pie con el sable en una mano y la pistola en la otra, se reagruparon con sorprendente eficacia. Blumenthal disparaba contra ellos, y sin embargo, el comandante pudo

ver cómo se lanzaban directos hacia los fusileros, armas en mano, y se ponían a tiro como si despreciaran todo riesgo de muerte.

—Pero ¿qué sucede? —dijo el comandante para sí.

Su plan no funcionaba. Los rebeldes no aprovechaban el pasillo dejado al este para escapar. ¿Pelearían hasta el final? Imposible, era un suicidio.

Franz consiguió recuperar su sable; ahora dirigía tajos en todas direcciones, pues los enemigos se le acumulaban, pero lograba mantenerlos a raya. Entonces, muy leve, escuchó que unas voces cantaban algo. Poco a poco, todos los rebeldes se iban uniendo en un único cántico, un clamor. Chocó espalda contra espalda con Willem. El comandante parecía igual de desconcertado.

—¿Qué dicen? —preguntó Franz.

Willem aguzó el oído.

... goro... goro... ogoro... pogoro...

—Pogoro —repitió el comandante.

—¿Qué significa?

Pero Willem declinó responder. Buscaba a su alrededor. Se detuvo a estudiar el horizonte; lejos, en dirección norte; más allá de los hombres del Blumenthal.

—Dios nos asista —musitó.

«¡Pogoro, pogoro, pogoro!», gritaban los rebeldes alrededor de Bertram. El cántico lo detuvo. Un oscuro presentimiento se enroscó alrededor de su pecho. Elevó el mentón y observó el estado de la batalla. A no más de quince metros, Franz y el comandante luchaban espalda contra espalda, rodeados de enemigos.

—¡Franz! —llamó a su hermano, pero los aullidos, las voces, los gritos, los lamentos y las maldiciones de cientos de gargantas se encargaron de enmudecer sus palabras.

«¡Pogoro, pogoro, pogoro!», repetían los enemigos, y esta vez finalizaron con un rugido estremecedor y contraatacaron. Uno de ellos intentó coger a Bertram por un flanco. Atacó con su cuchillo por delante, pero este se agachó y le clavó su hombro sano en el estómago, tomó impulso y, levantándolo por los aires, lo proyectó lejos. Se dispuso entonces a cubrir la distancia que lo separaba de Willem. Cargó con la bayoneta por delante y abatió a otro de los rebeldes; luego tiró del cerrojo, apretó el gatillo y disparó; otro enemigo cayó muerto. Alguien lo abrazó por detrás, sintió un tajo a la altura del muslo, pero apenas dolor. Su estado de agitación le impedía lamentarse por las heridas. Dio un cabezazo hacia atrás, el atacante lo soltó. Continuó avanzando. Solo debían separarlos unos cinco metros, quizás menos.

—¡Franz! —volvió a llamar.

Otro rugido del enemigo respondió a sus palabras; y entonces, como accionados por una voz de mando que él no fue capaz de percibir, los *askaris*

soltaron sus armas y se batieron en retirada. Bertram, confuso, alzó la mirada de nuevo para comprobar si Willem había ordenado algo. Lo que vio, no obstante, también le habría atemorizado lo suficiente como para escapar, de no ser porque Franz estaba delante: tras los hombres de Blumenthal, y cargando desde el norte, bajaban al menos mil nuevos rebeldes. Eran los pogoro, a quienes estaba llamando la tribu ngindo.

La táctica del comandante para dividir sus tropas también había sido adoptada por el enemigo, y ahora sorprendían a quienes les habían intentado sorprender, lanzándose contra la retaguardia de Blumenthal. Ante semejante número de adversarios, los *askaris* escapaban hacia el miombo, mientras que Blumenthal se encontraba atrapado entre dos frentes. El comandante, en cambio, no quiso dar por perdido el combate, y tanto él como Franz continuaron en sus puestos, esperando que la nueva marea de rebeldes se les echara encima.

—¡Blumenthal! —gritó Von Faulkert—. ¡Reagrupe a sus hombres! ¡Contenga a los pogoro! ¿Me oye, teniente? ¡Blumenthal!

A la segunda evocación de su nombre, el teniente se volvió hacia él. A izquierda y derecha sus hombres caían frente a las lanzas del enemigo. En una fracción de segundo, el comandante percibió cómo Blumenthal se despedía con una mirada que, a todas luces, acababa de asimilar una derrota trágica, justo antes de que dos lanzas lo ensartaran por la espalda; luego una tercera le alcanzó el pecho. Algunas de las condecoraciones saltaron por los aires, mientras el veterano teniente manchaba su chaqueta con un esputo de sangre. Después, varios rebeldes cubrieron el campo de visión de Willem.

—¡Comandante! —gritó Franz; un hombre lo sujetaba por detrás, mientras otro se disponía a cortarle el vientre con un *panga*.

Willem disparó; acabó con el enemigo del cuchillo, y luego se lanzó sable en mano para matar al que sujetaba a Franz. La hoja de la espada pasó rozando el costado del muchacho y se clavó en el rebelde, que lo soltó con un grito agonizante.

—¡Franz, nos retiramos! —dijo, pero lo detuvo un sobresalto.

Abrió los ojos de par en par y apretó los dientes. A su espalda, uno de los ngindo le había clavado el machete en el omóplato derecho. Willem se volvió, y con extremada furia le clavó su sable hasta el mango. Acto seguido, las piernas le fallaron.

—¡Comandante! —dijo Franz, y le ofreció su hombro—. Venga, apóyese en mí. Tenemos que escapar.

—Grite que nos retiramos. Hacia el sur. No tenemos otra salida.

—¡Retirada! ¡Todas las tropas hacia el sur! ¡Nos retiramos! —anunció Franz mientras ayudaba a que Willem caminara.

Los *askaris* ya llevaban esa dirección. Pero la mayoría de los hombres de Blumenthal habían sido masacrados.

Bertram se abrió paso esquivando tanto a aliados como enemigos. Había perdido a Franz de vista y necesitaba encontrarlo, pero cada vez se hallaba menos cubierto por sus compañeros y más expuesto al peligro. De repente advirtió que solo los *ngindo* y los *pogoro* lo rodeaban. Ellos también se dieron cuenta de su presencia. Intentó retroceder; pero se había introducido demasiado. Hasta cuatro hombres lo atacaron a la vez. Tuvo tiempo de abrir fuego contra el primero, pero cuando quiso tirar del cerrojo, unas manos se lo impidieron. Empujó el fusil, intentando atacar con la bayoneta; fue inútil. Un par de brazos lo sujetaron del cuello y otros de las piernas. Entre todos lo alzaron en andas. Varios rostros se detuvieron a observarlo.

—¡Franz! —gritó desesperado—. ¡Soltadme!

Los rebeldes se carcajearon; junto a ellos relucían los filos de cuchillos y lanzas.

—¡No! ¡¡No!! ¡No me matéis!

Sintió un tajo en la pierna, luego dos más. Aquellos filos ahora estaban ensangrentados. Algunos *pogoro* volvieron a sonreírle; otros le gritaban a la cara.

—¡No! ¡Por Dios, no me matéis!

Tuvo miedo; auténtico espanto. Quizás era la primera vez que lo sentía. Ni siquiera cuando se había integrado en el combate temió por su vida, pero ahora percibía la certeza de su muerte; la seguridad de que no volvería a ver nunca más el rostro de su hermano, ni de Jocelyn. ¿Qué había hecho? ¿Cuán estúpido había sido? Tan concentrado estaba en conservar a su lado a las personas que quería que no había percibido su cariño. Ahora no volvería a tener una nueva oportunidad. El tigre de su interior se hallaba también asustado, acorralado. Los escasos segundos de vida que le restaban cobraron un cariz distinto; más reales. Percibió cada brazo que lo sujetaba, cada tajo en las piernas; cada insulto y carcajada. Eran los últimos instantes de una existencia plagada de errores, llena de pecados que no podría enmendar.

Le llegaron algunos disparos, muy lejos, en la distancia. A su alrededor ya no estaba la mezcla de voces de la batalla, ni las órdenes de los oficiales. No quedaba nadie que pudiera socorrerlo; ningún aliado que fuera a aparecer en el último momento para liberarlo. Estaba solo. Solo con el enemigo.

Aquello era el final.

—Se acabó —resolvió Jocelyn incorporándose en la cama.

Por orden de Mufid, había pasado una semana guardando reposo. No había puesto un pie fuera de la mosquitera de su dosel más que para atender las necesidades básicas. Al principio se notó cómoda, segura entre los muros de su hogar, al cuidado de su médico particular y a un toque de campanilla para que las sirvientas realizaran cualquier deseo. Pero aquella mañana notó que una extraña sensación la oprimía. Jamás había sentido algo igual: era como si el episodio violento del sanatorio le hubiera despertado cierta inquietud, un temor a estar desaprovechando cada segundo de su existencia. Semejante presión resultó difícil de soportar. Empujaba desde su interior, provocándole un anhelo de libertad y nuevas experiencias, de modo que, al final, atravesó aquella tela transparente que la protegía de los insectos, se vistió y arregló su pelo en un moño. Mufid la sorprendió cuando ordenaba los bucles cerca de sus sienes para que cayeran en torno a las orejas.

—¿Qué hace? —dijo colocando los brazos en jarras.

—Voy a salir a la calle y a elegir nuevos muebles para mi casa. No soporto estar más tiempo encerrada.

—Pero a usted no le importa quedarse en casa. Siempre está en casa.

Jocelyn se observó desde el espejo de su tocador.

—Ya no soy así.

—¿No espera al capitán para ir de compras?

—No. He esperado mucho tiempo. Hay algo... —Se señaló el centro del pecho—. Algo aquí que me está suplicando abandonar estas paredes. Elegiré y compraré los muebles yo sola; bueno, sola no. Tú me acompañarás.

Mufid también se señaló, estupefacto. Pero antes de que tuviera tiempo de negarse, Jocelyn dejó el tocador, lo tomó de la mano y lo arrastró escaleras abajo. El salón y el recibidor se hallaban despejados de muebles y elementos decorativos, como si no viviera nadie en la casa. Jocelyn ni siquiera se detuvo a calcular las medidas de lo que deseaba poner en cada lugar; abrió la puerta y se

lanzó al exterior. La intensa luminosidad la obligó a utilizar su mano como visera. Pensó en regresar a por su parasol, pero decidió que no iba a permitirse ningún retroceso.

—¿Preparado, Mufid?

—Yo no llevaré los muebles —advirtió el otro—. Ningún mueble. No soy mozo de carga. Soy médico, y viejo, ¿entendido?

—Tranquilo, ordenaré que me los traigan a casa.

—Le saldrá más caro. Debería esperar al capitán. Él vendrá con porteadores.

Jocelyn sonrió, alzó la cabeza y respiró hondo. Los rayos incidieron contra su pálido rostro, despertando los colores de sus mejillas y sus labios. Sintió que aquella húmeda calidez la atravesaba, que reavivaba el tránsito de su sangre por las venas, e incluso rejuvenecía su corazón enfermo. Tan decidida como si la mismísima Gerlinde impulsara sus músculos, puso rumbo al bazar.

Los alzamientos de los rebeldes no habían hecho gran mella en el comercio de Kilwa; una vez los soldados dieron la zona por segura, los faluchos regresaron con nuevas mercancías y desde los comercios volvieron a cantarse las mejores ofertas. Jocelyn y Mufid pasearon entre los diferentes puestos observando la diversidad de su oferta: en un lado, un *akida* ofrecía ristras enteras de bananas procedentes de Zanzíbar, y frente a él, otro aseguraba que no había mejor tela de algodón que la suya, lo cual, por supuesto, era totalmente falso.

Al fin, Jocelyn dio con el comercio que buscaba: se trataba del hogar de un artesano indio; toda su familia vivía en una pequeña casa de dos plantas de adobe; la primera albergaba las dependencias privadas, mientras que la planta baja había sido destinada a taller. Frente a este, protegidas del sol por un toldo, se encontraban expuestas diferentes piezas de mobiliario exquisitamente taraceadas. Jocelyn se detuvo a admirarlas. Segundo y medio después, el indio se frotaba las manos junto a ella.

—¿Le gustan, *sahiba*? —dijo en un alemán aceptable, aunque de acento forzado.

—Busco mobiliario para mi hogar.

El otro abrió la boca en una sonrisa exagerada.

—¡Excelente! Puede admirar mis piezas el tiempo que desee. Tenga. —Abrió el cajón de un mueble aparador y extrajo un abanico. En las varillas había dibujado un elefante—. Un regalo, *sahiba*. Hace mucho calor.

—Gracias. Muy amable —respondió Jocelyn.

Al momento, Mufid tiró de ella.

—Vámonos —recomendó haciendo un evidente gesto con la cabeza que no pasó desapercibido para el carpintero.

—¿Por qué? Hay muebles muy hermosos aquí.

—¿Comprar a un indio? Mala idea. Son tramposos. Mala idea. Los alemanes no los quieren. ¡Muy mala idea!

—¿Que no los quieren? Mufid, pero ¿qué dices?

El indio aprovechó entonces para atacar, soltando una colección de improperios emitidos en suajili que tenían por objeto ofender al médico sin que aquella posible clienta se enterara. Mufid no tardó en responder en los mismos términos, de modo que ambos se enzarzaron en una pelea dialéctica. Jocelyn a punto estuvo de abandonarlos a su discusión y, de hecho, la primera de sus reacciones fue la de retroceder y dejar que se insultaran a gusto; sin embargo, se sorprendió a sí misma resolviendo lo opuesto. Extendió los brazos e hizo barrera entre los dos hombres.

—¡Basta! ¿Qué significa este enfrentamiento? Mufid, detente. ¿Qué tienes contra este hombre?

—Es comerciante indio. Hacen trampa con las cuentas. Escriben números en su idioma que nadie comprende. Por eso no les quieren. Los alemanes están en su contra, los *akida* también.

—*Sahiba* —intervino el comerciante—, su criado lleva razón.

—¡No soy un criado! ¡Soy médico!

—Disculpas. —El indio unió las manos en actitud rogatoria—. No es mi deseo ofender.

—¿Es cierto lo que dice mi doctor? —quiso saber Jocelyn.

—Los indios somos gente trabajadora. Muchos de nosotros hemos cruzado el Índico con los mejores productos, o con el fruto de nuestras manos, como aquí ve. Llegamos desde Bombay para conseguir un futuro en estas costas, pero es normal que los alemanes recelen de nosotros: somos ciudadanos de una colonia inglesa y, por lo tanto, ingleses a sus ojos. Además, somos excelentes competidores para los otros comerciantes. Algunos nos odian y nos acusan de falsificar las cuentas. Pero, *sahiba*, jamás en toda mi vida he hecho una maldad como esa. Puedo garantizarle que le cobraré un precio justo por los muebles y que me ocuparé de llevárselos a su casa si es necesario. Antes que inglés soy indio, puede estar segura de ello. Confíe en mí y en mi mercancía. Esta madera es buena, resistirá cualquier inclemencia.

—¿Cualquiera? —Jocelyn entornó los ojos.

—Sí, *sahiba*. —El comerciante asintió de esa forma tan peculiar entre el pueblo indio, moviendo la cabeza a los lados, en lugar de arriba y abajo—. Tiene mi palabra.

—¿Cómo te llamas?

—Arjun, *sahiba*.

—Mufid, ve a los muelles y tráeme algunos porteadores. Llevaré los muebles

hoy mismo.

—¡Pero señora!

Jocelyn se volvió arqueando una ceja; suficiente para que el médico enmudeciera. Después, comenzó a pasearse por entre las piezas, calculando por encima de la curvatura de su abanico las medidas y posible ubicación en la casa. Adquirió un aparador, dos librerías, dos mesas, seis sillas, cuatro marcos, un perchero, media docena de baldas y una alacena. Tamaña compra hizo que al vendedor se le saltaran las lágrimas. Volvió a ofrecer sus servicios para llevar parte de las cosas hasta el domicilio, y ante su insistencia, Jocelyn no se negó. A mediodía, quince porteadores cruzaron las calles de Kilwa cargando con todos los muebles, y como si se tratara de un desfile de *askaris*, los vecinos se detuvieron a observarlos. A la cabeza, como si mandara las tropas, Jocelyn paseaba agitando su abanico. Aunque llevaba en la ciudad varios meses, se sintió como si aquel fuera su primer día.

Todavía faltaban algunos elementos decorativos: tapices, cuadros con los que rellenar los marcos y otros detalles, pero al menos la planta baja ya no se encontraba vacía. Jocelyn se detuvo a admirar su trabajo. Todo aquello había costado un buen dinero, pero ella ni siquiera comprobó la factura, a pesar de la insistencia de Mufid, que se ofreció para ocuparse del pago. El médico obligó al indio a que el precio apareciera en suajili y se esforzó por contabilizar cada rupia.

—Todo correcto. No nos ha timado. He sumado tres veces —señaló con cierto orgullo.

Pero Jocelyn no prestaba atención. Su espíritu aún se revolvía inquieto, disconforme. No deseaba regresar a la habitación. En su mente ya se paseaba una idea peregrina.

—El capitán Volkmer dijo que los campos habían sido atacados, ¿verdad? Y que Bertram había ido a buscar a Franz a nuestras tierras.

—Así es —confirmó Mufid desconcertado.

—Es seguro que no están en los campos. De otro modo ya habrían regresado. —Sin más preámbulo, encaró la puerta—. Voy a ir hasta allí.

—¡¿Qué?! ¿Sin el capitán? Pero... ¡es muy peligroso!

—Iré. Puedes quedarte si lo deseas. Alquilaré un caballo en la casa de postas. —Se revisó la ropa—. Tengo que cambiarme. Con este vestido no puedo montar. Subió las escaleras; Mufid la seguía a corta distancia.

—Pero señora...

Jocelyn cerró la puerta en su cara antes de que el médico pudiera formular nuevas excusas. Al poco salió ataviada con unas botas de caña alta, unos

pantalones, una camisa con ceñidor y un gracioso sombrero del que colgaba una redcilla de protección contra los mosquitos.

—Mufid, ¿vendrás conmigo o no?

Había adoptado la forma de una pregunta, pero el tono empleado por Jocelyn era más un modo de apremiar al doctor para que estuviera listo.

En la casa de postas tomaron dos caballos, y sin demorarse un instante pusieron rumbo a Matumbi. Aunque solo había ido una vez cuando fue contratado por el comandante, Mufid logró que sus insistencias fueran escuchadas y cabalgó a la cabeza. Temía que en cualquier momento los asaltara un grupo de rebeldes y acabaran con ellos, o algo peor. Durante todo el trayecto permaneció atento a cada ruido de animal, y cuando, muy a lo lejos, oyó el rugido de un león, brincó de su silla como si alguien le hubiera colocado una aguja debajo del trasero. Jocelyn no pudo parar de reír durante más de un minuto.

Tras cabalgar una hora, ascendieron la colina que daba a los campos del comandante; pero al otro lado los aguardaba un paisaje dantesco, muy diferente al recuerdo que Jocelyn guardaba de cuando asistió a la fiesta de Willem. El suelo estaba ennegrecido por el incendio, olía a madera quemada y en el aire aún flotaban lánguidas estelas de humo y ceniza. Un montículo renegrido señalaba el solar que ocupó la casa. Allí divisaron a media docena de hombres. Mufid tiró de las riendas de su caballo y lo espoleó con la firme decisión de alejarse, pero Jocelyn no tardó en advertir que no eran rebeldes: entre ellos, había un *akida* que observaba las vigas quemadas y la disposición de ciertas manchas oscuras, antes muebles.

Descendieron la loma y cruzaron los campos hasta aproximarse al grupo. El *akida* se adelantó y saludó a Mufid, quien respondió con cierto recelo. El terrateniente árabe era un hombre de baja estatura, muy moreno y con la cara sembrada de pecas negras. No paraba de mojar con la lengua unos labios belfos y sobresalientes, ni de abanicarse con una pluma enorme y negra. Jocelyn buscó un modo de hacerse notar:

—¿Qué hacen ustedes en mis campos? —declaró buscando que sus palabras sonaran convincentes.

—¿Sus campos? —respondió el *akida*—. Pensaba que eran propiedad del comandante Willem von Faulkert, si la memoria no me falla.

—También son míos. Mi marido, Bertram Kast, compró una parte importante.

—¡Ah! Eso acaba de hacer interesante este encuentro. Me llamo Sefu bin Amri, soy un *akida* propietario de plantaciones cercanas. Omaní, por supuesto, y familia del sultán de Zanzíbar. Si es usted la esposa de Bertram Kast, entonces debe ser... Jocelyn, ¿estoy en lo cierto?

—Así es. ¿Cómo me conoce?

—Tengo una plantación cerca y me gusta estar informado sobre mis... vecinos. El señor Kast lleva días sin aparecer por Matumbi, al igual que su hermano, Franz, y el comandante. Imagino que andarán en el este, peleando contra los rebeldes, si no han muerto ya, claro. Las noticias que llegan de los enfrentamientos son trágicas, muy trágicas, señora.

Jocelyn palideció. Tragó saliva y preguntó:

—¿Qué es lo que hace aquí?

—Me dispongo a replantar estas tierras, por supuesto —señaló el *akida* elevando el mentón y bajando los párpados, en un derroche de prepotencia—. Construiré nuevas casas para los trabajadores, barracones para la guardia y un emplazamiento para mí. Justo aquí, donde se hallaba el hogar del comandante. Es donde mejor visibilidad hay de toda la zona.

—Le repito que estas tierras poseen dueño, a pesar de su estado.

El *akida* mostró una amplia sonrisa. Tenía varios dientes de oro.

—Sea razonable, señora. Fíjese en su alrededor: gran parte de los sembrados han quedado inútiles. Por otro lado, no hay noticias de sus dueños. ¿Sabría usted, quizás, cómo solucionar los problemas del lugar?

—Pues no, pero...

—Además, está el hecho de que se ha quedado sin trabajadores. Tras el alzamiento muchos escaparon a sus aldeas; a otros los contraté yo, pues también he sufrido algunas pérdidas importantes, y el resto, simplemente, se unió a la rebelión. Si ha venido a reclamar la propiedad de su marido, ¿dónde conseguirá trabajadores? ¿Lo ha pensado por un momento? Y, cuestión esta más importante, ¿cree que le serán fieles? Estas tierras ya no son seguras. Los ataques podrían volver a repetirse, quizás con más virulencia. ¿Qué haría entonces? ¿Y si alguno de sus trabajadores decide atacarla? Estoy seguro de que no ha meditado todas estas posibilidades con el adecuado detenimiento, ¿me equivoco?

—No, no lo había pensado así —respondió Jocelyn cabizbaja.

—Verá. —Sefu se esforzaba por que su tono sonara cada vez más conciliador, aunque sin perder la altivez—. No me importaría que se quedara con sus tierras, porque me ahorraría cierto papeleo que encuentro engorroso, pero los campos estarán mejor administrados si me ocupo yo de ellos; al menos hasta que regrese el comandante. Luego ya arreglaré cuentas con él. A su vuelta es posible que usted recupere la inversión de su marido; desde luego que sí. Señora, ha sido muy valiente viajando hasta aquí sin escolta armada, pero le recomiendo que retorne a su casa. Allí se encontrará mejor.

Jocelyn tiró de las riendas de su caballo, dio media vuelta y desapareció tras la colina. A cierta distancia, oyó cómo Sefu se despedía de ella:

—¡Que pase buen día, señora!

Regresó a la carretera seguida de Mufid, que intentaba adivinar su estado de ánimo a partir de su balanceo sobre la silla. El caballo caminaba pausado y triste.

—El *akida* tiene razón —comentó el doctor al cabo de unos minutos de absoluto silencio—. Usted no puede con los campos. El trabajo allí es duro. No sabemos hacerlo.

Jocelyn se dejaba mecer por el movimiento de su montura. Con toda seguridad, ambos llevaban razón. Ni siquiera se había planteado todos los problemas y responsabilidades que conllevaba la dirección de un campo de algodón, y más cuando todas aquellas labores debían reiniciarse por culpa de un incendio. Pero por otro lado se sentía minusvalorada, aplastada. ¡La mañana reamueblando su casa había resultado tan gratificante! No, no podía concluir así. De ninguna manera.

Clavó los tacones en el caballo, que soltó un relincho y se encabritó; luego tiró de las riendas, dio media vuelta y, a todo galope, puso rumbo a los campos.

—¡Qué...! —dijo Mufid, pero no pudo terminar la frase; Jocelyn se alejaba a toda velocidad.

Salvaron la colina y descendieron entre una polvareda. El *akida*, que había vuelto a los diseños de su nueva casa, se volvió sorprendido. Jocelyn detuvo el caballo a escasos metros de él. Desmontó, y con gran decisión caminó hasta los restos de la casa. Una vez en mitad de toda aquella madera quemada, se deshizo del sombrero, lanzó un resoplido y se sentó en el suelo.

—Es posible que no sepa administrar un campo de algodón —comenzó señalándose—, que no sea capaz de contratar trabajadores y que corra peligro en una zona amenazada, pero estas continúan siendo mis tierras. Me pertenecen, señor, y no voy a permitir que se las apropie delante de mis narices.

—¡Pero va a desaprovechar...!

—¡Sí! —Esta vez fue Jocelyn quien cortó al *akida*—. Es muy posible que desaproveche esta tierra, pero sigue siendo mía. Es mi responsabilidad y mi propiedad. La decisión me pertenece. De modo que aléjese y llévese a sus hombres de aquí. Ahora mismo.

El *akida*, estupefacto, no supo si marcharse o permanecer en el sitio.

—Mufid —ordenó Jocelyn alzando la voz—. Cabalga tan rápido como puedas a Kilwa y avisa a Volkmer. Imagino, Sefu bin Amri, que está al tanto de la labor que desempeña el capitán en la ciudad. Considero prudente advertirle que mantengo una estrecha amistad con él, y no le agradará nada saber que me está usted incomodando. ¡Mufid, ve!

El otro se dispuso a obedecer, pero el *akida* alzó los brazos.

—¡No! No es necesario. —Enseñando sus incisivos dorados con otra sonrisa,

añadió—: No pretendo importunarla. Parece estar muy convencida de lo que quiere. Le ruego me disculpe. Mis hombres y yo nos marchamos. Pero le advierto que no miento en todo lo que le he dicho. Se encontrará con problemas, y algunos muy duros.

—No necesito sus advertencias.

—Como quiera.

Se tocó el corazón, los labios y la frente, y señaló al aire para finalizar su despedida. Jocelyn se quedó sentada, rígida como una estatua, sin mover un músculo. Solo cuando vio que desaparecían entre la espesura se permitió exhalar. Mufid, dejando al caballo, se internó entre los restos chamuscados.

—Este no es buen sitio para sentarse —dijo señalando las maderas astilladas y las zonas ennegrecidas.

—¡No sabía qué hacer! —se defendió Jocelyn hiperventilando—. Ha sido la primera idea que me ha venido a la cabeza. Quería... ¡quería impedir que se salieran con la suya!

—Lo ha conseguido.

—¡Sí! —celebró mientras paseaba la mirada a su alrededor—. Pero ¿qué voy a hacer con todo esto?

—Espere al comandante, a Bertram y a Franz. Ellos lo arreglarán.

Jocelyn arrugó el entrecejo. La idea de esperar la molestaba, y mucho. Sentía, de forma evidente, que no era lo que debía hacer. Mufid pareció adivinar sus emociones.

—Vale, no espere. Peor para usted. Pero como usted no espera, recomiendo que empiece por donde iba a empezar él.

Extendió los brazos y abarcó el aire con ellos, en un intento por señalar los escombros que los rodeaban.

Bertram despertó con unos aullidos. Solo fue capaz de abrir un ojo, pues tenía el otro párpado inflamado. La oscuridad era casi absoluta, a excepción de una gigantesca hoguera, que iluminaba los torsos desnudos de medio centenar de nativos. Se arremolinaban a su alrededor, armados con cuchillos, lanzas, escudos de piel curtida y algunas armas de fuego hurtadas. Intentó moverse, pero lo habían atado a un poste. Entonces advirtió que no era el único prisionero: tenía un hombre a cada lado. El de la izquierda le devolvió una mirada de espanto, mientras el corazón parecía a punto de salirse del pecho. Era un *askari* de no más de dieciocho años.

—*Bwana!* —gritó el joven mirándose las cuerdas alrededor de su torso.

Gritó unas palabras en suajili, dirigiéndose a Bertram y a sus captores, pero no sirvió de nada. Uno de aquellos rebeldes, tomando carrerilla, arrojó una lanza que le atravesó el centro del pecho. El prisionero lanzó un grito entre gorgoteos; los rebeldes lo imitaron profiriendo otro mucho más fuerte. La lanza se quedó clavada unos segundos, pero luego, desgarrando la carne, salió junto a un borbotón de sangre oscura. El muchacho quedó sin fuerzas para quejarse; murió un segundo después.

Bertram giró la cabeza a su derecha; allí había un alemán, un sargento que había observado la escena con el mismo espanto que él, y que ahora lo miraba con fijeza.

—¡Socorro! —comenzó a gritar el sargento—. ¡No quiero morir! ¡Por favor, no me maten! ¡Yo no he hecho nada! ¡No he hecho nada!

El muro de rebeldes se abrió, dejando un estrecho pasillo del que emergió una figura que caminaba sin prisas, empuñando un *panga*. Cuando quedó a pocos metros de los prisioneros, las llamas de la hoguera arrojaron una luz ocre sobre su rostro. Bertram sintió que se le helaba la sangre: aquel rostro duro, aquella barba, aquellos labios sobre los que descansaba una pipa...

Kimbele.

Y como si pudiera sentir su terror, el hombre le dirigió una perversa mirada de

soslayo antes de cargar contra el sargento alemán. Lanzó un tajo horizontal al estómago, muy rápido. Las entrañas brotaron y se derramaron, mientras la víctima era testigo de su propia evisceración. Después, Kimbele introdujo el cuchillo en el estómago, giró la hoja y fue sajando el torso de abajo arriba. El cabo todavía gritaba y se revolvía lo poco que le dejaban las ataduras. Bertram sintió ganas de vomitar, pero su garganta se había cerrado. Cuando el cuchillo alcanzó la caja torácica, Kimbele tuvo que hacer fuerza; pero continuó abriéndose paso entre las costillas, hasta que el cabo expiró. Entonces mostró el cuchillo ensangrentado a los demás, que respondieron alzando sus armas, presos de un frenesí homicida. A continuación Kimbele señaló a Bertram con la punta de su cuchillo.

—No, no lo hagas. Sé que me entiendes. Te recuerdo de los campos. No lo hagas, por favor.

Kimbele llegó hasta él. Tenía la vista fija en la nuez de Adán; el sitio al que había apuntado para dirigir el *panga*.

—¡No lo hagas! —rogó Bertram con el corazón tan acelerado que la cabeza también le palpitaba.

Kimbele alzó el cuchillo y lo dirigió contra Bertram, pero el arma, en lugar de rebanar su cuello, le hizo un tajo en mitad del pecho; no muy profundo, aunque sí bastante doloroso. Entre los rebeldes emergió una carcajada multitudinaria. Kimbele también rio. Bertram no sabía qué estaba sucediendo, pero de repente el muro humano volvió a hacer hueco a una nueva aparición. Langi se hizo visible con las llamas de la hoguera. Caminó sinuosa hasta el prisionero, sometiéndole bajo aquellos ojos de fulgor místico.

—¡Tú! —fue lo único que logró pronunciar Bertram.

—Escúchame bien. —Langi alzó un dedo—. El dominio de los extranjeros se ha terminado en nuestra tierra. Comunícaselo a quienes veas. Todo aquel que no se coloque de nuestro lado recibirá el castigo de obedecer a los europeos. Te portaste bien conmigo. Recuerdo cómo me dejaste marchar, y lo agradezco. También vi cómo llevaste a ese niño hasta los campos para que se reuniera con su familia. No mereces que te matemos como a los otros. Te soltaremos las cuerdas y te dejaremos salir a la oscuridad. Pero tu hermano se portó mal con Kimbele, mi padre. Él estuvo a punto de morir, y ahora su espíritu pide venganza. Tú pagarás por tu hermano. Puedes marcharte, sí. Tienes media hora para correr; luego te buscaremos. Así se decidirá tu destino.

Bertram no podía hablar; cada idea se aglutinaba en su cabeza un segundo antes de quedar interrumpida por otra. Pensaba a gran velocidad si aquellas personas, en efecto, lo dejarían escapar, o si se trataría de algún tipo de juego macabro. Tampoco sabía dónde se encontraba, ni hacia dónde correr para

alcanzar un rastro de civilización. Ni siquiera era capaz de ver más allá de la luz de la hoguera. Lo terminarían encontrando, no importaba cuán rápido corriera, o lo bien que intentara ocultarse. Rastrearían sus pasos, escucharían su respiración, lo detectarían entre la negrura.

—Ahora eres libre. ¡Corre!

La orden llegó como un pensamiento más entre los otros. Sus piernas se accionaron solas. Se lanzó a la oscuridad, mientras lo despedían las risas y las burlas de sus captores. Se tropezó antes de desaparecer, cuando aún lo iluminaba el fuego. Más risas y más burlas. No lo conseguiría, era imposible esconderse de tantas personas; pero se puso en pie y continuó la carrera.

Todo se volvió negro. Los matorrales, los árboles y las piedras pasaron a ser bultos confusos, difíciles de percibir. Aceleró el paso, sin importarles que las ramas le rozaran la piel, ni que los desniveles del camino lo hicieran tropezar. Transcurrió un tiempo, no supo cuánto, y escuchó que un conjunto de voces lo llamaba desde lejos. Los rebeldes salían en su busca como si fueran tras un animal. Aquello impulsó todavía más sus piernas; aceleró el paso y alargó sus zancadas. Caía cada pocos metros, se magullaba las rodillas, las palmas de las manos y los codos, pero apenas notaba el dolor. Empezó a jadear, a cansarse. Quiso detenerse para recuperar el aliento, pero no le fue posible. Escuchaba gritos desde diferentes puntos, hojas que crujían al ser pisadas, el frufú de las ramas cuando un cuerpo pasaba a través de ellas. Se puso en pie; no sabía qué dirección tomar, pues le llegaban voces de todas partes. Lo rodeaban, habían descubierto su posición y estaban estrechando el cerco hasta acorralarlo. Eligió un rumbo al azar y se precipitó hacia allí. Justo entonces crecieron los gritos. Lo habían visto; unos a otros se comunicaban su posición. Intentó redoblar la marcha, pero las piernas le temblaban por el esfuerzo y el pecho le dolía cada vez más. El sudor resbalaba por todo su cuerpo y se introducía en las heridas, provocándole diferentes grados de escozor; pero era el tajo de Kimbele el que más le torturaba. Estaba sangrando, empapando su camisa e incluso sus pantalones. Era un tajo profundo, quizás demasiado. Le restaba energías.

Las voces se hallaban cada vez más cerca. Escuchó pasos a pocos metros de sus talones. Iban tras él, quizás a más velocidad de la que sus piernas podían generar. Se tropezó con una piedra y cayó, pero no contra el suelo. Escuchó un chapoteo, junto al punzante contacto del agua fría. Había alcanzado un río, no sabía cuál, ni cuán profundo sería, pero se adentró en él. No tardó en dejar de hacer pie; notó que lo arrastraba una corriente no muy fuerte, pero imposible de combatir con las energías que le quedaban. Al instante escuchó varios zumbidos junto a su oreja: los rebeldes le arrojaban sus lanzas. Tomó aire y se introdujo bajo el agua. Buceó hasta sentir que le ardían los pulmones y emergió dando una

fuerte bocanada. Ya no lo seguían, ni había voces, ni el aire era cortado por ningún proyectil. Solo el rumor de aquel caudal. Hizo un último esfuerzo; se puso a nadar hacia la orilla. Se encontraba agotado, pero si no salía del río terminaría ahogándose. Los brazos, las piernas y el pecho le dolían a cada brazada, pero al fin logró tocar el fondo con sus botas. Alcanzó la orilla y se dejó caer bocarriba, exhausto. ¿Habría eludido a los rebeldes?

La cabeza empezó a darle vueltas. Acababa de agotar todas sus reservas y aquel era el resultado. Iba a desmayarse. Se le nubló la mirada y, poco a poco, también el oído. Pero antes de que perdiera el sentido, creyó escuchar a alguien: una mujer.

Una mujer que hablaba en alemán.

Franz y Willem habían decidido separarse de los demás.

Para escapar de los rebeldes, las tropas habían huido hacia la parte más densa del miombo, donde las higueras gigantes se mezclaban con los tamarindos, los árboles de caoba y las acacias. Los monos les gritaban desde las ramas más altas, y como si ejercieran de confidentes del enemigo, delataban su posición a los pogoro, que les seguían la pista de cerca, pasando a cuchillo a todo el que se quedara rezagado. Franz aún podía mantener el ritmo; no así el comandante. Perdía poca sangre por la herida de su omóplato, pero a un ritmo constante que no detenían la presión ni las vendas. Era evidente que necesitaba un descanso.

Cuando todo parecía presagiar un pronto final, Willem tomó una decisión desesperada: dar media vuelta y caminar hacia el norte, rodeando a los pogoro. Si todo funcionaba, los rebeldes no esperarían que el enemigo se colara entre sus filas; de hecho, seguirían concentrados en perseguir a los que continuaran en dirección sur.

—No declare nuestras intenciones a nadie —ordenó a Franz—. Nuestra salvación depende de que los rebeldes sigan la pista al grueso de las tropas. Solo de este modo, si somos dos, los despistaremos. ¿Está conmigo?

—Podrían detectarnos.

—No lo harán. Haga en todo momento lo que le ordene.

Procurando que ninguno de los *askaris* los vieran, viraron hacia el norte, buscando en todo momento flanquear a los pogoro. Al anoecer, dieron con una charca raquílica. Willem ordenó que se untaran de barro y se cubrieran con algunas hojas. Así camuflados, ambos se echaron junto a la orilla y permanecieron muy quietos, aguardando. Antes de que la luz se disipara por completo, escucharon que se aproximaban los rebeldes, y en menos de cinco minutos un ejército de ellos les pasaba por delante. Franz ni siquiera se concedió respirar con normalidad, solo lo necesario para no perder el sentido, mientras advertía cómo aquellos hombres caminaban a menos de un metro de distancia. Al poco, los pogoro se habían alejado. Entonces los dos soldados se pusieron en

pie, se quitaron las hojas y el barro, y uno a otro se despegaron las sanguijuelas que se habían adherido a su carne. Luego corrieron hacia el norte, abandonando el miombo y saliendo a una meseta pelada que se extendía a lo largo de varios kilómetros.

—Vamos, Franz, continuemos en dirección norte —indicó el comandante—. Seguimos en tierra de los pogoro, y cuando se cansen de perseguir nuestras tropas es probable que den con nuestro rastro. Debemos salir de aquí.

A pesar de su precario estado de salud, Von Faulkert supo aprovechar las energías. Tomó una rama que le sirviera de cayado y guio la marcha. Los dos hombres deambularon hacia el norte, expuestos al calor abrasador, los insectos y la falta de alimentos; únicamente el agua parecía no escasear. Durante la segunda jornada cruzaron el río Nyenye, y después el Luvengu, un afluente del Rufiji. Cuando despuntó el cuarto día comprobaron que no viajaban solos.

—Hienas —señaló Franz—. Nos llevan siguiendo desde la madrugada.

En efecto, cinco ejemplares los observaban a cierta distancia. El joven Kast lanzó un grito para ahuyentarlas, pero solo consiguió que se separaran un poco para luego regresar.

—No agote sus fuerzas —recomendó el comandante—. Aunque lograra espantarlas, no podría con ellas.

Y, apuntando su cayado al cielo, mostró tres buitres que circunvalaban sus cabezas.

—¡Maldición! —declaró el joven—. ¿Es que vamos a morir?

—No. Escuche, Franz, no moriremos. Debemos continuar sin rendirnos. Esas alimañas esperan que nos demos por vencidos, pero no lo haremos.

—Conforme.

Al cabo de unos kilómetros, la meseta se transformó en un terreno escarpado, de nuevo cubierto por el miombo. La densidad de la vegetación repelía el calor en buena medida, y gracias a ello lograron recuperar fuerzas y seguir con más ánimo. Al octavo día divisaron un fortín alemán.

—Mahenge —identificó el comandante—. ¡Lo logramos, Franz, lo logramos!

Sobre los muros del fortín asomaban las cabezas de un centenar de soldados y el cañón de dos ametralladoras, montadas en sendas cureñas. Salió a recibirlos un teniente alemán rodeado por diez *askaris* que hacían las veces de escudo humano. El oficial era un hombre de considerable tamaño, con una barbilla acabada en un profundo hoyuelo y el pelo rubio claro, casi albino.

—Soy el teniente Von Lenz.¹ Estoy encargado de la defensa de este fortín.

—Comandante Willem von Faulkert. Este de aquí es el sargento Franz Kast. Espero que sepa defender estos muros, teniente, porque va a sufrir una visita muy pronto.

—De los rebeldes. ¿Cómo lo saben?

—¿A qué rebeldes se refiere usted, teniente?

—A los mbunga. Han atacado Ifakara, al norte. Vienen directos hacia nosotros. ¿No se refería a ellos?

—No, por desgracia para todos nosotros. Hablo de los pogoro. Se hallan al sur, a una semana a pie. Debería prepararse para un ataque combinado de ambas tribus. Es probable que los pogoro tomen esta dirección.

Al teniente se le demudó el rostro.

—Confío en que sabrá hacerlo —declaró Willem suspicaz.

—¡Desde luego! —saltó Von Lenz—. Sabremos defendernos, comandante.

—De acuerdo entonces. Yo necesito descansar. Espero no tener que hacerme cargo de la situación.

—Atajaremos el problema. Por favor, pase al fortín. Dispondré para usted mi propia habitación.

Las tropas aguardaban inquietas. Willem revisó de un vistazo los puntos donde montaban guardia y el armamento. Ya en la habitación, el comandante despidió a Von Lenz, ya que Franz se ocuparía de sus cuidados. Apenas quedaron solos, tomó al joven de la solapa de su camisa y tiró de él para hablarle al oído.

—Esto se va a poner peor antes de mejorar, Franz.

—Presiento que no se refiere al estado de sus heridas.

—Acierta, querido amigo. Consíganos fusiles y traiga aguardiente, todo el que pueda.

Durante los días que siguieron, en el fortín se respiraba un aire cada vez más cargado. Los hombres se movían nerviosos, no tenían nada en lo que ocupar su tiempo pero se resistían a permanecer más de unos minutos en el mismo sitio. Ni siquiera los centinelas guardaban su puesto, sino que paseaban de un lado a otro por el adarve del muro; y cada vez que algo se movía en el exterior, apuntaban primero y luego avisaban a los compañeros. Por fortuna, nunca era otra cosa que una bandada de pájaros, un elefante rozando su grupa contra un árbol o un solitario leopardo. Pero cada suboficial alemán y *askari* tenían muy presente que el paso de los días, e incluso el avance de las agujas del reloj los aproximaba a una batalla en la que sufrían una amplia desventaja. El enemigo los superaba en número y fiereza; su victoria dependía de la sangre fría de un teniente que dudaba al tomar decisiones.

Willem von Faukhert aprovechó aquel compás de espera para recuperarse guardando cama. Había dejado su botella de aguardiente sin probar, en el suelo, pero al alcance de la mano. Franz lo visitaba varias veces a diario, pues el

comandante deseaba estar al tanto de lo que sucedía en el fortín y de cómo lo gestionaba Von Lenz. Su agitación también iba en aumento, pero en su caso era distinto, pues parecía capaz de olisquear la proximidad de la batalla. De este modo, al amanecer del séptimo día, abordó a Franz con todo su cuerpo en tensión:

—¿Ha doblado la guardia Von Lenz?

—No, comandante.

—Debería hacerlo de inmediato. ¿Y las ametralladoras?

—Apuntan al sur.

—¡Inútil! Sabe que los mbunga vendrán por el norte. ¿Las han revisado?

—No, que yo sepa.

—Pues atienda. De esas ametralladoras dependerá que vivamos o seamos ejecutados por los rebeldes. Mire que se hallen bien municionadas y engrasadas. Revise bien la refrigeración; que tengan agua.

—Lo haré sin falta.

—Y cuide de que...

De repente los sobresaltó un griterío y el tañer de una campana.

—¡La alarma! —dijo Franz tomando su fusil.

—¡Lo sabía! —declaró el comandante. Su percepción no lo había engañado.

Pero en lugar de su arma, tomó la botella de aguardiente. La desenroscó por primera vez, dio un buen trago, y una vez se hubo limpiado con la manga, se incorporó.

—Franz, voy con usted.

—Debería continuar reposando.

—¿Y dejar mi vida en manos de ese pusilánime? ¡Jamás!

Abandonaron la habitación y en el exterior advirtieron que el fortín era la viva imagen de la anarquía. Cada hombre corría en una dirección; chocaban entre ellos, se pedían información unos a otros o, simplemente, quedaban abrazados a su fusil sin saber bien qué hacer. Von Lenz no dio muestras de vida hasta un minuto después, cuando salió colocándose los tirantes, y tan desconcertado como los demás.

—¡Son los mbunga, teniente! —le gritó alguien desde el adarve—. ¡Ya vienen!

El teniente observó un instante a Willem, luego se buscó la pistolera, desenfundó su Luger y subió al muro. Pero apenas hubo mirado por encima de las almenas, lo hizo retroceder un colosal bramido que se reprodujo por cada recoveco de la fortificación; y como si tuviera la propiedad de herir la carne, indujo a que cada soldado se agazapara en su puesto.

—¡Son muchos! —gritó uno.

—¡Dios santo, asístenos! —imploró otro.

Los *askaris* también clamaban de pavor en lengua suajili. Y otra voz de alarma terminó por mermar el poco valor que les restaba.

—¡Vienen más! ¡Muchos más rebeldes por el sur!

El teniente recorrió el adarve hacia allí y se volvió hacia Willem, que seguía plantado en mitad del patio:

—¡Son demasiados! ¡Por Dios, son demasiados para nosotros! Comandante, ¡nos ha traído la desgracia! La tribu del sur es inmensa. ¡Son demasiados!

Willem apretó los dientes, devolvió al teniente una clara mirada de desprecio, y tras otro largo buche de aguardiente, vociferó:

—¡No diga que son demasiados, Von Lenz! ¿Cuántos son?

—Yo no...

—¡Ojeadores!, ¡estimen un número! —ordenó Willem—. ¡Cien rupias al primero que me lo indique sin equivocarse!

Avivados por la oferta, los hombres comenzaron a recorrer el adarve calculando las tropas enemigas.

—¡Mil doscientos hombres por el norte, mi comandante! —dijo un muchacho.

—¿Seguro? —inquirió Willem entre dos tragos a la botella.

—Del todo, mi comandante. Mil doscientos por el norte.

—¿Y por el sur?

El muchacho corrió al otro lado. Esta vez tardó más en el cálculo.

—Cielos...

—¿Cuántos?

—Seis mil... quinientos. Quizás siete mil hombres.

La cifra avivó el temor entre los soldados. Levantaron un revuelo de expresiones de pánico que el comandante atajó pronto.

—¡Silencio! ¡Silencio todos! Bien, muchacho, las cien rupias son tuyas si consigues sobrevivir. Y sobrevivirás. Sobreviviremos todos, caballeros, si hacen exactamente lo que les ordene. ¡Teniente Von Lenz, retírese!

—¡Yo estoy a cargo de este fortín! —respondió el otro escandalizado—. Comandante, todavía se encuentra herido.

—Teniente Von Lenz, le he ordenado que abandone su puesto. Se encargará de coordinar el abastecimiento de munición. Deje ahora mismo el muro. Si vuelve a desobedecerme, ordenaré que abran fuego contra usted. ¿Ha comprendido? ¡Soldados, apunten al teniente Von Lenz!

Medio centenar de hombres obedeció. El teniente saltó del adarve como si ya abrieran fuego contra él. Al llegar al suelo tropezó y cayó. Willem le ayudó tomándolo del brazo. Cuando lo tuvo frente a frente, dijo:

—Descuide, teniente. La gloria de esta batalla quedará bajo su nombre. Solo

pretendo salir con vida de aquí. Si lo hacemos, yo mismo me ocuparé de promocionarle. Ahora obedezca y acuda al polvorín.

Subió con Franz al adarve. La visión que los aguardaba al otro lado resultaba estremecedora: miles de rebeldes estaban apostados a menos de un kilómetro de los muros. Los mbunga, al norte, eran desorganizados y se ocultaban en el miombo; pero en el sur, los pogoro formaban en tres extensas líneas horizontales, protegidos tras sus escudos ojivales. Cantaban al son que les dictaba un jefe, y lo imitaban cuando este apuntaba al cielo con su lanza. Cada poco tiempo, acompañaban su cántico haciendo resonar sus escudos de cuero endurecido. Casi siete mil escudos tronando erizaban la piel del hombre más valeroso.

—Los pogoro parecen más decididos —advirtió Willem apretando los labios ante semejante demostración bélica—, pero diría que no se han puesto de acuerdo con los mbunga. Franz, vamos a arriesgarnos.

—¿Qué quiere que haga?

—Concentre a los hombres en el sur, junto a las ametralladoras. Mi plan depende de que ambas columnas no ataquen a la vez. Solo de este modo podremos detenerlos. Esperemos que los pogoro ataquen primero.

—¿Qué sucederá si atacan primero los mbunga?

—¿Eres creyente? —rio Willem y, tras otro trago, se dirigió a los hombres—: ¡Caballeros del insigne Imperio alemán! Nos hallamos frente a una encrucijada en nuestras vidas. De ustedes depende que salgamos vivos o que al final del día rindamos cuentas al Creador. Apunten sus fusiles con velocidad, no duden al disparar y, sobre todo, no se dejen amedrentar por su número. ¡Sargentos! Que los hombres formen en dos filas; la primera abrirá fuego mientras la segunda municiona. Tres hombres en cada ametralladora, que no dejen de disparar. ¡Atentos, ahí vienen!

Los pogoro se movilizaban. Salieron de la floresta en una carga rabiosa. Pero tal y como Willem esperaba, los mbunga todavía no se habían decidido. El comandante desenvainó el sable.

—¡Primera línea, fuego!

La primera descarga de fusilería se llevó por delante medio centenar de hombres, pero aquello no los detuvo. La segunda línea ocupó su lugar.

—¡Segunda línea, fuego!

Un nuevo tronar y más hombres caídos. Los pogoro habían llegado a unas decenas de metros. Algunos se atrevieron a atacar arrojando las lanzas. Willem esquivó una mediante un veloz movimiento de cuello.

—¡Ametralladoras, fuego a discreción!

El tableteo ensordecedor de las MG hizo enmudecer cualquier otro ruido de

batalla. Las cintas de balas fueron velozmente consumidas. Abajo, la tierra no tardó en cubrirse de cadáveres. Aquel monótono crepitar se extendió durante casi un minuto, mientras más y más rebeldes eran abatidos; ninguno de ellos fue capaz de acercarse a menos de treinta metros antes de que los alcanzara uno de los proyectiles.

—¡Fusileros, fuego a discreción!

La tercera descarga fue a parar a los heridos por las ametralladoras, o a los que ya se retiraban.

—¡Comandante! —anunció de repente uno de los suboficiales—, ¡los mbunga atacan!

—Franz —ordenó Willem—, mueve una de las ametralladoras al lado norte. —Después se volvió hacia el interior del fortín y dijo—: ¡Von Lenz, ha llegado su momento de gloria! ¡Lleve munición extra de ametralladora al adarve norte!

Cuando Franz llegó hasta allí con la ametralladora, ya había varias cajas de balas esperándolo. Uno de los *askaris* colocó una cinta y le tendió los mandos. Franz se arrodilló y observó a través del alza aquella oleada que se aproximaba.

—¡Franz, fuego! —escuchó que le ordenaba el comandante desde el lado sur. Dudó.

—¡Franz, dispara o asaltarán el fortín!

Apretó los dientes y el disparador. Le sorprendió el retroceso de la ametralladora, que hizo vibrar todo su cuerpo. Al instante, un rayo de fuego emergió del cañón, y al otro lado, los atacantes empezaron a caer entre nubes de polvo rojizo. Movié la ametralladora a izquierda y derecha, disparando al bulto de enemigos sin apuntar a ninguno en concreto; la cinta era consumida a una velocidad pasmosa, hasta que escuchó un *clic*. El *askari* introdujo otra cinta y todo volvió a quedar envuelto por aquella tormenta. Más víctimas, más enemigos que se arrojaban a las balas; y línea tras línea, todos terminaban muertos. Se escuchó gritar de rabia, invadido por aquella sensación de poder que ya había paladeado en Matumbi, y que ahora alcanzaba una omnipotencia destructiva.

—¡Se retiran! —creyó escuchar en un eco.

Comprobó que era verdad. Disparaba a figuras humanas que le daban la espalda, y que intentaban ocultarse tras los árboles.

Los mbunga abandonaban el combate. Al sur, muchos pogoro todavía confiaban lo suficiente en el líquido *maji* para aproximarse a los muros de Mahenge, pero corrían descoordinados, buscando el que, según su propio criterio, fuera el mejor punto para atacar, mientras eran recibidos por los fusiles del comandante y por una ametralladora que no paraba de disparar. A los pocos minutos, y una vez comprobado que no eran inmunes a las balas, los pogoro

también retrocedieron. Algunos soldados se permitieron elevar un grito de victoria.

Franz soltó los mandos y la ametralladora apuntó al suelo. La punta del cañón brillaba con el tono anaranjado de la incandescencia. Se incorporó y, muy despacio, se asomó al otro lado del muro. La visión le constriñó el corazón. No era posible vislumbrar la tierra africana: ni los arbustos, ni la yerba. Cada palmo había sido ocupado por un cuerpo muerto. Alrededor del fortín se agrupaban miles de cuerpos agujereados, rostros desencajados y miembros crispados. Se apoyó contra el muro y buscó aire con desesperación, pero la atmósfera le devolvió un aroma a pólvora; y aquella pólvora se coló a través de sus fosas nasales con impertinencia, bajó por su tráquea y cayó en el estómago. Franz sintió cómo pudría su alma. Abrió la boca, soltó una arcada y vomitó. Cuando se secó los restos con la manga, pudo ver que muchos de sus subordinados contemplaban aquel camposanto con el mismo sobrecogimiento. Solo el comandante parecía inmune a semejante escenario de muerte. Willem lo observó desde su puesto, en el adarve sur; se acercó a él y le tendió la botella de aguardiente.

—Bebe. Te ayudará. Lo sé.

—Vamos, Mufid, ahora no tengo ganas de exámenes —apremió Jocelyn.

El médico torció el gesto. Su mostacho canoso tomó una forma ondulada. Dejó de tomar el pulso a Jocelyn y se colocó el estetoscopio.

—¡Me encuentro bien! ¡Ese es el diagnóstico! Me encuentro mejor que nunca.

Mufid se quedó aguardando hasta que su paciente, resignada, se desabrochó los primeros botones de su blusa. Introdujo la campana del estetoscopio por el hueco y se concentró en la auscultación.

—Estoy bien —insistió ella, pero el médico se encargó de acallarla con un gesto del índice.

Se encontraban en el centro de la que sería la nueva casa de Matumbi. Una docena de hombres habían levantado los cimientos, la planta y parte de las vigas en unos pocos días. Ella misma se había encargado de supervisar su contratación. Los reclutó en el puerto de Kilwa con el poco dinero que le quedaba de sus ahorros. Eran trabajadores fuertes, efectivos y ajenos a la rebelión que los nativos estaban protagonizando tierra adentro.

La nueva casa disponía de una sola planta. Jocelyn lo había preferido así. Puso cuidado en diseñar la superficie de las habitaciones y la disposición de las ventanas, puertas y pasillos. Aunque no dispusiera de conocimientos arquitectónicos, recordaba palmo a palmo su hogar a las afueras de Baviera, donde nació y creció, antes de contraer matrimonio con Bertram. El que se estaba haciendo construir era una imitación de aquel.

La añoranza guiaba sus decisiones, sin duda. Anhelaba tanto residir en una casa lo más parecida a aquella en la que se crio que antes de que los trabajadores hicieran las paredes y el techo, se llevó una silla desde Kilwa y decidió pasar la mañana en lo poco que ya habían construido. Todo por ver si regresaban algunos recuerdos agradables; a pesar de hallarse en un estado de salud inmejorable, todavía no se encontraba bien del todo. Bertram y Franz llevaban semanas sin aparecer, y las noticias que llegaban hasta Kilwa no resultaban nada alentadoras. Cada vez más tribus respondían al llamado universal de rebelión. Los ngoni

habían plantado cara a los alemanes en Songea, una región al sur, no lejos del lago Nyasa. Y entretanto, circulaba la horrible historia de un asentamiento de misioneros atacado al sur de Kilwa, en Lukuledi. Los maji-maji, como algunos los llamaban, se habían apoderado de toda la región meridional del África Oriental Alemana. Había pocos soldados para contenerlos, y los que combatían eran inexpertos. Si no llegaban refuerzos desde Berlín, pronto la situación se volvería incontenible.

Ante tales noticias, Jocelyn se esforzaba en dominar sus emociones. Si los rebeldes volvían a pasar por aquellas tierras, quemarían la casa y la matarían. Por otro lado, no sabía cuál era el siguiente paso después de que estuviera construido el edificio. ¿Debía viajar desde Kilwa todos los días? ¿Sería demasiado peligroso que se trasladara a la plantación de forma definitiva? ¿Cuándo y de qué modo debía iniciar la siembra? Entre aquel cúmulo de preocupaciones sobresalía una en particular: Bertram. Lo añoraba, y por más que intentara alejarlo de sus pensamientos, no era capaz.

—Está bien —confirmó Mufid retirando el estetoscopio.

—Estoy *muy* bien.

—Sí, está muy bien. Es como si no tuviera ninguna enfermedad.

—Lo sé. Yo también lo siento así. —Se puso en pie—. No sé qué me ha sucedido, Mufid, pero me encuentro mucho más viva, más despierta, y con unas energías que...

Enmudeció al ver que un hombre a caballo descendía por la colina: el capitán Volkmer. Sus labios enrojecieron de repente. Poseída por un arrebató, echó a correr hacia él. Mufid alargó los brazos con intención de detenerla, pero apenas consiguió rozar su vestido.

—¡No corra, en el nombre de Alá! ¡No conviene que corra!

Jocelyn bajó de su proyecto de hogar con un saltito y atravesó los campos a la carrera. Se encontraron a mitad de camino. Volkmer advirtió la mirada aterrada de Mufid, que venía detrás de ella con los brazos todavía extendidos.

—Creo que en su estado no es bueno que corra —dijo Volkmer sonriendo.

—¿Así me saluda usted después de tanto tiempo sin vernos, capitán?

—Me preocupo por su salud —se defendió al tiempo que desmontaba—. Quizás más que el propio Mufid. Debería tomárselo como un cumplido. Respira agitada. ¿Se encuentra bien?

—Mejor que nunca.

—¡No debe correr! —recriminó Mufid llegando a su altura—. ¡Ni yo debo ir detrás de usted! Soy mayor.

—Pero Mufid, ¡estoy curada! Sé que ya no tengo ninguna dolencia.

—Es verdad que se encuentra diferente —observó el capitán.

Y en efecto, parecía que alguien hubiera redibujado los colores alrededor de Jocelyn. Su pelo ofrecía reflejos de un dorado vivaz, los ojos le centelleaban con un azul hipnótico, y en los labios y alrededor de las mejillas, la sangre parecía volver a circular.

—Estoy curada. Curada del todo.

—Pero doctor, ¿es eso posible? —Volkmer aguardó a la opinión del profesional.

Mufid se llevó una mano a la frente y negó.

—No lo sé. Tengo que pensar.

Se retiró en actitud meditativa. Jocelyn y el capitán quedaron solos.

—¿Esa es la casa que se está fabricando? —preguntó él señalando la estructura—. En la ciudad la noticia ha corrido a gran velocidad. Algunos dicen que se ha vuelto usted loca, pero la mayoría alaba su valentía; en especial las mujeres, si se me permite el apunte.

—¿Y qué piensa usted?

Alrededor de ellos los operarios transportaban vigas desde un carro y las dejaban al pie de la casa, mientras otros martilleaban, serraban y clavaban nuevos pilares sobre la base.

—Pienso que ha hecho justo lo que necesitaba hacer. Toda su vida ha cambiado desde que la salvamos del sanatorio: reamueblar su hogar en Kilwa, volver a levantar la plantación..., esa actividad la está convirtiendo en una mujer nueva. Mejor.

—Yo también lo creo, capitán. Venga, acompañeme. Deseo enseñarle la casa.

—No obstante, temo que tanta responsabilidad termine abrumándola. Me culpo por haber dejado pasar tantos días sin visitarla. Debo reiterarle mi disposición para todo lo que necesite.

—Recuerdo sus palabras, capitán, pero quiero ocuparme yo sola de mis responsabilidades, al menos hasta que Bertram regrese.

—Al menos permitirá que le preste mi apoyo cuando celebre la fiesta de inauguración.

—¿Una fiesta de inauguración? No había pensado en ello.

—Le conviene celebrarla. Si va a ser la propietaria en funciones de un campo de algodón, debería iniciar relaciones con sus vecinos. Algunos en la zona tienen contactos en la Unión de Colonos de Tanga, y otros conocen a los representantes de dicha Unión en Lindi, al sur, no muy lejos de aquí. Entablar una amistad con ellos podría ayudarla en la adquisición de préstamos, por ejemplo.

—Pero yo no conozco a ninguna de esas personas.

—Yo sí. Pierda cuidado, vendrán a su fiesta..., porque dará una fiesta, ¿cierto?

—Está bien, ha ganado este lance, capitán Volkmer. —Jocelyn le lanzó una

mirada pícaro—. Organícela.

Él asintió con elegancia.

Estaban ya a pocos metros de la construcción cuando escucharon un estruendo a su espalda. Uno de los trabajadores había dejado caer un largo y pesado travesaño de madera. El capataz, que no se encontraba lejos, se aproximó corriendo y desenrolló un látigo. Llegó a fustigarlo una vez, pero antes de que su arma volviera a restallar sonó el grito de Jocelyn.

—¡Deténgase! —Se lanzó hacia él de un salto y lo agarró del brazo—. ¿Se puede saber qué pretende?

El hombre parecía no entender. Intentó explicarse en un alemán chapurreado.

—Castigo, *memsahib*. Este hombre deja caer madera. Yo castigo.

—No toleraré ningún castigo físico en mi plantación, ¿entiende lo que le estoy diciendo?

El capataz abrió los ojos como si lo hubieran insultado. Jocelyn agarraba su muñeca con fuerza.

—Me entiende, ¿verdad? Suelte el látigo. ¡Vamos! Le ordeno que lo suelte de una vez.

Lo dejó caer. Jocelyn se encargó de bajarle la mano, que colocó junto a la cintura. Solo entonces la soltó.

—Nada de castigos.

—Sí, *memsahib*.

Luego se dirigió al trabajador:

¿Cómo te llamas?

—Nsuba, *memsahib*.

—¿Por qué has dejado caer la madera, Nsuba?

El nativo enseñó la palma de su mano derecha, donde una astilla le había provocado un tajo.

—Está bien —lo calmó Jocelyn tras echarle un vistazo—. Ve a que te lo mire Mufid. Es mi médico; ese hombre de ahí. Él te curará. ¿Me entiendes?

Nsuba asintió con energía y se marchó corriendo. Jocelyn regresó la atención al capataz.

—Y tú, ¿cómo te llamas?

—Bongwe, *memsahib*.

—Los hombres están cansados. Que paren de trabajar cada cuatro horas. Descansarán media hora y luego volverán a sus tareas. Harás esto todos los días.

—Sí, *memsahib*.

—Vete, y no vuelvas a utilizar el látigo.

Lo siguió con la mirada hasta que a su vez se sintió observada por Volkmer.

—Señora, debo decir que no tengo palabras. Dudo que se trate usted de la

verdadera Jocelyn, porque lo que acabo de presenciar confirmaría una suplantación de identidad.

Ella colocó los brazos en jarras y se plantó frente al capitán como quien celebrara haber conquistado un reto; uno que se le hubiera resistido durante mucho mucho tiempo.

Cuando Volkmer se marchó, Jocelyn, en lugar de acompañarlo a Kilwa, decidió quedarse un poco más en la plantación. Deseaba escribir a Gerlinde sobre todas las cosas nuevas que le estaban sucediendo, y quería hacerlo sentada en mitad de su proyecto de casa. De modo que permaneció junto a los trabajadores, viendo cómo iban colocando las vigas; marcando el esqueleto de lo que en poco tiempo serían las habitaciones.

Cuando los alcanzó el atardecer, Jocelyn les ordenó que pararan y se retiraran a las cabañas levantadas junto a los campos, reservadas para su descanso. Entonces sus ojos disfrutaron un espectáculo como nunca antes había experimentado. La luz del sol, pasada a ras sobre las colinas y filtrada entre las hojas de los árboles, llegaba hasta ella en delgados haces pajizos, y mediante una simetría perfecta dibujaban en la tierra una alternancia de claros y oscuros, como un campo que hubiera sido recién arado. Jocelyn quedó conmovida al descubrir semejante regalo; una expresión de comunión natural como no había presenciado hasta el momento. Se preguntó si, en algún momento, Willem, Franz o Bertram se habían percatado de aquel efecto, o si solo era posible admirarlo desde el preciso lugar en el que ella se encontraba, en el centro de su casa, y sin que los muros de ninguna habitación impidieran la visibilidad.

Fue una epifanía tan arrebatadora, tan sublime y bella, que no se percató de que alguien se aproximaba por un lateral.

—*Memsahib* —la llamó uno de los trabajadores haciendo una breve reverencia.

Jocelyn dio un respingo y parpadeó varias veces. Se trataba del hombre que se había herido con una astilla. Llevaba una venda alrededor de la mano.

—Nsuba, te llamas así, ¿verdad?

—Sí, *memsahib*. Disculpe que la moleste.

Jocelyn se sorprendió al comprobar su nivel de alemán. Había pensado que apenas lo entendía.

—¿Cómo hablas mi idioma tan bien?

—Fui ayudante del carpintero en un barco alemán durante dos años.

—¡Oh!, entiendo. ¿Qué querías?

—África tiene magia, ¿no lo cree, *memsahib*? —Señaló a los campos, y al efecto del sol sobre ellos—. Está llena de espíritus. Ellos velan por los vivos que

son buena gente, y castigan a quienes se portan mal.

—Espíritus... —repitió ella ensimismada de nuevo con el paisaje.

—Los espíritus están siempre rodeando las cosas, atentos a lo que sucede, vigilantes. Los espíritus la han observado a usted, *memsahib*.

Había pronunciado esa afirmación en un tono solemne. Jocelyn continuaba sentada, con la carta para Gerlinde a medio terminar sobre las piernas. Desde su posición, Nsuba le pareció una estatua de ónice.

—Los espíritus han decidido curarla de su dolencia. África la ha curado.

Ella se estremeció.

—¿Cómo sabes que estoy enferma?

—Mufid siempre anda cuidándola. Pero hace mucho que no encuentra su enfermedad. Ya no tiene ninguna dolencia, *memsahib*, no puede decir que está enferma, porque no volverá a padecer ningún dolor. Los espíritus cuidan de las personas buenas.

Ella negó con la cabeza, no halló palabras con las que responder. Nsuba se acuclilló y tomó sus manos.

—No va a sucederle ningún mal. Sé que teme a los maji-maji. A veces la escucho hablar de ellos, pero los espíritus también la protegerán de este peligro.

Nsuba desvió la vista a su espalda y dio una voz. Al momento, dos hombres salieron de una de las cabañas; uno de ellos sostenía un cuenco y caminaba con cierto aire ceremonioso. Jocelyn se sintió recorrida por un oscuro presentimiento. Buscó a Mufid, pero no lo halló por ninguna parte. Nsuba, que aún sostenía sus manos, dijo:

—No tiemble. Aleje el temor. Jamás nos atreveríamos a hacerle daño.

Ella lo miró de reojo, sin perder de vista a los que ya subían los escalones del futuro porche. Los tres intercambiaron unas palabras en suajili, y el que sostenía el cuenco lo dejó a sus pies. Dentro había un líquido lechoso.

—Es el *maji* —aclaró Nsuba—. Béballo, no le hará daño. Cuando lo beba será considerada amiga y nadie la atacará.

Los otros dos hombres hacían el gesto de beber repetidas veces.

—Béballo —insistió Nsuba—. Es nuestra amiga.

Recelosa, Jocelyn tomó el cuenco y lo aproximó despacio hasta sus labios. El líquido no tenía un sabor agradable, pero de todos modos tragó un sorbo.

—Lleve esto siempre —dijo Nsuba mostrando una ramita de mijo—, es nuestro símbolo. Si lo lleva con usted, los maji-maji verán que es amiga y no la atacarán.

Jocelyn tomó la ramita.

—Se ha portado bien con nosotros, *memsahib*. Nos gusta trabajar aquí.

—Bien bien..., entonces descansad —dijo Jocelyn algo mareada por la

impresión de aquel momento—. Yo... yo vuelvo a Kilwa. Mañana nos veremos. Que descanséis.

—Y usted.

Los tres hombres se retiraron andando hacia atrás unos metros, y luego desaparecieron en el interior de sus respectivas cabañas. Entonces Jocelyn respiró hondo varias veces, intentando asimilar lo que acababa de sucederle. El campo seguía horadado por los rayos del sol, impregnando aquel instante de misticismo. Se sentía más integrada en la tierra y en cuanto la rodeaba, como si acabara de abrir los ojos por primera vez y observara todo desde una nueva percepción. Afloró una sonrisa en sus labios y se escuchó a sí misma en una suave carcajada.

Bertram despertó en una cama que no era la suya y vestido con unas ropas que no le pertenecían. Antes de incorporarse, revisó de una ojeada la pequeña pieza decorada con escaso mobiliario: un armario de dos puertas, una pequeña mesita y su cama, que crujió cuando cambió de postura. Al instante, una mujer blanca asomó la cabeza por la puerta. Llevaba el pelo entrecano recogido en una larga trenza.

—¿Ya ha despertado? Venga, le daremos algo para comer.

—¿Quién es...? —empezó Bertram, pero la puerta se cerró antes de que terminara.

De sus antiguas ropas solo consiguió encontrar las botas. Alguien lo había vestido con una camisa, unos pantalones y unos tirantes. Cuando buscó en el armario no halló más que atuendos de mujer.

Abrió la puerta y se asomó. La pequeña alcoba daba a un comedor de un tamaño similar. En el centro, alrededor de una mesa, desayunaban un hombre y dos mujeres; otra mujer negra colocaba un cuarto cubierto, lo miró con recelo pero hizo un gesto con la cabeza para que se acercara. Bertram obedeció, sin perder la suspicacia.

—¡Venga, no tenga miedo! —dijo el hombre.

Debía rondar los cincuenta. Era alto, algo entrado en carnes y de cabello totalmente blanco. En su rostro quedaban las marcas de una antigua viruela; sonreía sin parar, y en sus ojos se adivinaba con facilidad la presencia de un espíritu bondadoso. A su lado se sentaba la mujer de la trenza. La tercera silla era ocupada por una muchacha de unos quince años, alta y muy delgada, que miraba a Bertram con vergüenza. Este tomó asiento. La mujer negra dejó en su plato dos huevos cocidos y pan con mermelada.

—Estará hambriento —dedujo el hombre—. Coma cuanto necesite.

—¿Cuánto he dormido? —quiso saber Bertram antes de dar un solo bocado.

—Claro, disculpe mi falta de tacto. Me llamo Igor Schmidt, soy pastor metodista. Estas son mi esposa Heidi y mi hija Isolda. Somos misioneros. ¡Ah!,

y quien le sirve es Uzuri, una de las fieles. Vive con nosotros desde que se quedó sin padres.

Heidi saludó con un educado asentimiento; Isolda, azorada, retiró la vista cuando su padre mencionó su nombre.

—Le recogimos a orillas del río hará un día y medio —aclaró Igor—. Estaba muy cansado, herido y sucio. Hemos hecho lo posible para lograr su recuperación. Por fortuna, mi buena Heidi es una especialista en curas. Veo que está casi como nuevo.

—¿Dónde me encuentro?

—A dos kilómetros de Mgangira, en la región de Mahenge. El fortín alemán queda lejos, a unos cinco días. Pero descuide, le llevaremos allí cuando haya descansado. ¿Ha peleado contra los rebeldes?

—En realidad, busco a mi hermano, Franz Kast. Mi nombre es Bertram.

—Eso explica que no fuera usted un soldado, y que, sin embargo, se encontrara en un lugar tan alejado de la civilización como este.

—Mi hermano es soldado. Creo que anda por la zona.

—En ese caso es muy posible que se halle en Mahenge. Hemos oído que los alemanes resistieron un ataque brutal de los rebeldes, pero que consiguieron rechazarlos. Debería dirigirse allí..., pero no ahora, solo hace cinco horas que le bajó la fiebre; el tajo de su pecho necesitará mucha recuperación.

—Me duelen los brazos; sobre todo el derecho.

—Utilice el izquierdo para comer. No se preocupe por faltar al decoro, no se lo reprocharemos.

Bertram respondió con un suspiro hondo. El pastor se apercibió que, de vez en cuando, lanzaba miradas furtivas a las puertas y ventanas, como si aguardara la entrada de alguien o el momento más oportuno para escapar. Alargó un brazo e intentó tomarlo de la mano izquierda, que sostenía un tenedor todavía sin usar; pero al notar el contacto, Bertram la retiró como si le hubiera transmitido una corriente eléctrica.

—En Mgangira no hay rebeldes. Aquí todos han aceptado a Cristo como su salvador, igual que Uzuri. No tiene que preocuparse. No corremos peligro.

Había conseguido que Bertram dejara de estudiar las salidas y le prestara atención, aunque todavía lo observaba con el ceño fruncido. Casi daba la impresión de que planeaba atacarlo blandiendo su cubierto.

—Verá, nosotros no somos como los demás europeos. Aborrecemos la situación de esclavitud velada que hay en las colonias. Enseñamos la Biblia a los negros, y qué pasaje fue el que algunos malentendieron para justificar que unos hombres deban estar por encima de otros.

—Génesis 9, 18-27 —recitó Heidi.

—Estaban equivocados, ¿sabe? —sonrió el pastor Schmidt—. Lo utilizaron para diferenciar unas razas de otras, pero no hay diferencia, ninguna diferencia entre nosotros. Cuando tratamos a los negros igual que a los blancos desaparece todo el problema.

Alzó los brazos y se quedó mirando a Bertram. Aguardaba una respuesta; la confirmación de aquella teoría, o quizás un comentario negativo; cualquier cosa, a decir verdad, pero su invitado no emitió sonido alguno.

—Y, dígame, ¿por qué busca a su hermano? —intervino Heidi.

—Debo llevarlo de vuelta a casa —Bertram deshizo su silencio en una hebra de voz—. Vivimos en Kilwa.

—¿Es que Franz no deseaba alistarse?

—No, no lo deseaba, aunque él todavía lo desconoce.

—Eso que dice suena muy raro.

—Tampoco creo que deba explicárselo.

Los comensales quedaron en silencio.

—Señor Kast —dijo el pastor carraspeando—, ¿acaso le incomoda nuestra hospitalidad?

—Necesito averiguar dónde se encuentra mi hermano.

—No puede dejar esta casa en las condiciones en las que se encuentra. Mírese, está débil, apenas puede mover el brazo derecho. Pasarán semanas antes de que se recupere. No es momento de salir. Aquí tendrá todo lo que necesite hasta que se cure. Puede continuar ocupando la habitación de Isolda, a ella no le importa dormir con nosotros. Le daremos de comer y nos ocuparemos de limpiarle la herida.

—Tengo que marcharme ya.

—Aquí estará seguro, ya lo verá. Dios cuida de todos nosotros —terció Heidi.

Pero aquella afirmación, más que calmarlo, prendió los ánimos de Bertram. Se puso en pie tan rápido que volcó la silla, y gritó:

—¿¿Dios les protegerá?! ¿¿Es que se han vuelto completamente locos?! Se encuentran perdidos en mitad de la nada, a dos kilómetros de un pueblucho y a cinco días del asentamiento alemán más cercano. ¿Piensan que están seguros? He visto cómo los rebeldes destripaban a todo aquel que no los siguiera, ¡lo he presenciado con mis propios ojos! Yo mismo he estado a punto de correr la misma fortuna. ¡Cada instante que paso entre ustedes corro peligro de muerte! Tengo que encontrar a mi hermano. ¿Dónde está mi ropa?

—Por favor, cálmese —dijo Igor.

Intentó aproximarse a Bertram, pero este lo apartó con un empujón.

—No se me acerque, si sabe lo que le conviene. ¿Dónde están mis ropas? No pienso volver a preguntarlo.

—Tuvimos que zurcir los pantalones —explicó Heidi—, estaban rotos. El resto...

—¡Denme mi ropa! ¡Ahora!

Miró a todas partes, buscándola, hasta que sus ojos se encontraron con Isolda. Se abalanzó hacia ella y la tomó de los brazos.

—¡Mi ropa! Franz está vivo, ¡está vivo en algún lugar y tengo que dar con él!

Ella soltó un chillido sordo. Igor corrió a separarlos. Empujó a Bertram y este trastabilló. Su espalda dio contra la puerta de la habitación que, al abrirse, lo hizo caer.

—¡Dejadme marchar! ¡Franz... está vivo! —repitió desde el suelo.

Intentó levantarse, pero no logró más que ponerse de rodillas. Desde allí vio cómo Igor y Heidi abrazaban a Isolda, que lloraba tapándose la boca con ambas manos. En una esquina, Uzuri lo observaba con asco.

—Franz... yo... tengo que buscar...

—Va a desmayarse —escuchó que decía el pastor—. Uzuri, prepara más paños con agua. Heidi, lo llevaremos de vuelta a su cama.

Bertram apretó los dientes. Se negaba a perder el sentido; pero un segundo después notó que los brazos le fallaban, y que su mejilla golpeaba contra la tibia madera que recubría el suelo.

Los rebeldes no volvieron a lanzarse contra Mahenge, pero los soldados tampoco abandonaron su cobertura durante semanas. Solo se aventuraron fuera de los muros para retirar los cadáveres, cuyo olor a descomposición comenzó a hacerse intolerable a los pocos días. En noviembre, las tropas de refuerzo solicitadas a Alemania por el gobernador Von Götzen alcanzaron el fortín y llamaron a las puertas; cuatrocientos soldados experimentados, equipados con unos pocos caballos y piezas de artillería ligera, puestos bajo el mando de Willem von Faukhert. Con este apoyo y con algunos *askaris* tomados a Von Lenz como «regalo de despedida», el comandante dejó Mahenge y puso rumbo noroeste, donde los bena se habían alzado en septiembre trazando una línea de conflictos desde Dar es-Salam hasta el lago Nyasa. La rebelión se hallaba en su punto más tenso, pero las fuerzas alemanas contraatacaban. La primera parada era Iringa, capital de la legendaria tribu de los hehe. Willem se hallaba impaciente por alcanzarla.

Durante su estancia en Mahenge, Franz apenas se había relacionado con nadie. Los recuerdos del ataque al fortín se repetían cada noche en pesadillas que lo hacían sudar y despertarse entre gritos. Su memoria evocaba los disparos de la ametralladora y los cuerpos derrumbándose; pero otras noches, las más aterradoras, era él quien se hallaba entre los atacantes, corriendo directo al cañón humeante. En aquellos sueños Willem disparaba la ametralladora y Franz notaba cómo le acertaban varios proyectiles en el pecho. Caía al suelo sin poder respirar por culpa de la sangre, hasta que, justo al lanzar su último estertor, abría los ojos. Ya despierto, debía recuperar el aliento a grandes bocanadas. En mitad de la noche necesitaba un tiempo para cerciorarse de que se hallaba en su cama del fortín. Durante aquellos segundos, mientras se palpaba el pecho que aún le dolía por el impacto de proyectiles invisibles, se fijaba en el sueño tranquilo del comandante, que descansaba en un camastro contiguo, y se preguntaba qué clase de fuerza de voluntad había forjado un carácter tan inmovible. Crecía la admiración por su superior, pero también el miedo; o más bien la sospecha de

que tal frialdad y arrojo solo podían deberse a un espíritu inhumano, y que él, Franz Kast, transitaba por la misma senda que terminaría deshaciendo su alma. Entonces su pecho le dolía aún más; tenía que abandonar su cama, salir de la habitación y llenar sus pulmones con la brisa nocturna, hasta que los ruidos de la sabana lo entretenían y arrullaban, y luego conseguía dormir de manera más apacible. A veces le sorprendía una añoranza: la sonrisa de Gerdi y el modo en que sus cabellos rojos brillaban con los rayos del amanecer. Otras veces se entretenía imaginando cómo debía ser la faz sonrosada de su hijo, hasta que al fin su alma hallaba sosiego. Así pues, Franz casi siempre amanecía en un rincón junto a los puestos de guardia, en el muro. Solo cuando al fin abandonaron Mahenge sintió que se liberaba de tantas presiones. El comandante le entregó un caballo, lo ascendió a teniente y le pidió que caminara a su lado. La visión del paisaje, la ruta hacia un próximo objetivo y el contacto con los nuevos soldados alemanes aclaró su mente y templó su ánimo.

Al amanecer del quinto día de viaje, las tropas dieron con trescientos rebeldes de la tribu mbunga. Se habían establecido en Kilombero, atacada meses atrás. Las cabezas de nativos que habían rehusado unirse a los maji-maji, clavadas en largas picas, los saludaron a ambos lados del camino.

—Franz —señaló Willem sin perder detalle de aquellos rostros devorados por las moscas—, que la infantería prepare sus armas, atacaremos por los flancos.

Y así hicieron. Los mbunga fueron sorprendidos en un ataque en pinza. Franz, conduciendo a sus hombres, disparó tres salvas antes de lanzarse con las bayonetas. El asalto resultó un éxito, los rebeldes huyeron hacia el sur, pero los hombres dirigidos por Willem no tardaron en darles alcance.

Cuando el comandante regresó a Kilombero, Franz ya había asegurado la zona.

—Hemos hecho hablar a los prisioneros. Han oído que los hehe tienen miedo de unirse. Saben que usted se acerca y le están esperando. Le llaman Abhadu, ¿qué significa?

—Significa «castigo» en suajili —declaró Willem mientras limpiaba su sable de sangre—. Hacía mucho que no oía ese nombre. Qué curioso. —Envainó su arma y añadió—: No tardaremos en llegar a Iringa, la ciudad de los hehe. Franz, ordena a los *askaris* que hagan una hoguera en el centro del pueblo.

El hermano menor de los Kast obedeció sin rechistar. Cuando la hoguera estuvo lista, el comandante escogió a veinte hombres, les ordenó tomar antorchas y pasó a fuego todo el asentamiento. No dejó una sola choza en pie, ni permitió que se salvara ningún cultivo. Las mujeres nativas, los niños y los escasos prisioneros no pudieron hacer más que observar la escena, aterrados. Pero el comandante no se detuvo después de que Kilombero quedara envuelta en

llamas. Ordenó a los soldados que quemaran los alrededores y que acabaran con la vida de cualquier animal con el que se cruzaran. Cuando las tropas se alejaron de allí, cada *askari* aún portaba antorchas con las que incendiar toda la tierra. Así, el trayecto hasta Iringa quedó marcado por un extenso rastro yermo y negro. Las tropas no dejaron en pie ninguna otra aldea por la que pasaron. No tocaban a sus habitantes, pero quemaban sus casas y suministros, y mataban sus animales. Cuando alcanzaron Iringa, después de haber quemado cientos de hectáreas durante días, cuatrocientos hombres de los hehe los estaban aguardando a las puertas: sabían que los alemanes no tardarían en llegar, porque les precedía una gigantesca columna de humo, visible a kilómetros de distancia.

Desde su montura, Willem los observó con la prepotencia de un rey conquistador, mientras aquellos hombres, líderes de tribu y guerreros de mirada congelada, ataviados con grandes penachos de plumas negras y portando sus lanzas y escudos, le juraban no unirse a los maji-maji. Los líderes habían preparado cuencos con el líquido salvífico. Explicaron al comandante para qué lo usaban los rebeldes y renegaron de él, asegurando que no servía para repeler las balas. Ante los ojos de las tropas arrojaron el *maji* al suelo y llamaron mentirosos a los chamanes que habían distribuido la fórmula y que decían hablar en nombre de poderosos espíritus. Después, en actitud sumisa, solicitaron a Abhadu que no les quemara las tierras.

—No lo haré —concedió Von Faulkert cual deidad redentora, expresándose en suajili.

Le respondieron voces de celebración. Tirando de las riendas, el comandante se retiró. Franz observó que los líderes agachaban la cabeza. En sus expresiones no había alegría, sino alivio. Era la actitud del que se sabe vencido antes de actuar. Habían sido golpeados por la presencia de Willem von Faulkert, por el recuerdo de la batalla que libraron contra él, engrandecida a causa de la leyenda, y habían sido derrotados. La pena se leía en las arrugas de los más viejos, y la indignación supuraba a través de la piel de los jóvenes. El comandante era percibido como una entidad superior, aunque no de carácter benévolo, sino como lo que aquellas gentes, a juicio de Franz, debían considerar un demonio.

La nueva orden de Willem se encargó de esfumar sus pensamientos:

—Descansaremos aquí dos días. Que los hombres se abastezcan de cuanto necesiten. Luego partiremos rumbo sureste, a la tierra de los bena. Estad bien equipados de antorchas.

El débil estado de Bertram fue mejorando con los días gracias a que el matrimonio de misioneros lo obligó a guardar reposo y le dispensaron los mejores cuidados disponibles. Al poco tiempo de su desmayo, fue capaz de abandonar la cama y volver a ponerse de pie; y en cuanto se sintió mucho más capaz buscó algo en lo que mantenerse ocupado. Ya que Igor y Heidi viajaban casi todas las mañanas a Mgangira y no volvían hasta la hora de comer, intentó entretenerse en las tareas de la casa, pero no tardó en descubrir que a Uzuri la incomodaba su presencia. La joven lo observaba con recelo y mascullaba frases en suajili, de las cuales Bertram adivinaba un tono áspero, aunque no fuera capaz de traducir su contenido.

Todo lo contrario sucedía con Isolda; Bertram advertía que de cuando en cuando la adolescente lo espiaba desde el exterior, atisbando a través de la ventana. En el instante en el que la hija de los Schmidt se sabía descubierta, solía girar la cabeza con velocidad y aparentar hallarse enfrascada en la lectura de la Biblia. Sus reacciones, tan mal disimuladas, resultaban muy graciosas para Bertram.

Viendo que le sería imposible hacer algo en la casa con Uzuri presente, el hermano mayor de los Kast se aventuró al exterior. Allí descubrió un trabajo que no era competencia de aquella mujer adoptada: buscar leña y preparar tocones. Las reservas no escaseaban; había una generosa montaña apilada junto a la pared de la casa, pero decidió que de todos modos iría en busca de nuevos suministros. No obstante, en cuanto clavó el hacha contra el primer tronco, tuvo la seguridad de que aquel empeño iba a costarle más de lo imaginado. Los brazos le dolían con cada movimiento; en especial si lo ejecutaba con fuerza. Pasó más tiempo de lo normal talando un pequeño árbol y eliminando las ramas. Transportarlo no le resultó nada sencillo. A cada paso le tiraba la herida del pecho, amenazando con volver a abrirse.

Cuando al fin regresó a la casa, con los dientes apretados para resistir el dolor, se encontró con que el matrimonio lo esperaba a la puerta. Igor acudió en su

ayuda e intentó sujetar su carga.

—¿Es que se ha vuelto loco? —reprochó.

—No puedo pasarme los días en la cama.

—¿E irse a talar un árbol es su idea para combatir el aburrimiento?

—No puedo hacer otra cosa. Cada vez que intento ordenar los platos o barrer el suelo, esa criada suya me mira como si me lanzara una maldición.

—Uzuri no es nuestra criada. Nos ayuda en casa, pero todos trabajamos. Si quería hacer algo, debió preguntarme. Le habría encomendado una tarea sencilla. Vamos, suelte el tronco de una vez. Tenemos leña de sobra.

Rendido más por el dolor que por las palabras de Igor, Bertram lo dejó caer. Ambos caminaron hasta la entrada, donde Heidi esperaba de brazos cruzados.

—Así jamás se curará.

—¡Pues denme algo en lo que ocuparme! ¡Maldición! ¡Necesito curarme de una vez! ¡Mi hermano...!

—Sí, ya sabemos que debe encontrarlo —cortó Igor—. Pero mírese, se ha hecho daño talando ese árbol; ahora necesitará más días para que cicatrice la herida.

—Igor —dijo Heidi—, se me ocurre que quizás sí haya algo que pueda hacer. Señor Kast, ¿sabe usted coser?

—No.

—Pues aprenderá. Es un trabajo que no le someterá a esfuerzos, y estará ayudándonos. Tenemos ropa que zurcir y nuevas prendas que hacer. Isolda le enseñará. Ella es quien mejor sabe manejarse con la Frister. La joven bajó los ojos y fue incapaz de ocultar el rubor de sus mejillas.

—No sé si yo debería... —argumentó Bertram desconcertado.

—¡Bah! Olvide que se trata de una tarea de mujeres —sonrió Heidi—. El tronco le estará esperando donde lo dejó, justo para cuando reúna fuerzas y pueda convertirlo en leña.

Bertram se masajeó los párpados. No se imaginaba frente a una máquina de coser, pero le carcomía la necesidad de entretenerse con cualquier tarea.

—Que me enseñe —concedió.

Y así se transformó en pupilo de Isolda. Cada mañana, cuando ambos se quedaban solos con Uzuri, la muchacha lo invitaba a sentarse frente a la máquina de coser. El primer día le explicó el funcionamiento de aquel artilugio: dónde colocar el hilo y la guía por la que debía pasar, cómo darle a la manivela para hacerla funcionar y de qué forma poner las manos mientras la aguja iba haciendo su trabajo. Al principio, Bertram se mostró arisco e impaciente. Se enfadaba cuando la tela se arrugaba, o cuando no lograba la tarea que Isolda le proponía. En más de una ocasión llegó a pasar su índice por debajo de la aguja; accidente

que le provocaba una ira solo aplacable mediante una sarta de maldiciones. Sin embargo, en cada lección Isolda se mostraba calmada, siempre atenta, dispuesta a continuar cuando a él se le pasaran los malos humos. Incluso en los peores momentos, aquellos en los que Bertram parecía a punto de emprenderla a golpes con lo primero que hallara, ella, pese al miedo que la invadía, intentaba parecer tranquila. Así los días fueron transcurriendo, y después las semanas. Con el tiempo, el trabajo con aquella máquina de coser fue haciéndose más fácil; y Bertram encontró que, lejos de exasperarle, en realidad le calmaba. Le recordaba al efecto de las melodías de Jocelyn, cuyo sonido empezaba a confundirse con el paso del tiempo. La misma Isolda empezó a recordarle a su esposa; era frágil, delicada y muy femenina; y en sus ojos podía leer los mismos rasgos de dulzura. La muchacha siempre le dedicaba sus mejores sonrisas, y aunque hablaba con un decoro exagerado, de vez en cuando se percibía en sus comentarios una ferviente admiración. Escuchaba sin parpadear a Bertram y memorizaba las historias sobre su trabajo en la plantación, la vida en Baviera, el carácter de su hermano Franz, el cultivo del algodón o cualquier otro tema sobre el que versara la charla. Solo cuando este mencionó a Jocelyn desvió la vista y, pidiendo perdón, se retiró de su lado.

Bertram no era ajeno a los sentimientos que crecían en la joven. Sabía que ella contaba las horas para comenzar las clases de costura y que, en ocasiones, se permitía colocar su silla algo más próxima, lo cual, desde su punto de vista y dada la inocencia que se dibujaba en sus facciones, debía tratarse del más osado de los descaros. Él consentía con una sonrisa. Isolda contaba quince años de edad, solo cuatro menos que Jocelyn. No sentía el mismo amor por ella, pero le sorprendió comprobar que había arraigado un fuerte cariño hacia su bondad. Deseaba protegerla, cuidar de su personalidad no mancillada por malas experiencias, al menos mientras durara su estancia en aquella casa.

Una mañana, mientras se hallaba ocupado en remendar los agujeros de varios calcetines, Isolda se confió a él:

—Uzuri me ha dicho algo sobre usted.

En el exterior, la aludida golpeaba sábanas colgadas de una cuerda.

—¿Ah, sí? ¿Qué le ha dicho?

—Que lleva una fiera dentro.

Bertram se estremeció. Hacía mucho tiempo que no recordaba al tigre de sus sueños; aquel formado por el torrente que lo alcanzaba. Retiró las manos de la máquina y entrelazó los dedos, buscando ocultar cualquier afectación.

—¿Una fiera?

—Dice que lo lee en sus ojos, que está usted poseído por una fiera cuyo deseo es causar daño. Dice que es usted un hombre malvado, y que debemos permitir

que se marche lo antes posible, para que no traiga el mal a esta casa.

Ahí se encontraba el porqué de la antipatía de Uzuri. Bertram lanzó un suspiro.

—Entiendo. Mi herida está casi curada. Apenas me duelen los brazos. No tendrá que preocuparse por ello, señorita Isolda.

—¡Yo no deseo que se marche! —declaró emocionada.

Estaba sentada en el borde de su silla, como si en cualquier momento fuera a echarse en brazos de Bertram.

—No creo lo que dice. He pasado mucho tiempo con usted, señor Kast, y sé que en el fondo es un hombre bueno. Vela por su hermano y también...

—¿Qué?

—También se preocupa por su esposa.

—Isolda...

—¡Oh, no se preocupe! —Se esforzó por sonreír—. Sé que ama a los dos por igual. Lo he comprendido al oír sus historias. Y ese es su problema, que no es capaz de dedicar todo su amor a uno solo. Echa de menos a su esposa y a su hermano. Querría tenerlos a los dos juntos, ¿no es verdad?

Bertram no respondió; contemplaba el iris glauco de Isolda, brillante por una lágrima que no terminaba de derramarse.

—Es usted un hombre fuerte —continuó ella—. Siempre poseerá ese carácter. Es rebelde y se enfada con facilidad, pero también es valiente. La Biblia habla de hombres así. ¿Conoce la historia de Jonás? También era un rebelde. No quiso escuchar el mandato de Dios. Fue necesario que Él enviara un pez enorme para que se lo tragara y lo recondujera hacia su destino. A veces los hombres rebeldes necesitan medidas extremas para encontrar el buen camino, para enmendar sus errores. Creo que ha cometido usted algunos errores muy graves, señor Kast, pero logrará encontrar su rumbo, logrará enmendarse. Sé que será así. En algún momento será perdonado.

La muchacha contenía la emoción a duras penas. Tragó saliva y miró para otro lado; su faz enrojeció justo antes de que volviera a hablar:

—Y si no se reconduce..., si no logra encontrar su camino, vuelva aquí. Yo le estaré esperando. Siempre le esperaré.

Incapaz de soportar la vergüenza, se puso en pie de un salto y abandonó el comedor a todo correr.

A través de la ventana, Bertram observó cómo se alejaba. Meditó sobre cuánto habría de verdad en las palabras de una joven de madurez y perspicacia inesperadas; y, de volver a encontrarse en el futuro, cuánto daño sería capaz de provocar a un espíritu tan noble. Un nudo en el estómago le indicó que su presencia ya era perjudicial para la muchacha. Debía alejarse de allí, a pesar de

sus heridas.

El 1 de noviembre de 1905 la construcción de la nueva casa en la plantación de Matumbi se dio por concluida. Tenía cuatro habitaciones, baño, cocina y un amplio salón en el que fueron congregadas más de treinta personas, todas por invitación expresa del capitán Johan Volkmer. Algunos aceptaron sin dudar, como el cazador Erick Tarbuch, quien, movido por los rumores que circulaban en Kilwa sobre lo sucedido en las tierras del comandante, deseaba besar la mano de la mujer que había erigido nuevos cimientos y recuperado lo perdido. Otros aceptaron por una cuestión de honor; tal era el caso del *akida* Sefu bin Amri, el hombre que había intentado hacerse con las tierras de Willem y que terminó cediendo ante su legítima dueña. Sefu había traído su propio servicio: dos mujeres que se encargaban de servirle bebida y aperitivos, mientras él, en un rincón, se abanicaba con su pluma gigante y charlaba de negocios con mercaderes de toda la zona. Los representantes del gremio de comerciantes de Lindi acudieron en pleno: cuatro hombres que, entre comentario y comentario con el *akida*, lanzaban miradas escrutadoras a través de la ventana y medían el estado de los campos. También habían llegado empresarios desde Tanga, Pangani y Bagamoyo: propietarios de flotillas navieras, que se habían reunido en un grupo cerrado y conversaban de los asuntos propios de su sector. Pero sin duda, el invitado más relevante venía de Dar es-Salam: el señor Günter Schultz, miembro del Consejo de colonos o *Selbstverwaltung*, que representaba al autogobierno establecido en la zona. Este organismo tenía a un tal Rechemberg a la cabeza, y luchaba por los derechos de los alemanes establecidos en el África Oriental, en oposición a las decisiones del Reichstag que pudieran perjudicarlos. Su influencia se extendía por todo el territorio, y lo que Günter observara en aquella fiesta podía muy bien favorecer la posición de Jocelyn y su plantación. Estaba claro que Volkmer había reunido a hombres muy influyentes.

Sonaba música en el gramófono, las sirvientas ofrecían copas de vino por todo el salón y los invitados charlaban animados. Las esposas observaban cada elemento decorativo y se sorprendían con el mobiliario, cuya ebanistería era de

una calidad que despertaba admiración y envidia a partes iguales.

—Dígame, Volkmer —inquirió Tarbuch mientras daba buena cuenta de su copa—, ¿dónde se encuentra la anfitriona?

—No tardará en salir. Desea causar buena impresión a los invitados. Debe comprenderlo.

—Para mí no son necesarios esos esfuerzos, se lo garantizo. Por todo Kilwa se habla de su valentía. Las damas la ven como una heroína, y los hombres necesitan certificar que la mujer que apenas salía de su casa haya decidido ocuparse de un negocio tan competitivo y arriesgado.

—Jocelyn ha cambiado mucho en los últimos meses. Es una persona nueva.

—La recuerdo de la última fiesta, esa que dio el comandante en primavera.

—Le garantizo que necesitará parpadear para reconocerla. Por cierto, ahí la tiene.

Señaló por encima del hombro de Tarbuch, justo en el instante en el que alguien retiraba la aguja del gramófono. Los invitados se volvieron para contemplar a Jocelyn, quien esperaba justo a la salida de su habitación.

Llevaba mucho tiempo sin cambiar su estilo de vestuario; el trabajo en la plantación, los viajes y, en fin, todo el ajetreo que conllevaba levantar un negocio la habían obligado a no separarse de la camisa, los pantalones y las botas de montar. De hecho, Volkmer estaba tan acostumbrado a verla con aquel atuendo que cuando la contempló allí de pie, sintió que la advertencia a Tarbuch también le afectaba a él. Parpadeó varias veces y luego la observó con detenimiento. Jocelyn llevaba un vestido de seda color crema, entallado y con escote cuadrado. Desde la falda, que tenía una corta cola, ascendían hacia el escote incrustaciones de pequeñas piezas de cristal e hilo dorado. Como tocado, Jocelyn había optado por una cinta del mismo tono, con dos plumas blancas que sobresalían por encima de sus bucles dorados.

El capitán se descubrió sonriendo; no tardó en comprobar que al resto de invitados les sucedía lo mismo. En Jocelyn no quedaba ni rastro de aquel aspecto enfermizo, ni de aquella mirada alicaída y melancólica. Brillaba toda ella, tal vez por el efecto de los pequeños cristales, o quizás porque desprendía una luminosidad que arrebatava la atención y se apropiaba del aliento de cualquier hombre. Volkmer tuvo que rellenar sus pulmones antes de presentarla:

—Damas y caballeros, les presento a la copropietaria de estas tierras, la encargada de levantar esta casa y de reavivar el negocio que Willem mantenía aquí. La señora Jocelyn Kast.

—Es un placer recibirles a todos ustedes —dijo Jocelyn—. Por favor, siéntanse como en su casa.

Los hombres levantaron sus copas y las mujeres asintieron con la cabeza.

Tarbuch fue más allá. Dejó su vino a medio acabar y de dos zancadas llegó hasta la mano de la anfitriona, la tomó con delicadeza y la besó.

—Señora, es usted toda una leyenda en Kilwa. He venido a esta fiesta porque confieso que estaba incrédulo, pero ahora compruebo que es cierto cuanto se rumorea de usted: bella, inteligente y valerosa. Incluso un cazador como yo se rinde a sus pies.

—Es muy amable, señor Tarbuch.

El cazador, en un movimiento veloz que no fue detectado por nadie, se aproximó hasta el oído de la anfitriona justo cuando finalizaba su reverencia, y muy bajo le susurró:

—Olvide a todas estas personas, salvo a Günter.

Con la misma rapidez volvió a mezclarse entre la gente.

—¿Dónde está mi copa? —dijo en tono jovial.

Volkmer se aproximó después, tomó a Jocelyn de la mano y la introdujo entre los invitados. El capitán tenía en su cabeza una estrategia, tan detallada como quien planea un ataque contra un ejército enemigo. Lo primero que hizo fue dar un paseo por el salón y dejar que Jocelyn se valiera de su encanto natural para caer en gracia a los hombres de negocios. Con cada uno se detenía un tiempo ajustado a los intereses más convenientes: los jefes del gremio de Lindi disfrutaron de unos treinta segundos, pues era necesario que percibieran la simpatía y el arrojo de Jocelyn, y quedaran convencidos de su capacidad para sobrellevar la plantación; los propietarios de barcos disfrutaron de más o menos tiempo dependiendo de la distancia a la que estuvieran sus ciudades de Kilwa, de modo que con el hombre de Tanga apenas cruzaron más que unas breves palabras, mientras que el de Bagamoyo consiguió algo más de atención; con Tarbuch, el encuentro se remitió a poco más que un entrechocar de copas.

—¿Cómo van sus cacerías? —quiso saber Jocelyn.

—Florecen, señora. Como siempre.

No se dijeron más, y Tarbuch tampoco lo deseaba. Permitted que el capitán separara a Jocelyn de él y la condujera hacia Günter Schultz, quien, justo en aquel preciso instante, bostezaba.

—No se divierte —comentó ella mientras acortaban distancias.

—Entonces tendremos que solucionarlo —susurró Volkmer—. ¡Señor Schultz! ¿Qué le parece el vino?

—Espléndido —respondió el miembro del Consejo de colonos con cierta apatía.

Era un hombre bajito, con cara de roedor, unos ojillos pequeños y escrutadores que brillaban con intensidad, y una sonrisa forzada. Su nariz larga y picuda formaba un triángulo escaleno casi perfecto; parecía servirse de ella para apuntar

a las cosas y a las personas en las que se fijaba. Así recibió a Jocelyn, dirigiendo su nariz a los motivos que decoraban su falda y, de inmediato, enfilando su rostro.

—Una fiesta muy bien organizada, señora. Ya lo creo.

—Es muy amable, señor Schultz, pero creo que miente.

Había sido muy dulce en el comentario, pero aquello no evitó que Volkmer le apretara la mano.

—¿Cómo dice?

—Se aburre usted. ¿Es por la conversación que mantiene con otros caballeros? ¿Quizás la música? Por favor, sea sincero. Si lo hace, haré todo lo posible por remediarlo. Al final terminará usted pasándoselo de maravilla. Tiene mi palabra.

El emisario de Dar es-Salam arrugó el entrecejo y tartamudeó una serie de palabras ininteligibles:

—Bueno..., yo...

—No está acostumbrado a un comentario así, lo sé. Pero puede confiar en mí —reiteró Jocelyn.

Günter miró a la anfitriona con cierto recelo, y sin embargo dijo:

—Pues veré, no hago más que asistir a fiestas muy similares a esta. Todas se parecen. La bebida es de buena calidad, pero las conversaciones..., es como si ya las hubiera escuchado. Sé que estoy aquí por negocios, y no se lo reprocho; con todo, agradecería disfrutar un poco.

—¿Qué le agradaría?

—Bailar —declaró con un gracioso movimiento de cabeza—. Me muero de ganas por bailar, ¿sabe? En estos encuentros nunca se baila, ¡y la música invita tanto!

Ante aquella confesión acalorada, Jocelyn se llevó una mano a la boca para reír; Volkmer también rio.

—Lleva usted toda la razón —declaró el capitán.

—¿Solo necesita eso? —dijo Jocelyn ladeando la cabeza.

—Adoraría entretenerme con un baile.

—¿Ve como no ha sido tan difícil confesar la verdad? Vamos. —Jocelyn soltó a Volkmer y tendió una mano enguantada a su invitado—. Sáqueme. Bailaremos esta pieza. Es ideal.

—Pero ¿no resultará poco adecuado?

—La casa me pertenece y, por otro lado, es usted el invitado más importante. Nadie se atreverá a pensar que rompemos la etiqueta. Aproveche, Günter, o la pieza se terminará.

Y el señor Schultz, apretando los labios en un gesto de determinación, tomó a Jocelyn de la mano y la condujo al centro del salón, donde comenzaron a bailar

un vals de Strauss. Al principio, los demás invitados se limitaron a observarlos. Los hombres alzaban una ceja y las mujeres cuchicheaban, hasta que Volkmer se aproximó a una de ellas y solicitó que bailara con él. La mujer consultó con su marido, que se encogió de hombros, y terminó aceptando con una sonrisa floja. Tarbuch, que había comprendido la perspicacia de la táctica, los siguió. Y de este modo, todos fueron uniéndose.

—Jamás había vivido una reunión como esta —manifestó Günter; su rostro derramaba ilusión—. ¡Gracias! Llevaba tanto tiempo sin bailar. Tanto tanto tiempo.

—Siga concentrado en el baile, se le despistan los pasos —reprochó Jocelyn.

—¡Oh, sí! Claro.

Bailaron durante unos minutos. El disco finalizó, pero a un veloz gesto de Volkmer, una de las criadas se encargó de cambiarlo por otra pieza de Strauss.

—El capitán llevaba razón —dijo Günter—, es usted una mujer única. Fabulosa, espléndida.

—Me halaga usted, señor.

—Sé la razón por la que me han invitado. Desea usted apoyos para la plantación. Dinero, si es posible. Ahora soy yo quien le exige sinceridad, Jocelyn. Por favor, dígame lo que pretende.

—Quiero volver a plantar algodón. Los maji-maji lo quemaron todo, pero sé que puedo revivir estos campos.

—La creo muy capaz, sin embargo, ¿no es la tierra propiedad del comandante Willem von Faulkert?

—En parte. Mi esposo es uno de los principales inversores. Ambos se encuentran aplacando los levantamientos, pero sé que volverán. Cuando Bertram regrese, no quiero que se crea arruinado. Yo también soy responsable de nuestro dinero; de lo que queda de nuestros ahorros, mejor dicho.

—En ese caso tiene mi apoyo, Jocelyn. Hablaré con el jefe del Consejo, con Rechemberg, y le prestaré dinero. Pero déjeme hacerle una sugerencia: no continúe en el negocio del algodón. El África Oriental Alemana se administra con cierta independencia respecto a Berlín, pero eso cambiará muy pronto. Ya hay voces que ven la rebelión de los nativos como el resultado de una administración desastrosa. No tardarán en recortar nuestro autogobierno, y cuando lo hagan, comprenderán que el algodón no prospera. Si tiene algún dinero, le recomiendo que invierta en ferrocarriles. La línea de Tanga planea extenderse a lo largo de todo el río Pangani, más allá de lo que se concibió desde el Gobierno; la línea central, que parte desde Dar es-Salam, también se extenderá hacia el oeste, puede que incluso alcance el lago Tanganica. Considérela, Jocelyn. Ha sido usted muy amable, quiero ayudarla de todo corazón. Los

campos de algodón terminarán por conducirla a la ruina.

Ella no dijo nada. Escrutaba los diminutos ojos del emisario, en los que halló una sinceridad que la atravesaba. Aquel hombre, casi con toda probabilidad, le estaba ofreciendo una información que muy pocos conocían, y lo había hecho por el precio de un baile.

—¿Me promete que lo considerará?

—Lo haré, señor Schultz.

—Eso me reconforta. Disculpe, he vuelto a perder los pasos.

—No importa.

Una vez comenzaron a bailar, los invitados decidieron que aquello era mucho más entretenido que las charlas de negocios y continuaron durante una hora, incluso a pesar de que el repertorio de vales de Jocelyn no daba para tanto y fuera necesario que algunos se repitieran. Únicamente Sefu bin Amri permaneció sentado, lo que parecía no importarle en absoluto. Continuaba enviando a sus criadas en busca de más bebida, mientras se entretenía viendo a los demás dar vueltas por el salón. Llegados a un punto, se estableció un cambio de parejas. Volkmer, esquivando a la dama que debía tocarle, logró tomar a Jocelyn de la cintura.

—¡Volkmer!

—No pienso terminar esta fiesta sin bailar con usted.

—Los invitados no están cansados. La fiesta se alargará un tiempo.

—Entonces he cedido a mi impaciencia.

Jocelyn bajó la cabeza intentando ocultar una sonrisa complacida.

—Lo ha conseguido —afirmó el capitán—, el enviado de Rechemberg está encantado. Le concederá cualquier cosa que pida.

—Y pese a ello, me ha aconsejado que no continúe con mi negocio, que no me arriesgue con el algodón. Dice que me arruinaré. Volkmer, ¿qué cree usted?

—No le hace falta mi consejo, Jocelyn. Tomará la decisión adecuada. ¿Recuerda lo que me dijo cuando intenté ayudarla? Es mejor para usted que continúe en solitario.

—Pero no es verdad. Su presencia me ha dado muchos ánimos. Sabía en todo momento que, aunque fracasara, usted acudiría en mi ayuda. Ha sido un caballero, y un fiel guardador de la promesa que realizó a mi marido.

—Mis reiteradas visitas y todo el tiempo que he consumido con usted no han sido por guardar mi honor, señora. Pensé..., pensé que a estas alturas ya se habría dado cuenta.

—¿Qué quiere decir? Capitán, noto que le tiembla la mano.

—Estoy enamorado de usted.

—¡Pero...!

El otro no la dejó terminar. La mano que la tomaba por la cintura ejerció una ligera presión, imperceptible para los invitados que los rodeaban, que aproximó a Jocelyn tan solo unos centímetros. Ella sintió que un repentino calor se adueñaba de sus mejillas; desde su garganta descendió hasta su vientre, y una vez allí hormigueó a través de sus muslos.

—No me tema —susurró Volkmer—. Por favor, no me tema.

—Yo... no...

Logró separarse de su pareja. Quedaron el uno frente al otro unos instantes, rodeados de invitados que danzaban emparejados. Hasta que Jocelyn comprendió que debía ofrecer alguna explicación.

—Voy a salir un momento —dijo al volumen adecuado para que todos la escucharan—. Continúen bailando, por favor. No tardaré en regresar.

Y antes de salir disparada, clavó en Johan Volkmer una mirada que expresaba profundo dolor. Él también entendió que debía aparentar calma. Se volvió hacia el rincón donde se parapetaba el *akida* y conversó con él un minuto; pero después, viendo que los invitados continuaban entretenidos en la música, se escabulló procurando no ser detectado.

Encontró a Jocelyn fuera, junto a la casa, lejos de cualquier ventana. Respiraba agitada y tenía ambas manos sobre el pecho. Contemplaba la espesura de los árboles; lo poco que podía percibirse de su verdor mientras la noche terminaba de oscurecer el firmamento.

—Jocelyn...

—No, se lo ruego —lo detuvo ella—, no avance más.

Él desobedeció.

—No he querido incomodarla.

—¿En qué momento pensó que una declaración de amor no me incomodaría?

—No lo medité con claridad. Supongo que estas cosas nunca se meditan bien. Se manifiestan sin más, y de este modo se da salida a una inquietud que desvela el espíritu.

—Pero capitán, usted no comprende...

—Lo comprendo a la perfección; es usted una mujer casada. Pero obsérvese: desde que Bertram ha desaparecido, sus fuerzas se han visto renovadas. En su rostro veo germinar un espíritu nuevo. ¿Cómo no enamorarme de él? Es usted una esposa abandonada por su marido, quien ha preferido ocuparse de otros intereses por encima de su cuidado. Yo jamás le haría algo semejante, Jocelyn, ni siquiera lo pensaría. No me es posible abandonarla, porque enloquecería si algún mal la alcanzara conmigo lejos. No, incluso me ofende imaginar tal cosa, por esa razón ni siquiera ahora puedo separarme de usted.

Se hallaba a menos de un metro, Jocelyn quiso retroceder, pero él la tomó de las manos y, de un tirón, la aproximó.

—Bertram no la ama, y usted no se merece tal crueldad. Es buena, generosa e inteligente, y tan bella que sacrificaría mi puesto, mi salud..., mi propia cordura para que me dedicara una sonrisa. El destino se ha burlado de su voluntad; le ha concedido un hombre que no la merece. Pero yo..., yo haré cualquier cosa por merecerla. Sabe que estoy dispuesto a hacerlo.

Volvió a rodearla del talle y la atrajo hasta quedar unidos. Jocelyn temblaba de arriba abajo.

—Está renovando su vida de principio a fin, permítase amar otra vez; amar a alguien que le corresponda.

—Pero cuando Bertram regrese... ¡No, no puedo!

Se separó de un empujón y corrió hacia los árboles. Volkmer suspiró abatido, mientras veía cómo Jocelyn se deshacía de los zapatos para alejarse a mayor velocidad. Apretó los puños y echó a correr tras ella. La tomó del brazo y la giró. Jocelyn intentó resistirse, pero él volvió a aproximarla, y esta vez, sin decir nada, la besó. Ella comprobó que su resistencia la abandonaba. Se sintió caer, igual que cuando le daban uno de aquellos desmayos, pero esta vez su corazón latía con tanta fuerza que los pálpitos se extendían hasta alcanzar su cabeza, sus brazos y sus piernas. Volkmer la aferraba con tanta fuerza, con tantas ansias, que no caería aunque se desmayara. Entonces notó cómo sus labios respondían a los del capitán, cómo sus manos recorrían sus brazos hasta los hombros, y cómo una vez allí se perdían en su espalda. Él imitaba sus caricias, pero las suyas eran más encendidas. Rozó sus cabellos y descendió hasta sus hombros. Sus dedos descubrieron los tirantes del vestido, pero luego bajaron hacia la piel del escote. El capitán acarició sus pechos; primero con suavidad, pero luego con más fuerza. Jocelyn se vio arder bajo tanto deseo, aquel que provocaba en otro hombre. Era la sensación de sentirse atractiva, algo que llevaba mucho tiempo sin experimentar. Volkmer continuaba acariciando sus pechos, pero con la otra mano la apretaba contra sí, tan fuerte que casi parecían a punto de fundirse. Entonces ella se despegó de sus labios y, tras una mirada cómplice, lo tomó de la mano y reanudó el camino hacia los árboles.

Desde aquella incómoda revelación de amor, Isolda no volvió a enseñar a coser a Bertram. Pasaban las tardes en puntos diferentes de la casa; ella concentrada en su lectura bajo el porche, él cosiendo en el comedor. Pero ninguno de los dos se concentraba en sus ocupaciones. Isolda se culpaba por su atrevimiento y deseaba que sus padres volvieran para no sentirse atrapada; Bertram, por su parte, urdía el momento ideal para marcharse, mientras decidía si despedirse de Igor y Heidi o desaparecer sin más. La segunda era mejor opción, pero dado que desconocía el emplazamiento exacto de Mahenge —solo que se hallaba en dirección noroeste—, no tenía más remedio que recurrir a la primera y pedir a Igor que lo guiara.

La herida se le había curado por completo y los brazos le respondían con la fuerza acostumbrada. No había razón para demorar su estancia más tiempo; la espera se había prolongado mucho más de lo que hubiera deseado. Para cuando quiso darse cuenta, noviembre lo había alcanzado.

Los primeros días del mes llegaron con noticias sobre la rebelión. Desde que se unieran a ella los bena, las tensiones habían crecido de forma considerable. Cierto era que se escuchaban voces de esperanza que clamaban por la derrota a manos de un Ejército alemán reforzado, pero los conflictos seguían multiplicándose por todas partes, lo cual acortaba la posibilidad de hallar a Franz con vida y llevarlo de vuelta hasta Kilwa.

El 5 de noviembre Bertram decidió que era hora de partir. Cuando el matrimonio llegó a casa y todos se sentaron a la mesa, les comentó que se encontraba en un estado de salud inmejorable y que necesitaba viajar a Mahenge cuanto antes. Igor Schmidt no tuvo más remedio que ceder a la evidencia. Poco después, mientras Bertram se encontraba en su habitación preparando un fardo con algunas provisiones, el misionero lo abordó:

—Me apena que se marche, si he de serle sincero. Nos sería muy útil aquí. Ahora podría talar con facilidad ese tronco que dejó tirado frente a la casa.

—Agradezco su hospitalidad, pero debo encontrar a mi hermano.

—A decir verdad, también deseaba que prolongara su estancia por otras razones. —El pastor retorció la punta de su camisa—. Me preocupa usted, señor Kast. Es un hombre con mucho carácter y temo que, en algún momento en el que se halle poseído por este, llegue a cometer alguna atrocidad. Creo que vivir con nosotros le está amansando. Le viene bien.

—No se preocupe.

Había intentado tranquilizar al pastor, pero su respuesta resultó mecánica, insustancial.

—Se lo he dicho con toda franqueza —insistió Igor—. Tenga cuidado. Intente dominarse.

—Siempre lo intento.

—En algún momento de su vida lo conseguirá. Tenga fe.

—Quizás, pero no por fe. Controlar mis impulsos es una tarea que solo a mí me compete. Es una lucha contra mí mismo.

—Espero que dé con su hermano —dijo el pastor extendiendo su mano—. Nunca nos ha hablado de él, pero si se parece a usted, confío en que debe tratarse de un hombre honorable. Procure no menospreciarle.

Bertram meditó aquel consejo, lleno de tan acertada clarividencia. Estaba claro que Igor lo había observado durante su recuperación y lo conocía bien. Al fin, aceptó su mano.

—Déjele hablar, Bertram. No se imponga a sus decisiones. Su hermano, al igual que usted, debe ser capaz de descubrir su propio rumbo en la vida. Todos tenemos un destino fijado por Dios, y aunque usted no crea en Él, también posee su propio sendero.

—Espero que se equivoque, pastor. Porque hay senderos más fáciles de transitar que otros. El mío es demasiado accidentado. Con todo respeto hacia su fe, si Dios me ha marcado este rumbo, es que no es igual de justo con todos los hombres.

En los ojos de Bertram el pastor leyó una profunda realidad: en efecto, algunos lo tenían más fácil para recorrer el cauce de su destino. Una existencia virtuosa era más fácil de sobrellevar para unos que para otros, dependiendo de su carácter y de las circunstancias que les tocara vivir.

—Al final todo se solucionará en su vida, Bertram.

—Tal vez sea así. Le aseguro que...

Escucharon la voz de Heidi. Llamaba a su marido desde el exterior. Parecía nerviosa.

Los dos hombres salieron y encontraron a la esposa del pastor que llegaba corriendo con las manos alzadas.

—¡Igor, vienen extraños! Creo que son de los maji-maji.

—Mujer, ¿estás segura?

—Creo que sí. ¡Señor Todopoderoso! ¿Qué vamos a hacer?

—Llévate a Isolda adentro. Id a su habitación, es la más alejada de la casa. Ni se os ocurra salir de allí. Si escucháis voces que no son las nuestras, escapad por la ventana y huid hacia el miombo.

—Sí, cariño. Sí.

Heidi arropó a Isolda con sus brazos y ambas corrieron adentro. Bertram e Igor quedaron de pie en el porche, esperando a que alguien apareciera en el claro.

—Hablaré con ellos —anunció el pastor en un tono con el que intentaba tranquilizarse a sí mismo—. Déjeme hablar a mí.

—¿Tiene armas en casa?

—No las necesitaremos. Seguro que son de la zona. Aquí tenemos buena fama. No nos harán daño. Les daremos comida y se marcharán.

—¿Tiene armas o no?

—Una escopeta, ahí, en ese armario.

Bertram fue a por ella.

—¡No! —intentó detenerlo Igor—. No los atacaremos bajo ningún concepto.

Pero el hermano mayor de los Kast lo alejó mediante una mirada furibunda, y el pastor no tuvo más remedio que regresar al porche.

A lo lejos, de entre los árboles, emergieron diez hombres. Esgrimían cuchillos y andaban a paso vivo. Uno de ellos hizo una señal y los demás comenzaron a dispersarse con la intención de rodear la casa. Igor les salió al encuentro, avanzando unos metros. Bertram, en cambio, se quedó junto a la puerta y dejó la escopeta apoyada contra la pared, a mano.

—¡Amigos! —los llamó el pastor, y luego lo repitió en suajili—: Rafiki!

Bertram escuchó que aquellos hombres discutían entre ellos.

—No somos violentos —continuó el pastor alternando los dos idiomas—. Les daremos alimento, cama o cualquier cosa que necesiten. No apoyamos la...

Una detonación detuvo sus palabras. Se sobresaltó, y luego, poco a poco, bajó la cabeza hasta observar cómo su camisa se teñía de sangre. El líder de aquellos rebeldes apretó por segunda vez el gatillo de su revólver. La bala impactó en el centro del pecho y el pastor se derrumbó.

Bertram intervino a gran velocidad, se movió a un lado, justo tras la pared, tomó la escopeta y abrió fuego. El líder cayó bocarriba, vencido por la fuerza del impacto y con el pecho abierto. Los demás reaccionaron a gritos. Bertram descargó el segundo cañón; otro fue abatido. Desde su espalda le llegaron los chillidos de las mujeres. Corrió al armario y derramó la caja de cartuchos. Se metió varios en el bolsillo y tuvo tiempo de introducir dos en la escopeta. Uno de

los rebeldes llegó hasta la puerta, Bertram amartilló el primer cañón y abrió fuego. El rebelde cayó sobre la mesa. Se quedó ahí tumbado, sangrando a chorros por un costado y retorciéndose en los últimos estertores. En ese momento alguien abrió la puerta de la habitación: Heidi e Isolda intentaban escapar, pero dos hombres las sujetaban. Tal y como había previsto, los maji-maji habían rodeado la casa y se colaban a través de las ventanas. Bertram apuntó y disparó sin pensar. El hombre que sujetaba a Isolda dejó salir un grito de dolor antes de morir. La joven echó a correr hacia Bertram, mientras este echaba mano a más cartuchos de su bolsillo. Frente a él, Heidi gritaba con todas sus fuerzas.

—¡Escapad! ¡Escapad!

Oyó cristales que se rompían por todas partes. Logró cargar la escopeta y servir de escudo a Isolda, pero no tuvo tiempo de disparar antes de que Heidi muriera degollada por el *panga* de su agresor, en una mezcla de gritos y gorgoteos. Aparecieron rebeldes desde varios puntos: el que había matado a la esposa del pastor saltó por encima de su cadáver; por la puerta principal entró otro, y a su espalda, procedentes de la cocina y de la habitación de matrimonio, otros dos. Disparó al primero, pero los demás se le echaron encima antes de que pudiera repetir. Oyó los gritos de Isolda cuando la separaban de su lado. Entonces se volvió, justo para ver cómo dos hombres la aferraban por detrás, la levantaban del suelo y le clavaban sus cuchillos en el pecho. Un tercero se unió a ellos, atacando de frente y hundiendo el *panga* en el estómago. La muchacha intentó gritar, pero le tapaban la boca. En un segundo, su vestido color marfil se inundó de rojo oscuro. La sangre resbaló por su falda y a lo largo de sus delgadas piernas, ensuciando los calcetines y los zapatos.

Bertram se escuchó rugir. Notó cómo su interior se revolvía de furia; el torrente despertaba, corría veloz por el cauce del río y abría las fauces del tigre. Tomó la escopeta por los cañones, utilizándola como objeto contundente, y fue directo a por los que aún sostenían a Isolda. Ellos, viendo el peligro, dejaron caer el todavía cálido cuerpo de la muchacha. Pero antes de que llegaran a defenderse, Bertram les cayó encima. El primero recibió la culata de la escopeta en plena cara. Dio media vuelta en el aire y se estrelló contra el armario. El segundo fue alcanzado por un golpe ascendente que le impactó en plena barbilla; tan violento que lo levantó del suelo. En el aire escupió varios dientes. El tercero se dobló de dolor cuando la culata le dio en el estómago, y se desplomó como un peso muerto después de que Bertram la estampara de nuevo contra la base de su cráneo. La culata se partió, aunque eso no detuvo al hermano mayor de los Kast. Tomó lo que quedaba del arma con una mano, agarró un *panga* con la otra y antes de que cualquiera de aquellos tres hombres se recuperara, la emprendió a

machetazos con ellos. Dos más hicieron acto de aparición: uno por la puerta de entrada y el otro desde la habitación de Isolda, donde se desangraba el cuerpo de Heidi. Este último se había hecho con el revólver de su líder. Pero Bertram se encontraba tan dominado por la ira que ni siquiera vio que lo estaban encañonando. Asaltó al más cercano con el *panga* y la escopeta, y lanzó un frenesí de golpes contra él. El rebelde logró parar el primero, pero no el segundo, ni el tercero, ni el cuarto. Murió antes de tocar el suelo; entonces Bertram, con el rostro perlado de sangre ajena, se volvió hacia el único que quedaba. El rebelde abrió fuego, pero el revólver le temblaba en las manos y la bala dio contra la pared. Bertram se lanzó contra él gritando como un demente. A sus oídos llegó otra detonación que de nuevo erró. Optó por arrojarle la escopeta. El hombre la paró interponiendo los brazos, pero cuando los retiró Bertram ya estaba a su lado, con el *panga* apuntando a su cuello. El primer tajo casi logró seccionarle la cabeza, pero fue necesario un segundo para que esta rodara. Después Bertram la emprendió contra el cuerpo sin vida, aún desconocedor de su victoria. Solo un nuevo griterío le devolvió una pizca de juicio. Venía desde el exterior. Llegaban más hombres.

Avanzó hasta el comedor y observó. Esta vez eran veinte. Por fortuna aún no habían rodeado la casa. Miró a su alrededor, a la matanza que cubría el suelo de aquella noble familia; y entre semejante espanto, el cuerpo níveo de la pequeña Isolda, descansando sobre un tapiz carmesí. La escena lo conmovió, amenazando con arrastrarlo hasta límites que su enajenación no había conocido. Quiso permanecer en la casa aguardando a sus nuevos invasores, despedazarlos con su cuchillo, pero recobró una chispa de humanidad y de cordura al comprender que acababa de segar la vida de diez hombres, y que no podría contra los demás. Resolvió escapar, y hacerlo a través de la ventana de la cocina. Daba a un lateral y se arriesgaba a ser descubierto, pero era la que más cerca se encontraba de la espesura.

Al abrir la puerta de la cocina descubrió que no era el único superviviente. Uzuri se escondía arrinconada entre los fogones y la alacena con un pequeño cuchillo entre las manos. Dio un grito cuando Bertram entró; aterrada por su aspecto: cubierto de sangre y empuñando el *panga*, y por los cadáveres que había en el comedor.

—Vámonos —dijo Bertram, que apenas logró escuchar sus propias palabras, todo sucedía como en una especie de sueño.

Tomó a Uzuri de la mano y tiró de ella. La joven se resistió, pero él no tuvo ningún tacto. A base de empujones la coló a través de la ventana y luego salió él. Tal y como esperaba, los nuevos atacantes los vieron, pero el miombo quedaba cerca y esperaba perderlos si alcanzaban el río.

Corrieron saltando arbustos y raíces sobresalientes; esquivando ramas o golpeándose contra ellas sin importarles los arañazos que causarían en su piel. Los gritos les llegaban desde todas partes, pero esta vez Bertram no se hallaba herido, sino todo lo contrario. Lo impulsaban unas energías incombustibles; tantas que arrastraba a Uzuri del brazo a pesar de que la mujer le rogaba que la dejara marchar.

No llegaron a dar con el río. En su lugar los recibió una sabana casi desprovista de árboles, pero hacía rato que ya no escuchaban voces ni pasos de nadie. Con toda probabilidad los rebeldes se habían entretenido con los víveres de la casa, en lugar de molestarse en perseguirlos. Por esa razón, y obedeciendo a uno de los muchos tirones de Uzuri, Bertram se detuvo.

—¡Déjame! —ordenó la joven—. ¡Eres un asesino!

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Han acabado con Igor, Heidi e Isolda!

Ella escupió al suelo. Luego se alejó.

—¡Espera! ¡No te vayas! ¿Por dónde se va a Mahenge?

Sin volverse, Uzuri señaló en una dirección.

—Uzuri... —murmuré.

No encontré valor para continuar, porque vi cómo mi tío Bertram parecía aguardar mi confesión con cierto aire maquiavélico. Cuando fue consciente de mi abrupto silencio, tomó la palabra.

—Hablaste con ella en Kilwa, no hace falta ser adivino para averiguar eso. Sé que te dijo cosas. Vamos, puedes hablar, Leopold. Yo he decidido narrarte mi pasado, sé tú igual de sincero.

—Dijo que habías matado a muchos hombres.

—Y lo hice. Acabé con la vida de diez hombres en unos minutos. ¿Te parecen pocos?

—No, pero fue en defensa propia. Te habrían matado.

—¡Oh! Con toda seguridad, igual que hicieron con aquellos misioneros. Pero acabé con sus vidas del modo más sanguinario que puedas imaginar. No sería capaz de transmitirte la fuerza que empeñé en cada golpe, o la nefanda sensación que me embargó al hendir su carne. No, no puedo, y no quiero entrar en esos detalles. La muerte de la pequeña Isolda despertó algo muy profundo en mí, algo que hasta entonces solo se había manifestado en parte, pero que, en aquel momento, me demostró todo su ímpetu. Fue como si perdiera el dominio de mis facultades, como si cada miembro, cada minúscula acción consciente ya no dependiera de mi cerebro. Era otro quien las dominaba, mientras mi desgraciado espíritu quedaba relegado a una mera posición de observador. Fue monstruoso, Leopold. Y todavía, cincuenta y seis años después, llevo enroscada una serpiente que me muerde con la ponzoña de aquel recuerdo. Revivo los rostros desencajados, las miradas desorbitadas y unas voces desgañitadas pidiendo clemencia. Dios no ha querido hacerlas desaparecer.

—¿Dios?

—No me imaginas capaz de mencionar a Dios, ¿verdad? No, desde luego no soy una persona religiosa. Aquí en Kilwa conviven católicos, protestantes, musulmanes e hindúes. Conozco bien todas esas religiones y nunca he confiado

en ellas. Lo cierto es que, en el pasado, jamás llegué a pensar que un ser superior nos estuviera observando desde los cielos. En mi juventud supe que toda responsabilidad procedía de mi interior. Que era yo, y solo yo, quien debía apaciguar mi ánimo y conceder bondad a mis acciones. Creer que una voluntad divina estuviera dispuesta a sentir misericordia por mí, a ayudarme cuando la necesitara..., no, aquella forma de ver el mundo me resultaba altamente deshonrosa. Por eso nunca creí que hubiera dios alguno sobre los cielos. Pero durante los días posteriores a mi huida, sucedió algo que...

—¿Qué?

—¿Crees que Dios solo escucha a quienes acuden a las iglesias, Leopold? ¿A los que son buenos fieles?

—Nunca me lo he preguntado.

—Yo tampoco lo había hecho, hasta que sentí que perdía la vida, y que al hacerlo peligraba el destino de mi alma.

—¿Qué te sucedió?

—Intenté poner rumbo a Mahenge siguiendo la dirección que me había indicado Uzuri. Aquella muchacha me odiaba más de lo que suponía, porque me señaló un rumbo erróneo. Me perdió en la sabana a propósito.

—Pero volviste a encontrarte con ella, ¿no es cierto?

Observé que mi tío bajaba sus cejas, y cómo sus ojos, de alguna extraña manera, parecían introducirse en el interior de las cuencas. Su mirada me estremeció cuando comprendí lo mucho que acababa de delatarme con mi pregunta. Si había un reencuentro entre Uzuri y mi tío, fue entonces cuando Bertram tuvo que dar muerte a mi padre. Los nervios se me agarrotaron en el centro del pecho. —Así es —confirmó muy despacio, con una voz cavernosa—. Volví a verla en otra ocasión.

—¿Me lo contarás? —arriesgué.

—Hoy no. Es de noche.

—¡No me había dado cuenta!

Era cierto. Sus relatos se hacían cada vez más extensos. Nos había anochecido.

—Tenemos tiempo de sobra, Leopold. Mis maletas aún no están hechas. Mañana continuaré donde lo he dejado. Ahora, duerme.

—Claro —dije aparentando naturalidad.

Aquella noche cerré la puerta de mi habitación con pestillo. Aunque intenté tranquilizarme, estuve dando vueltas entre las sábanas hasta la madrugada, momento en el que al fin logré conciliar un sueño ligero, que se interrumpía con cada pequeño sonido.

A la mañana siguiente, Bertram me esperaba sentado a la mesa, paciente y

dispuesto a proseguir.

Tras su primer día de marcha, Bertram comprendió que aquel no iba a resultar un recorrido fácil. El terreno era muy seco, el sol golpeaba con un calor que escocía y apenas había agua. Los cursos de los ríos seguían allí, pero por ellos no pasaba más que un pobre hilillo que de cuando en cuando desaparecía entre las rocas. Tampoco había comida, pero aquel detalle no le importó al principio. Pensaba, en su ignorancia, que alcanzaría Mahenge en unos días y que no le sería necesario llenar el estómago. También se negó a beber de aquellos cursos raquíticos, con la seguridad de que no tardaría en encontrar alguna acumulación de agua más generosa, y menos sucia.

El segundo día fue consciente de cuán rápido le menguaban las energías. Había consumido muchas durante el día anterior, con el combate y la posterior carrera. Estaba acalorado, sediento y cansado. No volvió a rechazar el próximo río con el que se topó, a pesar de que por él bajaba aún menos cantidad de agua. Sorbió el líquido, tosiendo por los pequeños granos de tierra que se le atragantaban, y luego se tomó un tiempo para orientarse; aunque no halló en el horizonte nada con lo que establecer una guía; solo una sabana que parecía interminable.

Luego llegaron el tercero, el cuarto y el quinto día de travesía. Al sexto, Bertram se supo perdido. Ya debería haber encontrado Mahenge, y para alimento de sus peores suposiciones, ni siquiera había rastro alguno de humanidad. Tan solo aquel verdor interminable, el sol y el ruido de las chicharras.

Estaba hambriento, apenas era capaz de mantenerse en pie por culpa de la debilidad, pero era la sed lo que más carcomía sus ánimos; llevaba dos días sin encontrar nada con lo que hidratarse. Cada curso estaba seco desde hacía meses. Notaba la boca adormecida y los labios le sangraban porque se le habían cortado. Sentía mareos y dolores por todo el cuerpo, y una fatiga que aumentaba con cada paso. El trayecto bajo el sol se había transformado en una tortura. Pero entonces, al atardecer del sexto día y mientras ascendía un pequeño promontorio, le sorprendieron unos sonidos muy distintos a sus propios jadeos. Era un estruendo

que procedía del otro lado. Se trataba de una estampida. Corrió hasta la cima y observó. Una manada de impalas se precipitaba directa hacia él, perseguida por tres leopardos. Tuvo tiempo de lanzarse al suelo justo antes de que los animales pasaran esquivándolo. Lo rodeó un terremoto de cientos de cascos cayendo a su alrededor, rozándolo, hasta que al fin la manada pasó de largo. Los leopardos ni siquiera le prestaron atención, dos de ellos consiguieron una presa que había caído y rodado promontorio abajo. Se aferraron a su cuello y cuartos traseros, y apretaron sus mandíbulas hasta que el animal dejó de cocear. Bertram se arrastró hasta quedar a unos veinte metros. Pese al hambre atroz, aún conservaba parte de la razón, de modo que esperó mientras los felinos se daban su festín. Pocos minutos después, el lugar comenzó a llenarse con la risa de varias hienas. Ellas también aguardaban su turno para comer la carne de impala, y al contrario que los leopardos, sí advirtieron la presencia de Bertram, como si supieran que era un competidor.

Los leopardos se fueron y Bertram corrió hacia la carne. Las hienas también lo hicieron. Una de ellas llegó antes y arrancó un trozo de las entrañas. Bertram se lanzó sobre ella, gritando y alzando las manos, pero el animal le sacó los dientes y atacó. Él se encontraba muy desesperado como para retroceder. Acometió a su vez, lanzando una patada que acertó en el lomo del carroñero. La hiena se alejó gimiendo. Bertram se colocó junto al impala y continuó gritando a las demás, que lo rodeaban por todas partes. Los animales retrocedieron; entonces se lanzó a por la comida. Arrancó un pedazo ensangrentado con las manos y se lo llevó a la boca. La entrada de alimento en su estómago lo hizo revivir, y más todavía la humedad que mojó sus labios. Se inclinó y bebió de la sangre. Aquel momento fue aprovechado por las hienas, que se lanzaron todas a una. Bertram intentó defenderse, pero hasta cuatro de aquellas alimañas mordieron sus brazos y sus piernas. Por fortuna consiguió revolverse y, dolorido, escapó. Quedó sentado a cierta distancia, observando cómo las hienas daban buena cuenta de los restos. Gruñían y reían de satisfacción, mientras él apenas había llegado a probar bocado. Miró sus manos aún manchadas de sangre y las lamió, necesitado de cualquier líquido con el que descostrar sus labios.

En aquel instante fue consciente de su miseria. Bertram Kast se lamía sangre de las manos, cautivo de la vesánica ansiedad que envuelve al hombre sediento. Miró a su alrededor, a los kilómetros de tierra desconocida, y fue incapaz de reprimir el llanto.

Su vida había terminado en la más desoladora de las circunstancias, y todo había sido por su ánimo indomable, por aquel maldito carácter egoísta e iracundo. Jocelyn se encontraba lejos, muy lejos de él, abandonada a su suerte. ¿Y Franz? Quién sabía. Tal vez, si le hubiera tratado como al hombre que era, y

no como a su hermano pequeño..., sí, se había equivocado con Franz, se había equivocado con todos. Por eso merecía aquel deplorable estado. Merecía fallecer de hambre y sed, o quizás devorado por el primer carroñero que lo asaltara cuando fuera incapaz de defenderse. Los carroñeros lo comerían. Aquellas hienas morderían su carne y sorberían el tuétano de sus huesos. Las observó; ellas también lo miraban con sus ojos negros.

—¡Fuera, no me devoraréis! —Se puso en pie e intentó ahuyentarlas—. ¡¿Este es mi castigo?! ¡No! ¡Me niego! ¡Me niego! ¡Perras!

Tomó algunas piedras y comenzó a lanzarlas, pero los animales no se asustaron. Al contrario, comenzaron a aproximarse entre gruñidos, con los hocicos teñidos de rosa. Ahora Bertram las contempló con temor.

—¡Alejaos! ¡No os lo permitiré!

Las hienas rieron. Bertram se dio media vuelta y echó a correr. Fue capaz de mantener un ritmo pausado durante unos segundos, hasta que lo detuvieron un palpitante dolor en el pecho y potentes jadeos. Miró a su espalda, las hienas estaban siguiendo su rastro. Continuó a paso lento, tropezando cada escasos metros. Encontró un árbol y arrancó una rama. No moriría sin pelear, no mientras le quedaran arrestos.

Se esforzó en pasar aquella noche en vela, concentrado en las decenas de luminarias que lo vigilaban ocultas entre la negrura. Un par de veces cabeceó, y se despertó con un animal a un metro de distancia, listo para dar la primera dentellada.

Con el amanecer su situación fue a peor. El primer rayo de sol incidió directo sobre su rostro, pero Bertram no sentía calor, sino frío. Un frío aposentado en sus articulaciones que lo hacía temblar y sudar al mismo tiempo. Las fiebres lo atacaban, y como si las hienas pudieran olfatearlo, se carcajearon con aquella nueva desdicha. Coordinadas, lo rodearon esperando que se derrumbara, pero Bertram, con grandes esfuerzos, se puso en pie y agitó el palo por encima de su cabeza.

—¡Fuera! —gritó una y otra vez.

Los animales se retiraban de un lado pero se acercaban por otro, sobre todo por la espalda, e intentaban morderle los tobillos. Sin embargo, Bertram resistió; y tras media hora de asaltos infructuosos, volvieron a guardar las distancias. El hombre y los animales reanudaron aquel penoso viaje, errando por una tierra que no dejaba espacio para el descanso, ni ofrecía la tregua de un refugio o algo que llevarse a la boca. Al paso de las horas siguieron los días, y con ellos Bertram fue sintiendo que la muerte se aproximaba. Solo de cuando en cuando hallaba algo de beber, lo suficiente como para seguir con vida, pero no para aplacar su sed. Algunas hienas se habían retirado, pero media docena aún rastrea sus

pasos. Lo seguían a pocos metros, o caminando a su lado sin ningún pudor, observándolo de reojo por si tropezaba y caía, para lanzarse con las fauces abiertas.

Las noches se transformaron en una nueva vigilia. Debido a que apenas dormía, Bertram comenzó a perder el sentido de la realidad. El paisaje se le antojó una miasma parda y verdosa de la que emanaban las risas de un centenar de espíritus. Se burlaban de su debilidad y le aseguraban con voces chillonas que jamás abandonarían su deambular. Incluso muerto, estaría destinado a vagar en busca de agua. Transcurrieron demasiadas jornadas para contarlas. Bertram, febril y casi muerto, apenas lograba distinguir la realidad de las farsas que su cerebro construía; noches y días parecían una idéntica sucesión, el transcurrir de un tiempo cíclico ya vivido. Y cada vez con menos frecuencia se topaba con algún charco agonizante, más barro que agua, del que bebía con la ansiedad de un loco. Pero aquellos golpes de suerte no hacían sino prolongar una agonía sin fin.

Entonces, en uno de aquellos días, sus pies le fallaron.

Cayó de rodillas, jadeando, sin ser capaz de abrir los ojos por completo. El dolor azotaba cada fibra de su cuerpo. Las hienas se aproximaron.

—Mátame —susurró, pero no hablaba a los animales, pues había levantado la cabeza en dirección a las nubes—. ¿Por qué prolongas mi vida? Acaba con mi sufrimiento. Me dejaré caer aquí, llévate mi espíritu ya.

Las nubes menguaban la mordedura del sol. Bertram comenzó a sollozar.

—¿Qué quieres de mí? ¿Qué quieres? —gemía; sus ojos aún pudieron generar una lágrima peregrina—. ¿Qué quieres de mí?... Jocelyn..., no sabes cuánto lo siento. No merecías que te tratara así. Eras todo bondad, todo bondad, Jocelyn; y yo he destrozado tu alma. ¿Cómo he podido ser tan cruel? Perdóname, esposa mía. Perdóname si es que aún te resta algo del amor que me juraste. Y tú, hermano, también suplico tu perdón. Jamás te traté como merecías. ¡Perdonadme los dos! ¡Perdonadme! ¡Perdonadme!

No pudo seguir, porque lloraba con todas sus fuerzas. Abrió los brazos en cruz y quedó a la espera. Sabía que aquel era el instante de su muerte, y que Dios, o cualquier fuerza que lo escuchara, no le dejaría abandonar el mundo antes de que las hienas probaran su sangre. Aquello ya no le importaba; si había llegado su final, lo asumía. Las hienas estrecharon el cerco, muy despacio. Bertram soltó el palo.

Una sensación fría aguijoneó su nariz. Abrió los ojos y se palpó. Agua, una gran gota que había aterrizado en su tabique nasal y que se escurría por sus mejillas. Aguzó la vista hacia las nubes; decenas de agujas de plata aterrizaban contra los campos, de los que emanaba el inconfundible olor que precede a una

tormenta. Se oyó un trueno a lo lejos, luego otro, y finalmente, con el tercero, el cielo descargó un potente aguacero.

Era el primer día de diciembre, comenzaba la estación breve de lluvias. Bertram, como resucitado de entre los muertos, se puso en pie; y aún con los brazos abiertos se dejó empapar. El rostro, los brazos y el pecho henchido se agitaban con cada golpe de agua; la tormenta crecía en virulencia, los rayos surcaron un cielo gris, los truenos estremecieron la tierra; y junto a ellos, igual que si los invocara en un místico llamamiento, Bertram gritó de euforia. Luego comenzó a carcajearse. Abrió la boca y bebió, bebió hasta hartarse, y pisoteó los charcos, y se deslizó por la yerba mojada, y continuó gritando, bailando y corriendo. Las hienas estaban confusas. Algunas echaron a correr y otras, dubitativas, permanecieron en su sitio hasta que el hombre al que perseguían las encaró con una sonrisa, y con su mirada felina y un rugido las espantó. Corrieron hasta desaparecer tras la densa cortina de lluvia, y Bertram continuó rugiendo, complacido de escuchar su propio eco en la lejanía.

Con el inicio de la temporada de lluvias el viaje cambió de forma radical. Los cursos de los ríos transportaban agua en abundancia, de forma que no volvió a pasar sed. Por otro lado, aprovechó que los animales iban a abrevar para conseguir algo de caza. Continuaba perdido, pero hacia el 5 de diciembre dio con un poblado nativo. Para su sorpresa, el lugar no solo se encontraba abandonado, sino que lo habían quemado hasta reducirlo a cenizas. A partir de allí, la tierra mostraba un malsano color negro; de los árboles no quedaba más que un tronco renegrado y no había ni rastro de alimento. Lo que sí halló fueron cadáveres humanos. Hombres, mujeres y niños muertos de inanición a la puerta de sus casas, o por el camino de aquella extensa senda negra cuyo final no atisbaba. Si alguien había podido causar semejantes estragos, había tenido que ser un ejército alemán.

A poco de internarse por aquel páramo, se encontró con uno de aquellos islotes de piedras que resaltan en mitad de la sabana llamados *kopjes*, donde suelen ocultarse los grandes felinos para otear la caza. Este tenía al menos quince metros de altura. Escaló hasta su cima y oteó los alrededores. Las tormentas habían concedido una tregua, y aquel era un día despejado, de temperaturas generosas. Gracias a ello pudo ver que la tierra quemada se extendía en todas direcciones hasta desaparecer tras la línea del horizonte. Hacia el norte pudo ver cómo el cielo se tiznaba con dispersas volutas de humo. Allí se encontraban los causantes de los incendios.

Sabía que era un riesgo adentrarse en una tierra desprovista de todo alimento, pero a juzgar por el humo, los alemanes debían hallarse a no más de tres días de

distancia, y, por otro lado, había perdido el miedo a pasar hambre. Emprendió la marcha hacia el norte. Por el camino fue testigo de una imagen desoladora: cada asentamiento había sido consumido por el fuego. De vez en cuando se topaba con el cadáver de un negro, muerto hacía días en su búsqueda de alimentos y medio devorado por los carroñeros o los insectos. Era como pasear por un camposanto de cuerpos insepultos, donde solo las moscas eran las dueñas de todo.

Tal y como había previsto, al cuarto día alcanzó la cola de las tropas alemanas. Observó que los hombres se dispersaban quemando tierras, mientras que la avanzadilla había llegado hasta un poblado que aún no había devorado el fuego. Corrió agazapado hasta él, se ocultó tras unos arbustos y observó. La comitiva alemana era recibida por el jefe de los bena. El corazón le dejó de latir un segundo al comprobar que aquellos representantes del Ejército imperial no eran otros que Willem y su propio hermano.

El comandante Von Faulkert observaba a los nativos con altivez mientras el chamán arrojaba un líquido blanco al suelo y se alejaba del charco que este había formado. Después, en clara actitud rogatoria, dedicaba unas palabras a Willem. Bertram aguzó el oído, buscando escuchar lo que el comandante decía.

—Bien. Haremos noche en el pueblo. Franz, que los jefes nos dejen sus cabañas.

Observó que su hermano también hablaba algo de suajili, y que transmitía las órdenes de Willem con cierta soltura.

Al fin lo había encontrado. Esta vez regresarían juntos a casa. No fallaría en matar a Willem von Faulkert.

Jocelyn cerró los ojos y dejó que el agua caliente relajara sus músculos. Estaba recostada en la bañera, sumergida hasta el cuello. A través de la espuma solo emergían los dos pequeños islotes que eran sus rodillas. Los dedos del capitán se perdían enjabonando su cabello. Sentado en el borde, no se había desprovisto de más ropa que su chaqueta, y se empeñaba en el lavado con la camisa remangada hasta los codos. En la habitación no se colaban más que dos hebras de luz cobriza, que anunciaban un atardecer moribundo.

—Tienes un pelo precioso —susurro al oído de la mujer, quien respondió con un leve gemido—. Me perdería acariciándolo, recorriéndolo con mis dedos. No querría hacer otra cosa en mi vida.

—Te cansarías, Johan. Nadie puede amar tan fuerte como para no cansarse de hacer siempre lo mismo.

—Ponme a prueba entonces.

Ella lanzó un suspiro. Volkmer había descendido por su nuca y masajeaba con la suficiente presión como para provocar un placer adormecedor.

—Johan...

—¿Sí?

—¿Me apoyarías si te dijera que voy a dejar el negocio del algodón?

—¿Harás caso al enviado de Rechemberg?

—Creo que es la decisión más sabia. Escucha, Günter llevaba razón. El algodón arruinará a muchos hombres, mientras que el ferrocarril parece una apuesta segura. He estado recordando a un amigo que teníamos en Ingolstadt. Se llamaba Herold Millman, era un joven muy risueño, ¡y cómo fumaba! Pero también era inteligente. Deseaba viajar a África e invertir en el ferrocarril de Tanga. Ignoro si finalmente lo hizo, pero creo que, de haber apostado su dinero allí, hoy sería rico. En cambio nosotros, míranos. No hemos ganado dinero.

—Pero has dispuesto los campos para la siembra.

—Lo sé.

—¿Y esta casa?

—Deseo quedarme con ella. En Kilwa me siento aprisionada, ahogada. Sería como regresar a mi vida anterior. No quiero volver a mirar las cosas desde un balcón. Por desgracia tendré que regresar, supongo. Cuando Willem vuelva, seré devuelta a mi habitación.

—¿Y si no regresa?

—No digas eso.

Apartó la cabeza de las manos del capitán, presa de una repentina incomodidad. Volkmer permaneció sentado en el borde.

—Crees que si regresa Willem, Bertram también lo hará, ¿no es así?

—No lo sé.

—Todavía lo amas. Pese a todo, todavía...

—¡Por favor, para! —rogó ella volviéndose—. No puedo evitarlo, Johan. Sí, estás en lo cierto, amo a mi esposo, y cada vez que me dejo besar o descubres mi desnudez me siento sucia. Lo he traicionado.

—Él te ha traicionado primero. Bertram nunca te amó. ¿Acaso no te diste cuenta al leer la carta del doctor Felleman? Yo sí pude comprenderlo cuando me la dejaste. Él no es un hombre capaz de entregarse. Han pasado meses desde su marcha y ni siquiera te ha enviado un telegrama. ¿Dónde se encuentra? Se ha marchado, Jocelyn, pero yo continúo aquí. Concédete la oportunidad de ser amada.

Ella desvió la mirada a los montículos de formas caprichosas que formaba la espuma; el casi imperceptible viento de su respiración los hacía temblar.

—Está bien, Johan. Permíteme esperar hasta que comience el nuevo año. Si Bertram no regresa antes del 10 de enero te entregaré mi corazón. Seré tuya.

El capitán suspiró. En sus ojos apareció un atisbo de melancolía.

—Creo que nunca podrás cumplir esa promesa, pero me conformo con aquello que seas capaz de regalarme.

—Con su permiso, teniente Kast.

—¡Comandante! Pase, por favor.

Willem entró en la choza agachando la cabeza. El hogar estaba compuesto por una única pieza redonda y pequeña, con escaso mobiliario, paredes de adobe y techo de paja. No había ventanas, solo un agujero que hacía las veces de puerta. Franz estaba en el centro, sentado sobre una alfombra, estudiando un manual de suajili-alemán.

—¿Cómo va su aprendizaje?

—Poco a poco —contestó el joven Kast—. Me gusta abordar la lectura antes de acostarme, hace que me dé sueño.

—Franz, vengo para informarle que nuestro próximo rumbo será en dirección suroeste, hacia el lago Nyasa. Un poderoso contingente de los bena se ha refugiado allí. Los acorralaremos y forzaremos su rendición.

—Como ordene. ¿Cuánto tiempo de descanso les queda a las tropas?

—Ninguno. No saldremos hasta dentro de una hora, pero que se preparen, tomen antorchas y quemem la aldea.

Franz dejó el libro en el suelo.

—Pensaba que no quemábamos las que se habían rendido.

—Es necesario que lo hagamos. No me fío de la palabra de estos negros.

—Pero han arrojado el *maji* al suelo, igual que las demás tribus.

—Creo que nos han mentido. Escuche, Franz, corren rumores de que algunos rebeldes se nos adelantan, visitan las aldeas por las que vamos a pasar e instan a sus jefes para que arrojen el *maji*. Estos se aprovechan de nuestra indulgencia buscando que no les quememos las tierras y pasemos de largo, pero luego continúan ofreciendo apoyo a nuestros enemigos. Que me encierren si no es eso lo que ha sucedido aquí. Apuesto a que ese teatro que han escenificado a nuestra llegada estaba ensayado, puede que incluso los rebeldes nos estén vigilando desde las afueras. No podemos mostrarnos magnánimos ahora. No con la victoria tan cercana. De modo que ya ha oído, que los hombres tomen antorchas

y lo quemem todo. Es una orden.

—Sí, comandante.

Willem desapareció, Franz recogió sus cosas y abandonó la choza. Fuera se respiraba una calma embriagadora. Algunos soldados conversaban en voz baja formando pequeños grupos, y otros montaban guardia rodeando el perímetro, pero la mayoría se hallaba en mitad del sueño, refugiados en las chozas prestadas por los nativos, que ahora ocupaban un gran edificio comunal, por lo general reservado para las visitas y las mujeres que estaban menstruando. En el centro del poblado había una enorme hoguera, que solía encenderse para espantar a las fieras. Más allá de la luz que arrojaba, la sabana dormitaba con el arrullo de los grillos y el ocasional bostezo de alguna bestia.

—Atención, sargento —llamó Franz.

—A la orden.

Acudió un joven barbilampiño y de mirada asustada; era uno de los recién llegados de Alemania. Su tez aún brillaba con la blancura del norte de Europa, aunque en sus mejillas ya se percibía cierto color afrutado, el regalo que África hacía a quienes caminaban largas horas bajo el sol.

—Que los hombres tomen antorchas y quemem la aldea.

—¿Esta aldea? —preguntó el otro con un claro gesto de desconcierto.

—Sí, sargento. Esta aldea. Es una orden del comandante. Le sugiero que se dé prisa.

—A la orden.

Se llevó la mano a la sien, taconeó y acudió a despertar a los soldados. Franz, entretanto, decidió quedarse parado justo frente a su choza; allí cerró los ojos, a sabiendas de lo que sucedería a continuación. Lo había vivido muchas veces y siempre era igual, pero no quería presenciarlo en aquella ocasión.

Primero se escucharon voces en alemán, órdenes que se repetían de hombre a hombre e iban recorriendo todo el poblado; luego pasos; unos más apresurados que otros, que se unían en un trasiego creciente de soldados. La hoguera crepitaba cuando retiraban las ramas que les servían como combustible. De inmediato emergían otras voces; esta vez eran las de los nativos, que al fin comprendían lo que iba a ocurrir. Los hombres daban la alarma; las mujeres chillaban y llamaban a sus críos. Luego las palabras de soldados y nativos se mezclaban en una discusión. Crecían en el tono, cada vez más; hasta que un disparo disipaba los ánimos. Al fin, el aire arrastraba un llanto generalizado, que poco a poco iba desapareciendo bajo el aleteo de las llamas. El incendio se hacía presente.

Abrió los ojos. La aldea peleaba contra muros de fuego. Los nativos escapaban al exterior, mientras los soldados aplicaban las antorchas a cualquier

material capaz de prender. Las casas ardían en piras que se consumían y despedazaban en minutos. A ras del suelo, el calor se acumulaba hasta perlar la carne de sudor, y por encima de las cabezas el brillo de las estrellas desaparecía bajo columnas de humo. Franz se acercó a la hoguera, tomó una rama, regresó a su choza y la arrojó al interior. Permaneció frente a ella, observando. Pronto, dedos grisáceos asomaron por entre la paja del techo. Al poco fueron seguidos por algunas lenguas doradas, que asomaron con cierta timidez, pero que no tardaron en emerger como una furiosa cresta rojiza. En un minuto la choza ardía con virulencia. Entonces, Franz advirtió que una línea de sombras aguardaba a lo lejos. Eran más de cincuenta.

Un proyectil pasó susurrando junto a su oído. Se agachó en un acto reflejo y desenfundó su pistola. ¡El comandante estaba en lo cierto!

—¡Atención, rebeldes por el sur! —advirtió justo antes de que otro de sus compañeros se le uniera.

—¡Rebeldes por el norte!

—¡Por el este también!

Quedó turbado un instante, hasta asimilar que estaban siendo víctimas de una planeada y astuta encerrona. Los maji-maji habían preparado aquel ataque con una frialdad perturbadora: se habían escondido en los alrededores hasta que los soldados se marcharan, pero si decidían quemar la aldea, esperarían hasta que todo ardiera para acorralarlos dentro de su propio incendio. Algunos hombres ya se habían dado cuenta y echaban a correr por donde las llamas aún no habían formado un muro infranqueable; los rebeldes los aguardaban allí para pasarlos a cuchillo. Comenzaron a escucharse los primeros gritos de auxilio y las primeras voces ahogadas por el filo de las lanzas. Franz observó el terreno más allá de su choza. Aquella era una posible escapatoria, pero había demasiados rebeldes guardándola. No podría tomar aquel camino. ¿Qué hacer entonces?

El grito de guerra de los maji-maji se extendió por la aldea como un hondo presagio de muerte. Era semejante a una «u» sostenida, a la que acompañaban el entrecuchar de las lanzas contra los escudos de piel curtida.

—¡Teniente! —Franz escuchó que lo llamaban—. Tenemos que salir de aquí o moriremos abrasados. ¿Qué hacemos?

Era el sargento barbilampiño. Se encontraba a unos metros, temblando como un antílope entre las fauces de un leopardo, abrazado a su fusil.

—¿Cómo escapamos de...? —No terminó la frase; una bala lanzó su casco por los aires, junto con parte de su cabellera. Murió en el acto.

Franz comenzó a hiperventilar; los maji-maji disponían de armas de fuego, lo que los situaba en igualdad de condiciones. Pero entonces, de entre una lluvia de centellas y humo emergió la figura de Willem, semejante a un dragón de fuego.

Empuñaba un fusil que apenas acercó a su rostro antes de disparar. En la distancia, la fila de maji-maji quedó rota cuando uno de sus hombres cayó abatido.

—¡Hombres del káiser, a las armas! ¡Agrupaos en el centro!

Los hombres no tardaron en arremolinarse a su alrededor. Aquella era una estrategia complicada, porque suponía perder tiempo que el fuego aprovecharía para cerrar salidas. La única salvación pasaba por que todos actuaran como una unidad y salieran por un mismo lado, enfrentándose a los rebeldes que los aguardaran allí.

Franz se dispuso a unírseles, pero uno de los maji-maji le salió al encuentro. Era grande y corpulento, y portaba un *panga* en cada mano. Sonrió, mostrando una hilera de dientes blanquísimos, enmarcados alrededor de una barba espesa y muy negra.

Kimbele.

—¡Es... imposible! —dijo Franz, cuyo rostro desfigurado era la viva expresión de un terror visceral.

Y después de aquellas palabras, su cerebro fue incapaz de hacer nada más; ni siquiera enviar órdenes que sus miembros acataran; de modo que sus dedos se relajaron y, poco a poco, la pistola resbaló de ellos hasta caer. Ante su mirada incrédula aparecía un espectro, el enviado de una muerte que parecía venir a reclamarle por sus pecados. Franz creyó que deliraba, pero entonces tomó forma una urdimbre sobrecogedora; el más repulsivo de los planes, elaborado para atraerlo a los designios del comandante. Comprendió que la historia sobre Kimbele había sido producto de una farsa, la demencial resolución para convertirlo en un soldado carente de sentimientos, a imagen y semejanza de Willem von Faulkbert, y así garantizar su parte de la herencia invertida en el algodón.

Kimbele alzó sus cuchillos, Franz escuchó un disparo. El atacante se detuvo; de su estómago surgió una pálida hebra de humo; el rastro de la bala que lo había atravesado desde la espalda y hecho pedazos su columna. Las piernas dejaron de responderle; se derrumbó cuan grande era, dejando ver tras él la figura del comandante.

—¡Cerdo cabrón! —escupió Franz—. ¡Repugnante malnacido! ¡Me ha utilizado!

Impasible frente a los improperios, Willem caminó hasta quedar frente a Kimbele. Ni siquiera le afectó reconocer que había disparado a uno de sus antiguos trabajadores. Recargó la pistola, apuntó y descerrajó tres disparos al pecho para rematarlo. Solo entonces su mirada de oficial veterano se posó en Franz, cubierta bajo aquellas cejas que soportaban el peso de un alma

sanguinaria.

—¡Siempre estuvo vivo! ¡Me mintió con la intención de manipularme!

Las venas en el cuello de Franz se inflamaron. Tras él, las llamas crecían en altura, generando un auténtico bosque de fuego. De lejos llegó una salva. Los soldados, agrupados en el centro, se defendían contra los más valientes de los rebeldes, que se internaban en el poblado para atacarlos por flancos poco defendidos.

—¡Hijo de puta! ¡No consentiré que vuelva a...!

—¡Qué! ¿Qué va a hacer? —Willem sonreía con la suficiencia de quien se sabe muy por encima de su adversario—. ¿Va a atacarme? ¡Vamos, Franz, atáqueme! ¡Sea valiente por una vez en su vida! Me he cansado de alejar sus temores y protegerle como a un mocoso. Haré cualquier cosa por salvaguardar los intereses del Reich, y si tengo que matarle ahora mismo por insubordinación, lo haré. ¡Vamos, ataque! ¡Ataque, Franz!

Arrojó la pistola, desenvainó el sable y le apuntó con la hoja; Franz lo imitó. Ambos se colocaron en guardia. En el centro, las tropas decidían cuál era la salida más adecuada, mientras los maji-maji se aproximaban cada vez más, golpeando sus escudos y abriendo fuego con fusiles saqueados.

El primero en atacar fue Franz. Lanzó una estocada directa al pecho, que Willem se encargó de desviar con un mandoble veloz. La hoja de Franz volvió a cruzar el aire, ahora intentando salvar la guardia del comandante, pero este era un espadachín mucho más diestro que el joven de Ingolstadt, de modo que fue capaz de rechazarlo en cada intento, aguardar a que se cansara y bajara la guardia. Atacó entonces, eligiendo el flanco izquierdo. Su espada voló hasta el antebrazo y se introdujo hasta tocar el hueso. Franz lanzó un gemido y se retiró, pero no tuvo tiempo de recuperar la guardia, el comandante no quiso concedérselo. Avanzó un paso, estiró el brazo, y con un movimiento ágil y certero cortó la mano que empuñaba el sable. Franz se sintió incapaz de aguantar el dolor. Contempló su mano a un metro de distancia, todavía aferrada a la empuñadura, al tiempo que de su muñón emergía un borbotón de sangre. Tropezó y cayó sentado. Willem tocó su cuello con la punta del sable. Permaneció así un segundo, pero no pudo rematarlo. Una figura apareció desde un lado, el comandante la vio de reojo, pero no con el tiempo suficiente para evitar que se le echara encima y lo derribara.

El comandante se puso en pie y corrió cerca de donde se encontraba Franz, pero solo para retirar la mano de su sable. Durante aquella fracción de segundo, ambos entrecruzaron miradas. Fue gracias a ello que el joven Kast pudo reconocer un rostro mugriento, cubierto por una barba descuidada y unos ojos en los que brillaba un particular incendio.

—¡Bertram! —reconoció incrédulo.

Pero su hermano ya se ponía en guardia para enfrentar a Willem.

—¡El mayor de la familia Kast! —gritó el comandante, porque se imponía a su voz el crepitar de las llamas—. Supongo que desea acabar aquello que iniciamos en mi casa, ¿me equivoco?

En lugar de responder, Bertram se lanzó al ataque. Las espadas entrechocaron media docena de veces antes de que uno de los dos advirtiera un fallo en la guardia. Fue Willem, que vio el flanco al descubierto de su oponente. Apuntó su espada hacia el costado, pero Bertram reaccionó con una rapidez sorprendente; tanto que el comandante no tardó en ver que lo había engañado, exponiendo sus defensas para acorralarlo. La espada, que iba destinada al costado, se detuvo a medio camino, pero Bertram aprisionó el brazo del comandante y luego, usando la cazoleta de su sable como arma contundente, tuvo tiempo de golpear su cara dos veces. A la tercera el filo acudió directo al vientre, pero solo llegó a rozarlo, porque Willem consiguió zafarse. Tenía el tabique nasal roto, pero aún se mantenía en pie.

Los soldados en el centro de la aldea abrieron fuego otra vez. Cayeron algunos de los rebeldes, y gracias a ello encontraron el valor para encaminarse hacia una de las pocas salidas que todavía quedaban. Los maji-maji se lanzaron a por ellos en tromba, descuidando otros posibles tramos de escapatoria. En aquel instante los dos espadachines volvieron a encontrarse y a cruzar estocadas y respuestas. El fuego iba cercándolos, cerrándose a su alrededor, pero aquel peligro no parecía importarles. Esta vez Willem llevaba las de ganar. Avanzó terreno mientras Bertram defendía, y logró alcanzar su hombro izquierdo. Bertram retrocedió para reafirmar su guardia, justo lo que el comandante esperaba que hiciera. Pero lejos de contraatacar, Willem hizo algo inesperado: huir. Dio media vuelta y saltó atravesando el fuego. El hermano mayor de los Kast comprendió que aquel era el momento idóneo para salir de la aldea; los maji-maji estaban entretenidos con el grueso de los soldados, no se preocuparían de nadie que tomara una ruta secundaria para escapar. Willem abandonaba a sus hombres y el combate, este segundo a sabiendas que tenía las de perder. Pero Bertram no podía dejar que huyera otra vez, de ningún modo. Si lo dejaba marchar, el comandante aprovecharía para fortalecerse y atacar en el momento más inesperado. Era necesario darle muerte durante aquella noche.

—¡Hermano! —escuchó cuando se disponía a saltar el fuego.

Se volvió. Franz se hallaba pálido y ojeroso. Tenía la manga de la camisa cubierta de sangre hasta el codo. Había que hacerle un torniquete o moriría desangrado.

El tigre instó a Bertram que fuera tras el comandante. Le daría alcance en

unos segundos y terminaría el combate. Quizás en el pasado le habría hecho caso; habría traspasado las llamas sin temor, alcanzado a Willem y acabado con su miserable vida, pero en aquella noche había otro sentimiento pugnando contra el animal que emergía desde la boca de su estómago: la razón.

Dio media vuelta, arrojó el sable y tomó a su hermano en brazos. Luego buscó un hueco sin vigilancia para escapar, mientras, a lo lejos, los maji-maji emprendían un duelo nocturno contra unas tropas desprovistas de mandos.

Los dos hermanos escaparon del incendio y se ocultaron en el miombo. A lo lejos se escuchaban disparos, y los gritos de los nativos mezclados con los de los soldados. Bertram dejó a Franz junto a un árbol, se quitó el cinturón y le aplicó un torniquete a su brazo.

—¡Franz! —lo llamó abofeteando su cara, pues amenazaba con perder el sentido—, tenemos que buscar un lugar donde puedan curarte la herida. Tú conoces esta zona. Dime, ¿hacia dónde vamos?

—Al sur. A diez horas de viaje hay un campamento de misioneros católicos. Me lo dijo uno de los bena antes de que decidiéramos quemar su poblado.

—Hacia el sur entonces. ¡Aguanta, hermano!

Se lo echó a las espaldas y, a paso lento pero seguro, se alejó de la zona. Franz pesaba, y Bertram necesitaba comer para renovar sus fuerzas, pero continuó sin dejarse vencer por la debilidad.

Con Franz a cuestas, el camino de diez horas necesitó de algunos descansos, y Bertram tampoco caminó todo lo rápido que le hubiera gustado. El sol desfiló sobre su cabeza, de este a oeste, hasta que tras quince horas, cuando apenas quedaba luz en el cielo, advirtió la figura estilizada de una espadaña. Del otro lado también los vieron, porque las campanas empezaron a repicar. Al poco salieron en su ayuda cuatro monjas.

—¡Por Dios bendito! —Se santiguó una—. ¿De dónde vienen ustedes?

—Venimos del incendio —dijo Bertram; una respuesta que provocó nuevos signos de la cruz.

Los condujeron al interior y tumbaron a Franz sobre la mesa de piedra del ábside. Entonces hizo acto de aparición un sacerdote, tan corpulento como un roble centenario, y quizás igual de viejo. Se hizo hueco entre las monjas, estudió la herida un instante y luego acercó la nariz.

—Gangrena. Hay que cortar hasta el codo —sentenció.

Franz se incorporó a la velocidad del relámpago.

—¡No! ¡Mi brazo no! ¡No me amputen el brazo!

El sacerdote lo tomó de la mandíbula con una mano enorme.

—¡Escúcheme! Si no le corto el brazo, morirá. ¿Prefiere la sierra o que le dé la extremaunción?

—¡No! ¡Se lo suplico! ¡No me dejen sin brazo! ¡No! ¡No!

Empezó a llorar a lágrima viva, a patalear y a revolverse. Las monjas acudieron para sujetarlo. El sacerdote desvió la mirada hacia Bertram. Este se encontraba sentado en la primera fila de bancos, con las manos entrelazadas a la altura del mentón. Asintió.

—Traedme la sierra —ordenó el sacerdote.

Franz buscó escapar por todos los medios, incluso golpeando a las monjas. Bertram fue hasta él, y con expresión melancólica aferró la extremidad que estaba a punto de perder. Junto a la sierra trajeron un trozo de madera envuelto en un pañuelo. Una de las monjas se lo introdujo a Franz en la boca, pero lo escupió, de modo que fue necesario volver a metérselo y taponarle la boca con varias manos. Antes de comenzar, el anciano sacerdote dirigió su atención hacia Bertram.

—Lo que va a presenciar no es agradable.

—Lo soportaré.

—En ese caso, no suelte el brazo. Pase lo que pase.

Aproximó la herramienta, ante la mirada desencajada de Franz, y comenzó a serrar con fuerza. Un chorro de sangre salió a presión, y luego se oyó el desgarrar de la carne. A través del bozal, Franz gritaba de un modo que encogía la misma alma; pero cuando los dientes de la sierra tocaron el nervio, el sufrimiento se hizo demasiado insoportable y perdió el conocimiento. Al poco, el pedazo de extremidad fue seccionado del todo. El sacerdote dejó caer la sierra y se limpió el sudor; las monjas acudieron a taponar la herida y aplicaron un nuevo torniquete, esta vez mucho más arriba.

—Esperemos que aguante —dijo haciendo el signo de la cruz sobre el herido—. Ahora todo queda en manos de Dios.

—¿De Dios...? —musitó Bertram tras sentir que un escalofrío hormigueaba por su columna.

El sacerdote se acercó a Franz y le besó la frente. El joven permanecía con la cabeza ladeada, los ojos en blanco y la boca entreabierta. De su frente emergían diminutas gotas transparentes, que resbalaban hasta empañar el mantel de la misa.

—Puede enterrar eso fuera —agregó señalando al antebrazo que se había quedado Bertram—. Después venga al refectorio. Le daremos algo de comer.

Los días a partir de entonces se transformaron en una sucesión de horas idénticas. Como la mesa del ábside era un lugar poco adecuado para un enfermo,

trasladaron a Franz hasta la alcoba del sacerdote, que disponía del mejor catre. Allí, el joven se debatió entre la vida y la muerte, peleando contra la debilidad en una vorágine de delirios, en los que siempre se encontraba en el mismo paisaje. Lo rodeaban las llamas y Kimbele le cerraba el paso, y siempre, en todos los casos, el humo de un disparo le salía de una boca entreabierta. Kimbele nunca decía nada ni hacía nada, pero Franz intentaba salvarle la vida empujándolo o advirtiéndole que estaban a punto de dispararle. Sin embargo llegaba tarde, y el hombre se derrumbaba como si sus piernas fueran de hojarasca. A veces Franz gritaba en sueños, pero en la realidad su boca musitaba frases ininteligibles que Bertram, siempre haciendo guardia a su lado, era incapaz de traducir. El hermano mayor de los Kast aguardaba paciente el despertar del teniente, mientras se entretenía observando por la ventana días húmedos y lluviosos, y noches en las que los nubarrones ocultaban la luz de la luna. Las monjas visitaban al herido cada poco tiempo: le tomaban la fiebre, observaban su herida y la limpiaban. Todas le daban ánimos a Bertram y le aseguraban, con rostro azucarado, que su hermano no tardaría en despertar. El sacerdote, en cambio, actuaba de forma muy distinta, y más adecuada a la cruda realidad. Solo acudía a la celda por las mañanas, muy temprano, cuando el cansancio hacía que Bertram cediera ante Morfeo y cabeceara en su silla. Lo despertaba la respiración pausada de aquel anciano religioso mientras tomaba el pulso de su hermano o estudiaba la herida de su muñón.

—¿Está mejor? —preguntaba Bertram todos los días.

El sacerdote siempre respondía lo mismo.

—Continúo rezando por él.

Y de hecho, eso se encargaba de hacer durante el resto de la jornada. Siempre se le podía encontrar en la nave, arrodillado frente a un Cristo de piel negra, mucho más familiar para los nativos inconversos, e intentando convencer a Dios para que salvara la vida de Franz Kast.

Entonces, una mañana como cualquier otra, Franz despertó.

—Hermano —dijo; pero Bertram dormía—. Hermano.

Este se despabiló con un sobresalto. Creía haber escuchado la voz de Franz en sueños, pero cuando vio que de verdad había mejorado, corrió a besar su rostro.

—¡Ya estás de vuelta! —dijo con los ojos empañados en lágrimas.

—Perdí el brazo, ¿no es así, Bertram?

—Sí... ¡pero has salvado la vida!

—Tú me la has salvado, hermano. Apareciste de entre las llamas como un ángel de la guarda.

—Porque estuve buscándote hasta los confines de esta tierra, y volvería a hacerlo aunque no me quedara más que un último aliento. He pasado grandes

males, Franz, pero juro ante estas sagradas paredes que te devolveré a casa sano y salvo.

—Regresaremos los dos, juntos. Recuperaremos el amor de nuestras mujeres y viviremos en paz para siempre.

—Lo haremos, claro que lo haremos.

—Tengo sueño.

—Descansa, hermano. Cuidaré de ti. Duerme y no te preocupes por nada.

Franz cerró los ojos y Bertram volvió a recostarse en la silla. Allí quiso sollozar en voz baja; pero incapaz de controlar la euforia que invadía el centro de su pecho, tuvo que batir palmas, muy despacio pero con ímpetu, para que esta saliera de algún modo y le dejara respirar.

Su hermano había despertado. Su hermano se curaba.

Los días continuaron bajo la misma monotonía, pero esta vez resultaron mucho menos agrios y más fáciles de sobrellevar. Cada mañana, Franz permanecía más tiempo despierto, e iba recuperando el apetito. Solo las visitas del sacerdote continuaron bajo el mismo patrón..., excepto una vez.

Bertram, como de costumbre, despertó al percibirle examinando el estado de su hermano, que se hallaba envuelto en un sueño tranquilo.

—¿Está mejor? —preguntó el mayor de los Kast, aunque ya supiera la respuesta.

—Continúo rezando por él. —Se volvió con intención de salir, pero entonces giró la cabeza y agregó—: Feliz año de 1906.

—No sé cómo podré agradecerle todo lo que ha hecho por nosotros, padre — dijo Bertram al tiempo que su mano quedaba aprisionada entre las del cura.

—¡Oh, señor Kast, no debe agradecérmelo a mí! Dé gracias al de arriba. Yo solo me limité a utilizar la sierra, ¿recuerda?

—Gracias, padre —se unió Franz aproximando la mano izquierda.

—Celebro que haya conservado la vida, teniente.

—Y yo que usted no se decidiera por la extremaunción.

El sacerdote soltó una carcajada.

—¡Venga, márchense! Les están aguardando.

Señaló al pequeño reducto de soldados que, a unos metros, guardaba las distancias como signo de educación.

Los dos hermanos estrecharon al sacerdote en un abrazo y luego, despidiéndose también de las monjas, abandonaron aquel campamento levantado en torno a una iglesia. Los soldados que los esperaban pertenecían a una compañía alemana que regresaba a Mahenge para descansar y reagruparse. La zona había quedado libre de ataques desde noviembre, y servía como puente para atacar a las tribus ngoni y bena, al sur y oeste respectivamente. No obstante, las intenciones de los Kast no eran unirse a ellos. Bertram era civil, y por lo tanto no tenía responsabilidades. En cuanto a Franz, ejerció como teniente durante un trayecto libre de encuentros; pero después manifestó al capitán al mando su intención de viajar a Dar es-Salam. Quería dar parte a las autoridades de los métodos empleados por el comandante Willem von Faukhert para diezmar a los rebeldes. No era el primero en denunciar las atrocidades y la falta de humanismo.

Desde el alzamiento de los maji-maji habían llegado hasta Alemania historias que escandalizaban a la opinión pública y que alimentaban encendidos debates en el Reichstag: los nativos estaban siendo, no ya tratados sin la honorabilidad debida a un guerrero, o incluso a cualquier ser humano, sino masacrados de forma inmisericorde. La política de «tierra quemada» adoptada por algunos

dirigentes militares dejaba tras de sí una cantidad de bajas innumerables. De este modo, Dar es-Salam, y en concreto el Consejo de colonos presidido por Rechemberg, se había convertido en el vehículo transmisor de las atrocidades y salvajadas, a cual más inaudita, que estaban llevando a cabo con los negros.

Una vez en Mahenge, Franz y Bertram tomaron caminos separados bajo juramento de volver a unirse en Kilwa al cabo de unas semanas. Bertram vio marchar a su hermano al mando de algunos soldados, y al perseguir su figura en la distancia, comprendió que ya no era aquel joven inexperto y necesitado de un cuidador. La vida, los desengaños y, por desgracia, los muchos instantes dolorosos se habían encargado de transformarlo en alguien competente y digno de respetar. Franz lucía su uniforme de teniente como alguien merecedor de aquel rango. Las monjas se lo habían arreglado, de tal forma que la manga derecha permanecía cosida al hombro. Aquella, si es que era necesario demandarla, era la prueba definitiva de que el Franz Kast del pasado ya no existía. Pero el nuevo, aun con las cicatrices recientes y a pesar de las muy valiosas pérdidas, era mejor.

El viaje de Bertram hasta Kilwa duró semana y media. Lo hizo junto a un convoy que se dirigía al puerto para recabar alimentos, de modo que pudo disfrutar del paisaje montado sobre una carreta vacía que traqueteaba lenta pero segura. Sin embargo, a menudo sus pensamientos lo distraían de la imponente visión de las colinas, de las bandadas de flamencos que teñían el cielo de rosa, de los cocodrilos petrificados junto a la orilla de los ríos y del paso regio de las jirafas. Su imaginación volaba, adelantándose en el camino hasta Kilwa, y visitaba a Jocelyn en su alcoba. Su mujer se hallaba tejiendo, y Bertram la sorprendía con un beso por la espalda. En aquel momento ella perdonaba los meses de ausencia, y lo hacía porque él, adoptando el tono más sincero de disculpa, le pedía perdón.

Eran ilusiones, por supuesto; la realidad, cualquiera que fuese, iba aproximándose con cada bache que la carreta salvaba.

Al fin Kilwa Kivinje apareció tras las colinas de Matumbi: la famosa ciudad costera de quinientos años de antigüedad, centro del comercio del oro por los árabes, del marfil por los portugueses y, en la actualidad, hogar de las colonias alemanas. Los faluchos saludaron con sus mástiles, y pronto la carretera se llenó con las idas y venidas apresuradas de los *rickshaws*.

Bertram no quiso continuar a bordo de la carreta. Se bajó de un salto, dio las gracias a los soldados del convoy y echó a correr en dirección a su casa. Atravesó las líneas de soportales en las que los colonos alemanes protegían su palidez, cruzó las calles atestadas de porteadores y al fin se topó con su fachada. Estuvo tentado de llamar a Jocelyn de un grito, pero lo contuvo la ilusión por

sorprenderla con un beso en la nuca. Deseaba que ella no le guardara rencor; pero si lo hacía, estaba dispuesto a arrastrarse, a suplicar su amor y a emprender cualquier aventura por recuperarla.

Llamó a la puerta y esperó mordiéndose los labios. Al poco abrió Mufid. El doctor lo observó de una forma que Bertram halló desconcertante, pero que decidió ignorar.

—He vuelto, Mufid. ¿Dónde está Jocelyn? ¿Está arriba? —preguntó atropellándose al hablar.

—¡Ha vuelto!

Era sorprendente ver lo bien que Mufid dominaba el alemán, pero a Bertram le extrañó que no mudara aquella expresión, así que preguntó:

—¿Qué sucede? ¿Jocelyn está aquí? Por dios, Mufid, dime que no le ha sucedido nada.

—Se encuentra..., se encuentra bien. Muy bien.

—¿Dónde está?

—En los campos.

—¿En los campos, dices? ¿En los campos de algodón? ¿Qué hace allí?

—Señor Kast, no vaya.

—Pero ¿qué está pasando?

—No vaya allí.

Un oscuro presentimiento le aprisionó la garganta. Desoyendo al doctor, salió disparado hacia la casa de postas y adquirió un caballo. Cabalgó a galope tendido salvando una colina tras otra hasta reconocer aquellas que encerraban su campo de algodón. Al coronar el último promontorio, le sorprendió ver que los campos se hallaban vacíos. Al fondo había una nueva casa, edificada sobre los cimientos de la antigua residencia del comandante. Entonces lo paralizó un sonido, debilitado por la ausencia de lugares en los que generar eco, pero que en sus recuerdos adquirió una forma nítida y reconocible: una melodía de Brahms, tocada en un piano por medio de caricias. Desmontó y continuó a pie. La melodía lo arrastraba, pero al mismo tiempo parecía la endecha a un mal a punto de ser descubierto; un mal que, en efecto, le fue revelado a través de una ventana.

Jocelyn tocaba el piano, un piano muy diferente al que poseía en Baviera, o al que Bertram adquirió al teniente Buttercup. Era de un blanco níveo, y tras él su esposa desbordaba hermosura, pues su rostro se encendía con la sonrisa que le había provocado un abrazo desde la espalda y un beso en la nuca; aquellos que le dedicaba el capitán Johan Volkmer. Ella se dejó acariciar y continuó tocando, derramando aquellas notas que ya no estaban hechas para calmar al tigre, sino que revoloteaban con alas temblorosas en busca de un corazón distinto y un alma

distinta. Bertram notó que apretaba los puños, pero esta vez no por culpa de su carácter indomable, sino al comprender que Jocelyn era feliz, feliz como jamás lo había sido; y él, de forma inconsciente, se había encargado de poner en su vida a un hombre capaz de cuidarla.

Pero la realidad era que jamás había merecido su corazón. No había hecho nada por ganarse la lealtad con la que Jocelyn lo siguió hasta África, ni el cariño con el que calmaba cada uno de sus arrebatos. Ahora, observando a través de aquella ventana, las cosas parecían ocupar el sitio que les correspondía. Entonces comprendió que él no era sino un extranjero en África; la tierra penetraba la suela de sus botas con un calor insoportable y le quemaba los pies. Dio media vuelta y se alejó, lanzando una última mirada a unos campos que jamás le pertenecieron, y que jamás quiso, para no volver en lo que le restaba de vida.

En la casa de Kilwa quedaban pocos muebles. Una a una, cada pieza de manufactura india, cada cuadro y cada tapiz fueron trasladados a Matumbi y reubicados en la casa que Jocelyn se había construido allí, pues había tomado la decisión de mudarse. De su alcoba solo quedaba el buró que solía utilizar para escribir cartas, una silla y algunas macetas en la balconada; objetos que optó por retirar más tarde porque quería enviar una última misiva al doctor Felleman.

Franz, Mufid y las dos criadas esperaban abajo. Su cuñado había aparecido a finales de enero. El aspecto le había cambiado tanto que Jocelyn ni siquiera pudo reconocerlo al primer saludo. Solo instantes después, cuando habló, logró caer en la cuenta. Franz venía desde Dar es-Salam con el rango de capitán y varias medallas al valor que prefería no lucir en la pechera. Verlo contrajo el espíritu de Jocelyn; llegaba solo, pero en sus ojos era posible leer que traía muchas noticias. Sin embargo, la más esperada, la más acuciante, se la reservó hasta el momento en el que Jocelyn y él pudieron entrevistarse en el salón de la casa de Kilwa, sin nadie que los escuchara.

Recordaba cada uno de los detalles de aquella conversación: revelaciones dichas con palabras entrecortadas y tonos de voz que apenas cortaban un aire cargado de nerviosismo. Una charla incómoda, dolorosa y a la vez esperanzadora, en mitad de una habitación llena con la sombra de unos muebles que ya no estaban allí. Sí, Jocelyn evocaba aquel instante con claridad.

Concentrada en ello, desplegó un papel de carta, tomó la pluma, la mojó en el tintero y se puso a escribir:

Queridísimo doctor Felleman:

Le pido disculpas por no haberle enviado ningún correo durante los últimos meses. Mi vida se ha agitado con los vientos del cambio, y me he visto tan concentrada en otros asuntos que le he dejado abandonado. No tengo excusa, pero sé que cuando lea esta carta sabrá perdonármelo todo, porque en ella no expreso sino las mejores noticias.

¡Me encuentro recuperada, totalmente recuperada, mi querido doctor! De alguna forma, este lugar que usted tanto temía ha hecho desaparecer mis dolencias. Ya no me siento cansada, ni débil, ni temo por la fortaleza de mi corazón. Es tan grande mi cambio que a veces creo vivir una vida diferente. La realidad es que así es. Hace días que decidí salir de Kilwa y planeé establecerme en las tierras que

Bertram y Franz compartían con el comandante Von Faulkert (imagino que estará al tanto de la identidad de este último, pues es muy conocido en todo el país). Construí una casa yo sola, partiendo de unos cimientos ennegrecidos, y hoy día casi he trasladado todos mis muebles allí. Mi médico, el señor Mufid, se aburre, pues ya no tiene nada que vigilar en mi salud. Todavía es reticente a dejar de auscultarme, pero con cada nuevo examen se sorprende de los progresos que realiza mi cuerpo.

Ya no tiene que preocuparse por nada, Felleman. Ni siquiera por Bertram. La rebelión de los maji-maji, que tanto está dando que hablar en el Reichstag, se lo ha llevado muy lejos. Ni siquiera sé si se halla con vida. Franz llegó hace unos días. Los combates han hecho mella en él, pero ha logrado superarlos. ¡Tendría que verlo! Ya no es el muchacho inseguro que se perdía en los bailes y se ruborizaba cuando alguien mencionaba su nombre en una conversación. La experiencia y su valor le han valido el rango de capitán, y luce el uniforme con el orgullo de un hombre apuesto y lleno de arrojo. En los combates ha perdido su brazo derecho. Se lo han amputado hasta el codo, pero no crea que ello le ha hecho perder facultades. Antes bien, le ha procurado virtudes que no imaginaría. Casi me cuesta reconocerle.

Por desgracia, ni siquiera él ha podido indicarme dónde se encuentra mi marido. Franz no sabe nada de él y, de hecho, cree que con toda seguridad se encuentre fuera del país, si es que no ha muerto a manos de los rebeldes. Al principio dudé de su sinceridad, y hasta creí que Franz me ocultaba el paradero de Bertram por alguna causa desconocida, pero con el tiempo he terminado asumiendo que es sincero, y que, en realidad, no se ha cruzado con él durante todos estos meses.

Me apena asumir que no vuelva a encontrarme con Bertram, pero quiero tranquilizarle: no me siento sola. El capitán Johan Volkmer, encargado de la seguridad de Kilwa, vela por mí. Me siento muy cómoda a su lado, y de no ser porque me parece indecoroso, le detallaría más aspectos sobre la amistad que nos une.

Por todo ello, mi único deseo con esta carta es tranquilizarle, hacerle ver que toda mi vida se ha transformado, y que cada día es más hermoso que el anterior. Sueño con que volvamos a vernos y pueda comprobar de primera mano lo bien que me encuentro. Quizás le sea posible hacer un viaje. Ojalá pudiera venir. Las maravillas de esta tierra llegarían a emocionarle de tal forma que no querría regresar. Es lo que muchos colonos dicen sobre África: que en ella flota un hechizo capaz de atrapar, de apresar el corazón, de conmover hasta al más reticente de los espíritus.

Me despido pidiéndole un favor: solicite a Gerdi que me dedique unas líneas. Le escribí una carta hace un tiempo, detallándole cómo estaba cambiando mi vida, pero no me ha llegado respuesta. Espero que el correo se haya extraviado, o que se encuentre tan ocupada con su hijo que no haya podido dedicarme unos instantes. Ruego que no sea nada peor. Tranquilíceme.

Su apreciadísima amiga,

JOCELYN

Dejó la pluma, dobló la carta y la guardó en un sobre. Permaneció unos instantes con aire meditabundo, con los codos apoyados sobre el buró, observando el juego de verde y fucsia que ofrecían las orquídeas de su balcón. El próximo paso en su vida era más complejo. El regreso de Franz traía más noticias que aquellas relacionadas con Bertram. Willem había recibido más de medio centenar de denuncias por parte de sus propios soldados, quienes, amparados por las voces críticas que se levantaban desde Alemania a causa de la rebelión maji-maji, relataban los abusos, el trato brutal y la falta de humanidad del comandante. De entre todos ellos, Franz había destacado por ofrecer detalles sobre cómo había conducido la plantación de algodón. Él mismo también se

culpabilizó por haber acatado sus órdenes, incluso antes de ser soldado, pero los hombres de Rechemberg terminaron por exonerarlo, aduciendo que se hallaba bajo la poderosa influencia de Willem y, en especial, tras ver que su arrepentimiento era más que evidente.

Contra el comandante se había dictado una orden de búsqueda y captura, bajo la directriz de conducirlo de inmediato al tribunal de Dar es-Salam para ser juzgado por sus crímenes contra la población nativa. Pero nadie llegó a dar con él. Willem había desaparecido. Sus propiedades fueron heredadas por los hermanos Kast y, dado que solo Franz y Jocelyn llegaron a reclamarlas, se habían convertido en dueños de todo. Franz estaba de acuerdo en abandonar el negocio del algodón. Volver a plantar la tierra le traería recuerdos que no deseaba. Por otro lado, el impulso del ferrocarril se debatía en el Reichstag como medio para revitalizar la colonia, de modo que parecía una buena idea invertir en las vías.

Un sonido poco usual hizo que Jocelyn abandonara el curso de sus pensamientos. Venía de fuera, del balcón. Abandonó su asiento y salió a mirar. Para su sorpresa, descubrió que la recibía un visitante inesperado: era aquel marabú que, de pie sobre la barandilla, parecía saludarla extendiendo sus alas negras. Jocelyn casi estuvo a punto de responderle con una inclinación de cabeza, igual que si fuera un invitado más, cuando cayó en la cuenta de que la llegada de aquel pájaro siempre anunciaba otro acontecimiento. Pero en aquella ocasión era imposible. Imposible del todo, a menos...

—¡Jocelyn! —oyó que la llamaban; una voz aguda, histérica.

Asomó medio cuerpo por la balconada, con el corazón bombeando tan fuerte que el pecho le bajaba y subía. Allí estaba, corriendo por la calle todo lo rápido que le permitía el vestido, esquivando a los transeúntes. Gerlinde.

—¡Jocelyn! —volvió a gritar apartando su parasol.

—¡Gerdi! —gritó su cuñada casi a punto de saltar la barandilla por la emoción.

La esposa de Franz respondió con un gritito agudo que llamó la atención de quienes la rodeaban. Pero ella los ignoró; nunca le habían importado las apariencias ni guardar el decoro. Abrió los brazos como si estuviera dispuesta a recoger a Jocelyn en caso de que decidiera lanzarse, y comenzó a dar saltitos de emoción.

Jocelyn regresó a la alcoba y se precipitó escaleras abajo. El estrépito llamó la atención de Mufid, Franz y las dos criadas que conversaban en el salón. Se asomaron para ver qué sucedía, justo cuando Jocelyn alcanzaba el recibidor.

—¡Es Gerdi! ¡Gerdi! —anunció ella abriendo la puerta de la calle.

Gerlinde ya estaba allí, a unos metros. Las dos mujeres corrieron una en busca

de la otra y se encontraron en un fuerte abrazo que se alargó un rato. Y así abrazadas continuaron mencionando sus respectivos nombres, entre lágrimas y carcajadas, hasta que Gerlinde se separó.

—¡Qué cambiada estás! ¡Era cierto lo que me decías en tu carta! No eres la misma, Jocelyn. Pareces...

—Curada.

—¡Curada, eso es! ¡Estás guapísima! ¿Qué te ha sucedido?

—Tengo muchas cosas que contarte. Pero ¿cómo te has decidido a viajar?

—Quería comprobar tu cambio en persona. Además, necesitaba volver a verte.

—¿Y tu hijo?

—Leopold está bien. Mi madre ha quedado a su cuidado, en Ingolstadt. Lo hace mucho mejor que yo, por cierto. —Guiñó un ojo.

—Gerdi —saludó la voz de Franz.

El capitán se encontraba bajo el dintel de la entrada, esperando.

—¡Franz! —lo reconoció ella sin ocultar la sorpresa.

Su mirada voló a la manga del brazo derecho, doblada y cosida al hombro, pero luego contempló el rostro sereno de su marido. Este le tendió la mano izquierda. Gerlinde se acercó a él y la tomó. Franz aproximó a su esposa con suavidad.

—Celebro que hayas regresado —dijo él conciliador.

—Franz, yo... solo me quedaré...

—Agradeceré el tiempo que permanezcas con nosotros, sea el que sea. Quiero que hablemos, Gerdi. ¿Me concederás eso?

—Yo..., claro. Claro, Franz.

—Gracias.

E, inclinándose, besó su mano.

—Sin embargo —lo interrumpí—, mi padre mintió a Jocelyn. Vosotros dos sí os habíais encontrado.

—En efecto —suspiró Bertram.

Como muchas otras tardes, el relato se había extendido hasta vernos envueltos por la oscuridad. A pesar de tenerlo frente a mí, no veía el rostro de mi tío, salvo un brillo tenue en las pupilas.

—Tu padre y yo nos separamos, como ya te he contado. Pero cuando presencié a Jocelyn tan cambiada, tan viva, tan... —Se detuvo un instante, tragó saliva—. Cuando la vi feliz, pensé que era mejor si no sabía nada de mí. Mandé un telegrama urgente a Franz, que por entonces se hallaba en Dar es-Salam, y le hice jurar que no diría nada sobre nuestro encuentro. Sabía muy bien que lo mejor era permanecer en el anonimato y que me fuera relegando, poco a poco, al olvido. Mi presencia había causado demasiado daño, demasiado dolor. Era mejor desaparecer.

—A pesar de ello, regresaste.

—Así es, lo hice muchos años después. Entretanto, la rebelión comenzó a dar muestras de estar controlada a partir de 1906. Los ngoni y los bena, dos tribus que habían causado muchos problemas, fueron rodeados y arrasados en Upangwa en abril de 1906, y más tarde en Mgende, durante el mes de mayo. Pocos escaparon a estos ataques. A partir de entonces, algunos maji-maji comprendieron que el combate abierto era una batalla perdida e iniciaron una guerra de guerrillas que se extendió durante meses, pero la política de «tierra quemada» terminó matándolos de hambre.

Mi tío me resumió los acontecimientos principales de la época. La rebelión se dio por concluida en agosto de 1907. Las bajas entre los nativos resultaron sobrecogedoras. Algunas cifras hablaban de setenta y cinco mil muertes, mientras que otras las elevaban a cien mil, o incluso más. Era difícil contarlos, porque el hambre terminó con muchos de ellos. Alemania había causado un verdadero genocidio, que no pasó desapercibido entre la opinión pública y

ciertos sectores de la política.

Uno de los críticos más representativos fue Bernhard Dernburg, banquero, político del partido liberal y secretario de Estado para los asuntos coloniales. Dernburg defendió un cambio de miras: la lucha por un África Oriental donde prevalecieran los campesinos libres negros, y la denuncia de los abusos llevados a cabo por los colonos alemanes. Rechemberg lo apoyaba. Entre ambos quisieron terminar con la brutalidad de los capataces, prohibiendo los castigos físicos e instaurando un nuevo modelo de trabajo. Los resultados de un prisma tan distinto mostraron cuán brutales eran los tratos hacia los nativos africanos: entre los años 1911 y 1912 se registraron casi seis mil denuncias por maltrato. El látigo era una herramienta fundamental para el jefe de un campo.

Pero las reformas continuaron adelante, salvando a los muchos opositores, y los empleados comenzaron a disfrutar de beneficios como pensión alimenticia, cuidados médicos, alojamiento y transporte.

A esta regulación del trabajo se unió la extensión del ferrocarril: la línea del norte, aquella que partía de Tanga, alcanzó Moshi en 1911, no lejos de las faldas del Kilimanjaro. La línea central de monorraíl partía desde Dar es-Salam, y se extendió hasta Tabora en 1912. Para 1914 alcanzaba Ujiji, junto al lago Tanganica. Ambas vías de comercio se aseguraron, y con ellas a los mejores comerciantes que había en la colonia; los indios. Pese a las reticencias de quienes los veían como aliados de los ingleses, Dernburg y Rechemberg terminaron favoreciéndolos.

—Como habrás adivinado, Jocelyn se vio beneficiada por todas estas reformas. Junto a Franz, invirtió todo el dinero que les quedaba y la ayuda que había conseguido de Günter Schultz en el ferrocarril central. Un tercer inversor les ayudó en esta labor administrativa: Herold Millman. Aquel fumador compulsivo, amigo de las bromas y que continuaba peinando su pelo hacia atrás, se había hecho rico en Tanga, tal y como Jocelyn imaginaba. Fue uno de los impulsores de la línea norte, y presionó al Gobierno para que continuara extendiéndola por las tierras de Usambara, consideradas muy fértiles y productivas. Con la aparición de la línea central, Millman vio una nueva oportunidad de ganar dinero. Viajó a Dar es-Salam y se encontró, para su sorpresa, con Franz y Jocelyn. Se unió a ellos y supo guiar su inversión para emplearla de la mejor forma posible. Pero Jocelyn, además, logró mantener ciertas amistades que terminaron impulsando su negocio: aquel mercader indio que tan mal le caía a Mufid, Arjun, terminó transformándose en un valioso compañero. Sus trabajos de ebanistería se extendieron gracias al impulso político. Amplió su tienda contratando a varios aprendices y trabajó con Jocelyn en la distribución. En unos años, toda la franja que iba desde la capital hasta

Moshi conocía su obra.

Miré a mi alrededor. Ahora comprendía la razón de que nos acompañaran todos aquellos muebles. Tenían tanta edad como la casa que ocupábamos, y pertenecían a un pasado fructífero, en el que mi tía Jocelyn les había dado cobijo, a la espera, quizás, de poder enviarlos a potenciales compradores.

—Toda la colonia recibió un lavado de cara durante los años siguientes — continuó Bertram—. Tal fue el cambio que los nativos llegaron a perdonar los abusos a los que fueron sometidos en el pasado.

—¿Cómo fue posible?

—Porque Alemania aprendió que ningún Gobierno podía aceptarse por la fuerza, que nadie podía soportar la imposición de unas normas que mermaban su libertad, o que pretendieran la superioridad de unos hombres frente a otros. Lo aprendimos, al menos durante una pequeña temporada y de forma local, pues en Europa se respiraba el auge de la *weltpolitik*.

—¿Te refieres a la Primera Guerra Mundial?

—Así es. Los imperios de Europa se agitaban nerviosos por nuestro avance industrial y militar. La carrera por la hegemonía naval contra Inglaterra era cada vez más agresiva, y aunque nos lo solicitaron, no quisimos dejar de crecer. Deseábamos más, mucho más. Necesitábamos abarcarlo todo, por eso los otros países comenzaron a mirarnos con recelo, e incluso con miedo, y a establecer alianzas entre ellos al tiempo que nosotros creábamos las nuestras. Alemania deseaba imponerse en Europa, dominarla bajo la disciplina prusiana que controlaba la burocracia imperial. El enfrentamiento se vio venir durante años, hasta que estalló. Por eso volví.

»Después de escribir a tu padre aquel telegrama, en 1906, fui al puerto de Kilwa y me enrolé como marino en un barco mercante, dirigido por un *akida* que recorría la costa africana. Su ruta iba desde las tierras del África Oriental a las del África Occidental. Dado que tenía cierta maña gracias al tiempo que pasé cosiendo, me destinaron a la producción y reparación de redes de pesca. Así pues, me pasé años viajando, transporté mercancías y personas, y doblé el cabo de Buena Esperanza más veces de las que recuerdo. Afronté el azote de las peores tormentas, el ataque de los piratas, el hambre, los días sin viento y el salitre en mis labios. Me convertí en un eremita que aborrecía pisar tierra, siempre encerrado entre las cuadernas del buque. Hablaba lo justo con mis compañeros, o con el capitán, lo que me fraguó fama de misántropo, rudo y hasta afectado por alguna peligrosa demencia.

»En todo aquel tiempo, el tigre que habitaba en mi interior se amansó; o quizás debo decir que logré controlarlo, porque la bestia continuaba llamándome con sus rugidos. Conseguí encerrarla en un rincón, para dejarla salir en los

instantes en los que fuera necesario; pocos, a decir verdad.

»Y es que aquella ausencia voluntaria, aquel peregrinaje por mar, era la búsqueda del cambio. Anhelaba deshacerme del antiguo Bertram, aquel hombre incapaz de refrenarse. Escapaba del pasado, de mí mismo; y me esforzaba a la vez por permanecer lo más lejos posible de Jocelyn, porque intuía que aquella era la mejor forma de hacerle bien a su corazón. Y de este modo entendí lo mucho que me había servido el deambular en busca de Franz, hambriento y moribundo, perseguido día y noche por la sombra de unas fauces carroñeras. Supe que aquellos instantes eran el preludio de lo que me aguardaba durante mi vida en el mar: la desesperación por cambiar mi naturaleza, o más bien por escapar de ella.

»Así pues, no volví a adentrarme más allá de los puertos hasta nueve años después, cuando ya había estallado la Gran Guerra. Lo hice obedeciendo un impulso, un familiar presentimiento. Creí intuir que mi hermano y Jocelyn se encontraban en apuros, y que morirían si no acudía en su ayuda. No me equivocaba.

TERCERA PARTE

Julio de 1914

Desde su habitación, en la casa de Matumbi, Jocelyn observaba a Franz y a Gerlinde a través de la ventana, mientras cosía. El matrimonio paseaba por un campo ahora dejado a la mano de la naturaleza. Allí donde años atrás crecieran miles de cápsulas de algodón no había más que una hierba alta y el incipiente despuntar de algunos arbustos. Moría la tarde, y con ella, el peculiar efecto que los rayos de sol dejaban sobre la tierra, y que ahora solo recordaban unos surcos que llevaban años sin cavarse. El viento, suave y cálido, arrastraba la conversación del matrimonio hasta sus oídos.

—Serán unos días, cariño —decía Franz—. Firmaremos algunos tratos en la capital y estaré de regreso antes de que acabe el mes.

—¿Me lo prometes? —Gerlinde envolvía el brazo izquierdo de su marido con los suyos y reposaba la cabeza sobre su hombro.

—Tienes mi palabra. Unos días y regresaré. Entonces disfrutaremos del tiempo. Viajaremos, si lo deseas. Te llevaré a ver el ferrocarril e iremos al lago Tanganica.

—¡Me encantaría verlo! —respondió Gerlinde con su voz aguda.

El viento cambió de dirección, como si una fuerza superior la hubiera descubierto fisgoneando en charlas de carácter privado. Jocelyn no pudo seguir escuchándolos.

Desde el final de la rebelión maji-maji, Gerlinde había estado yendo y viniendo desde Ingolstadt al África Oriental Alemana. Realizaba la larga ruta marítima bordeando media Europa y cruzando al Índico, pasaba una larga temporada en compañía de Jocelyn, Johan y su marido, y después regresaba para dedicar otros tantos meses al pequeño Leopold. A este acuerdo había llegado con Franz, pues ambos temían que si Leopold viajaba a Kilwa pudiera contraer algún tipo de enfermedad peligrosa. Viajar resultaba un proceso arduo, pero a Gerlinde no le importaba andar entre dos continentes; disfrutaba de los placeres que cada viaje le reservaba, y ya en su destino, sabía aprovechar el tiempo. De alguna

forma misteriosa, Franz y ella habían sabido no solo recuperar el amor que los encendió en la juventud, sino avivarlo. Y así, cada vez que Gerlinde pisaba Kilwa, el capitán la esperaba al final de la rampa de su buque, solícito, cuidadoso y dispuesto a conceder cualquier petición. Durante los últimos años había crecido en Franz un amor reverencial, profundo. Odiaba las marchas de Gerlinde al viejo continente, y celebraba cada regreso como si la presencia de su esposa fuera capaz de insuflarle vida. Ella estaba encantada.

Cuando los veía paseando por el bazar de Kilwa, riendo frente a la casa de Matumbi o lanzándose miradas furtivas durante las cenas, Jocelyn luchaba con sentimientos encontrados. Se alegraba mucho por Gerlinde, aquella joven que durante los primeros días de 1905 había conseguido sacarla de la apatía; y desde luego se alegraba por Franz. No obstante, aquellas escenas le generaban cierto resquemor envidioso. Ella también quería disfrutar de un amor como aquel, más propio de adolescentes. La realidad era que Gerlinde acababa de cumplir los veintiséis años; mientras que Franz había alcanzado los treinta; y pese a ello, los dos se sonreían bajo una candidez sorprendente, como si los problemas del pasado no hubieran existido; como si la dañina influencia de Willem no los hubiera perturbado jamás.

Ella tenía una relación parecida; y era muy consciente de ello. Johan la adoraba; no había día en que no le sonriera de aquella forma tan peculiar, entrecerrando los ojos y ladeando un poco la cabeza, de tal forma que el lunar en su sien, el único rasgo remarcable de aquellas facciones tan varoniles, se hacía visible. Johan todavía peleaba por conquistarla, por ganar su corazón. Aquella lucha sin tregua lo mantenía en guardia, dispuesto a complacerla, a enamorarla cada vez que se presentaba la ocasión. Jocelyn lo agradecía, pero aún no se había entregado por completo.

Ocho años de relación habían permitido que entre los dos capitanes, Franz Kast y Johan Volkmer, naciera una estrecha amistad. Se respetaban el uno al otro; a pesar de ser cinco años más joven, era Franz quien se había ganado un puesto de superioridad. Volkmer lo acompañaba a cualquier reunión de negocios en la que fuera necesario disponer de sus contactos. El capitán de Kilwa Kivinje tenía muchos amigos fuera, y con todos buscaba presentar a Franz como un hombre preclaro, seguro de sus pasos y capaz. El líder más adecuado.

Precisamente la mañana del 21 de julio, Volkmer se disponía a partir en dirección a Dar es-Salam para acompañar a Franz y a Millman en un asunto relacionado con los ferrocarriles. Se trataba de una reunión de diferentes asociaciones de colonos, donde se ponía de manifiesto en qué negocios merecía la pena invertir. Franz y Millman pretendían impulsar aún más el ferrocarril, pero los conflictos en Europa habían paralizado cualquier avance comercial. El

asesinato del archiduque Francisco Fernando y su esposa, a manos del grupo serbio Mano Negra, había sumido al continente en una incómoda tensión que se había trasladado a todas y cada una de las colonias del planeta. Estas ya oteaban un horizonte incierto, cubierto por el recelo de unas potencias que habían pasado años armándose. Las cosas no pintaban bien, y quizás no era el momento de arriesgarse en inversiones. Por eso Franz y Millman habían solicitado la ayuda de Volkmer. En la reunión de Dar es-Salam habría mucha gente importante, y deseaban establecer nuevos contactos con hombres dispuestos a arriesgar. Volkmer era el hombre apropiado, porque conocía a la mayoría de los asistentes, en especial a Wilhelm Schultz, un floreciente cervecero que triunfaba en la capital y con quien Franz y Millman deseaban negociar la distribución de su producto.

Las bocinas del Benz 16/40 se escucharon desde la distancia, cuando aún faltaban doscientos metros para que el automóvil, pintado de un verde cubierto de polvo, estacionara frente al porche. Era el transporte que conduciría a Volkmer hasta el puerto de Kilwa, donde esperaba un barco con rumbo a Dar es-Salam. Jocelyn apartó la vista de la costura. Gerlinde señalaba el automóvil como una chiquilla que viera por primera vez un animal exótico. Se desanudó las cintas de la pamelita que la protegía del sol, la arrojó al suelo y, ante la mirada divertida de Franz, corrió hacia la casa al tiempo que gritaba:

—¡Mira, Jocelyn! ¿No es precioso? ¡Mira cómo brilla!

Alcanzó el alfeizar y apoyó las manos jadeante:

—¡Cómo desearía tener uno, Jocelyn!

—Son demasiado caros —respondió su cuñada apuntándola con la aguja—, y no los necesitamos. Además, tienes parte de la Línea Central de Ferrocarril. ¿No te basta con eso?

—Me bastaría si pudiera conducir yo la locomotora.

—Es una suerte que no lo hagas. —Jocelyn guiñó un ojo.

Gerlinde puso los brazos en jarras.

—¿Qué insinúas? ¿No me crees buena conductora?

—No te imagino a los mandos de un automóvil, la verdad.

—¿Sabes? Eso hace que tenga aún más ganas de conducir uno. Creo que voy a pedírselo a Franz cuando regrese de su viaje a la capital.

—Tendrás tiempo para convencerlo.

Gerlinde respondió con un profundo suspiro. Debería haber viajado a Ingolstadt días atrás, pero las tensiones políticas desaconsejaban salir a mar abierto. Franz le había recomendado permanecer en Matumbi hasta que todo pasara.

—Sí, supongo que tendré tiempo. Pero cuando Franz vuelva... ¡Cuando

vuelva le pediré que compremos un automóvil! El más rápido que haya. Recorreré la línea de la costa, desde Kilwa a Bagamoyo. Vendrás conmigo, ¿no?

—No sé si deseo arriesgarme tanto —rio Jocelyn.

—¡Pero...! —De un salto, Gerlinde introdujo medio cuerpo a través de la ventana e intentó pegarla; luego giró la cabeza a un lado fingiendo enfado—. ¡Qué poca confianza!

Johan irrumpió en la habitación. Vestía su uniforme militar, con la gorra bajo el brazo.

—Nos marchamos. Nuestro coche está aquí, y el chófer parece impaciente por salir.

Se acercó a Jocelyn y depositó un beso en su frente.

—Dad recuerdos a Millman —intervino Gerlinde—. Espero que consigáis algo.

—Creo que lo tendremos difícil, procuraré no perder el tiempo. Adiós, Jocelyn. Te enviaré un cable cuando llegue a Dar es-Salam.

—Lo esperaré —dijo ella con una sonrisa.

Johan a punto estuvo de aproximarse para besarla de nuevo, esta vez en los labios, pero la bocina del automóvil detuvo sus intenciones. Tal y como Volkmer había intuido, el chófer parecía tener mucha prisa. Era un indio de Kilwa que lucía un bigote de puntas rizadas sobre unos labios de besugo.

—¡Adiós! —dijo el capitán Volkmer.

Salió corriendo; fuera las criadas depositaban maletas en los asientos de atrás. Gerlinde y Franz se unieron una última vez. Él ordenó sus cabellos pelirrojos, que le caían sobre el rostro por culpa de la agitación.

—No te retrases.

—No lo haré.

Los dos hombres subieron a los asientos de atrás y el automóvil se puso en marcha. Volkmer, consciente de que Jocelyn los observaba a través de la ventana, agitó la gorra a modo de despedida final. Mufid apareció por un lateral con la parsimonia de un anciano, chupando una pipa, y los despidió con un desganado movimiento de cabeza. Cuando no quedó más rastro del automóvil que una lejana polvareda, Jocelyn regresó a la costura. Gerlinde entró en la casa y se unió a ella.

Mantuvieron el silencio unos minutos; empeñadas cada una en su labor. Jocelyn detectó que Gerlinde pasaba la aguja con más velocidad de la acostumbrada. Estaba nerviosa. Al fin, su cuñada no pudo contenerse más.

—¡He oído algo en la ciudad! —manifestó dejando sobre una mesita el jersey que estaba tejiendo para Leopold.

—Por lo que veo, es algo que ni Johan ni Franz podían escuchar —respondió

Jocelyn guiñando un ojo.

—¡Así es! Pero, Jocelyn, es algo importante. Si te lo cuento, no quiero que te asustes, o que estés triste. ¿Lo prometes?

—¿De qué se trata? —inquirió algo desconcertada.

—Jocelyn, prométemelo.

—Lo prometo. Gerdi, ¿qué sucede?

La esposa de Franz movió su asiento para quedar frente a Jocelyn y la tomó de las manos.

—Hay rumores de que hace una semana desembarcó un mercante en el puerto de Kilwa, capitaneado por un *akida*. El barco no tiene nada de especial, ha pasado otras veces por la ciudad; pero en esta ocasión dicen que, junto con los marineros indios y africanos, bajó a puerto un hombre de aspecto europeo.

—Gerdi, no te entiendo. ¿Quieres decir que era alemán?

—Así es. Algunos cuentan que lleva mucho tiempo enrolado en ese barco, pero que nunca, bajo ninguna circunstancia, baja a tierra. Dicen que tiene el pelo largo y sucio como el de un salvaje, y una barba espesa que le cubre el pecho. También dicen que su cara se halla cuarteada por el salitre, y que en sus ojos puede leerse la furia del oleaje.

Jocelyn soltó de golpe las manos de su cuñada.

—Gerdi...

—Escuché también que se hablaba con temor sobre su carácter. Se rumoreaba que pasó una noche en el puerto antes de volver a embarcar, y que se enzarzó en una pelea contra cinco hombres a los que tumbó a puñetazos. Nadie recuerda el motivo de la disputa, pero todos rememoran la furia de cada uno de sus golpes y el respeto que ocasionó entre quienes presenciaron el combate. ¡Jocelyn!, ¿te das cuenta? ¡¿Será posible que se trate de...?!

—¡No, por favor! —la detuvo cubriendo con sus manos las de Gerlinde—. Te ruego que no pronuncies su nombre. Aún me causa dolor.

—¿Y si es él?

—No puede serlo. Es imposible, Gerdi. Franz fue la última persona en saber algo de su paradero. Desde entonces, no ha sido más que un fantasma. Hace ya ocho años de mi última noticia. Por favor, no lo traigas a mi recuerdo.

—No puedo traer a tu recuerdo a quien jamás se ha marchado de él.

Ambas quedaron en silencio. Gerlinde se encargó de reanudar la conversación.

—A pesar de todos estos años, sé que no consigues olvidarlo. Todavía le reservas una parte de quien eres.

—Sí... ¡Sí, Gerdi! Me odio por ello. ¿Crees que Johan lo percibe?

—El capitán Volkmer es un buen hombre. De los mejores. Sí, con toda

seguridad ve que aún recuerdas a... Que aún lo recuerdas. Perdóname, Jocelyn. No quería angustiarte. He hecho mal dejando volar mi imaginación. Solo pretendía..., no sé. No sé qué pretendía. No ha estado bien.

—Deja de disculparte. No ha sido para tanto. Con toda probabilidad, no serán más que habladurías de marineros y discusiones de borrachos. Es imposible, bajo cualquier circunstancia que se trate de...

—De Bertram —se le escapó a Gerlinde.

—Sí, de Bertram.

Para cruzar la carretera y acceder a la estación del Ferrocarril Central de Dar es-Salam, fue necesario que Volkmer pusiera a prueba sus reflejos. Los *rickshaws* cruzaban por cualquier parte, un claro reflejo del frenesí desquiciante que presidía la ciudad. Cada conductor iba y venía desde el puerto trayendo a hombres de negocios influyentes, comerciantes de menor categoría y, sobre todo, una barahúnda de curiosos que terminaban colapsando las calles secundarias a la estación. En el andén bufaba una locomotora que traía visitantes de Tabora, los cuales, maravillados por cómo se había engalanado la capital, observaban todo boquiabiertos, ignorando a las decenas de niños que se ofrecían para llevarles el equipaje.

A pocos metros de la estación, varias carpas alojaban a colonos, algunos *akidas* y unos pocos viajeros del África Occidental Alemana. Los rayos del sol multiplicaban su intensidad al reflejarse sobre la superficie de tela, de modo que, una vez sano y salvo al otro lado de la carretera, el capitán tuvo que hacerse visera con las manos para no quedar deslumbrado.

—¡Eh, Volkmer! —escuchó a su izquierda—. ¡Estamos aquí!

Un hombre le hacía señas con la mano. Era Herold Millman, sin duda. No había otro en la ciudad que se peinara con tanto cuidado. Cada uno de sus mechones parecía colocado en el lugar preciso: los superiores, peinados hacia atrás como una cortina negra, mientras que los de los lados habían sido escrupulosamente colocados detrás de las orejas.

Junto a Millman, Franz Kast lo saludó cuando Volkmer posó su mirada en él y alzó la mano izquierda para indicarle que se acercara. Franz y Volkmer habían partido juntos desde Kilwa, pero ya en el puerto de Dar es-Salam el hermano menor de los Kast se había adelantado para encontrarse con Millman en la estación, mientras Volkmer se encargaba de buscar al famoso cervecero Wilhelm Schultz, con objeto de invitarle a la reunión. Por desgracia, había fracasado. En Schultz estaban interesados otros doce hombres de negocios, y el cervecero, quizás agobiado por tanta oferta que no deseaba escuchar, había desaparecido sin

dejar rastro.

Franz lo llamaba con insistencia. Volkmer, decidido, cruzó esquivando algunos *rickshaws*, se abrió paso a través de una multitud que copaba una calle estrecha y ascendió los escalones que daban al porche de la Estación Central de Ferrocarril. Millman se adelantó con un cigarrillo en su diestra, se lo llevó a los labios, alargó el brazo y dijo:

—Esta ciudad se ha vuelto loca.

Volkmer le estrechó la mano. Millman continuó:

—Loca sin duda. Esperaba que llegara usted en *rickshaw* desde el puerto, como todos los demás.

—Aborrezco esos transportes —respondió el capitán—. Jamás he montado en ellos. Me incomodan.

—Es muy valiente aproximándose a pie. Uno corre peligro de que lo atropellen —señaló Franz, quien al parecer sí se había valido de uno para llegar desde el puerto.

—En efecto, soy valeroso, capitán Kast...

—¿De repente me llama por mi apellido? ¿A qué se debe tanta formalidad?

—Quiero parecer un hombre respetable cuando hablemos con los posibles inversores.

—Pero ahora no estamos frente a ninguno.

—Intento acostumbrarme, Franz.

—Quizás no nos sirva de nada —apuntó Millman—. Fíjense, los terratenientes han traído uno de esos arados a vapor. Acaparan la atención del público con las maravillas de la tecnología.

Señaló con un gesto de cabeza hacia una multitud de gente absorta. Bajo una de aquellas carpas de tela reflectante, Volkmer reconoció al *akida* Sefu bin Amri. Iba equipado, como siempre, con su enorme pluma que le servía a modo de abanico, y seguido por un séquito de criados. Estos se ocupaban de atender al público sirviendo té, mientras el *akida* exponía a voz alzada la revolución del arado a vapor. La máquina en cuestión, muy parecida a una locomotora en miniatura, se presentaba como la solución para los conflictos por los que atravesaba el mercado agrario. Sefu la vendía como la solución a los problemas de personal, pues el arado no necesitaba más alimentación que el propio combustible y resultaba mucho más barato que mantener a varios trabajadores. Tampoco se quejaba ni se ponía enfermo, y su fiabilidad estaba garantizada al cien por cien. Era, en boca de aquel *akida*, una máquina excepcional; la visión de un futuro prometedor, con el que los propietarios de tierras multiplicarían sus ganancias mediante una pequeña inversión.

—Sabe atraerlos —reconoció Millman.

—Pero el público no es tonto —intervino Franz—. La Línea Central de Ferrocarril es todo un logro. Su éxito apenas necesita de presentación. ¿Para qué invertir en una pequeña locomotora destartada? Los campos nunca han sido la gran inversión de estas tierras.

El sonido de una campana robó la atención del público. Un hombre invitaba a una recepción que se llevaría a cabo dentro del edificio de la estación.

—Nos llaman —dijo Franz—. Caballeros, ahora es cuando los negocios empiezan para nosotros.

La recepción en el edificio del ferrocarril tenía una lista de invitados exclusivos. Gracias a sus contactos, Volkmer había conseguido que su nombre y el de sus dos acompañantes figuraran en ella.

Como muchos otros edificios coloniales, la estación se hallaba rodeada por soportales. La pared norte ofrecía una abertura ancha, como de unos cinco metros, desde la cual se accedía al andén. Allí habían estacionado una locomotora, decorada con cintas y banderas alemanas. Günter Schultz ejerció de anfitrión, en representación del Consejo de colonos. La locomotora le servía como estrado desde donde alzar la voz para inaugurar el acto:

—Estimados invitados. Es un placer contar con su presencia en esta reunión. Me encantaría comenzar con unas palabras que el propio gobernador del África Oriental, Heinrich Albert Schnee, ha escrito para tan magna ocasión. Permítanme transmitirselas tal y como las ha escrito de su puño y letra, y demostrarles...

—Es sorprendente —dijo Volkmer aproximándose al oído de Franz—, que el señor Schultz continúe en su cargo después de que Rechemberg se haya retirado.

—Me alegra que sea así. De no ser por él, aún seguiríamos en el algodón, y de seguro nos habríamos arruinado. Schultz siempre supo que el ferrocarril era una empresa en alza.

—Porque se lo dijo el propio Rechemberg, sin duda. ¡Pero espera! ¿Quién sube a la locomotora? ¡Debe ser...!

Günter Schultz ofrecía su mano a un oficial para ayudarlo a subir los escalones; un hombre de mirada resuelta, pelo rapado casi al cero y bigote.

—Caballeros —dijo cuando el militar estuvo arriba—. Es para mí todo un honor presentarles al comandante en jefe de las fuerzas alemanas en África, Paul von Lettow-Vorbeck.

Los asistentes prorrumpieron en aplausos.

—Tal y como imaginaba —dijo Volkmer—. Es el mismísimo comandante Von Lettow. Tenía ganas de hablar con él. Dicen que es un oficial veterano en este continente. Estuvo unos años destinado en las colonias del sudoeste, sofocando la rebelión de los hereros.

Franz entrecerró los ojos para fijarse mejor en él mientras Von Lettow dirigía unas palabras al público. El menor de los Kast intentaba vislumbrar el carácter de aquel hombre destinado a convertirse en su superior, y si, por algún azar, captaba en él algún reflejo que le recordara a Willem von Faukhert. Pero Von Lettow se mostraba correcto en extremo, dominando las formas en todo momento. Al finalizar el discurso, Franz se unió a los que aplaudían, aunque de forma mecánica.

—Bueno, pues este es el caballero Von Lettow —le susurró Volkmer al oído, quien sí parecía haber escuchado su presentación.

La fiesta se dio por inaugurada. Herold Millman no perdió el tiempo y se puso a buscar a posibles inversores entre el público. Volkmer, por su parte, atrajo la atención de Erick Tarbuch. La fama del cazador profesional había crecido de tal modo que ya era conocido en todo el territorio. Había ampliado notablemente su clientela; cualquier alemán que se preciara de buen gusto acudía a él para lucir una cabeza de búfalo en el salón de su casa. Tarbuch necesitó estudiar la fisonomía de Franz durante unos segundos para reconocerlo.

—¡Que me devore un león si he sabido quién era! —dijo tomándolo de la mano izquierda con las suyas y agitándola con efusividad—. ¡Franz! ¡Franz Kast! ¡Por todos los...! ¡Es usted!

—Erick Tarbuch —presentó Volkmer—. ¿Se acuerda de él, capitán Kast?

—Nos presentaron en la fiesta del comandante Von Faukhert, ¿cierto?.

—Así es. ¡Cielos! De modo que se alistó usted en el Ejército. Veo que ha conseguido un buen grado. Lamento lo de su brazo.

—No hay por qué, señor Tarbuch. Perderlo me ha hecho más bien que mal.

—¡Caramba! No me habría imaginado una respuesta semejante. En fin, me alegra verle aquí. Imagino que los últimos acontecimientos en Europa les mantendrán en tensión.

—Menos de lo que se imagina —terció Volkmer—. En realidad, creo que no pasarán a mayores.

—Y de ser así, ¿qué garantiza una guerra en las colonias? —dijo Millman, que acababa de llegar con un par de copas. Un cigarro se meneaba en la comisura de sus labios. Le pasó una copa a Tarbuch.

—Pero de ocurrir el enfrentamiento —dijo Franz—, un hombre como usted sería bien recibido en el Ejército. Su experiencia como cazador es innegable.

—¡Oh! A mí no me interesa cazar seres humanos. Todos ellos son clientes potenciales. A los ingleses les gusta tanto cazar elefantes como a los alemanes. De eso pueden estar seguros. Yo no tengo enemigos, señores.

—No importa que no los tenga —dijo Millman alzando su copa para brindar—. Si hay una guerra, ellos le tomarán a usted como tal.

Franz, aunque simulaba estar atento a la conversación, se había abstraído por completo. Continuaba su estudio de Von Lettow, que paseaba entre los caballeros de aquella reunión. Entonces vio cómo Günter Schultz tocaba el hombro del comandante, se aproximaba a su oído y, tapándose la boca para que nadie leyera sus labios, le susurraba algo. Von Lettow no hizo ningún gesto que delatara el cariz de aquella noticia, pero Franz advirtió que se metía la mano en el bolsillo del pantalón. De él extrajo una moneda de una rupia, plateada y limpia, que comenzó a pasarse entre los dedos. El rostro de Guillermo II cambió del índice al meñique, y de nuevo al índice, antes de que Schultz se retirara. Después Von Lettow devolvió la moneda a su bolsillo, se dirigió hacia la locomotora, subió a su plataforma y pidió silencio.

—¿Qué pasa ahora? —dijo Millman algo fastidiado.

—Caballeros —comenzó Von Lettow—. Es mi deber anunciarles que Austria-Hungría ha declarado la guerra a Serbia al no escucharse sus peticiones tras el asesinato perpetrado por Mano Negra. La guerra ha estallado en Europa.

Hubo una serie de reacciones confusas. Algunos aplaudieron, otros callaron; la mayoría, simplemente, expresó su opinión al compañero más cercano.

—Sé que entre los asistentes hay algunos oficiales —continuó Von Lettow—. Solicito reunirme con ellos en este mismo instante. El señor Schultz dispondrá una sala. Tengan la bondad de acompañarme, caballeros. Los demás pueden continuar con la fiesta.

—¿Qué hay de Alemania? —preguntó en voz alta uno de los invitados.

—Aún no se ha unido al conflicto —contestó el comandante—. Pero es de esperar que lo haga si los aliados de Serbia declaran la guerra. Esperemos que no sea así.

Bajó con decisión al andén y miró de reojo a Franz Kast y a Johan Volkmer.

—Id —les dijo Millman—. Yo me ocuparé de todo por aquí. Nuestros negocios estarán a salvo conmigo.

—Hasta la vista, Tarbuch —se despidió Franz—. Ha sido un placer verle, aunque quizás volvamos a encontrarnos muy pronto. Ya sabe a qué me refiero.

—Espero que no sea así, capitán Kast. De verdad que lo espero.

—Yo también lo espero, créame.

La sala de reuniones que Günter Schultz había preparado para Von Lettow no era más que el dormitorio del jefe de estación: un pequeño cuarto con un catre, una mesa, una pequeña librería y un ventanuco que daba al andén. Alguien había echado la cama a un lado y colocado en su lugar la mesa. No había más que una silla, pero nadie se sentó en ella. Von Lettow, Franz y Volkmer llegaron los primeros. Otros dos oficiales los siguieron después: el capitán Naumann, uno de

los amigos de Willem von Faukhert, y el general retirado Wahle, un veterano de sesenta años, de pelo cano, rostro arrugado y mirada cansada. Von Lettow se asomó por el ventanuco. En el andén algunos invitados examinaban la locomotora con atención.

—Capitán Naumann —saludó Franz.

Lo recordaba de la fiesta de Willem; el otro le devolvió el saludo algo confundido. Resultaba evidente que no conseguía ubicarlo, y no era de extrañar, teniendo en cuenta lo mucho que había bebido cuando fueron presentados y el cambio radical sufrido por Franz.

—Paul —le dijo el general Wahle a Von Lettow en tono apaciguador—, sé lo que está pensando. Debería esperar. Ya hablamos de esto con Schnee: el gobernador desea mantener la paz con nuestros vecinos por encima de cualquier cosa. No nos arriesguemos.

—¿Riesgo dice? No es riesgo, mi querido amigo, sino previsión de acontecimientos. ¿Cuánto tiempo cree que tardarán los ingleses en cruzar la frontera? ¿Y los belgas o los portugueses?

—No tenemos nada que les interese —se atrevió a señalar Naumann.

—Se engaña usted, capitán. El potencial estratégico de nuestros puertos es notable. Por otro lado, los ingleses echan de menos las tierras que les arrebatamos hace años. Desean agregarlas al África Oriental Británica. No perderán esta oportunidad, y pasarán por encima de cualquier pacto; se lo garantizo. No, señores. Debemos atacar primero. Sorprenderlos en su propia tierra. Jamás lo esperarán. Nos adelantaremos a su propia ambición.

—¿Pretende atacar el África Oriental Británica? —inquirió Wahle—. ¿Tiene fuerzas militares para ello, comandante?

—Yo diría que unos doscientos cincuenta oficiales alemanes, algo más de dos mil *askaris*, algunas ametralladoras Maxim y, con algo de suerte, unos pocos cañones de artillería ligera.

—¿Y con eso va a invadir el territorio británico? —preguntó Franz.

—Invadirlo no. En absoluto. Las fuerzas militares de que disponemos son paupérrimas. Puede que Schnee me ceda algunos *askaris* más, pero primero tendré que convencerlo, y creo que eso me va a costar, teniendo en cuenta que pienso desobedecer sus órdenes.

—Entonces irá de todos modos a por los ingleses. —Wahle se mostraba preocupado—. ¿Se ha vuelto loco?

—No, general. Pero mi objetivo es entretenerles. Y digo más, lo que busco a toda costa es molestarles, incordiarles de tal modo que tengan que enviar hombres desde Europa. Ya sé que no puedo ganar ninguna guerra con las fuerzas que poseo, pero pienso ayudar a que Alemania lo haga en el viejo continente. Y

para ello me lanzaré a territorio enemigo si hace falta. Mi objetivo será atacar el Ferrocarril de Uganda, una de sus líneas principales de suministros.

—¿Y después? —quiso saber Volkmer.

—Después ya veremos.

—No puedo apoyar esta empresa, Paul —dijo Wahle—. Va a iniciar una guerra contra un enemigo que todavía no nos la ha declarado, y acabará perdiéndola.

—Por fortuna, general, está usted retirado. No exigiré sus servicios, porque no puedo. En cuanto a los demás, tienen dos días para prepararse. Reuniré a los *askaris* y a los portadores, y nos pondremos en marcha. Señores, hemos terminado.

Wahle fue el primero en abandonar la habitación, furibundo. Volkmer, Franz y Naumann lo hicieron después, algo más desconcertados. Von Lettow parecía muy resuelto; tanto que los tres hombres aún necesitaron unos segundos para asimilar que estaban a punto de organizarse para el combate. De regreso a la fiesta, Von Lettow procuró que no cundiera el pánico entre los hombres de negocios, y mucho menos que se extendieran sus intenciones. Cada oficial abandonó la estación de forma discreta y procurando no llamar la atención. Franz y Volkmer buscaron a Millman y lo condujeron al exterior. Allí, bajo palabra de no revelar nada a nadie, le contaron la verdad. El afable hombre de negocios dejó caer el cigarro de sus labios.

—¿Qué va a pasar con el ferrocarril? —dijo, pero sus dos interlocutores estaban más preocupados por otros asuntos.

—Debo telegrafiar a Jocelyn —recordó Volkmer—. Cielo santo, Franz. ¿Qué estamos a punto de hacer?

—Ojalá lo supiera, amigo. Esperemos que Von Lettow sí lo sepa. Iré contigo. Prometí a Gerdi que escribiría, pero jamás pensé que fuera para darle semejante noticia.

Y desvió la vista a un lado, allí donde Sefu bin Amri, ajeno al olor de la guerra, aún intentaba vender las maravillas del arado a vapor.

La avanzadilla, compuesta de veinte *askaris* liderados por Volkmer, ascendió un espigado *kopje* para buscar una mejor visibilidad de Mombasa. La ciudad portuaria parecía desierta desde la lejanía en aquel mes de noviembre. Más allá, el cielo y el océano confundían sus fronteras. A unos cincuenta metros del *kopje*, un grupo de cincuenta topis levantaron sus cabezas y orientaron las orejas en la misma dirección. Los *askaris* hacían demasiado ruido arrastrándose sobre las piedras. Volkmer les hizo una señal para que se detuvieran. Sus hombres obedecieron.

Todos vestían el mismo uniforme: botas negras, guerrera y pantalones de color caqui, ceñidor con diferentes estuches y el quepis con un águila imperial bordada en la parte frontal. E iban armados con un máuser de pólvora negra, pues no había existencias suficientes del modelo Gewehr 98, más moderno, reservado para los oficiales y los soldados veteranos. Los *askaris* llamaban a este fusil *bibi*, ‘dama’, porque se les había enseñado a cuidarlo sobre cualquier otra cosa, casi con el amor que debían profesar a sus esposas. En retaguardia, una ametralladora Maxim esperaba ya lista, por si las cosas se ponían feas. Dos suboficiales alemanes se encargaban de manejarla, pues a los *askaris* no les estaba permitido.

Von Lettow había acertado en sus predicciones. El 1 de agosto, Alemania declaró la guerra a Rusia, tras apoyar esta a Serbia. El efecto dominó de los países aliados no tardó en sucederse. Francia, aliada de Rusia, había salido en su defensa, y Alemania le declaró la guerra el día 3. Inglaterra, aliada de Francia, se unió al conflicto y se la declaró a Alemania. El 6 de agosto, lo hizo Austria-Hungría a Rusia, y el 13, Francia e Inglaterra a Austria-Hungría. Las alianzas políticas habían provocado un conflicto total entre toda Europa.

Volkmer sacó un pequeño catalejo del bolsillo de su guerrera. A diferencia de sus subordinados, vestía uniforme verde y casco.

Los raíles del ferrocarril avanzaban desde el oeste hacia Mombasa, describiendo una suave curva. Al fondo, justo a la entrada de la ciudad, en las torres de una fortaleza de piedra ondeaba la bandera de la Union Jack. Salvo los

topis, no se percibía ni un alma en los alrededores. Volkmer se volvió hacia uno de los suboficiales que guardaban la ametralladora e hizo una señal afirmativa. Después se persignó.

—Que sea lo que Dios quiera.

El suboficial se desanudó el pañuelo del cuello y lo agitó en el aire. A los pocos segundos, el viento transportó el eco de varias detonaciones. Al sur, lejanas volutas de humo indicaban la posición de la artillería: cañones de 37 milímetros que, por orden de Von Lettow, habían orientado hacia el fuerte inglés. Se oyeron cinco, siete, diez detonaciones. Los topis se revolviéron nerviosos, sin saber hacia dónde huir. Los muros saltaron en pedazos; una bandera cayó, pero no hubo respuesta por parte del enemigo. Tambores y cornetas tocaron la marcha de combate. Desde el oeste, dos mil *askaris* avanzaron fusil en mano a paso ligero, acompañados de los porteadores, que cargaban con las ametralladoras, la munición y los cañones. Algunos también llevaban fusiles, sirviendo como tropas de refuerzo. En cabeza y a caballo, Von Lettow y Franz dirigían la marcha. El comandante desenvainó un sable y apuntó con él hacia el objetivo.

—Nos toca —se dijo Volkmer; y volviéndose a sus hombres, ordenó—: Nos lanzaremos por su flanco sur, protegidos por la artillería. Quiero la ametralladora montada y dispuesta para el fuego de cobertura. ¡Caballeros, síganme y pronto celebraremos la primera victoria de esta guerra!

Desenvainó su sable y se lanzó a la carga descendiendo por el *kopje*. Los pocos topis que aún no habían escapado lo hicieron en ese momento, dando un rodeo al inmenso montón de piedras y despejando el camino hasta Mombasa. La artillería tomó nuevas posiciones y volvió a rugir. Al otro lado, parte del muro fue despedazado, pero era demasiado grueso y no parecía que los ataques lo dañaran de gravedad.

Von Lettow se encontraba ya a pocos metros de la ciudad. Sus tropas alcanzaron la vía férrea y corrieron paralelas a esta. Tenían el camino despejado, sin resistencia. Volkmer, por su parte, se encontraba aún más cerca: podría abrir fuego contra los hombres sobre el muro del fuerte..., si hubiera visto alguno. Pero allí no había nadie. El capitán sacó de nuevo su pequeño catalejo: en lugar de centrarse en la ciudad, estudió los alrededores. Tras el fuerte inglés descubrió una zona de espesura, donde las vías se introducían en una cueva de vegetación antes de entrar a Mombasa. Allí, entre los árboles, descubrió los uniformes ingleses de pantalón corto, acompañados por los turbantes blancos de los *sijs*. Lanzó el catalejo al suelo y gritó con fuerza a Von Lettow, pero descubrió que ya era tarde. El enemigo se abría en pinza desde el este, bajo la cobertura exterior del fortín, intentando rodear a los alemanes. Las tropas indias eran muy numerosas, mucho más que los hombres de Von Lettow. Desde el sur también

avanzaron. Volkmer se volvió hacia la ametralladora e hizo una señal quitándose el casco. El fuego de sus hombres no tardó en responderle, propiciándole cobertura.

—¡Soldados, rodilla en tierra! ¡Hay que contener a los ingleses como sea, proteged este flanco!

Los *askaris* formaron dos líneas de diez hombres. El campo enemigo estaba libre de cobertura, de modo que cada hombre no tenía más protección que la que le proporcionara su compañero y la misericordia de la Providencia. Una compañía cargó contra ellos. Doscientos indios o más, que se enfrentaron a los disparos de veinte máuser obsoletos. Los proyectiles de la ametralladora pasaron a escasos centímetros de la cabeza de Volkmer, quien, a un lado de su escuadra, esperaba erguido, con la diestra sujetando el sable y la zurda descansando sobre el ceñidor.

—¡Fuego a discreción! ¡Que no pasen!

Los máuser de pólvora negra dejaban una gran humareda tras cada disparo, pero los hombres recargaban sin parar. A trescientos metros, la artillería inglesa se hizo notar. Los cañones, más potentes que los de Von Lettow, atacaron a los alemanes con una precisión mortal. El *kopje* en el que se posicionaba la Maximde Volkmer fue alcanzado. Pero el capitán ni siquiera se volvió a mirar.

A cien metros, los indios se detuvieron y se pegaron los fusiles a la mejilla. Volkmer fue capaz de escuchar las órdenes que les daba el oficial enemigo, al que no distinguió por culpa de la humareda.

—*Ready! Aim!...*

El capitán alemán tragó saliva.

—*Fire!*

Tras la detonación, la mitad de su tropa cayó abatida. Una bala le lanzó el casco por los aires, otra golpeó justo en el filo del sable partiéndolo en dos; una tercera lo alcanzó en la punta de la bota. Volkmer apretó los dientes para alejar el dolor. En su pie notó el tacto cálido de la sangre, junto a cierto adormecimiento; con toda probabilidad había perdido varios dedos, si no todos.

—¡Hombres, carguen sus fusiles!

Los *askaris* obedecieron de forma automática. A su espalda oyó que los alemanes se transmitían órdenes a base de gritos:

—¡Retirada! ¡Nos retiramos! ¡Retirada!

Fin de la batalla. Von Lettow dejaba atrás sus intentos por invadir Mombasa. El enemigo era demasiado fuerte. Ya lo sabía, Volkmer lo sabía desde el principio. Atacar a los ingleses había sido una locura. Pero él obedecía órdenes, y estas le habían conducido adonde estaba: de pie frente a cientos de fusiles enemigos, preparado para recibir la muerte. Los ingleses, sin embargo, no

dispararon más. Conscientes de que los alemanes se retiraban, calaron bayonetas y se prepararon para acabar con los rezagados.

De entre la humareda emergieron las tropas indias, envueltas en un poderoso grito de guerra. Volkmer descerrajó un disparo sobre uno de ellos, pero antes de que cargara la pistola, otros cuatro se le echaron encima y le golpearon con la culata de sus fusiles. Intentó defenderse cubriéndose la cabeza con las manos, pero lograron acertarle en plena cara. El mundo se le nubló bajo una cortina de sangre. Antes de perder el conocimiento, distinguió a un oficial británico que se acuclillaba para observarlo.

—¡Excelente captura, caballeros! —escuchó que decía en inglés.

A Volkmer lo despertaron con un cubo de agua. Tosió, parpadeó y extendió los brazos para tantear su alrededor; estaba en penumbras, entre unas paredes de sillería.

—¿Habla inglés? —dijo alguien situado frente a él con acento londinense.

—Sí, un poco.

—Soy el alférez Bettingale. Al mando de la defensa de la ciudad de Mombasa. Desde este momento es usted prisionero de la Corona británica. Permanecerá bajo mi custodia hasta que ganemos la guerra. ¿Me ha comprendido?

—Me duele el pie.

—Le acertaron con una bala. Nada grave. Ha perdido dos dedos.

—¿Y mi comandante?

—Huyó. Tampoco me extraña, por otro lado. En mi opinión es un hombre tan estúpido como osado. ¿Pensaba invadir todo el África Oriental Británica con unos pocos negros y algunas ametralladoras? ¡Por Dios! Jamás he visto más soberbia en toda mi vida. Ahora mismo deben estar cerca de la frontera. Iremos en su busca, pierda cuidado. Por desgracia, esa tarea no me compete a mí.

—Tengo sed.

Volkmer comenzaba a diferenciar algunos rasgos en su interlocutor: unos cincuenta años, mostacho de puntas rizadas y barba estrecha y picuda, pelo ensortijado y corto, con algunos mechones sobre la frente. Se le veía curtido, conocedor de las sensaciones que experimentaba su prisionero, pero impasible ante ellas.

—¿Cómo dice? —respondió ante la demanda de Volkmer.

—Tengo sed. Si pudiera darme algo de agua...

—Yo diría que acabo de proporcionársela.

Volkmer escuchó varias risas. A espaldas del alférez lo observaban otros tres soldados. Con seguridad eran los mismos que lo habían tumbado a culatazos.

—Se lo ruego —insistió—, necesito agua.

—Ya me he dado cuenta, pero todavía no es el momento de solazarse con una bebida. Le diré lo que vamos a hacer: usted me proporcionará detalles del ejército de Von Lettow, y si quedo conforme, permitiré que beba.

—¿Espera que le dé información?

—Así es.

—Entonces me temo que moriré de sed.

Más risas entre los hombres. El alférez dejó su silla y se acuclilló junto a Volkmer.

—No, no va a morir. Lo que haré será conducirlo hasta los límites de la demencia. Le daré agua, sí, pero solo el mínimo necesario para que su cuerpo no se deshidrate. Pondré todo mi empeño en alargar su sufrimiento. No le permitiré fallecer, mi estimado compañero, sino que le mantendré bajo la tortura de una sed perpetua. Le garantizo que, pasado un tiempo, será usted quien pida, quien suplique concederme una entrevista. Entonces, con los labios cuarteados, la lengua seca y las tripas marchitas, me relatará todo lo que deseo saber. Ha comprendido mis palabras, ¿verdad?

—Todas y cada una de ellas —aseguró Volkmer sosteniendo la mirada de su captor.

—¿Qué pasa aquí? —Se escuchó desde la puerta de los calabozos.

Los soldados se cuadraron. Bettingale los imitó al ver que un oficial superior se asomaba a la celda. El recién llegado apartó al alférez y se acercó al prisionero. Ya frente a él, palideció; y si el alférez o los soldados hubieran estado más próximos, habrían visto que a Volkmer también se le demudaba el rostro.

—Teniente Buttercup —dijo Bettingale—, este prisionero a mi cargo posee valiosa información que podría servirnos para...

—Sé a la perfección qué tipo de información posee, alférez. Pero es un oficial alemán y merece ser tratado con los honores que corresponden a su rango. Lo han traído al peor calabozo de toda la fortaleza. Quiero que sea trasladado de inmediato a una de las habitaciones del piso superior.

—Las guerras no se ganan con buenos modales, teniente.

—Sí las que se libran entre caballeros. Imagino que usted lo es, alférez Bettingale.

—¡Por supuesto, señor!

—En ese caso, obedezca mis órdenes y traslade a este hombre. Que le den comida, bebida y que lo asean. También quiero que le traten esa herida del pie. ¿Ha quedado claro?

—A sus órdenes, teniente. ¿Debo suponer que será usted quien lo interroge?

Buttercup colocó las manos a la espalda.

—No. Parto esta misma noche hacia el sur. Pero durante mi ausencia deseo que se le ofrezca el mismo trato. Cuando regrese, hablaré con él. Repito: exijo que se le trate como a un oficial. ¿Ha quedado claro?

—Meridiano, teniente.

Buttercup dio la espalda a Volkmer y salió de la celda. Apenas hubo desaparecido, Bettingale le clavó al capitán alemán unos ojos inundados por el rencor.

—Subidlo arriba —ordenó a sus hombres con un gesto de desprecio—. Haced todo lo que ha ordenado Buttercup.

Los hombres tomaron a Volkmer de los brazos y lo levantaron para escoltarlo hasta la salida de los calabozos. El alférez Bettingale le dedicó unas últimas palabras:

—Disfrute de su habitación, estimado oficial alemán. Disfrútela todo cuanto pueda.

—**S**é lo que piensas —dijo Gerlinde sacando a Jocelyn de su abstracción.

La dueña de la casa de Matumbi se había sentado junto a un barreño de agua, en la cocina, al que de vez en cuando daba toquecitos con la punta de su bota para provocar hondas.

—Claro que lo sabes. Tú tampoco puedes sacártelo de la cabeza.

—¡Se han ido a la guerra! Franz y Johan se marchan unos días para establecer contactos comerciales, ¡y al poco nos escriben diciendo que se van a la guerra! ¿Cómo no vamos a dejar de pensar en ello? ¿Qué les va a suceder, Jocelyn?

—No seas agorera. No tiene que sucederles nada.

—¡Pero las noticias que llegan desde Europa son tan trágicas...! Allí está muriendo mucha gente. Y aquí..., aquí estamos rodeados de enemigos: ingleses, belgas y portugueses. Todos buscan invadirnos.

—Quizás convendría que nos preocupáramos más por nuestro bienestar.

Su cuñada se llevó las manos al pecho. Era evidente que no había caído en tal posibilidad.

—¡Dios mío! ¿Y si vienen a por nosotras?

Y, desde el pecho, las subió a la boca para ahogar un suspiro de terror. Jocelyn se puso en pie.

—Relájate, Gerdi. No pretendía asustarte.

—¡Pero estamos en guerra! Dios mío. ¡Dios mío!

—Nos encontramos muy al sur de la frontera con los ingleses, y las tropas de Von Lettow se encargan de impedir que crucen. Ya has leído lo que ponía en el mensaje de Franz: el comandante se ha permitido cruzar al África Oriental Británica para invadirla. La posibilidad de que lleguen hasta Kilwa es muy remota.

—¿Lo juras?

—Claro que sí. La rebelión de los maji-maji fue mucho peor. No había forma de prever por dónde atacarían, y pese al riesgo vine a vivir aquí.

—Eso es porque eres mucho más valiente que yo, Jocelyn. ¡Ojalá estuviera

aquí Franz! Lo extraño más que nunca.

Jocelyn observó que su cuñada se retorció las manos. Se las tomó con mucha delicadeza y procuró que Gerlinde centrara su atención en ella.

—Se me ocurre algo. Te gustará. Es una idea que tú me habrías propuesto.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Se trata de hacer algo impulsivo.

—¿Algo impulsivo?

—Tomaremos los telegramas que nos enviaron Franz y Johan, los romperemos y arrojaremos los trocitos fuera. Así desaparecerán las preocupaciones. No volveremos a sentir temor por qué les sucederá a los hombres, o qué pasará con nosotras. Ya verás. Seguro que cuando lo hagamos, la guerra no será más que un rumor que escucharemos de vez en cuando, en alguna de nuestras visitas a Kilwa. Y cuando todo acabe, Franz y Johan regresarán a casa como si hubieran estado en un viaje de negocios muy largo.

—¿Crees que algo así funcionará?

—¿Y qué podemos perder intentándolo? ¿Para qué otra cosa pueden servirnos esos telegramas? Cada vez que los releemos nos sentimos tristes.

—Es cierto..., sí, ¡sí! Vamos a romperlos.

—Ve por el mío. Lo guardo en la mesita junto a mi cama.

Gerlinde fue en busca de aquellos papeles. Jocelyn dejó la cocina y caminó hasta el porche, dispuesta a comenzar aquel improvisado ritual para alejar los malos pensamientos. Se encontraba mucho más entera que Gerlinde. Aunque la preocupaba la suerte que pudiera estar corriendo Volkmer, no se hallaba tan apenada..., de hecho, pensar en las causas de tan poca sensibilidad la preocupaba todavía más. ¿Tan poco enamorada estaba de Johan? ¿Tan fríos se habían tornado sus sentimientos? Quizás fuera mejor olvidarse de él. ¿Qué los había unido? ¿Un amor pasajero? ¿La búsqueda de compañía? ¿O era tal vez un intento desesperado por deshacerse de cualquier apego hacia Bertram? Sí, su marido todavía se colaba en su recuerdo, y cuanto más se esforzaba Jocelyn por apartarlo, más cercanos parecían los instantes del pasado: su vida en Ingolstadt semejava una ensoñación agradable; llena de copos de nieve relucientes, tardes a media luz y melodías de Brahms. Jocelyn llevaba años sin tocar el piano. El instrumento dormitaba en el salón cubierto por una tela parda, bajo la que asomaban sus patas doradas. Ella quería volver a sentir las teclas y solazarse con la melodía. Pero algo en aquella tarea la asustaba: la posibilidad de que su música atrajera recuerdos dolorosos; pero aún más que eso, la asustaba que sus notas viajaran con el viento hasta el secreto lugar en el que se hallara Bertram y que, atraído por ellas, igual que tantas veces en el pasado, se presentara silencioso, hipnotizado, y la besara.

Tragó saliva y llenó sus pulmones de aire. Gerlinde la sorprendió por detrás. Agitaba los telegramas, ilusionada con el plan. Sin embargo, Jocelyn había cambiado de idea. No quería deshacerse del telegrama de Johan porque, de algún modo, era un enlace con la realidad.

—¡Rompámoslos! —animó Gerlinde. Enseguida advirtió que en la mirada de su cuñada se cernía una sombra de pánico—. ¿Jocelyn...? Tú... no quieres romperlos. Te has arrepentido.

—Gerdi, es que...

Se detuvo cuando percibió por el rabillo del ojo que Mufid se aproximaba con cierta prisa, señalando hacia el horizonte. Su índice reveló a un jinete sobre la colina. Lo seguían otros cuatro hombres a pie; parecían escoltar a un prisionero, pues estaba maniatado. La comitiva descendió hasta el llano, y Jocelyn identificó que el preso no era otro que Arjun, el comerciante indio con el que llevaba haciendo negocios siete años. A esa distancia, también fue capaz de ver que iba ensangrentado, con un ojo hinchado y varios moratones por toda la cara.

—¡Arjun! —llamó desde la distancia—. ¡Pero ¿qué...?!

—¡Por favor, *sahiba*! —balbució el fabricante de muebles.

Levantó los brazos para llamar su atención, pero los hombres que lo rodeaban se le echaron encima.

—¡Suéltelo! —exigió Jocelyn.

Gerlinde a duras penas lograba mantenerse en pie. El miedo la hacía parpadear y respirar a mucha velocidad, pero no fue capaz siquiera de refugiarse en la casa.

La comitiva se detuvo a unos metros del porche.

—¿De modo que lo conoce? —intervino el jinete, un oficial que no llegaba a la treintena, de rostro sonrosado, cabellos dorados y algo entrado en carnes.

—Pues claro que lo conozco —respondió Jocelyn saliéndoles al paso.

Dos *askaris* la interceptaron antes de que llegara hasta el indio.

—¿Lo admite entonces? —insistió el oficial.

—Desde luego. ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen en mis tierras?

—Señora, soy el teniente Rodrik Apelhantz, y en ausencia del capitán Johan Volkmer estoy al mando de la seguridad en Kilwa. Este hombre ha sido acusado de espionaje y colaboración con el Ejército británico.

—¡Pero eso es absurdo! ¡No es más que un fabricante de muebles!

—Tenemos pruebas que lo fundamentan. Además, y como ya sabrá, es indio...

—¿Es que todos los indios son enemigos? Teniente, el capitán Volkmer es un amigo muy cercano. Puedo garantizarle que...

—Estoy muy al tanto de la relación que mantienen el capitán y usted —cortó

Apelhanz con gesto asqueado—, pero eso no importa. Ahora él ya no tiene el mando.

—Teniente, le advierto que recordaré cualquier acción llevada a cabo sin la debida meditación, y al regreso del capitán...

—Él no va a regresar. —Mientras sonreía, aproximó su caballo para quedar justo al lado de Jocelyn—. ¿Es que no se lo han comunicado? Von Lettow fue derrotado en Mombasa. Tuvieron que huir, tras sufrir algunas bajas. El capitán Volkmer se encuentra entre los desaparecidos.

Jocelyn palideció.

—De modo que ya no se encuentra usted en disposición de advertir a nadie sobre mis actos, señora. Este hombre es un espía y será juzgado como tal. En cuanto a ustedes dos, me encargaré de ponerlas bajo vigilancia, a la espera de confirmar si también han estado colaborando con el enemigo. Vendrán conmigo a Kilwa y se alojarán en sus respectivos domicilios.

—Pero... eso es..., ¿por qué hace esto? ¿Quién se lo ordena?

—¿Todavía no lo ha entendido? Yo no recibo órdenes de ningún superior, señora. Usted y la señora Gerlinde Kast nos acompañarán de regreso a Kilwa. ¡Fritz! —llamó a su sargento—. Ese anciano, el que está en el porche, se viene también. No quiero a nadie en la casa.

—Es por Willem, ¿cierto? —susurró Jocelyn—. Usted... usted lo conocía. Hace todo esto en honor al comandante.

Apelhanz no dijo nada. Aún mantenía un gesto asqueado. Desvió la cabeza al lado contrario, escupió y tiró de las riendas. Los hombres empujaron a Arjun para que reanudara la marcha. Gerlinde, por su parte, echó a correr desde la casa y se abrazó a Jocelyn.

—¿Qué nos van a hacer? —quiso saber, tan asustada como si ya hubieran sido invadidas por los ingleses.

—Nada, Gerdi. Volveremos a Kilwa y permaneceremos en nuestras casas.

—Yo no quiero estar sola en mi casa.

—Puedes venir a vivir conmigo. Tranquilízate. No nos pasará nada. Esto no es más que un enorme error.

Las dos mujeres y el médico ascendieron la colina sin prisas, ahorrando fuerzas. Todavía les quedaba un largo trayecto a pie hasta Kilwa; no había más que un caballo, y no parecía que Apelhanz tuviera intenciones de compartirlo. Ya en la cima, Jocelyn se permitió una última mirada a su propiedad, antes de que uno de los soldados la hostigara con la culata de su fusil.

La casa de Matumbi pareció despedirse de ella, solitaria y blanca en mitad de un campo verde intenso. Jocelyn tuvo la certeza de que no volvería a refugiarse entre aquellas paredes.

—Observe, Franz. Dígame qué es lo que ve —ordenó Von Lettow.

Franz apartó las ramas que le servían de cobertura, tomó los prismáticos y los orientó hacia la playa de Tanga. Algunos *askaris* montaban allí unas pobres barricadas con sacos terreros; a occidente, los muros del fortín mostraban un par de agujeros tras la demostración de fuerza del crucero inglés *Fox*, suficiente para que Tanga se hubiera rendido a la fuerza británica. No obstante, el crucero aún no había desembarcado sus tropas. Dudaban.

—Sin novedades —apuntó el capitán Kast—. No se mueve ni un alma.

—Se lo han creído.

—¿Cómo está tan seguro? —Franz le pasó los prismáticos.

Tras ellos, el contingente de *askaris* esperaba sentado sobre las vías de la Línea Norte de Ferrocarril, *bibis* en mano; mientras los alemanes escoltaban los cañones C73.

Habían viajado en tren desde la frontera, justo tras perder la batalla de Mombasa, y montado el campamento a seis kilómetros al oeste de Tanga. Allí los recibió el mayor Hauptmann; sus tropas eran pocas; añadidas a las de Von Lettow sumaban unos mil cien hombres. El mayor era un hombre callado, de mirada recelosa. Observaba a través de sus prismáticos junto al comandante y a los capitanes Kast y Naumann; este último herido en el muslo durante la retirada de Mombasa, pero aún dispuesto a combatir.

—La ciudad ya es de los ingleses, querido amigo —le dijo Von Lettow a Franz—. No hay resistencia que los aguarde, pero los rumores que hemos extendido han llegado a sus oídos. ¡Fíjese! El crucero no se ha movido de su sitio. Prepare a los hombres. Nuestro instante de revancha se aproxima.

Franz observó que el comandante parecía muy seguro. Quizás demasiado. Von Lettow era audaz, sin duda, y muy astuto. La noche de su llegada a Tanga se hizo con una bicicleta para viajar a la ciudad y reconocerla por sí mismo. Algunos ingleses ya estaban allí, negociando la rendición tras enseñar la fuerza de sus cañones. Pero antes de que el grueso de tropas británicas desembarcara, el

comandante y algunos *askaris* se encargaron de extender el rumor de que la franja marítima del puerto estaba minada. Al parecer, los ingleses habían caído en la trampa.

Pero Franz temía que la audacia de su superior rozara la frontera con la locura. Aquella situación se parecía demasiado al intento de toma de Mombasa. Franz aún se estaba recuperando por la pérdida de Volkmer; la derrota y posterior retirada apenas le habían concedido tiempo para lamentarse por él; mientras observaba los ánimos de Von Lettow, tan carentes de medida, regresó a su memoria que acababa de perder a un gran amigo. Hauptmann, un oficial a punto del retiro, sin un rastro de pelo sobre la cabeza o en la cara, se mostraba tan desconfiado como él. Opinaba que los ingleses pronto desembarcarían sobre la ciudad una fuerza incontestable. Franz intuía que el mayor no se equivocaba.

—Comandante, debo pedirle que me explique su plan.

—¿Mi plan? —Von Lettow, al que justo acababan de traerle una mesa para colocar los planos de la ciudad, alzó una ceja—. Ya se lo indiqué en su momento, durante la reunión en Dar es-Salam: entorpecer al enemigo con todo aquello que esté en nuestra mano. Es lo que continúo haciendo, capitán.

—Temo que volvamos a ser derrotados.

—Soy muy capaz de adivinar sus temores. —Von Lettow guiñó un ojo y se concentró en los mapas.

Franz se sintió ofendido. Creyó que el comandante desvariaba o, como mínimo, que no discernía el verdadero alcance de sus fuerzas. El Ejército había sido vapuleado en Mombasa solo dos días atrás, y los hombres no tenían ni el ánimo ni las fuerzas ni el potencial necesario para enfrentarse a otro combate. Cualquiera idiota podía comprenderlo. ¿Qué pretendía Von Lettow? ¿Enviarlos a la muerte con tal de hacer su trabajo? Desde el principio había temido que su superior tuviera la sangre fría y la falta de humanidad de Willem; por desgracia, había comprobado que la realidad era aún peor. Von Lettow era un pobre estúpido con falsos aires de grandeza. Él debía parar aquella locura.

—Esta vez no, comandante.

—No ¿qué? —Entrecerró los ojos—. ¡Aguarde!

—*Kamanda!* —gritó uno de los *askaris* al tiempo que dirigía su dedo en dirección al océano.

Von Lettow le respondió en suajili. Lo hablaba con fluidez gracias a sus experiencias en el sudoeste. Tomó los prismáticos y apuntó a la costa.

—Ahí lo tienen, caballeros. Los ingleses temen que su crucero sea hundido por una de nuestras minas imaginarias. Se dirigen al sur. Van a desembarcar lejos de la ciudad. Es nuestra oportunidad.

—¿Qué haremos? —preguntó Hauptmann.

—Lo primero será preocuparnos de no cometer el mismo error que la última vez. —Von Lettow puso una mano sobre el hombro de Franz—. Quiero reconocer la situación.

Paseó su índice por los mapas, como si evocara su paseo en bicicleta de la noche anterior. Su otra mano voló hasta el bolsillo de su pantalón, del que extrajo aquella moneda de una rupia que solía pasarse por los dedos cuando su mente trabajaba. La moneda se movía rauda de un dedo a otro, y cuando alcanzaba el meñique, regresaba por donde había venido. Franz sabía que cuando Von Lettow sacaba su rupia, se avecinaba un plan difícil de ejecutar.

—Hauptmann, ¿cómo se encuentra la ciudad? —preguntó el comandante tras estudiar los mapas.

—Apenas quedan en ella algunas patrullas aliadas. El grueso de nuestras fuerzas se halla frente a sus ojos, comandante.

—Lo primero será recuperar la estación de tren. Eso facilitará el movimiento de tropas y suministros. Quiero los cañones C73 avanzados, tanto como se pueda.

—Haremos cosquillas al crucero con ellos —señaló Franz.

—No los utilizaremos para el crucero. Cubriremos nuestras tropas en el avance y atacaremos sus pequeñas naves de transporte de soldados. Si llegamos a la estación, conseguiremos defendernos de sus cañones dentro del edificio. Después recuperaremos la ciudad, casa por casa si es necesario.

Franz dudaba de su superior, pero reconocía que Von Lettow lograba impregnar cada afirmación con el aroma de la victoria. Había tanta seguridad en sus planes que el menor de los Kast deseaba creerle. Von Lettow pareció adivinar lo que pensaba:

—Capitán, luche una vez más a mi lado. Sé que reprime su pena por la desaparición de Volkmer, pero le solicito que confíe en mí.

—¿Qué quiere que haga?

—Vaya al sur y proteja nuestro flanco derecho. Aseguraremos esa zona por si los ingleses desembarcan más efectivos. Es un área despejada, dedicada a la plantación del caucho. Estará muy expuesto, pero confío en su habilidad.

—¡Comandante, mire! —dijo Hauptmann observando a través de sus propios prismáticos.

Von Lettow utilizó los suyos. En Tanga algunos ingleses habían alzado la bandera de la Union Jack.

—Caballeros, los británicos creen que ya han ganado esta batalla. Pero desconocen el nivel del enemigo al que se enfrentan. Se han crecido pensando que ya nos han derrotado, que nos asestaron un golpe definitivo en Mombasa. Demostremosles que se equivocan, que han cometido el más grave de sus

errores, que Alemania es el enemigo más formidable al que jamás se haya enfrentado un Ejército inglés. Desenvainen los sables, encomiéndense conmigo a Dios, y que Él decida a qué bando ayudar.

El mayor Hauptmann obedeció. También lo hizo el capitán Naumann. Franz fue el último en empuñar su sable. Quizás Von Lettow sí merecía un último voto de confianza.

—Que Dios decida —dijo el menor de los Kast uniendo el filo de su arma al de sus compañeros.

En la tarde del 4 de noviembre Franz Kast, al mando de ciento ochenta *askaris*, tomó posiciones al sur de Tanga, escondido gracias a la cobertura de una zona de hierba alta, con los campos de caucho no demasiado lejos y la playa a poco más de un kilómetro. En la distancia, el crucero *Fox* era semejante a una enorme bestia de hierro que aguardara paciente el momento de abalanzarse contra su presa. Tanga relucía con sus fachadas blancas expuestas al intenso sol, que la hacían parecer como hecha de nata. El eco reproducía el silbido de algunos disparos, que se deshacían con el frufú de la hierba y el canto de los chorlitos.

Los proyectiles de los C73 surcaron el aire a solo unas decenas de metros. El enemigo desembarcaba más tropas por el sur.

Franz desenvainó el sable; a su espalda escuchó el descorrer de ciento ochenta cerrojos. Luego, otra vez el silencio. Se quitó la gorra, su tejido verde desentonaba con el color pajizo del entorno y no deseaba que cualquier indio de la 27 Brigada Bangalor le agujereara la frente.

La resistencia sería notable. Mucho más fuerte que en Mombasa; pero en esta ocasión eran ellos los que esperaban al enemigo. Una Maxim descansaba a su izquierda, su cañón refrigerado por agua sudaba diminutas gotas, calentado por el sol del mediodía.

Un *askari* alzó el índice. Era un rastreador, con los sentidos mucho más aguzados que los suyos. El enemigo se aproximaba. Franz, arrodillado como estaba, se alzó unos centímetros. Por entre las puntas afiladas de la hierba logró ver los uniformes indios de unos quinientos hombres. Caminaban despacio, muy conscientes de que aquel era un terreno propicio para las emboscadas. El capitán apretó con fuerza la empuñadura de su sable. Controló su respiración, cerró los ojos y dedicó unos segundos al recuerdo de Volkmer, allá donde estuviera, y a los cabellos rojos de Gerlinde, a su risa y a la forma en que se ilusionaba por los pequeños detalles...

—¡Fuego! —se oyó gritar como si aquella orden no saliera de él.

La Maxim se adelantó a los fusiles. Franz se puso en pie, con todo su pecho

expuesto al enemigo. Deseaba infundir valor a sus tropas, demostrarles que no sentía ningún temor, y que las balas, en caso de alcanzarlo, no le causarían tanto daño. Los proyectiles indios pasaron zumbando a su lado, pero no se movió. Extendió el sable y señaló a la izquierda; las tropas de refuerzo que aguardaban allí, compuestas de porteadores con poca o ninguna experiencia en el manejo de armas de fuego, atacaron. El campo de batalla se llenó de humo, pero incluso a través de aquella niebla pudo ver que el enemigo se retiraba. No era una huida, por supuesto. Se estaban reagrupando para cargar con toda su furia y arrasarlos.

—¡Recolocaos! —gritó; un *askari* traducía sus palabras del alemán al suajili.

Los hombres acataron la orden; ya sabían dónde debían ponerse, lo habían estado ensayando toda la mañana. La compañía se dividió en dos; el grupo de la izquierda se reagrupó con las tropas auxiliares, y el de la derecha intentó abrazar al enemigo rodeándolo por el sur. Los indios adivinaron la treta, pero cuando quisieron atacar ya habían sido envueltos.

Una nueva descarga de fusiles. El enemigo se apiñaba entre los dos flancos. Pero ya se había perdido el factor sorpresa. Los indios formaron un cuadrado perfecto, compuesto por varias filas de fusileros, y contraatacaron. Cayeron decenas de *askaris*, demasiados para contarlos; suficientes para comprobar que aquella batalla estaba perdida.

De nuevo Franz se escuchó dar órdenes como si estuviera fuera de su cuerpo. Gritaba retirada al corneta. Debían escapar a la ciudad. Con un poco de suerte, Von Lettow no estaría lejos. Huyó, mientras las balas indias le ganaban la carrera rozándole el uniforme. La compañía dejó atrás los campos y entró en Tanga. Las calles aparecieron tapizadas de muertos, mientras nuevos disparos se sucedían en cada esquina. La estación no estaba lejos; los cañones navales la machacaban, al tiempo que más tropas indias, los Rifles de Cachemira, avanzaban posiciones. Franz ordenó calar bayonetas y avivó el paso.

Llegó a la vía. En el andén, indios y *askaris*, alemanes e ingleses peleaban cuerpo a cuerpo; nuevos golpes de artillería hacían llover una miríada de cascotes al estallar contra el edificio. Lanzó un grito para darse valor, cruzó la vía, saltó al andén y ensartó al primer enemigo que halló: un joven inglés que no tendría más de veinte años. El muchacho cayó de rodillas, con la mirada de quien acaba de ser atrapado por la muerte. Franz lo observó unos instantes, pero no se permitió más. Sus hombres lo seguían, mientras eran perseguidos por tropas de refuerzo enemigas.

Se abrió paso hasta el interior del edificio. Las paredes de la estación, otrora pintadas de inmaculado blanco, se habían llenado con rastros de sangre. Se hizo necesario saltar por encima de los cuerpos, derramados por casi toda la superficie. Von Lettow y algunos *askaris* se defendían tras los restos de la

bancada, atacados desde tres flancos distintos. Franz se encargó de eliminar uno de ellos. Cargó con toda su ira, sin miedo a los disparos ni a las bayonetas. El fragor del combate había eliminado de él cualquier temor, e incluso el ánimo por la preservación de su vida. Solo se centraba en obrar la victoria, aquella que le había prometido su comandante, pues si volvían a ser derrotados por los ingleses, podría con él la vergüenza. La imagen de Gerlinde se repetía en su cabeza; era su único medio para mantener el arrojo. Necesitaba permanecer en pie para verla una vez más, aunque fuera durante los estertores de la muerte.

La estación tronó con una salva de disparos. Eran dos Maxim, que llegaban con Hauptmann desde el norte. El mayor había derrotado las defensas enemigas y acudía a reforzar posiciones. Los ingleses, acibillados, cayeron como si pasara sobre sus cabezas el ángel de la muerte. Los supervivientes corrieron hacia el oeste, a los campos de Ras Kazone, donde esperaban las naves de transporte. Franz, Von Lettow y Hauptmann los siguieron junto a las ametralladoras.

En las calles de Tanga, entre edificios picados de agujeros de bala, los ingleses se reagruparon. Intentaron una retirada controlada, disparando y aproximándose a la costa, pero entonces ocurrió algo insólito: el cielo se llenó con una única nube oscura. Sin dar crédito a lo que veía, Franz comprobó que se trataba de abejas; cientos, quizá miles de ellas. El fuego de las ametralladoras debía haber roto algún panal cercano, y aquellos insectos atacaban a los ingleses como un inesperado aliado. La retirada bajo control se vio truncada por los picotazos. Von Lettow, pletórico con semejante giro a su favor, alzó la voz:

—¡El destino nos es propicio! ¡Luchad, hermanos, con todas vuestras fuerzas, pues asistís al triunfo de la Batalla de las Abejas!

Los *askaris* y oficiales alemanes provocaron la retirada de unos ingleses asustados, rodeados de abejas y balas, hasta casi la línea del puerto. La estación de tren había quedado asegurada, y con ella, la victoria en Tanga se vislumbraba cercana.

El 6 de noviembre, temprano, el comandante Paul von Lettow-Vorbeck y el general Arthur Edward Aitken, al mando de las tropas británicas, pasearon por la playa de Tanga y tomaron el té. Frente a olas que se deshacían en caracoles de espuma, el jefe de las tropas alemanas intercambió prisioneros con su rival y comentó los diferentes estadios por los que había discurrido la batalla. Franz, montando guardia tras la primera línea de árboles, observó una charla entre caballeros de honor. Las tropas inglesas habían sufrido más de ochocientas bajas, en lo que había sido un combate de perfección estratégica. La Batalla de Tanga o, como Von Lettow había gritado, la Batalla de las Abejas fue ganada gracias a una mente brillante.

El comandante había logrado redimirse por completo. No era un loco. Venció metro a metro, esquina a esquina, a un Ejército que los superaba en una proporción de ocho a uno.

Las ganancias fueron numerosas. En su huida, el Ejército británico dejó tras de sí miles de balas, ametralladoras y suministros que contribuyeron a paliar la carencia de equipamiento alemán. Pero mejor aún, la victoria de Von Lettow llegó a confirmarlo como un verdadero líder. Aquel hombre, a ojos de todos, acababa de transformarse en un héroe.

Para Franz también lo era.

La estancia de Volkmer en una habitación decente no se alargó más de dos días. Buttercup tuvo que salir de Mombasa hacia la frontera para hacer frente a los *raids* con los que Von Lettow hostigaba a las tropas inglesas. El comandante alemán había aprendido muy bien la lección de evitar el combate directo, y se dedicaba a llevar de un lado a otro su Ejército Fantasma, como algunos ya se referían a él. Las incursiones eran devastadoras, porque se producían en el momento más inesperado y se cobraban víctimas humanas y abundantes cantidades de material. El alto mando inglés había tomado una decisión: parar a Von Lettow y, sobre todo, el aumento de su carisma, pues desde el triunfo en Tanga, los enemigos lo temían y los aliados comenzaban a verlo como el líder que los conduciría a la victoria. De este modo, Buttercup, junto a numerosos oficiales ingleses y tropas de regulares indios, fueron diseminados por toda la frontera oriental, desde Taveta a Mombasa, con objeto de localizar al Ejército Fantasma y detener a su comandante.

Apenas el teniente hubo salido de la ciudad, Volkmer recibió la visita del alférez Bettingale. Su captor se le quedó mirando mientras se daba en la mano con una fusta.

—Voy a tener que esforzarme mucho, capitán, para que recupere el tiempo que ha disfrutado en esta habitación.

La fusta restallaba con fuerza en su palma y Volkmer supo que estaba a punto de sucederle algo malo; no obstante, se irguió, adoptando una postura marcial, con los tacones juntos y las manos cruzadas tras la espalda.

—Verá, en mi opinión, usted no ha estado preso estos dos días. Es más, diría que ha sido nuestro invitado. Le hemos proporcionado una buena cama y el rancho de cualquiera de nuestros hombres. Comprenderá que, si lo que espero es su respeto, tendré que recuperar esos dos días multiplicando su..., ¿cómo diría?, su experiencia como prisionero. ¿Entiende?

—Ya fui interrogado por Buttercup —intervino Volkmer con la esperanza de que el alférez entrara en razón—. No sé nada de los planes de Von Lettow. El

comandante nunca tuvo la cortesía de compartirlos con los capitanes.

—¡Oh! ¿Sabe qué? Le creo. Apostaría a que no sabe nada. Pero ahora, capitán Volkmer, se trata de algo más importante que los planes. Daremos con Von Lettow y lo someteremos, de eso no hay duda. No me preocupa lo que el comandante y su patético grupo de negros rastreadores pueda hacer. Es la relación entre usted y yo, capitán. He sido herido en mi orgullo por un prisionero. Buttercup fue magnánimo con usted, y yo salí perdiendo. Comprenderá que no pueda tolerarlo.

Volkmer alzó el mentón mientras enfrentaba su mirada a la divertida cara del alférez. Y de repente aquel hombre se le echó encima, profiriendo un grito agudo, casi femenino. Comenzó a fustigarle una y otra vez, hasta que, vencido por el dolor, Volkmer tuvo que arrodillarse. Entonces Bettingale comenzó a patearle las costillas. A una orden, otros tres soldados se le unieron. Estuvieron así durante unos segundos, hasta que el alférez, jadeando, ordenó que volvieran a conducirlo a la celda.

Bettingale ordenó retirar las bombillas del pasillo y que tapiaran tanto el ventanuco de su celda como el de la de enfrente, para que no le llegara nada de luz. Deseaba privar al capitán de toda orientación temporal, del sol y, más aún, de cualquier presencia humana. Solo permitió que, una vez al día, un soldado bajara para llevarle comida y agua, y vaciar el cubo de los excrementos.

—Adiós, capitán —se despidió mientras desenroscaba la última bombilla protegiendo su mano con un pañuelo—. Le sugerí que disfrutara de su estancia. Ahora le animo al suicidio. Seguro que aquí hallará formas muy creativas de procurarse la muerte. No se preocupe si al principio ninguna le parece lo suficientemente efectiva, tendrá muchas horas de soledad para perfeccionar la técnica.

Jocelyn. Ella era la guardiana de su razón. Volkmer se pasaba interminables horas al día pensando en ella. Venían a su memoria instantes hermosos, en los que la sorprendía cosiendo, tocando el piano o deslizándose entre la hierba que crecía frente a la casa. Recordaba cómo la abrazaba por detrás, rodeando su talle y apretándola contra su cuerpo. El olor de su cabello le producía escalofríos; ejercía un efecto sedante sobre sus ánimos, lo ayudaba a olvidar cualquier mal, cualquier pena y conflicto que se hubieran presentado durante el día. Volkmer extendía las manos en las tinieblas de su encierro. Sus dedos, negros de suciedad, tomaban la cadera de Jocelyn y recorrían la curva de su cintura arriba y abajo; nunca tan alto como para alcanzar los pechos, ni tan bajo como para tocar los muslos; pues era su cintura lo que anhelaba por encima de todo lo demás. Pero en la celda sus manos jamás llegaban a alcanzar nada, salvo el tacto

de los fríos barrotes de metal. Cuando los encontraba, su cordura parecía ser absorbida por ellos. Consciente de aquel extraño poder, retrocedía aterrado, buscaba a tientas su rincón y se apretaba todo lo posible contra él, temeroso de que las dimensiones de su celda se estrecharan; de que, con solo estirar la mano, los barrotes estuvieran ahí, cada vez más cerca, cada vez más a su alrededor.

Los sueños junto a Jocelyn, que durante los primeros días resultaron iluminadores, acabaron tornándose en una obsesión enfermiza. Volkmer gritaba su nombre a todas horas, dormido o despierto, y la buscaba con las manos en la oscuridad. Tras los gritos siguió el llanto; una endecha lenta, desconsolada y perpetua, con la que el capitán se supo hundido en la más espantosa de las locuras: aquella que, tal y como había predicho el alférez, terminaría empujándolo a idear un medio de acabar con su vida. El tímido reflejo de aquella empresa le aterró más que cualquiera de los demonios que lo visitaban. Ni siquiera los pensamientos de Jocelyn pudieron apaciguarlo; de modo que, poco a poco, su mente despertó a una monstruosa perspicacia: la de recordar cada punto de su celda, cada objeto, cada mínimo detalle que le sirviera para morir, y Volkmer, incapaz de pelear contra las sugerencias de su propia voz, terminó dejándose vencer. Jocelyn murió; su cuerpo perfecto quedó sepultado bajo un campo de hierba muerta. Los barrotes, tan temidos, se transformaron en un aliado repentino. Volkmer resolvió golpear su cabeza contra ellos hasta abrirse una brecha.

La idea tomó forma durante mucho tiempo; quizás pasaron días, la total ausencia de luz le impedía calcular el paso del tiempo. Al principio el capitán tuvo miedo, pero a medida que aquel se transformó en el único de sus pensamientos, supo cómo y cuándo debía hacerlo.

Sin embargo no llegó a ponerlo en práctica. Tras más de un mes de confinamiento, Volkmer vio que su perturbadora monotonía se rompía por un suceso que jamás habría imaginado: el centinela que solía alimentarlo bajó a deshora, mucho antes de lo habitual. Tampoco traía comida, sino otra cosa.

Luz.

Portaba una linterna de aceite. Gracias a ella, y a pesar del intenso aguijonazo en sus córneas, Volkmer distinguió que el carcelero iba acompañado por Bettingale y otros dos soldados. Entre todos rodeaban a un quinto hombre quien, por su apariencia, no era un soldado inglés. Vestía unas ropas viejas y muy remendadas, y lucía un pelo largo y enmarañado que le caía sobre los hombros. Su rostro se encontraba cubierto por una barba espesa; y aunque Volkmer intentó verlo en detalle, le resultó imposible, pues los soldados lo alejaron del haz de luz al arrojarlo a la celda de enfrente. Luego, uno de ellos dejó un taburete en mitad del pasillo. Bettingale se sentó.

—¿Habla inglés?

—Sí —contestó una voz rauca y profunda.

—¿Es usted alemán?

—Sí.

—¿Por qué no viste uniforme? No es de las tropas de Von Lettow, ¿verdad?

—No.

—En ese caso, ¿qué hacía en Mombasa?

El desconocido no respondió.

—¿Por qué se encuentra en ese estado? ¿Cómo se llama?

Nada.

—No quiere hablar, ¿verdad? Bueno, es comprensible. Respeto su derecho, aunque tendrá que comprender que debo asegurarme de que no es usted un peligro. Militar o civil, pertenece al enemigo. Me gustaría saber con qué intenciones ha visitado nuestra ciudad, su nombre y el lugar de su residencia. ¿Se empeña en mantener silencio?

—Sí.

—Bien, de acuerdo. —Bettingale se levantó y encaró a sus hombres—. Prisión indefinida. Una comida al día. Nada de luz. Ya hablará.

Los soldados recogieron el taburete. La linterna se alejó por el pasillo, junto a las palabras del alférez, quien, antes de marcharse, guiñó un ojo a Volkmer. El capitán no supo cómo reaccionar ante aquel contacto con otro ser humano. Se pegó aún más al rincón, hasta que, de nuevo, todo volvió a ser envuelto por la negrura. Pero la normalidad no regresó. Volkmer podía escuchar la respiración de aquella otra persona; tan cercana, y tan capaz de alterar la monotonía, que parecía rodearlo con cada exhalación. Miró a izquierda y derecha, creyendo que aquel desconocido respiraba junto a su oreja. Se tapó los oídos, pero aquella presencia continuaba a su lado.

—¿Qui... quién? ¿Quién... quién... eres? —balbució con una boca reseca—. ¿Quién... eres? ¿Quién... quién...?

—Un amigo —respondió.

La respiración dejó de rodearlo. Volkmer apartó las manos de sus oídos.

—¿Un amigo?

—Sí.

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas? ¿Cómo... cómo te llamas?

—No importa, soy un amigo.

—Sí sí, sí importa —afirmó Volkmer; sus palabras surgían atropelladas y temblorosas—. ¿Quién eres? ¿Quién... quién eres tú?

Se apretaba tanto contra la pared del rincón que le dolían los músculos. El desconocido le parecía un espectro, un cadáver andante, un demonio que

acudiera para conducirlo lejos del reino de los vivos. Era una ensoñación, una imagen creada por su memoria como tantas otras, y que, con toda probabilidad, acabaría transformándose en una némesis inexorable. Volkmer temía ese momento, y estaba convencido de que estaba a punto de producirse. Sus ojos se movían buscando en la nada, atentos a cualquier movimiento, a unos brazos que lo aferraran y, por medio de una fuerza prodigiosa, lo estrellaran contra los barrotes o lo obligaran a una muerte llena de dolor. ¿Era aquella figura la transformación de su deseo de fallecer? Sin duda.

—Dime... dime quién eres, ¿p...por qué no me lo dices? Dímelo, dímelo. Dime quién eres. Dímelo.

—Capitán —llamó de repente aquella voz ronca—. Es usted el capitán Johan Volkmer, al mando de la defensa de Kilwa, y ahora apresado por los ingleses en Mombasa.

—¿Cómo lo sabe? ¿Cómo...? ¿Quién es para conocer esas cosas?, ¿esos detalles? No..., me engaña. Me está engañando. Es un... un..., no es humano. No lo es.

—Sí, soy humano, y muy real. He venido para ayudarle.

—No, usted no es... no es...

—¡Capitán! Venga, aproxítese a los barrotes y extienda el brazo.

—¡No! De ninguna manera. Yo no...

—Aproxítese. No tenga miedo. ¡Hágalo!

—No...

—Capitán Volkmer, alargue su brazo a través de los barrotes. Vamos —dijo el extraño.

Volkmer dejó de apretarse contra la pared. Muy despacio, empezó a gatear en dirección a los barrotes. Cuando sus dedos los encontraron se asustó, pero no volvió a retroceder. Sentía la presencia de aquel otro ser humano muy cerca, tanto que si alargaba el brazo...

Metió la mano por entre los barrotes y se estiró cuanto pudo. Sus dedos se movieron en el aire, pero de repente notaron algo: un tacto cálido, muy diferente al del hierro y la piedra. Era la percepción de la carne; de otra mano que, en la negrura, también lo buscaba. Volkmer rozó los dedos de aquel otro hombre con timidez, pero la mano no tardó en tomar la suya y apretarla.

—No tenga miedo —dijo el otro prisionero—. No tenga ningún miedo. He venido para ayudarle.

Aquel contacto restauró de golpe buena parte de su cordura. Apretó aquella mano con todas sus fuerzas, sin importarle que pudiera hacer daño a su nuevo compañero. Necesitaba cerciorarse de que no soñaba, de que no se estaba inventando aquel episodio, y cuando el otro también apretó la suya, y Volkmer

sintió el dolor en las falanges y el calor recorriéndole toda la mano, supo que no podría soltarse. Rompió a llorar como un niño.

—Ya está, amigo —dijo el otro—. He venido a buscarle.

—¿Quién es?

—Me llamo Theodor.

—No..., no le conozco.

—Eso no importa. Está a salvo.

Y así permanecieron durante horas, con los brazos estirados y las manos aferradas en mitad del pasillo, hasta que Volkmer sintió que su cerebro descansaba tras mucho mucho tiempo, y poseído por un agotamiento repentino, no pudo evitar que los párpados se le cerraran.

A principios del año 1915 Von Lettow, que llevaba semanas ejecutando *raids* muy efectivos tras las líneas enemigas, decidió moverse al sureste y recuperar la ciudad fronteriza de Jasin, al norte de Tanga. La ciudad estaba defendida por unos pocos indios —no más de trescientos— y tres oficiales británicos: Hanson, Turner y Heffes. El cielo prometía descargar lluvia sobre una tierra ya embarrada.

El Ejército Fantasma apareció desde el norte. Solo Von Lettow y Franz iban a caballo. Los demás hombres caminaban en fila de a dos, seguidos por dos centenares de porteadores que cargaban con la artillería y los suministros. Flotaba sobre ellos el estribillo de una canción:

*Askari eee, vitani eee,
Askari eee, vitani eee,
Amevaa magwanda, buti, kofia ya chuma, Askari eee,
Amevaa magwanda, buti, kofia ya chuma, Askari eee.*

La letra hablaba de los soldados y de su uniforme, y de cómo marchaban a la guerra. Franz había escuchado aquella melodía muchas veces. Le habían explicado que la cantaban los niños de Dar es-Salam, donde la leyenda de Von Lettow y su ejército les hacía soñar con ser *askaris* de mayores. Desde su derrota en Mombasa, el comandante no había perdido ni una sola escaramuza. A la cabeza de sus hombres, él también cantaba. Era un líder que permitía descansos más largos, auxiliaba a los heridos y trataba a negros y blancos por igual. De hecho, Franz le había oído decir más de una vez que allí, en aquella tierra, todos eran africanos. Se expresaba en alemán con los alemanes y en suajili con los *askaris*; y de este modo llegó a ganarse no solo el respeto de sus hombres, sino un auténtico sentimiento de admiración.

Von Lettow ordenó a las tropas que se detuvieran a cinco kilómetros de Jasin y envió exploradores para reconocer el terreno. Estos advirtieron que los enemigos, aunque pocos, se hallaban bien defendidos. El comandante dividió sus fuerzas en dos columnas. Franz debía marchar por el sur, dando un rodeo,

mientras que él atacaría desde el oeste.

Pronto el combate se transformó en un verdadero infierno. Los trescientos indios plantaron una resistencia feroz, desesperada. Franz vio cómo sus soldados caían a izquierda y derecha mientras se internaban por las primeras calles. El fuego de ametralladora era incesante, y se hallaba ubicado en puntos estratégicos. Hasta que logró tomar el edificio de Telégrafos, el hermano menor de los Kast sintió más de una vez el roce de los proyectiles.

Von Lettow aprovechó que Franz había entorpecido las comunicaciones del enemigo para reunir a sus dos columnas y avanzar hasta el centro de la ciudad. El cielo tronó compitiendo con el rugido de los fusiles, y cuando las dos columnas de *askaris* se unificaron en la calle principal, dispuestas para el ataque final, la lluvia se mezcló con la sangre y el barro manchó los uniformes de los caídos. A pesar de las bajas, Von Lettow no se detuvo, y al anochecer Jasin había sido recuperada.

Aún llovía cuando el comandante, acompañado por Franz, pidió reunirse con Hanson, Turner y Heffes. Hanson había resultado herido en un brazo, pero no rechazó la invitación. El comandante los recibió en el edificio del Ayuntamiento, donde ellos mismos habían situado días atrás su puesto de mando. El despacho aún conservaba las evidentes muestras de un tiroteo: había agujeros de bala en las paredes, cuadros descolgados o torcidos, papeles por todas partes, muebles astillados... Von Lettow aguardó de pie; Franz esperaba a su lado. Cuando los ingleses entraron, el comandante alemán se adelantó un paso y se llevó la mano a la sien.

—Caballeros, tengo que felicitarles —dijo en un correcto inglés—. Han luchado ustedes de una forma prodigiosa e inesperada. Jamás habría imaginado hallar tal resistencia. Son ustedes dignos de todo mi respeto.

Ninguno de los tres oficiales bajó la mano hasta que Von Lettow lo hizo. Franz también saludó con la zurda.

—Nuestros intentos por detenerle no han funcionado, por desgracia —apuntó Turner.

—Debieron proteger más el flanco sur —dijo Von Lettow—. Mi capitán, Franz Kast, fue rápido al tomar el edificio del Telégrafo.

Franz observó cómo Heffes advertía las rasgaduras en su uniforme, fruto de varios proyectiles que habían pasado demasiado cerca de la carne. En su mirada podía comprobarse el fastidio por que sus fusileros no hubieran disparado con más tino.

—Es cierto que les he vencido —añadió Von Lettow—, pero han combatido como leones. Hoy lamento la pérdida de muchos de mis *askaris*, y de veintisiete oficiales irremplazables. Temo que hayan provocado un duro golpe a mi

Ejército, a pesar de la victoria.

—¿Qué hará con nosotros? —preguntó Hanson.

—Por eso les he reunido. —Von Lettow colocó las manos tras la espalda—. He comprobado que son hombres de honor y que su palabra de ingleses es tan válida como si aquí mismo me entregaran sus vidas. ¿Me equivoco?

—En absoluto.

—En ese caso, caballeros, estoy dispuesto a liberarles si ustedes me prometen no volver a levantar las armas contra el Ejército alemán. Si aceptan, les proporcionaré víveres suficientes para cruzar la frontera y llegar hasta Mombasa. Calculo que tardarán solo unos días. También les daré ropa con la que protegerse de la lluvia. No creo que escampe.

—¿Qué sucederá si no queremos? —preguntó Heffes.

—En ese caso, serán conducidos por mi capitán hasta Dar es-Salam, donde serán tratados como corresponde a militares de su graduación y privados de la libertad hasta el fin de la guerra.

Los oficiales ingleses se consultaron con las miradas y Turner se erigió como portavoz.

—Se ha ganado nuestro respeto, comandante. Es usted un caballero de honor, que sabe tratar a hombres de rango como corresponde. Le concedemos nuestra palabra. Juramos por nuestra vida que no lucharemos contra el Ejército Fantasma.

Von Lettow intentó ocultar una sonrisa. Le gustaba que aquel apodo hubiera llegado a oídos ingleses.

—Hecho, entonces —concluyó el comandante ofreciendo su mano—. Quedan ustedes libres.

El Ejército Fantasma permaneció en Jasin lo justo para recuperar el aliento, dormir algunas horas y recordar la tranquilidad de los tiempos de paz. Pero antes de una semana el comandante ordenó emprender la marcha. Los porteadores levantaron el campamento y los *askaris*, rodeados de sus canciones, se encaminaron de nuevo hacia el norte para cruzar la frontera con el África Oriental Británica y volver a los *raids*.

Jasin era como un oasis en mitad de las frondosas tierras de Usambara, rodeada por colinas tupidas de verde, en las que de vez en cuando sobresalía el corpachón solitario de un baobab. Al recorrer aquellos lugares, Franz recordó la historia que, hacía más de diez años, escuchó por boca del teniente Harald von Blumenthal acerca de cómo, durante la expansión colonial, lograron expulsar a los nativos que vivían en guerra por aquellos parajes. Aunque la mano alemana hubiera pasado por allí, el lugar continuaba desbordando pureza, virginidad.

Salió de su ensimismamiento cuando advirtió que algo se movía sobre una de las colinas que los rodeaban, a no más de trescientos metros. Tomó sus prismáticos. Durante unos instantes no pasó nada, pero enseguida fue capaz de contar siete cabezas humanas que sobresalían entre la espesura. Clavó las espuelas en su montura y se adelantó hasta colocarse junto a Von Lettow.

—Comandante, nos siguen. Mire.

Le pasó los prismáticos y le señaló en la dirección adecuada, pero Von Lettow los rechazó.

—Ya lo sé, capitán Kast. Nos vienen siguiendo desde que salimos de Jasin.

—¿Son ingleses?

—No. Son nativos, seguro. Pero no sabría decirle si han venido de la ciudad o de otro lugar. Puede que se trate de los kikuyu que han cruzado la frontera desde tierra enemiga.

—¿Qué intenciones pueden tener?

—Son demasiado imprudentes para tratarse de espías. Ignoro qué pretenden, capitán; si desean unírseos o solo buscan robarnos la comida en un despiste. Ya que los ha descubierto, le solicito que me mantenga informado de todos sus movimientos.

—Podría acercarme con el caballo y...

—No, temo que los espante. No querría perder diez buenos hombres solo porque un alemán se les aproximó trotando.

—¿Diez? Yo he contado siete.

—Son diez. Confíe en mí. Puede que incluso más. No les quite ojo de encima.

—Sí, comandante.

Franz tiró de las riendas y volvió a su puesto en la mitad de la columna. Desde allí aguzó la vista hacia las colinas. Aquellos extraños visitantes continuaban espiándolos, siguiéndolos tras la cobertura de los árboles. ¿Qué pretendían? Tomó los prismáticos y logró ver la cara de uno de ellos. Se trataba de un hombre mayor, como de unos sesenta años. Todo el pelo sobre su cabeza y barba había encanecido... y por un instante, justo antes de desaparecer de su vista, Franz creyó que era de piel blanca.

Llevábamos cinco horas hablando, sin concedernos más pausas que aquellas dedicadas a sorber el té o comer, o a los silencios que mi tío Bertram necesitaba de vez en cuando para concentrarse en detalles de su relato que no recordaba bien. Como tantos otros días, el anochecer nos cazó por sorpresa. Percibí que debía estar aproximándose al final de su historia, pues no dio mayores muestras de cansancio que el levantarse a estirar las piernas; y aunque la madrugada nos saludó con el aullido lejano que algunas fieras dedicaban a la luna, y nuestros párpados no tardaron en reclamarnos que era necesario dormir, ninguno de los dos quiso aplazar la historia por más tiempo.

Hamed apareció para iluminar el salón. Tras distribuir varias velas, mi tío le ordenó que tomara el coche, viajara hasta Kilwa y permaneciera allí hasta media mañana.

Lo interpreté como una clara evidencia de que algo crucial se avecinaba. De repente la silla me pareció incómoda, y la proximidad de la mesa, una suerte de yugo. Repasé con discreción todos aquellos muebles repletos de cosas viejas, cuyas sombras bailaban al son de las diminutas llamas. Al escuchar el motor del automóvil, reaccioné y me puse en guardia de modo inconsciente. Mi tío, que había salido al porche para despedir a su criado, regresó al salón. Observé su cuerpo de anciano desde un punto de vista muy diferente. Había pasado por grandes calamidades, y pese a todo conservaba un porte regio, admirable. Bertram tomó asiento y colocó ambas manos sobre la mesa, como si aguardara que yo sacara unas esposas y fuera a aprisionarlo. No dijo nada, ya había adivinado que me guardaba muchas preguntas.

—¿Volkmer jamás te reconoció?

—Sí, pero fue mucho tiempo después. Debes comprender que habían pasado años desde nuestro último encuentro, que casi siempre vivíamos entre sombras y que yo había mudado incluso mi forma de hablar. Los viajes por mar hicieron otro hombre de mí, al menos en apariencia. Tuve mucho tiempo para pensar en mis acciones, y en cómo estas habían afectado a los demás.

—¿Por qué acudiste en ayuda de Volkmer?

—¿Qué te ha llevado a pensar eso?

—Te dejaste coger por los ingleses, ¿no es así? Lo hiciste para estar con él.

Bertram desvió la vista a un lado.

—Cierto, así lo hice. Desde que lo sorprendí junto a Jocelyn, y vi el rostro revitalizado de mi esposa, comprendí que el capitán Volkmer era mucho mejor persona que yo. Al regresar a Kilwa oí que había caído en Mombasa, pero que nadie halló su cuerpo. Dudé, y decidí investigarlo por mi cuenta. Cuando pisé terreno inglés, la información que obtuve terminó por confirmarme que Volkmer continuaba con vida, preso en el fortín de la ciudad portuaria. Busqué un modo de sacarlo de allí, pero me resultaba muy difícil permanecer oculto. Al final, acorralado por las patrullas, decidí que, si no podía ayudarlo desde fuera, lo haría desde dentro. En efecto, dejé que los ingleses me apresaran. No hay duda de que tomé la decisión acertada, pues Volkmer se había transformado en un pobre demente cuando lo hallé. De no ser por mí, no habría soportado el año de presidio que a los dos nos quedaba por delante. Yo lo sostuve cuando las sombras amenazaban con asfixiarlo; compartí mi alimento cuando su cuerpo desfallecía. Yo calmé sus gritos desesperados, y escuché paciente sus ruegos a un cielo que nos estaba vetado. Cada noche, Volkmer rezaba a Dios para que le concediera un instante junto a Jocelyn, y yo, único testigo de aquellas esperanzas, aprendí cómo se hacía y lo imité. Jamás lo había hecho antes, ya que dudaba que mis pensamientos fueran escuchados por cualquier presencia. Pero mis ocho años en el mar y, sobre todo, aquella temporada que sufrí perseguido por las hienas habían revuelto algo en mi interior; una necesidad auténtica de ser perdonado. Sin embargo, en aquellas prisiones, habiendo comprendido el papel tan importante de Volkmer en la vida de Jocelyn, me arriesgué a solicitar que ambos volvieran a encontrarse. El amor por mi esposa no había menguado ni un ápice; incluso estoy seguro de que allí, en la prisión de Mombasa, escuchando cómo Volkmer me describía el dorado de sus cabellos, la blancura de su piel o el tacto de sus manos, llegué a enamorarme aún más de ella. Por esa misma razón necesitaba que los dos se unieran, pues no imaginaba mayor regalo para mi esposa, ni medio más puro de lograr la redención de mi alma, que procurarle un hombre como el capitán de Kilwa.

—Al final lo conseguisteis. Os escapasteis de la prisión.

—Lo conseguimos, sí. Fue en 1916. Entretanto, el Ejército Fantasma de Von Lettow crecía en popularidad. Sus *raids* causaron grandes pérdidas al enemigo. La fama de sus victorias y lo honorable de su carácter se extendieron por todo el África Oriental Alemana, por las tierras vecinas, e incluso llegó a cruzar medio mundo, hasta inflamar el espíritu de quienes luchaban en Europa.

»Los ingleses, desesperados, movilizaron a cuarenta y cinco mil hombres que llegaron en barco desde Sudáfrica. Iban al mando de Jan Smuts. Él y Von Lettow habían sido amigos en el pasado, antes de que comenzara la guerra. Smuts no subestimó la astucia de su enemigo. Llegó equipado con caballería, artillería y hasta algunos tanques. Esperaba que los belgas atacaran desde el oeste y que Portugal lo hiciera desde el sur. Había que ahogar al Ejército Fantasma, acorralarlo y terminar con su comandante.

»Pero la fama de Von Lettow lo había transformado en todo un icono social. Sus oficiales recorrieron ciudades en busca de nuevos reclutamientos: hombres dispuestos, policías y militares retirados. Todos eran bien recibidos. El veterano general Wahle, a quien Von Lettow le había resultado un vehemente irresponsable durante los primeros días del conflicto, terminó desempolvando su uniforme y recuperando sus viejas medallas para unirse a sus filas. Otros también sorprendieron a Franz con su llegada: Tarbuch, el cazador que juró no apuntar su rifle contra un posible «cliente», apareció argumentando que, tras escuchar los logros de Von Lettow, no podía dormir por las noches sabiendo que aquel noble ejército marchaba por los campos de África sin contar con su ayuda.

»Pero fue el encuentro con Millman el que más sorprendió a mi hermano, y a mí mismo tiempo después. Un hombre de su posición jamás abandonaba los negocios para colgarse un fusil al hombro; de hecho, nadie le habría reprochado que lo hiciera, dado que apenas sabía disparar, y desde luego no poseía experiencia en combate. Pese a todo, Millman apareció un día a finales de 1915, tan risueño como siempre y luciendo su perfecto corte de pelo. Repartió cigarrillos entre todos y se fumó uno a la salud de Franz. Yo coincidiría con él tiempo después, cuando logré huir de Mombasa junto a Volkmer.

»Con la ayuda de los nuevos soldados, el ejército de Von Lettow creció hasta los tres mil oficiales alemanes y doce mil *askaris*. Poseían muy poco armamento, y solo noventa y seis ametralladoras. Con todo, en el verano de 1915 llegó a oídos del Ejército Fantasma que el acorazado *Konigsberg* había sido hundido en el delta del río Rufiji. Sin perder ni un momento, Von Lettow condujo su ejército hacia allí y, mediante unas elaboradas maniobras, logró hacerse con los cañones del acorazado para utilizarlos como piezas de artillería.

—Increíble —admití—. Era un hombre muy astuto.

—Lo era. Así es —respondió Bertram mirándome con fijeza.

A pesar de que mi próximo comentario luchaba por salir, lo mantuve en la boca del estómago unos segundos, antes de soltarlo.

—Llevamos aquí casi dos semanas, tío.

Bertram no dijo nada, pero noté que se ponía tenso.

—Me has contado toda esta historia con gran detalle; incluso aquellos

momentos en los que no estabas presente.

—En ocasiones fue Volkmer quien me relató los hechos; otras veces fue Franz.

Advertí que entrecerraba los ojos. Sabía por dónde iban mis preguntas y me estaba siguiendo el juego.

—¿Coincidiste con mi padre tras escapar de la prisión?

—Así es. Tuvimos mucho tiempo para hablar... antes de que muriera.

Me puse en pie de golpe. Bertram también lo hizo y se arrojó contra mí antes de que pudiera reaccionar. Me tomó de las solapas y me empujó hasta que mi espalda dio contra una estantería. Los objetos que había sobre las baldas se tambalearon y cayeron; la vela se apagó dejando una hebra de humo. Bertram llevó su mano a mi cuello, pero esta vez supe responder antes de que lo aprisionara. Golpeé su costado con mi rodilla. Mi tío se dobló de dolor, momento que aproveché para encajarle un puñetazo en el rostro. Era fuerte, muy resistente y estaba curtido en la pelea, pero la vejez no había pasado en balde por sus músculos. Cayó de rodillas, desorientado y sangrando por el labio. Me eché encima, lo tumbé bocarriba y, sujetando el cuello de su camisa, apunté mi puño a su rostro.

—¿Mataste a mi padre?! ¡¿Lo hiciste?!

—¿Eso crees?! ¡¿Crees que lo maté?!

—¡Confiésalo! ¡Confiésalo de una vez, hijo de puta sin corazón!

—¿Quieres que diga que maté a Franz Kast?! ¡¿Que maté a mi hermano?! Eso es lo que has oído en Kilwa, ¿verdad? Es lo que dice la gente. Todos dicen que fui yo, que lo hice porque no soy capaz de dominar mi carácter.

—¿Por qué?! —exigí zarandeando su cuerpo—. ¿Qué te condujo a una decisión semejante? ¿Cuándo lo mataste? ¡Eres un loco! ¡Un loco!

Le golpeé otra vez. Mis nudillos se impregnaron de sangre. Bertram recibió mi puñetazo sin resistirse. Escupió sangre y me clavó sus ojos, sin que estos, a pesar de la paliza, hubieran perdido su furor.

—¿Por qué lo mataste?! —chillé con todas mis fuerzas—. ¡Cuéntamelo!

—¡Eso hago! —dijo—. ¿Crees que no sé lo que Uzuri te ha dicho? Lo sé todo. Todo, mi querido sobrino. Has temido preguntarme por tu padre desde que llegaste aquí. El pobre desgraciado de Millman y tu madre te ocultaron la verdadera historia. No querían que supieras que tu padre murió asesinado, y que yo estuve involucrado en su muerte. Lo cierto, Leopold, es que solo esta tierra guarda el verdadero relato.

—¡Cuéntamelo! —ordené amenazando con volver a pegarle—. ¡Cuéntame cómo lo mataste!

—Eso mismo pretendo hacer. Conocerás la verdad, la auténtica verdad.

Hacía dos semanas que el racionamiento se había instalado en Kilwa, impuesto por la mano inmutable de Rodrik Apelhanz, el nuevo oficial al mando de la ciudad en la primavera de 1916. Tomó esa decisión al saber que los ingleses habían cruzado la frontera con dos divisiones. La primera tomó Moshi el 13 de marzo; la segunda ocupó Arusha un mes después, el 1 de abril. De Von Lettow nada se sabía, excepto que aún burlaba al enemigo como si el rastro de sus tropas fuera imposible de seguir. Los ciudadanos de Kilwa, igual que en las demás ciudades, aún confiaban en su ingenio, pero el teniente Apelhanz se permitió una duda, la suficiente como para almacenar alimentos y racionarlos mediante cartillas. Gerlinde y Jocelyn consiguieron las suyas, a pesar de que entregaban solo una para cada familia y hacía meses que la esposa de Franz Kast residía en el domicilio de su cuñada.

Juntas, las dos mujeres se aportaban fuerzas. Asistieron con horror al juicio de Arjun y a la sentencia inmisericorde que lo condenó como espía y lo mandó ahorcar. Su cuerpo colgó de una soga frente al puerto durante cuatro días, hasta que el rollizo teniente estimó que ya había servido de escarmiento para quienes estuvieran tentados de traicionar a la patria.

En las semanas próximas, Jocelyn peleó con ruegos y buenas palabras por conseguir algunas de las mejores piezas de ebanistería fabricadas por aquel indio para guardarlas en la casa de Matumbi. Apelhanz, sin embargo, resultó tener un alma difícil de traspasar: no aprobaba que Jocelyn dispusiera de las tierras de su buen amigo, el desaparecido comandante Willem von Faukhert, y deseaba arrebatárselas a la primera oportunidad. No obstante, Jocelyn supo muy bien cómo convencerlo. Apeló a la legalidad de los documentos de propiedad y a su contacto con Günter Schultz, en Dar es-Salam. La amistad entre la mujer y el representante de los colonos se había mantenido firme desde aquel improvisado baile; el hombrecillo con aspecto ratonil guardaba cierto cariño por el hogar que Jocelyn se había construido y por lo bien que se lo había pasado entre sus paredes. Gracias a un telegrama del propio Schultz, en respuesta a los ruegos de

Jocelyn, el teniente Apelhanz terminó cediendo. La casa de Matumbi regresó a manos de su legítima dueña, pero con una condición: que ni Jocelyn ni Gerlinde pusieran un pie en su interior.

Ella terminó aceptando aquella imposición, pues sabía que, por el momento, no sería capaz de obtener un favor más grande del nuevo jefe de Kilwa; y a raíz de aquella victoria, Apelhanz se vio herido en su orgullo. Su odio hacia Jocelyn fue en aumento hasta tal punto que descuidó el ejercicio de sus deberes con tal de espiarla en su quehacer cotidiano para buscar la forma más efectiva de complicarle la existencia. Así, cuando las dos mujeres consiguieron hacerse con los mejores muebles de Arjun e intentaron llevarlos hasta la casa de Matumbi, el teniente prohibió que ningún vehículo de alquiler se prestara a ello, e incluso distribuyó entre los nativos la amenaza de azotar a quien se ofreciera como porteador.

Jocelyn comprendió que le sería necesario valerse de toda su picaresca si quería salir adelante. En lugar de hacer ella misma los contactos, se valió de sus dos criadas para hablar con el dueño de un *watusi* que vivía a las afueras. El alquiler del animal y la carreta fueron carísimos. Trasladaron los muebles en mitad de la noche tapándolos con mantas gruesas para ocultar sus formas. Apelhanz nunca llegó a descubrir la treta, y aquellas últimas obras de ebanistería fueron puestas a salvo.

Por desgracia, con la llegada del racionamiento la situación se tornó aún más oscura. El teniente ordenó distribuir las cartillas y prometió un reparto equitativo de los alimentos, pero la cruda realidad fue que aquella promesa jamás se cumplió. Los familiares de los oficiales eran los grandes beneficiados, mientras que los nativos y los *akida* recibían una cantidad bastante menor. De nada sirvieron las denuncias enviadas a Dar es-Salam: la guerra asomaba sus fauces demasiado cerca de la capital y todo el mundo tenía cosas más importantes de las que preocuparse.

Las colas para recibir alimentos se formaban al pie del bazar, por donde las dos mujeres tantas veces habían paseado en días más alegres. Solo quedaban los esqueletos de los puestos de venta, en los que se ofrecía una paupérrima mercancía. El transporte por mar era imposible, y los faluchos criaban moho atracados en el puerto. Desde el hundimiento del *Konigsberg*, nadie se atrevía a zarpar por miedo a ser interceptado por los cruceros ingleses.

Cada lunes, miércoles y viernes por la mañana, cientos de personas se aglutinaban, cartillas en mano, bajo la vigilante mirada de los soldados. Gerlinde y Jocelyn se unían a ellos. Al igual que la ciudad, ellas también habían cambiado; ya no lucían vestidos, ni pamelas. Jocelyn recuperó de su armario los pantalones, las botas de montar, las camisas y los pañuelos que había vestido

durante la rebelión maji-maji. Y Gerlinde, a quien tanto le gustaban los corsés entallados, las faldas con vuelo, los volantes y las cintas para el pelo, no tuvo más remedio que vestir de la misma forma y recoger su escandalosa melena pelirroja en un moño, con objeto de no llamar la atención.

Sí, aquel era el objetivo: no atraer las miradas de los soldados. Apelhanz vigilaba.

La cola avanzaba con una lentitud agobiante; por si fuera poco, la incomodidad de la época de lluvias ayudaba a desmenuzar los ánimos. De cuando en cuando, un sargento alemán recorría la fila a lomos de su caballo. Gerlinde miraba de reojo sus botas: negras, relucientes y de caña alta. La estrella de cinco puntas que era la espuela lanzaba molestos reflejos.

—Míralos —le susurró a Jocelyn cuando el soldado se encontraba lejos—. Ya verás cuando Franz regrese. Voy a detallar a mi marido cada una de las situaciones por las que nos están haciendo pasar.

—Lo haremos las dos, Gerdi. Pero ahora debemos apechugar con las condiciones.

—Es complicado, sobre todo cuando apenas hay personas de piel blanca en la fila.

Era cierto. La mayoría de los colonos de Kilwa disfrutaba de los favores de Apelhanz y, aunque tenían su cartilla, no necesitaban guardar una cola para abastecerse. Allí no había más que pobres nativos y algún que otro comerciante alemán de baja categoría.

—Tienes razón, Gerdi. Pero anda, no lo pienses más. Cogemos nuestra ración de comida y regresaremos a casa.

Gerlinde ladeó la cabeza en un gesto condescendiente.

—¡Mírame, soy tan egoísta! Me quejo por nuestra situación sin pensar en todas las personas que también están sufriendo el racionamiento. Pero es la guerra. Lo sé, Jocelyn. Toda esta situación conflictiva me está cambiando, y a ti también. Ya apenas sonrías.

—Tú tampoco. —Jocelyn acarició su espalda para consolarla—. ¿Quieres reír? Una vez me diste la clave, ¿recuerdas? Fue hace muchos años, cuando volvías a Ingolstadt porque estabas embarazada. Me dijiste que te imaginara dando saltos por casa vestida con una piel de león...

—... para llamar la atención de Franz —cortó Gerlinde—. Yo, vestida con la piel del león... —De repente sus ojos brillaron. Se llevó la mano a la boca para ocultar la risa—. Correteando por el salón, saltando de mueble en mueble.

—Y gritando, ¡Franz! ¡Franz!

Ahora Jocelyn también debía taparse la boca para que los soldados no descubrieran cómo se reía. Las dos mujeres estuvieron un rato esforzándose por

controlarse. Gerlinde llenó sus pulmones con un largo suspiro y dijo:

—Siempre andas pendiente de mí, Jocelyn, y yo no tengo en cuenta tus sentimientos. Sé que te preocupa la desaparición de Volkmer..., incluso... incluso aunque no lo demuestres. Sé que te angustia un poco.

—Lo sé, Gerdi. Sé que percibes todo eso. Pero no hace falta que continúes. No eres una carga para mí, si eso es lo que temes. Para serte sincera, no creo que Volkmer esté muerto. Hemos recordado las palabras de Apelhanz muchas veces: dijo que se encontraba *desaparecido*. Eso significa que hay esperanza. La hay. Por supuesto que sí. Por eso debemos concentrarnos en nosotras mismas, cuidar de nuestra integridad. Por eso no puedes mirar a los soldados tan mal, Gerdi. Hasta el regreso de nuestros maridos, estamos solas.

—Solas, como dos aventureras.

—Así es. Pero esta vez la aventura es de verdad, y toda aventura tiene peligros que salvar.

Les llegó su turno: arroz, patatas, algunas onzas de chocolate y galletas. No había más aquel día. Llegaría pescado, pero aún estaba por ver cuándo. A Gerlinde casi se le escapó un improperio. El pescado se encontraba sobre la mesa de los que estaban a buenas con Apelhanz.

Las dos cargaron con sus raciones. Apenas habían abandonado la calle del bazar, cuando les salió al paso una cuadrilla de *askaris*. Jocelyn se adelantó para preguntar, pero los hombres no vacilaron en apuntarlas con sus fusiles. Del miedo, a Gerlinde se le cayó el saco de arroz de las manos.

—*Kugondi!* —gritaron azuzándolas con las armas.

—¿Qué dicen? —preguntó Gerlinde a punto de perder los nervios.

—Dicen que hemos robado.

—¡Por Dios, por Dios! Nosotras no hemos hecho nada —se defendió intentando hacer entrar en razón a los hombres—. Estos alimentos nos pertenecen.

Pero los *askaris* no paraban de repetir lo mismo. Jocelyn rebuscó en sus bolsillos la cartilla de racionamiento.

—¿Qué sucede aquí?

Apelhanz, a lomos de su caballo, apareció doblando una esquina. En su rostro era fácil entrever una fingida expresión de asombro. Jocelyn sintió que el alma buscaba una salida a través de los poros de su piel. Todo aquello no era más que una farsa, la hábil emboscada de aquel que no perdía oportunidad para maltratarlas. Pese a todo, quizás confiada en un resto de buena voluntad, se atrevió a enarbolar su defensa:

—Estos soldados nos acusan de haber robado.

—¿De veras? Vaya —respondió el teniente aproximando su caballo al centro

del conflicto.

—¡Pero es mentira! —se unió Gerlinde—. Solo hemos tomado lo que nos pertenece. Mire, teniente. Tenemos aquí nuestras cartillas. Nos las han sellado.

Apelhanz se inclinó en su silla para tomar ambos documentos. Los estudió durante un par de segundos.

—Ya veo. Oh, vaya. Entiendo.

Jocelyn sintió asco de su situación y, más que nunca, el deseo de tomar venganza contra aquel hombre.

—Está claro lo que ha sucedido aquí, señoras. Mis hombres vigilan a cada ciudadano de Kilwa. Tengo que cuidarme de los rateros. Veo que ustedes tienen dos cartillas de racionamiento.

—Así es —respondió Jocelyn.

—Pero, si no me equivoco, llevan meses viviendo como *una sola familia*.

Jocelyn notó un dolor en el pecho; demasiado familiar como para no saber de qué se trataba. Pero no iba a permitir que su cuerpo volviera a un estado de languidez por culpa de aquel hombre. Ni mucho menos.

—Es solo un error administrativo. Me quedaré con la cartilla de... —Apelhanz la abrió para leer el nombre—: Gerlinde Kast. Ella vive con usted. Son una familia. Una cartilla por familia.

—Muy bien —respondió Jocelyn con sequedad.

—Bien entonces.

El teniente realizó un veloz movimiento de cabeza que sus soldados interpretaron como una orden de romper filas, no sin antes arrebatarse los alimentos a una pálida Gerlinde. Incluso recogieron el saco de arroz que había caído al suelo.

—Señoras... —se despidió tocándose la visera de su gorra.

—Gerdi, ayúdame a cargar con las cosas —pidió Jocelyn una vez quedaron solas.

—¡Pero qué vamos a hacer ahora!

—Nos las apañaremos.

—¿Cómo? Aquí no hay para alimentar a Mufid y a las dos criadas.

—Ya se verá. Hablaremos con algunos amigos. Alguien tiene que quedarnos en esta ciudad. No te preocupes, Gerdi.

Pero Jocelyn vio que sus ánimos no surtían el efecto deseado. Gerlinde sabía hacer muy bien las cuentas, y estaba claro que, si querían alimentar a todos los miembros de la casa, debían pasar hambre. Entonces, por un instante, su mirada se desvió más allá de las briznas anaranjadas que escapaban del moño de su cuñada y descansó en el puerto, sobre los palos de los faluchos. En ellos descubrió que su imaginación despertaba un anhelo: las ganas de ver ondear una

enseña británica.

—El agua. —Volkmer se humedeció los labios—. El agua de un río, corriendo limpia y cristalina por su cauce. Eso es lo que más echo de menos. Daría mi brazo izquierdo por ver el agua de nuevo.

—Volverá a verla —aseguró Bertram; su voz rebotó entre las estrechas paredes de su celda—. Pero continúe, estaba hablándome de su viaje al norte y de cómo cruzó el río Rufiji.

—¿Lo ha visto alguna vez, Theodor?

—De lejos, durante alguno de mis viajes en barco a Dar es-Salam.

—Su hermosura sobrecoge. Los cocoteros sobresalen de entre el miombo, cerca de la costa, allí donde se encuentra el delta. Si alguna vez salimos, si esta oscuridad no nos ha carcomido la vista, le aconsejo que navegue el Rufiji. Es como flotar por un sueño.

—Lo haré, capitán Volkmer. Y usted también. Lo haremos juntos.

—Oh, no..., no, amigo. Hay muchas cosas que querría hacer con usted a nuestra salida de estas prisiones, y puede estar seguro que me esforzaré en conservar su amistad hasta el día de mi muerte. Pero si tengo oportunidad de volver a esas aguas, lo haré con Jocelyn. Solos los dos, dejándonos mecer por la corriente. Espero que lo comprenda.

—Sí, claro que lo comprendo, amigo.

—Theodor, ¿le ocurre algo? He notado que su voz arrastraba un tono diferente; tal vez melancólico.

—No es nada, capitán. Es esta soledad, que a ratos se muestra algo más pesada. Ya sabe que alguna vez me sucede.

—Sí que lo sé, pero no está solo, Theodor; y si lo estuvo, nunca más lo estará. Se lo juro por mi vida. Llegó usted a esta prisión como un ángel de la guarda para liberarme. Le debo mi cordura.

Bertram guardó silencio.

—Theodor.

—¿Sí?

—Llevamos más de un año encerrados. Durante este tiempo hemos hablado de todas las cosas posibles. De Dios y de los hombres, de la guerra, de los instantes más horribles de nuestra vida y de aquellos que nos permiten dormir tranquilos. Pero nunca, jamás, me ha dicho por qué me conoce. Sé lo que me va a responder; le he formulado esta pregunta otras veces y siempre me responde que usted y yo somos desconocidos, que nunca me dijo que fuera un amigo, ni dio muestras de saber mi nombre. Pero sé que me miente, Theodor. Se escuda en lo mal que se encontraba mi cabeza por aquel entonces y rehúye la pregunta. He pensado mucho sobre ello, y con el tiempo he logrado recomponer nuestro primer encuentro. Sé que no me lo imaginé. Usted me conoce, y muy bien. Casi me atrevería a decir, aunque suene imposible, que llegó hasta aquí de forma premeditada.

—No puede creer lo que dice. Fui hecho prisionero como usted.

—No, como yo no. No es soldado; se lo noto en las conversaciones que mantenemos. Usted no es un prisionero de guerra. ¿Quién es entonces? Le ruego que me desvele su identidad o...

La puerta se abrió en ese momento. La luz de la linterna fue la primera en aparecer, seguida de un juramento.

—¡Pero ¿qué es esto?! —dijo una voz que a Bertram le resultó familiar.

Los dos presos se aproximaron a los barrotes de sus celdas. Del piso superior bajaban cuatro soldados ingleses. El primero sujetaba la luz e iba seguido por Bettingale. El alférez caminaba a disgusto: enfadado y algo asustado, al son de los reproches del tercer hombre. Cuando Bertram se fijó en él dio un respingo, pues no era otro que el teniente Elliot Lane Buttercup. Cerraba la marcha el carcelero, que daba vueltas a un manojito de llaves.

—Sabía que me desobedecería —incredulo Buttercup—. Bettingale, es usted un desalmado. Me ocuparé de que el alto mando quede al tanto de su actuación para con los presos.

—Señor —dijo el otro en un hilo de voz—, los recursos escasean en el fuerte. No todos los hombres tienen lo que necesitan, ¿cómo espera que se lo proporcione a los presos?

—La última vez se justificó argumentando que esta forma de encerramiento era la más apropiada para obtener información, ¿es que ya no le interesa lo que estos dos alemanes tengan que decir?

Al verse acorralado, Bettingale enmudeció.

—Soldado —llamó Buttercup y el que portaba la luz se adelantó—. Alumbre ahí, pero no directamente. Dios sabe en qué condiciones estarán los ojos de estos pobres diablos.

Cuando la linterna vertió su haz sobre la celda de Volkmer, el teniente vio una

amalgama de harapos que se revolvía asustada y corría hacia un rincón. Nadie se había preocupado de asearlo, sino que él, con la poca agua de que disponía, había logrado arreglarse lo suficiente como para no semejar un animal. Buttercup se llevó una mano a la boca. Tomó la linterna e iluminó la celda de enfrente. Allí esperaba el otro preso, pero este, en lugar de buscar la huida, permaneció de pie, tapándose los ojos con una mano. En el teniente floreció la curiosidad al ver cómo se enfrentaba a sus captores, como si no hubiera permanecido durante meses sumido bajo un encerramiento tan espantoso. Había orgullo en su porte.

—¿Me entiendes? —dijo en alemán.

—Sí.

—No eres un soldado.

—No.

—Y sin embargo lo pareces... —Le habría costado hallar tanta marcialidad entre sus soldados—. Quiero a este hombre fuera de la celda de inmediato. Que le corten el pelo y la barba; que lo asean a fondo y lo presenten ante mí en una hora. En cuanto al otro, irá a continuación. Entretanto, traedle comida y agua.

—Pero teniente... —comenzó Bettingale.

—Sin peros. Es sabido que Von Lettow trata a nuestros heridos como si fueran sus propios hombres, que libera a los oficiales bajo promesa de no volver a atacarlo y que gana las batallas con pundonor. Los ingleses no seremos menos. Haga lo que he dicho.

—Sí, señor.

Bertram fue conducido a las duchas, donde lo desnudaron, enjabonaron y rascaron su piel a conciencia. Un hombre se encargó de cortarle el pelo y otro de arreglarle la barba. Por último, le entregaron ropas de paisano y botas, y el mismo Bettingale se encargó de llevarlo frente al teniente, que aguardaba en su habitación particular. Durante el trayecto por los estrechos corredores del fortín, el alférez no dijo ni una palabra mientras lo sujetaba por un brazo. Se detuvo frente a una puerta, llamó dos veces y pasó.

—Teniente, le traigo al preso que mandó asear. Hemos hecho todo lo que nos ha pedido. Aquí lo tiene.

Colocó a Bertram en primer término. Buttercup, que hasta el momento no se había dignado levantar la vista de su lectura, dejó caer la novela de sus manos por la impresión. Estuvo sin mover un músculo un segundo, pero cuando vio que Bettingale arrugaba el entrecejo, relajó la expresión, se agachó y tomó el libro.

—¡Vaya! —dijo levantándose—. Han hecho un buen trabajo, sin duda. Ahora déjenos solos. —Colocó las manos a la espalda; le temblaban.

—Pero teniente, es un prisionero, podría resultar peligroso.

—¡No necesito una niñera! Márchese, Bettingale.

Ni el prisionero ni el teniente inglés se movieron de sus sitios hasta que el alférez dejó la habitación. Pero apenas escucharon el chasquido del picaporte, Buttercup saltó frente a Bertram, lo tomó de los hombros y escrutó hasta el detalle más insignificante de su rostro.

—Dios del cielo..., ¡Bertram! Dígame que es usted —susurró en alemán.

—Lo soy.

Buttercup soltó a su acompañante para llevarse las manos a la cabeza.

—Se corrió el rumor de que se había marchado, o que estaba muerto. Dijeron que los maji-maji atravesaron su pecho con una lanza. ¡Era todo mentira! Cielos, pero ¿cómo ha llegado hasta aquí?

—Vine buscando a Volkmer. De él también se decía que había muerto. Yo opté por comprobarlo.

—¿Y ha arriesgado su vida con tal de desmentir el rumor?

—Hay en juego mucho más que eso, teniente. Si acaso tuviera tiempo de explicárselo...

—No lo hay. Vuelvo a la batalla mañana por la mañana, y esta vez temo que Bettingale no tenga piedad. Mi intención era darles un último respiro antes de que el alférez decida abandonarles en sus celdas sin agua ni comida. Los víveres escasean, los hombres se desmoralizan y ustedes, como prisioneros, no tardarán en transformarse en el objeto con el que desfogar su ira.

—En ese caso debe sacarnos de aquí.

—Puedo asegurarle que esa era mi intención; planeaba hacerlo con Volkmer, pero no hay manera. No puedo sacarles, no tengo esa autoridad, y si lo hago, todos sospecharán que confraternizo con los alemanes.

—Solo déjeme las llaves de nuestras habitaciones. Va a sacarnos de las celdas de abajo, ¿verdad?

—Sí, ordenaré que les alojen arriba, en una habitación cerrada; pero no puedo dejarles las llaves, Bertram. Si faltan de su sitio durante mucho tiempo, sospecharían.

—Entonces déjenos la puerta abierta.

—Encontrarán muchos soldados en su camino. Es imposible escapar.

—Que así sea entonces, pero no nos deje morir a manos de Bettingale. Usted, Volkmer y yo hicimos un juramento hace muchos años, ¿lo recuerda?

—¿Es que no ve que sí? Lo tengo muy presente. No alzaré mi fusil contra ustedes dos, y bien sabe Dios que haré lo posible por salvaguardar sus vidas.

—Pues deje nuestras habitaciones abiertas, Buttercup. Que sea el destino quien decida nuestra suerte; ni usted, ni Bettingale.

El teniente sudaba profusamente. Tragó saliva con cierto esfuerzo, pues tenía la garganta seca.

—¿Por qué era tan importante para usted averiguar si Volkmer continuaba con vida?

—Él, de alguna manera, está redimiendo mis pecados, Buttercup. Todo lo que hice mal, todo aquello en lo que fallé, está siendo solventado por su bondad. Desaparecí mucho tiempo, y él ha ocupado mi vida junto a Jocelyn.

—¡Su esposa!

—No, no me quejo. Es una bendición. Mi mujer lo necesita. Es primordial que regrese a su lado. ¿Nos ayudará?

Buttercup escrutó en la siempre encendida mirada de Bertram, hasta que vio que hablaba con sinceridad.

—Salgan a medianoche —resolvió al fin—; entonces se produce el cambio de guardia. Que la Providencia les guíe.

—Que así sea.

Alojaron a Bertram y al capitán Volkmer en una misma habitación de la primera planta. Bettingale los condujo allí de uno en uno, observándolos con una expresión lobuna que exudaba deseos de represalia. Buttercup marcharía al amanecer, y cuando se alejara de Mombasa, el alférez los arrojaría a las celdas de abajo, donde les reservaba un tormento mucho más elaborado y enloquecedor del que habían estado sufriendo.

Cuando el hermano mayor de los Kast entró en la habitación, Volkmer, que llevaba allí unos minutos, se volvió para mirarlo. Su expresión de asombro no pudo ser mayor; aunque no fue percibida por Bettingale, que se hallaba muy concentrado en despedirse de forma que sus palabras sonaran como un presagio aterrador.

—Descansen —dijo permitiendo que cada sílaba escapara en un trémulo silbido por entre los dientes.

Apenas los hubo dejado solos, los dos presos se aproximaron el uno al otro. A Volkmer le temblaban las piernas. Extendió la mano y tocó el rostro del que había sido su fiel compañero durante todo un año.

—¡Bertram Kast!

—Así es, Johan.

—¡No puede ser! ¡Es usted! ¡Siempre ha sido usted!

—Sí, siempre he sido yo.

—¡Pero había desaparecido! Ni siquiera su hermano estaba al tanto de su paradero... ¡Ahora está aquí! ¡Dios mío, ha estado a mi lado un año!

Y de repente, como si todas las conversaciones personales, todas las

confesiones y todos los sueños de amor por Jocelyn regresaran de golpe, Volkmer se apartó.

—No se preocupe, capitán. Ya se lo dije: estoy aquí para ayudarle.

—Ha estado frente a mí todo este tiempo, velando por mi salud mental. Jamás percibí que sufriera cuando le hablé de Jocelyn, o que me reprochara alguno de mis comentarios personales sobre ella.

—Conozco su relación con Jocelyn desde antes de lo que imagina. Hace años que les vi juntos, cuando aún peleábamos contra los maji-maji.

—¡Cielos! Y ahora está aquí. ¿Por qué? ¿Qué le ha traído hasta Mombasa? ¿Por qué le hicieron preso? ¿Qué intenciones le han movido a mostrarse condescendiente conmigo? Bertram, ¡tengo tantas preguntas! Verle así, frente a mí, después de tanto tiempo creyéndole un desconocido, después de tantas horas de conversación. Me resulta tan complicado de comprender. Explíquemelo.

—Lo haré, pero ahora no es el momento, Volkmer. El tiempo se nos echa encima y debemos planear la ruta de nuestra huida. Veo que en esta habitación hay una ventana que nos permitirá controlar el exterior. Vamos, Buttercup abrirá esa puerta dentro de poco, concentrémonos en escapar. Después le prometo todas las respuestas.

Otearon el exterior a través de la ventana. Anochecía pero en el cielo todavía quedaban rastros de claridad. Al este, la ciudad de Mombasa encendía sus primeras luces. La línea de ferrocarril partía a no mucha distancia y se perdía en dirección oeste, entre una mancha borrosa de acacias. En el fortín, los vigías apuntaban sus focos hacia una tierra que se preparaba para despertar a las bestias nocturnas. Bajo su ventana, tres hombres recorrían los muros con un fusil al hombro; otros tantos vigilaban el patio. Les llegaban las voces de algún comentario furtivo, o una carcajada, o el aroma difuso de un cigarrillo. Los centinelas estaban tranquilos; aquello podría jugar a favor de una evasión, pero de igual modo, las advertencias de Buttercup eran ciertas: su prisión se hallaba bien vigilada, resultaría complicado escapar.

Se tomaron tiempo para estudiar los edificios contiguos al suyo, las garitas, la altura de los muros, el lugar en el que se ubicaban las puertas y, más allá, la ruta más adecuada para ocultarse de un perseguidor. Las ideas desfilaron con rapidez, hasta que se formó un plan de huida; desesperado, sí, pero tal vez realizable.

La medianoche les sorprendió, y con ella, de forma puntual, el descorrer de su cerrojo. La puerta de su habitación quedó entreabierta. Los dos hombres se asomaron. Buttercup aguardaba en el pasillo; estaba lívido.

—El lado sur es el más adecuado para huir. Hay pocos guardias allí.

—Desde nuestra ventana no hemos visto ese punto —advirtió Bertram—. No hemos podido estudiarlo.

—Tendrán que improvisar. No puedo explicarles los detalles, sería peligroso para mí. He de devolver las llaves a su sitio. Procuraré que parezca un descuido del carcelero.

—Ha sido Bettingale quien nos ha traído —dijo Volkmer.

—Eso complica las cosas. —Buttercup se mordió el labio inferior—. Está bien, yo lo solucionaré. ¡Ahora, corran! Espero volver a verles en un tiempo más apacible, cuando no estemos obligados a ser enemigos.

—Y nosotros, teniente —se despidió Bertram—. Que tenga mucha suerte.

Los tres hombres se estrecharon las manos. Después, casi empujándolos, Buttercup los obligó a desaparecer. Bertram aún se permitió una última mirada, con objeto de mantener en su retina a aquel amigo cuya relevancia jamás habría imaginado. Sus recuerdos volaron hasta su primer encuentro en el barco que los conducía hacia el África Oriental Alemana. Buttercup, aquel interesante joven que se ganaba la admiración de los hombres y el corazón de las damas, ingenioso en sus comentarios, vivo, jovial y poseedor de una sagacidad sorprendente. La charla que mantuvo con él en la noche de Fin de Año se había transformado en un lamentable vaticinio: la guerra entre Inglaterra y Alemania se produjo. Ahora, aquel amigo que meses después le vendiera el piano Orfeo, ya no era el mismo.

El alegre teniente inglés era aquella noche un hombre dominado por el temor a ser descubierto, tenso como el poste de un falucho y cansado de pelear en un conflicto que, igual que todos, no terminaba de comprender bien. Los dos presos avanzaron por un pasillo iluminado con una sola bombilla que zumbaba en el techo. Doblaron una esquina y se toparon con un cruce. El camino de la izquierda recorría unos seis metros antes de un nuevo recodo. Había un par de puertas en él. El camino de la derecha llevaba a unas escaleras de caracol. Bajaron estas últimas de puntillas, atentos a cada mínimo ruido. Las escaleras finalizaban a mitad de un corredor de la planta baja. Bertram asomó la cabeza; a su izquierda, unas puertas dobles de metal, entreabiertas, por cuya rendija se colaba una brisa que arrastraba un inconfundible olor a mar. Era la salida al patio. A su derecha el pasillo terminaba en una pequeña pieza, una sala de guardia donde había una mesa, una silla y, en la pared, una armería con algunos fusiles. De espaldas a ellos, revisando el estado de las armas, reconoció la figura del alférez Bettingale. Parecía muy entretenido con los fusiles y las bayonetas.

Bertram se llevó un dedo a los labios e hizo una señal a Volkmer para avanzar hacia la izquierda. Los dos se dirigieron muy despacio hacia la puerta. Bertram ni siquiera sabía qué iba a hacer cuando llegara hasta ella; si chirriaría al abrirse, o qué les esperaba al otro lado. Por desgracia, su mayor problema apareció cuando se hallaba a mitad de camino. Advirtió que Volkmer no lo seguía. Volvió

la cabeza y comprobó que el capitán había girado ciento ochenta grados con respecto a su ruta: acababa de reconocer a Bettingale y se aproximaba a él. De un salto, Bertram lo sujetó del hombro, Volkmer lo encaró: le temblaban los labios, en sus ojos titilaban sendas lágrimas de rabia. Bertram negó con la cabeza. Lanzarse contra Bettingale era un despropósito. El alférez podría tener tiempo de gritar y alertar a todo el fortín. Y aunque logran matarlo en silencio, dejarían el rastro de su cuerpo, o de su desaparición. Alguno de sus hombres terminaría echándolo en falta. Era muy arriesgado; complicaba su huida.

Apretó con fuerza el hombro de su compañero, pero en la expresión de Volkmer había una resolución homicida. Todo su cuerpo se hallaba en tensión; y ya apretaba los puños, dispuesto a emplearlos para matar a golpes al hombre que le había procurado una tortura tan horrenda. Sin duda, por su cabeza pasaban los peores días de su confinamiento, antes de que Bertram apareciera. Ante él, se ofrecía la oportunidad para vengarse de Bettingale. Volkmer apretaba los labios con tanta fuerza que se tornaron blancos. Su mano se situó sobre la que Bertram tenía en su hombro. Este notó que la tenía fría, muy fría. Entonces comprendió que el capitán no entraría en razón. Asintió, y sus ojos dejaron salir al tigre.

Se colocó en vanguardia y, aunque despacio, avanzó decidido. Sabía lo que había que hacer y cómo hacerlo. Volkmer lo seguía a unos metros, pero no necesitaría su ayuda.

Con un movimiento ágil rodeó la mesa y sorprendió a Bettingale por la espalda. Lo agarró del cuello y le tapó la boca. Volkmer se colocó de frente, dispuesto a golpearle. El alférez se revolvió fuera de sí, intentó gritar y hasta mordió la mano de Bertram, pero este no se inmutó, agarró una de las bayonetas de la armería y la clavó en el pecho de su víctima una, dos, tres y hasta en cuatro ocasiones. Cada vez que el acero se hundía entre las costillas, Bettingale se convulsionaba de dolor. Volkmer, que también pretendía atacar, retrocedió. La decisión con la que Bertram hundía la hoja llegó a sobrecogerlo.

Cinco, seis, siete puñaladas. A la octava, el alférez murió. Bertram dejó caer el cuerpo, limpió la bayoneta en el uniforme del cadáver y se la guardó en el pantalón. Sus ojos volvieron a trastocarse como por arte de magia, hasta volverse de nuevo humanos.

—Es extraño, pero creo que ahora le he reconocido, Bertram Kast —confesó Volkmer.

—Ha sido necesario que lo dejara salir. Necesario.

—Lo sé. Ha sido por mi culpa. Yo lo necesitaba. Pero ahora vuelve a ser usted distinto. Es como si..., como si hubiera aprendido a transformarse en otra persona.

—La que contempla ahora es la verdadera, no la otra. Eso es lo que deseo, al

menos. Pero salgamos, no nos queda tiempo.

Llegaron hasta la puerta. La hoja no chirrió al abrirse. Al otro lado encontraron el patio que rodeaba el fortín. Estaban en la cara este. Había comenzado a llover con fuerza. Sobre el adarve de la muralla se estaba produciendo el cambio de guardia. Dos soldados con ponchos conversaban y se pasaban sendos pitillos. No muy lejos, en una torre, un foco escrutaba silencioso. Nadie prestaba atención a lo que sucedía dentro de los muros, de modo que los dos hombres, pegados a la pared, lograron escabullirse y llegar al flanco sur.

Allí la apariencia del fortín no era muy diferente, pero tal y como había prometido Buttercup, apenas divisaron un centinela en la esquina suroriental, muy alejado, y unos grandes portones; sin embargo, Volkmer y Bertram prestaron atención al sumidero en el centro del patio. Era pequeño, pero no tanto como para que un hombre no pudiera colarse por él. Aquel era su medio de escapatoria. Corrieron hacia el centro, atentos al soldado solitario, a las garitas de vigilancia y a los edificios a su espalda. Retiraron la reja del sumidero y se asomaron al pozo. Estaba negro de suciedad y era tan estrecho que tendrían que arrastrarse como gusanos. Las dimensiones ni siquiera les permitirían llenar los pulmones al máximo.

—Valor, amigo —le dijo Bertram al capitán cuando este observó aquel túnel húmedo y oscuro.

Les resultó imposible calcular el tiempo que pasaron en aquel sumidero, ni cuántas veces se sintieron tan aprisionados que creyeron asfixiarse. Pero ninguno dio muestras de temor, eran mucho más grandes sus deseos por seguir adelante pasara lo que pasara.

Al fin cayeron desde una tubería a una charca mohosa, al sur del fortín, casi adentrados en la floresta. Aún era noche cerrada. Nadie había dado la alarma tras los muros, pero los dos hombres echaron a correr todo lo rápido que pudieron. En cualquier momento un soldado descubriría el cadáver acuchillado del alférez Bettingale y medio centenar de hombres se pondría a rastrear los alrededores en su busca. Con un poco de suerte habrían cruzado la frontera para entonces y estarían, quizás, más cerca de las tropas de Von Lettow que de las inglesas.

La noche de su fuga, Bertram y el capitán Volkmer corrieron hasta la extenuación. Supieron guiarse porque el aroma que traía el viento les indicaba la proximidad de la costa. Con el amanecer, el Kilimanjaro se recortó en el horizonte dejando ver su cumbre siempre nevada, plana y majestuosa. Nadie parecía seguirlos, e incluso tuvieron la impresión de que, tal vez, los ingleses aún no hubieran advertido su falta; no obstante apenas se tomaron tiempo para descansar, y solo conversaron cuando necesitaron comunicarse algún mensaje importante.

Al segundo día, con el gran monte cada vez más próximo, cruzaron la frontera con el África Oriental Alemana. Su percepción fue que aún se encontraban en territorio enemigo, pues los indicios de presencia inglesa se hicieron más que evidentes: Kisuani, el primer pueblo que hallaron, era vigilado por una guarnición de cuatro soldados. Abastecerse de comida y agua resultó muy complicado. Ambos comprendieron que, hasta no hallar al ejército de Von Lettow, tendrían que continuar ocultándose.

El tercer día de viaje los llevó en dirección sur-suroeste. Alimentados con lo mínimo y agotando sus reservas de energía, presenciaron una imagen sobrecogedora que los esperaba al coronar la última colina del territorio de Usambara. Bertram, que iba en cabeza, advirtió que sobre la pradera se dibujaba una línea parda e irregular. Cuando hizo visera con su mano y evitó los deslumbrantes rayos del mediodía, comprobó que no eran sino caballos; cientos de caballos muertos. Aún estaban enjaezados, con el bocado, la brida e incluso la silla. Eran caballos del Ejército inglés. Muchos habían sido devorados por las alimañas carroñeras, pero otros, más alejados de su visión, casi parecían estar durmiendo.

- Es la caballería de Smuts —dijo Volkmer apenas hubo llegado a su altura.
- La mosca tsé-tsé.
- Parece que el general británico desconoce las inclemencias de esta tierra.
- Debe haber cientos.

—Un incidente que, sin duda, habrá retrasado su marcha. Pero para nosotros es como un sendero. Creo que nos estamos acercando a nuestro objetivo.

—Entonces, sigamos.

Se detuvieron en aquel camposanto equino para buscar entre las alforjas algo que llevarse a la boca. Pero hallaron poco, pues aunque Smuts no había imaginado la atracción que la mosca tsé-tsé sentiría por centenares de caballos, se cuidó de llevarse todo lo que estos cargaban sobre sus grupas. Por fortuna, alguna ración de viaje sí hallaron.

Tras cuatro días de marcha, los dos fugitivos se encontraron en la ribera del río Pangani. La vegetación se asomaba a sus orillas con avidez, complicando en extremo cualquier intento de alcanzar sus aguas. Tuvieron que caminar con cuidado a través de una exagerada frondosidad, con los ojos puestos en un suelo oculto por el verdor y un centenar de raíces, pues aquellos parajes solían ocultar las fauces atentas de los cocodrilos. Cuando al fin llegaron al río, hallaron un curso tranquilo y, por fortuna, vadeable. En la otra orilla quinientos flamencos giraron al unísono la S rosada que eran sus cuellos. El primer chapoteo de los hombres les hizo levantar el vuelo tiñendo el cielo de un tono encarnado.

Al otro lado del río la tierra cambiaba su color verde intenso por una llanura de oro pajizo salpicada de *kopjes*. A lo lejos, dos jirafas paseaban entre los almendros como grandes reyes. Si percibieron o no la presencia de aquellos intrusos desconsiderados, que osaban mancillar sus dominios sin pedir audiencia, fue algo que Bertram y Volkmer no notaron.

La tarde les sorprendió en aquella sabana, cuyas fronteras parecían extenderse hasta el infinito; cada hora más o menos, Bertram se detenía, trepaba a un *kopje* y oteaba los alrededores. En una de aquellas exploraciones, detectó una mancha negra y roja que se les acercaba por el noroeste.

—Capitán —dijo extendiendo el índice—. ¿Qué es eso que se nos aproxima?

Volkmer, que se encontraba a ras de suelo, entrecerró los ojos. Necesitó un tiempo para averiguar quiénes eran.

—Oh, no..., masáis —se lamentó, pero Bertram, desde las alturas, no escuchó nada.

—¿Cómo dice?

—¡Son guerreros masáis!

En lugar de responder, su compañero bajó escurriéndose por las rocas.

—Estamos en sus tierras —agregó Volkmer.

—¿Podemos escapar?

—Imposible. Son más ágiles y mucho más resistentes que nosotros. Con toda probabilidad llevan horas corriendo. De hecho, apostararía que saben de nuestra presencia desde que pusimos el primer pie en sus dominios. No, amigo. Ni

siquiera hemos sido nosotros quienes los hemos descubierto. Ellos han querido mostrarse por alguna razón.

—¿Qué razón puede ser esa?

—Lo desconozco. Quiero creer que, de haberlo decidido, ya nos habrían matado en cualquier otro momento. Supongo que desearán hablar.

—¿Está seguro?

—No. Por supuesto que no.

Los masáis eran ya identificables. Se trataba de un grupo de diez hombres que corría de forma ordenada en dos filas. Eran altos y nervudos, con el pelo largo y teñido de rojo, igual que las túnicas que vestían. Además, decoraban su cuerpo con collares de cuentas, pulseras y pendientes. Iban armados con escudos y lanzas en una mano; en la otra llevaban pequeños bastones. Los dos alemanes decidieron esperar sin hacer ni un solo movimiento que pudiera resultar sospechoso. Volkmer, que era quien mejor dominaba las lenguas nativas, se adelantó un paso. El grupo de masáis se detuvo a unos diez metros. Cada uno de aquellos hombres fijó en los extranjeros una mirada altiva y noble, pero también fría. Uno de ellos tomó la iniciativa: avanzó hasta colocarse en cabeza, estudió a Bertram y a Volkmer con todo descaro, y después empezó a hablar. No era suajili o, al menos, no lo parecía.

—¿Qué dice? —susurró Bertram.

—Un momento —pidió Volkmer—. Habla en suajili, pero mezcla palabras de su propio dialecto. Creo que nos está preguntando por nuestros nombres.

Enseguida le respondió a aquel líder nativo que debía medir más de dos metros y que los observaba desde su altura con la mirada de un guerrero centenario. La conversación prosiguió hasta que Bertram advirtió cómo Volkmer dejaba escapar un suspiro.

—¿Qué pasa?

—Estamos a salvo. Dice que están buscando al Ejército Fantasma.

—¿El Ejército Fantasma?

—Son las tropas de Von Lettow. Han oído de él que es un gran guerrero y han decidido unirse después de que los ingleses invadieran sus tierras. Dicen que estamos a día y medio de ellos.

—¡Sorprendente!

—He solicitado unírnos a su grupo y han aceptado. Ellos nos guiarán.

A modo de confirmación, Bertram asintió dirigiéndose al masái que hablaba en nombre de los suyos. Aquel guerrero no le respondió de ninguna manera. Su faz, decorada con barro rojo y con marcas realizadas con un hierro incandescente, aparentaba estar ajena a todo lo que Bertram conocía. Aun así, el alemán intuyó algo familiar, como si escarbando pudiera encontrar un secreto

que estuviera buscando; creyó que aquel hombre sabía mucho de él; y no acerca del estilo de vida occidental, ni sobre atuendos que vestir, formas adecuadas de comportarse en sociedad o hallazgos de la ciencia. Sabía acerca de los auténticos misterios que encerraba el sentido de la vida y por qué las cosas sucedían de un modo concreto, como guiadas por un hilo del que fuera imposible desengancharse.

De modo que se alegró de acompañarlos, por ver si tenía oportunidad de dar con alguna respuesta; para averiguar, si es que existía alguna razón, por qué el universo lo había dotado con un carácter tan complicado de sobrellevar.

Por desgracia viajaron juntos pero los nativos guardaron en todo momento las distancias con los blancos. Llegada la noche, acamparon al pie de un rechoncho baobab. Los masáis hicieron una hoguera, formaron en círculo y comenzaron a cantar. El que había actuado como portavoz salió al centro y comenzó a saltar todo lo alto que pudo, con las piernas juntas. Después regresó al círculo y otro de los guerreros le tomó el relevo. Alcanzaban hasta un metro de altura o más. El cántico, monótono y rítmico, tenía algo de hipnótico y algo de sugestivo. Bertram notó que el pulso se le aceleraba. Algo se removía en sus entrañas, algo que le pedía cantar, gritar, saltar e invocar a la noche.

Volkmer llamó su atención. Venía con un trozo de carne de las provisiones de los masáis. Se sentó junto a Bertram contra el baobab y le tendió un buen pedazo.

—Coma algo.

El otro obedeció.—Han transcurrido cuatro días desde que escapamos de Mombasa. Sabe que no podemos demorar nuestra conversación por más tiempo, y creo que ahora que nos sentimos seguros es el momento.

—Tal vez le sorprenda, capitán, pero poco hay que decir. Estoy seguro de que usted intuye la mayoría de las cosas.

—Vino usted a buscarme, ¿cierto?

—Así es.

—¿Por qué?

—Necesito que regrese junto a Jocelyn.

—Bertram, ¿tiene idea de lo perturbadora que suena esa afirmación en sus labios? Cielos..., ¡es su esposa! Mientras estuvimos presos, ¿no le ofendió la forma en la que hablaba de ella? ¿No sintió odio hacia mí? ¿No le perturbó lo mucho que demostré amarla?

—Por supuesto, Volkmer. Mentiría si dijera que no siento algo de dolor, pero al mismo tiempo me alegro por su relación. A mi lado ella jamás tuvo lo que necesitaba. Es más, creo que su salud menguaba cada vez que era testigo de mi cólera. Nunca le hice daño físicamente, lo juro ante Dios, pero sé que le causaba

una herida que habría terminado matándola.

—Entonces, sabe que se ha recuperado.

—Sí. La observé tocando el piano, con usted detrás, a principios de 1906. ¡Parecía encontrarse tan bien! Escuche, capitán, creo que a Jocelyn le debo la vida, o incluso más, si es que eso es posible. Ella me ha proporcionado los instantes más hermosos que recuerdo, sin duda, y no hay nada que me preocupe sino hacerla feliz. Sé que usted es capaz de entregarle una paz que a mí me está vetada. ¡Aprovéchela, Volkmer! ¿Pregunta si me ofenden sus palabras? La respuesta es no; o al menos no de la forma que espera. Siento celos, por supuesto, pero he asumido que Jocelyn volverá a enfermar y se debilitará si sabe que existo.

—¿De modo que no volverá a su lado?

—No lo haré. Así deben ser las cosas.

—Y para ello ha arriesgado su libertad.

—En efecto, y no me arrepiento; le he escuchado durante un año, en la oscuridad de nuestra celda. Sé bien lo que es capaz de entregar, y también sé que yo nunca podré igualarle. Vuelva a Matumbi, Volkmer, vuelva con Jocelyn y cuídela hasta la vejez. Debe prometerme que así lo hará, y que nunca, bajo ningún concepto, le hablará de mí. No le confiese que una vez me vio, ni que tuvimos esta charla. Prefiero que, para su memoria, Bertram Kast permanezca muerto. Dígame que lo hará.

—Lo haré, Bertram. No se lo puedo negar, me ha salvado la vida. Supongo que Franz también mentía cuando dijo que le había perdido la pista.

—Yo le ordené que así lo hiciera, pero es cierto que no nos hemos visto durante diez años. En unos días, si todo va bien, volveremos a encontrarnos.

—Es falso todo lo que han dicho de usted. En el fondo es alguien bueno.

—No, capitán, no es verdad. Desconfíe de esta apariencia. Me ha costado muchos años de soledad, de silencio forzado y de rezos a una deidad en la que no sé si debo creer. He moldeado mi espíritu para adormecerlo, pero este sigue estando envenenado con la mácula de la ira. Fíjese en lo ocurrido con Bettingale, ¿vio de qué modo terminé con su vida? No me siento orgulloso, pero cuando se trata de un caso tan extremo como ese, me desenvuelvo con una frialdad aterradora. Mi alma no es bondadosa, capitán, por eso le he dicho que no sé si debo creer en Dios, porque aún me pregunto qué causa ha podido esgrimir una voluntad que es todo bien, que es todo amor, para otorgar la maldición de un ánimo tan encendido.

—Y pese a todo me ha salvado usted la vida. La rabia me cegó con Bettingale, pero yo habría dudado al ver su carne expuesta ante la bayoneta. Me habría temblado el pulso, y con toda seguridad nos habría puesto en peligro. No sé por

qué razón tiene usted el carácter que tiene, Bertram, pero quizás, en los tiempos que le ha tocado vivir, sea necesario.

El 7 de mayo de 1916 la vanguardia del Ejército Fantasma divisó a un grupo variopinto, compuesto por diez guerreros masáis ataviados para entrar en combate y dos hombres blancos vestidos con ropas de estilo inglés. El mismo comandante Von Lettow, flanqueado por Franz Kast, quiso recibirlos. A cincuenta metros, la visión de Johan Volkmer llenó de admiración al primero, pero el segundo no pudo evitar un gemido de asombro al ver que su hermano mayor, resucitado después de diez años sin noticia alguna, era quien lo acompañaba.

—Es mi hermano —le dijo al comandante, y este percibió que la voz de su capitán temblaba.

—¿Lleva mucho tiempo sin verlo?

—Una eternidad.

Los Kast quedaron uno frente al otro observando lo mucho que habían cambiado tras el paso de una década.

—Bertram...

—Hola, Franz.

—Has vuelto. Desde tu telegrama...

—Siento no haber dado noticias. Así debía ser. Pero he pensado mucho en ti, y en Gerdi, y en Jocelyn. En todos vosotros. Espero que disculpes mi ausencia durante tantos años.

—No importa, hermano.

Y, en un arrebato, estrechó a Bertram con su brazo sano.

—¡Hermano! —repitió con el rostro pegado al hombro del otro—. ¡Sigues con vida!

—Me alegro de ver que tú también.

—¡Tenemos tanto de lo que hablar! ¡Tanto!

—Aprovecharemos el tiempo, Franz, y relataremos lo que nos ha sucedido en estos años. Gracias a Dios que te encuentro bien.

Volkmer y el comandante Von Lettow observaban la escena con ternura.

—Comandante —dijo el capitán de Kilwa tras unos segundos—, solicito reintegrarme a sus filas.

—Será un placer admitirle, Volkmer. Qué mejor que un redivivo para engrosar un ejército fantasma. Le creíamos abatido por los ingleses.

—Así habría sido, sin duda, de no ser porque la Providencia quiso mantenerme con vida en una prisión hasta la llegada de este hombre. Le presento a Bertram Kast.

El aludido se separó de su hermano.

—Comandante Von Lettow, es un placer conocerle al fin. Su fama se extiende por todo el territorio alemán.

—Yo no sería nada sin un ejército fiel detrás, señor Kast. Pero veo que traen ustedes una peculiar compañía. —Señaló con la barbilla a los masáis, que se habían quedado a una distancia prudencial.

—Los encontramos anteayer —dijo Volkmer—. O, mejor dicho, ellos nos encontraron a nosotros. Vienen para unirse a sus tropas.

—Los grandes guerreros masáis siempre serán bien recibidos entre mis hombres.

Y Von Lettow cambió al suajili para darles la bienvenida. Bertram apenas llegó a entender algunas palabras sueltas, pero dedujo que a los masáis debió gustarles lo que dijo, porque al finalizar levantaron sus lanzas y sus *rungu* —aquellos pequeños bastones arrojadizos que siempre llevaban encima—, y se unieron a los *askaris*.

Después de que les proporcionaran a los recién llegados comida y agua, Von Lettow lamentó no disponer de mudas alemanas con las que vestirlos, pero con un simple vistazo era evidente que su ejército no le hacía ascos al equipamiento hurtado. Eso sí, aunque sus hombres llevaran guerreras que no eran las suyas, botas desgastadas y fusiles Enfield británicos, lucían con la pulcritud debida a un soldado bien adiestrado. Von Lettow no dejaba que se perdiera ni un ápice de la disciplina; en aquel instante, de hecho, se preparaban para una nueva batalla. El comandante deseaba atacar Kondoa Irangi, ubicada al noroeste y tomada por los ingleses hacía algo menos de un mes. Sabía que las provisiones escaseaban entre el enemigo, de modo que se proponía cercar y reconquistar la ciudad. Por supuesto, aquella «reconquista» había de durar unos pocos días, pues Smuts le andaba a la zaga, y tarde o temprano habría de abandonar Irangi para continuar hacia el sur.

Aquella noche Bertram Kast fue anexionado al Ejército alemán y nombrado sargento. Aunque no se imaginaba de soldado, terminó aceptando el puesto tras intercambiar unas palabras con su hermano.

—Te puedes fiar de Von Lettow —le dijo este cuando al fin pudieron reservarse unas horas, antes de irse a dormir—. Es un hombre excepcional. Síguelo.

Ambos se encontraban en la tienda de campaña de Franz. Era amplia y estaba bien acondicionada: con sillas, una mesa y una alfombra de piel de león. En el techo, una lámpara de aceite bastaba para iluminar todo el habitáculo. Bertram cosía su distintivo de sargento, sentado en un rincón.

—Sabes que nunca se me ha dado bien recibir órdenes. No soy como tú,

Franz.

—Has cambiado, puedo verlo en tus ojos.

—Tú también, ya lo sabes. Cambiaste tras perder el brazo, pero ahora, después de tantos años, compruebo que casi me cuesta recordar aquella mañana en Ingolstadt, cuando me despertaste a gritos desde la calle diciendo que te habías prometido con Gerdi. ¿Te acuerdas?

Con una sonrisa, Franz se deshizo de la gorra.

—¡Cómo olvidarlo! Estaba eufórico y corría sobre la nieve sin temor a resbalar..., la nieve, ¿la recuerdas, Bertram? Aquella mañana cubría más de un metro en las calles poco transitadas.

—Tal vez un día volvamos a verla, si regresamos a Alemania.

—Quizás regresemos, sí. Aunque te confieso que no solo me han cambiado los años, las experiencias y las penurias. Siento que me ha traspasado la influencia de África. Siempre quise viajar aquí, ya lo sabes. No me arrepiento de lo vivido, aunque haya exigido un coste tan caro.

—Me alegra ver que no te arrepientes, que con mi carácter no te arrebaté la ilusión por vivir en esta tierra.

—Y tú, hermano, ¿te arrepientes de algo?

—De muchas cosas, Franz, y siento que no puedo liberarme de la culpa. Ni ocho años en alta mar han bastado para olvidar todo lo que hay de malo en mi interior.

—Cuando dices eso pienso que volverás a marcharte.

—No te equivocas.

Franz suspiró hondo. Hacía mucho tiempo que no miraba a los ojos de su hermano, y volvió a sentir aquel temor reverente que tanto lo había dominado en su juventud. Pero ahora, con tantas experiencias a las espaldas, se vio muy capaz de enfrentarlos y mantenerse impertérrito.

—Es verdad que en el fondo no has cambiado, Bertram. Por eso estás aquí: has venido para cuidarme. Siempre te has preocupado por mí. Ahora, con la guerra, el temor por ver que tu hermano podía correr peligro ha vuelto a despertar. No, no respondas. Sé que no me equivoco; desde que murió nuestro padre tú te has preocupado de velar por mí, y yo siempre me he esforzado por hacerte ver que no necesitaba ningún guardián. Así ha sido desde que vinimos a África. En el pasado me enfrenté a ti, quise alejarte para demostrar que podía vivir mi propia vida. Pero ahora lo veo todo desde otro prisma y entiendo que tú no deseabas refugiarme bajo tu regazo, sino que te movía el cariño. Te agradezco que estés aquí, jamás se me ocurriría echarte. Esta noche no quiero perder ni un segundo lejos de ti. Quiero que me cuentes qué ha sucedido en tu vida, por qué lugares viajaste, qué pensamientos te invadieron. Quiero que me lo detalles todo,

Bertram, y al amanecer, cuando luchemos, quiero que vayamos juntos. Los dos hermanos Kast no merecen volver a separarse. ¿Lo ves? Yo también me preocupo por ti, hermano, y no permitiré que te acontezca ningún mal. Cuidaremos el uno del otro, y cuando ganemos la guerra, si vuelves a marcharte, tal y como temo, descansaré tranquilo sabiendo que he exprimido hasta el último segundo a tu lado.

Bertram había dejado de coser. Los ojos de su hermano no se habían apartado de los suyos.

—Gracias, Franz.

—Traeré algo de beber. Quizás nos quede cerveza de Dar es-Salam. Tengo muchas muchas cosas que contarte.

Kilwa Kivinje, la ciudad que había gozado de gran belleza para los colonos recién llegados, una de las más importantes del África Oriental Alemana, se había transformado en un agujero. Apelhanz la regía como si el mismo enemigo ya la hubiera tomado, y con cada noticia del avance del Ejército británico, los policías reforzaban la vigilancia de los ciudadanos, imponían nuevas restricciones a los alimentos o acortaban el toque de queda.

Jocelyn y Gerlinde eran más observadas que nunca, de tal modo que tuvieron que detener el envío clandestino de mobiliario a su casa de Matumbi. El teniente hacía pasear a varios de sus hombres junto a su puerta cuando le venía en gana. Y con una sola cartilla no podían mantenerse Jocelyn, Gerdi, Mufid y las dos criadas. Era muy poca comida y el anciano médico, que tanto se había preocupado por la salud de Jocelyn, empezó a dar peligrosas muestras de anemia. Los años lo habían tratado bien, pero aquella última temporada sobreviviendo con tan poco alimento terminó por socavar su salud. Un día Mufid se sintió incapaz de levantarse de su cama, en el sótano de la casa de Kilwa. Cuando las criadas llamaron a Jocelyn y esta bajó corriendo, advirtió el lánguido cuerpo del anciano perfilándose por debajo de las sábanas. Mufid hizo un amago con el brazo para echarla de allí, aduciendo que deseaba la mayor intimidad posible en su habitación, el único espacio que de verdad le pertenecía. Pero la alarma sobre su estado pudo más que el pudor o la educación, y al final, aquel médico de Zanzíbar no tuvo más remedio que convertirse en el paciente.

Con la necesidad de buscar alimentos y medicinas, y a sabiendas de que la fortaleza de ánimo de Gerlinde no era como la suya, Jocelyn abandonaba su casa cuando le era posible para trocar sus pertenencias por alimentos. Comerciaaba con hombres de pocos escrúpulos que frecuentaban el peor barrio, al sur de la ciudad: generalmente *akidas* bien posicionados, pero también algunos alemanes, que pretendían sacar provecho de las desgracias ajenas y que intercambiaban la comida que a ellos les sobraba por objetos de valor. Jocelyn también llegó a comerciar con algunos nativos. Estos eran los que mejor se portaban en el

intercambio, pues ella se presentaba llevando una ramita de mijo, semejante a la que le regalaron sus trabajadores cuando quisieron protegerla de los maji-maji. Entre los nativos palpitaba el espíritu del heroísmo por quienes se habían enfrentado a los abusos de los poderosos y, al mismo tiempo, eran solidarios con quienes estaban al tanto de los códigos de amistad que los rebeldes emplearon en 1905. La ramita de mijo era uno de aquellos códigos; cualquiera que la tendiera se consideraba amigo. Jocelyn siempre llevaba una encima, y gracias a ello, logró comer.

Comenzó intercambiando sus joyas y vestidos por arroz, pescado, carne y fruta. Cuando su ajuar quedó vacío, pasó a los elementos decorativos de su hogar. Primero los cuadros, y luego los tapices, las cortinas, los espejos y las sillas de mimbre. Todavía le quedaban las mesas, las librerías, los objetos de marfil y la porcelana, pero los días pasaban y nadie anunciaba el final de la guerra; peor aún: esta parecía recrudecerse. En Europa los alemanes peleaban en un combate de trincheras que se libraba a lo largo de los campos del Somme, y en África Von Lettow mantenía a raya a los ingleses, sí, pero no podía impedir que estos continuaran aproximándose hacia el sur. El futuro no presagiaba nada bueno, y sin buenas noticias, ella pronto se hallaría perdida.

La mañana del 8 de mayo Jocelyn se vistió sus pantalones y sus botas; anudó un pañuelo alrededor de sus cabellos rubios y bajó al salón. Allí quedaban pocas cosas. Tampoco había mucho que vender en la cocina o en las habitaciones de Gerlinde, de Mufid o de las criadas. Volvió a subir a su alcoba: solo le quedaba la cama, una silla, el escritorio, donde se acumulaban las cartas que pensaba enviar al doctor Felleman cuando acabara la guerra, y... una fotografía. La tomó entre sus manos. El marco no valía nada, y el interior mucho menos. Se vio a sí misma tres años atrás, sentada en una banqueta, con Volkmer a su espalda. El capitán descansaba las manos sobre sus hombros. A la derecha, un piano.

Su piano.

Los dedos tamborilearon una melodía sobre el cristal que protegía la foto. Brahms.

Bertram.

Desvió los recuerdos de su cabeza y se concentró en su necesidad por obtener comida. Seguro que alguien necesitaba un piano; hallaría algún alemán que deseara poseer un instrumento tan delicado. El instrumento estaba en la casa de Matumbi, pero la foto sería prueba suficiente para mostrar el artículo a los compradores. Abrió el marco, la retiró y bajó al piso inferior. Gerlinde le salió al encuentro.

—Es Mufid —dijo casi a punto de echarse a llorar—. Tiene taquicardias y le cuesta respirar. Está muy débil, Jocelyn.

Esta tomó a su cuñada de las manos para que le dejaran de temblar.

—Voy a conseguir más comida. Cuando la traiga, podremos comer todos sin problemas.

—De acuerdo.

—Si nos queda agua, dale de beber.

—No tardes, Jocelyn. Tengo mucho miedo.

—Volveré enseguida.

El sol golpeaba el camino de tierra con una violencia inmisericorde, presagiando el final de la estación de lluvias. Se hizo visera con la mano y buscó que no hubiera uno de los policías de Apelhanz por la zona. Estaba despejado.

Echó a correr por la calle principal. Solo se detuvo cuando, doblando a la izquierda, enfiló una vía más estrecha y menos transitada. Los hombres del teniente no siempre vigilaban su hogar, pero Apelhanz tenía algunas amistades que le eran fieles y que no dudarían en delatarla si la veían realizando chanchullos para ganarse el pan.

Callejeando, consiguió llegar hasta el distrito sur. Allí, las casas de estilo colonial se convertían en edificios de una sola planta mal edificados. Todas las fachadas disponían de amplios toldos y, dado que la calle era estrecha, los de ambos lados llegaban a tocarse en el centro y hacían las veces de techumbre, ofreciendo una suave penumbra que aliviaba pero a la vez resultaba inquietante, pues ocultaba figuras acuclilladas, miradas a través de puertas entreabiertas y susurros cuyo origen era difícil de localizar. Jocelyn activó un estado de alerta mayor. Vigilaba cada corredor, cada edificio, cada rincón oscuro, y se cuidaba mucho de no perder de vista a los pocos hombres y mujeres con los que se cruzaba. Sus contactos siempre preferían citarla en aquel barrio porque la policía de Kilwa lo rondaba pocas veces. Preferían vigilar el puerto, donde se racionaban los alimentos, o preocuparse de que la delincuencia y el pillaje se mantuvieran al mínimo en la zona donde residían los colonos.

Una figura que despertó un eco de familiaridad en su memoria la paralizó. Cruzaba por una de las callejuelas perpendiculares, todavía más estrecha que aquella por la que transitaba; tanto que el sol, salvo en su cénit, no llegaba a iluminarla del todo. Allí había visto —o creído ver— a un hombre. La visión duró un segundo; lo suficiente como para despertar su curiosidad y, al mismo tiempo, su temor. El hombre había pasado de largo, pero Jocelyn aún conservó su imagen en la retina durante unos instantes. ¿Acaso no se parecía a...?

—No puede ser —se dijo; y sin embargo, una fuerza mayor que su razón la impidió continuar.

Aun así, se dirigió hacia aquel callejón afrontando un peligro absurdo. Su mente le jugaba malas pasadas; comía mal y dormía peor, y cada vez que salía a

la calle, sentía cómo el sol la deshidratava. Estaba claro que no había ningún hombre vigilándola...

El callejón terminaba en un diminuto patio que conectaba las partes traseras de varias viviendas. Unas escaleras desiguales conducían a otro callejón igual de angosto. Sobre su cabeza no había ningún toldo, de modo que el sol penetraba entre aquellas paredes como si iluminara un pozo. Su luz resultaba demasiado molesta para las pupilas, casi cegadora. Y cuando se asomó a las escaleras descubrió otra vez aquella figura. Se encontraba a unos ocho o nueve metros, de espaldas. Era un hombre de buena percha, alto. Llevaba el pelo corto, bien arreglado; a excepción de unos pocos cabellos oscuros, casi había encanecido del todo. Vestía ropas de civil, aunque había algo en su porte que le hacía parecer un soldado. Jocelyn sintió que el pecho le ardía con un palpito.

—¿Bertram? —se atrevió a decir, muy suave.

—No —respondió el desconocido, y se volvió.

Al verlo, la mujer retrocedió de un salto. Sus miedos reprodujeron el nombre del comandante Willem von Faukhert. Sin duda era él, a pesar de hallarse envejecido y de no vestir uniforme militar. Pero fue la expresión de su rostro lo que más la hizo dudar de estar alucinando, pues sus facciones habían cambiado de forma radical. Ahora parecía una efigie monstruosa del hombre carismático y afable que conoció el día de su llegada. Willem la observaba con una mirada que congelaba el espíritu; la propia de un demente peligroso, de un homicida sediento. Y por si fuera poco, mostraba un rictus estremecedor de dientes blanquísimos. Jocelyn sintió que la sangre se le subía a la cabeza. Trastabilló y perdió el equilibrio. Pero no cayó al suelo. Alguien la había sujetado por detrás.

—¿Se encuentra bien? —dijo una voz de hombre conocida; era uno de sus compradores, el alemán con el que esperaba verse.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? —respondió ella creyendo haber perdido el sentido.

—Ha tenido suerte de que llegara a tiempo para cogerla. Le indiqué que nos viéramos en esa otra calle, donde siempre. ¿Qué hace por aquí? Es peligroso.

—Perdí el sentido. Estaba soñando —supuso Jocelyn, pues al mirar en dirección al otro callejón, ya no vio a Willem.

—¿Que perdió el sentido, dice? Eso está claro, pero solo durante unos segundos, justo antes de que pudiera cogerla. La encontré de pie, observando hacia esas escaleras. La llamé varias veces, pero no me escuchó.

—¿Dijo mi nombre?

—Así es, señora.

—¡Oh! Disculpe. Me temo que no le escuché. Yo... me encontraba abstraída en mis pensamientos, supongo.

—¿Se encuentra bien?

—Ha sido este sol, y toda la luz que entra en el patio; me han mareado. Será mejor que regresemos. Tengo que hablarle de un objeto que le interesará. Es un piano. ¿Le gusta tocar?

—Pues sí.

—Entonces seguro que querrá echarle un vistazo. He traído una fotografía para que pueda admirar su belleza y su acabado. No le defraudaré.

Los dos se encaminaron de vuelta a la calle, pero Jocelyn, antes de abandonar el patio, echó una última mirada al callejón en el que había visto, o creído ver, una imagen tan aterradora.

A pesar de que diluviaba, Paul von Lettow-Vorbeck salió de la cobertura de su tienda para recibir a los rastreadores: tres *askaris*; dos de la tribu de los hehe y un masái. Este último no vestía el uniforme reglamentario, sino la túnica roja de su tribu. El agua corría esquivando las cicatrices de su rostro, realizadas durante una prueba de valor en su adolescencia.

—¿Qué noticias hay? —dijo Von Lettow dirigiéndose en alemán a uno de los hehe.

—Todos en el centro de la ciudad —escenificó el *askari*, pues su alemán debía ser acompañado por señas—. Los ríos cubren los puentes, pero no por el sur. Saben que venimos.

Von Lettow miró por encima del hombro de su rastreador, a la línea baja y oscura que eran las casas de Kondoa Irangi. El general británico Van Deventer lo esperaba allí, arrinconado en el centro de la ciudad, como una fiera que husmeara la proximidad de la muerte. La crecida de los ríos al este y noroeste los había sitiado, de tal modo que los soldados sudafricanos que protegían Kondoa, cansados, húmedos y enfermos, esperaban con desesperación unos refuerzos que no llegarían a tiempo. Von Lettow sabía todas estas cosas, y que la única entrada se hallaba al sur, pero el general Van Deventer no era estúpido. Con toda seguridad, sus tropas se habrían reunido junto a las ametralladoras, aguardando en tensión la carga de los *askaris* para recibirlos con plomo y sangre. A pesar de que las tropas sudafricanas aún no se habían recuperado de su última batalla, superaban en más de mil hombres a las del Ejército Fantasma. Por si fuera poco, la lluvia entumecía los músculos, deprimía los ánimos y, más importante aún, dificultaba la visión. Los cañones saqueados del *Konigsberg* lo tendrían difícil para dar en el blanco.

Prometía ser una batalla dura, pero Von Lettow ni siquiera se planteaba pasar de largo y continuar hacia el sur, escapando de Smuts.

—*Asante* —agradeció a los *askaris*.

Encaró la entrada de su tienda, donde Franz Kast lo esperaba con la mirada

puesta en unos cada vez más oscuros nubarrones.

—Nos dividiremos en cuatro columnas —ordenó Von Lettow; el agua chorreaba desde el borde de su sombrero chambergo—. Yo iré con la primera, atacaremos de frente; Franz, usted irá en la segunda; Bertram, Volkmer y Millman, en la tercera. Estarán cubiertos por la artillería. Tomen las trincheras enemigas y consoliden la posición. Tarbuch y Naumann en la cuarta, con las tropas de refuerzo, en retaguardia.

—Comandante... —Franz no perdía detalle de los cúmulos vaporosos que se arremolinaban a gran velocidad despidiendo destellos dorados—. Esta misión me da mal pálpito, si me permite el atrevimiento.

—No es atrevido, Franz. Yo también me siento incómodo. Pero el destino nos ha colocado aquí, a todos nosotros, frente a una ciudad tomada por manos enemigas. Ya conoce mis deberes, y los suyos. Si la tragedia nos aguarda en las tierras de Irangi, me lanzaré a ella con satisfacción. ¿No lo hará usted?

—Sí, puede estar seguro de ello.

—El capitán Volkmer, su hermano Bertram y usted son hombres valientes. Sé que alcanzarán esas trincheras. Cuando lleguen, no se muevan de allí bajo ningún concepto. Eso nos permitirá avanzar. Se nos brinda una oportunidad irrepetible, Franz. Los refuerzos ingleses no llegarán hasta pasados unos días. Para entonces, volverá a ondear una bandera alemana en Kondoa Irangi.

Franz se masajeó el muñón. En días como aquel le dolía muy por debajo del codo, donde no había nada. Su miembro fantasma despertaba a modo de funesto presagio. Ya le había sucedido otra vez, cuando perdieron la batalla de Mombasa. Ahora el dolor era más acusado, como un grito interior. Von Lettow, por su parte, acariciaba su rupia de la suerte, pero no quería que nadie le viera hacerlo y no la había sacado del bolsillo.

—Alcanzaremos las trincheras inglesas, comandante —aseguró Franz—. Aunque sea lo último que hagamos.

—¡Bertram! ¡Bertram! ¿Está bien?

—Sí... —balbució—. Creo que sí.

Tuvo que parpadear varias veces para enfocar. El rostro de Volkmer, ensangrentado y lleno de barro, fue lo primero que captaron sus ojos. Por encima de su cabeza, la lluvia caía con virulencia, procedente de unas nubes que parecían un adelanto al fin del mundo. Los proyectiles de la artillería silbaban en su camino hacia campo enemigo, pero algunos caían muy cerca de las tropas de *askaris*, a doscientos metros de la entrada a Kondoa Irangi.

Ahora lo recordaba. Uno de aquellos proyectiles había explotado tan cerca que lo había lanzado por los aires. Le dolía el costado izquierdo y ambos oídos.

Aun así, tomó la mano de Volkmer, se puso en pie y empuñó su fusil. Miró a su espalda; desde una sabana embarrada y surcada por pequeños riachuelos, los soldados de Von Lettow corrían en zigzag, y solo en ocasiones clavaban una rodilla en tierra para abrir fuego contra un enemigo que aún era invisible, parapetado tras los muros de Irangi. Millman, pálido como una figura de yeso, pasó de largo fusil en mano. Otra explosión de artillería hizo que se cubriera el rostro con ambos brazos. Pegotes de barro mancharon su uniforme de sargento. Volkmer agitó los brazos en el aire.

—¡Alto el fuego de artillería! ¡Disparan contra nosotros! ¡Alto el fuego!

—¡Es inútil! —dijo Bertram tomando al capitán por el cuello de su guerrera—. ¡No pueden oírle, Volkmer! ¡Debemos continuar el avance! ¡Franz nos lleva la delantera, mire!

En efecto, la columna de Franz Kast ya había alcanzado la primera línea de edificios. Las dos columnas debían avanzar juntas para repartirse el fuego de ametralladora y dividir a los ingleses. Bertram y el capitán Volkmer se estaban quedando atrás.

Otro proyectil de artillería cayó no muy lejos, dejando un agujero en la tierra que pronto se llenó de agua. Volkmer tomó a uno de los soldados por el brazo.

—¡Corre a retaguardia! ¡Que nuestra artillería corrija el tiro! ¡Vamos!

El *askari* asintió y echó a correr en dirección contraria.

—¡Adelante! —gritó el capitán a pleno pulmón para que todos sus hombres lo oyeran—. ¡Ni un paso atrás! ¡Hasta las trincheras!

Los soldados le respondieron con un bramido de apoyo. Amparados por los hombres de Franz, que ahora recibían toda la furia del enemigo, la segunda columna acertó distancias muy pronto. Llegaron a la primera línea de edificios, cuyos muros se deshacían con los impactos de ametralladoras y fusiles, y ante ellos apareció una plaza libre de cualquier cobertura, salvo por una fuente ubicada en el centro. Dentro de ella los ingleses habían levantado un muro de sacos terreros y la rodeaban con varias trincheras ubicadas en puntos estratégicos. No se veía ningún enemigo, pero sus balas rasgaban la cortina de lluvia e impactaban contra los *askaris*.

—¡Disparad a los edificios! —ordenó Volkmer apuntando con su sable hacia la línea de casas al otro lado de la plaza.

Se lanzaron a la carga. Apenas hubieron llegado al centro, allí donde comenzaban las trincheras, Bertram y Volkmer no tardaron en comprobar que el fuego enemigo procedía de todas partes, de cualquier edificio que delimitara la plaza. La segunda y tercera columna habían sido atrapadas en un fuego cruzado; una encerrona. El aire no tardó en llenarse con una vorágine de aullidos aterrados y gritos de dolor. Los *askaris*, confundidos y desesperados, abrían

fuego contra los edificios, sabiéndose encañonados por los fusiles ingleses.

Por fortuna, la segunda columna reaccionó a tiempo. Franz, al que parecían no asustar las balas, se lanzó como un poseo en dirección a las trincheras, ocupadas por unos pocos indios. Saltó dentro, sable en mano, y las tomó en unos pocos segundos. Desde allí, sus *askaris* lograron mantener a raya a los ingleses el tiempo suficiente como para que Bertram y Volkmer llegaran. Los dos hombres se colaron en la fuente y se sentaron con la espalda apoyada en los sacos terreros.

—¿Le han herido? —preguntó Volkmer.

—Aún no. ¿Cómo se encuentra usted?

—A salvo. Pero esto no ha terminado. Los ingleses nos mantienen arrinconados. Hemos caído en su trampa —alzó la voz y gritó una orden a sus soldados—: ¡Municionen!

Franz lo imitó gritando desde las trincheras, a unos metros. Y enseguida, también los ingleses gritaron lo mismo a sus hombres en su propio idioma.

—Se están preparando para el asalto —presagió Volkmer—. Bertram, ordene que los hombres calen bayonetas.

El otro transmitió la orden, tomó su bayoneta y la encajó en la bocacha de su fusil. La lluvia aumentó su fuerza, como si la tormenta también interviniera en la batalla. Cada gota se hacía sentir en la ropa y dolía sobre la piel expuesta. A su izquierda, Millman temblaba de frío, o quizás de puro terror. Chupaba un cigarro empapado, a punto de deshacerse. La histeria no le dejó encajar la bayoneta hasta el tercer intento.

Los ingleses gritaban nuevas órdenes. Había cesado el fuego, pero sobre la plaza se aposentaba una tensión manifiesta.

—Ya vienen... —anunció Volkmer, y añadió a gritos—: ¡Soldados!, ¡ahora estas trincheras pertenecen al Ejército del káiser Guillermo! ¡Estas trincheras no se ceden al enemigo! ¡Ni un centímetro de ellas!

Sus hombres contestaron con un silencio que, sin embargo, fue suficiente para que el capitán comprendiera su disposición a morir.

Bertram, por su parte, tenía la vista fija en el sur, allí por donde, de un momento a otro, debía aparecer la cuarta columna. Nunca le habría alegrado más ver a Erick Tarbuch, el cazador de fieras, y a los porteadores armados que trajera consigo.

Pero sus esperanzas quedaron desechas cuando los ingleses ordenaron la carga. Saltó de su puesto mientras los *askaris*, parapetados tras los sacos o asomando la cabeza por encima de las trincheras, intentaban detener una marea de británicos sudafricanos e indios que llegaban desde todos los lados de la plaza. Apuntó con su fusil entre la lluvia, que no le dejaba ver a ningún soldado.

El centelleo de los disparos era la única demostración de que los enemigos se aproximaban. Hasta que, de repente, se le echaron encima. Dos docenas de hombres saltaron los sacos terreros por distintos puntos y cayeron sobre unos *askaris* tan sorprendidos como él. Levantó el fusil, apuntó a una figura en lo alto y apretó el gatillo. Pero no surgió ningún disparo.

El agua había empapado la pólvora de su fusil.

Quiso responder con la bayoneta, pero el inglés fue más rápido. Alzó un sable y lanzó un tajo transversal que cruzó de derecha a izquierda el pecho... de Volkmer.

El capitán soltó su pistola. Antes siquiera de que cayera al suelo, el sable de aquel inglés volvió a cruzar el aire para clavarse en su estómago. Bertram se escuchó gritar en una mezcla de temor, rabia e impotencia. Sus dedos aferraron el fusil con todas sus fuerzas y se lanzó contra el enemigo dispuesto a destriparlo. Pero se detuvo.

El teniente Elliot Lane Buttercup observaba el cuerpo ensangrentado de Volkmer con una indescriptible expresión de terror. Levantó la vista y halló la mirada de Bertram, justo en el instante en el que su espada abandonaba las entrañas del capitán de Kilwa, quien, ahora sí, cayó como un peso contra la superficie de la fuente.

—No... —balbució Buttercup dividiendo su atención entre Volkmer y la bayoneta de Bertram, que aún le apuntaba—. Yo... yo no. Lo siento. ¡Lo siento mucho!

Hizo el amago de arrodillarse frente al herido, pero a su alrededor la batalla continuaba con la misma violencia. Ni los *askaris* ni las tropas sudafricanas se habían detenido a observar la escena que, para aquellos amigos, transcurría en un plano distinto.

—¡Bertram...! —gritó el teniente Buttercup—. ¡Dile... dile que lo siento! ¡Lo siento!

El mayor de los Kast estaba paralizado. La sangre que Volkmer derramaba por sus heridas cobró velocidad al encontrarse con el agua y avanzó serpenteando hasta rozar sus botas. Entonces Bertram despertó como de un sueño. Arrojó el fusil a un lado y se arrodilló junto al capitán de Kilwa. Buttercup, todavía cerca y con el sable goteando sangre, no supo qué hacer. Pero los acontecimientos se encargaron de hacerle reaccionar, pues al fin llegaron las tropas de la cuarta columna, con Tarbuch y Naumann a la cabeza, cargando sin atisbo de miedo desde el sur. Franz aprovechó la situación para arrinconarlos con un movimiento en pinza, de tal modo que, viéndose en desventaja, las cornetas inglesas empezaron a tocar retirada.

Buttercup, cuyo rostro dibujaba la más clara imagen de la amargura, negó con

la cabeza, sus labios fueron incapaces de pronunciar una nueva disculpa. Luego escapó.

—¡Capitán! ¡Capitán Volkmer! —llamó Bertram tomando al otro de la cabeza. Volkmer tosió sangre.

—¡Johan! ¡Por Dios, no se muera! ¡Johan!

Sacudía su cuerpo, para que el capitán le diera alguna respuesta, alguna muestra de que no se encontraba tan mal como parecía. Pero del herido no recibió sino un gorgoteo espeluznante que manchó su barbilla con una sangre negra y espesa.

—¡No se muera! ¡Dios mío! ¡No se muera, Johan! —Bertram lloraba—. ¡No, me niego a permitir que se muera! Tiene que vivir para regresar con ella. ¿Lo entiende, capitán? Ella le necesita. ¡No se muera!

Y a pesar de lo egoístas que pudieran sonar sus palabras, Volkmer reaccionó con una media sonrisa. Alzó una mano, despacio, y aferró a Bertram por los cabellos. Agitó su cabeza, apretando los labios y reuniendo sus últimas fuerzas para transmitir un mensaje:

—No... yo no puedo, Bertram. Usted es quien debe volver junto a ella. Es usted.

Volkmer aún tiraba de su pelo, pero Bertram notó que, poco a poco, las fuerzas fueron menguando. En el capitán apareció una mirada directa y clara, antes de que le sobreviniera un último estertor que expulsó su último aliento. El cuerpo quedó libre de toda tensión. Los brazos cayeron, y Bertram comprendió que sostenía un cuerpo inerte. Pero aún le movió la cabeza y los brazos; lo agitó entero y lo llamó a gritos hasta desgañitarse, hasta que ya no pudo más, hasta que la lluvia, con sus punzantes agujonazos, le hizo ver que la batalla a su alrededor había finalizado, y que su hermano Franz, jadeante, con el uniforme manchando de sangre propia y ajena, y todavía empuñando el sable con el que logró tomar las trincheras, lo observaba en un respetuoso silencio.

Habían ganado la batalla de Irangi. A pesar de todo, habían ganado.

Desde su habitación, ya ocupada solo por su cama, Jocelyn se asomó al balcón. La ciudad lucía un aspecto deplorable en aquel mes de septiembre de 1916. Surgía humo por todas partes; los cascotes pavimentaban las calles. Al este, en dirección al puerto, apenas quedaba rastro de los faluchos, salvo por algunas vergas partidas. Más allá, los cruceros ingleses custodiaban la entrada a Kilwa. Sus cañones habían callado días atrás, cuando la ciudad se rindió sin oponer resistencia. El teniente Apelhanz no tuvo más remedio que rendir sus armas cuando su cuartel fue bombardeado y reducido a polvo. La bandera alemana fue arriada, y en su lugar se izó la enseña de la Union Jack.

Jocelyn la veía ondear en la torre de la iglesia protestante, sobre los minaretes árabes y en el palo de las chalupas inglesas del puerto, mientras recordó que había soñado con presenciar aquel día. Sí, había deseado que los ingleses depusieran a aquel hombre cruel que la humilló, limitó sus posesiones y hasta le hizo pasar hambre. Cuando Apelhanz rindió su sable al enemigo, Gerlinde y ella se acercaron a la plaza para presenciar la solemne ceremonia preparada por los ingleses: reunidos en formación, recibieron el arma del teniente y lo llevaron preso a uno de sus barcos. Aquel día Jocelyn sonrió; no de forma escandalosa, pero sí para sus adentros, con discreción, por su sueño cumplido.

La llegada de los ingleses se vio venir desde agosto, cuando el general Smuts, ayudado por los belgas que llegaron de la frontera oeste, tomó la Línea Central del Monorraíl. Sabedor de que había cortado la principal fuente de suministros del Ejército alemán, puso rumbo este y marchó hacia la capital. Ocupó Dar es-Salam el 3 de septiembre.

Pero ¿dónde se hallaban las tropas de Von Lettow? Más al sur, se decía, sorprendiendo al enemigo en Iringa, o quizás reabasteciéndose en Mahenge. Nadie podía asegurarlo ni era capaz de averiguar qué hombres acompañaban aún al comandante.

Por esa razón, Jocelyn ya no preguntaba; Gerlinde, sin embargo, había tomado la decisión opuesta. Procuraba indagar entre los pocos mercaderes que llegaban

desde el interior o con los refugiados del norte. Incluso solicitó información a los ingleses cuando estos ocuparon la ciudad. Por desgracia, nadie pudo informarla sobre el Ejército Fantasma, y menos todavía acerca de un capitán manco del brazo derecho que luchaba junto a Von Lettow. Pero Gerlinde se tomaba aquella ausencia de datos como una buena señal. «Si no hay noticias —decía—, es que todavía no le ha pasado nada». Con toda seguridad llevaba razón, pensaba Jocelyn. Al fin y al cabo, la trágica noticia sobre la derrota en Mombasa y la desaparición de Volkmer no tardó en llegarles.

Gerlinde siempre le reprochaba no preocuparse lo suficiente por aquellas cuestiones. Jocelyn sí pensaba en la guerra, en si Johan seguiría con vida, o en qué les depararía la llegada de los ingleses; pero durante los últimos meses se había abstraído más de lo normal, y todo por culpa de su experiencia en los callejones del barrio sur, cuando le pareció ver la figura del comandante Von Faulkbert.

El comandante estaba en paradero desconocido desde que decenas de hombres, alemanes y nativos, pusieron de manifiesto sus malos tratos y crueldades mientras fue el amo de las propiedades de Matumbi, y durante toda la rebelión maji-maji. Jamás llegó informe alguno sobre su muerte.

No. La figura que Jocelyn vio en el callejón no era ninguna alucinación. Estaba débil por la falta de alimentos; incluso era probable que, al igual que Mufid, también sufriera anemia, pero sabía que no alucinaba. Willem von Faulkbert había regresado. La pregunta que debía hacerse, aquella que la desviaba de otras ocupaciones, era por qué el comandante se había dejado ver de aquel modo, qué buscaba y cuál era la razón para que, desde su encuentro en mayo, no hubiera vuelto a saber nada de él. Gerlinde no debía saber nada de aquella aparición o entraría en pánico.

Los ingleses llevaban dos días en la ciudad y su presencia ya se había hecho notar. Desaparecieron las cartillas de racionamiento, el gobierno que favorecía a unos pocos, los *askaris* de Apelhanz vigilando bajo su puerta —o en cualquier otro punto de la ciudad—..., todo quedó envuelto en una extraña suspensión en la que, solo de vez en cuando, cuadrillas de indios recorrían las calles con la mirada puesta en cada pequeño detalle. Si Jocelyn pasaba un rato en el balcón, era fácil verlos con los fusiles al hombro y saludándose entre ellos.

Aquella habría sido una mañana igual a cualquier otra, sin nada más en lo que entretenerse, de no ser porque la patrulla de indios que pasaba por su calle se detuvo al escuchar unos gritos. Del este llegaron más soldados, y también de calles contiguas al sur y al oeste. Una vez reunidos, Jocelyn les escuchó hablar en un inglés con fuerte acento extranjero. Parecían inquietos. Al menos diez soldados indios descolgaron sus fusiles y echaron a correr en dirección norte.

Intrigada, Jocelyn se puso de puntillas y se apoyó en la baranda. Frente a ella, los tejados dificultaban la vista; más allá, el monótono paisaje de Kilwa no ofrecía otra cosa que los restos de los bombardeos. ¿Qué podría estar sucediendo?

Gerlinde apareció por una de las calles por donde acababan de entrar los soldados. Parecía muy sofocada, con su melena pelirroja despeinada y sometida a los caprichos del viento. No esperó a llegar a casa, sino que llamó a Jocelyn desde abajo:

—¡Baja! ¡Tienes que bajar! ¡Corre!

—¿Qué sucede?

—¡Baja, Jocelyn!

Se calzó las botas de montar, tomó unas horquillas para recogerse el pelo y cuando llegó a la calle, encontró a Gerlinde señalando hacia el norte. Los soldados indios regresaban formando una escolta, la vanguardia que precedía a cientos de refugiados. Todo un éxodo de hombres, mujeres, niños y ancianos. En su mayor parte, nativos, *akidas* y unos pocos colonos alemanes. Llevaban los pantalones, los *kangas*, las faldas o los pies desnudos llenos de barro, sin duda tras haberse escondido en las orillas del Rufiji. Casi todos, salvo los más ancianos o los más jóvenes, cargaban con fardos de tela sobre su cabeza o en las manos. Las mujeres, además, llevaban a sus bebés a cuestras. De cuando en cuando sobresalía una desvencijada carreta. Los indios de la escolta los guiaban hacia el centro de la ciudad.

—Vienen del norte —dijo Gerlinde, que ya parecía informada de todo—. La mayoría huyen de Dar es-Salam. Allí no hay alimentos. Algunos vienen desde Morogoro y de tierras al oeste. Son cientos, Jocelyn. ¿Qué va a pasar con ellos?

—No lo sé.

—Creo que los ingleses los van a echar. He comprendido parte de lo que decían los soldados indios. Les han ordenado vigilarlos para que ninguno se escabulla del grupo. Eso significa que no los quieren aquí.

—Gerdi, no podemos hacer nada por ellos. Nosotras también estamos bajo las órdenes de los ingleses... ¡Oh! —Se llevó una mano a la boca; acababa de identificar un rostro conocido.

Era fácil verla entre los nativos. Destacaba, no porque fuera más alta, sino por un brillo especial de la piel, una forma de caminar grácil, orgullosa; y aunque fuera una refugiada, observaba a los demás con la autoridad de una reina. Llevaba bordado su nombre en el *kanga*, el nombre de la protagonista de una canción.

—Langi... —recordó Jocelyn.

Al instante notó una punzada en la boca del estómago; una presión de la conciencia. Le dolía mirarla. Sin embargo, dejó la puerta de su casa, se adentró

entre la multitud, la tomó del brazo y la atrajo fuera del grupo. Langi, sorprendida al principio, no se resistió. Iba de la mano de otra mujer, a la que también sacó fuera.

—¡Jocelyn! —advirtió Gerlinde—. ¡Es...!

—Langi, ven. Te llevaremos a nuestra casa —le dijo Jocelyn aún tirando de su brazo.

—¡Los soldados nos miran! —advirtió Gerlinde.

Langi no perdió su pose altiva y se soltó de un tirón.

—No —sentenció—. Yo...

—¿Que no? —cortó Jocelyn alzando su voz—. ¿Vas a dejarte arrastrar por el orgullo? No busco que seas mi criada, ni mi esclava, ni que estés por debajo de mí. Aún me duele verte, lo admito. Sé por qué Willem te envió a mi casa, qué intenciones tenía y qué órdenes debías acatar tú. Pero eso corresponde a un pasado muy lejano, mucho. Todo ha cambiado desde entonces. Tú y yo no somos las mismas mujeres, ni la situación es semejante. Puedo ayudarte y quiero ayudarte. Aún no sé la razón, pero es así. Te estoy ofreciendo refugio y quizás algo de comida. Desconozco lo que te ofrecerán los ingleses. Es el momento de que decidas.

—Jocelyn..., se acercan los soldados —advirtió Gerlinde dando un codazo a su cuñada.

—¿Me ayudarás? —preguntó Langi.

—Sí. Quizás..., quizás solo quiero hacer algo bueno; algún bien en mitad de todo lo que está sucediendo. He vivido muchas injusticias. Nada más.

—Ella viene conmigo. —Langi señaló a la mujer que llevaba de la mano.

—¿Cómo te llamas? —interrogó Jocelyn.

—Uzuri, *memsahib*.

—No me llames así. No vas a servirme. Os daremos refugio, pero tendréis que ayudarnos a encontrar comida. Todas estamos en las mismas condiciones.

—¡Jocelyn! —alertó Gerlinde; los soldados estaban ya a unos metros y las reclamaban a voces.

—Contestad rápido —apremió la otra.

—Iremos —resolvió Langi.

El sanatorio de Kilwa despertaba muchos recuerdos en la memoria de Jocelyn, sobre todo el pequeño claustro rodeado de flores. Aquel espacio parecía el único elemento inalterado, pues los muros habían sufrido el impacto de los proyectiles de artillería. Los cascotes aparecían amontonados donde no fueran una molestia. Las escaleras que conducían al piso superior habían sido cubiertas por una alfombra de color granate, al pie montaban guardia dos soldados indios con la

mirada perdida. Otros tres soldados apilaban cajas de munición junto a la puerta trasera, allí por donde Bertram consiguió escapar de los maji-maji con ella a cuestas, según le había contado Johan Volkmer. Pendones con la bandera británica colgaban desde la balconada superior. Gerlinde los admiraba con una devoción reverencial, como si en ellos estuviera grabada la imagen de alguna divinidad.

—Creo que es ese —dijo aproximándose a su oído.

Se refería a un oficial inglés que las saludó con una sonrisa desde el piso superior. No tardó en aparecer por las escaleras. Llevaba la diestra sobre la guarda de su sable, y con la zurda sostenía el cazo de una pipa que chupaba con estudiada moderación. Era de estatura media, y tan pelirrojo como Gerlinde. Las formas de su cráneo guardaban cierta semejanza con las de los simios, pues le sobresalían el hueso frontal y las cejas. Pese a todo, era atractivo.

—Me han dicho que se defienden ustedes con el inglés —saludó en su propio idioma, y dio otra calada a la pipa.

—Yo lo aprendí de joven —respondió Jocelyn—. Mi cuñada, Gerdi, entiende lo suficiente.

—Excelente. Entonces, no tendré que valerme de un intérprete. Soy el teniente Marc Heffes. He sido designado como oficial al mando de Kilwa y, como podrán ver, he instalado mi cuartel general en su sanatorio.

—¿No tienen enfermos? —preguntó Gerlinde.

—Claro que tenemos, señora. Pero los tratamos a bordo de nuestro crucero. Este es uno de los edificios más resistentes de la ciudad, y por su ubicación resulta tácticamente ideal para contrarrestar un embate enemigo.

—Disculpe, teniente —intervino Jocelyn—. No utilice palabras tan...

—¡Oh! Qué descuido. Quería decir que en este edificio podremos defendernos de un posible contraataque. ¿Me han comprendido ahora? Pero suban. He preparado té.

Les ofreció un brazo a cada una y los tres subieron juntos a la primera planta. Las habitaciones para los enfermos albergaban a los soldados o servían de almacén de suministros, puesto de telégrafo y despachos. El teniente condujo a Jocelyn y Gerlinde hasta la pieza más grande, donde los aguardaba una elegante mesa de caoba y varias sillas de respaldo taraceado. Era, en conjunto, un mobiliario que rozaba el barroquismo.

—Siéntense, por favor —ofreció Heffes, que se apresuró a tomar la tetera y rellenar las tazas—. Es de la India. El mejor que existe, créanme. Los ingleses sabemos apreciar un buen té cuando lo probamos.

Aguardó a que las dos mujeres se hubieran sentado para hacerlo él, y no abrió la boca hasta obtener un veredicto.

—Muy bueno —señaló Jocelyn tras probar el primer sorbo.

—¡Sí que lo es! —dijo Gerlinde con mayor entusiasmo.

—No saben cuánto me alegro. Pero ahora hablemos de la razón por la cual les he hecho venir. Mis soldados me han informado de un incidente durante la llegada de los refugiados. Por lo visto, acogieron a dos mujeres negras.

—Así es. Las conocíamos de antes.

—Ya veo..., eso no me lo habían dicho mis hombres. Una amistad anterior a la guerra, imagino.

—Sí.

Heffes tomó su taza con ambas manos y observó en silencio el líquido bronceado hasta que, de repente, alzó una ceja para mirar a Jocelyn.

—¿Saben? En realidad, no hay nada transgresor en lo que han hecho. No voy a castigarlas. Es más, haré todo lo contrario. Han demostrado una altísima dosis de humanidad con esas mujeres; me han conmovido. ¿Tienen alimento suficiente?

—Lo cierto es que no, teniente Heffes —se apresuró a reconocer Gerlinde.

El hombre la miró de reojo, pero volvió a dirigirse a Jocelyn:

—Les daré comida y agua. Tal vez algo con lo que vestirse..., no sé, supongo que algunos colonos podrán prestarles una ropa más... femenina.

—¡Es muy amable! —Gerlinde entrelazó los dedos en actitud rogatoria—. ¡No sabe cuánto se lo agradecemos! Los ingleses son tan cordiales como... como...

—Gerlinde quiere decir que hace usted honor a la cordialidad inglesa —terminó Jocelyn en vista de que su cuñada no encontraba las palabras adecuadas.

—Son muy amables. Procuro tratar a dos damas tal y como creo adecuado. Díganme, ¿dónde se encuentran sus maridos?

—En la guerra —respondió Gerlinde.

—¿Los dos?

—Sí, los dos.

—Ya veo... —Heffes sopló su té y se llenó la boca con un generoso buche—. Esta contienda es una tragedia. Espero que finalice pronto, y que lo haga con la paz.

—Pensamos igual que usted —dijo Jocelyn.

—¿Hay algo más que pueda hacer por su bienestar?

—Si pudiera darnos medicinas —indicó Jocelyn—. Tenemos un anciano enfermo en casa.

—¿Un anciano, dice? ¿Qué padece?

—Lleva meses sufriendo de anemia.

—¡Meses! Deben ser ustedes unas enfermeras fabulosas.

—Hemos aprendido a defendernos bien, teniente. La situación nos ha obligado. África es una tierra hermosa, mágica; pero también dura.

—Entiendo. Saben lo que se hacen —declaró esbozando una sonrisa que solo dirigió hacia Jocelyn.

—Llevamos mucho tiempo cuidándonos solas.

—Solas..., bueno, eso no tiene que ocurrir más. Yo las visitaré cuando me sea posible.

—Se lo agradecemos —dijo Gerlinde.

—Pero... —completó Jocelyn—, en realidad, no nos hace falta más ayuda que la que nos ha ofrecido. Agradeceremos la comida, el agua, la ropa y las medicinas. No queremos molestarle con nada más.

—¡Oh! No será ninguna molestia. De ninguna manera. Escuchen, ordenaré trasladar a ese anciano a mi barco. Allí lo cuidarán médicos ingleses. Prometo que se lo devolveré sano y salvo. Así ustedes quedarán liberadas de una carga; volverán a tener tiempo para el ocio. Estoy seguro de que...

—Mufid no es ninguna carga. —El tono de Jocelyn era seco, y lo subrayó poniéndose en pie—. Él cuidó de mí cuando estuve enferma. Lo hizo durante mucho tiempo. Le debo la vida, señor. Estaré en deuda con usted si me aporta las medicinas necesarias para que me ocupe de su recuperación.

Heffes también se incorporó. Gerlinde fue la última en reaccionar.

—Lamento si la he importunado. No pretendía...

—No lo ha hecho. Ha sido todo un caballero.

—Espero que así lo piense. —Alargó su mano y tomó la de Jocelyn.

Esta notó el tacto frío de la punta de sus dedos; el teniente casi ni tocó su piel, y aquello, precisamente, fue lo que más inquietud le causó.

—En fin, supongo que tendrán cosas de las que ocuparse. —El beso sobre sus nudillos le produjo un cosquilleo incómodo; notó los labios del militar en un roce casi imperceptible, pero ladino.

—Hasta otra, teniente —dijo Gerlinde ofreciendo su mano.

No las acompañó al exterior, como habría sido de esperar, sino que las observó descender las escaleras desde la balconada y siguió su trayecto a través del claustro hasta que abandonaron el sanatorio. Una vez en la calle, y después de cerciorarse de que no había soldados ingleses por los alrededores, Gerlinde se aferró del brazo de su cuñada y se acercó a su oído:

—¡Le gustas, Jocelyn! ¿Lo has visto? No te quitaba los ojos de encima. ¡Me parece que lo has hechizado! Creo que ahora conseguiremos todo lo que se nos antoje. ¡Se terminó andar vendiendo los muebles para comer! A partir de hoy, seremos nosotras quienes estaremos en una posición privilegiada. ¿Qué te parece? Casi me alegro de que hayan llegado los ingleses. ¿Tú no? —Tiró del

brazo de su cuñada, que parecía pensativa.

—¡Jocelyn! ¿Qué te ocurre? ¿No te alegras?

—Sí... sí —dijo por zanjar la conversación; en su interior aún le estremecía el tacto de aquellos dedos y aquel beso del inglés.

Solo hicieron falta dos días para que el teniente Heffes rondara a Jocelyn de manera furtiva. Ella lo descubrió montado en su caballo, aparentando que efectuaba rondas por la ciudad. Siempre que Jocelyn salía al bazar, a la iglesia o a pasear, veía por el rabillo del ojo las crines blancas del caballo de Heffes. El oficial siempre se quedaba lejos, y Jocelyn procuraba no mirarlo de frente por miedo a que el saludo se hiciera obligatorio. No deseaba hacer ni decir nada que propiciara su acercamiento y, de hecho, cada vez que se sentía agobiada por la pesada estampa del inglés, le daba la espalda, aligeraba el paso y procuraba terminar rápido sus tareas para regresar a casa.

Aquel esquivo juego duró algo más de un mes. A mediados de noviembre Jocelyn descubrió a Heffes una tarde desde el balcón. Lo vio apoyado en la esquina de una calle perpendicular; serio y con la mirada fija en ella. Desde ese día el teniente aparecería en ese mismo punto muchas veces; primero dos a la semana; cuatro después. Nunca tenía una hora fija, sino que se plantaba allí cuando le convenía, pero siempre con la seguridad de que Jocelyn estaría en casa.

Igual que cuando la espiaba a caballo, tampoco en aquellas ocasiones decía ni hacía nada; y aquello era lo más perturbador: que Heffes, aunque se supiera descubierto en su puesto de vigilancia, no se movía un milímetro. Solo desaparecía cuando él lo estimaba oportuno; aburrido de mirar sin más, volvía al sanatorio.

Desde septiembre los sacos de alimentos y ropa se amontonaban en la casa. El pescado cocinado, la carne y las verduras no encontraban bocas suficientes para dar cuenta de ellos. A pesar de todo, Jocelyn ordenó a Gerlinde, Uzuri y Langi que guardaran las sobras en la despensa, y también en ciertos escondites diseminados por toda la casa. No quería desperdiciar nada, y solo intercambié la comida por otros bienes en contadas ocasiones, pues necesitaba reponer algunos muebles.

La época de escasez la había vuelto precavida. No obstante, existía otra razón

más poderosa, que fue germinando en su interior desde que Heffes aguardara frente a su balcón: cada vez que lo descubriría atisbando, la boca del estómago se le cerraba y notaba un hormigueo nacer en la punta de sus dedos; una picazón molesta sobre un presentimiento que, a falta de un lugar mejor por donde salir, la tentaba con la idea de morderse las uñas.

Con la llegada de diciembre y la temporada de lluvias, Heffes desapareció de su apostadero. Jocelyn no volvió a saber nada de él en dos semanas.

La noche del 15, mientras Uzuri, la mejor cocinera de la casa, servía la cena al resto de mujeres, alguien llamó a la puerta. Gerlinde fue a abrir.

—¡Teniente! ¡Qué agradable sorpresa! —saludó en inglés; y su voz, alta y aguda, recorrió la planta baja hasta llegar al salón.

Jocelyn tragó el bocado que masticaba, dejó sobre la mesa la servilleta que le cubría las piernas y se puso en pie. Apenas se hubo girado, la sorprendió ver que Heffes ya se encontraba a su lado.

—Señoras. —Se quitó la gorra a modo de saludo—. Disculpen que las moleste en mitad de la cena.

Uzuri y Langi se mantuvieron rígidas en sus sillas.

—No hablan inglés —aclaró Jocelyn.

—Entonces, si pudiera transmitirles mis disculpas...

Jocelyn les habló en alemán. Las mujeres ni se inmutaron. Las dos criadas se asomaron desde la cocina, justo a la espalda del teniente. Jocelyn las despidió con un veloz movimiento de los ojos y ambas desaparecieron.

—¿Qué le trae por aquí?

—Me intereso por su estado, señora. Por el de todas las mujeres de esta casa. Quería saber si les llega comida suficiente.

—De sobra. Muy amable.

—Me alegra escuchar eso. —Se inclinó hacia la mesa—. ¿Qué han cocinado?

—Carne de ternera. La que nos dejó hace dos días.

—Tiene una pinta estupenda..., con su permiso.

Tomó una silla que estaba apartada, la puso entre el sitio de Gerlinde y el de Jocelyn, y esperó detrás del respaldo hasta que las dos mujeres se hubieron sentado. Gerlinde se mostró afable, pero Jocelyn notó otra vez la picazón en la punta de los dedos y la mirada del teniente, no muy distinta de aquella que solía dedicarle desde la esquina. Uzuri se levantó, fue a la cocina y volvió con un plato y cubiertos.

—Gracias —dijo Heffes tomándolos—. Señoras, vengo a darles noticias que quizás no les agraden, pero creo que es mi deber informarlas de que nuestra flota ha continuado rumbo sur y ha capturado Lindi. Asimismo, los portugueses han iniciado su ofensiva desde la región de Mawia. Con los tres frentes abiertos, por

ingleses, belgas y portugueses, puedo confirmar que el Ejército del comandante Von Lettow pronto se hallará acorralado. —Cortó un buen pedazo de ternera y se lo introdujo en la boca—. ¿Comprenden lo que les digo? —preguntó al tiempo que masticaba.

Jocelyn apenas había entendido su discurso. El teniente volvía a emplear frases enrevesadas y palabras demasiado complejas. Prefirió asentir antes que preguntarle nada. Estaba cada vez más inquieta. Heffes tomó un largo trago de agua antes de continuar:

—A estas alturas, más de la mitad del África Oriental Alemana se halla en posesión inglesa. De hecho, considero inadecuado llamarla de ese modo. Al fin y al cabo, esta tierra nos pertenecía hasta la llegada de Karl Peters en... ¿1885?

—Así es —respondió Gerlinde.

—Bien. —Cuchillo en mano, Heffes comenzó a cortar otro trozo de ternera—. He procurado que vivan ustedes como corresponde a unas damas. Llevo largo tiempo alimentándolas; no obstante, recibo la presión de mis superiores para que modere mi generosidad. Son el enemigo, al fin y al cabo.

—¡Nosotras no podríamos hacer daño a nadie! —señaló Gerlinde con una sonrisa—. Somos unas pobres mujeres que han sobrevivido como han podido.

—Y lo han hecho bien, desde luego. Al menos han logrado conservarse muy hermosas, pese a todos los problemas.

Gerlinde se tapó la boca para sonreír, pero Jocelyn no hizo ningún esfuerzo por distender los labios. El teniente no le quitaba ojo.

—Disculpe, ¿la he ofendido?

—No —respondió Jocelyn deprisa—. No estoy acostumbrada a los piropos. Eso es todo.

—Hace mucho que no los recibe, ¿no es cierto?

—Así es... ¿Le apetece algo de fumar? Tenemos tabaco.

—Muy amable.

—Langi, trae la caja de cigarros. Está en la cocina, sobre la alacena.

La negra se puso en pie. Entre las dos mujeres hubo un cruce de intuiciones que nadie detectó, ni siquiera Gerlinde, a quien la divertía ver los requiebros del teniente.

—Es una pena que no le dirijan piropos más a menudo —retomó Heffes—, merece usted que se los digan todas las mañanas.

—Tiene razón usted, teniente —intervino Gerlinde—, es muy guapa.

Después pidió a Jocelyn que tradujera con más detalle lo que deseaba expresar.

—Gerdi siempre insiste en que debo dejarme el pelo largo y peinármelo mejor —dijo Jocelyn—. También dice que, ahora que nos ha traído usted vestidos, ya

es hora de abandonar los pantalones y las botas.

—Ya casi no la recuerdo con otra cosa —rubricó Gerlinde en inglés.

—Muy cierto —señaló el teniente. Dejó sus cubiertos y se volvió para encarar a Jocelyn; dando casi toda la espalda a Gerlinde—. Resultaría un deleite para la vista contemplarla con un vestido.

—No puedo concedérselo.

—Pero le he traído varios. ¿Por qué cree que lo he hecho? Póngase uno, hágame el favor. Verla con un vestido haría de esta cena un momento perfecto.

—Lamento no poder complacerle, teniente. Estamos cansadas, y mañana debemos...

—No me importa. —Su mano se deslizó sobre la mesa hasta una servilleta que agarró con fuerza contenida—. He hecho muchas cosas buenas por usted, Jocelyn. Están solas, y cuando ganemos la guerra necesitarán a alguien que las proteja, que cuide de sus posesiones para que ningún otro se las apropie. ¿No quiere eso?

—¿Podemos hablar de algo diferente a la guerra? —pidió Gerlinde con gesto aburrido.

—Cállese. —Heffes apenas volvió la cabeza para dirigirse a ella.

Gerlinde palideció. Al otro extremo de la mesa, Uzuri comenzó a temblar de la cabeza a los pies.

—Usted sí me entiende, ¿no es verdad, Jocelyn? Me ha entendido desde el principio.

—Sí.

—Me encantaría verla con un vestido. ¿Se lo pondrá?

—No, no lo haré.

—La guerra es cruda, Jocelyn. Suceden desgracias. ¿De verdad prefiere vivir ajena a mis cuidados? ¿Lejos de mi protección? Si no se pone el vestido, no podré seguir atendiéndolas.

—Ya le he dicho que sabemos apañarnos solas.

—No lo está comprendiendo...

Desenfundó su revólver con extremada tranquilidad y apuntó con él a Gerlinde. La mujer abrió los ojos de par en par. Empezó a hiperventilar, y luego a sollozar en voz baja.

—Les he dicho que son el enemigo, y estoy al mando de esta ciudad. Yo decido quién es un peligro y quién no. Ustedes desobedecieron mis órdenes. Han cobijado a dos refugiadas cuando se ordenó que nadie debía darles amparo. Voy a verme obligado a tomar medidas. Póngase el vestido para mí.

Jocelyn se levantó de su asiento.

—¡No! No se mueva. Quiero que se lo ponga aquí, delante de mí. Mande a esa

que se lo traiga. —Señaló a Uzuri con el cañón.

—Ve —pidió Jocelyn—. El azul que está sobre la cama.

Uzuri salió disparada, subió las escaleras y al minuto descendió con un vestido de algodón azul, de falda corta hasta la rodilla rematada con flecos, breve escote y tirantes. Solía ir acompañado por una cinta con pluma para el pelo y zapatos de tacón, pero Uzuri no se preocupó de bajarlos.

—Magnífico gusto —apreció el teniente cuando Jocelyn lo colocó sobre el respaldo de la silla—. Quítese la ropa.

Ella comenzó por el pañuelo que siempre llevaba al cuello. Después se deshizo del cinturón y a continuación bajó hasta las botas. Uzuri reuló hasta pegar la espalda a la pared. Gerlinde continuaba derramando lágrimas sin hacer ruido. Se le había corrido el rímel, que ahora surcaba sus mejillas en negras sendas. El teniente se mordía los labios.

—¡Cielos, Jocelyn, es usted tan hermosa! Si hace todo lo que le diga, no le faltará de nada. Yo cuidaré de usted, impediré que le pase nada malo. Jamás habría imaginado tanta belleza reunida. Sí, quítese las botas. Ahora la camisa. Desabotónesela, despacio, por favor. Sí, muy bien...

Jocelyn sentía repulsión. Una asfixiante sensación de asco por el hombre que tenía enfrente. Su corazón latía agitado, pero no bombeaba la suficiente sangre a su cerebro porque comenzó a marearse, igual que cuando la enfermedad la acosaba. Quería reaccionar, luchar contra el acoso, pero el revólver continuaba apuntado hacia la desconsolada Gerlinde, quien respiraba a la misma velocidad que ella. Empezó a desabrochar los botones de su camisa desde arriba. Al tercero, el surco entre sus pechos se hizo visible. Heffes, obnubilado, clavó la mirada en aquel punto. Su rostro se encendió con un rubor obscuro, y el ápice de la lengua asomó desde la oscura cavidad que era su boca entreabierta. Entonces, en aquel preciso instante, Jocelyn descubrió que no podía soportarlo más. En su interior se removió la misma sensación que le hizo dar media vuelta cuando el *akida* Sefu bin Amri intentó quedarse con las tierras de Matumbi. Era, con toda seguridad, un pedazo de aquella esencia mágica que la había envuelto para curar su enfermedad; un regalo de la misma tierra africana, que ahora terminó empujándola directa hacia el teniente. Lo tomó por las muñecas y desvió el revólver del pecho de Gerlinde antes de que este abriera fuego. El disparo dio contra un cuadro, que cayó al suelo.

—¡Corred! —se refería a Gerlinde y a Uzuri; ambas cruzaron la mesa por el lado contrario a aquel en el que se producía el forcejeo.

Pero no lograron escapar. Heffes consiguió incorporarse, se liberó de la muñeca que sujetaba el revólver y golpeó a Jocelyn con la empuñadura. La mujer cayó redonda, con una brecha en la frente que no tardó en sangrar.

Entonces Heffes se volvió a las dos mujeres, que justo habían quedado frente a él. La mesa los separaba.

—¡Zorras! ¡Después de cómo os he tratado!

—¡Déjenos salir! —rogó Gerlinde—. ¡Se lo ruego!

Abrir la boca fue su perdición. Heffes abrió fuego contra ella. La bala le dio de lleno en el centro del estómago. La mujer se sobresaltó con el impacto; se llevó las manos al vientre y observó aterrada la herida. Trastabilló, apoyó la espalda contra la pared y fue escurriéndose hasta quedar sentada. Desde el suelo, Jocelyn abrió los ojos. Bajo la mesa pudo ver a su cuñada, pálida en extremo.

—¡Gerdi! —la llamó sin apenas voz.

Extendió un brazo, como si hubiera alguna esperanza de alcanzarla a pesar de que las separaban varios metros, pero de repente Heffes cayó sobre ella. El peso del teniente la aplastó contra el suelo, mientras que su aliento, demasiado cerca de la oreja, arrastró una voz dominada por la excitación:

—Ahora verá, señora, adónde quería llegar.

Notó que intentaba quitarle los pantalones. Intentó pelear, pero el teniente era demasiado fuerte para ella y el golpe con el revólver la había desorientado. Gerlinde ya no se movía. Tenía las manos cubiertas de sangre y los ojos cerrados. En la esquina opuesta, Uzuri chillaba de horror. Por el rabillo del ojo vio que alguien se aproximaba, muy rápido. Demasiado para reaccionar. Heffes tampoco tuvo tiempo.

Langi venía de la cocina empuñando un cuchillo. Lanzó dos estocadas al aire e hizo retroceder al teniente. La tercera tocó la carne del antebrazo; aquel con el que Heffes había intentado protegerse de un ataque que, de otro modo, le habría rajado la cara. Jocelyn se puso en pie, se tropezó, volvió a intentarlo y pudo incorporarse. Echó a correr sin mirar atrás. Alcanzó el recibidor y se golpeó contra la puerta de la calle. Escuchó un disparo y un chillido. Era la voz de Langi. Había sido alcanzada. Otro disparo. Ahora nadie gritó.

Abrió la puerta y salió. Era una noche clara, con luna y un millón de estrellas en la bóveda celeste. El suelo estaba frío; lo sentía porque iba descalza. Tres disparos para tres mujeres. ¿Estarían todas muertas? Gerlinde lo parecía, sin duda. ¿Y Langi? ¿Y Uzuri? Pero ¿y las dos criadas? ¿Y Mufid? Dejaba a todos atrás para escapar. No, no debía hacerlo. La necesitaban.

Dio media vuelta cuando no se había alejado ni diez metros. Quiso regresar, pero Heffes estaba allí, a un metro de ella, quizás menos. Una mano caliente y sucia se movió hasta su boca y se la tapó; al mismo tiempo, sintió en su pecho descubierto el ardiente contacto de un cañón de revólver recién disparado.

—Volvemos adentro, señora. Todavía no hemos terminado —escuchó que decía Heffes; sus ojos aún no se habían acostumbrado a la noche, de modo que

solo observó una silueta.

Pero tras su agresor vio que aparecía otra sombra, casi tan negra como el cielo. Alzó un brazo, que descendió a gran velocidad contra Heffes. El teniente lanzó un gemido sordo. Jocelyn aún era incapaz de percibir los detalles; con todo, pudo ver el sable de caballería alemán clavado en la espalda. La sombra misteriosa lo retiró con un movimiento rápido, y luego giró a su víctima y volvió a clavárselo en el estómago. Heffes cayó de rodillas y así se quedó, con la cabeza gacha, los hombros caídos y los brazos colgando inertes. Entonces la figura rodeó el cadáver, tomó a Jocelyn del brazo y tiró de ella.

—Buenas noches, señora Kast —saludó una voz masculina, autoritaria, en un alemán que destilaba carisma—. Hacía mucho tiempo. Mucho tiempo...

La altura, la complexión y, sobre todo, la voz, hicieron recordar a Jocelyn un amargo presagio. Era el mismo hombre que se había presentado ante ella en el callejón, meses atrás. Había envejecido con los años; buena prueba era su pelo encanecido. Largo tiempo en el exilio había tostado su piel hasta volverla de un pardo oscuro, pero por lo demás continuaba en posesión de aquella mirada de guerrero nato, de soldado sin escrúpulos, de comandante inmisericorde.

—¡Willem! —exclamó cuando ya pudo verlo.

—No puedo permitir que ese hombre acabe con su vida, apreciada Jocelyn. Mucho me temo que tengo un plan diferente para usted.

—¿Qué pretende hacer conmigo?

—Llevo mucho tiempo aguardando el momento adecuado, observándola. Y confieso que no era esta noche cuando había de suceder, pero si los acontecimientos deben apresurar mi venganza, que así sea. Le explicaré por el camino lo que vamos a hacer para divertirnos, Jocelyn.

Ella se dispuso a chillar, pero el comandante le tapó la boca. También hizo fuerza para soltarse, pero no tardaron en unírsele hasta diez hombres. Eran nativos, pero no pertenecían a los *askaris*, sino que vestían ropas tribales. Se trataba de los hehe. Aquellos que llamaban Abhadu al comandante; los que siempre le habían creído un dios.

Willem arrastró a Jocelyn en dirección norte, fuera de la ciudad. Ella echó una última vista atrás, antes de que la distancia le impidiera ver su casa y comprobar si salía alguien, o se le mostraba alguna pista de que Gerdi, Uzuri o Langi continuaban con vida. Pero no vio nada.

—¡Estamos tan cerca! —dijo Bertram sin apartar los ojos de la luna llena; desde su posición en la trinchera, el satélite ocupaba el centro de una franja de cielo estrellado—. Tan cerca de casa.

—Las noticias de Kilwa no son alentadoras —respondió Franz—. La ciudad ha sido tomada por los ingleses. No podemos...

Le interrumpió un mensajero que cayó a la trinchera tras arrastrarse por el suelo. Era uno de los masáis, enviado por Von Lettow.

—Informe —solicitó aquel hombre semejante a una torre de ébano.

Franz hizo una seña a un *askari* sentado a unos metros. El soldado tomó un espejo, lo ató a la punta de la bayoneta y lo asomó por encima de su cabeza. Tras otear el exterior, informó:

—Nada en el *boma*.

Se refería al fuerte de Kibata, que Von Lettow llevaba asediando durante dos semanas. Los King's African Rifles y la 129 Compañía de Baluchis lo protegían, y a pesar de las numerosas bajas que ya había ocasionado el comandante, el enemigo se negaba a dar la batalla por perdida. En Kibata aún ondeaba una bandera de la Union Jack, agujereada de balazos, sí, pero todavía erguida sobre una de las torres que apenas se mantenían tras ser bombardeadas sin piedad por los cañones del *Konigsberg*.

Von Lettow se estaba tomando el asedio con tranquilidad. Ganaba terreno a centímetros y con eso le bastaba. Los ingleses intentaban hacerlos retroceder mediante las ametralladoras de las trincheras, las bombas Mills y las lindezas que, de cuando en cuando, les gritaba el teniente coronel al mando del fuerte: se refería a ellos como *hunos*, prometía aplastarles cuando llegaran los refuerzos y aseguraba que ahorcaría a Von Lettow en los muros de Kibata. Por supuesto, el comandante se tomó aquello como un reto personal.

Kibata se encontraba rodeada por las colinas de Matumbi, en una zona frondosa y no lejos de plantaciones de cocoteros. La fortaleza fue ocupada por los ingleses en octubre; desde entonces los alemanes habían intentado

recuperarla en más de una ocasión; sin embargo, Von Lettow contaba con un plan alternativo. A su llegada, decidió atacar por el este, donde movilizó los cañones del *Konigsberg*. Puesto que el *boma* había sido pensado para rechazar un ataque nativo, no se tuvo en cuenta su ubicación estratégica para nada que no fueran flechas y lanzas. Así pues, los cañones de Von Lettow, ocultos en las colinas en una posición elevada, comenzaron a bombardear las zonas de patrulla de los baluchis y los muros de Kibata.

El asedio se alargó por la resistencia británica. Tras una semana, quedó claro que la guerra de trincheras decidiría la victoria. Cada bando ocupaba sus zanjas, donde permanecían hasta que se ordenaba un nuevo ataque.

—Nada en el *boma* —repitió Franz al masái.

Aquella orden significaba no solo que no se registraba novedad en el fuerte, sino que tampoco sucedía nada en los alrededores. El emisario reptó fuera y se alejó por la oscuridad.

Dado su conocimiento previo del terreno, los hermanos Kast habían sido ubicados en la vanguardia. Sin embargo, solo Franz se hallaba concentrado en su misión. Su hermano contemplaba la luna buscando una salida a sus inquietudes.

—Bertram, ¿has oído? Nada en el *boma*. —El aludido no hizo ningún gesto, de modo que su hermano decidió cambiar de tema—: Seguro que están bien.

—Estamos tan cerca, Franz... Deberíamos ir a Kilwa. Dos hombres solos no llamarían la atención de los ingleses. Podríamos buscar a Jocelyn y a Gerdi...

—¿Y abandonar nuestro puesto?

—¿Por ellas? Sí.

Franz no quiso responder a tan notable muestra de insubordinación; tampoco deseaba reprochar nada a su hermano mayor. Pese a ello...

—Has cambiado en muchas cosas, Bertram. El tiempo te ha hecho diferente, ya lo creo. Pero en el fondo continúas encerrado en esa obsesiva preocupación por aquellos que te rodean. Es un sentimiento notable, pero ahora entiendo que, aunque lo desees, jamás podrás anteponerlo a los dictámenes del buen juicio. Es superior a ti. Se trata de esa fiera que llevas dentro. Te ha movido a las peores acciones, pero también ha hecho que germinara en tu pecho una pasión desahogada. Eso jamás podrás evitarlo. Mírate, vistes el uniforme militar, pero nada te importa la causa por la que luchamos. Te unirías a los ingleses si ello significara nuestra salvaguarda.

—No deberías formular tales acusaciones a la ligera. Nos hallamos en un momento delicado, como podrás comprender.

—Pero no me contradices.

—Sí, Franz, llevas razón. ¿Es eso lo que quieres oír? Unos meses atrás, cuando escapé con Volkmer de la prisión de Mombasa, tuve que matar a nuestro

carcelero. Lo hice con la frialdad de un asesino, sin dudas, sin remordimientos. Tomé una bayoneta y le atravesé el pecho antes de que tuviera tiempo de reconocer quién lo atacaba. No tuve reparos en matarlo, ninguno, porque en mi mente solo circulaba una idea: liberar a Volkmer, llevarlo de vuelta con Jocelyn para hacerla feliz.

»Como verás, hermano, si hay un Dios en el cielo, se ha ocupado de confundir mis planes. Volkmer está muerto, pero a mí me sigue preocupando mi esposa. ¿Qué me importan los ingleses? Nada, me daría igual trazar una senda de cadáveres si con ello lograra que Jocelyn y tú estuvierais a salvo. Soy una mala persona por ello. Lo sé. No puedo ser de otro modo. He viajado, he sufrido, he matado. He despedazado la buena alma de Jocelyn por culpa de mis malas decisiones, y no he sabido conservar tu cariño, Franz. Ahora me encuentro en una guerra que no me importa, bien lo sabes. Pero todo es por permanecer a tu lado y velar por ti. Sí, ya sé que no te hace falta. Hace muchos años que no me necesitas, incluso puede que nunca hayas precisado mi vigilancia. Pero esa es la parte del animal que llevo dentro que no puedo, y no quiero, ver desaparecer. Por eso debo insistirte para que dejemos esta trinchera y corramos hacia las colinas. Solo necesito saber que Jocelyn está a salvo, aunque la ciudad haya caído en manos de los ingleses.

—No podemos. Sin nuestro mando, los hombres se verían perdidos. Además, es muy peligroso. Los ingleses vigilan cualquier movimiento, igual que nosotros.

—En ese caso iré solo. Cuando regrese, caeré en esta misma trinchera, sé que os encontraré aquí, peleando, tal y como lleváis días haciendo. Nada habrá cambiando, y nadie habrá notado mi ausencia.

—No lo hagas, hermano. Puedes traicionarme a mí, te lo permito, pero no le falles a Von Lettow.

No obstante, Bertram ya se había decidido. Se echó el fusil al hombro y dio media vuelta, pero entonces lo detuvo una sensación extraña. La línea de la trinchera discurría frente a él describiendo una leve curva a la izquierda. Los *askaris* aguardaban sentados, fumando los cigarrillos que Millman acababa de repartir. Su amigo se tocó la gorra a modo de saludo cuando Bertram le clavó los ojos, pero este no lo devolvió, sino que, alzando la mirada, observó el cielo por encima de su cabeza: los cocoteros llenaban los flancos; a pesar de los conflictos aún quedaban muchos en pie. Por encima, el cielo estaba encapotado; la luz de la luna dejaba ver borrones de nubes que viajaban perezosamente gracias a una tímida brisa.

Aquella imagen trajo a su recuerdo una ensoñación, o más bien una pesadilla, que le sobrevino muchos años atrás, a finales de 1904, cuando a punto estaba de emprender el viaje al África Oriental Alemana. Era aquel sueño en el que lo

alcanzaba un torrente de agua con cabeza de tigre. Miró a su espalda, lívido y tiritando por un súbito temor. Solo halló a Franz; pero por un instante creyó escuchar cómo se le aproximaba el agua. No debió ser el único, pues de repente los soldados se colocaron en sus puestos de un salto, con los oídos atentos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Millman abrazando su fusil y aspirando una gran calada de su cigarrillo.

Franz pidió silencio con un dedo. Transcurrió un breve lapso antes de que el sonido volviera a repetirse.

—Suenan como madera tronchándose —dijo el capitán Kast—. Están talando árboles. ¡Atención, vigía!

El *askari* asomó el espejo.

—Nada en el *boma*.

Franz torció el gesto.

—No ocurre nada en el fuerte —declaró Bertram—. El sonido viene de lejos..., de las colinas.

—Pero no es Von Lettow —aclaró Millman aproximándose a los dos hermanos—. Nos habría informado de un movimiento en la artillería.

Franz apretó el puño. Alargó el brazo para solicitar el espejo al vigía. Con él en su poder, lo dirigió hacia las colinas. La luna ofrecía la suficiente luz como para adivinar sus contornos. Fue estudiándolos, hasta que observó cómo un fogonazo surgía de uno de ellos.

—¡Artillería enemiga, todos a cubierto!

Se lanzaron al suelo poco antes de que el primer proyectil diera contra la trinchera, a solo unos metros de distancia. Montones de tierra embarrada cayeron sobre los hombres que se hallaban cerca, enterrándolos de tal forma que no pudieron escuchar cómo, desde las trincheras inglesas, se iniciaba el fuego de ametralladora.

Las promesas del mando británico eran ciertas: los refuerzos habían llegado al fin. Se trataba ni más ni menos que de dos cañones procedentes de la Batería de Montaña de Bengala, cuyo primer objetivo fueron las trincheras de los alemanes.

Bertram sintió que una losa le caía encima. Notó que el cuerpo lo empujaba a respirar, a toser, pero a cada intento por inhalar no encontró más que tierra en su boca. Entonces alguien lo tomó de la mano y tiró. Millman acababa de rescatarlo. Tenía la cara manchada de sangre.

—¿Aún está vivo, amigo?

—¿Y Franz?

—Defendiendo las posiciones. —Señaló hacia el este, donde el proyectil de artillería no había derrumbado la trinchera.

Los *askaris* se agrupaban allí, dirigidos por el capitán Kast. Por encima de sus

cabezas volaba un enjambre de pequeños haces de luz; las ametralladoras inglesas dirigían todo su fuego contra ellos. Los soldados de Von Lettow respondían a su vez con toda la potencia de sus armas, de tal modo que el campo de batalla no tardó en convertirse en un escenario de pesadilla. Pero esto no detuvo el valor de los cipayos, quienes no dudaron en lanzarse a la carrera cuando empezaron a escucharse los silbatos de sus superiores ingleses. Como una estampida, dejaron sus trincheras y arrojaron sus bombas Mills para despejar el terreno justo cuando los *askaris* les salían al encuentro. Las explosiones se sucedieron por todas partes, arrojando tierra, sangre y miembros arrancados de los que tuvieron la mala fortuna de toparse con una de aquellas granadas. Franz, aún a cubierto, miró a su hermano de la forma más resolutiva que pueda un hombre a punto de combatir contra la parca; después abandonó la trinchera, y desenvainando el sable, guio a sus hombres.

—¡No! —gritó Bertram, que todavía estaba desembarazándose de su prisión de arena.

Con un nuevo tirón de Millman, salió del montículo. Buscó su fusil, pero no lo halló. A su alrededor solo quedaban los restos de hombres a quienes el proyectil había dado de lleno.

—¡Franz! —gritó.

Buscó el modo de salir, pero apenas hubo asomado la cabeza, le cayeron encima seis cipayos. Bertram cayó debajo de aquellos hombres, que al principio se centraron en Millman. Su compañero le descerrajó dos disparos al primero y sacó un cuchillo que guardaba en la bota para defenderse de los demás. Bertram no tardó en incorporarse. Rugiendo como un poseso, aferró a uno de aquellos hombres del cuello y golpeó su cara repetidas veces. El cipayo cayó ensangrentado; los otros, viendo que era un enemigo más peligroso que Millman, se volvieron hacia él, pero el combate se detuvo por culpa de una nueva explosión de artillería. Había dado en la superficie, muy cerca de la trinchera, pero sin llegar a afectar su estructura. Los hombres que peleaban en su interior vieron cómo las ropas se les teñían de sangre ajena; una lluvia carmesí, acompañada por pequeños pedazos de carne y retales de uniformes ingleses. Los cañones de Von Lettow contraatacaban.

Pero no lograron detener el avance de las tropas británicas, que se arrojaron como una cascada de hombres hacia la trinchera. Franz y los suyos no habían tenido más remedio que regresar. En un instante, la pequeña franja de tierra quedó colapsada por cipayos, *askaris*, alemanes e ingleses que forcejeaban sin disponer del suficiente espacio ni para respirar. Los gritos agónicos se mezclaron con los juramentos en alemán, suajili e inglés, mientras unos y otros se mataban a quemarropa.

Bertram se vio bloqueado; lo sujetaban de un brazo y de una pierna; alguien le mordía el hombro izquierdo; frente a él, un sij amenazaba con clavarle una especie de estilete en el pecho. Aunque Bertram lo tenía cogido de la muñeca para que el filo no lo alcanzara, su situación era desesperada y no lograría aguantar mucho tiempo más. A su espalda, Millman aullaba como si hubiera perdido el juicio; no podía averiguar qué le sucedía, pues eran tantos los cuerpos entre su compañero y él que no tenía forma ni de identificarlo.

El sij continuaba su pugna; apretaba los dientes y todo su rostro temblaba por la rabia. Bertram lo miró a los ojos, negros y brillantes, y vio reflejado en ellos su propio rostro. El sij también se centró en su iris, pero en él vio algo que lo sobresaltó. Era el resplandor de un filo de sable que se cernía sobre su cabeza y que cayó cruzándole la espalda antes de permitirle reaccionar.

Franz se abrió paso entre los enemigos lanzando sablazos como quien crea un sendero a través de la selva. Eliminó a todos los cipayos que rodeaban a su hermano y, atrayéndolo hacia sí, consiguió liberarlo. Algunos *askaris* se habían reagrupado al este de la trinchera, en un hueco de ametralladora.

—¡Contraatacad! —ordenó alzando el sable—. ¡Demostradles que no tenemos miedo, que no cederemos! ¡Valor, hombres del Ejército Fantasma!

Aquellas palabras reavivaron el ánimo en los soldados, que lograron expulsar a los cipayos y hacerlos retroceder. La lucha volvió a desarrollarse en el exterior, donde los alemanes fueron recibidos por las ametralladoras y las granadas. Pero esta vez Franz iba decidido a no ordenar la retirada. Bertram lo seguía, armado con el fusil de un *askari* caído. Juntos consiguieron recuperar las posiciones. Ahora le llegaba el turno a las trincheras inglesas, que se preparaban para recibir a los invasores mediante una línea de bayonetas.

Pero entonces Bertram percibió que alguien iba a por él desde el flanco izquierdo. Se trataba de un nativo africano armado con una lanza. Bertram la esquivó y golpeó al nativo con la culata de su fusil. El hombre cayó inconsciente. Bertram, incrédulo, lo observó durante un instante. ¿Se habrían rebelado algunos de sus portadores? ¿Se trataba de una tribu cercana, que había aprovechado el caos para atacar a los alemanes?

Ninguna de aquellas respuestas tenía sentido y, sin embargo, lo que vio a continuación resultó mucho más difícil de asimilar. Frente a él, a no más de veinte metros, el comandante Willem von Faukhert le apuntaba con una Luger. El eco del disparo se confundió con los muchos que cruzaban el campo de batalla. Bertram notó el mordisco de la bala en el hombro derecho. Gimió y cayó de rodillas; se tocó el hombro e introdujo el índice en el agujero, pues necesitaba cerciorarse de que no era víctima de una visión. Willem continuaba allí, frente a él. Volvió a apuntarle.

—¡Willem! —escuchó a su espalda; era Franz.

Su hermano arrojó el sable, tomó su pistola y, apenas sin apuntar, abrió fuego. El comandante no se movió, pero la bala tampoco llegó a alcanzarlo. Solo cuando Franz corrió en su busca, dio media vuelta y se alejó por un cercano bosque de cocoteros.

—¿Estás bien? —dijo Franz al llegar a la altura de su hermano.

—¡Era Willem!

—Vamos. Te llevaré a la enfermería.

—¡No! No lo dejaré escapar otra vez.

—Bertram, estás herido.

—¡No, he dicho! Por todo lo que nos ha hecho, hermano. Es hora de saldar cuentas.

—Bertram..., no lo hagas. Quiere atraerte, ¿no lo ves? Es una trampa.

—No conseguirá atraparme. Esta vez no. ¡Esta vez no!

—¡Bertram!

Se había puesto en pie y, arrebatando la pistola a Franz, pues el disparo le había dejado el brazo derecho inutilizado y no podía cargar con un fusil. Franz comprendió que su hermano era incapaz de pensar con lucidez, buscó el sable que había arrojado y lo siguió.

Corrieron en dirección noroeste, hacia el bosque de cocoteros. Sobre las colinas, los cañones de Bengala continuaban rugiendo a la noche. Willem corría a saltos, salvando los obstáculos y sin mirar atrás. Los hermanos Kast lo seguían de cerca. En mitad de la noche no se oía ni un solo ruido, salvo los ecos de la batalla que habían abandonado. Bertram era muy consciente de que se dirigía a una trampa; pero no iba a abandonar la persecución, y no solo por el odio que profesaba al comandante. Existía algo más, un tenebroso presentimiento espoleando su espíritu. Sabía que, aunque pusiera su vida en las manos de aquel despreciable hombre, averiguaría por qué había regresado la visión del torrente con cabeza de tigre. Era como si todas sus acciones lo hubieran conducido hasta aquella frenética persecución al abrigo de la luna. Bertram Kast, de un modo u otro, jamás habría podido evitar aquel desenlace. Tal y como le había advertido su hermano, la fiera tiraba de él, y por mucho que se hubiera esforzado en aplacarla durante años, continuaba rugiendo cuando debía hacerlo. Y en aquel momento, el torrente con cabeza de tigre era él mismo.

—¡¡Willem!! —vociferó dejando salir toda su rabia.

El comandante fue directo hasta una de las cabañas deshabitadas que los cipayos tenían por la zona y se detuvo ante la fachada. Solo entonces se volvió. Habían llegado, aquel era el final. Bertram y Franz también se pararon. Diez nativos los rodeaban.

Le taparon la cabeza con un saco, aunque supo en todo momento adónde lo estaban conduciendo. Al interior de la cabaña, una de las más grandes que había visto. Aún le llegaba el eco de las explosiones y los disparos, mezclado con las voces en suajili de los nativos. Willem les indicaba que lo arrodillaran en un punto concreto y ordenó que le quitaran el saco. La estancia era pequeña y estaba bien iluminada: una pieza cuadrada con algunas sillas toscamente elaboradas, una puerta en la pared norte y otra en la sur. Frente a él, también de rodillas, su hermano Franz. Willem le apuntaba a la nuca con su pistola. Cinco hombres de los hehe vigilaban que ninguno de los dos hiciera un movimiento en falso.

—Al fin, los tres juntos —dijo Willem—. He esperado tantos años, tantos, Bertram. No imagina por lo que he pasado. He enloquecido varias veces, acosado por las fiebres de una cólera rabiosa. Usted machacó mi honor de soldado, mi orgullo, la admiración que sentían por mí en Berlín. Usted logró que la ley me persiguiera. Me ha transformado en un monstruo.

—Siempre lo ha sido —escupió Bertram.

—¿Yo? Sí, tal vez esté en lo cierto. He sido un monstruo por defender los intereses de mi país a toda costa, por arriesgar mi vida para obedecer una orden. Pero ¿no hay nobleza en ello? Yo derroté a los hehe, perseguí a su caudillo hasta que, exhausto, decidió terminar con su vida. Mírelos ahora, estos hombres que le rodean pertenecen a esa tribu. Me ven como un ser superior, como a un dios. La nobleza y la aberración son, en ocasiones, difíciles de singularizar. Fíjese en usted, Bertram. Siempre ha seguido sus impulsos; ahora, esta noche, se ha dejado llevar por ellos. Muchos dirían que es usted un loco, pero otros confirmarían su valor, el amor que siente hacia los suyos. Sus acciones dependen del ojo que las juzga. ¿Qué piensa usted de sí mismo?

—Que tengo muchos demonios por aplacar, y que jamás podré hacerlo.

—Y los mismos demonios le condujeron hasta África, al hogar de lo salvaje, de lo primordial. Es como si debiera vivir usted aquí; al menos, mientras anide en su alma esa fiera que le posee. ¿No está de acuerdo?

—Jamás quise venir.

—Pero ahora no puede marcharse. Tiene raíces en este lugar; gran cantidad de sentimientos que le atan. Su hermano, su esposa... ¿Qué habría sido de usted en la fría Ingolstadt? No, Bertram, debe permanecer en esta tierra. Ha nacido para habitarla. En el fondo es usted africano, igual que todos nosotros. Al menos eso dice su comandante, Paul von Lettow. Él es mucho mejor líder de lo que lo fui yo, ¿no es así, Franz?

—Sería un insulto compararles.

—Claro que es mejor, he visto cómo le admira usted, Franz. Al fin ha encontrado a su maestro. Y sin embargo, Von Lettow también ha cometido actos deleznable. Ha matado hombres, y ha conducido sus tropas por todo el África Oriental Alemana sin importarle las enfermedades, el hambre o la debilidad. Todo por cumplir un objetivo. La nobleza de sus palabras disfraza una tenebrosa realidad.

—¡De modo que se trataba de usted! —cayó de repente el hermano menor de los Kast—. Usted era quien nos seguía. Le descubrí en Jasin, vigilando nuestras tropas a distancia. ¡Cielo santo! ¿Lleva persiguiéndonos desde entonces? Eso da buena cuenta de su locura.

—¡¿Mi locura?! —vociferó Willem; pero al instante se calmó—. Eso es. Estoy loco, y soy un monstruo. Pero Von Lettow también lo es.

—No hay más monstruos que usted y yo —dijo Bertram—. Libere a mi hermano, y arreglemos cuentas solos.

—¡Oh, Bertram! Desde luego que quiero arreglar cuentas con usted. En realidad, no tengo ningún reproche hacia Franz, siempre ha sido un muchacho obediente y fiel. Un amigo verdadero.

—¡Repugnante hijo de la gran...! —insultó Franz.

No terminó la frase; Willem lo zarandó con un empujón.

—Sí sí, Franz. Ya sé lo que opina de mí. Verá, Bertram, puedo liberar a su hermano si usted quiere, pero resulta que hay un tercer invitado a esta fiesta.

—No... —musitó Bertram, pues ya veía cómo sus oscuros presentimientos cobraban forma.

Se abrió la puerta trasera y de ella surgieron dos hombres de los hehe, que llevaban a Jocelyn sujeta por los brazos. La mujer tenía los carrillos surcados de lágrimas, estaba despeinada y llevaba las ropas desgarradas. Los dos hehe la obligaron a arrodillarse al lado de Franz.

—¡Bertram! —dijo al ver que su marido, al que llevaba una década sin ver, se encontraba frente a ella.

—¡Jocelyn! ¿Estás bien? ¿Qué te han hecho? ¿Qué le ha hecho, Willem, cobarde?

—Por Dios, Bertram, ¿por quién me toma? Me encontré a su esposa siendo forzada por el oficial inglés a cargo de Kilwa, que en paz descanse. Heffes rondaba a Jocelyn con pretensiones nada limpias. Yo me encargué de detenerlo. Además, la necesitaba entera.

—Suéltela.

—Lo haría, créame. No deseo ningún mal a Franz o a Jocelyn. Pero sucede, Bertram, que siento hacia usted la más honda de las animadversiones. Quiero..., no, necesito causarle el mayor daño posible, como pago por todo lo que usted me

ha ocasionado. De modo que le daré a elegir.

Movió la pistola a la cabeza de Jocelyn, la mujer soltó un grito.

—Usted me dirá a quién matar: su esposa... —Volvió a encañonar a Franz—. O su hermano. Elija quién se salva.

Jocelyn chilló de terror. Franz respiraba con agitación y apretaba los dientes de rabia.

—¡Máteme a mí! —gritó Bertram.

—¡Por supuesto que lo haré, señor Kast! Su muerte está asegurada, pero antes quiero que elija cuál de estas dos personas tan queridas debe salvarse. Sí, le resulta difícil, ¿verdad? Usted, que viajó al continente africano para proteger a su hermano, que acudió al sanatorio para rescatar a su esposa cuando atacaron los maji-maji. Sé cómo se debate su espíritu entre ellos dos. Es una decisión complicada para cualquier hombre, pero más para usted, siempre tan dividido, siempre tan incapaz de entregar la totalidad de su amor a uno de los dos. Les ha hecho sufrir mucho por ello, Bertram. Pero es hora de que se decida. Dígame quién debe morir.

Jocelyn no hacía otra cosa que llorar. En cambio, Franz mantenía la compostura.

—Bertram, hermano. No temo a la muerte.

—Franz, no...

—Sé un hombre, Bertram.

—No, Franz. Os matará a los dos.

—Claro que no —dijo Willem—. Ya le he dicho que soy un soldado. Tiene mi palabra de oficial. Dejaré marchar a quien usted salve. Solo quiero cobrar mi venganza.

—¡Por Dios, Willem...! —chilló Bertram.

—¡Elija!

—¡Bertram! —insistió Franz—. Debo ser yo. ¡Vamos!

—No puedo ordenar tu muerte, Franz.

—No la ordenas tú. Lo decido yo. Salva a tu esposa. Volverá a Matumbi, con Gerdi. Ambas serán felices.

—No, Franz. —Bertram era incapaz de contener las lágrimas.

—Sé cuánto nos amas, hermano. Pero ya es hora de que me dejes partir.

Bertram paseó la mirada por los dos. Jocelyn casi no tenía fuerzas para mantenerse entera.

—Jocelyn.... Te quiero. Siempre te he querido; hasta perder la razón. Jamás he tenido la oportunidad de decirte cuánto amor he sentido por ti. Me cegaban tantas cosas, tantas, Jocelyn. Fui un idiota, permití que los impulsos me dominaran y olvidé el más importante de todos, aquel que me empujó a casarme

contigo. No fue por disponer de la herencia de mi padre. Te amaba de verdad, sabía que tú podías aplacar mis males, apaciguarlos. Pero con el tiempo fui olvidándolos, antepuse muchas cosas a ellos. Te quiero. Perdóname.

Alzó el dedo y apuntó a Franz con él.

—Adiós, hermano —tuvo tiempo de decir este, antes de que el comandante acabara con su vida de un disparo en la nuca.

Franz cayó redondo. Jocelyn respondió con un grito de pavor. Willem ordenó a sus hombres que la echaran de allí, mientras Bertram era incapaz de apartar la mirada del espeso charco de sangre que se formaba bajo el rostro de su hermano pequeño. Cuando Jocelyn desapareció y la puerta trasera se cerró con un golpe, volvió a la realidad. Willem le apuntaba.

—Le dije que cumpliría mi promesa.

—Máteme ya.

—Así lo haré. Adiós, Bertram Kast.

Los hehe entraron de nuevo. Gritaban y movían los brazos con fuerza. Llegaron hasta el comandante y comenzaron a discutir con él y con los otros nativos que había en la cabaña. Esta se llenó de gritos en suajili. Bertram logró comprender algunas de las palabras que se intercambiaban. Uno de los hehe agitaba una ramita de mijo; al parecer se la habían encontrado a Jocelyn en la manga de su vestido, o se le había caído de esta mientras la sacaban de la cabaña. Aquel pequeño detalle los había ofuscado; era la principal causa de su discusión. Se recriminaban haber maltratado a la mujer y haberla conducido hasta la cabaña. Willem comenzó a dar órdenes, a pedir que se calmaran, pero sus gritos resultaron ofensivos para los hombres que hasta hacía unos minutos le obedecían sin rechistar. Los hehe parecían cansados del dominio de Abhadu. Arrepentidos.

Bertram actuó como activado por un resorte. Cayó sobre el comandante y se enzarzó en un combate cuerpo a cuerpo. De un zarpazo, envió la pistola lejos; Willem intentó ponerse en guardia, pero el mayor de los Kast, gritando como un salvaje, empezó a golpearle con ambas manos. El comandante cayó al suelo, indefenso. De nada sirvió que rogara la ayuda de los hehe a su alrededor; estos se miraron unos a otros y abandonaron la cabaña.

Quedaron solos Bertram y Willem, el uno sobre el otro, forcejeando sobre el charco de sangre que manaba de la cabeza de Franz. Von Faukhert intentó revolverse para que su enemigo se apartara, pero Bertram desplegó una fuerza prodigiosa: se colocó a horcajadas sobre su pecho y le aprisionó el cuello con ambas manos. Descargando toda su ira, apretó como si no hubiera recibido un balazo en el hombro. Willem extendió los brazos intentando alcanzar la pistola, demasiado lejos de su posición. También intentó gritar, con la esperanza

incomprensible de que alguien acudiera en su ayuda.

No quedaban aliados para socorrerlo. La presión en torno a su cuello impidió la entrada de aire. El rostro enrojeció, y luego adquirió un malsano color azulado. Sus dedos, crispados, palparon los labios, el mentón y la frente de Bertram, pero ya no había fuerza en ellos, y por mucho que arañaron y presionaron las zonas blandas, la tenaza no menguó. Entonces Willem se agitó varias veces. Sus piernas, dominadas por los espasmos, lanzaron patadas; hasta que por fin, fijó unos ojos sanguinolentos en aquella mirada furibunda que no perdía detalle de cada instante de su muerte. El terror se adueñó de su alma, la certeza de la muerte invadió sus miembros de un frío sepulcral y así, finalmente, se dejó llevar.

Cuando Bertram aflojó la presión, sintió las manos agarrotadas. Las falanges le crujieron al cerrar los puños. De rodillas, se aproximó al cadáver de su hermano y le dio la vuelta. De no ser porque su rostro se hallaba cubierto de sangre, le habría parecido que Franz dormía. Bertram lo acunó junto a su pecho. Fuera, las explosiones y los disparos continuaban.

Mi tío Bertram había dejado de sangrar hacía una hora, aunque todavía se sujetaba un pañuelo cerca del labio. Algunas velas se habían apagado, solo dos parecían capaces de aguantar más de unos pocos minutos. Alrededor de la mesa quedaban los estragos de nuestro combate: objetos de diverso tamaño, que cayeron de la estantería al estrellarnos contra ella y que habían rodado por la alfombra. Ninguno de los dos nos preocupamos por el estado de aquellas cosas. Mi tío relató los últimos capítulos de su historia sumido en una absoluta concentración, y yo los escuché de igual modo. Ahora que había confesado el final, de nuevo todo cobró forma. Solo entonces percibí que amanecía.

—Maté a Franz. Maté a tu padre. Yo no apreté el gatillo, pero fui la voluntad que dirigió la pistola a su nuca. Lo cierto es que ambas posibilidades me resultaban igual de aborrecibles, y si elegí a Franz, fue porque él parecía más entero tras comprender que podía morir en aquel momento. Así me convertí en su verdugo.

—¿Qué sucedió después?

—Me cuesta recordarlo. Permanecí abrazando el cadáver de tu padre durante un tiempo que no puedo precisar. Las bombas continuaban, en el rabioso intento de Von Lettow por derrotar a los ingleses en Kibata. Enloquecí, perdí el control de mis actos. Ni siquiera me paré a pensar que Jocelyn no debía andar lejos, sola y cerca de una batalla. El cadáver helado y rígido de Franz ejercía el poderoso anclaje de mis pensamientos. Podría decir que, en aquellas horas, dejé de ser hombre y me transformé en bestia. Aullé como un animal herido, me arrastré por aquel suelo cubierto de sangre y muerte, lloré y reí, todo al mismo tiempo; me golpeé contra las paredes y hasta maldije al mismo Dios.

»Sé que tiempo después volvieron a por mí los hehe que se habían rebelado contra Willem. Me rodearon y atraparon entre varios, porque yo veía fantasmas por todas partes y peleaba contra cualquier cosa que se me aproximara. Cuando se hubieron hecho conmigo, me condujeron a otro lugar. No supe adónde, ni cuán lejos se hallaba de Kibata o de Kilwa. Me cuidaron durante varios días. Me

dieron de comer, lavaron la sangre de Franz de mi ropa y me hablaron de Jocelyn. Apenas logré entender nada de lo que me decían en suajili, pero escuchar el nombre de mi esposa me tranquilizó. Supe que se encontraba bien, que había sido liberada y puesta en manos de «hombres buenos». Supuse, por sus señas, que se referían a los ingleses.

»Cuando me recuperé, pude ver que no nos habíamos movido muy lejos. Los hehe me habían llevado a una plantación de algodón en la región de Naguale, al sur de Kibata. Allí Willem disponía de una casa propia, ahora sin dueño, donde aquellos hombres me cuidaron hasta que recuperé el control de mí mismo. Fueron ellos los que me contaron toda la historia del comandante, de cómo había escapado de la justicia, y de qué modo lento y perturbador urdió su venganza: perdidos todos los aliados, Willem von Faulkert deambuló por la tierra del África Oriental Alemana hasta llegar a los dominios de los hehe. Ellos todavía lo recordaban por el nombre de Abhadu, lo recibieron con todo tipo de regalos por temor a una posible venganza. Desconocían que Willem yano ostentaba ningún poder y lo ocultaron en sus tierras hasta el comienzo de la Primera Guerra Mundial. Cuando Von Lettow movilizó las tropas al norte, Willem supuso que Franz y yo nos encontraríamos entre los oficiales. Fue entonces cuando urdió la manera de encontrarse con nosotros y darnos muerte. Viajó al norte, y acompañado por algunos de los hehe más fieles dio con las tropas del Ejército Fantasma. No obstante, pronto comprobó que Franz estaba solo. Necesitaba tenernos a los dos si deseaba alimentar sus represalias. Así que siguió al ejército de Von Lettow hasta que Volkmer y yo aparecimos. Después buscó a Jocelyn y la mantuvo secuestrada hasta que nuestro ejército estuvo lo suficientemente cerca de Kilwa como para no tener que realizar un largo viaje.

—¿Qué pasó después?

Bertram desvió la mirada a su pañuelo. Estaba lleno de restos de sangre que dibujaban sobre la tela figuras lobuladas, como nubes rojas sobre un cielo níveo.

—Cuando al fin logré reunir las fuerzas para conducir mi cuerpo doblegado por tantas calamidades hasta el umbral de la puerta de aquella casa solitaria, confieso que no deseaba sino visitar a Jocelyn. Sabía que si mi cuerpo había logrado recomponerse, a mi espíritu aún le quedaba mucha recuperación. Una multitud de demonios, de miedos abrasadores lo impregnaban, y solo Jocelyn era capaz de ahuyentarlos para siempre. Ella, su sonrisa, la mirada clara en su rostro, el tacto delicado de sus manos perdiéndose entre mis cabellos..., no había nada en el mundo que pudiera sanarme más que uno de sus besos, una de sus palabras de amor... y su música. Necesitaba volver a escucharla tocar.

»Pero me estaba engañando, y lo sabía. A pesar de lo mucho que necesitara verla, podía más el miedo a ser rechazado. Llevaba muchos años lejos de su

presencia. La había abandonado, y lo había hecho para siempre. No podía regresar. Si lo hacía, y Jocelyn me daba la espalda, estaba seguro de que yo mismo me arrojaría a las hienas para que me devorasen. Soñar con que aún me amaba era lo único que podía mantenerme vivo. Por eso no intenté recuperar su amor...

»El Ejército Fantasma no andaba lejos. Von Lettow se había retirado de Kibata tras asestar un duro golpe al Ejército inglés. Después puso rumbo sur replegándose, como siempre había hecho. Volví a reunirme con Millman y con Tarbuch. Las tropas se encontraban agotadas, heridas y mal equipadas. Algunos desertaron, pero Von Lettow no se rendía. Los ingleses, entretanto, repusieron sus filas con cinco mil nuevos efectivos. Nos encontramos con ellos en Mahiwa. Pero eran hombres inexpertos, poco habituados al combate en terreno africano. Von Lettow les causó más de dos mil bajas y, con la moral del Ejército Fantasma restablecida, continuó imparable hacia el sur. El 25 de noviembre de 1917 cruzó el río Rovuma, que hacía frontera con el África Oriental Portuguesa. Los hombres que lo seguíamos combatimos en tierras del enemigo acumulando una victoria tras otra. Los portugueses no estaban tan bien organizados como los británicos y resultaban tan fáciles de vencer que, en julio de 1918, tomamos Namacurra, desde donde amenazamos con ocupar la capital. Fue necesario que los ingleses enviaran refuerzos con urgencia para detenernos. Pero Von Lettow, de nuevo, no se dejó apresar. Dio un giro de ciento ochenta grados y volvió hacia el norte, de nuevo a tierras del África Oriental Alemana. Una vez allí, bordeó el lago Nyasa y, girando en dirección oeste, asestó un nuevo golpe por sorpresa adentrándose en la Rodesia británica. La fecha, si mal no lo recuerdo, era septiembre de 1918.

»En todo aquel tiempo obedecí sus órdenes sin rechistar. Tarbuch, nuestro cazador, fue abatido por los ingleses en Namacurra, pero Millman y yo continuamos juntos durante mucho tiempo. Aquel fumador empedernido se transformó en el receptor de mis confesiones. Le conté con detalle mi vida, mis miedos y mis preocupaciones. Se transformó en el amigo más cercano que pude tener. Millman me animó para que regresara con Jocelyn, para que averiguara si deseaba perdonarme. Me dijo que, aunque ya fuera tarde para recuperar su amor, quizás podría dormir tranquilo con la idea de que no me guardaba ningún odio; o que, al menos, no me rechazaba como a un monstruo insensible.

»Las palabras de Millman me calaron hondo; lo suficiente como para provocar mi desertión del Ejército Fantasma. Sé que, como oficial, Von Lettow jamás perdonará una afrenta como la que le causé; pero como persona estoy seguro de que comprendió mi necesidad. El comandante era un hombre muy perceptivo, y llegó a ver la lucha que mi alma mantenía durante el tiempo que

combatí hombro con hombro a su lado. Quizás por esa razón no envié ninguna partida a buscarme; sino que cada uno, a nuestra manera, continuamos por nuestros respectivos senderos.

—¿De modo que al final sí visitaste a Jocelyn?

—Creía en la palabra de los hehe. Sabía que estaba en buenas manos, pero nunca quedé del todo conforme. Debía verla una vez más, solo una. Y así lo hice.

El pulso de Mufid era firme a pesar de los años. Ni siquiera la enfermedad había conseguido afectarlo. El pincel volaba, dibujando letras blancas sobre la madera de un piano negro. Una vez alimentado y tratado, el anciano doctor había recuperado una vitalidad tal que Jocelyn y Gerlinde lo encontraban rejuvenecido.

Desde el principio, Mufid se preocupó por el estado de Gerlinde. Los doctores ingleses de Kilwa lo tranquilizaron. La herida que recibió la joven, aunque muy llamativa, revestía menos importancia de la aparente. Por desgracia, poco fueron capaces de hacer con Langi. Aquella mujer con el porte de una reina, y tan bella que hechizaba, no pudo resistir el daño de su atacante. Cuando los médicos llegaron a la casa, alertados por los vecinos, la hallaron muerta, aún con el ceño fruncido y sujetando el cuchillo, como si, a pesar de haber dejado el alma, esta aún luchara en algún lugar remoto.

Gerlinde regresó a casa pocos meses después, donde Mufid puso especial cuidado en su recuperación. Tal vez por aquel empeño y atención permanentes, la joven se curó antes de lo esperado, lo cual, aunque le alegraba, devolvió al anciano doctor a una cotidianidad aburrida. Tenía poco que hacer si todo el mundo que lo rodeaba se encontraba bien de salud, y menos desde que Uzuri se ocupaba, junto con las dos criadas, de cualquier requerimiento que las mujeres alemanas tuvieran. Por aquella razón, decidió que lo mejor era mantenerse ocupado con alguna afición. De entre todas, y dado que el pulso no le temblaba, optó por la pintura.

—Precioso —declaró Jocelyn cuando Mufid retiró el pincel—. Ha quedado perfecto.

Las letras nacaradas brillaban frescas sobre la madera del piano: «Frieden».

—Justo como lo recordaba. Igual que el que tenía en Ingolstadt.

—Hermosa caligrafía —intervino una voz de hombre.

Se volvieron. El teniente Elliot Lane Buttercup estaba en el umbral de la puerta. Llevaba un ramo de flores en la mano, y la gorra bajo el brazo. Se acercó a un aparador, tomó un jarrón y depositó dentro las flores.

—¿Dónde está Gerdi?

—Está fuera, cerca de las colinas, leyendo —dijo Jocelyn.

—Tenían razón. —Buttercup miró por la ventana—. Esta casa en Matumbi es mucho mejor que vivir en Kilwa. No sé qué tiene, pero hace que uno desee quedarse para siempre.

—Posee historia —intervino Mufid—. Los lugares con historia siempre atraen a las personas, porque las historias los embellecen, incluso los hacen vivir. Por eso gustan.

—De modo que no le importaría quedarse, ¿no es verdad, teniente? —Jocelyn sonrió.

—Creo adivinar sus pensamientos, señora. Y sí, no anda desencaminada. Si pudiera, me quedaría a vivir aquí. Pero no depende de mí, y lo sabe.

—Dele tiempo, teniente. Gerdi todavía está reponiéndose. Ha sido usted muy amable con nosotras desde que se enteró de lo sucedido en Kilwa. De no ser porque combatía usted tan cerca, no sé qué habría hecho yo. La Providencia quiso que ambos fuéramos a parar al mismo lugar.

Jocelyn aludía, con tono alegre, a la herida sufrida por el teniente en Kibata, por la que sus hombres lo evacuaron al mismo sanatorio al que los hehe la condujeron a ella tras el encuentro con Von Faulkert y su marido en la cabaña.

—¿Agradece que me hirieran?

—En el fondo usted también está agradecido. Fue gracias a estas casualidades como conoció a Gerdi... Ella se ocupó de que recibiéramos los mejores cuidados, pero han sucedido cosas muy trágicas en su vida. Amaba a Franz con todo su corazón. Nunca lo olvidará.

—Lo sé, señora. Solo espero hacerme un hueco, nada más.

—Entonces puede que lo consiga —suspiró, pues le sonaba tristemente familiar; pero al instante cambió de tono—. Pero con esas flores tiene parte del terreno ganado. ¡Son preciosas!

—Son lobelias. Traídas desde Kilwa. Pensé que alegrarían a Gerdi.

—La alegrarán, no lo dude.

—¿Cree que si salgo a buscarla...?

—Adelante, teniente. No la molestará. En el fondo, Gerlinde Haider sigue siendo una parlanchina incorregible. Agradecerá algo de conversación.

Entusiasmado, Buttercup se puso la gorra y desapareció como una centella. En el porche tuvo que aguzar la vista para detectar a Gerlinde entre la vegetación. Leía a la sombra de una acacia. Llevaba un vestido azul y blanco, ajustado al talle mediante una cinta de seda. Los guantes de encaje blancos hacían juego con la pamea. Sus cabellos pelirrojos refulgían con el sol que se filtraba entre las ramas. Buttercup sonrió y tomó aire. Desde que se había encontrado con las dos

mujeres, y consciente de su situación, había decidido ocuparse de ellas. Lo hacía de corazón, en especial con Gerlinde; no obstante, para él también se trataba de una posición complicada. Estaba muy vinculado a los hechos trágicos que las rodeaban, y no había tenido el valor de confesarlos todos. Aún recordaba el rostro desencajado de Volkmer cuando murió a manos de su bayoneta. La imagen lo torturaba algunas noches, pero era necesario guardarla para sí; al menos por el momento.

Todavía no se había movido cuando percibió que no estaba solo en la explanada frente a la casa. Se volvió de golpe y vio que había alguien junto a la fachada, oculto en la esquina nororiental.

—¿Quién es? —preguntó mientras se adelantaba un paso.

Se encontraba cobijado por la penumbra, gracias a que los árboles, en aquella zona, se hallaban próximos a la casa.

—¿Hola? —dijo; pero la figura se escondió.

Aquello lo puso en guardia, aceleró el paso y se abrió el cierre de la pistolera. Dobló la esquina de la casa; entonces vio que un hombre lo aguardaba paciente, de pie.

—Santo Dios..., ¡Bertram!

Hizo el amago de abrazarlo, pero el otro lo detuvo extendiendo el brazo.

—No venga, teniente. Es mejor que quedemos a cierta distancia. Usted a la luz, y yo en la negrura.

—Bertram, puede fiarse de mí. Somos amigos a pesar de todo.

—Lo sé, pero solo he venido para que me hable de...

—Jocelyn.

—Sí.

—¡Hable usted con ella! Entre en la casa. Bertram, por todos los santos, ¡Jocelyn sigue enamorada de usted! Venga conmigo. Si ella le ve..., si le ve, Bertram, le dará usted la vida.

El otro ahogó un suspiro.

—¿Se encuentra bien? ¿Es feliz?

—Se encuentra de maravilla. Está sana; me ocupé de que así fuera. La encontré en el sanatorio de Kilwa. Ella me contó..., me contó lo sucedido en la cabaña de Kibata, con Willem. Usted no es el culpable de lo que sucedió. Ella lo sabe.

—¿Lo sabe? —preguntó con un hilo de emoción.

—Desde luego que sí. Bertram, amigo, lleva usted desaparecido casi dos años. Sé que le han empujado las cargas de su conciencia, pero no se deje llevar por ellas. Ha venido hasta aquí porque necesita a Jocelyn tanto como ella le necesita a usted. Entre en la casa.

—No..., no puedo.

—¿Por qué?

—Porque, en el fondo, Jocelyn será más feliz sin mí. Aunque la ame, y ella me ame. Mi presencia es dolorosa para su cuerpo, y más todavía para su alma. Me reconforta saber que se encuentra bien, pero no puedo volver. Ya no puedo.

—¡Pero sería tan sencillo! No tendría más que acompañarme a Kilwa. Allí entregaría sus armas y, con la promesa de no volver a atacar al Ejército inglés, se le pondría en libertad. Los prisioneros no importan ya, es seguro que la guerra terminará pronto. Por todas partes llega la noticia de que Alemania se rendirá. Bertram, este es el momento. Se terminaron las penurias, el conflicto será olvidado. Vuelva con nosotros. Viviremos todos en paz. ¿No es lo que desea?

—Ojalá fuera posible, Buttercup.

—Hágalo posible.

Bertram apretó los labios, pero estos no tardaron en distenderse en una sonrisa.

—Siempre ha sido usted muy hábil con la palabra. Lo supe cuando nos encontramos por primera vez. ¿Lo recuerda?

—Fin de Año, en El Cairo.

—Todo lo que usted dijo aquella noche se cumplió. Siempre ha tenido esa habilidad, la de percibir el futuro.

—Claro, claro que la tengo, Bertram. No me equivoco, y puedo decirle que si vuelve a desaparecer, si abandona esta casa, si usted no entra conmigo hoy y habla con su esposa, se sentirá desdichado toda la vida. Sé muy bien lo que está guardándose dentro. Yo también lo hago. ¿Cree que he olvidado que fallé a mi promesa? La muerte de Volkmer me acosa durante las noches. Nunca me libraré de ella. Pero Bertram, no pienso permitir que me asfixie. Mire, observe allí. ¿Ve? Es Gerdi. Ella también duerme mal por las noches, pero ella, ella, Bertram, es la salvación de mis males. Es la mujer que puede lograr arrebatarse todo este miedo, todo este dolor. Gerdi puede curarme, y Jocelyn puede curarle a usted. No se marche, no permita que le empujen sus miedos.

El presagio de Buttercup penetraba hondo en sus entrañas, porque había una gran carga de verdad en él. Lo sabía, pero el miedo, aquel terror a sentirse un monstruo, una bestia salvaje..., aquello podía más. Y fue esa bestia, temerosa a pesar de tanta furia, la que pugnó contra sus sentimientos para que se batiera en retirada. Bertram suspiró muy hondo, dio un paso al frente y extendió la mano.

—Que tenga suerte en todo, Buttercup. Y que logre la felicidad; aún la tiene a su alcance.

El inglés dejó ver que la decisión le entristecía; pese a todo, estrechó la mano de Bertram.

—No volveré a verle, ¿verdad?

—Regreso al mar.

—No lo haga, por favor, Bertram. Nunca se deshará de esa carga. No se vaya.

—Adiós, amigo.

Dio media vuelta, y antes de que Buttercup se diera cuenta, desapareció entre la espesura cual si no hubiera sido más que una ilusión. El teniente se quedó sin atreverse a mover un músculo hasta que una vocecilla aguda llamó su atención. Gerlinde reía; quizás por algo que había hallado entre las líneas de su libro. Buttercup se dio media vuelta, renovó sus pulmones con aire nuevo y caminó hacia ella.

El amanecer despegó con un aire mortecino. El anciano cuyo relato me había mantenido ocupado durante semanas, exhaló una larga bocanada de aire. Supe que Bertram había llegado al final. A modo de colofón, me dedicó las últimas palabras que diría sobre su pasado:

—Los rumores del final de la guerra me sorprendieron a bordo del que sería mi hogar durante muchos años: un barco pesquero entre cuyas cuadernas encerré todos mis recuerdos. Alemania se rindió en noviembre, pero las noticias no alcanzaron a Von Lettow hasta días después, aislado de toda comunicación. El comandante del Ejército Fantasma rindió sus armas el 25 de noviembre de 1918 en una ceremonia fuera de todo sentido, pues jamás llegó a ser derrotado. Cuando sus tropas fueron disueltas, se componían de ciento cincuenta y cinco oficiales alemanes, algo más de mil cien *askaris* y unos tres mil porteadores. Regresó a Alemania en 1919, donde paseó por las calles como un héroe nacional. Años después supe de su oposición a la política de Hitler, y de cómo, cuando este solicitó su apoyo, llegó a enviarle literalmente al infierno. Los ingleses tomaron posesión del África Oriental Alemana. Millman regresó a Baviera desposeído de sus negocios pero con un buen fondo de ahorros en los bolsillos. Imagino que siempre esperó de mí algo más; que reapareciera después de la guerra y que volviéramos a ser tan amigos como antaño. Lamento no haber podido concederle ese deseo.

»En cuanto a Jocelyn y Gerdi, gracias a la amistad que mantenían con Buttercup, no llegaron a perder ninguna de sus posesiones. Jocelyn reanudó su negocio en el ferrocarril, y Gerdi... Supe que al final tu madre sucumbió a los encantos del teniente. Vivieron una relación apasionada, aunque breve. El amor entre ambos se hallaba impedido por demasiadas trabas, demasiados anclajes en el pasado y en el presente, pues con el final de la guerra y con las rutas marítimas abiertas de nuevo, Gerdi aprovechó para regresar junto a ti. Me describieron cómo Buttercup la despidió en el puerto agitando su gorra, feliz en apariencia; pero ya no volvió a ser el mismo. Supongo que Gerdi sí logró aplacar

sus demonios, al menos durante unos meses; y que al marcharse ella, estos volvieron a despertar.

»Pero Buttercup era un hombre de honor, de modo que permaneció junto a Jocelyn durante varios años. Ambos arriesgaron en el floreciente mercado de los automóviles y consiguieron amasar cierta fortuna. Al final, Buttercup conoció a una mujer, se casó con ella y se instaló en Mombasa. Sé que encontró la paz.

»Al poco tiempo, Mufid falleció. En su cama, tranquilo, según me contaron. Al recibir esta noticia supe que Jocelyn se había quedado sola. Uzuri aún la ayudaba de vez en cuando, pero cada vez iba menos a la casa de Matumbi, pues llegó a casarse y a comprar su propio hogar en Kilwa. Creo que nunca llegó a llevarse bien con mi esposa. En algún momento, Jocelyn tuvo que confesarle cómo había muerto Franz, y teniendo en cuenta lo mucho que Uzuri me odiaba, no es de extrañar que terminara alejándose de Matumbi. Jocelyn, por supuesto, se negó a abandonar la casa que ella misma construyó con su fuerza de voluntad.

»Quise visitarla muchas veces a partir de entonces. Algo en mi interior me empujaba a hacerlo, pues imaginarla sin compañía redoblaba mis preocupaciones por su estado. Pero habían pasado ya demasiados..., demasiados años para lanzarme. Ambos habíamos madurado de modos diferentes, y yo volví a tener miedo. Pudo más la decisión de dejarla vivir sin mí. Supuse que se habría acostumbrado, y que ya ni recordaría las tardes que dedicaba a calmarme con las melodías de Brahms.

»Así transcurrieron los años; y el mundo cambió, y llegaron nuevas guerras que también acabaron..., hasta que en noviembre de 1948 me enteré de su muerte.

»Me llegó como un rumor; un comentario que se escapó de labios de un desconocido en una taberna de Kilwa: Jocelyn había muerto en su casa de Matumbi. No pude averiguar la causa.

»Recuerdo que a punto estuve de perder el sentido, me aferré a la barra en la que bebía cerveza como quien teme despeñarse por un precipicio. Me faltó el aire, pero lo recuperé, al menos el necesario para correr hasta Matumbi. La casa continuaba en medio de la antigua plantación; la madera había envejecido, los cristales estaban empañados de polvo y en el tejado crecían plantas silvestres, pero aún, cuando atardecía, el sol se colaba en franjas de luz por entre los árboles de las colinas.

»El poder de la casa, de esta que nos alberga, me resultó tan embriagador que no pude volver al mar. Inicé los trámites para quedármela y me instalé. Conservaba el aroma de mi esposa. Estaba impregnado en las paredes, en el techo y en el suelo. Estaba en los muebles que guardó, en los objetos de sus recuerdos. Estaba en las ventanas y en las habitaciones. Aquello era lo que me

quedaba de Jocelyn. De modo que me encerré aquí, igual que otra pieza más en este puzle que hay a mi alrededor. En este...

Sus palabras quedaron ahogadas en su garganta. Noté que le temblaba el pulso; esta vez Bertram no intentó ocultarlo, sino que descansó las manos encima de la mesa.

—Buttercup tenía razón, toda la razón, Leopold. He cometido actos terribles, nefandos, y dejé que se enquistaran en mi corazón. Permití que controlaran mis decisiones y alimentaran mis miedos, ¡Jocelyn murió sin que pudiera solicitar su perdón! No pude rogar que me perdonara, no fui capaz de hacerlo. Y cuando murió, solo me quedó su aroma. ¡¿Qué era eso comparado con su voz?! ¡Con su música! No podré escucharla más, nunca más, Leopold. He sido un hombre terrible, pero mírame, aquí no queda más que un anciano lleno de penas y odios. Nadie puede cambiar lo que es, por más que lo intente, ¿por qué me ha maldecido Dios con un alma semejante? ¿Qué hice para merecerla? He gritado estas preguntas demasiadas veces, pero nunca he obtenido respuesta. No he merecido un espíritu tan rebelde, dominado por este maldito tigre que no me ha permitido amar con la limpieza de cualquier otro hombre. ¡Mírame, Leopold! Sí, mírame. Todo lo que te hayan dicho sobre mí es cierto, y aun se quedan cortos. Yo no elegí ser como soy, pero procuré cambiarlo durante años. ¡Quise ser diferente, ser otro, ser buena persona! Aún quiero ser bueno. Durante muchos años, me he torturado con el temor a confesar mis pecados, porque sé que si no obtuviera el perdón de aquellos a quienes he herido, no podría vivir. Sería condenado para siempre, y mi alma, si alguna vez la he tenido, se marchitaría y se disolvería entre el polvo de este continente. ¡Por eso estás aquí, Leopold! Dios me ayude, por eso te he traído. Ya no puedo rogar el perdón de Jocelyn, bien lo sé. Tampoco puedo gritar a mi hermano que se apiade de mi aborrecible decisión al acabar con su vida. Pero tú, tú, Leopold, quizás puedas perdonarme tras escuchar esta historia. Solo puedo pedirte a ti, y esperar que la última chispa que alberga un corazón tan ruin como el mío encienda al fin las alas de un espíritu redimido. Nadie me ha absuelto jamás, todos me odian, pero tú conoces la verdad. Ahora tú conoces mi vida.

Ambos llorábamos en silencio; el uno frente al otro. Observé a mi tío; Bertram Kast, el anciano lleno de cargas, ahora permanecía con las palmas abiertas sobre la mesa, y sentí lástima por un hombre que nunca pudo ser de otra forma a como le había marcado el destino. Lo observé llorando como un muchacho, arrepentido, y me pregunté por qué algunos hombres tenían más fácil el acceso a las promesas de Dios, mientras que otros habían de pelear tanto para alcanzarlas. Así, con aquella incógnita ardiendo en mi corazón, extendí mis manos para tocarlo.

—Te perdono.

Aquella mañana no nos dijimos más. Bertram dejó caer los hombros. Estos, como si hubieran estado sostenidos por sendos hilos, descargaron el peso de muchos muchos años. En aquel momento vi que todo rastro de ancianidad se hacía más patente en él; y sus ojos, que me habían recibido refulgentes, me dirigieron una mirada amable y agradecida, en la que ya no se vislumbraba ninguna bestia. Supe que aquel animal había muerto al fin, y que con el perdón, mi tío había sido liberado de un poderoso yugo. Entonces sonrió, se levantó de su asiento y, arrastrando los pies, llegó hasta su habitación. Allí vi que empezaba a hacer las maletas, dispuesto, al fin, a viajar de regreso a su hogar.

Partimos el día que el profesor Julius Nyerere se alzaba como el primer presidente de Tanganica. El país estaba de fiesta; en Kilwa, hombres y mujeres lanzaban vítores, cantaban y bailaban. Nosotros, sentados en el automóvil que conducía Hamed y que de tantas maletas casi llegaba a rozar el suelo con el chasis, cruzamos entre todos ellos sintiéndonos receptores de aquella felicidad. Miré a mi tío Bertram, sus labios se distendían en una sonrisa apacible, y le pasé el brazo por encima del hombro. Así llegamos al aeropuerto. Estacionamos en la puerta, a la espera de que los portaequipajes nos ayudaran.

—Me habría gustado permanecer más tiempo aquí —dije mirando a las nubes—. Esta tierra es maravillosa. ¡Encierra tanta vida, tanta magia! Quizás algún día tenga posibilidades de regresar. No sé, tal vez incluso puede que me establezca una temporada en la casa de Matumbi. ¿Qué te parece, tío?

Bertram no me respondió.

—¿Tío?

Tenía los párpados entrecerrados. En sus labios aún permanecía aquella media sonrisa, pero Bertram no se movía. Tomé su mano, aún caliente, y lo llamé con más fuerza. Desde el asiento del conductor, Hamed se volvió aterrado. Entre los dos intentamos reanimarlo; llamamos a una ambulancia, lo llevamos al hospital...

Bertram Kast había muerto. Los médicos dijeron que fue repentino y que no

debió sentir nada. Su corazón se detuvo sin más.

África se lo había llevado cuando, tras su relato, la presencia del tigre quedó disipada.

Viajé solo a Alemania con una historia sorprendente, con la percepción de haber experimentado un nuevo mundo lleno de pasiones, de guerras, de amores y de odios; conociendo aún más a mis padres y cargado con una poderosa lección sobre la vida. Regresé a mi casa sabiendo que el África Oriental Alemana jamás existió, pues no se puede obligar a los hombres a aceptar yugos en contra de sus libertades, ni presionarlos para la comodidad de los demás. Dejé África sabiéndome más humano, pues entendí por qué los tanzanos festejaban su independencia.

Pero sobre todo, pisé Alemania con una historia que me revelaba la verdad sobre Bertram Kast; un relato que contar a quienes lo habían visto como una persona malvada: la firme convicción de que mi tío era, por encima de todo, un hombre que luchó por ser buena persona, y que en la tierra africana, donde la esencia de los hombres aún permanece latente, llegó a redimir su alma.

Epílogo

Presionado por las políticas de austeridad impuestas desde el Fondo Monetario Internacional, y tras negarse a aplicarlas en su país, Julius Nyerere abandonó su cargo como presidente de Tanzania en 1986. Hoy en día, el país aún se encuentra asfixiado por la pobreza y las enfermedades.

«Desearía encender una candela y ponerla en la cumbre del monte Kilimanjaro para que ilumine hasta más allá de nuestras fronteras, dando esperanza a los que están desesperados, poniendo amor donde hay odio, y dignidad donde antes solo había humillación.»

JULIUS NYERERE

Nota del autor

Cuando, en febrero de 2013, comencé a preparar la documentación de esta novela, jamás imaginé hasta qué punto iba a embarcarme en un viaje inesperado.

La idea para escribir *Un piano para los masáis* me llegó como muchas otras, sin avisar, flotando en mi cabeza igual que una centella. Recuerdo que vi la imagen de Bertram sentado en su casa, solo, amargado y consumido por los años. Al instante supe que había atrapado algo muy grande, algo que me llevaría más trabajo del habitual. Pero a consecuencia de la crisis, me había quedado sin trabajo y sin dinero, y ya que no tenía más que aquella idea, me puse manos a la obra.

Casi dos años de trabajo después, escribo esta nota a modo de colofón.

Tal y como esperé, esta historia me ha llevado mucho trabajo entre documentación, redacción y numerosas correcciones. Lo que no esperaba era el profundo cambio que iba a operar dentro de mí; y es que, a medida que los capítulos se desarrollaban, pude comprobar que aquella redención —la que persigue Bertram Kast— era también la mía.

Decía un crítico literario que cuando Dostoievski escribió *El jugador* buscaba, en el fondo, una manera de alejar sus propios demonios. Yo puedo afirmar que así me ha sucedido, y que esta escritura ha exorcizado algunos de los que a mí me atormentaban. Junto a Bertram he amado, gritado, luchado y llorado. Jamás un personaje tan distinto a mí me había resultado tan cercano.

Dar fin a esta novela ha resultado extraño. Siento que me he dejado en ella un pedazo de lo que soy; de mi pasado y de mi alma. Aquí quedan para siempre, pero quizás ocurra de este modo con historias como esta. Ojalá quienes se acerquen al relato de Bertram Kast, y a esta crónica del África colonial alemana, lleguen a sentir lo mismo que yo he vivido.

8 de enero de 2015

© 2017, Miguel Ángel Moreno

Primera edición en este formato: junio de 2017

© de esta edición: 2017, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788416867769

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Table of Contents

[Cubierta](#)

[Portada](#)

[Acerca de...](#)

[Contenido](#)

[Dedicatoria](#)

[Epígrafe](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47

TERCERA PARTE

48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65

[66](#)

[67](#)

[Epílogo](#)

[Nota del autor](#)

[Créditos](#)